KRUSCHEF

RECUERDA

KRUSCHEF RECUERDA

KRUSCHEF RECUERDA

Introducción, comentario y notas de

Edward Crankshaw

BIBLIOTECA DE GRANDES DOCUMENTOS

PRENSA ESPAÑOLA—SANTILLANA

Título de la edición original:

KHRUSCHEV REMEMBERS

Traducción del ruso y dirección de la edición en lengua inglesa:

STROBE TALBOTT

Traducción al español de:

JOSE LUIS DIAZ DE LIAÑO (DIORKI)

PRIMERA EDICION: DICIEMBRE 1970

Copyright © 1970 by LITTLE, BROWN AND COMPANY (INC.)

Copyright © de la edición en lengua española y de esta traducción:
1970 by PRENSA ESPAÑOLA, S. A.

Coedición realizada entre PRENSA ESPAÑOLA, S. A. - Serrano, 61 - Madrid
y SANTILLANA, S. A. DE EDICIONES - Elfo, 32 - Madrid

PRINTED IN SPAIN

Impreso y encuadernado en los talleres de MATEU-CROMO, S. A. Pinto (Madrid)
Depósito Legal: M. 29 661 - 1970

Nota del editor *

El material de esta obra es heterogéneo y procede de diversas fuentes, tiempos y circunstancias. Tras laboriosas comprobaciones, al editor no le cabe la menor duda de que se trata de una relación auténtica de palabras de Nikita Kruschef. Es discutible la cuestión de si el autor pretendía o esperaba que sus palabras aparecieran algún día en letra de molde, así como la de si ello habría de realizarse en su propio país o en Occidente. El editor asume todas las responsabilidades respecto a la imagen que aquí se ofrece de Nikita Kruschef. Pero confía en que el tono de autenticidad y lo significativo de estos recuerdos hablen por sí mismos.

* Incluida en la edición original en lengua inglesa.

Introducción

por EDWARD CRANKSHAW

CUANDO me hablaron de la existencia de unos recuerdos de Nikita Kruschef, mi primer pensamiento fue que acaso probarían por sí mismos que eran falsos. En Occidente se han fabricado muchos documentos de este tipo por razones políticas o comerciales.

No tuve, sin embargo, que avanzar mucho en su lectura para caer en la cuenta de que me encontraba ante algo auténtico; al concluir su lectura estaba convencido. Era Kruschef en persona, con sus palabras inconfundibles. Una voz procedente de otro mundo, una enérgica voz por cierto. Nadie que le hubiera escuchado en los días en que era primer ministro, nadie que haya leído sus discursos en ruso puede engañarse sobre la autenticidad del tono. He leído casi todo lo que Kruschef ha publicado desde el lejano 1920. Me he entrevistado con él en varias ocasiones y le he oído hablar en público y en privado, dentro y fuera de la Unión Soviética. Durante quince años, desde que, en el invierno de 1949, Stalin le llamó de Kiev a Moscú hasta su eclipse en octubre de 1964, me absorbió la tarea de estudiarle e intentar penetrar en su carácter y motivaciones. Estoy seguro —tanto como es posible estarlo en materias no susceptibles de demostración científica— de que el hombre que en estas páginas habla es el mismo que llegué a conocer en todas sus facetas públicas y en los avatares durante mucho tiempo ocultos (y ocultos aún, por desgracia, en lo que a estos recuerdos concierne) de su lucha para alcanzar y conservar el poder. Hoy está más viejo, cansado, debilitado por la enfermedad y con una vitalidad que ya no es sino sombra de lo que fuera —y en cierto sentido, esto es lo que mejor le retrata.

Así pues, estamos ante una historia personal, extraordinaria y única. Con todas sus limitaciones, evasivas, disimulos, engaños y omisiones (algunas deliberadas, otras debidas evidentemente a la falta de memoria propia de la vejez), se trata del primer documento de este tipo que ha llegado hasta nosotros procedente de un dirigente político soviético de la era estaliniana y postestaliniana. Nos conduce directamente a lo que ha sido hasta ahora zona prohibida. Creo

que el mayor interés y valor de este relato consiste en la inconsciente revelación de las actitudes implícitas: los engaños, ignorancias y distorsiones que deben compartir en mayor o menor grado todos los dirigentes soviéticos que maduraron bajo Stalin y por él fueron favorecidos en virtud de la macabra mezcla de perfecta crueldad y casi perfecta obediencia que los caracterizaba.

¿Cómo y por qué fue pergeñado este notable documento? No lo sé. Mi personal opinión respecto a su autenticidad se apoya exclusivamente en la evidencia de que se trata de un manuscrito ruso. Esta situación, desagradable en grado sumo, no me resulta a mí tan extraña (aunque sí bastante cómica) como lo sería para quienes trabajan en y con sociedades libres y no tienen experiencia de las inhibiciones y procedimientos conspiratorios de que están rodeadas en la Unión Soviética incluso las actividades humanas más elementales. Con mucha frecuencia me he encontrado sin más instrumento que mi propio criterio y experiencia a la hora de establecer la autenticidad o falsedad de tal o cual documento en lengua rusa. A la inversa, en ocasiones he manejado y publicado documentos cuya procedencia conocía, pero sobre la cual se me había pedido el mayor secreto. Por ello no me sorprendía descubrir que no había respuesta a mis preguntas.

Sin embargo, sí tuve que hacerme una pregunta: los responsables del traslado a Occidente de este material, ¿estaban explotándolo como un arma de lucha política? Más concretamente, ¿estaban trabajando para conseguir la ruina final de su autor? De nuevo, mi primer pensamiento fue que alguna facción del Kremlin o sus aledaños podría estar interesada en comprometer a Kruschef mismo; quizá en socavar posiciones individuales o de grupo entre los actuales gobernantes soviéticos.

Una cuidadosa lectura me hizo desechar cualquier idea semejante. Kruschef no sale muy bien parado de estas páginas, pero tampoco demasiado mal, si atendemos a los patrones vigentes en la administración soviética. Hay mucho de autojustificación, y las confesiones que realmente pueden perjudicar son las inconscientes. Hay también omisiones y evasivas. Y lo que es más importante: ninguna de las personas hoy en el poder es atacada directamente. El principal blanco de las críticas es el mismo Stalin y, después de él, Beria; muy detrás de éste, Kaganovich y Malenkov. Todos ellos muertos o retirados. Pienso que es preciso aceptar que el principal interés en el envío de este manuscrito a Occidente —y ciertamente aparece como uno de los intereses de Kruschef— es luchar contra los intentos de rehabilitar a Stalin.

Por lo que al libro mismo se refiere, es el conjunto de los pensamientos y recuerdos de un viejo, concienzudamente elegidos con la intención de autojustificarse. Se trata de un relato divagante, reiterativo, contradictorio unas veces y descuidado otras, tendencioso con frecuencia, sin orden alguno y lleno de

lagunas. Strobe Talbott ha hecho de este conjunto fragmentario un relato coherente según un orden cronológico aproximado.

Unas palabras ahora sobre el contenido del libro. Hay dos clases de lectores: el lector ordinario, que ha oído bastante y ha leído algo sobre la Rusia de Stalin y Kruschef, pero no ha tenido ocasión de penetrar más a fondo en el tema, y el lector especializado, a quien le es familiar el conjunto de los hechos y busca una confirmación, una corrección y, sobre todo, una amplificación de lo que ya conocía.

Para el primero creo que muchos episodios y quizá incluso el mismo tono resultarán una revelación. Y precisamente para él es para quien he escrito la breve introducción de cada capítulo y sección, a los que he añadido unas notas que proporcionarán además una más amplia perspectiva. En ellas he señalado las omisiones y supresiones; he corregido ciertos errores palpables, falsas implicaciones, y detalles por el estilo; he indicado quién era quién y, en términos generales, he intentado orientar al lector.

Por su parte, el lector especializado no encontrará grandes sorpresas. Conoce ya el conjunto de la historia y no necesita ni de mí ni de nadie para orientarse y comentar cada detalle. Pero puede encontrar una valiosa confirmación de muchos datos que sospechaba o había deducido, innumerables detalles nuevos y una imagen vívida que podrá completar y dar nuevos colores a la que ya tenía. Sobre todo, puede encontrar una reconstrucción del ambiente e inclinaciones de la camarilla de Stalin. El mismo retrato de Stalin confirma y amplía el que ya nos ofreció Milovan Djilas en su estupenda obra *Conversaciones con Stalin,* así como el que Svetlana Alliluieva nos da en *Veinte cartas a un amigo.* Un retrato tan distinto del cliché que se nos ha suministrado durante los treinta años de la era estaliniana, que nos resulta irreconocible.

Kruschef también arroja luz sobre sí mismo. Desde sus primeros días hasta la muerte de Stalin nos ofrece rastros de su evolución como hombre y como jefe del Partido. Desde 1955, fecha en que asumió el poder supremo, hasta 1964, año de su caída, nos ofrece una gran cantidad de datos sobre su pensamiento y actividad de estadista. Lo que no podremos encontrar es la menor alusión a las luchas intestinas por el poder en las que se produjo su victoria y subsiguiente caída. Hay un relato del arresto de Beria a los tres meses de la muerte de Stalin. Pero después, nada se nos dice de las entretelas de la época de Kruschef, ni de los graves conflictos políticos que afectaron a la industria, la agricultura y las estructuras gubernamentales, ni de la constelación de fuerzas en que tan a fondo estaba implicado y que tan hábilmente supo jugar. Sólo encontramos una versión muy personal del XX Congreso del Partido y de la génesis del Discurso Secreto denunciando a Stalin a comienzos de 1956. Estas lagunas hay que señalarlas claramente desde el principio. Tales vacíos importarán poco al lector

ordinario que no se interese en particular por el detalle de los movimientos tácticos de las altas jerarquías del Partido comunista soviético. Al especialista sólo le queda desear que desaparezcan algún día. Mientras tanto, hemos de trabajar con los datos que tenemos, que son muchos. La narración insiste en dos grandes temas. En primer lugar, la autopresentación de un hombre muy notable, que surgió de los estratos campesinos humildes y llegó a ser dueño de una de las dos grandes potencias mundiales. En segundo término, una presentación de Stalin destinada a reforzar y «adornar» las revelaciones del famoso Discurso Secreto (cuyo texto ofrecemos en el apéndice 4). Kruschef está profundamente afectado por los recientes intentos de rehabilitar a Stalin y hace todo lo que puede para impedirlo.

En cuanto a los verdaderos crímenes de Stalin, Kruschef no tiene gran cosa que añadir a lo dicho en el Discurso Secreto. Desde luego, ese documento es muy concreto en ciertos detalles. Sin embargo, hemos de recordar que jamás fue publicado en la Unión Soviética. Algunas copias se hicieron circular entre los secretarios del Partido por todo el país, fueron leídas en público, total o parcialmente, en algunas asambleas, y pudieron difundirse en una cierta medida. Pero el pueblo soviético en su conjunto nunca pudo leerlo por sí mismo y la versión de Kruschef sobre este asunto, aunque problemática, supone de hecho el primer reconocimiento público por su parte de que tal discurso existió. Esto supuesto, resulta muy natural que tales refundiciones memorísticas ofrezcan, como si fueran de primera mano, datos conocidos desde mucho antes en el resto del mundo. Como en otros varios asuntos, Occidente está aún —así ha ocurrido durante años— mejor informado que los mismos rusos de los detalles de los crímenes estalinianos.

Aunque se habla bastante de algunos de ellos, se insiste menos en los crímenes de Stalin que en su actitud general y en su comportamiento privado: su modo de llevar los asuntos, sus relaciones con los subordinados inmediatos y las de éstos con él.

Es aquí donde empiezan las dificultades para el mismo Kruschef. Pues condenando a Stalin, él mismo se condena. En el Discurso Secreto pudo abordar este delicado problema con más o menos éxito, ya que no le interesaba contar su vida, sino exponer una inteligente selección de los excesos estalinianos. Por el contrario, al contar su vida se ve en la necesidad de pisar amplias zonas de un terreno muy movedizo. Y aunque se las arregla para disimular y velar su propia contribución a los horrores de aquellos días —por ejemplo, su apoyo ardoroso y vocinglero a Stalin en los momentos álgidos de las «purgas» y juicios por traición en 1936-37, así como su «purga» personal en Ucrania en 1938— lo que dice constituye la más directa y comprometedora confesión de complicidad durante una larga época que coincide con una de las peores de Stalin. Se da

plenamente cuenta de ello, aunque ahora, entre la turbación y la tranquilidad, al recordar las salvajadas y vergüenzas del pasado, parece no tener conciencia de la sima de corrupción en que él y sus colegas tuvieron que sumergirse para sobrevivir y seguir ostentando cargos públicos bajo Stalin.

Al condenar a Stalin en el Discurso Secreto y, por ello, implícitamente a sí mismo, Kruschef condenaba también todo el sistema que había hecho posible a Stalin. Desde luego, en el discurso no se alude para nada a ello: se deja entrever que fue Stalin quien, hacia la mitad de la década de los 30, pervirtió el sistema. Y un comunista extranjero —caso más notable cuanto que se trataba de Togliatti, secretario del Partido italiano— fue marginado cuando insinuó que un sistema que había permitido a Stalin actuar como lo había hecho debía ser sometido a un serio examen. Era comprensible. Kruschef heredó el sistema de Stalin y lo hizo suyo. No podía concebir otro. Pero ahora que es viejo, acá y allá surgen destellos de que pensaba de otro modo sobre muchas cosas. Quizá lo más significativo sea su enfoque de la colectivización de la agricultura. Afirma sorprendentemente, pero con toda claridad. que «la colectivización al estilo de Stalin no nos trajo más que miserias». Se refiere a aquella horrible catástrofe provocada por un solo hombre y que causó la muerte de millones de seres, redujo virtualmente a la mitad la producción agrícola de la Unión Soviética y contribuyó más que ningún otro factor a la servidumbre del pueblo ruso, así como al desequilibrio económico que han tenido que afrontar los dirigentes de hoy. Si Kruschef hubiera sido capaz de admitir esto cuando aún ostentaba el poder, el cielo sabe lo que hubiera podido pasar. Diseminadas a lo largo del relato aparecen también otras observaciones de implicaciones no menos importantes.

Debo decir que no me ha parecido oportuno discutir y enumerar todas las ideas implícitas, afirmaciones y argumentos con los que disiento. Mis propias ideas sobre Kruschef, sus éxitos y fracasos han sido difundidas ampliamente. Ahora habla él; yo no he hecho más que indicar las omisiones de su narración y señalar importantes discrepancias entre la presentación que hace de los hechos y la generalmente admitida en Occidente.

Tampoco es éste el momento de recapitular sobre la carrera de Kruschef haciendo una síntesis. En el apéndice 1 puede verse una exposición detallada de los acontecimientos principales, muchos de los cuales ni siquiera toca. Cada sección viene precedida de una breve explicación o aclaración de lo que sigue y una indicación de lo que queda en silencio. Este proceso de clarificación se completa con las notas a pie de página, que, al mismo tiempo, identifican a los principales personajes, con excepción de unos pocos nombres muy conocidos internacionalmente. En el apéndice 3, Strobe Talbott ofrece unas biografías bastante amplias de los más prominentes y asiduos colaboradores de Kruschef.

Este, con todo, no se hace justicia a sí mismo en el presente relato. Por supuesto, al suprimir bastante de su propio pasado y presentar de color de rosa su rápida ascensión bajo la égida de Stalin, se hace a sí mismo algo más que justicia. Pero lo que no hace —quizá no pueda hacerlo— es ofrecer las claves de su propia y sorprendente evolución. De cómo pasó de ser uno de los más notables hombres de confianza de Stalin a convertirse en una figura internacional que, al final de su carrera, dio muestras de una sabiduría superior, a pesar de su temperamento y prejuicios.

Ciertamente, siguió siendo hasta el fin prisionero de su pasado. En cierto modo superó el sistema que le hizo a él y que él mismo había ayudado a hacer. Pero jamás pudo escapar plenamente al sistema, y al final fue triturado por él. A pesar de todo, consiguió algo extraordinario. Y las cualidades que empezó a mostrar hacia el final de su carrera no le vinieron de repente. Debían estar latentes bajo las apariencias de un profesional del Partido ambicioso y decidido, adulador de su jefe y bravucón frente a los subordinados, que maniobraba en torno a sus rivales con una profunda malicia de campesino y que, siendo un verdugo entre verdugos, se distinguía de los otros por una vivaz imaginación, cierta intensidad de sentimientos, una porfiada confianza en sí mismo y, de tiempo en tiempo, la osadía de un jugador nato. Paradójicamente, tenía, pienso que desde los primeros momentos, una cierta capacidad de distanciamiento. Se mezclaba con la gente en mayor medida que lo haya hecho nunca un dirigente soviético. A diferencia de todos los funcionarios del Partido que conozco (a diferencia también de cualquier ingeniero de fábrica o de cualquier técnico de una granja colectiva) no le importaba embarrarse los zapatos. Se sentía a gusto diciendo a la gente qué era lo que estaba bien y qué estaba mal. Incluso en la cúspide de la gloria era capaz de meter los pies en el barro para explicar a un auditorio de escépticos campesinos la forma de plantar patatas. Pero también sabía escuchar. Y al final de su carrera aprendió con mucha rapidez. Le he visto escuchar a un grupo de técnicos de una fábrica con tal silencio y calma que parecía estar extrayéndoles alguna sustancia para almacenarla en sí y transformarla en su propia energía. Le he visto, especialmente en los primeros viajes al extranjero, cometer error tras error en rápida sucesión, pero nunca el mismo dos veces. No era el mismo cuando arengaba, unas veces rudamente y otras con una paternal benevolencia, salpicando su discurso con citas bíblicas que se le debieron grabar muy hondamente durante su niñez. Entonces sus ojos pequeños y enfadados, fijos en la lejanía, parecían los de un visionario. Y, en efecto, era un visionario.

Uno de los aspectos más desconcertantes de este relato, procedente de un hombre que luchó por el poder, no sólo porque éste fuera irresistible para él, sino también porque había soñado un mundo mejor para el pueblo soviético,

es la tranquilidad con que parece aceptar a algunas personas increíblemente viles. Sus nombres aparecen a lo largo de estas páginas. Parece haber sentido una gran simpatía por el jefe de policía Yagoda y por el aún más repulsivo Yezhov: piensa que eran «unos buenos chicos» antes de que se equivocaran. Lo mismo opina de su propio jefe de policía, Iván Serov, que era amable con los niños y encantador con sus amigos cuando no estaba ocupado enviando pueblos enteros a Siberia o condenando a muerte. Imagino que la razón es que el mismo Kruschef era un hombre violento por naturaleza (su violencia se manifiesta incluso en su época de estadista internacional) y la violencia estaba entonces a la orden del día. Junto con sus compañeros, estaba empeñado en la tarea desesperada de hacer que el pueblo soviético construyera una nueva Rusia, y eso no podía hacerse sin lágrimas. Todo el que se resistiera a aquel cambio —y parte de la masa se resistía— tenía que ser obligado a obedecer y los medios eran expeditivos y brutales. Pero se opuso a los arrestos sin razón justificada y, especialmente, criticó la destrucción realizada por Stalin de los «comunistas honrados». Su insistencia aquí, lo mismo que en el Discurso Secreto de 1956, en los crímenes de Stalin contra el Partido, al mismo tiempo que su silencio sobre sus crímenes contra el resto del pueblo, es muy explicable. Realmente pensaba que el Partido representaba una más alta forma de vida.

Tenemos que hacer otra consideración. Kruschef estaba tan convencido de su propia capacidad, que los demás no contaban. A lo sumo eran colegas útiles o subordinados comprometidos con él en la gran labor. Eran niños a los que había que adular, instar, castigar o premiar. No quiero insinuar con esto que desde el principio tuviera puestos los ojos en las máximas alturas. Evidentemente, era ambicioso, pero tenía un agudo sentido de sus propias limitaciones. Por ejemplo, conocía sus fallos en cuestiones de etiqueta. Es probable que incluso cuando, al principio de los años 30, llegó a tocar los aledaños del círculo de Stalin, no pensara que pronto llegaría a ingresar en él. Pertenecía a esa clase de hombres que empiezan a hacerse notar en una gran organización y continúan ascendiendo porque están destinados a dominar a todos los que se encuentran a su alrededor y sólo después miran hacia arriba. En cada escalón de su marcha ascendente se da cuenta, con bastante sorpresa, de que puede hacer las cosas mucho mejor que los que estaban allí desde más tiempo atrás. Fue así como avanzó desde su primer destino de pequeño funcionario del Partido en Yuzovka, en 1926, hasta el de cabecilla del mismo en Moscú diez años después. Por aquel entonces ya sabía que podía hacer las cosas mejor que los demás y que podía manejar fácilmente a sus rivales. Era una certeza que a duras penas ocultaba.

A pesar de todo, tenía por delante una barrera de figuras veteranas. No pertenecían a la antigua oposición, ya que ésta había sido barrida, aunque no

ajusticiada todavía; se trataba de los mismos hombres de Stalin, los que le habían apoyado contra Trotski, Zinoviev, Kamenev, Rikov, Bujarin... Ocupaban altos cargos en Moscú y en toda la Unión Soviética; Stalin, que les debía mucho, había sospechado de ellos por algún tiempo. En 1935 Kruschef debió pensar que su rápida ascensión quedaría detenida por tiempo indefinido por culpa de una promoción anterior masiva. Pero en los tres años siguientes se le abrió el camino con la eliminación de estos hombres (junto con otros siete millones), que se interponían entre él y los puestos clave del poder. En 1938 fue candidato al Politburó y un año más tarde ya era miembro de él.

La faz que ofrecía al mundo el Politburó (bautizado en 1952 como Presidium del Partido) era la de un omnipotente Comité compuesto de hombres «duros», buenos cumplidores a la hora de las «purgas» y que llegaban a las decisiones políticas importantes después de larga deliberación. Pero hace algún tiempo que sabemos, sobre todo por las memorias de Milovan Djilas y Svetlana Alliluieva, que nada de esto era así, y que Stalin tomaba las decisiones por sí solo y señalaba a sus esbirros lo que habían de hacer. Kruschev habría hecho un mejor retrato de él si hubiera tratado de analizar las cualidades de aquel hombre siniestro, que llegó a ocupar un puesto en el que sus palabras eran ley y que jugó con Churchill y Roosevelt haciendo que ambos se enfrentaran. En todo caso, es exacta la espeluznante descripción de cómo se comportaba Stalin durante sus últimos años, extremo en el que Kruschef no emplea atenuantes. No existían audiencias oficiales. Quizá muchas veces se equivocara —como en su característica decisión de no intervenir en la guerra de Corea—, pero en general gobernaba como único dueño y señor aunque luego se pasara la mitad de la noche viendo una película intrascendente, horrorizado de su soledad y, sin embargo, haciendo intolerable la vida a los hombres que le rodeaban con órdenes insignificantes y amenazas lanzadas en su fuerte acento georgiano. En realidad todas sus órdenes eran amenazas. Ordenes y amenazas nacidas de la bebida y la falta de sueño, que iban dirigidas a una corte de aduladores.

Con una palabra suya desaparecían todos y se ponía en marcha la máquina necesaria para el arresto de una persona a quien nadie conocía; para la concentración y deportación forzosa de todo un pueblo (caso de los chechens del Cáucaso o los tártaros de Crimea); para el fusilamiento de uno de los más íntimos colaboradores; para que se volviera a escribir íntegramente la historia del Partido comunista; para la introducción de un nuevo tipo de agricultura, cuyo único logro fue arruinar la cosecha en una extensión equivalente a la de Europa occidental.

La salvación de Kruschef estuvo en su promoción al cargo de lugarteniente de Stalin en Ucrania, en 1938. Por espacio de doce años permaneció alejado de Moscú, de las maniobras para tomar posiciones, de las intrigas, de la adula-

ción y la calumnia que seguían bajo los auspicios de Stalin y que incapacitaron incluso a hombres como Malenkov. Durante tres años antes de producirse la guerra, y por espacio de cinco después de 1944, mandó sobre cuarenta millones de pequeños rusos —más tesoneros, prácticos y trabajadores que los grandes rusos de Moscovia—, habitantes de un país que era por entonces granero de la Unión Soviética y su principal base industrial. Durante este tiempo, y en la medida en que era posible hacerlo bajo Stalin, Kruschef fue dueño de sí mismo; podía desarrollar sus dotes y su carácter, que de otro modo se hubieran corrompido sin remedio.

Al principio gobernó con toda la atolondrada arrogancia del peor virrey colonial. Vino la guerra. Vestido ahora de uniforme, tuvo ocasión, como asesor político de algunos de los generales más competentes, de introducirse por vez primera en un mundo ajeno al estrecho círculo del Kremlin. Se encontraba junto a los soldados y contra los asesinos del Partido, compañeros suyos. Sintió muy de cerca el profundo odio que el pueblo ucraniano manifestó al principio de la guerra contra el régimen al que él pertenecía. Sintió también en su carne el terrible sufrimiento que a los ucranianos se les venía encima y cómo, pese a ese sufrimiento, se volvieron contra los alemanes, a quienes en un principio consideraron sus libertadores, y lucharon a muerte contra ellos, haciendo de Stalin un semidiós, aunque era indigno de su confianza. No hubo ningún otro cabecilla del Partido, aparte de A. A. Kuznetzov, el que llevó a cabo el asedio de Leningrado y fue fusilado poco después por Stalin, que experimentase tan vivamente las realidades de la vida en la Rusia soviética bajo el poder del dictador. Creo que eso le hizo cambiar. Cuando, en 1949, fue llamado por primera vez a Moscú, le sirvió de mucho la confianza en sí mismo que se había desarrollado en él cuando era el amo de Ucrania, y también la paciente astucia con que supo ir siempre del brazo de Stalin. En 1953, a la muerte del dictador, vio la oportunidad de encaramarse al poder.

Al principio actuó muy cautelosamente. Tras conspirar con sus coherederos para hacer desaparecer a Beria (su relato sobre la detención parece ser el definitivo; no así en lo que se refiere al proceso que le precedió) hubo un momento en que tuvo que entrar en la farsa del gobierno colectivo. Pero se dedicó incansablemente a socavar la posición de Malenkov, su rival más fuerte y capacitado, quien trataba de cimentar su poder, no en el aparato reaccionario del Partido, sino en la nueva generación de tecnócratas. Al principio, Kruschef se mantenía vigilante y silencioso, mientras Malenkov daba alas a toda clase de programas tendentes a la reforma interna y a la cooperación internacional. Luego pasó al ataque, acogiéndose en nombre de Lenin a las fuerzas de la reacción para derrocar a su rival. Después, sin mover un dedo, procedió a hacer suyas las ideas reformistas y sobre la coexistencia. Luego, todavía en medio de las luchas

por el poder —luchas que le llevarían a romper con el estalinismo—, utilizó las técnicas que de Stalin había aprendido.

Fue una campaña brillante que culminó en el XX Congreso del Partido y en la desestalinización de 1956. Y aunque lo que Kruschef intentaba con la desestalinización condujo directamente a las rebeliones de Polonia y Hungría —y a una desmoralización del pueblo soviético de la que aún no se ha recuperado—, logró mantenerse en el poder, se negó a someterse a un voto mayoritario en el Presidium del Partido que reclamaba su dimisión y pidió ser oído por el Pleno del Comité Central de acuerdo con los estatutos del Partido, a los que nadie había prestado atención por muchos años. Tuvo sus valedores en el Comité Central que afluyeron a Moscú de todos los rincones de la Unión Soviética en una espectacular operación aérea llevada a cabo por el mariscal Zhukov, expuso su caso, exigió el voto y ganó. Malenkov, Molotov, Kaganovich y otros fueron privados de su cargo y enviados a remotas y humildes provincias. Pero no fueron apresados ni fusilados.

En 1957, cuando contaba ya sesenta y tres años, Kruschef iba camino de convertirse en un brillante estadista. Pero aún era una personalidad discordante. Podía abrigar sueños magníficos, buscar una verdadera paz universal y la prosperidad de la Unión Soviética en un mundo pacificado. Pero era también capaz de dar un giro desconcertante hacia la violencia y la trapacería. Vio la necesidad de una distensión duradera entre la Unión Soviética y los Estados Unidos como único medio de evitar el holocausto atómico; pero creía aún que era correcto trabajar por el colapso del mundo capitalista y esperaba de él una actitud de neutralidad frente al imperio soviético. Del mismo modo que jamás pudo escapar a su pasado estalinista, tampoco pudo superar las medias verdades de su marxismo infantiloide. Y su creciente poder, su experiencia del mundo, daban mayor alcance, no sólo a su mente auténticamente inquieta y a su profunda aunque intermitente e irregular observación de la realidad, sino también, por desgracia, a su impaciencia, que limitaba sus posibilidades, y a su megalómana predilección por esquemas de divulgación a medio confeccionar en los que se perseguían tales o cuales manifestaciones sintomáticas de un régimen interiormente enfermo.

En todo ello Kruschef no fue quizá muy distinto de otros muchos políticos occidentales excepto en lo que se refiere a la violencia e ilegalidad, que eran sus elementos familiares. Ciertamente, es una seria excepción. Lo triste fue que contaba con muchos atributos propios de un gran estadista. Lo admirable es que, en el contexto de la Rusia postestaliniana, tales atributos tuvieran una oportunidad de manifestarse.

Aunque tiene poco que decir sobre sus asuntos domésticos, su lucha por la supremacía y su caída, la última sección del libro, que trata —a veces para

salir del paso y a veces con detalles fascinantes— de sus contactos con el mundo exterior, nos habla ampliamente sobre la madurez de su visión del extranjero y sobre el estado general de su mente. Vemos el incesante y no resuelto conflicto entre los hábitos mentales y el efecto de más de cuarenta años por un lado y, por otro, las lecciones que se desprendían de una realidad vista con nuevos ojos. Ciertamente las contradicciones son tales que no basta hablar de una personalidad desbordante. Se trata de una personalidad fragmentada. En ningún pasaje creo que aparecen mejor las contradicciones que en el capítulo sobre la polémica con China —en el que se abandona a un estridente chauvinismo— y en el capítulo sobre Nasser y Egipto, en el que sale a flote todo el calor de su simpatía y puede aún apreciarse su ojo calculador en busca de ventajas personales o nacionales.

Tomando el libro en su conjunto, cada lector puede hacer por sí mismo el balance entre la autodecepción y la falsificación deliberada. Hay mucho de ambas cosas. El problema se plantea más agudamente en los capítulos que tratan de la invasión soviética de la Polonia oriental y de los Estados bálticos. ¿En qué medida se daba cuenta de lo que estaba haciendo cuando presidió el arresto, prisión o deportación a Siberia de toda la clase media de la actual Ucrania occidental? ¿En qué medida pensaba realmente, dentro de su ignorancia de la vida fuera de la Unión Soviética, que se le había concedido el inconmensurable privilegio de velar por la población de pueblos extranjeros? No puede emitirse fácilmente un juicio basándose en que unas veces hable de este crimen como de un acto de liberación y otras de anexión. En sus primeros días pensaba con toda evidencia, como muchos otros, que al vincularse a Stalin estaba tomando parte en una gloriosa, dura y penosa transformación de la vieja Rusia en una sociedad más justa y equitativa que cualquiera otra sobre la faz de la tierra. En seguida empezó a interesarse por alcanzar el poder en su propio beneficio, después a depender de él. Pero ¿qué quedaba del viejo sueño y en qué medida adornó éste sus ideas sobre la misión soviética, primero en la Europa del Este y después hasta los últimos confines del mundo? Posiblemente no existe una respuesta válida a estas preguntas. Pero son importantes, por no decir fundamentales, y, teniéndolas en cuenta, hemos de recordar cuán indeleblemente quedan nuestras propias ideas deformadas por la autodecepción, los prejuicios y la ignorancia.

Uno de los principales logros de Kruschef fue que, con sus intermitentes risas y matanzas, sus decepciones y amenazas, y sus condenas de la violencia, jamás rompió del todo el molde estalinista. Con ello hizo posible que el mundo occidental abrigase la esperanza de que se implantaran algún día medidas de coexistencia, de una coexistencia más completa y genuina de lo que él mismo estaba dispuesto a concebir.

Nota del traductor en lengua inglesa

He pretendido hacer de los recuerdos de Nikita Kruschef un relato coherente, aunque sin someterlos a un molde demasiado rígido. Cuando el material primitivo llegó a mis manos, estaba totalmente desordenado. Al intentar transformarlo en un libro escrito en un inglés legible, he tenido que tomarme ciertas libertades en relación con su estructura. Sin embargo, me he preocupado de no falsear a Kruschef, aun en los casos en que he reunido fragmentos diversos dentro de las unidades que aquí aparecen como capítulos. Todo lo que en este libro se atribuye a Kruschef ha sido dicho por él, salvo alguna frase explicativa o algún fragmento de transición improvisada. He procurado conservar el espíritu y la letra de lo que dijo el autor, intentando sugerir, por encima de las barreras del lenguaje, la forma en que lo dijo.

El lenguaje de Kruschef se caracteriza por una curiosa y a veces pretendida alternancia de insinuaciones cautelosas y valientes revelaciones, de indiscreciones manifiestas e inteligentes evasivas, de plebeyez a ras de tierra y retóricos eufemismos. En un momento nos parece el prototipo del político retirado que aburre a todo el que está dispuesto a escuchar la historia de sus momentos culminantes, e inmediatamente después nos da la impresión de un fogoso propagandista que se atiene a la Línea del Partido, para después aparecer como un violento patán describiendo con toda suerte de colores y adornos retóricos una disputa tabernaria. Y con frecuencia se nos presenta como uno de los más sensibles conocedores de los recovecos de la historia moderna. El lenguaje del material en el que se basa este libro está lleno de humorísticas frases coloquiales, dichos caseros, florituras de la retórica marxista, explosiones histriónicas y aquellos curiosos arcaísmos bíblicos tan típicos de la oratoria de Kruschef durante los tiempos en que estuvo al frente del Partido.

Estos son los materiales reunidos por un viejo con mucho que recordar y con recursos aparentemente inextingibles de inteligencia y prosopopeya, de maliciosa tenacidad y rica humanidad. Constituyen un importante documento his-

tórico, especialmente por los testimonios que aportan a la historia de Stalin. Los recuerdos de Kruschef constituyen el más devastador y autorizado alegato en favor de la desestalinización; más convincente aún por venir de un leal ciudadano soviético y un fervoroso marxista-leninista. Pero el libro es también un importante documento personal, el vívido retrato de un hombre que surgió de las sombras de Stalin para luchar contra el fantasma de Stalin. Pienso que también puede ser considerado como un intento deliberado de autodefensa, como el testamento de un campesino inteligente, convertido luego en hombre del «aparato», que surgió de las minas de carbón, en la cuenca del Donetz, para llegar a ser uno de los hombres más poderosos del mundo.

STROBE TALBOT

Como en el relato de Kruschef abundan los nombres oficiales y las alusiones a los órganos administrativos del gobierno y del Partido, se ha incluido un apéndice, el número 2, con una breve exposición de la terminología y estructura del gobierno soviético y del Partido comunista.

KRUSCHEF RECUERDA

Prólogo

AHORA vivo como un ermitaño en los arrabales de Moscú. Apenas tengo comunicación con el resto de la gente. Sólo me relaciono con aquellos que me protegen de los demás —y protegen a los demás de mí—. Supongo que quienes me rodean emplean la mayor parte de su tiempo en defender a los demás de mí [1].

Mirando hacia atrás en el tiempo, saltan ante mi vista los acontecimientos de la época estaliniana que comprometieron la construcción de nuestra sociedad soviética. No es cosa de hablar ahora de los aspectos positivos del gobierno estalinista, puesto que tales aspectos han sido tratados ampliamente en los discursos oficiales, en la prensa y en nuestra literatura. Su imagen ha sido lustrada y embellecida. De hecho, si todo lo positivo que se ha dicho de Stalin fuera rebajado en un ochenta por ciento, quedaría bastante para que lo celebraran como un gran hombre. Además, la historia del Estado soviético y la victoria del Partido comunista son un testimonio suficiente de nuestras virtudes y éxitos. Si miramos atrás y nos fijamos en los últimos cincuenta años, veremos cuál fue nuestro punto de partida y adónde hemos llegado. Hemos asombrado incluso a nuestros enemigos.

Todavía hoy hay quienes piensan que todo este progreso hay que agradecérselo a Stalin. Incluso después de que sus crímenes masivos fueron expuestos y su culpa indiscutiblemente demostrada en el XX Congreso del Partido [2], hay quien aún duda y respeta indiscriminadamente su memoria, pensando que todas aquellas muertes por él causadas fueron históricamente in-

1. Exagera su aislamiento, expresado quizá en un momento de autocompasión combinada con su gusto por lo dramático. De hecho está perfectamente atendido por su familia y es frecuentemente visitado por sus amigos, incluidos los checos, polacos y americanos. Aunque acompañado, visita ocasionalmente Moscú, donde tiene un apartamento.

2. El Discurso Secreto de Kruschef sobre los crímenes de la época estalinista fue pronunciado ante el XX Congreso del Partido en la noche del 24 al 25 de febrero de 1956. La versión publicada por el Departamento de Estado norteamericano jamás ha sido seriamente contradicha. Fue editada el año pasado bajo el título *Khrushchev and Stalin's Ghost,* con un comentario y análisis exhaustivo de Bertram D. Wolfe.

evitables y poco importantes comparadas con la grandeza de un dirigente como él, «Padrecito» del pueblo soviético, Genio y Maestro. Todavía hay quien usa el término «estalinista» para caracterizar al que sigue las prácticas de Stalin, considerándolo una buena cualidad. Yo, en cambio, pienso que es una mala cualidad.

¿Qué tenía de genio Stalin? ¿En qué sentido fue nuestro «Padrecito»? ¿De cuánta sangre derramada podemos hacerle responsable? Hay que levantar los velos que se han echado sobre las respuestas a estas preguntas. Hay que mostrar a Stalin desnudo ante el pueblo soviético, para que pueda ocupar el puesto que le corresponde en la historia.

Ciertamente hay que reconocerle muchas cosas. Pero todo nuestro éxito, desde el principio hasta el fin, ha sido más bien del pueblo; y la fuerza que nos sostiene nos viene de las ideas de Lenin. Fue éste quien fundó nuestro Partido y nuestro sistema. Quien desarrolló la teoría sobre la que se ha cimentado. Sus ideas son la piedra angular de todo lo que hemos creado. Sin embargo, Lenin nos puso en guardia expresamente contra Stalin. Nos avisó de sus faltas cuando empezaba a descollar. Luego, los hechos demostraron cuánta razón tenía. En la medida en que las ideas de Lenin fueron aplicadas correctamente, produjeron resultados positivos. A pesar de la corrupción estaliniana de las posturas y directivas leninistas, la teoría marxista-leninista es aún la doctrina más progresiva del mundo. Enriqueció, fortaleció y dio armas a nuestro pueblo, capacitándolo para alcanzar lo que ahora tiene.

Todos conocemos el espíritu revolucionario de Stalin y sus demás virtudes, una y otra vez aireadas por el Partido. Sus pretensiones de ocupar un puesto destacado en nuestra historia tenían una sólida base. En verdad era un hombre sobresaliente en habilidad e inteligencia. Ciertamente destacó en medio de los demás. A pesar de mi condena implacable de sus métodos y abusos de poder, siempre he reconocido y afirmado su fuerza. Pero ésta ha de ser valorada según sus diferentes facetas. Una cosa era cuando se dedicaba a consolidar los éxitos de la Revolución y otra distinta cuando se volvía contra esa Revolución bajo el disfraz de slogans pasionales sobre la defensa del Partido contra los enemigos de éste. Las venganzas de Stalin contra sus propios enemigos, por él acusados de enemigos del Partido, nos costaron pérdidas incalculables. Su intolerancia, de la que el gran Lenin nos había avisado, trajo consigo la aniquilación de millares de personas que eran fieles al marxismo-leninismo.

Por una razón he de tomar en serio a Stalin: no nos conquistó a golpes de espada. No; demostró una insuperable habilidad en el manejo de las personas, cualidad muy necesaria e importante para un gran líder. Todo lo que se refiere a su personalidad viene marcado con el sello de lo admirable y lo

recto, al mismo tiempo que con un no sé qué de salvajismo. Nada de lo que a él se refiere encaja en un esquema. Todo hemos de verlo a la luz de su compleja personalidad.

Sin embargo, si hoy viviera y se nos pidiera el voto, por mi parte votaría que fuera llevado ante los tribunales y castigado por sus crímenes.

Con frecuencia me han preguntado qué le ocurrió a Stalin y cómo fue posible que un hombre inteligente cometiera aquellas atrocidades. Yo mismo me lo he preguntado con frecuencia. Creo que Lenin conocía la clave. Ya en 1923, al escribir su Testamento, vio con claridad adónde llevaría al Partido si seguía en el puesto de secretario general. Lenin supo las razones básicas de la tiranía de Stalin mucho antes de que comenzaran las ejecuciones y demás crímenes. Escribió que, aunque poseía las cualidades necesarias para el liderato, era radicalmente bestial y no tardaría en abusar de su poder. Sugirió que fuera trasladado y se colocara en su lugar a alguien más moderado y consciente, más tolerante en sus relaciones con los otros camaradas, que diera garantías de que no iba a abusar de su poder [3]. El Comité Central no dio oídos a las palabras de Lenin y lo pagó todo el Partido.

Es indiscutible que en Stalin había algo patológico. Creo que en nuestros días existe otro caso de semejante enfermedad. Los hombres de mi generación recuerdan cómo creció de día en día la glorificación de Stalin y adónde condujo. Veo con frecuencia en la televisión películas sobre China y me parece que Mao Tse-tung está copiándole en el culto a la personalidad. Incluso se ha hecho eco de los mismos slogans. Si cerramos los ojos y oímos lo que los chinos dicen de Mao, basta sustituir las palabras «camarada Mao» por «camarada Stalin» para ver dónde están las coincidencias. En Moscú se organizaban grandes espectáculos del mismo modo que hoy se hace en Pekín. Yo solía pensar que esta necesidad de autoglorificación era una debilidad exclusiva de Stalin; pero es evidente que hombres como él y Mao coinciden en esto: en que para permanecer en el poder consideran indispensable que su autoridad res-

3. El documento comúnmente conocido como Testamento de Lenin es una de las cartas que escribió en 1923, cuando trataba de evitar que se produjera una división en el seno del Partido después de su muerte. He aquí los pasajes más significativos: «Habiendo llegado a ser secretario general, el camarada Stalin ha concentrado en sus manos un enorme poder, y no estoy seguro de que sepa usar siempre de este poder con suficiente cautela... Stalin es demasiado rudo, y esta falta, perfectamente soportable entre nosotros, que somos comunistas, resulta intolerable en una persona con el cargo de secretario general. Por lo tanto, propongo que se busque el modo de sacarle de ese puesto y sustituirle por otra persona que le supere en todos los sentidos —a saber, alguien que sea más tolerante, más leal, más educado y considerado con los camaradas, menos caprichoso, etc.» (El texto completo de este y otros documentos se incluye en la obra *Khrushchev and Stalin's Ghost,* de Bertram Wolfe.)

plandezca bien alta, de modo que el pueblo no sólo obedezca, sino que además tenga miedo.

Insisto en el aspecto negativo de los años de Stalin para mostrar que, de no haber sido por sus crímenes, hubiéramos alcanzado metas incluso superiores a las actuales. Ofrezco un resumen de todos sus crímenes con objeto de ayudar a prevenir que se repita el perjuicio que inflingió a la clase obrera, a los campesinos y a los intelectuales de todos los pueblos de la Unión Soviética, así como a los de otros países comunistas.

Por desgracia, mucho permanece en un secreto celosamente guardado. Mucho sigue aún sin revelar y sin ser conocido; algunos datos tienen sobre sí el peso de una estricta censura. Pero ya llegará su día. Al final aparecerá todo. Incluso los secretos mejor guardados se dirán en público.

Quizá otras personas distintas de mí, hombres con los que trabajé en los tiempos de Stalin, dejarán sus memorias para la posteridad. En ese caso, espero que sean objetivos y no teman contar lo que sepan. Atestiguarán las mismas cosas que yo. Muy pocas veces me encontré a solas con Stalin. Normalmente solían estar presentes cinco, seis y a veces hasta diez personas.

Todo el que realmente desee reimplantar en el Partido las normas leninistas, debe hacer lo posible por exponer a la pública consideración la figura de Stalin y condenar sus métodos. Con objeto de prevenir que surjan de su tumba los fantasmas de aquellos años y nos obsesionen, no tenemos más alternativa que rehabilitar a *todas* sus víctimas. Muchas de ellas lo fueron ya por el XX Congreso del Partido; pero muchas otras esperan todavía, y aún permanece oculta la razón de su muerte. Es vergonzoso, absolutamente lamentable. Y ahora resulta que están empezando a echar tierra sobre el culpable de todas aquellas muertes. Sé que no tiene sentido, pero es un hecho.

En particular, me pregunto por qué algunos influyentes jefes militares se dedican en sus discursos y relaciones a «pasar la esponja» y devolver a Stalin su pedestal de padre del pueblo. Intentan hoy demostrar que si no hubiera sido por él, jamás hubiéramos podido ganar la guerra contra la Alemania nazi y habríamos caído bajo el yugo del fascismo. La argumentación de esta especie de reivindicación es estúpida. Es reflejo de una mentalidad de esclavos. ¿Es que, ahora que Stalin no se encuentra ya entre nosotros, habremos de caer bajo la influencia americana, alemana o inglesa? No, ciertamente. El pueblo soviético siempre sabrá encontrar dirigentes y defender su país contra los invasores como lo ha hecho en el pasado.

Espero que no necesitaré señalar el absurdo en que incurren tales jefes militares al tratar de rehabilitar al mismo tiempo a Stalin y a sus víctimas. Cierta vez que estuve en Bulgaria pronuncié un discurso en el que citaba un verso del *Mozart y Salieri,* de Puchkin; es el episodio en que Mozart, sin sospechar

que Salieri pretende envenenarle, dice: «Genio y crimen son incompatibles» [4]. Lo mismo se puede decir de Stalin. Un hombre no puede ser a un tiempo genio y asesino. Fueran cuales fueran sus motivos, Stalin cometió un horrible crimen matando a miles de personas. Hay quienes afirman que sus motivos eran el bienestar del pueblo y no el egoísmo. Esto es una estupidez. Resulta que cuando velaba por los intereses del pueblo estaba exterminando a sus mejores hijos. Una original lógica. Y es que siempre resulta difícil demostrar la inocencia de quien asesinó a una multitud.

Todavía hoy la gente me dice a veces: «Camarada Kruschef, quizá no debiera usted contar esas historias de Stalin.» Quienes esto dicen no son necesariamente cómplices formales de la villanía estaliniana. Son simplemente buenas gentes que llegaron a acostumbrarse al culto a la personalidad y no pueden desembarazarse de los viejos esquemas de los tiempos estalinistas. Les es muy difícil reconocer la verdad. Ellos son el resultado de la defectuosa manera en que el Partido educó y condicionó a sus miembros en vida de Stalin. Este utilizó en provecho suyo todos los métodos de adoctrinación. Exigía una obediencia ciega y una fe sin límites. Llegar hasta la muerte, sin una sola vacilación sobre aquello por lo que morimos, está muy bien, sin duda, en tiempos de guerra; pero también es cierto que la fidelidad más absoluta puede convertirse en un amargo odio cuando un hombre descubre que su verdad ha sido traicionada. Podemos quedar encerrados en un círculo vicioso. Los dirigentes de un país no deben dar por supuesto que el pueblo va a cerrar los ojos y no se va a dar cuenta de lo que le está sucediendo. Semejante presunción por parte de los hombres que ocupan puestos de responsabilidad puede producir el efecto de socavar la confianza del pueblo en el Partido y en el gobierno.

Por esta razón, siempre traté de guardar total sinceridad ante el Partido, ante la Liga leninista de la juventud comunista [Komsomol], y ante el pueblo. Y por esa razón lo hago ahora más que nunca. Sólo mediante la sinceridad podremos ganarnos la confianza. La verdad siempre ha sido una inagotable fuente de fuerza para el Partido, y así debe seguir siendo.

Quizá haya quienes se pregunten por qué hablo de los acontecimientos que tan terrible daño inflingieron al Partido y por qué me dedico a profundizar en las motivaciones que llevaron a Stalin a actuaciones que costaron la vida a decenas de millares de nuestros mejores hijos, los mejores hijos de nuestro Partido y nuestro país. He aquí la respuesta: porque, por desagradables que estas relevaciones puedan ser, contribuyen a la purificación del Partido. No es precisamente una calamidad el hecho de que éste se siente a sí mismo en el banquillo e investigue su propia historia. Además, es posible que la gente se

4. El drama en verso de Puchkin se basa en la leyenda de que el compositor Salieri envenenó a Mozart por envidia.

acerque a él en mayor medida cuando se dé cuenta de que los abusos estalinianos no fueron cometidos *por* el Partido, sino *contra* él.

Ya se han comenzado a corregir los errores y a dar garantías de que nunca volverá a ocurrir lo que ocurrió bajo Stalin. Por esto no temo decirlo todo. Lo que cuenta no son calumnias ni maliciosas murmuraciones. Pretendo que sirvan a la importante y constructiva causa de la purificación del Partido. Hablo como hombre que pasó toda su vida muy cerca del pueblo soviético y que, al mismo tiempo, estuvo durante muchos años cerca de Stalin en la dirección del Partido y del país. Como testigo de aquellos años, me dirijo a las generaciones futuras con la esperanza de que corrijan los errores del pasado.

PRIMERA PARTE

De las minas de carbón al Kremlin

1

Los comienzos de su carrera

Los años duros

Kruschef tenía veinticuatro años cuando ingresó en el partido bolchevique, en 1918, algunos meses después de la Revolución de Octubre. Hasta entonces, y tras su infancia campesina, había trabajado como mecánico en la ciudad minera de Yuzovka (rebautizada como Stalino y, en la actualidad, Donetsk), en la región ucraniana del Donbass. Por tal motivo, durante la primera Guerra Mundial permaneció en la reserva, exento de servicio militar. Pero a principios del año 1919 se alistó en el Ejército Rojo y tomó parte en la guerra civil. No volvió a Yuzovka hasta 1922, y lo hizo como ferviente activista del Partido con la misión de volver a poner en funcionamiento las minas, en una tierra devastada y hambrienta. En este capítulo se ofrece un panorama del ambiente de aquellos días difíciles, cuando se cubrían los puestos de responsabilidad con trabajadores y campesinos incultos, solamente porque habían demostrado su fervor por la causa bolchevique. Fue en aquella época, a partir de 1921, cuando Lenin se vio obligado a apartarse del socialismo para desarrollar su Nueva Política Económica, que estimulaba a las empresas privadas y concedía privilegios a los comerciantes burgueses y especialistas de todas clases como único medio para reconstruir una economía en ruinas. Naturalmente, la N. P. E. provocó grandes amarguras entre los fieles del Partido. Permaneció vigente hasta que Stalin le puso fin en 1926, dos años después de la muerte de Lenin.

No hace mucho, me visitaron varios de mis antiguos camaradas para intercambiar felicitaciones en el aniversario de la creación del ejército soviético. Fue un gran día de celebración dedicado a honrar a nuestras fuerzas armadas. Creado bajo la dirección de Lenin, nuestro ejército obtuvo muchas victorias im-

Kruschef joven.

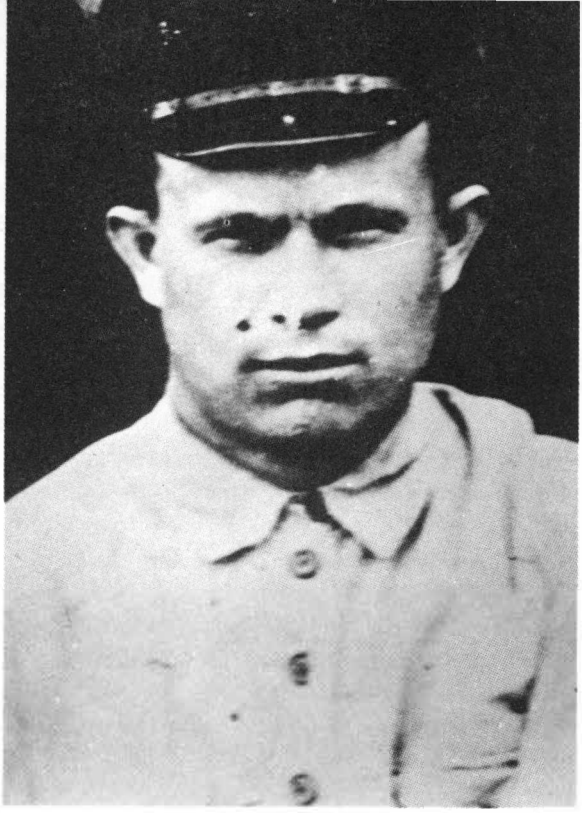
portantes contra nuestros enemigos de clase, los guardias blancos, en los primeros años de la Revolución. Más tarde, en la gran guerra patriótica, rechazamos el conato de invasión de los fascistas contra nuestro sistema de vida marxista-leninista. Gracias a nuestro ejército pudimos ahuyentar la amenaza hitleriana que se cernía sobre el país soviético y el pueblo ruso. Hemos aplastado a nuestros enemigos. Nuestras fuerzas armadas han sostenido siempre en alto el estandarte de la lucha, la bandera roja de la clase trabajadora teñida con la sangre que vertió el pueblo soviético en su batalla contra las clases enemigas.

Nuestras gloriosas fuerzas armadas han recorrido un camino largo, muy largo. Me siento orgulloso al decir que tuve el privilegio de servir en ellas en los primeros años, los más peligrosos, de la joven república soviética. Desde enero de 1919 hasta el fin de la guerra civil, padecí muchas y muy duras penalidades en las filas del Ejército Rojo. Yo pertenecía a la novena división de fusileros. Primero tuvimos que retirarnos desde Orel hasta Mtsensk; después tomamos la ofensiva y avanzamos a través de una nube de balas enemigas hasta llegar a Taganrog, en la Navidad de 1919. Por entonces nuestra división de fusileros se integró al primer ejército montado, bajo el mando de Semion Mijailovich Budionny [1]. Perseguimos a los guardias blancos en retirada, y hacia abril de 1920 completamos el gran avance hasta el Mar Negro. Capturamos Anapa y arrojamos a las hordas blancas al mar. Nuestra división ocupó Anapa: nos quedamos allí cinco o seis días y después seguimos hasta la península de Taman. Recuerdo que celebramos en Taman la gran fiesta proletaria, el primero de mayo.

Cuando volví del frente al Donbass, a principios de 1922, habían comenzado los tiempos duros. Lenin estaba intentando aprovechar aquel respiro, terminada la guerra civil, para elevar nuestra industria, nuestra economía y el nivel de vida del pueblo. Armados con nuestra inquebrantable devoción por sus ideas, nos dispusimos a realizar en unos pocos años lo que había llevado décadas a los países capitalistas. Tuvimos que apretarnos el cinturón, sufrimos hambre, frío y privaciones. No regateamos sacrificios para consolidar nuestra industria pesada y fortificar al ejército, de forma que ningún enemigo pudiese volver a representar una amenaza para nuestras fronteras.

En 1922 hubo en las minas del Donbass mucha hambre e incluso algunos brotes aislados de canibalismo. Pero los pueblos padecieron aún mayores estra-

1. Kruschef fue un joven comisario político adscrito a las tropas combatientes. S. M. Budionny, sargento auxiliar en la caballería zarista y luego compañero de Stalin en su gran afición por la bebida, operaba contra el ejército del general Denikin que, a la sazón, suponía la amenaza más peligrosa para el nuevo régimen bolchevique. Fue el mismo Budionny, ya mariscal y totalmente ajeno a las técnicas de la guerra moderna, quien llevó a su ejército al desastre en Ucrania cuando la invadió Hitler en 1941.



Con sus compañeros, cuando era ajustador en el Donbass.

gos que las minas. Mi primera esposa, Galina, murió durante la gran hambre de 1921. Su muerte me apenó terriblemente; quedé solo con dos niños a quienes cuidar, mi hijo Leonid y mi hija Julia. En 1924 volví a casarme, esta vez con Nina Petrovna. Los primeros años del poder soviético fueron años de lucha, de privaciones y de autosacrificio. Pero el pueblo seguía creyendo en el Partido; hasta los ciudadanos más iletrados comprendían sus consignas y las llamadas de unión. El pueblo sabía que era la burguesía quien nos había impuesto aquellas privaciones: tanto nuestra propia burguesía como la del resto del mundo, que seguía fomentando la contrarrevolución y la intervención contra nosotros. Nos decíamos que, por mal que fuesen las cosas, en los viejos tiempos anteriores a la Revolución habían ido todavía peor.

Pero la verdad es que no era así para todo el mundo. Los mineros más especializados de los pozos donde yo trabajaba, en el Donbass, habían vivido mejor antes de la Revolución que inmediatamente después de ella. Por lo que respecta a mis propias condiciones materiales, he de confesar que vivía peor tras la Revolución, siendo director adjunto de operaciones mineras, que antes, cuando era un simple obrero del metal.

Casi todos nos sometimos de buen grado a las estrecheces porque, a nuestro modo de ver, teníamos que exprimir hasta la última gota la productividad de nuestros recursos para industrializar al país lo más rápidamente posible. Si queríamos sobrevivir teníamos que ponernos a la par con los capitalistas. A veces, la persecución de ese objetivo obligaba a sacrificar tanto la comodidad material como los principios morales. Pero, en conjunto, el pueblo soportaba los sufrimientos con alegría por amor al Partido. Y en unos cuantos años creamos una sociedad industrial moderna.

En aquellos tiempos, quien quisiera ser comunista no debía esperar ninguna recompensa a sus sacrificios en forma de posibles ventajas. Hoy día ya no es lo mismo. Desde luego, entre los comunistas hay todavía gente de principios, pero también hay mucha sin ellos, funcionarios parásitos y oportunistas mezquinos. Ahora es demasiado frecuente que el carnet del Partido represente tan sólo la esperanza para su titular de hallar un hueco confortable en nuestra sociedad socialista. En esta época hay muchos vivos que tratan de sacar de la sociedad mucho más de lo que ponen en ella. Su actitud es una violación del principio según el cual se habrá de compensar a cada ciudadano en la medida de la cantidad y calidad del trabajo que desarrolle para edificar el comunismo. Es triste, pero cierto. Tal estado de cosas es una de las calamidades de nuestro tiempo.

No quiero decir con eso que entre los futuros comunistas de los primeros años de la Revolución no hubiese también cierta cantidad de oportunismo. Existía, pero ni mucho menos con el mismo alcance. Recuerdo que, cuando atacamos y ocupamos la ciudad de Maloarjanguelsk, un maestro de escuela obtuso me pre-

guntó qué cargo le darían si se inscribía en el Partido Comunista. La pregunta me sacó de mis casillas, pero me contuve y contesté:

—Se te dará el más prestigioso de los cargos, el de mayor responsabilidad.

—¿Cuál?

—Te darán un fusil y te enviarán a luchar contra los blancos. Tendrás la oportunidad de ayudar a decidir si el poder soviético prevalecerá o no en nuestro país. ¿Hay alguna responsabilidad mayor?

—¿Y qué pasa si no me uno al Partido?

—Lo mismo da. Al Partido le irá mejor sin ti.

Fue durante aquel período de la guerra civil y en los duros años subsiguientes cuando Stalin se ganó su fama de «devorador de especialistas». Devorador de especialistas quería decir: alguien que se negaba a confiar en los especialistas burgueses cuya colaboración había solicitado Lenin, especialmente para formar el Ejército Rojo. En aquellos días Trotski se hallaba al frente de la Comisaría del pueblo para la Defensa [2]. Como era lógico, siguió las directrices de Lenin y buscó mandos para el Ejército Rojo entre los oficiales burgueses que se habían formado en las academias militares zaristas. Años después, Stalin disfrutaba contándonos que no había querido tener nada que ver con los oficiales burgueses que enviaba Trotski a Tsaritsin y que, invariablemente, resultaban ser unos traidores.

He de admitir que en aquella época estuvo justificado cierto grado de desconfianza en la «intelligentsia» burguesa. En los primeros días de la Revolución fueron muchos los intelectuales que no quisieron definir con claridad de qué lado estaban. Algunos emigraron en cuanto estalló la Revolución. Otros se quedaron a ver qué pasaba. Otros trataron de sabotearnos y el resto se unió activamente a la lucha contra el poder soviético, organizando la resistencia armada. De ahí la marcada actitud anti-especialistas o «devoradora de especialistas» en el pueblo. Los organismos del Partido, siguiendo las instrucciones de Lenin, tuvieron que controlar y reprimir tal estado de ánimo.

Además de la desconfianza había mucho resentimiento contra los privilegios especiales que se les concedían. Ciertas evoluciones inevitables, pero muy embarazosas, de nuestra sociedad vinieron a agravar la hostilidad popular contra los intelectuales que reclutaba Lenin. El país estaba devastado; muchos trabaja-

2. Naturalmente, Trotski fue, como comisario (o ministro) de Defensa de Lenin, el creador del Ejército Rojo. Es interesante ver cómo lo reconoce Kruschef, tras cuarenta años de total descrédito. Fue en Tsaritsin (después Stalingrado y hoy Volgogrado) donde tuvo Stalin su mayor disputa con Trotski, la que tendría tan tremendas consecuencias. Budionny y Vorochilov protestaron enérgicamente contra los nombramientos que hizo Trotski entre algunos jóvenes oficiales zaristas que estaban dispuestos a luchar en el Ejército Rojo. Stalin les apoyó.

dores se hallaban en unas condiciones económicas bastante peores que las que tenían bajo el capitalismo. Se morían de hambre. Aunque el pueblo hacía de buen grado los mayores sacrificios en aras de la industrialización y fortalecimiento del país, tenían la idea de que la victoria de la Revolución habría de mejorar sus vidas en el aspecto material. Por lo tanto, se resentían de que los especialistas burgueses no tuvieran que sufrir las mismas privaciones que los demás. Después de todo, si todos habían de ser iguales ante la ley, era justo que también lo fueran en lo concerniente a seguridad material. El Partido nos había enseñado a creer que, una vez que hubiésemos empezado a construir el comunismo, los bienes de consumo se distribuirían equitativamente entre todos los que contribuyesen con su esfuerzo. Y, sin embargo, ahí estaban los especialistas burgueses, distinguidos con privilegios especiales y altos salarios, en tanto que los trabajadores ganaban menos que en los viejos tiempos prerrevolucionarios.

El motivo era el siguiente: bajo el capitalismo, los especialistas disponían de apartamentos privados con toda clase de servicios necesarios, mientras que los trabajadores no tenían nada. Para ellos, los «servicios comunes» significaban pozos o barriles de agua que, por lo general, estaban muy lejos de donde vivían o trabajaban. Los trabajadores tenían que meterse en el barro hasta los tobillos para ir al mercado, mientras que los especialistas lo hacían a caballo. Había en el pueblo una terrible animosidad contra ellos y, en particular, contra sus esposas y sirvientes.

Pese a aquella injusticia tan evidente, Lenin y el Partido comprendieron la vital importancia de captar especialistas burgueses para la causa, ya que, sin su experiencia científica, habría sido imposible construir nuestra sociedad sobre los cimientos de la tecnología. La formación de una sociedad comunista requiere conocimientos científicos profundos y extensos. Lenin y el Partido comprendieron asimismo que la única forma de captar especialistas para la causa consistía en recurrir a sus intereses materiales. Ello significaba que habría que concederles ciertos privilegios, equivalentes al menos en parte a los que había disfrutado bajo el régimen capitalista. Había que proporcionarles apartamentos aceptables y transporte adecuado. Un ingeniero jefe dispondría de un par de caballos y un conductor, mientras que el ingeniero corriente tendría tan sólo un caballo y un conductor. Desde luego, no se puede decir que fuera un lujo, pero a los ojos de los trabajadores sí lo era.

Lenin sabía que, si quería reclutar oficiales burgueses para el Ejército Rojo, tendría que dejarles en libertad para tomar sus propias decisiones. Los comisarios tenían que vigilar a los oficiales, pero no podían interferirse. Hay que imaginarlo: un antiguo coronel del ejército zarista se hallaba de pronto en un puesto de mando en el Ejército Rojo. Durante la guerra civil fui testigo de muchas fricciones entre los oficiales y los comisarios de quienes dependían. Como

solía recordar Stalin más tarde, hubo muchos conatos de traición entre los oficiales burgueses. Y era de prever. Aquellos hombres se habían formado bajo el antiguo régimen capitalista. Algunos vinieron a nuestro lado por temor, otros por la novedad, y otros porque no tenían otra alternativa: tenían que ganarse la vida. Y algunos ya habían sido traidores.

Pero al Partido no le cabía elección. Teníamos que ganar para nuestra causa cuantos especialistas pudiésemos. En aquellos momentos críticos, el genio de Lenin le permitió aprender unas cuantas lecciones de los capitalistas y sacar provecho de su experiencia y conocimientos.

Stalin, por su parte, siguió siendo devorador de especialistas toda su vida.

Otra de las medidas más controvertidas de Lenin fue la Nueva Política Económica. Era un paso que había que dar: audaz, decisivo y peligroso... pero absolutamente necesario. Fue un ejemplo más de la sabiduría y previsión de Vladimir Ilich. La Nueva Política Económica significaba, en esencia, restaurar la propiedad privada y revivir a la clase media, incluidos los kulaks. El elemento comercial de nuestra sociedad volvió a asentarse firmemente sobre sus bases. Naturalmente, aquello representaba en cierto modo un retroceso del frente ideológico, pero nos ayudó a recuperarnos de los efectos de la guerra civil. Tan pronto como quedó instituida la N. P. E., empezaron a ceder la confusión y la carestía. Las ciudades fueron volviendo a la vida. Reaparecieron los alimentos en los puestos del mercado y los precios bajaron.

Por aquel entonces la consigna del Partido era: «¡Aprended a comerciar!» Se esperaba que derrotásemos a los comerciantes privados y a los hombres de la N. P. E., no ya tomando medidas administrativas contra ellos, sino superándoles en su propio terreno. Tratamos de poner en manos del Estado todo el comercio posible; luchamos por conseguir precios inferiores a los de la N. P. E. por medio de las cooperativas estatales, ofreciendo al mismo tiempo alta calidad y el mejor servicio. Pero no tuvimos mucho éxito. Los comerciantes que trabajaban en sus propios negocios podían hacer mejor difusión de sus productos y atender a sus clientes en forma más personal. Los almacenes privados satisfacían los gustos de las amas de casa, que quieren poder escoger cuando compran; les encanta curiosear y examinarlo todo cuidadosamente.

Recuerdo que cuando vivía y trabajaba en Yuzovka iba casi todos los días a la plaza del mercado. Siempre iba directamente a la cooperativa obrera. En cuanto entraba en el almacén, mi viejo amigo Vania (Ivan) Kosvinski, que era el presidente, me decía:

—Vaya, supongo que vienes a regañarme otra vez, ¿verdad? ¿Y qué quieres que haga? Estamos haciendo lo imposible para competir con los de la N. P. E., pero parece que los comerciantes privados siguen siendo más atractivos para los clientes.

En el confín sudoeste de la zona industrial de Yuzovka, en el mismo borde de los campos mineros, había varios granjeros griegos que criaban ganado. Vendían la carne muy barata... y privadamente. Hacia finales de 1925 había abundancia de verduras, sandías y pollos, y la carne costaba solamente quince kopeks la libra. Habíamos vuelto al nivel de antes de la guerra. Afortunadamente, la situación política era entonces muy favorable. Los trabajadores comprendían las directrices del Partido y las seguían. Pero aún nos resultaba difícil e incluso penoso, adaptarnos a la Nueva Política Económica.

Los primeros peldaños en la escala del Partido

La ascensión de Kruschef dentro de la máquina del partido fue muy rápida. Aunque aquí y a lo largo de sus recuerdos insiste en que se negaba a aceptar los ascensos, es evidente que, a poco de volver a Yuzovka, decidió que su futuro consistía más en dedicarse plenamente a trabajar por el Partido que en la dirección industrial. Y aunque al principio no comprendió la importancia verdadera de la campaña, sañuda y victoriosa, de Stalin contra Trotski, debió los comienzos de su carrera a Lazar Kaganovich (ver apéndice 3), estrechamente relacionado con Stalin y, más inmediatamente, con el secretario del partido en Yuzovka, K. V. Moiseienko, stalinista en cuerpo y alma. Tanto aquí como más adelante se hace evidente que Kruschef no tenía una idea muy clara de las diferencias políticas entre los diversos grupos de comunistas de la oposición. Su marxismo era una doctrina de naturaleza bastante primitiva —podríamos llamarle marxismo de consignas o marxismo de salvas—. Cualquiera que pusiese a Stalin en tela de juicio era un hereje, un enemigo. Por su temperamento, Kruschef estaba junto a los fanáticos y los matones stalinistas: hombres prácticos que hacían las cosas despiadadamente y sin parar mientes en el precio; y estaba en contra de los intelectuales, la mayoría de origen burgués, y muchos de ellos judíos, a menudo con largos años de exilio en el extranjero tras de sí, a quienes Stalin estaba dispuesto a destruir. Tras la muerte de Lenin en 1924, Stalin se alió con G. E. Zinoviev (cabeza del Komintern y jefe del Partido de Leningrado) y con L. B. Kamenev (jefe del Partido en Moscú) para vencer a Trotski. En el XIV Congreso del Partido, en diciembre de 1925, celebraron su victoria; Kruschef asistió como delegado provincial. Fue entonces cuando se proclamó la consigna de «Socialismo en un país único». Y fue aquel congreso el que, por fin, presenció la supresión del libre debate dentro del Partido. Stalin se alió entonces con Rikov y Bujarin para derribar a Zinoviev y Kamenev. En 1927, mientras Kruschef retenía a Yuzovka para Stalin, Trotski fue expulsado del

Partido. Cuando, en 1929, Kruschef llegó a Moscú, acababa de iniciarse el primer Plan Quinquenal y el país se hallaba en vísperas de acontecimientos terribles, derivados de la colectivización forzosa de la agricultura.

PUEDE decirse que mi educación política empezó durante mi niñez en la pequeña aldea de Kalinovka donde nací. En la escuela tuve por maestra a una mujer llamada Lidia Schevchenko, que era revolucionaria y atea. Ella me infundió mi primera conciencia política y se dedicó a contrapesar los efectos de la rígida educación religiosa que había recibido. Mi madre era muy piadosa, lo mismo que su padre —mi abuelo— que, como siervo, había sido adscrito al ejército zarista por veinticinco años. Cuando pienso en mi infancia veo vívidamente los santos de los iconos que colgaban de las paredes de nuestra cabaña de madera, con los rostros ennegrecidos por el humo de las lámparas de aceite. Recuerdo que me enseñaron a postrarme en la iglesia junto a los mayores y a rezar ante los iconos. Las Sagradas Escrituras fueron nuestra primera lectura. Pero Lidia Schevchenko me inició en un camino que me alejaría de todo aquello.

Mucho antes de la Revolución ya era yo lector ávido de los diarios proletarios y socialdemócratas. Leí *Pravda* desde que empezó a publicarse con regularidad, en 1915, cuando yo era ajustador en la central de energía de la mina Pastujov, cerca de Yuzovka. Mi trabajo en la Pastujov fue uno más en la serie de empleos que tuve desde que me despidieron por haber tomado parte en una huelga en 1912. En 1915 sostuve algunas de mis primeras conversaciones políticas serias en los pozos. Allí trabajaban muchos prisioneros de guerra del ejército austrohúngaro, austriacos casi todos y también checos. Me llevaba muy bien con los checoslovacos. Solían decirnos que todos los eslavos éramos hermanos, que no querían hacernos la guerra a los rusos y que lo único que deseaban era vivir en paz y amistad. Recuerdo muy en particular a dos de ellos. Yo les invitaba a mi habitación para tomar té y mermelada. A cambio, ellos me daban lecciones de dibujo mecánico, que era muy útil en mi profesión. Los checos me hablaban del movimiento paneslavo y de la unión que creaba entre nosotros nuestra sangre eslava común. Admito que fue la primera vez que oí hablar de paneslavismo y que me sentí muy impresionado. El hecho de que me fascinase tanto lo que me contaban aquellos checos sobre la llamada hermandad paneslava demuestra que todavía estaba muy lejos de comprender el concepto marxista-leninista de la solidaridad de clases.

Cuando leí *Germinal*, de Emile Zola, creí que no estaba hablando de Francia, sino de la mina donde trabajábamos mi padre y yo. La suerte del obrero era exactamente igual en Francia que en Rusia. Cuando, más tarde, escuché

Kruschef con sus condiscípulos de la Facultad Obrera de Yuzovka,
a principios de los años veinte.

unas conferencias sobre economía política y el conferenciante habló del sistema de salarios bajo el capitalismo y de la explotación de los trabajadores, me pareció como si Karl Marx hubiese estado en la mina donde nosotros trabajábamos. Era como si se hubiese basado en la observación de nuestra vida laboral para deducir sus leyes y para demostrar científicamente cómo y porqué debían librarse los trabajadores de la esclavitud capitalista, construyendo una sociedad socialista.

Me hice bolchevique y miembro del Partido comunista después de la Revolución y, algún tiempo más tarde, me alisté en el Ejército Rojo como trabajador político y propagandista. En cuanto regresé del frente tras la guerra civil, la organización del Partido en Yuzovka me nombró administrador adjunto de las minas de Ruchenkov. Ya había trabajado allí diez años atrás, cuando las minas pertenecían a una compañía francesa. En 1922 era administrador mi íntimo amigo Yegor (Gueorgui) Trofimovich Abakumov. Se trataba del Abakumov que después sería ministro de la Industria del Carbón, no del que fue ministro de Asuntos Internos con Stalin.

Se me había ofrecido la dirección de las minas de Pastujov, pero yo solicité que me relevasen de mis deberes en el Partido para poder estudiar en la Facultad Obrera de Yuzovka. Tras insistentes peticiones, conseguí que Abram Pavlovich Zaveniaguin, secretario del comité local del Partido, me enviase a la Facultad.

A continuación desempeñé varios cargos en la organización del Partido en Yuzovka y, en 1925, fui elegido delegado para el XIV Congreso del Partido en Moscú. Por entonces se hallaba al frente de la organización de Yuzovka un estudiante de medicina llamado Kostian Moiseienko. Había en él una buena proporción de burgués oportunista y estaba en contacto con gente no mucho mejor que la de la N. P. E. Más tarde le depusimos del secretariado de nuestra organización, causando un alboroto que llegó hasta el Comité Central del Partido comunista ucraniano, el cual envió una comisión a Yuzovka para investigar sobre la destitución de Moiseienko. Al final, la comisión nos apoyó en contra suya. Pero Moiseienko era un orador excelente y un gran organizador —eso no puede negársele—, y en la época en que se celebró el XIV Congreso ocupaba todavía una firme posición en las mentes de los militantes comunistas de nuestra región. Estaba muy por encima de cualquier otro miembro activo local del Partido [3].

Se nombraron cuatro delegados con voto y cuatro delegados consultores para acudir al Congreso. Yo era delegado consultor. Nos eligieron democrática-

3. Moiseienko se distinguió en el XIV Congreso del Partido por su contribución para hacer callar a la oposición a Stalin. Al año siguiente se le degradó, como a tantos otros secretarios provinciales purgados por corrupción.

mente, según la importancia de nuestros respectivos distritos electorales. Yo era jefe del distrito de Petrovsko-Marinsk, que en Yuzovka ocupaba tan sólo el séptimo u octavo lugar por el número de miembros del Partido; era, pues, lógico que me nombrasen delegado consultor y no delegado con voto.

No cabía en mí de gozo por tener la oportunidad de ver Moscú y de asistir a un congreso de toda la Unión. Nos alojamos en la Cámara de Soviets, en el número tres del paseo Karetni. Las habitaciones eran muy sencillas y las compartíamos entre varios. Las camas eran largos bancos en los que nos alineábamos como troncos. Recuerdo que Postichev, secretario de la organización de Jarkov, dormía con su mujer en la misma fila que algunos de nosotros [4]. Aquello dio lugar a no pocas bromas a costa suya, pero siempre reinaba el buen humor. Eramos jóvenes y, además, Postichev era muy respetado en el Partido. A la mañana siguiente de llegar a Moscú traté de tomar un tranvía para ir al Kremlin, pero no sabía qué número debía tomar y acabé perdiéndome. A partir de entonces me levantaba temprano y me iba andando. Me llevó tiempo, pero acabé aprendiendo el camino. A veces hasta perdonaba el desayuno para poder llegar a tiempo y conseguir un buen asiento.

A cada delegación se le había reservado un grupo de asientos pero, dentro de cada grupo, el que llegaba el primero cogía el mejor. Yo intentaba siempre ocupar uno que estuviese justamente enfrente del podium. El congreso se desarrolló en el salón que ocupa ahora el Soviet Supremo. Por entonces todavía no se había reconstruido y aún se llamaba el Salón de Vladimir. Las delegaciones ucranianas se sentaban en el centro y la de Yuzovka tenía las primeras filas. Se habían reservado los mejores asientos a la organización proletaria del Donbass como reconocimiento de su posición estratégica en la organización del Partido en Ucrania.

Al frente de la organización ucraniana se hallaba Lazar Moiseievich Kaganovich, y en su Politburó figuraban Petrovski, Chubar, Chijter y Skripnik. Kaganovich era primer secretario del Comité Central del Partido comunista ucraniano, y Chubar era presidente del Consejo de Ministros de Ucrania [5].

El XIV Congreso del Partido me hizo una impresión imborrable. ¡Allí estaba yo, tan sólo a unos cuantos metros de los dirigentes de nuestro Estado y del Partido! Por primera vez tuve ocasión de ver a Stalin en carne y hueso. Me

4. Se trataba de Pavel Postichev, devoto stalinista, que habría de llegar hasta la cumbre en Ucrania, para luego ser detenido y ejecutado durante las purgas.

5. Los nombres más importantes, aparte de Kaganovich, eran los de V. Y. Chubar y N. Skripnik. Chubar era primer ministro de Ucrania; Skripnik, ministro de Educación. Tras oponerse resueltamente a la primera gran purga de Postichev en Ucrania, que aplastaría la conciencia nacional ucraniana, Skripnik se suicidó en 1933. En el capítulo III se describe la suerte de esta y otras personalidades.

impresionó mucho, y, si cito un incidente que tuvo lugar durante el congreso, creo que podré explicar por qué.

En determinado momento, el jefe de nuestro partido regional, el camarada Moiseienko, rogó al camarada Stalin que se dejase fotografiar con nuestra delegación. Se nos informó que a Stalin le complacería unirse a nosotros cuando fuesen a hacernos la fotografía, y que nos diría cuándo estaba disponible para hacerlo. Esperamos largo tiempo. Por fin nos dijeron que nos reuniésemos en el Salón de Catalina durante una de las pausas del congreso. Stalin llegó y tomó asiento. Todos nos dispusimos en torno a él. El fotógrafo, que se llamaba Petrov, preparó la cámara y empezó a componer el grupo. Petrov era muy afamado en su especialidad, había trabajado en el Kremlin por espacio de varios años y los trabajadores del Partido le conocían muy bien. Se puso a darnos instrucciones sobre cómo debíamos colocar la cabeza y a dónde mirar. De pronto, Stalin observó con voz claramente perceptible:

—Al camarada Petrov le encanta dar órdenes y colocar a la gente. Pero ahora eso está prohibido aquí. Nadie volverá a darle órdenes a nadie jamás.

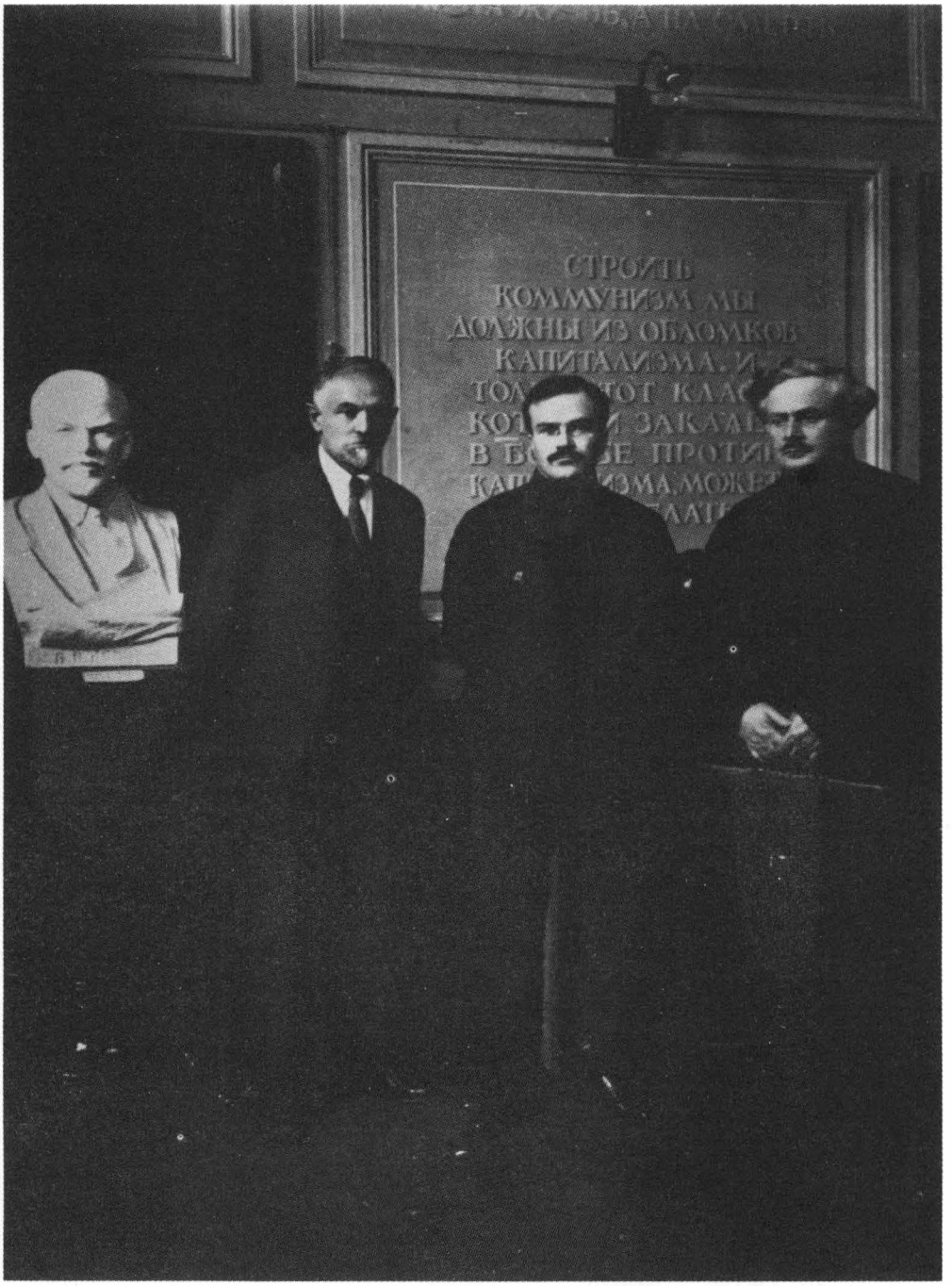
Aunque lo dijo en tono de broma, todos lo tomamos en serio y nos sentimos estimulados por el espíritu democrático de que daba muestras.

Unos años más tarde ocurrió un incidente similar, cuando mi amigo Lev Abramovich Rimski llevó a Moscú a un grupo de estudiantes para hacer una visita turística a la capital. Rimski decidió solicitar de Stalin que accediese a recibir a una delegación de aquellos estudiantes.

—Llegué al Kremlin —me contó Lev Abramovich— e inmediatamente me introdujeron a presencia de Stalin. ¡Qué accesibilidad! No tuvo inconveniente en recibirnos. Cuando llegamos a su despacho, dije: «Camarada Stalin, venimos de una ciudad antes llamada Yuzovka y que ahora lleva tu nombre. Se llama Stalino. Por lo tanto, nos agradaría que enviases con nosotros una carta de salutación a los trabajadores de Stalino.» Y he aquí lo que respondió: «¿Por quién me tomáis? ¿Por un gran propietario? Los obreros de las fábricas no son siervos de mis tierras. Sería insultante y totalmente inapropiado en mí que les escribiese una carta de saludo. Desde luego, no lo haré, y no me gusta que los demás lo hagan.»

Lev Abramovich se quedó agradablemente sorprendido. Cuando volvió a casa contó la historia a todo el mundo para señalar el espíritu democrático de Stalin, su accesibilidad y su perfecta comprensión de su posición.

Casi todo lo que vi y oí de Stalin en aquellos primeros años me agradó muchísimo. En los años veinte se distribuyeron a todas las organizaciones del Partido en el país transcripciones de las sesiones del Politburó, para que los miembros activos las leyesen y estudiasen. Recuerdo haber leído en una de aquellas transcripciones una argumentación entre Stalin y Trotski o Zinoviev.



Krasin, Molotov y A. S. Yenukidze junto al busto de Lenin, en diciembre de 1924.

Stalin en 1931.

Una de sus frases se grabó en mi memoria. Decía más o menos: «Haré cuanto esté en mi mano para preservar la unidad del Partido y para fortalecer la solidaridad monolítica de nuestro movimiento. ¿Es que no ves lo que estás haciendo? Por Dios [6], hombre, ¿no ves lo que estás diciendo? Bueno... ¡Dios sea contigo, Dios sea contigo!» Aunque había estudiado en un seminario, Stalin no era hombre religioso y las expresiones de ese tipo no eran corrientes en él. A mi modo de ver, su «Dios sea contigo» significaba: «No puedo hacer nada más para ayudarte. No te deseo ningún mal. Que Dios sea contigo y te ayude a ver tus errores». Aunque yo tampoco soy hombre religioso ni nunca lo he sido, me gustó ver aquella prueba de la tolerancia de Stalin para con sus oponentes.

En 1925 el público no tenía aún ninguna sospecha de la fiera batalla que se estaba librando dentro del Partido. Stalin había llegado al puesto de secretario general cuando Lenin todavía vivía y Trotski se hallaba aún en activo. Sin embargo, habrían de pasar varios años antes de que la naturaleza especialísima del papel de Stalin fuese conocida en los círculos del Partido, por no hablar de las masas.

En 1927 asistí al XV Congreso del Partido —de nuevo como delegado de la organización de Yuzovka—, en el que Stalin y sus partidarios se enfrentaron resueltamente con los zinovievistas u «oposición de Leningrado», como se les llamó entonces.

Recuerdo que se decía que hasta los pájaros de la calle sabían que se había producido un cisma en el Partido.

Nuestra delegación volvió a alojarse en la Cámara de Soviets, en el número tres del paseo Karetni. Poco después de nuestra llegada a Moscú nos dijeron que Yakov Arkadievich Yakovlev iba a venir a hablar con nosotros sobre ciertos acontecimientos del Partido y a prevenirnos respecto a la situación que probablemente se produciría en el Congreso [7]. Creo que Yakovlev era uno de los hombres de confianza de Sergo Ordzhonikidze [8]. Supusimos que Yakovlev vendría a vernos para algún asunto partidista porque se nos advirtió que en la reunión sólo deberían estar presentes los miembros de las delegaciones

6. El ateísmo es uno de los artículos de la fe marxista, y Kruschef, por lo tanto, como doctrinario marxista, escribiría Dios con *d* minúscula.

7. Y. A. Yakovlev, en un tiempo comisario del pueblo para la Agricultura, estuvo profundamente implicado en los excesos de la colectivización; Stalin le utilizó en varias ocasiones como hombre fuerte de confianza. Eso no le libró de ser condenado como oposicionista del ala derecha en 1938 y fusilado después. Resulta irónico que los verdaderos oposicionistas «de la derecha» se hubiesen opuesto a la colectivización.

8. «Sergo» Ordzhonikidze era georgiano, como Stalin. Estuvo íntimamente unido a él por espacio de varios años.

ucranianas [9]. También nos dimos cuenta de que nos estaba transmitiendo información confidencial e instrucciones directamente del propio Stalin. Yakovlev nos explicó en qué diferíamos de los zinovievistas y nos dijo lo que teníamos que hacer. En otras palabras, nos preparó para desempeñar nuestra tarea faccionaria contra la oposición Zinoviev-Kamenev, que a la sazón se hallaba reuniendo fuerzas. Zinoviev era presidente del Komintern, la organización comunista internacional que dirigía el curso de la revolución mundial. En su calidad de personaje principal del movimiento comunista internacional poseía gran autoridad y prestigio. Yakovlev explicó que Zinoviev compartiría con Stalin la presidencia del Congreso. (El fue quien presentó el informe general tras la muerte de Lenin, y también había presidido juntamente con Stalin el Congreso precedente, el decimocuarto, en 1925.) Yakovlev nos dijo que la delegación de Leningrado en el XV Congreso había escrito una carta al Presidium solicitando, según los estatutos del Partido, que se volviese a conceder a Zinoviev un tiempo igual al de Stalin.

Cuando se abrió el Congreso, vimos que habían vuelto a situarnos en el centro del salón. A nuestra izquierda se hallaban los de Leningrado, y a nuestra derecha, la delegación de Moscú. Estábamos en contacto con los trabajadores del Partido de Moscú, coordinando con ellos nuestras actividades contra la oposición de Leningrado. Se sucedieron las discusiones y los argumentos, formales e informales, en grupos grandes y pequeños, durante las sesiones y durante los intermedios, en el salón de San Jorge y en los pasillos.

Me afligió encontrar a mi viejo camarada Abramson en el campo enemigo. Había sido director del periódico *La Dictadura del Trabajo* en Yuzovka cuando yo regresé del ejército en 1922. Ahora trabajaba en Leningrado como secretario de un comité de distrito. Era un buen comunista, pero, como todos los de allá, zinovievista. Estos habían incorporado a Badiev y Nikolaieva [10] a su delegación, para que la oposición pesase más en el Congreso. Eran buenos miembros activos del Partido. Hoy, todos están muertos.

Stalin, Rikov y Bujarin hablaron según la línea del Comité Central —esto es, la de Stalin—. En un lado estaba el Comité Central y en otro la oposición. Y en medio no había nada.

9. La segregación de las diversas delegaciones en el XV Congreso del Partido presenta un interés excepcional. Demuestra que, ya en 1927, Stalin se negaba a permitir siquiera que los delegados adictos de las diferentes repúblicas hablasen entre sí. Así se inició una larga tradición. En el Congreso de Partidos Comunistas del mundo, celebrado en Moscú en 1960, los delegados extranjeros se quejaron de que los camaradas soviéticos (encabezados por el propio Kruschef) no les permitían reunirse para charlar.

10. Aparte de Nadezha Krupskaia, la viuda de Lenin, K. I. Nikolaieva fue la única mujer miembro del Comité Central en vísperas de la gran purga. Aunque había apoyado a Zinoviev, sobrevivió a las purgas y mantuvo su posición cuando cedió el Terror.

Unas cuantas palabras sobre Bujarin. Era muy popular y respetado. Yo ya le había visto y oído hablar en 1919, cuando servía en el Ejército Rojo. Me habían invitado, como secretario de nuestra célula del Partido, a una reunión de miembros activos en la provincia de Kursk, en la que Bujarin pronunció un discurso. Todo el mundo estaba encantado con él y yo me quedé absolutamente fascinado. Tenía una poderosa personalidad y un firme espíritu democrático. Más tarde conocí a algunos camaradas que habían trabajado con él: comunistas sencillos y progresivos de Moscú que se hallaban más o menos a mi mismo nivel de desarrollo político. Me hablaron acerca de cómo había vivido Bujarin con ellos en su mismo dormitorio y comido en su misma mesa. Eso me hizo gran impresión. También fue director de *Pravda*. Era sin duda el primer teórico del partido; Lenin siempre se refería a él afectuosamente como «nuestro Bujarchik». Siguiendo las instrucciones de Lenin, había escrito *El A-B-C del comunismo,* y todos los que se afiliaban al Partido aprendían la doctrina marxista-leninista estudiando la obra de Bujarin. En una palabra, era muy estimado en el Partido.

Durante el XV Congreso del Partido, una de las delegaciones ofreció al Presidium una escoba de acero. Rikov, que era el presidente del Presidium, pronunció las siguientes palabras: «Ofrezco esta escoba al camarada Stalin para que pueda barrer a nuestros enemigos.» Estallaron las risas y los aplausos apreciativos. El propio Rikov esbozó una sonrisa y terminó riendo abiertamente como todos los demás. Sin duda tenía plena confianza en que Stalin sabría usarla sabiamente para el bien del Partido, contra los elementos anti-Partido y contra los oponentes a la Línea General. Nunca habría podido imaginar que también él sería barrido con la misma escoba que entregó a Stalin en 1927 [11].

En la época del XV Congreso del Partido creíamos sin ningún género de dudas que Stalin y sus partidarios tenían razón, y que era la oposición la que se equivocaba. Sigo creyendo que la postura ideológica de Stalin era correcta en esencia. Sabíamos que no se podía evitar la lucha despiadada contra la oposición, y justificábamos lo que estaba sucediendo con un dicho de los leñadores: cuando se tala un bosque, vuelan las astillas. Después de todo, no era simple casualidad que Stalin ocupase el primer puesto en el Partido, ni tampoco lo era el que el Partido le apoyase contra oponentes tan poderosos como los trotskistas, los zinovievistas y, más tarde, el bloque derecha-izquierda de

11. A. Rikov, sucesor de Lenin como primer ministro de la Unión Soviética, y N. Bujarin, el gran intelectual del Partido y amigo muy querido de Lenin, habían ayudado a Stalin a derrotar a Zinoviev y Kamenev. Muy pronto serían condenados ellos también como oposicionistas de la derecha. Comparecieron en el tercero y más célebre de los grandes juicios por traición en 1938, y fueron condenados y fusilados.

Sirtsov y Lominadze [12]. Stalin poseía una fuerte personalidad y había contribuido en gran medida a la movilización de las fuerzas del Partido para reconstruir nuestra industria y nuestra agricultura, y para fortalecer a nuestro ejército. No se podía olvidar que su nombre había sonado mucho entre las masas en los primeros años de la Revolución: había recorrido un largo camino en poco tiempo y había arrastrado consigo al Partido y al pueblo.

En 1928, Kaganovich me llamó desde Jarkov (a la sazón capital de Ucrania) y me ofreció un puesto como segundo jefe de la Sección Organizadora del Comité Central del Partido ucraniano. Según me explicó, en el Comité, radicado en Jarkov, había muy pocos trabajadores, y quería trasladarme desde Stalino (Yuzovka) para igualar la representación de trabajadores en la máquina del Partido. Me resistía a aceptar la oferta. Ya había tenido bastantes contactos con la organización de Jarkov como para saber que estaba llena de personas en quienes no se podía confiar. Estaba seguro de que, si aceptaba el cargo, tendría problemas. Los de Jarkov estaban algo celosos de la organización de Yuzovka, y no sin motivo: éramos mineros y metalúrgicos; nosotros éramos el verdadero proletariado, la sal de la tierra y la piedra angular del Partido. Así pues, le dijo a Kaganovich:

—Creo que tienes razón al querer que haya más trabajadores en el Comité Central, pero no quisiera dejar Stalino. Aquí estoy en mi casa: conozco los procedimientos y el personal de la organización de Stalino. En cambio no sé nada de cómo están las cosas en Jarkov, y dudo mucho de que pudiera adaptarme a la Sección Organizadora del Comité Central.

—Bueno —dijo Kaganovich—, si es como dices, creo que el Comité Central podrá arreglárselas sin ti. No hay ninguna necesidad de trasladarte de Stalino, si te parece tan poco aconsejable.

Volví a casa y me puse a meditar sobre la oferta de Kaganovich. Pasé revista en mi mente a mis pasadas relaciones con él y a la posibilidad de trabajar a su lado. Kaganovich me apreciaba mucho. Nos conocimos en los primeros días de la Revolución de Febrero, en una reunión en Yuzovka a la que acudí como representante de los trabajadores de las minas Ruchenkov. Volvimos a vernos un par de semanas más tarde. En aquellos días yo no le conocía por el

12. S. Sirtsov, que fue miembro candidato del Politburó y primer ministro de la República Federal Rusa, y V. V. Lominadze, uno de los amigos más íntimos de Stalin, le ayudaron primeramente contra Trotski y después contra Bujarin. A principios de la década de 1930 se volvieron activamente contra él y propugnaron abiertamente su deposición como secretario general del Partido. Fueron detenidos y encarcelados. En el juicio de Bujarin se les citó como conspiradores. Nunca se ha sabido cuál fue su suerte. La extraña referencia de Kruschef al bloque «derecha-izquierda» se inspira sin duda en el hecho de que los juicios de Bujarin y otros en 1938 se conocieron oficialmente con el nombre de «caso del bloque antisoviético de derechistas y trotskistas».

nombre de Kaganovich, sino por el de Zhirovich. Confiaba en él y me inspiraba el máximo respeto. Sabía que en Jarkov necesitaba toda la ayuda que pudiese conseguir. Casi nadie le consideraba como un administrador, ni mucho menos como un verdadero dirigente. La posición de Kaganovich en la jefatura colectiva de Ucrania no era muy estable, y sus relaciones con los demás miembros del Comité Central eran, cuando menos, complicadas. Los más antiguos trataban incansablemente de socavar su autoridad. Ni Petrovski ni Chubar le respaldaban. En términos generales, podía decirse que el grupo de la región de Dniepropetrovsk estaba en contra suya. Kaganovich se apoyaba sobre todo en el Donbass y, muy especialmente, en la organización de Yuzovka.

Aún hubo otra cosa que me hizo pensar muy seriamente en ir a Jarkov. La gente empezaba a perder la confianza en Stroganov, secretario del Comité de Yuzovka, y casi siempre venían a mí antes que a él, tal vez porque yo había vivido en Yuzovka desde mi niñez. Mi padre trabajó en el pozo de Uspensk, cuatro verstas (unos cuatro kilómetros) al sur de la ciudad. Yo aprendí mi oficio de ajustador en la fábrica Bosse y tenía un amplio círculo de amigos a los que conocía desde que era un muchacho. Cuando la gente empezó a acudir a mí, dejando de lado a Stroganov, mis relaciones con él se hicieron de día en día más tirantes ya que, nominalmente, yo era su subordinado. Por cierto que murió algún tiempo después. (Desde luego, el pobre no merecía que le pegasen un tiro.) De todos modos, y para evitar que surgiese una querella con Stroganov, pensé que lo mejor sería irme de Yuzovka antes de que nuestras relaciones empeorasen aún más.

Tras sopesar cuidadosamente todas estas consideraciones, decidí que, después de todo, aceptaría la oferta de Kaganovich. Le dije que había cambiado de opinión y que aceptaba mi traslado a Jarkov..., pero con una condición: que me enviaría a otro sitio en cuanto hubiese una oportunidad; no me importaba a dónde, con tal de que fuese una zona industrial. No tenía mucha experiencia en agricultura, por lo que en una región agrícola me habría sentido fuera de lugar.

Fui a Jarkov y recibí el nombramiento de segundo jefe de la Sección Organizadora, a las órdenes de Nikolai Nesterovich Demchenko [13]. Era una buena persona y un buen comunista, entregado a la Línea General del Partido, al Comité Central y a Stalin. Pero también él perecería más tarde a manos de Stalin.

Como ya esperaba, mi tarea en Jarkov resultó de lo más desagradable. Todo el trabajo se hacía sobre papel. Yo soy un hombre de la tierra, hombre de ac-

13. Petrovski, Stroganov, Demchenko: tres entre los incontables funcionarios del Partido, desconocidos para el Occidente, que habrían de «perecer a manos de Stalin».

ción: un minero; estoy acostumbrado a trabajar con los metales y los productos químicos, y todo aquello me era ajeno. Detesto tener que mirar por encima de un montón de impresos y expedientes para ver el mundo de carne y hueso. Mi empleo de Jarkov era un callejón sin salida: me sentía atrapado, me asfixiaba. Acudí a Kaganovich dos o tres veces y le recordé que había prometido sacarme de allí en cuanto se presentase una oportunidad en cualquier otro sitio.

Un buen día me llamó y me dijo:

—He conseguido un destino para ti en Kiev. Demchenko ha ido allá como secretario del Comité de distrito, y está de acuerdo en que te enviemos para dirigir la Sección Organizadora de Kiev. Si aceptas el traslado, puedes sacar un billete y marcharte hoy mismo.

Acepté sin pensarlo dos veces. Era domingo; aquella misma tarde tomé el tren y a la mañana siguiente estaba en Kiev. En cuanto llegué me fui directamente a los muelles del Dnieper y contemplé el célebre río, con mi maleta nueva todavía en la mano.

La organización de Kiev no estaba considerada como una avanzada muy segura del Partido. En realidad, la región era famosa como plaza fuerte de los elementos nacionalistas ucranianos, y tenía muy merecida su reputación. El proletariado local era débil e inestable y la «intelligentsia», centrada en torno a la Academia Ucraniana de Ciencias, estaba encabezada por Gruchitski, nacionalista y partidario de Petlura [14]. También había en la región un formidable contingente de trotskistas. Sabía que los nacionalistas ucranianos de Kiev me considerarían como un «rusak» sin remedio (término despectivo ucraniano para designar a los rusos).

Debo admitir que, pese a mis presentimientos, el año que pasé en Kiev resultó muy satisfactorio. Guardo muy buenos recuerdos de aquella época. Allí encontré fácil el trabajo: al parecer gusté a la gente y confiaban en mí. Incluso diría que me respetaban.

No quiero decir con eso que no hubiese dificultades. No, muy al contrario. Tanto los mencheviques como los socialrevolucionarios, los nacionalistas ucranianos y los trotskistas trataban de sacar provecho de los problemas que teníamos en Kiev. Había muchos parados y solían manifestarse por las calles portando banderas rojas. Tuvimos una prolongada reunión en el edificio del Consejo Soviético de la ciudad de Kiev para tratar el problema. Hablé así a los asistentes:

—Sé dónde hay gran demanda de trabajadores, y puedo encontraros empleo allí con facilidad.

14. S. V. Petlura fue el más célebre de los dirigentes nacionalistas ucranianos que consagraron sus esfuerzos a una Ucrania independiente y lucharon en contra de la incorporación a la nueva Unión Soviética.

Pareció gustarles.

—¿Dónde? —preguntaron.

—En el Donbass.

—Preferimos estar parados aquí que ir a trabajar al Donbass —contestaron.

Aquello me puso furioso porque yo tenía mis propias raíces en el Donbass y echaba mucho de menos a los mineros junto a quienes me había criado. Pero, para los de Kiev, el Donbass era una provincia atrasada. Además, era una región minera, y ellos no estaban preparados para esa clase de trabajo [15].

En 1929 cumplí los treinta y cinco años. Comprendí que era mi última oportunidad para pensar seriamente en acudir a una institución de enseñanza superior. Nunca había pasado de la Facultad Obrera de Yuzovka, y ya sentía en mí el peso del tiempo. Decidí hacer la prueba y solicitar la excedencia para completar mi educación. Al principio hallé cierta resistencia en mis superiores. Por entonces Kaganovich había sido trasladado al Comité Central en Moscú, y se había enviado al camarada Kossior para ocupar su puesto [16]. A mí se me miraba como alguien que había estado muy próximo a Kaganovich, y era verdad. Pero también se presumía que la verdadera razón por la que pedía permiso para volver a la escuela era que yo no quería trabajar con Kossior, y eso no era cierto. No le conocía muy bien, pero le respetaba. Era una persona de modales suaves, amable e inteligente. Yo le situaría por encima de Kaganovich en lo que respecta a su capacidad para tratar a la gente, pero, como organizador, no podía competir con él. Kaganovich era un hombre que hacía las cosas. Si el Comité Central le ponía un hacha en la mano, era capaz de hacer astillas a una manifestación; desgraciadamente solía talar los árboles sanos juntamente con los podridos. Ahora bien, la verdad es que volaban las astillas... eso no puede negársele.

De todos modos, fui a Jarkov y expliqué mi situación a Kossior, de hombre a hombre:

—Mira, tengo ya treinta y cinco años y quiero terminar mi educación. ¿Querrías escribirme una recomendación? Voy a solicitar el ingreso en la Academia Industrial de Moscú y me gustaría contar con el apoyo del Comité Central. Quiero ser técnico metalúrgico.

Kossior se mostró muy comprensivo. Me escuchó y me dio su consentimiento personal. Sin embargo, Demchenko pareció muy contrariado y trató de convencerme para que me quedase, aunque él también comprendía que un hom-

15. Ni aquí ni en los capítulos siguientes se decide Kruschef entre admitir la potencia, muy real, del nacionalismo ucraniano o pretender que carecía de importancia.

16. S. V. Kossior, miembro del Politburó de Stalin, siguió siendo primer secretario del Partido Comunista ucraniano hasta su cese en 1938 y detención subsiguiente. Fue Kruschef quien ocupó entonces su puesto en Ucrania.

bre quisiese continuar sus estudios. Se reunió el Buró para decidir si se me concedía la excedencia o no. Algunos pensaban que lo que quería era alejarme de Demchenko e insinuaron que me apoyarían si era ese el motivo por el que quería dejar mi puesto en Jarkov. Tuve que convencerles de que mi petición de permiso no tenía nada que ver con mis relaciones con Demchenko y que tan sólo pretendía completar mi formación. Finalmente, y tras una serie de sesiones, el Buró decidió relevarme de mis responsabilidades en el Partido de Ucrania para que pudiese ingresar en la Academia Industrial. Y muy pronto partí hacia Moscú.

2

Labor de Partido en Moscú

De la Academia Industrial al Politburó

A la luz de los acontecimientos siguientes parece más que probable que aquel funcionario ucraniano de treinta y cinco años ingresase en la Academia Industrial de Moscú no sólo para estudiar sino, fundamentalmente, para desarrollar una tarea política y convertir la Academia en una plaza fuerte estalinista ya que en 1929 y 1930, aquel semillero de la nueva élite comunista era en realidad un foco de antiestalinismo. Sea como fuere, Kruschef obtuvo muy pronto el control de la célula del Partido y derrotó a la oposición utilizando medios tortuosos y violentos. Tan bien supo hacerlo que en dos años pudo abandonar la Academia e iniciar, a la sombra de Kaganovich, la fulgurante carrera que pronto le pondría a la cabeza del Partido de Moscú. En todo el capítulo se trasluce la violencia y el frenesí de la primera campaña para industrializar rápidamente a la Unión Soviética a través del primer Plan Quinquenal y la colectivización de la agricultura. Kruschef hablará sobre este punto más adelante.

DURANTE el primer año que pasé en la Academia Industrial tropecé con ciertas dificultades. Me dijeron que no tenía bastante experiencia en la administración ejecutiva como para estudiar allí.

—Esta es una escuela para gerentes y directores —decían los camaradas—, y tú no estás preparado para los cursos que se dan aquí. Tal vez fuera mejor que te matriculases en el curso de marxismo-leninismo del Comité Central.

Finalmente tuve que pedir ayuda a Kaganovich. Lazar Moiseievich era secretario del Comité Central; su apoyo me permitió seguir en la Academia. Allí había toda clase de gente. Los conocimientos políticos y culturales de los estudiantes diferían bastante. Muchos no habían pasado de la escuela del

pueblo y no sabían más que las cuatro reglas aritméticas. Otros habían recibido enseñanza secundaria. A mí, puesto que había aprobado en la Facultad Obrera de Yuzovka, me incluyeron en la segunda categoría.

El edificio donde se daban las clases estaba en la Novo-Bassmanaia, muy cerca de los dormitorios donde yo vivía, en el número 40 de la calle Pokrovka. Me encontraba muy bien instalado; con una habitación para mí solo. Todos los días iba andando hasta la Academia y nunca tomé un tranvía.

Era superintendente el camarada Kuibichev, presidente de la Comisión Planificadora Estatal [1]. ¿Quién podría haberlo sido mejor? Se trataba de una personalidad influyente y respetada y aportó a la Academia todo su apoyo. Nuestro director era G. M. Kaminski, antiguo bolchevique y un buen camarada [2]. Recuerdo que en 1930 le pedimos que hiciese las gestiones necesarias para que Stalin recibiese a algunos representantes de la primera promoción. Pensábamos celebrar la entrega de diplomas en el Salón de las Columnas [3], y queríamos que el camarada Stalin pronunciase un discurso en la gran ocasión. Se nos comunicó que recibiría a una delegación de seis o siete personas. Aunque yo no pertenecía a aquella promoción, me incluyeron en el grupo por ser secretario de la organización del Partido en la Academia. Durante nuestra entrevista, Stalin nos dio algunos consejos y nos señaló líneas de conducta: nos pidió que perseverásemos en nuestros estudios y que nos convirtiésemos en expertos en nuestras respectivas disciplinas; naturalmente, debíamos saber adaptarnos al campo de la administración en general, pero al mismo tiempo teníamos que ser especialistas. Era un buen consejo, aun cuando ya lo habíamos oído con anterioridad. En la Facultad Obrera de Yuzovka ya me habían dicho las mismas cosas. Mientras Stalin hablaba, yo pensaba en mi interior: «He aquí un hombre que sabe dirigir nuestras mentes y nuestras energías hacia los objetivos primordiales que servirán para industrializar el país y para asegurar la impenetrabilidad de nuestras fronteras ante el mundo capitalista; ¡evidentemente, el bienestar del pueblo está en manos firmes!»

Cuando terminó de aleccionarnos, Stalin dijo:

1. V. V. Kuibichev, antiguo bolchevique y jefe de la Comisión Planificadora del Estado (Gosplan) se alineó muy pronto junto a Stalin, pero era mucho más moderado. Murió súbitamente en enero de 1935, y es posible que fuera asesinado por orden de Stalin. En el gran juicio de Bujarin y los demás, en 1938, los dos médicos (Levin y Pletnev) acusados de haber asesinado al escritor Máximo Gorki y a otros, fueron acusados también de la muerte de Kuibichev.

2. G. M. Kaminski, en un tiempo comisario del pueblo para la Salud, firmó los certificados de defunción de Kuibichev y de Ordzhonikidze. En el capítulo 3 se describe su suerte.

3. Se trata del lujoso salón del Club de Nobles Zaristas en Moscú.

—Temo que no podré asistir en persona a vuestra celebración de esta tarde, pero el camarada Kalinin me representará.

Nuestra entrevista con él había durado más de lo previsto y tuvimos que darnos prisa para llegar al Salón de las Columnas. No obstante, cuando entramos ya había terminado de hablar Kaminski, pero aún llegamos a tiempo de oír el discurso de Mijail Ivanovich Kalinin. Todos sentíamos gran respeto hacia él y le escuchamos atentamente.

Creo que debo explicar cómo me eligieron secretario de la organización del Partido en la Academia. Es una historia un poco larga, pero merece la pena.

Cuando llegué a Moscú en 1929, el cuerpo estudiantil de la Academia estaba plagado de elementos indeseables y poco seguros. Muchos sujetos que allí se encontraban habían abandonado, por un motivo u otro, el Partido, su sindicato o sus deberes administrativos, buscándose huecos más confortables. No hacían más que holgazanear. Disfrutábamos de dos días libres a la semana: el domingo y otro más, que debíamos utilizar para «asimilar» lo que habíamos aprendido durante la misma semana. Pues bien, pude observar que aquellos inútiles salían de los dormitorios por la mañana temprano y no volvían hasta bien entrada la noche. No sé qué es lo que harían durante todo el día, pero estoy seguro de que no estaban «asimilando» sus estudios. La mayoría habían acudido a la Academia sin ninguna intención de estudiar; estaban allí porque era un buen lugar donde esperar que pasase la tormenta política. Consiguieron posiciones cómodas evitando toda implicación política. Aquello dio lugar a un estado de cosas sumamente paradójico: los enemigos del Comité Central se encontraban entre los únicos ciudadanos del país que podían beneficiarse de nuestras instituciones de enseñanza superior. Recuerdo que en cierta ocasión Molotov me preguntó:

—Camarada Kruschef, ¿tienes mucho tiempo para leer?

—Muy poco —repliqué.

—Lo mismo me pasa a mí. Mi trabajo no se acaba nunca. A pesar de lo mucho que me gusta sentarme a leer un libro, y aunque sé que debería hacerlo, nunca encuentro la ocasión.

Yo entendía lo que quería decir. También yo, desde que volví del ejército en 1922, había estado demasiado ocupado para leer. Era un miembro activo del Partido, y por lo tanto debía consagrar todo mi tiempo a la lucha por la Línea General del Comité Central. Mi vida no me pertenecía. Si alguien aprovechaba una oportunidad para deleitarse con la literatura, podía verse reprendido por descuidar sus deberes cívicos y políticos. Stalin lo definió perfectamente en cierta ocasión:

—¡Así están las cosas! ¡Las actividades de los trotskistas y los derechistas se están recompensando con el privilegio de una educación superior!, puesto que

cuando el Comité Central no confía en ellos, y los destituye de sus puestos en el Partido, ellos van derechos a nuestros institutos científicos y tecnológicos. Mientras tanto, aquellos que se han definido firmemente por la Línea General y han ejecutado el trabajo práctico del Partido día tras día, nunca tienen la oportunidad de completar su educación y formación profesional.

Como resultado de semejante situación, la Academia Industrial estaba llena de derechistas que se habían apoderado del control de la célula del Partido. Cuando llegué, en 1929, era secretario Kajarev. Este tenía mucha experiencia y gran influencia en el Partido incluso antes de la Revolución; desde 1906, según creo. A su alrededor contaba con los que integraban lo que llamábamos la vieja guardia; hombres que apoyaban a los derechistas Rikov, Bujarin y Uglanov [4] frente a Stalin y la Línea General del Partido. La vieja guardia de la Academia se componía de antiguos bolcheviques, directores de fábricas y dirigentes de sindicatos: en una palabra, hombre respetables que aparentemente pretendían refrescar sus conocimientos técnicos.

Había en la Academia otro grupo, en el que me contaba yo, que apoyaba a la Línea General y se oponía a los derechistas Rikov, Bujarin, Uglanov; a los zinovievistas, a los trotskistas y al bloque derecha-izquierda de Sirtsov y Lominadze. Ni siquiera recuerdo con exactitud cuáles eran las diferencias entre Bujarin y Rikov, por una parte, y Sirtsov y Lominadze por otra. Derechistas, oposicionistas, derecha-izquierdistas, desviacionistas..., todos se movían básicamente en la misma dirección política y nuestro grupo se enfrentaba a ellos. Procedíamos todos nosotros del sur: del Donbass, de Dniepropetrovsk y de Jarkov. Y lo que es más, todos nos habíamos afiliado al Partido después de la Revolución. En las asambleas de la Academia, cuando alguien presentaba su candidatura a un puesto en la organización tenía que subir al pódium y explicar de dónde era y cuándo se había afiliado al Partido. Los de la vieja guardia podían así reconocer fácilmente a quienes podían representar una oposición hacia ellos y, naturalmente, votaban en su contra [5].

Bloquearon mi elección para el presidium académico en dos o tres ocasiones, y ni siquiera se me nombró delegado para el XVI Congreso del Partido. Sin embargo, aunque yo era nuevo en Moscú, mi nombre empezaba ya a sonar

4. N. A. Uglanov fue primer secretario del Comité del Partido de Moscú, y por lo tanto responsable de la Academia Industrial. Cuando fue purgado en 1928, le sucedió K. Y. Bauman, que no duró mucho tiempo; luego Molotov, después Kaganovich y, por fin, el propio Kruschef.

5. Kruschef refleja aquí una situación muy interesante: Stalin enfrentó a los intelectuales y moderados del Partido, casi todos antiguos bolcheviques, con una falange de hombres duros y brutales, en especial los compañeros de Kruschef en el complejo industrial ucraniano, que, en comparación, eran unos recién llegados al Partido.

como miembro activo del Partido y adicto a la Línea General; por esta razón, el Comité Central me dio un pase permanente de invitado para el Congreso. Así fue como pude oír el Informe General de Stalin. De todas formas asistí a todas las sesiones y, aunque mi pase era intransferible, se lo dejé a algunos camaradas para que también ellos pudieran asistir al Congreso. Me alegro de que no los descubriesen, porque se castigaba a quienes compartían sus pases.

En la época del XVI Congreso del Partido, la corriente política empezó a cambiar su curso en favor de nuestra lucha contra los derechistas de la Academia, y yo asumí una posición directiva en la campaña para convertirla en una plaza fuerte del Comité Central. Mi papel en la batalla por la Línea del Partido no fue nada insignificante; dejando la modestia aparte, he de decir que fue el más importante. El buró de la célula de la Academia lo sabía y trató de sacarme de la ciudad para que no pudiera estorbar sus planes: querían elegir una delegación derechista para la Conferencia del Partido del distrito de Bauman, en 1930. Me enviaron al campo, a inspeccionar una granja colectiva que estaba patrocinada por la organización de la Academia.

Cuando volví a Moscú ya estaba en marcha la Conferencia de Bauman, y la representación de la Academia se componía casi totalmente de derechistas. El camarada Tabakov vino a contarme todo lo que había pasado mientras yo estaba fuera. Era de origen judío y fue uno de mis más firmes partidarios en la Academia, un camarada muy refinado en el aspecto político y un comunista de primer orden. Más tarde sería fusilado. Tabakov me contó que la célula del Partido había presentado una lista de diez a trece delegados para la Conferencia, entre los que se contaban Stalin, Rikov, Bujarin y, según creo, Uglanov. Era la táctica que habían ideado los derechistas para que fuera imposible apoyar a Stalin sin hacerlo al mismo tiempo a Rikov y Bujarin.

A última hora de la tarde me llamaron por teléfono. No tenía muchas amistades en Moscú, así que no imaginaba quién podría ser. Tomé el auricular y oí una voz que decía:

—Soy Mejlis, el director de *Pravda*[6]. ¿Podrías venir a mi oficina ahora mismo? Enviaré mi coche a buscarte. Tengo un asunto muy urgente que querría discutir contigo.

Unos minutos más tarde se detenía un coche a la puerta de los dormitorios donde yo vivía. Subí a él y me llevó a las oficinas de *Pravda*. Era la primera

6. L. Z. Mejlis, un policía secreto por naturaleza, estaba al frente de *Pravda* con el objeto de mantenerlo fiel a Stalin. Más tarde dio pruebas de ser un general de la NKVD sumamente traidor y desagradable, que obtuvo su alta graduación militar tras la gran purga del Ejército Rojo y que costó muy caro a su país por su incompetencia en el campo de batalla. Más tarde sería ministro de Control del Estado y murió, según los informes, de muerte natural, en 1953.

vez que veía a Mejlis. Me leyó una carta de la Academia en la que se denunciaban las maquinaciones políticas y los procedimientos ilegales que se habían utilizado para enviar una delegación derechista a la Conferencia del distrito de Bauman.

—¿Estás de acuerdo con el contenido de esta carta? —me preguntó.

—Sí, totalmente. Refleja con toda exactitud la situación que estamos afrontando en la Academia.

—¿Estarías dispuesto a firmarla?

—¿Y cómo voy a hacerlo? No he tenido nada que ver en la redacción de esa carta. Ni siquiera sé quién la ha escrito.

—Eso no importa. Ni tu nombre ni el del autor figurarán en el asunto. Te pido que la firmes porque tengo confianza en ti; he oído hablar mucho de ti y de la labor que estás haciendo, y tu firma me garantizaría que esta carta es fiel reflejo de lo que está pasando.

—Muy bien, firmaré.

Lo hice, y el coche de Mejlis me devolvió a mi domicilio.

Al día siguente, *Pravda* publicaba la carta en su sección de correspondencia [7]. Fue como un relámpago en un cielo azul. Inmediatamente se produjo una gran confusión en la Academia. Se suspendieron las clases, y los organizadores del grupo del Partido convocaron una reunión en la que se destituyó a todos los delegados de la Academia en la Conferencia del distrito de Bauman, excepto a Stalin. Quizá hubiera órdenes de arriba para que no se destituyera a Bujarin, pero no lo recuerdo. Sea como fuere, tanto Rikov como Uglanov y los demás representantes derechistas fueron depuestos, y se eligieron nuevos delegados. A mí me nombraron presidente de la reunión y pasé a formar parte de la nueva delegación [8].

Pero los cambios se produjeron con tal rapidez que ni siquiera hubo tiempo para imprimir las nuevas credenciales, así que nos dieron las mismas que estaban preparadas para los anteriores delegados. Aquello provocó bastante extrañeza en la conferencia. En cierto momento hasta se me recusó porque en mis credenciales figuraba otro nombre.

—Ya lo sé —expliqué—. En principio se extendieron estos papeles para la persona cuyo nombre figura en ellos, pero ahora me pertenecen.

Eso fue todo lo que dije. Casi todos los demás delegados parecieron comprender.

7. La carta se publicó el 30 de mayo de 1930. Es indudable que Kruschef fue la figura principal en este asunto, y es interesante que lo confiese. Sin embargo, es posible que haya simplificado demasiado la historia.

8. El asunto fue más complicado que todo eso. Los bujarinistas contraatacaron sin descanso. Pero su causa estaba perdida.

Nuestra delegación decidió que yo presentaría en la conferencia el informe sobre nuestra posición. Al iniciar mi discurso se alzaron algunas voces desaprobatorias: «¡Ya te conocemos a ti y a tu Academia Industrial!» La Academia era célebre como semillero de derechistas, de forma que mi primera tarea consistiría en demostrar que representábamos una postura diferente a la de los anteriores delegados. Tan sólo cuando hube dejado bien sentado que todos apoyábamos decididamente la Línea del Partido empezaron los demás delegados de la Conferencia a confiar en nosotros.

Cuando me convertí en secretario de la organización del Partido en la Academia, empezamos a hacer la guerra a los holgazanes e inútiles que estaban utilizándola como reducto para mantenerse al margen de la lucha política que se estaba librando en el Partido. Recordamos a los estudiantes que no estaban en Moscú para hacer turismo: estaban allí para estudiar y hacer acopio de unos conocimientos teóricos y prácticos que les permitirían contribuir eficazmente a la construcción del socialismo. La Academia empezó muy pronto a desempeñar un papel importantísimo en la batalla contra la oposición. Las decisiones que se tomaban en nuestras reuniones se solían publicar al día siguiente en *Pravda* para que sirviesen de directrices a las demás organizaciones del Partido.

Tales fueron los comienzos de mi actividad para el Partido en Moscú. Al convertirme en dirigente de la organización de la Academia, mi nombre se hizo aún más conocido en el Partido de Moscú y en el Comité Central.

En aquellos tiempos se celebraba una conferencia de distrito cada seis meses o cada año. En enero de 1931, se celebró otra conferencia del distrito de Bauman, y en ella me eligieron secretario del Comité de distrito sustituyendo a Chirin, quien tan sólo un año antes se había opuesto a mi candidatura para el XVI Congreso del Partido. A Chirin le faltaba madurez política. Estoy convencido de que tendría sus razones para votar contra mí en 1930, pero todo eso estaba ya más que superado. Mi futuro como activista del Partido aparecía ahora resplandeciente[9].

Al principio pensé que tenía que agradecer a Kaganovich mi afianzamiento en Moscú, pero pronto empecé a darme cuenta de que mi promoción no se debía tanto a Kaganovich como al propio Stalin. Al parecer, éste me había estado observando a través de su esposa, Nadezhda Sergueievna Alliluieva. Ella me encomió mucho ante Stalin y él ordenó a Kaganovich que me ayudase.

Nadezhda Sergueievna y yo fuimos compañeros en la Academia. Ella estudiaba química en la facultad textil, especializándose en fibras artificiales. Era

9. En realidad, ese fue el momento del gran salto de Kruschef y el fin de los bujarinistas en la Academia. Se destituyó a A. P. Chirin y Kruschef ocupó su puesto. Fue la primera de varias promociones del mismo estilo.

organizadora de un grupo del Partido, y yo solía verla con regularidad en mi condición de secretario de la organización [10]. Tenía que darle instrucciones, y sabía que ella hablaba a Stalin de mis actuaciones. Yo me sentía un nuevo Pinia, el héroe de la historia de Vinchenko [11].

No obstante, Nadezhda Sergueievna tenía buen cuidado de no abusar de su relación con Stalin. Muy pocas personas sabían que era su esposa. Todos la conocían como Alliluieva y nada más. En la Academia teníamos otro Alliluiev, un ingeniero de minas procedente del Lejano Oriente. Formaba parte del buró de la célula del Partido. Nadezhda Sergueievna dejaba que creyesen que era su esposa o su hermana; jamás aprovechó los privilegios de que habría podido disfrutar como esposa de Stalin. Nunca hacía el recorrido entre el Kremlin y la Academia en coche, sino que tomaba el tranvía. Nada la distinguió de la masa de estudiantes que la rodeaba. Fue muy sagaz al no dejar traslucir su proximidad a la persona que todos, tanto amigos como enemigos, consideraban como el Gran Hombre del mundo político.

Por entonces yo la llamaba Nadia. Luego empecé a llamarla Nadezhda Sergueievna. Hasta que comencé a trabajar en el Comité de la ciudad de Moscú y empecé a tener frecuentes entrevistas con Stalin, incluso en la intimidad de las casas familiares, no supe cuánto le había hablado Nadia de mis actividades en la Academia Industrial y de mi lucha en favor de la Línea General. A veces, Stalin me recordaba incidentes que yo ya había olvidado.

En los años siguientes yo seguí vivo, en tanto que la mayoría de mis contemporáneos, mis compañeros de clase en la Academia y los amigos con quienes había trabajado en la organización del Partido, perdían sus cabezas como enemigos del pueblo. A veces me he preguntado: ¿cómo me libré yo? Mi profunda devoción por el Partido ha estado siempre fuera de toda duda. Pero los camaradas que murieron también la sentían, y también ellos colaboraron en la lucha por la Línea General de Stalin. ¿Por qué escapé a su suerte? Creo que, en parte, porque los informes de Nadia contribuyeron a determinar la favorable actitud de Stalin hacia mí. Yo llamo a esto mi lotería; ciertamente, saqué el número de la suerte cuando se produjo la casualidad de que Stalin pudiese observar mis actividades a través de Nadezhda Sergueievna; confiaba en mí

10. Ciertamente, Nadezhda Sergeievna Alliluieva, la segunda y desgraciada esposa de Stalin y madre de Svetlana Stalin, conoció a Kruschef en la Academia Industrial. Parece extraño que a una criatura tan sensible le agradase el campesino rudo y sin educación que era Kruschef por entonces.

11. Kruschef se ha comparado en más de una ocasión con el héroe de la historia de Vinchenko. Pinia era un judío pequeño y endeble, elegido por un grupo de prisioneros malvados como su jefe, en ademán de desprecio. Pero al llegar los momentos de prueba —una rebelión en la cárcel— les avergonzó a todos revelándose como un caudillo nato capaz de los mayores sacrificios.

por ella. A veces, en los años siguientes, me atacó e insultó, e incluso hizo observaciones muy poco gratas respecto a mí, pero siempre se le pasaba y siguió estimándome hasta el último día de su vida. Sería estúpido y sentimental pretender que aquel hombre hubiese querido a alguien, pero no hay duda de que sentía por mí un gran respeto.

En cambio, era muy poco el que sentía por Nadezhda Konstantinovna Krupskaia y María Ilinichna Ulianova [viuda y hermana de Lenin respectivamente]. Solía decir que no creía que ninguna de las dos mujeres estuviese contribuyendo positivamente a la lucha del Partido por la victoria.

Cuando murió Stalin, encontré un sobre en un lugar secreto: dentro de él había una nota de puño y letra de Lenin. En ella acusaba a Stalin de haber insultado a Nadezhda Konstantinovna. Vladimir Ilich exigía que se disculpase por haberla insultado; de lo contrario ya no volvería a mirar a Stalin como un camarada. Me asombró profundamente que se hubiese conservado aquella nota. Es probable que Stalin la hubiera olvidado por completo [12].

Siempre resultó muy incómodo ver cuán desconsideradamente trataba Stalin a Nadezhda Konstantinovna mientras vivió. Ella se le opuso durante la batalla contra los derechistas y pronunció un discurso defendiendo a Bujarin y Rikov en la Conferencia del distrito de Bauman, en 1930. Como resultado, casi todos los delegados de la conferencia la atacaron; más tarde, y sin ninguna publicidad, se corrió la voz por las células del Partido de que se le hiciese el vacío. En cuanto a María Ilinichna Ulianova, todo el mundo sabía que era buena amiga de Bujarin; había sido secretaria en *Pravda* cuando él era director.

Yo, por mi parte, como joven comunista cuya experiencia databa de después de la Revolución de Octubre, había reverenciado siempre a Lenin como nuestro gran caudillo y, por lo tanto, sentía el mayor respeto por Nadezhda Konstantinovna. Ella fue la compañera inseparable de Vladimir Ilich. Me resultó muy amargo verla en aquellas sesiones de la Conferencia del distrito de Bauman, cuando todo el mundo se volvía contra ella. La recuerdo como una mujer en-

12. Kruschef reveló por primera vez en el Discurso Secreto el contenido de esta nota. Lenin ya había recibido más de un golpe y estaba tratando desesperadamnte de prevenir a sus colegas contra la desmedida ambición de Stalin. Un distinguido erudito, el fallecido Boris Nicolaevski, creía que Stalin había insultado deliberadamente a la Krupskaia, sabiendo que eso afectaría mucho a Lenin, y aceleraría su muerte. El texto de la nota de Lenin (con copias para Kamenev y Zinoviev) reza así: «¡Estimado camarada Stalin! Te has permitido llamar por teléfono a mi esposa para reprenderla ásperamente... No estoy dispuesto a olvidar tan fácilmente lo que se hace contra mí, y no necesito señalar que lo que se haga contra mi esposa va también dirigido contra mí. Por lo tanto, te ruego que medites cuidadosamente si deseas retractarte de tus palabras y pedir disculpas o si, por el contrario, prefieres que demos por terminada toda relación entre nosotros. Atentamente: Lenin (5 de marzo de 1923).» Ver apéndice 4.

vejecida y cansada; la gente huía de ella como de la peste. Fue vigilada estrechamente, siguiendo instrucciones de Stalin, porque se había desviado de la Línea del Partido.

Ahora, cuando analizo lo que ocurrió durante aquel período, creo que Nadezhda Konstantinovna había adoptado la postura correcta. Pero si lo puedo afirmar es gracias a la perspectiva que da el tiempo. Por entonces, todo aparecía revuelto y confuso, y todos arrojaban lodo sobre Nadezhda Konstantinovna y María Ilinichna.

Más tarde, cuando trabajé en el Comité de la ciudad de Moscú, Nadezhda Konstantinovna estaba encargada de atender las quejas de los ciudadanos. Todos los que hubieran recibido trato injusto por parte del soviet de la ciudad de Moscú acudían a ella. Indudablemente había muchas imperfecciones en el funcionamiento de aquel soviet. Las condiciones eran especialmente duras tanto para los obreros como para los empleados de oficinas y los intelectuales. Cuando alguien tropezaba con el impenetrable muro de la burocracia, acudía a Nadezhda Konstantinovna como último recurso. Pero era muy poco lo que ella podía hacer para ayudarles. No tenía influencia bastante como para remediar ni siquiera las quejas más justificadas que recibía; casi siempre solía enviármelas a mí, al Comité de la ciudad de Moscú. Desgraciadamente, y aunque ocupaba un alto puesto, tampoco yo podía hacer gran cosa. En la ciudad había una terrible escasez de apartamentos; el problema de la vivienda era una auténtica pesadilla. Estábamos industrializando el país y levantando nuevas fábricas por todas partes, pero no se había tenido en cuenta el crecimiento de la población obrera en Moscú. El número de viviendas que se construía era mínimo, y los nuevos edificios de apartamentos no compensaban ni con mucho las casas que se derribaban para dejar sitio a las fábricas.

Siempre hice lo que pude cuando Nadezhda Konstantinovna me enviaba gente con quejas. La informaba sobre lo que se había hecho o bien le decía que no habíamos podido hallar una solución. De vez en cuando nos veíamos. Siempre mostró una perfecta corrección respecto a la situación que yo ocupaba; sabía que apoyaba la Línea General del Partido y que era un producto de la generación de Stalin. Y me trataba en consecuencia.

Nadezhda Konstantinovna estaba en lo cierto: yo era en cuerpo y alma fiel a Stalin y le consideraba nuestro guía y dirigente. Estaba convencido de que todo lo que decía en nombre del Partido estaba inspirado por su genio y de que lo único que tenía que hacer era aplicármelo a mí mismo.

Sin embargo, algo se rebeló en mí cuando Nadezhda Konstantinovna cayó en desgracia. Sentía por ella una simpatía básicamente humana.

Stalin solía decir a su círculo de íntimos que dudaba que Nadezhda Konstantinovna fuese en realidad la viuda de Lenin y que, si la situación se pro-

longaba, empezaría a expresar sus dudas en público. Llegó a decir que, si era preciso, declararía que la viuda de Lenin era otra mujer, y nombró a una que era miembro firme y respetado del Partido. Esa persona vive todavía; no quisiera hacer ningún comentario sobre el asunto[13].

Creo que la actitud de Stalin hacia Krupskaia no era más que otra manifestación de su falta de respeto por el propio Lenin. Para él no había nada sagrado, ni siquiera el buen nombre de Lenin. Stalin no dijo nunca una palabra contra Krupskaia en público, pero en su círculo íntimo la cubría de ultrajes. Ni siquiera omitió los comadreos frívolos. Quería condicionarnos psicológicamente para minar nuestro enorme amor por Lenin y para incrementar su propia talla como caudillo indiscutible y gran pensador de nuestra era. A tal fin sembró cauta y deliberadamente en las conciencias de los que le rodeaban la idea de que en privado no opinaba de Lenin lo mismo que proclamaba públicamente.

Debo mencionar a Kaganovich en este punto. Su comportamiento me disgustaba y disgustaba a los demás. No era más que un lacayo. Todo lo que tenía que hacer Stalin era rascar a Kaganovich detrás de las orejas para enviarle ladrando al Partido.

Kaganovich solía echar hacia atrás su silla, levantarse en toda su estatura y vociferar:

—¡Camaradas! Ya es hora de que le digamos al pueblo la verdad. Todo el mundo en el Partido sigue hablando de Lenin y del leninismo. Seamos francos con nosotros mismos: Lenin murió en 1924. ¿Cuántos años trabajó por el Partido? ¿Qué se hizo bajo su mando? ¡Compárese con lo que ha hecho Stalin! Ha llegado el momento de reemplazar el grito de «viva el leninismo» por el de «viva el estalinismo».

Mientras gritaba, todos guardábamos silencio absoluto y teníamos los ojos bajos. Siempre era Stalin el primero y el único que discutía con él.

—¿De qué estás hablando? —solía decir—. ¿Cómo te atreves a hablar así?

Pero de su tono de voz se deducía que estaba esperando que alguien le contradijese. Es una treta muy corriente entre la gente de pueblo. Cuando una madre va a ir con alguien a hacer una visita en otro pueblo y quiere que su hijito la acompañe, regaña: «¡Vamos, quédate aquí! ¡No te atrevas a seguirme, diablillo!», y amenaza al niño con el dedo. Entonces, cuando la persona que ha venido a buscarla no está mirando, le hace una seña y susurra: «¡Vamos,

13. Según Alexander Orlov, oficial de alto rango en la NKVD que desertó hacia el Occidente, la viuda suplente sería Elena Stasova, quien después pasaría años en los campos de trabajo y que fue rehabilitada tras la muerte de Stalin. Un rumor que todavía corre por Moscú identifica a la candidata para «viuda oficial» con R. S. Zemliachka, antigua bolchevique y en un tiempo colega de Bela Kun en Crimea.

sígueme!» Y el chiquillo corre a su lado. He presenciado la escena muchísimas veces, y esa era precisamente la forma como regañaba Stalin a Kaganovich.

Solía increparle con la siguiente comparación: «¿Qué es Lenin? ¡Lenin es una gran torre! ¿Y qué es Stalin? ¡Stalin es un dedo meñique!» A veces, cuando hacía tal comparación, substituía la imagen por una analogía que no considero adecuada, para reproducirla aquí. De todos modos, estimulaba a Kaganovich y éste persistía en su proclamación de Stalin. Kaganovich era un maestro en el arte de descubrir si su indignación era fingida.

Aquella «disputa» entre Kaganovich y Stalin se hacía cada vez más frecuente y sólo terminó con la muerte del segundo. Jamás intervino nadie y era Stalin quien decía siempre la última palabra.

Semejante costumbre era típica en ambos. Nadie superó a Kaganovich en depravación. Stalin solía señalarle como ejemplo de «hombre resuelto en su conciencia clasista» e «implacable para con sus enemigos de clase». Más tarde pudimos darnos perfecta cuenta de cuán resuelto e implacable era Kaganovich en realidad. Era tal la clase del sujeto que no dijo una sola palabra en favor de su propio hermano, Mijail Kaganovich, cuando fue acusado de ser un espía germano introducido por Hitler para formar un gobierno marioneta en Rusia después que los alemanes capturasen Moscú. ¿Puede haber algo más absurdo? ¿Pondría Hitler a Mijail Kaganovich, un *judío,* en un gobierno *fascista* ruso? ¡Desde el punto de vista nazi, hubiera sido un crimen! De todos modos, esa fue la acusación que se formuló contra Mijail Kaganovich, quien, cuando no vio otra salida, se suicidó. Nunca oí a nadie mencionar el incidente después que hubo ocurrido, y el propio Lazar Moiseievich pareció ignorar la tragedia de su hermano. Para él era todo muy sencillo: una vez hubo un hombre llamado Mijail Kaganovich, comisario del pueblo para la Industria Aérea; ahora ya no había ningún Mijail Kaganovich; lo mismo podía no haber existido jamás. Y mientras tanto, Lazar Moiseievich seguía arrastrándose servilmente ante Stalin [14].

Pero me estoy adelantando a los acontecimientos...

Después de trabajar seis meses como secretario del Partido del distrito de Bauman, me nombraron, en 1931, secretario del distrito de Red Presnia. Definitivamente, era un peldaño más en la escala del Partido. Dada su significación histórica en el levantamiento de 1905, el distrito de Red Presnia era políticamente más importante que el de Bauman. En realidad, era el primer Comité de distrito en Moscú. Tras otros seis meses fui elegido segundo secretario del

14. Es verdad que Lazar Kaganovich presenció la desgracia y suicidio de su hermano sin que al parecer moviese un solo dedo. En todo su relato, Kruschef muestra cierta dificultad para ordenar sus ideas en torno a su antiguo patrocinador y protector, a quien tanto debía y cuya ruina causó finalmente en 1957. (Ver apéndice 3.)

Comité de Moscú durante una conferencia a nivel de ciudad. Aunque estimaba en mucho el honor y la responsabilidad que suponía aquella promoción, sentí tener que dejar la Academia Industrial sin graduarme. Al aceptar el cargo en el Comité de la ciudad de Moscú renunciaba para siempre a mis esperanzas de completar mi educación superior. Además, como le confesé a Kaganovich, sentía cierta preocupación ante las dificultades que estaba seguro habría de encontrar en la organización de la ciudad. Pero pude superar el desafío y, un año más tarde, me convertí en segundo secretario del Comité regional de Moscú.

En el XVII Congreso del Partido, celebrado en 1934, fui elegido para el Comité Central del Partido Comunista de toda la Unión. El procedimiento seguido para la elección me dio la impresión de ser muy democrático. Fue así: se nombraron candidatos y se inscribieron sus nombres en unas papeletas que se distribuyeron entre todos los delegados. He de confesar que las posibilidades de elección no eran muchas, ya que el número de nombres de la candidatura era exactamente el necesario para cubrir el cuadro del Comité Central, incluidos los miembros y los aspirantes, más el personal de la Comisión de Inspección. Sin embargo, todo delegado podía expresar su opinión sobre cada uno de los candidatos dejando su nombre en la papeleta o tachándolo. Stalin recogió entonces todas las papeletas, mirando abiertamente a los ojos de cada delegado para no ver la suya. (Sólo más tarde descubrí que no se había inscrito ni un solo nombre sin su aprobación.) Se hizo el recuento y se anunció el número de votor a favor y en contra de cada candidato.

Recuerdo que en el XVII Congreso del Partido Stalin no obtuvo unanimidad de votos. Hubo seis en contra suya. ¿Por qué me acuerdo tan bien? ¡Porque cuando se anunció mi nombre —«¡Kruschef!»— también a mí me faltaban seis votos para ser elegido para el Comité Central por unanimidad! Ello significaba que mi situación era comparable a la de Stalin. Otros candidatos obtuvieron veinte o treinta, y hasta cien votos en contra. Para ser elegido se necesitaba una mayoría.

En 1935 se nombró a Kaganovich comisario del pueblo para los Transportes, relevándole de sus deberes en la organización de Moscú. Se me designó a mí para ocupar su cargo como primer secretario de los comités regionales y de la ciudad de Moscú [15].

En el siguiente pleno del Comité Central me nombraron miembro candidato del Politburó. Me sentí contento y halagado, pero al mismo tiempo me aterraba la enorme responsabilidad que entrañaba aquel puesto. Para entonces yo ya era un trabajador del Partido hecho y derecho, pero seguía conservando las

15. Eso significa que, bajo Stalin, Kruschef era dueño absoluto de la ciudad de Moscú y de toda la región circundante.

herramientas de mi oficio: calibres, marcadores, una escuadra de comprobación, una regla y una medida de litro. Me resistía a cortar todos los lazos con mi antigua profesión; a mi modo de ver, el trabajo en el Partido no era definitivo, y si no era reelegido tendría que volver un día u otro a mi anterior oficio de ajustador.

Empecé a asistir a las sesiones del Politburó con regularidad. En aquellos días Stalin observaba todavía las tradiciones leninistas, al menos en cierta medida. Los miembros del Comité Central que se hallasen en Moscú podían asistir a aquellas sesiones, siempre que permanecieran callados y no interrumpiesen el trabajo. Yo aprendí mucho en ellas acerca del modo como tomaban decisiones los dirigentes del Partido.

Poderme sentar con el Politburó, poder trabajar al lado de los dirigentes del Partido y estar junto a Stalin: todo eso representaba para mí la culminación de mi carrera. Hacía años que me había entregado en cuerpo y alma a Stalin y al Comité Central. Comencé a admirarle por su clarividencia y por la concisión de sus formulaciones, desde el momento en que llegué a Moscú y le oí hablar por primera vez en los grandes mítines. También quedé impresionado por estas mismas cualidades en las palabras que dirigió a un grupo más reducido, durante una reunión privada de gerentes industriales en 1932, en la que formuló sus Seis Grandes Condiciones. Y ahora, que me veía convertido en miembro candidato del Politburó, tenía la oportunidad de verle actuar desde muy cerca y con regularidad. Mi admiración por él no hizo sino aumentar. La paciencia y comprensión de que daba muestras con los demás en las reuniones del Politburó durante los años treinta me tenían fascinado.

Podría recordar varios ejemplos de lo que estoy diciendo, pero me limitaré a señalar uno. Se trata de un caso que se sale de lo normal, relativo a un joven diplomático que había ido a un país latinoamericano en una misión comercial y al que la prensa local había puesto en un compromiso. Fue llamado a declarar durante una reunión del Politburó; evidentemente estaba muy turbado y confundido. Stalin abrió el debate.

—Por favor, cuéntame todo lo que ha pasado. No omitas nada.

El joven diplomático explicó que al día siguiente de su llegada a aquel país latinoamericano, fue a comer a un restaurante:

—Me instalaron en una mesa y pedí la comida. Entonces vino un hombre y se sentó conmigo. Me preguntó si era ruso; yo contesté que sí, que lo era. Comenzó a hacerme toda clase de preguntas: qué había venido a comprar, si había servido en el ejército, si sabía tirar... Le conté que había servido en caballería, que no era un mal tirador... Y cosas así. Al día siguiente, y con gran asombro mío, el periódico publicó un artículo sobre mí plagado de estupideces: decía que yo era un verdadero vaquero caucasiano y un tirador de primera;

Kruschef era un político en alza al comenzar los años treinta.

Rodeado de delegados del Distrito Rojo de Presnia, en Moscú, 1931.

Kruschef y Stalin.
1 de mayo de 1932.

Sergo Ordzhonikidze y Stalin.

Stalin, Molotov, Kaganovich y Ordzhonikidze.

Kalinin, Kaganovich, Ordzhonikidze, Stalin y Vorochilov.

Vorochilov y Stalin.

también contaba muchas mentiras sobre los motivos por los que me encontraba allá; qué era lo que iba a comprar; qué precios estaba dispuesto a pagar, y así sucesivamente. Poco después, la embajada me indicó que sería mejor que volviese acá para informaros. Esto es lo que pasó. Sólo os ruego que tengáis en cuenta que, si he cometido este error, ha sido por falta de experiencia y desde luego sin propósitos malignos.

Aquel hombre me inspiraba lástima. Indudablemente había sido víctima de su propia falta de malicia. Todos nos revolvíamos en nuestros asientos y cuchicheábamos con los de al lado; esperábamos impacientes lo que podría suceder.

Súbitamente, Stalin dijo:

—Bien, por lo que veo, en todo esto no hay más que una pandilla de sinvergüenzas que se han aprovechado de un hombre honrado. ¿Algo más?

—No.

—Entonces, el asunto queda zanjado. —Stalin miró de frente al joven diplomático—: Trata de tener más cuidado en adelante.

El pobre hombre se quedó allí sentado con la boca abierta cuando se levantó la sesión. Le había sorprendido tanto su buena suerte que no podía ni moverse. Al fin tomó su cartera y se apresuró a salir.

La sencillez y clemencia con que había llevado Stalin el caso me impresionaron mucho. Y a los demás también.

Padrecito de la ciudad

Desde 1932, cuando se convirtió en segundo secretario (a las órdenes de Kaganovich) del Comité del Partido de la ciudad de Moscú, hasta 1938, año en que se le designó para el cargo de primer secretario de Ucrania, Kruschef se ocupó fundamentalmente de la administración de Moscú. En 1935 tenía el control absoluto de las organizaciones regional y de ciudad; fue en aquellos años cuando se ganó su reputación de conductor de hombres, duro y despiadado, ya que, a diferencia de tantos otros rusos en posiciones encumbradas, no temía mancharse las botas de barro. Su operación más espectacular fue la construcción del Metro de Moscú, la famosa obra de ostentación del régimen soviético que, con sus salones subterráneos de mármoles y dorados, se convertiría en una de las maravillas del mundo. El Metro fue bautizado con el nombre de Kaganovich, que fue quien lo inició, teniendo a Kruschef como ayudante. Pero pronto se haría cargo de las obras el propio Kruschef, hasta llevarlas a feliz término. Aquí habla de aquellos días febriles: ciertamente, trabajó sin un minuto de descanso. A sus órdenes se hallaban no sólo los grupos entusiastas

de jóvenes voluntarios comunistas, sino también un amplio contingente de trabajadores forzados a disposición de G. G. Yagoda, el jefe de la NKVD. A partir de 1936, también fue Kruschef quien retuvo Moscú para Stalin durante los terribles años de las purgas. En aquella época fue cuando se distinguió, aunque no lo mencione, dirigiendo mítines masivos en los que ensalzó a Stalin en términos más encomiásticos que ninguno de sus colegas, pidiendo al mismo tiempo la pena de muerte para las víctimas de los juicios por traición.

CUANDO inicié mis actividades para el Partido en la organización de Moscú, descubrí que había que hacer muchas cosas en muy poco tiempo. A principios y mediados de la década de 1930 desempeñé un papel fundamental en la administración y reconstrucción de nuestra capital soviética. Mis camaradas y yo trabajábamos con entusiasmo y sin reparar en sacrificios; consagrábamos al trabajo toda nuestra vida. No sabíamos qué era el descanso. Con frecuencia convocábamos reuniones masivas o celebrábamos consultas entre nosotros en los días libres, y no era raro que trabajásemos hasta altas horas de la noche. Nuestra tarea aparecía a nuestros ojos envuelta en un halo romántico. Todos ansiábamos ver el día en que las palabras de Lenin se hiciesen por fin realidad: ¡tras sus primeros diez años de existencia, el poder soviético sería invencible! Desgraciadamente, el Partido ha perdido hoy día buena parte de aquel espíritu idealista y de autosacrificio: las actitudes que parecen prevalecer ahora tienen cierto matiz de oportunismo burgués. Cuando yo colaboraba en la dirección de la ciudad de Moscú, nadie habría osado ni siquiera pensar en tener una dacha [casa de campo] propia. ¡Después de todo, éramos comunistas! Siempre íbamos vestidos con ropas de faena; ninguno de nosotros llevó nunca un traje. Nuestro uniforme era la camisa de cuello abierto o el blusón blanco del campesino. En este aspecto, Stalin fue siempre el primero en dar ejemplo.

Kaganovich era primer secretario de los comités regional y de ciudad de Moscú, y era al mismo tiempo segundo secretario del Comité Central. Aquello le convertía en subalterno directo de Stalin. Por lo tanto, tenía que dedicar la mayor parte de su tiempo al Comité Central, y casi toda la responsabilidad de lo que había que hacer en Moscú recaía sobre mis espaldas, puesto que yo era segundo secretario de los comités regional y de ciudad. Aquello me exigía esfuerzo, laboriosidad y sumo cuidado. Tenía que suplir con diligencia lo que me faltaba de experiencia; afortunadamente, mis relaciones con los camaradas de la organización de Moscú eran excelentes. Al parecer, mi actuación justificó la confianza y responsabilidad que se había depositado en mí cuando me promocionaron desde el nivel de distrito.

Desde luego, hubo momentos difíciles. Recuerdo el siguiente episodio, que tuvo lugar en 1932: en Moscú iba aumentando el hambre y yo, como segundo secretario, dediqué buena parte de mis energías a disponer los medios para alimentar a los ciudadanos —o «clase trabajadora», como solíamos decir[16]—. Stalin había sugerido la idea de criar conejos. El plan me pareció excelente y me dediqué celosamente a poner en práctica sus instrucciones. Casi todas las fábricas, talleres y factorías empezaron a criar conejos para contribuir al abastecimiento de sus propias cocinas. Entonces concebimos la idea de cultivar setas en todos los sótanos y bodegas de Moscú. Muchos establecimientos aportaron su contribución, pero como todo movimiento masivo encuentra resistencia, hubo varios directores de fábricas que no nos apoyaron. Aún tropezamos con mayores problemas cuando tratamos de distribuir las tarjetas de racionamiento. Nunca eran suficientes, y eso hacía inevitable cierta proporción de fraude. La escasez de tarjetas tentó a muchas personas, especialmente a las inconstantes, a hacer trampas con la ley o a robar abiertamente. Había tarjetas diferentes para los que trabajaban y para los que no lo hacían, y en las de la primera categoría había valores distintos. También eso contribuyó a que surgiera toda especie de irregularidades, abusos y hasta robos.

Un día, Kaganovich me llamó y me dijo:

—Deberías hacer un informe para el Politburó respecto de lo que se está haciendo para evitar la tenencia ilícita de tarjetas de racionamiento.

El encargo me preocupó. Creo que estaba realmente asustado ante la perspectiva de hablar ante nuestro organismo más prestigioso: Stalin estaría allí y me juzgaría.

En realidad, Stalin nunca presidía personalmente las sesiones del Politburó por aquella época; siempre delegaba en Molotov, que era el más antiguo de sus amigos. Se conocían desde los tiempos prerrevolucionarios. Molotov había estado siempre considerado como el compañero de armas más fiel y más inamovible de Stalin. Dicen que él mismo lo proclamó así cuando se le designó para la presidencia del Consejo de Comisarios del Pueblo en un pleno del Comité Central, hacia finales de 1930. Cuando empecé a trabajar como secretario de los comités regional y de ciudad de Moscú iba muy a menudo al despacho de Stalin, y Molotov siempre estaba allí con él. También solían ir juntos de vacaciones. Molotov era la mano derecha de Stalin en la batalla contra la oposición. Por eso, los oposicionistas le llamaban «la cachiporra de Stalin». Este le utilizaba para derribar a cualquier miembro del Politburó que se le opusiese. Pero

16. Moscú padecía entonces el hambre derivada de la colectivización. Aunque el Directorio Político y el ejército obligaban a los campesinos a entregar sus productos para alimentar a los trabajadores urbanos, todo resultaba insuficiente. En el capítulo siguiente se describe la situación del campesinado por aquella época.

Molotov y Stalin.

Molotov, Kruschef y Stalin en el Mausoleo de Lenin
durante un desfile del 1 de mayo (¿1934?)

Saludando al pueblo.

por entonces, Molotov era para mí un hombre independiente y de voluntad decidida que pensaba por sí mismo [17].

Me presenté en la reunión del Politburó y pronuncié una alocución en la que enumeraba todas las medidas que habíamos tomado para acabar con los abusos en el sistema de tarjetas de racionamiento. Añadí que ya habíamos logrado muchos éxitos.

—Deja de alardear, camarada Kruschef —dijo Stalin—. Todavía quedan muchos ladrones —sí, muchos—; no pienses que los has atrapado a todos.

Había hecho esta observación en tono paternal y no me atemorizó. Tenía razón. Yo estaba convencido de que ya habíamos acabado con todos los tramposos y me quedé asombrado al ver que Stalin —que casi nunca salía de los confines del Kremlin— era tan clarividente que hasta resultaba posible que conociera el número exacto de ladrones que aún quedaban impunes. Aquello le elevó aún más a mis ojos.

Poco tiempo después me enteré de que una delegación de Leningrado iba a presentar un informe al Politburó sobre el mismo problema de las tarjetas de racionamiento. Me interesaba mucho saber lo que hacían ellos, porque estábamos en competencia en muchos aspectos, especialmente en los confidenciales. Serguei Mironovich Kirov era primer secretario de la organización de Leningrado. Para el informe sobre racionamiento designó a otro de los secretarios, un sujeto con nombre letón. Por lo que pude entender, el informe de los de Leningrado señalaba que habían hecho tales avances en la reconstrucción de su economía que habían podido suprimir el racionamiento casi por completo.

Cuando acabaron de presentar el informe se abrió una pausa, y todo el mundo salió de la sala hacia un bar cercano donde se sirvió un refrigerio. En el país había hambre, y hasta las personas que ocupaban puestos elevados, cómo yo, vivían modestamente; hablando sin rodeos, diré que a menudo carecíamos de comida suficiente en nuestras casas. Por eso, aprovechábamos los intermedios de las sesiones de trabajo en el Kremlin para atiborrarnos de bocadillos, salchichas, nata agria y té con azúcar. Aquel día, mientras todos se arremolinaban en el buffet de la habitación contigua, yo me retrasé unos momentos esperando a que todos hubiesen salido. Así fui testigo inintencionado de un cambio de palabras duras entre Stalin y Serguei Mironovich Kirov. Serguei Mironovich decía algo favorable respecto al informe de su delegación sobre racionamiento, y Stalin le replicaba con ciertas observaciones insultantes acerca del secretario que lo había presentado [18]. Me desconcertó. En aquellos días yo era muy

17. Ver la biografía de Molotov, apéndice 3.

18. En los últimos años veinte y los primeros treinta, S. M. Kirov estaba más próximo a Stalin que ningún otro. Aquí se vislumbran ya los primeros síntomas de su independencia de espíritu, que le llevarían a la muerte en los comienzos de la gran purga (capítulo 3).

idealista en lo tocante a la moral del Partido. No podía creer que Stalin, nuestro caudillo, hablase irrespetuosamente de otro miembro. A mi modo de ver, cualquiera que poseyese el carnet del Partido y fuese un verdadero comunista era mi hermano... en realidad, aún más que eso. Estábamos unidos por los hilos invisibles de nuestra fe común en la sublime lucha. La construcción del comunismo era para mí algo casi sagrado. Usando el lenguaje de los que tienen creencias religiosas, diría que todo participante en el movimiento comunista era para mí un apóstol, dispuesto a sacrificarse en nombre de nuestra causa común [19].

Así pues, el incidente que presencié entre Stalin y Kirov me pareció una desviación inexplicable de la conducta habitual en el primero y me dejó perplejo.

Cuando comencé a trabajar en la organización del Partido en la ciudad de Moscú, tuve más ocasiones de ver a Stalin en circunstancias no oficiales. Solía invitarnos a mí y a Bulganin, que era presidente del soviet de Moscú, a cenar con su familia en su apartamento. Los anfitriones eran siempre Stalin y Nadezhda Sergueievna. También acudían con frecuencia los padres de ella, papá y mamá Alliluiev, el hermano de Nadezhda con su esposa, y su hermana, Anna Sergueievna, y su marido Redens. Redens era jefe de la oficina regional moscovita de la NKVD. Stalin conseguía siempre que Bulganin y yo nos sentásemos a su lado, y charlaba animadamente con nosotros durante la comida. Le gustaba decir:

—Bueno, ¿cómo va eso, padrecitos de la ciudad?

Al principio me resultaba extraño ver a Stalin sostener una charla intrascendente en la mesa. Venerándole como le veneraba, no podía acostumbrarme a verle en un ambiente tan poco ceremonioso: ¡él no era un hombre de este mundo, que pudiese reír y gastar bromas como nosotros! Poco después empecé a admirarle no sólo como dirigente político sin igual, sino también como un ser humano más.

Algunas veces, cuando quería hablar con nosotros de algo relativo a la administración de la ciudad, nos mandaba llamar a Bulganin y a mí para que nos reuniésemos con él en el teatro. Siempre concentrábamos toda nuestra atención en lo que decía y procurábamos seguir sus consejos al pie de la letra.

En cierta ocasión —creo que fue antes del XVII Congreso del Partido— me dieron una nota para que llamase a un número de teléfono que inmediatamente reconocí como el del apartamento de Stalin. El mismo me contestó.

—Camarada Kruschef —dijo—, han llegado hasta mí ciertos rumores según los cuales estás olvidándote del problema que representa la escasez de lavabos públicos. Al parecer, la gente busca desesperadamente sin encontrar un lugar

19. Esto suena un poco a exageración. Sin embargo, y a pesar de su brutalidad, los hombres como Kruschef creían entonces que estaban construyendo un mundo nuevo.

donde hacer sus necesidades. Eso no puede ser. Pone a los ciudadanos en una situación muy embarazosa. Habla del asunto con Bulganin y haz algo para mejorar las cosas.

El asunto podría parecer demasiado trivial para que Stalin nos llamase la atención sobre ello pero, de todos modos, me impresionó. Bulganin y yo empezamos a trabajar febrilmente. Inspeccionamos personalmente edificios y patios. Incluso empleamos a la milicia [policía uniformada] para que nos ayudase. Más tarde, Stalin nos encomendó la tarea de instalar lavabos de pago modernos y limpios. También lo hicimos. Recuerdo que, durante una conferencia con algunos camaradas de provincias, el secretario del Partido en Novosibirsk, Eije, me pregutó con la típica sencillez letona:

—Camarada Kruschef, ¿es cierto lo que dicen? ¿De verdad te estás ocupando de instalar lavabos en Moscú, y por encargo de Stalin? [20]

—Sí, es totalmente cierto —respondí—, y creo que demuestra nuestra preocupación por conseguir la comodidad del ciudadano. Una gran ciudad como Moscú precisa contar con lavabos decorosos.

El episodio, aunque parezca trivial, prueba que Stalin, el jefe de la clase obrera mundial, no estaba tan ocupado como para no poder pensar en un detalle tan importante en la vida de la ciudad como los lavabos públicos.

En 1934, Kaganovich, Bulganin y yo trabajamos juntos en la reconstrucción de Moscú y supervisamos la erección de muchos edificios nuevos. Recuerdo que un día estábamos inspeccionando con un grupo el nuevo complejo que se había construido en torno al soviet de Moscú y Kaganovich dijo, señalando hacia el Instituto Marx-Engels:

—¿Quién diablos ha diseñado *esa* monstruosidad?

Los arquitectos que nos acompañaban se miraron nerviosamente y el arquitecto jefe de la ciudad, Chernichev, pareció muy turbado.

—Lazar Moiseievich —dijo—, yo lo diseñé.

Kaganovich sonrió, se disculpó y suavizó su observación. En realidad, la masa de hormigón gris, chata y lisa del Marx-Engels ofrecía un aspecto lóbrego.

Fue un período de actividad febril e hicimos increíbles avances en muy poco tiempo. Al parecer, había cien proyectos importantes en marcha al mismo tiempo: la construcción de una fábrica de rodamientos a bolas, la ampliación de la fábrica de aviación Dux número uno, la instalación de centrales de electricidad, gas y petróleo, la excavación del canal Moscova-Volga y la reconstrucción de los puentes sobre el río Moscova..., por citar tan sólo algunos. La gran tarea

20. R. I. Eije. Kruschef habló ampliamente en su Discurso Secreto de la suerte de Eije durante las purgas. Miembro candidato del Politburó, fue detenido en abril de 1938 y obligado bajo tortura a firmar una confesión. Recusó dicha confesión y recurrió a Stalin para que el Comité Central investigara su caso. Fue fusilado en febrero de 1940.

de supervisarlos todos recaía sobre mí, porque Kaganovich estaba metido hasta las orejas en el trabajo de la organización del Partido de Moscú.

Además de levantar edificios nuevos, había otras muchas cosas que hacer para modernizar los servicios metropolitanos más esenciales. El alcantarillado de Moscú había quedado anticuado hacía mucho tiempo, y la ciudad carecía de sistema de distribución de agua. La mayoría de las calles estaban pavimentadas con guijarros y otras eran simplemente de tierra. Casi todo el transporte seguía tirado por caballos. Hoy puede parecer increíble, pero las cosas eran realmente así de primitivas.

Durante la reconstrucción de Moscú tuve el honor de instalar las primeras líneas electrificadas de la Unión Soviética. Tuve que hacer grandes esfuerzos para convencer a la gente de que los trolebuses eran una buena idea. Muchos se oponían a semejante medio de transporte. Mi difunto amigo Alexei Ivanovich Lijachev, por ejemplo, era partidario acérrimo del motor de combustión interna y luchó con uñas y dientes contra la instalación del sistema eléctrico. Hasta en el propio Stalin hallé cierta resistencia. Cuando ya habíamos tendido los cables y nos disponíamos a hacer una prueba, recibí una llamada de Kaganovich diciendo que debíamos abandonar todo el proyecto. Al parecer, Stalin estaba seguro de que los coches volcarían en la pendiente que hay frente a la central de Telégrafos. Pero ya era demasiado tarde para suspender la prueba y, afortunadamente, todo marchó como una seda. Le dijimos a Stalin que, como funcionaban con electricidad, no harían mucho ruido ni contaminarían la atmósfera. En resumen, era el sistema de transporte más avanzado y contribuiría definitivamente al desarrollo de la ciudad. Stalin aceptó mi razonamiento, si bien es cierto que más tarde, cuando compramos tranvías de dos pisos, se negó a dejar que los utilizáramos. Temía que pudiesen volcar, y nada de lo que le dijimos le hizo cambiar de opinión. Sin embargo, y en términos generales, Stalin apoyaba todo lo que significara mejora y progreso de cualquier tipo.

Cuando empezamos a construir el Metro de Moscú teníamos una idea muy vaga de lo que iba a suponer el proyecto. No estábamos acostumbrados a los refinamientos: la idea de un ferrocarril subterráneo nos parecía algo sobrenatural. Creo que hoy contemplamos los vuelos espaciales con menos asombro que la construcción del Metro de Moscú en los primeros años treinta.

Se nos recomendó que pusiéramos a Pavel Pavlovich Roter al frente del proyecto. Estaba considerado como el mejor constructor de Moscú. Se trataba de un ruso de ascendencia alemana que había supervisado la construcción de uno de los proyectos más ambiciosos del Estado: el palacio del Gobierno, en la plaza Dzherzhinsky de Jarkov.

Al principio yo no tuve nada que ver con el Metro. Pero al cabo de algún tiempo, Kaganovich me dijo:

—Las cosas no marchan muy bien. Ya que tienes experiencia en minería, sería mejor que te encargases de supervisar la construcción del Metro. Te sugiero que dejes todo el trabajo del Comité de la ciudad. Tendrás que bajar a los pozos para familiarizarte con lo que se está haciendo. Bulganin también debería hacerlo.

La sugerencia de Kaganovich era muy sensata. Por entonces aún tenía a Lazar Moiseievich en gran estima. No había motivos para dudar de su devoción hacia el Partido y hacia la causa. Dicen que cuando cortaba leña hacía saltar demasiadas astillas, pero ni su entereza ni su energía flaqueaban jamás. Era tan obstinado como ferviente.

Después de haber pasado algún tiempo en los pozos, conseguí hacerme una idea más exacta de lo que iba a ser el Metro. Me di cuenta de que el trabajo era muy parecido al que se realizaba en las minas donde trabajé en mi juventud. En cuanto a Bulganin, sufrió un ataque de ciática que le tuvo mucho tiempo postrado en cama; así pues, todo el trabajo de supervisión del Metro recayó sobre mí. Empecé a enviar informes regulares a Kaganovich sobre nuestros progresos, y en todos ellos subrayaba que no disponíamos del personal técnico necesario para hacer el trabajo rápida y adecuadamente. Ante mi insistencia, empezamos a buscar ingenieros de minas experimentados para que dirigiesen el trabajo en los pozos.

Por entonces surgieron dificultades en la industria del carbón del Donbass. No se podía producir carbón con la velocidad necesaria para cubrir la creciente demanda del país. Molotov fue enviado al Donbass para estudiar la situación. No pudo hacer gran cosa porque no sabía ni palabra de minería. Yegor Trofimovich Abakumov estaba al frente de los trabajos en el Donbass. Nuestra amistad databa de los tiempos en que trabajábamos juntos en el mismo pozo en 1912; tras la guerra civil yo había sido su lugarteniente. Era un buen administrador y era tenida en cuenta su amplia experiencia en las minas. Molotov envió un informe al Politburó recomendando que relevásemos a Abakumov de su cargo en el Donbass. Kaganovich me llamó y me habló de ello.

—¿Conoces a ese Abakumov?

—Sí, le conozco muy bien.

—¿Qué te parecería si nombrásemos a Abakumov director adjunto de las obras del Metro, a las órdenes de Roter?

—No lo encontraríamos mejor —contesté—. Sería un excelente director.

—No he dicho eso —interrumpió acremente—. Ya tenemos a Roter como director.

Así pues, nos enviaron a Abakumov. Cuando llegó, mi trabajo resultó más fácil. Nos conocíamos y confiábamos el uno en el otro. Inmediatamente empezamos a reclutar ingenieros de minas con experiencia.

Un buen día, Kaganovich me preguntó:

—¿Qué te parecería si te nombrásemos a ti jefe de los trabajos de construcción del Metro?

—No quisiera.

—¿Por qué no? Has demostrado poseer la capacidad y la experiencia necesarias. Francamente, nosotros hemos empezado ya a considerarte como director de los trabajos que se están realizando. ¿Cuál sería la diferencia si te lo encargáramos oficialmente?

—Si es eso lo que habéis decidido —contesté—, haré cuanto esté a mi alcance para justificar vuestra confianza en mí. Lo único que pido es que me relevéis de mis obligaciones como secretario del Comité de la ciudad. Me sería imposible desempeñar ambos cargos a la vez.

—¡Oh, no! Eso sí que no puede ser.

Más tarde supe que la idea de hacerme director de los trabajos de construcción del Metro había partido del propio Stalin. Kaganovich nunca me lo dijo, pero, al parecer, Stalin le había encargado que me sondease para ver si aceptaría el trabajo en el Metro además del que tenía en el Comité de la ciudad de Moscú. Pero cuando dije que no podría ocuparme de ambas cosas a la vez, se abandonó la idea.

Sin embargo, y aunque oficialmente seguí ocupando mi puesto en el Comité, dedicaba al Metro un ochenta por ciento de mi tiempo. Iba y venía al Comité por los túneles. Por las mañanas bajaba a un pozo cercano a mi domicilio y salía por otro que estaba muy próximo al edificio de las oficinas del Partido. Sería difícil para mí describir nuestras agotadoras jornadas de trabajo; dormíamos el mínimo posible a fin de poder consagrar todo nuestro tiempo a la causa.

Cierto día, vino a verme un joven ingeniero que trabajaba en la sección de planos y me presentó una idea que podría mejorar el Metro. Se llamaba Makovski. Al instante me agradó. Era vivaz y bien parecido: un miembro de la nueva generación de especialistas de nuestra era socialista. He aquí lo que dijo:

—Camarada Kruschef, estamos construyendo el Metro según el método llamado alemán o de trinchera abierta que, en mi opinión, es muy poco apropiado para una gran ciudad. Propongo que adoptemos el sistema inglés, de túneles cerrados. Tendremos que excavar a mayor profundidad y será algo más caro. Pero si tienes en cuenta la posibilidad de una guerra, verás que los túneles, con sus bóvedas reforzadas y sus muros con contrafuertes, constituirían un refugio antiaéreo excelente. Y el sistema inglés tiene otra ventaja más: no sería necesario seguir el trazado de las calles, sino que podríamos hacer túneles por debajo de los edificios. Aquí surge el problema de cómo bajar a los pasajeros hasta el metro y volverlos a subir. Pavel Pavlovich Roter nos ha dado ya ins-

Supervisando la construcción del Metro de Moscú en los años treinta.

En visita de inspección.

Luciendo su primera Orden de Lenin, ganada por su labor en la construcción del Metro de Moscú, Kruschef pronuncia un discurso ante un primitivo micrófono.

En una asamblea del Partido durante los años treinta.

trucciones para que construyamos ascensores, que también están previstos en el sistema alemán. Yo propongo, por el contrario, que se instalen escaleras mecánicas.

Confieso que era la primera vez que oía hablar de «escaleras mecánicas». Le pregunté en qué consistían. Me lo explicó, y traté de comprenderle lo mejor que pude, pues me parecía algo extremadamente complicado. Makovski dijo para terminar:

—Por favor, te ruego que medites mis proposiciones. Si lo deseas, puedo hacer un informe explicando exactamente lo que tengo en la mente. No obstante, te suplico que no le digas a Pavel Pavlovich que he venido a verte. Es muy celoso y muy rígido. He venido a exponerte esta idea sin su permiso, porque si le hubiese hablado primero a él no habría servido de nada. Es muy terco en sus opiniones y me habría rechazado casi sin oírme.

—Muy bien —asentí—, hablaré del asunto con el camarada Kaganovich y ya te comunicaré lo que hayamos decidido.

Hablé con Kaganovich. Se mostró seco:

—Pídele a ese Makovski que te dé más detalles acerca de sus escaleras mecánicas y verás cómo tenemos que construir ascensores. Tendríamos que encargarlas a Inglaterra o Alemania, y no podemos permitirnos el lujo de gastar nuestras reservas de oro en el extranjero, ni siquiera para el Metro.

Decidí convocar una reunión con Makovski y Pavel Pavlovich Roter para dejar la cuestión zanjada de una vez para siempre. También invité a otras personas. Traten de imaginar la escena: Makovski, joven, atractivo y de aspecto delicado; Roter, gordo y viejo, mirándole con el ceño fruncido como un gato a un ratón. Evidentemente, Makovski estaba muy nervioso, pero se desenvolvió muy bien. Argumentó que estábamos empleando un sistema anticuado y que el que él proponía era mucho más avanzado. Siguió poniendo a Inglaterra como ejemplo: la estación de Piccadilly —la mejor de Londres, justo en el centro del sector más aristocrático de la ciudad— estaba construida a gran profundidad y tenía escaleras mecánicas en vez de ascensores. Roter siguió escupiendo su desprecio, llamándole mequetrefe irresponsable. Pero Makovski había sabido expresarse. Cuando presentamos el informe al Comité Central, me puse de su parte. Roter seguía obstinado; estaba decidido a defender su postura hasta el fin. Kaganovich, que también estaba de parte de Makovski, encontraba la situación muy delicada, porque significaba que tendríamos que llevar el debate al Politburó. Roter presentaría su caso contra nosotros y cabía la posibilidad de que Stalin le apoyse. Sin embargo, no nos quedaba otra alternativa.

Roter presentó su informe en la reunión del Politburó y después nos tocó hablar a nosotros. Iniciamos nuestro alegato. En determinado punto, Roter exclamó:

—Lo que estáis proponiendo es demasiado costoso...

Pero Stalin le atajó secamente:

—Camarada Roter, es el Gobierno quien debe decidir si algo es demasiado costoso o no. Tu misión consiste en informarnos sobre lo que es técnicamente factible, no sobre lo que es financieramente posible. Ahora, dinos: ¿la proposición del joven ingeniero Makovski es técnicamente viable?

—Sí, pero resultaría demasiado caro.

—Acabo de decirte, camarada Roter, que será el Gobierno quien decida eso. Seguiremos adelante y aceptaremos el plan del camarada Makovski con túneles más profundos.

Yo estaba entusiasmado. Stalin volvía a dar muestras de su gran sabiduría y audacia. Había tenido en cuenta el importantísimo factor de la defensa civil y había decidido que, sobre tal base, los túneles merecían un gasto extra. Y en efecto, en la primera parte de la guerra, la comandancia de la ciudad estuvo situada en la estación de las Puertas Miasnitski y los túneles sirvieron de refugios antiaéreos.

En 1935, los ciudadanos de Moscú celebraron la terminación de la primera fase del Metro. Muchos recibieron recompensas del Gobierno. A mí me condecoraron con la Orden de Lenin, el primer honor de tal categoría que recibía. A Bulganin le concedieron la Orden de la Estrella Roja. Y el Metro recibió el nombre de Kaganovich. Entre los miembros del Politburó se había iniciado ya una carrera para ver quién podía «atribuirse» más fábricas, granjas colectivas, pueblos, etc. Tan deplorable práctica había nacido bajo Stalin y Kaganovich ya se había adherido a ella.

3

El terror

Colectivización

Lo que se conocería por el nombre de Gran Terror no empezó hasta 1935. Pero el uso del terror como principio para destruir la oposición al régimen había sido ya una de las características del bolchevismo desde que Lenin lo estableció formalmente en 1918. La colectivización (1928-33) fue la aplicación extensiva del terror al campo, y nadie sabe ni sabrá jamás cuántos millones de seres perecieron en tan insensata operación; años más tarde, el propio Stalin diría en una conversación con Winston Churchill que fue más crítica para la Unión Soviética que cualquiera de las peores circunstancias de la segunda Guerra Mundial. En 1933, cuando todo hubo terminado, la producción agrícola y la cabaña ganadera de la Unión Soviética se habían reducido a menos de la mitad. En vísperas de la invasión alemana de 1941 todavía no se habían recuperado los niveles de 1928, anteriores a la colectivización. Lo que da a este capítulo su fundamental interés es el hecho de que Kruschef reconozca por vez primera que «la colectivización que impuso Stalin no nos trajo más que miseria». Por espacio de casi cuarenta años, los dirigentes soviéticos y Kruschef entre ellos pretendieron que tal colectivización, a la que en su día se opusieron desesperadamente Bujarin y otros, había sido una operación necesaria y brillantemente lograda. En realidad fue una atrocidad de proporciones descomunales, cuyas consecuencias siguen perjudicando a la economía soviética.

La colectivización se inició un año antes de que me trasladaran de Ucrania, pero hasta que hube empezado a trabajar en Moscú no tuve ni sospecha de sus verdaderos efectos sobre la población rural... y pasarían muchos años antes de que pudiese comprender la magnitud del hambre y la represión que la acompañaron, tal como se llevó a cabo bajo el mandato de Stalin.

En 1930 pude vislumbrar por vez primera algo de la realidad, cuando el Buró de la célula del Partido en la Academia Industrial trató de librarse de mí enviándome al campo con una misión. La Academia patrocinaba la Granja Colectiva Stalin, en la región de Samara [después llamada Kuibichev], y yo tenía que entregar el dinero que habíamos recaudado para la compra de maquinaria agrícola. Me acompañaba otro estudiante de la academia, Sacha [Alexandr], Sdobnov. Era un buen camarada de los Urales. Algún tiempo después caería en la gran carnicería de 1937.

Pasamos tan sólo unos pocos días en la granja colectiva y nos espantaron las condiciones que allí encontramos. Los granjeros se morían de hambre. Convocamos una reunión para entregarles el dinero que les habíamos traído. Casi todos pertenecían a la población chuvach, por lo que tuvimos que dirigirnos a ellos a través de un intérprete. Cuando les dijimos que aquella suma estaba destinada a la adquisición de equipo agrícola, nos replicaron que no les interesaba la maquinaria: lo que querían era pan. Mendigaron, literalmente, que les diésemos de comer. A Sdobnov y a mí nos instalaron en la cabaña de una anciana viuda, tan pobre que no tenía nada que ofrecernos; tuvimos que compartir con ella los víveres que habíamos llevado para el viaje.

Yo no tenía ni idea de que las cosas estuviesen tan mal. En la Academia Industrial vivíamos bajo la ilusión, difundida por *Pravda,* de que la colectivización se estaba desarrollando sin tropiezos y de que en el campo todo iba perfectamente.

Entonces, y sin previo aviso, Stalin pronunció su famoso discurso «El vértigo del éxito», en el que arrojaba la culpa de los excesos de la colectivización sobre los miembros activos del Partido local [1]. Las mismas personas que habían estado llevándola a cabo con un fervor temerario y casi irracional se encontraron de pronto bajo el látigo de *Pravda.* Por entonces todos consideramos el discurso de Stalin como una obra maestra, como una dura acusación lanzada por el jefe del Partido contra los responsables de los excesos [2]. No obstante, recuerdo un pensamiento que me inquietaba: si en las granjas colectivas todo iba tan bien como nos había venido diciendo Stalin hasta entonces, ¿cuál era el motivo que le impulsaba a pronunciar «El vértigo del éxito» tan repentinamente?

La controversia sobre la colectivización provocó una rápida conmoción en la jefatura del Partido de Moscú. Bauman sustituyó a Uglanov, que se había opuesto

1. Pronunció el discurso el 2 de marzo de 1930. Stalin insistió en que sus instrucciones habían sido interpretadas equivocadamente. El maestro denunciaba a sus propios instrumentos por ejecutar sus órdenes.

2. «Por entonces, todos consideramos el discurso de Stalin como una obra maestra...» Pero, ¿quiénes eran «todos»? Stalin habló sin prevenir al Politburó ni al Comité Central. En realidad, el Comité Central hasta tuvo valor para protestar de que se le imputase el crimen de Stalin.

a la operación [3]. Bauman, que luego se vería implicado en la acusación de excesos, fue reemplazado por Molotov y éste a su vez por Kaganovich. Cuando Kaganovich se hallaba al frente de la organización de Moscú, empezó a correrse la voz de que había problemas en las granjas colectivas, aunque nunca pude imaginar que tales problemas consistiesen en levantamientos campesinos, ni que se enviasen fuerzas desde Moscú para reprimirlos.

Recuerdo que en 1932, cuando yo trabajaba en el Comité de la ciudad de Moscú, Kaganovich anunció que tenía que ir a Krasnodar para un asunto. Estuvo ausente una o dos semanas. El no nos lo dijo, pero más tarde se supo que había ido a aplastar una huelga —o «sabotaje», como se le llamó entonces— de cosacos del Kuban, que se negaban a cultivar sus tierras. Como resultado del viaje de Kaganovich, aldeas enteras de cosacos fueron deportadas a Siberia.

Uno de mis amigos era Veklichev, jefe del Directorio Político [«seguridad» de las fuerzas armadas] del Distrito Militar de Moscú. Me dijo que en toda Ucrania se estaban produciendo huelgas y sabotajes, y que había sido necesario movilizar a los soldados del Ejército Rojo para escardar la cosecha de remolacha azucarera. Me horroricé. Sabía, por mi propia experiencia agrícola, que la remolacha azucarera es muy delicada; es preciso escardarla en el momento adecuado y con el mayor cuidado. No se podía esperar que los soldados del Ejército Rojo, la mayoría de los cuales no habían visto una remolacha en su vida ni maldito lo que les importaba, supiesen hacerlo como es debido. Naturalmente, la cosecha se perdió.

Así pues, corrió el rumor de que había hambre en Ucrania. Yo no podía creerlo. Había salido de allí en 1929, sólo tres años antes, cuando Ucrania acababa de alcanzar el nivel de vida anterior a la guerra. Había comida bundante y barata. Y ahora nos decían que el pueblo se moría de hambre. Increíble.

Tan sólo varios años más tarde, cuando Anastas Ivanovich Mikoyan me contó la siguiente historia, pude comprender lo mal que habían ido las cosas en Ucrania en los primeros años treinta. Mikoyan me dijo que el camarada Demchenko, a la sazón primer secretario del Comité regional de Kiev, había ido a verle a Moscú.

He aquí lo que dijo:

—Anastas Ivanovich, ¿sabe el camarada Stalin, o, al menos, sabe alguien en el Politburó, lo que está pasando en Ucrania? Bueno, pues si nadie lo sabe, yo te daré una idea. Hace poco llegó a Kiev un tren cargado de cadáveres de gente

3. La colectivización fue el objetivo contra el que libraron los «derechistas», y sobre todo Bujarin, su última batalla. Resulta irónico que Trotski y los «izquierdistas» fuesen los primeros en propugnar la colectivización y que Stalin se mostrase entonces opuesto a ella. Molotov ostentó la jefatura del Partido de Moscú desde 1928 hasta 1930, en que fue nombrado primer ministro.

que había muerto de hambre. Recogidos todos en el trayecto de Poltava hasta Kiev. Creo que alguien debería informar a Stalin sobre la situación.

De este incidente se desprende que en el Partido se había producido ya un estado de cosas anormal, puesto que alguien como Demchenko, miembro del Politburó ucraniano, temía ir a ver a Stalin personalmente. Habíamos entrado en la época en que la jefatura colectiva estaba en manos de un solo hombre, ante el que todos temblaban. Demchenko decidió contarle a Mikoyan lo que estaba pasando en Ucrania porque sabía que Mikoyan estaba muy próximo a Stalin y, por lo tanto, podría hacer algo. Los miembros activos del Partido de aquellos días solían referirse a Stalin, Ordzhonikidze y Mikoyan como la camarilla caucasiana. Yo, por mi parte, siempre he sentido gran estima por Anastas Ivanovich Mikoyan. Todos tenemos nuestros defectos e, indudablemente, Anastas Ivanovich tiene los suyos, pero es un camarada honrado, inteligente y capaz que ha prestado una gran ayuda al Partido y al Estado.

Sholojov describió las condiciones existentes durante la colectivización en *Tierras vírgenes no roturadas*. El novelista escribió su libro aún en vida de Stalin, por lo que tuvo que limitarse a reflejar la colectivización según la interpretación estaliniana. Cuando se conoció el fracaso, nos enseñaron a echar la culpa de lo que estaba sucediendo a los kulaks intrigantes, a los derechistas, trotskistas y zinovievistas. Siempre teníamos a mano la explicación del sabotaje contrarrevolucionario.

Pero ahora que se han expuesto a la luz los abusos de poder de Stalin, necesitaremos analizar más objetivamente la colectivización si queremos llegar a comprender lo que pasó en realidad. Tal vez no sepamos nunca cuántas personas perecieron directamente como resultado de la colectivización o, indirectamente, a causa del empeño de Stalin por culpar de su fracaso a otros. Pero hay dos cosas muy ciertas: primera, que la colectivización que impuso no nos trajo más que miseria y brutalidad; y segunda, que en aquella época Stalin desempeñaba un papel decisivo en la dirección de nuestro país. Ya se había destituido a Rikov, Bujarin, Zinoviev y Kamenev de sus cargos, y Trotski se hallaba en el exilio. Por lo tanto, si buscamos a alguien sobre quien descargar toda la responsabilidad, no hallaremos más que los hombros del propio Stalin.

Pero esto lo vemos ahora. Entonces no conocíamos la verdad. Seguíamos creyendo en Stalin y confiábamos en él.

Los años de purgas

Nos hallamos ahora ante un relato inevitablemente discriminatorio y distorsionado del período más terrible de toda la historia de la Unión Soviética. A diferencia de Molotov y Malenkov, Kruschef no estuvo envuelto activamente en

los horrores de los años de purgas hasta que se le envió a Ucrania en 1938, para dar fin allí a la gran purga antes de reconstruir la trastornada máquina del Partido. Pero sabía muy bien lo que estaba pasando; los fusilamientos de sus colegas superiores le beneficiaron directamente, y dice lo bastante (en el asunto de Yaroslavski) como para dar a entender que, al igual que los demás funcionarios de alto rango del Partido, llevó a cabo personalmente actos más que reprobables, incluso antes de llegar a Kiev. Podría compararse este capítulo con los pasajes del Discurso Secreto que tratan de la detención, tortura y ejecución de hombres totalmente inocentes de los cargos que se les imputaban —aunque en otros aspectos ciertamente no lo fuesen—. Occidente conoció la espantosa historia con toda clase de detalles, pero hasta el Discurso Secreto no había sido confirmada por fuentes oficiales soviéticas. Aun así, es preciso recordar que Kruschef no da ni remota idea de las monstruosas proporciones de la carnicería. Además, limitó sus revelaciones a los crímenes que cometiera Stalin contra el Partido y el ejército: no dice una sola palabra relativa a los efectos del terror sobre cientos de miles de no comunistas y de comunistas ordinarios. En pocas palabras: habla extensamente de los crímenes de Stalin contra el Partido pero no de sus crímenes contra el pueblo soviético en conjunto. Usualmente se estima la cifra de miembros del Partido detenidos en cerca de un millón. Y los ciudadanos no comunistas igualmente arrestados alcanzaban por lo menos siete veces ese número. Hay que señalar que la tortura de los prisioneros sometidos a interrogatorio (aparte de los puntapiés o puñetazos espontáneos y similares) estuvo prohibida legalmente hasta 1937. A principios de 1937 o finales de 1936 se promulgaron instrucciones secretas para que se introdujera la tortura. El Comité Central la aprobó finalmente en 1939. (The Great Terror, *de Robert Conquest, es con mucho el mejor estudio y el más completo sobre las purgas en conjunto, y resulta esencial para una perfecta comprensión. Tal vez el relato más revelador de lo que significaba ser miembro del Partido envuelto en una purga sea* Into the Whirlwind, *de Yevguenia S. Guinzburg.)*

PARA hacer un análisis objetivo y concentrado del aspecto negativo de Stalin habré de decir algo acerca de la práctica que instituyó, consistente en tachar despiadadamente a los miembros del Partido de enemigos del pueblo, con el fin de llevarlos a juicio y eliminarlos. Nuestro Partido sufre todavía los daños que ocasionaron las purgas. Las actitudes que inculcó Stalin en las mentes de muchos miembros dejaron una especie de costra en la conciencia de muchas personas, especialmente las más limitadas y obtusas. Todavía hoy pueden hallarse algunas que creen que el método de Stalin era el único apropiado para construir el socialismo y hacer cosas efectivas en nuestro país. A mi modo de ver, el decir

que la gente no trabaja si no tiene a alguien blandiendo un látigo sobre su cabeza es reflejo de una mentalidad sumamente primitiva y servil. Quienquiera que crea en la psicología de una sociedad esclava —esto es, que es preciso mantener al pueblo sujeto por la fuerza o, de lo contrario, se rebelará— estará persuadido de que la represión que infligió Stalin al pueblo soviético era históricamente inevitable. Pero yo creo que semejante pretensión es un absurdo. Lo que es más: contradice uno de los dogmas básicos de nuestra doctrina marxista-leninista, a saber, que es el pueblo quien hace la historia y no un solo personaje investido de poder. Fue el caudillaje racional de Lenin y no su látigo el que hizo estallar la Revolución de Octubre. El pueblo le siguió porque creía en él, no porque le temiese. Lenin unificó y enarboló las aspiraciones del pueblo. Stalin trató de reducir a la obediencia al pueblo y al Partido por medio de la fuerza.

Todo empezó una tarde de 1934. Sonó el teléfono y lo tomé. Era Kaganovich:

—Te llamo desde el Politburó. Vente inmediatamente; es urgente.

Fui derecho al Kremlin, donde me esperaba Kaganovich. Su aspecto no presagiaba nada bueno; inmediatamente me puse en guardia, preparado para oír lo que fuese. «¿Qué habrá pasado?», pensé para mí.

—Se ha producido una terrible tragedia —dijo—. Han asesinado a Kirov en Leningrado. Luego te daré más detalles; el Politburó está ahora ocupándose del asunto. Vamos a reunir una delegación para que acuda allá: Stalin, Vorochilov y Molotov más sesenta representantes del Partido de Moscú y de la clase obrera moscovita. Tú la encabezarás. Esta delegación formará la guardia de honor y dará escolta al cuerpo de Kirov hasta Moscú.

—Muy bien.

Me dirigí al Comité de Moscú, reuní la delegación y salí hacia Leningrado aquella misma noche. No pude ver a Stalin, Vorochilov ni Molotov. Viajaban aparte en vagones especiales. Me pareció que toda la ciudad de Leningrado estaba de luto, aunque es probable que tan sólo estuviese proyectando mi propio estado de ánimo sobre todos los demás.

No sabíamos absolutamente nada acerca de lo que había sucedido. Sólo sabíamos que el asesino de Kirov era alguien llamado Nikolaiev y que había sido expulsado del Partido por tomar parte en la oposición trotskista, lo cual indicaba que los trotskistas estaban detrás del asunto. Todos nos sentíamos ultrajados y ardíamos en indignación [4].

4. S. M. Kirov, a quien ya se ha hecho referencia en el capítulo 2, devoto estalinista, se había forjado una posición muy sólida en la jefatura del Partido de Leningrado como sucesor de Zinoviev. Tras ayudar a Stalin a derrotar a la oposición, apuntó la idea de que era necesario y deseable establecer una política de venganza y persecución, sin detenerse ni siquiera ante el asesinato. Entre los hombres que rodeaban a Stalin era el único que podía decir lo que pensaba, y los demás veían en él otro dirigente de la misma talla. El 1 de diciembre de

No recuerdo cuánto tiempo estuvimos en Leningrado —unos dos o tres días, me parece—. Nos turnamos para montar la guardia de honor en torno al féretro mientras el pueblo de Leningrado daba el último adiós al cuerpo de Serguei Mironovich. Pude advertir que Kaganovich estaba muy afectado: casi diría asustado, pero no puedo decir qué sentían los demás dirigentes respecto a la muerte de Kirov. Observé atentamente a Stalin mientras hacíamos la guardia. Poseía un enorme autodominio y su rostro aparecía absolutamente impenetrable. Ni siquiera se me ocurrió pensar que tal vez tuviese en su mente otros pensamientos aparte de la muerte de Kirov.

Parte de mi trabajo como secretario del Comité de Moscú consistía en supervisar las actividades de la oficina moscovita de la NKVD. Era jefe de aquella oficina el camarada Redens [5], cuñado de Stalin y polaco de nacionalidad. Era un buen camarada y había pertenecido al Partido desde 1914. Más tarde Stalin le haría fusilar. Supe por el camarada Redens que el funcionamiento de la NKVD había cambiado drásticamente después del asesinato de Kirov.

Antes de él, la Cheka casi nunca recurría a los procedimientos administrativos para habérselas con el pueblo, y entiendo por procedimientos administrativos la detención y el juicio. Sólo se empleaban para los casos que implicasen actividades de carácter abiertamente antisoviético [6]. Por ejemplo, siempre habíamos tratado de resolver las huelgas y paros en Moscú yendo a las fábricas o barracas para explicar a los trabajadores que teníamos que elevar nuestras cuotas de pro-

---

1934, cuando se hallaba en su oficina, disparó sobre él un ex-bolchevique descontento, L. Nikolaiev, que había sido expulsado del Partido no por trotskista, como dice Kruschef, sino por haberse rebelado contra la burocracia. Kirov tuvo un funeral oficial con todos los honores, y Stalin pareció muy afectado. Sin embargo, muchos creyeron que era él quien estaba tras el crimen: ciertamente, Nikolaiev no actuó por cuenta de ninguna facción oposicionista. Más tarde, en 1938, se acusó de haber facilitado el asesinato al jefe de policía depuesto, Yagoda, durante su juicio. En su Discurso Secreto y más adelante, el propio Kruschef sugirió que Stalin había instigado el crimen, y prometió llevar a cabo una investigación. Nunca se ha sabido si se efectuó. El asesinato de Kirov desencadenó la gran purga que, iniciada en Leningrado, se fue extendiendo bajo sucesivos jefes de policía hasta sumir en el terror a todo el país; la población superviviente quedó reducida a un estado de apatía atemorizada y casi animal.

5. Redens estaba casado con una tía de Svetlana Alliluieva. Muy activo en los años de purga, desapareció cuando Beria tomó el control de la NKVD en 1939.

6. Ya antes del asesinato de Kirov hubo muchas detenciones, con o sin juicio: el término de «actividad antisoviética» era muy amplio. Pero la unidad del Partido era un concepto sagrado, y hasta que murió Kirov no era un crimen que sus miembros disintieran en el presente o en el pasado, siquiera fuese parcialmente, de la ortodoxia estaliniana.

La NKVD o Comisaría del pueblo para Asuntos Internos quedó establecida en julio de 1934 absorbiendo a la GPU, establecida a su vez por Lenin en 1921 para absorber a la Cheka, también obra de Lenin. (Ver apéndice 2.)

ducción para superar a los enemigos. Los trabajadores, reclutados en los pueblos, vivían en condiciones indescriptibles: basura, chinches, cucarachas, mala alimentación y peores vestidos. Su descontento se agravó cuando se revisaron sus convenios colectivos sobre normas de rendimiento en favor del Estado. Nos sentábamos con ellos y tratábamos de explicarles que, a veces, el interés del Estado está por encima del de los individuos. Por lo general, los trabajadores eran muy comprensivos y se mostraban dispuestos a volver al trabajo aunque se elevasen las cuotas de producción en un diez o quince por ciento mientras los salarios seguían igual que antes. Si determinados individuos se negaban a adaptarse a las condiciones necesarias, el Partido les denunciaba abiertamente. Pero casi siempre evitábamos usar procedimientos administrativos contra ellos.

Y de pronto, con el asesinato de Kirov, todo cambió. Redens me dijo que había recibido instrucciones para «purgar» Moscú. Indudablemente, Moscú necesitaba un buen purgante. Sufría un atasco de elementos indeseables: ociosos, parásitos y oportunistas. Se redactó una lista de las personas que deberían ser desterradas de la ciudad. No sé a dónde las enviaron: nunca lo pregunté. Seguíamos la norma de que si no nos decían una cosa era porque no nos concernía; era asunto del Estado y cuanto menos supiéramos de ello, mejor. De todos modos, la deportación de Moscú de elementos criminales fue la primera fase de la represión que empezó tras el asesinato de Kirov [7].

Pronto se inició el terror político. Yo sólo tuve una visión fugaz y accidental de sus procedimientos internos.

Mientras se desarrollaba el juicio de los oposicionistas de Leningrado, Kaganovich y Sergo Ordzhonikidze quedaron encargados de sustituir a Stalin y a Molotov siempre que se ausentasen de Moscú. Cierto día acudí a las oficinas del Comité Central para hablar con Kaganovich sobre un asunto relativo a la administración de la ciudad. Cuando le informaron de que estaba allí, me hizo pasar a su despacho. Con él estaban Sergo Ordzhonikidze y Demian Bedni. Discutían sobre el juicio de los oposicionistas y su presentación en la prensa. Se iba a publicar una serie de artículos condenatorios a fin de preparar la opinión pública para las duras sentencias que, en realidad, ya estaban decididas.

Recuerdo la escena muy bien. Sergo y Kaganovich preguntaban a Demian Bedni:

—Bueno, camarada Demian, ¿has escrito algún poema que pueda servirnos?

—Sí —respondió éste, y lo recitó.

Cuando acabó se produjo una pausa embarazosa, Kaganovich fue el primero en hablar:

7. La primera fase de la represión que empezó tras el asesinato de Kirov consistió en una oleada de detenciones políticas en la propia Leningrado. Lo que Kruschef llama «elementos criminales» de Moscú no tenían nada que ver en aquel caso.

—No es eso precisamente lo que pensamos, camarada Demian.

Sergo, de temperamento exaltado, no se anduvo por las ramas. Exhortó calurosamente a Demian para que lo hiciera mejor. Demian Bedni era un hombre obeso y estaba completamente calvo. Su cabeza parecía un enorme caldero de cobre. Les miró con sus ojos bonachones y replicó:

—Me temo que no podré hacer nada mejor. Por más que lo he intentado, esto es lo único que he podido sacar. Sencillamente, no puedo alzar la mano contra los oposicionistas. No, no puedo hacerlo. Me siento impotente contra ellos.

En realidad utilizó otra expresión más cruda y varonil.

No sé si se llegó a publicar lo que escribió Demian. Evidentemente, no estaba convencido de que los oposicionistas fuesen criminales. Esa era la razón de que no pudiese reunir en su poema la inspiración y el espíritu del Partido. No estaba seguro de que se tratase de enemigos. Naturalmente, mi propia actitud estaba de parte de Kaganovich, esto es, de parte de Stalin. Por lo tanto, miré a Demian con desaprobación. Pero hoy comprendo por qué tenía sus dudas [8].

La violencia que se desencadenó poco después de la escena que presencié en la oficina de Kaganovich aplastó a la flor y nata del Partido. Muchos de los primitivos dirigentes del Partido y del país fueron exterminados. ¿Dónde estaban los hombres como Molotov, Kaganovich, Vorochilov o Mikoyan cuando Zinoviev, Kamenev, Trotski, Bujarin y Rikov gobernaban al país? Se purgó a casi todos los componentes del Politburó que se hallaba en ejercicio al sobrevenir la muerte de Lenin. Así, por ejemplo, Zinoviev y Kamenev, eliminados como cabecillas de la oposición: durante la Revolución cometieron ciertos errores; todo el mundo lo sabe. Pero también se sabe algo más. Después que hubieron reconocido sus errores, el propio Lenin los atrajo a los puestos dirigentes. Junto a él, Zinoviev y Kamenev habían guiado sabiamente el Partido. Cuando el Gobierno se trasladó desde Leningrado a Moscú, Zinoviev permaneció allá. Se le confió la supervisión de nuestra antigua capital, la más revolucionaria de nuestras ciudades, la que alzó la bandera de la insurrección en la Revolución de Octubre. Y a Kamenev se le entregó Moscú. ¡Y sin embargo se acusaba a esos hombres de criminales y serían eliminados como enemigos del pueblo!

La purga estaliniana del Partido pasó de los oposicionistas, en 1936, a los derechistas, en 1938, cuando se llevó a juicio a Rikov, Bujarin y a otros jefes del Partido y del pueblo. Aquellos hombres sí que merecían el calificativo de dirigentes. Como Rikov, por ejemplo: fue nombrado presidente del Consejo de comisarios del pueblo tras la muerte de Lenin. A los ojos del Partido era un hombre de

8. Es posible que D. Bedni, versificador a sueldo, tuviese entonces sus dudas. Sin embargo pronto las superó y escribió una serie de poemas nauseabundos vilipendiando a los acusados (incluyendo a las principales víctimas de la purga del Ejército Rojo) y pidiendo castigos atroces.

mérito y un digno representante del poder soviético. Aun así, fue fusilado. En cuanto a Bujarin, Lenin le llamaba «nuestro Bujarchik», y su *A-B-C del comunismo* fue un compendio de ciencia marxista-leninista para toda una generación. También él fue juzgado y eliminado [9].

Durante aquel período el Partido empezó a perder autoridad y a subordinarse a la NKVD. Recuerdo la siguiente situación en la Conferencia de Moscú de 1937: todos los candidatos nombrados para los comités regional y de la ciudad de Moscú necesitaban el apoyo y la «sanción» de la NKVD. Ni el Comité Central ni el propio Partido podían promover sus propios miembros. Era la NKVD quien decía la última palabra al evaluar las actividades de cualquiera de

9. Establezcamos la cronología principal: mientra la purga tomaba fuerzas en 1935, Stalin preparaba el primer juicio espectacular, al que hace referencia Kruschef como juicio de los oposicionistas de Leningrado. Su instrumento fue G. G. Yagoda, jefe de la NKVD y que había instaurado el sistema soviético de trabajos forzados. Aquel juicio, celebrado en agosto de 1936, se llamó oficialmente Juicio del Centro terrorista Trotski-Zinoviev, y terminó con el fusilamiento de los más íntimos colaboradores de Lenin, G. E. Zinoviev y L. B. Kamenev, junto con otras catorce personas.

Inmediatamente después se destituyó a Yagoda por falta de celo y se designó para sustituirle a N. Yezhov, un caso patológico, un enano, con el que había trabajado Kruschef en el Comité de Moscú. Bajo Yezhov, la purga alcanzó un ritmo febril y el terror se hizo universal. El segundo gran juicio, preparado por él, tuvo lugar en enero de 1937 y se designó con el nombre de Juicio del Centro antisoviético trotskista. Kruschef apenas lo menciona. Las principales víctimas fueron G. L. Piatakov, protegido de Lenin y a quien anteriormente se había presionado para que pidiese la pena de muerte para Zinoviev; G. Sokolnikov, miembro del primer Politburó de Lenin; K. Radek, el brillante periodista, y otros catorce.

El tercer gran juicio por traición, y el más espectacular, se desarrolló en marzo de 1938, y también lo preparó Yezhov. Fue el juicio del bloque anti-soviético de derechistas y trotskistas. Hubo veintiún acusados, encabezados esta vez por el propio Bujarin, Rikov, sucesor de Lenin en el cargo de primer ministro de la Unión Soviética, y Yagoda, predecesor de Yezhov en la jefatura de la NKVD.

En todos los juicios se acusó a los reos de conspirar contra la vida de Stalin, de ser agentes de los servicios de inteligencia extranjeros y de otras muchas cosas.

En el verano de 1937, entre los juicios de 1937 y 1938, tuvo lugar el juicio secreto y ejecución de la flor y nata del alto mando del Ejército Rojo, con el mariscal Tujachevski, subcomisario del pueblo para la Defensa, a la cabeza. Tal acto precedió a la liquidación secreta de casi la mitad de todo el cuerpo de oficiales.

La purga continuó cada vez más enloquecida hasta finales de 1938, cuando le tocó a Yezhov desaparecer. Le sucedió Laurenti Pavlovich Beria, jefe de la NKVD de Georgia, cuya primera tarea consistió en purgar a los purgadores (saldando de paso algunas viejas cuentas personales). La gran masa de víctimas, entre ellas muchos de los más fervientes estalinistas con alto cargos, que se habían entregado entusiásticamente a las primeras purgas, fue detenida, torturada y fusilada sin juicio y sin publicidad. Simplemente desaparecieron de la escena. Kruschef estuvo al frente de la organización del Partido en Moscú mientras duró la marea de sangre y hasta entero de 1938, año en que marchó a gobernar Ucrania. En el Politburó alcanzó la altura de un *Yezhovshchina*.

ellos y quien decidía si se le podía elegir o no para los puestos clave. Nos habían enseñado a creer que semejante práctica era de gran utilidad para descubrir a los enemigos que se hubiesen infiltrado en las organizaciones superiores del Partido. Recuerdo un incidente en especial que se produjo durante aquella misma Conferencia de 1937: había un comisario de la Academia Militar de Frunze que, en opinión del Comité del Partido de Moscú, era un buen comunista y buen camarada. Cuando se anunció la inclusión de su nombre en las papeletas, los delegados se mostraron claramente entusiasmados con su candidatura; un cerrado aplauso saludó su nominación. Inesperadamente llegó un mensaje de la NKVD: «Hagan todo lo posible para derrotar a ese hombre. No es digno de confianza. Está relacionado con enemigos del pueblo y será detenido.» Obedecimos y anulamos su candidatura, pero fue una triste experiencia para todos los candidatos. A la noche siguiente estaba detenido.

El caso de Emelian Yaroslavski fue muy semejante [10]. Era un antiguo bolchevique muy respetado en el Partido y secretario del Colegio de la Comisión Central de Control, lo cual significa que se le consideraba por encima de cualquier reproche. Se le designó candidato para el Comité regional de Moscú. Entonces recibí una llamada en la que se me dijo que era preciso derribarle. Personalmente, la orden me resultaba muy dura, pero tenía que obedecer. Hice correr la voz a los demás secretarios del Comité regional para promover una campaña de agitación contra Yaroslavski entre los delegados, pero sin que llegase a oídos de él. Era ya demasiado tarde: a pesar de nuestra actividad, había sido elegido por apenas un voto de margen. Acabada la conferencia, la camarada Zemliachka, por quien yo sentía gran respeto, llegó hasta a escribir una carta al Comité Central acusándome, como secretario del Comité de la ciudad de Moscú, de la falta de respeto mostrada hacia Yaroslavski durante la conferencia. Como es lógico, yo no podía explicarle que me había limitado a cumplir órdenes. Y, naturalmente, su carta no surtió efecto alguno.

Lo que pretendo señalar con estos relatos es que, al tener que llevar a cabo todo ascenso o traslado de personal según las directrices de la NKVD, el Partido había perdido su función dirigente. Fue vergonzoso [11].

Yo conocí personalmente a muchas víctimas del terror político: a algunas, en mis viejos tiempos en el Donbass. Como a Ivan Tarasovich Kirilkin, por ejemplo. Fue administrador de las minas Ruchenkov en 1925-26 y, más tarde, director de las fábricas metalúrgicas Makeiev, cargo que desempeñó con suma

10. E. Yaroslavski alcanzó notoriedad como jefe de la Liga de Militantes Ateos, vanguardia del ataque bolchevique a la religión.

11. A efectos prácticos, el partido bolchevique había sido destruido ya en 1937. Sólo quedaban Stalin, su jefe de policía del momento y sus colaboradores más íntimos, entre ellos Kruschef.

competencia. También estaba Vasili Bazulin: hizo un excelente trabajo en la supervisión de una factoría cercana a Yuzovka. Ambos murieron en 1937; desaparecieron de la faz de la tierra sin dejar rastro. Nadie pudo decirme qué había sido de ellos, e ignoro cuántos ingenieros y directores de fábricas perecieron de la misma forma. En aquellos días era bastante fácil deshacerse de alguien si no le agradaba a uno: todo lo que había que hacer era presentar un informe denunciándole como enemigo del pueblo. La organización local del Partido leería el informe, se golpearía el pecho llena de justa indignación y se encargaría del sujeto.

También conocí a Treivas [12]. En los años veinte su nombre había sido muy conocido como figura prominente de la Liga Lenin de la Juventud Comunista [Komsomol]. Se trataba de un hombre inteligente, capaz y honrado. Le conocí a través de la organización de Moscú, ya que trabajamos juntos seis meses en el distrito de Bauman. En cierta ocasión, Kaganovich me llamó aparte y me advirtió que había un punto negro en el historial político de Treivas. Al parecer, había formado parte de la llamada Liga Juvenil Noventa y Tres, la que firmó una declaración apoyando a Trotski. Su fin fue trágico. Cuando Stalin propuso que los secretarios del comité regional visitasen e inspeccionasen las cárceles de la Cheka en sus zonas respectivas, hallé a Treivas preso en una de ellas. Cuando, en 1937, empezó la gran carnicería, no pudo escapar a ella.

A veces se oye mencionar el nombre de Lomov por la radio, indicando que Lenin le dio instrucciones para hacer esto o aquello. ¿Dónde está ahora ese Lomov? Le conocí muy bien; le veía con frecuencia cuando trabajaba en el Donbass tras la guerra civil. Estaba encargado de la producción de carbón en Ucrania, y solía verle a menudo en su oficina de Jarkov. El Partido le respetaba mucho, como hombre cuyo historial se remontaba a los días de las primeras etapas prerrevolucionarias. Pero aún se me preguntará: ¿dónde está ahora Lomov? La respuesta es... ¡fusilado! Se acabó Lomov [13].

La frenética cacería no se detuvo ni ante los hombres más próximos a Stalin. Veamos la suerte de Ordzhonikidze [14]. El camarada Sergo, como solíamos llamarle, era una figura popular. Gozaba en el Partido de un respeto bien ganado.

12. Kirilkin, Bazulin y Treivas fueron figuras secundarias que compartieron la suerte de otros miles de personas iguales a ellos.

13. G. I. Lomov (realmente llamado Oppokov) era miembro de la Comisión de Control del Consejo de comisarios del pueblo de la Unión Soviética. Fue detenido y fusilado por orden de Molotov.

14. «Sergo» Ordzhonikidze, que había sido íntimo amigo de Stalin, desaprobaba sus excesos y discutió personalmente con su amo. Inmediatamente después murió en circunstancias que aún hoy siguen siendo un misterio. No fue formalmente ejecutado y recibió honras fúnebres. En su Discurso Secreto, Kruschef dijo que se le había obligado a suicidarse. Pero hasta la fecha nadie sabe con exactitud qué fue lo que ocurrió.

Los tres caucasianos —Stalin, Mikoyan y Sergo— fueron inseparables por espacio de muchos años. Pero aunque Stalin y Sergo fuesen caucasianos y antiguos bolcheviques, no se parecían en nada. A pesar de su temperamento explosivo, Sergo era hombre de carácter caballeroso, muy querido por su accesibilidad, su humanidad y su sentido de la justicia. Sergo nunca aprobó la carnicería que estaba teniendo lugar en el Partido. Recuerdo, por ejemplo, su gran respeto y simpatía por Lominadze [15]. Hasta llegó a visitarme en el Comité de Moscú para preguntar, con su marcado acento georgiano, si yo querría intervenir en favor suyo. Le contesté que no podía hacer gran cosa, ya que Lominadze era un oposicionista activo que había dado al Partido amplios motivos para su denuncia. Sergo insistió en que hiciese lo que estuviera en mi mano para que le dejasen en paz. Sin embargo, y a pesar de todos sus esfuerzos, se siguieron acumulando las acusaciones contra pretendidos enemigos del pueblo. Finalmente, Sergo no lo pudo soportar más. A principios de 1937 se pegó un tiro. Pasaron muchos años antes de que descubriese la verdadera historia que había detrás de su muerte, ya que Stalin supo echar tierra al asunto con mucha astucia. Recibí la primera noticia sobre la muerte de Sergo cuando Abel Sofrenovich Yenukidze [16] me llamó en mi día libre y me dijo:

—Camara Kruschef, vente a mi oficina ahora mismo; es urgente.

Corrí al Kremlin y pregunté:

—¿Qué sucede, Abel Sofrenovich?

—Sergo ha muerto.

—¿Cómo? Acabo de verle hace un rato...

—Murió repentinamente. Tal vez no supieras que estaba muy enfermo. El Gobierno ha designado una comisión para disponer los funerales, y tú formarás parte de ella.

Se siguieron todos los procedimientos de un funeral estatal adecuadamente solemne. Yo pronuncié el elogio fúnebre en nombre del Comité de Moscú durante la ceremonia en el mausoleo de Lenin. Lamentaba sinceramente la muerte de Sergo. Siempre había sido especialmente afable conmigo y su paternal protección me reportó grandes beneficios.

No supe que se había suicidado hasta la época de la guerra; me encontraba cenando con Stalin y otros camaradas cuando alguien sacó a colación el tema de Sergo; comenté:

15. V. V. Lominadze, uno de los primeros partidarios de Stalin y de mente más independiente que la mayoría, fue mencionado como conspirador en el primer juicio y en el tercero.

16. A. S. Yenukidze, otro georgiano, era un estalinista que, al igual que Kirov y Ordhonikidze, se opuso a la creciente brutalidad de Stalin. Dado que en 1935 se le depuso de sus cargos y se le proscribió, es difícil creer que esta conversación tuviese lugar.

—¡Sergo! Ese sí que fue un hombre; lástima que muriese tan prematuramente. ¡Qué gran pérdida!

Siguió un silencio embarazoso. Intuí que había dicho algo equivocado. Cuando nos marchábamos, pregunté a Malenkov:

—¿Qué es lo que dije que no debiera haber dicho?

—¿No lo sabes?

—No.

—¿Es que crees que Sergo murió de muerte natural? ¿No sabes que se pegó un tiro? Stalin jamás te lo perdonará. Ya has visto qué situación tan tirante se produjo cuando mencionaste el nombre de Sergo. Fue una lamentable imprudencia por tu parte.

Por supuesto que, cuando Sergo murió, tampoco Malenkov sabía nada del suicidio. No estaba tan cercano a Stalin como yo. Lo supo indirectamente.

Cuando murió Stalin, Anastas Ivanovich Mikoyan, que había sido muy amigo de Sergo, me dijo que había estado charlando con él la misma víspera del suicidio. La tarde del sábado habían paseado juntos por los alrededores del Kremlin. Sergo dijo a Anastas Ivanovich que no podía continuar viviendo. Le era imposible tolerar lo que estaba haciendo Stalin con el Partido y ya no tenía fuerzas para seguir luchando. Al día siguiente, domingo, se mató. El camarada Sergo era un hombre especialmente honorable.

Poco después del suicidio, Stalin arremetió contra la Vieja Guardia del Ejército Rojo. No puedo enumerar todos los generales que eliminó, pero me gustaría destacar a unos cuantos.

El arresto de Tujachevski llegó como un trueno en un cielo azul. Era un brillante subcomisario del pueblo para la Defensa. A los veintiséis años de edad había estado al mando del frente occidental en la guerra civil. Lenin le confió la operación Kronstadt, así como las operaciones contra Antonov y Kolchak. Cuando fue ejecutado le rodeaba una banda de cacareadores que habían tenido relación con él durante la guerra civil: hombres que no le llegaban al tobillo, ni mucho menos a la rodilla. Empezaron a dar de puntapiés a su cadáver y a culparle de sus propios fracasos de guerra. En opinión de los expertos, sin embargo, tales fracasos se habían producido tan sólo porque no se había situado a Tujachevski en el alto puesto de mando que le correspondía. Y sigue en pie el hecho de que Lenin le confiase muchas operaciones críticas de las que dependía la vida o muerte del país.

Yo le conocí superficialmente, y solía verle cuando trabajaba como primer secretario en los Comités regional y de ciudad de Moscú. Hablábamos por teléfono y nos veíamos en los plenos. A veces me llevaba al campo para enseñarme algún arma nueva o nuevos equipos de ingeniería. Tenía una profunda comprensión de las innovaciones militares y las estimaba en mucho. Estoy seguro de que si no

se le hubiese ejecutado, nuestro ejército habría estado mucho mejor preparado y equipado cuando atacó Hitler.

También estuvo Gamarnik. Era jefe del Directorio Político del Ejército Rojo: tan buen soldado como figura política importante. En la creación del Ejército Rojo tuvo parte muy significativa. Se me objetará que Gamarnik no fue ejecutado. Es verdad: se suicidó. Presintió que vendrían a detenerle y cuando oyó llamar a su puerta, alzó la pistola hasta su cabeza y oprimió el gatillo. Los verdugos venían a buscarle, pero él decidió que sería mejor poner fin a su vida con su propia mano. Era persona muy honorable.

Otras de las víctimas fueron Yegorov [17]— uno de nuestros mejores dirigentes militares, comandante del frente meridional en la guerra civil— y Yakir [18]. El general Yakir era relativamente joven. No había participado en la primera Guerra Mundial ni en la Revolución. Inició su carrera durante la guerra civil, al unirse a un destacamento de reciente formación. En aquellos días nos armábamos con lo mejor que podíamos encontrar a mano, pero nuestra primera arma era el odio hacia el antiguo régimen burgués capitalista y la devoción por el nuevo sistema de vida socialista, en favor del cual se libraba la guerra civil. El destacamento de Yakir se convirtió en división y a él se le entregó el mando. Sus tropas se vieron separadas del Ejército Rojo en el sur, pero él consiguió romper el cerco y atravesó con su división las líneas de los guardias blancos hasta reunirse con el grueso de nuestras fuerzas. Tras la guerra civil, Yakir estuvo al mando de las tropas de Ucrania y Crimea. Y de pronto, le detuvieron y ejecutaron. Lo mismo ocurrió con Eideman —poeta y soldado—, uno de nuestros dirigentes militares más destacados [19].

Hablemos ahora de Blücher [20]. Los periódicos hablaban mucho de Blücher: Blücher recibe la Primera Orden de la Bandera Roja; Blücher hace esto; Blücher hace lo otro... Blücher, Blücher. Blücher era un proletario, un obrero, un fontanero de oficio. Era un militar autodidacta. En la primera Guerra Mundial obtuvo sus primeras experiencias y luego, durante la guerra civil, mandó formaciones enteras. Más tarde le enviaron a China para asesorar a Chang Kai-chek. También mandó las tropas del distrito militar del Lejano Oriente. Confiábamos en él como

17. El mariscal A. Yegorov fue detenido y fusilado relativamente tarde dentro de la purga de que fue víctima el ejército, tras haber sucedido por poco tiempo a Tujachevski como subcomisario del pueblo para la Defensa.

18. El general Yakir, comandante del distrito militar de Kiev, era el padre del historiador Peter Yakir, uno de los jefes de la «intelligentsia» disidente soviética en la actualidad.

19. El general R. P. Eideman había sido comandante del ejército durante la guerra civil. Cuando le detuvieron y fusilaron se hallaba al frente de la organización de defensa civil.

20. El mariscal Blücher mandaba las tropas del Lejano Oriente, y tal vez fuese uno de los comandantes más capacitados del Ejército Rojo. Detenido en agosto de 1938, fue Beria, que acababa de suceder a Yezhov, quien se encargo de interrogarle personalmente.

jefe militar y como figura política. Entonces, ¿dónde estaba Blücher cuando de verdad nos hizo falta, en la guerra contra Hitler? Estaba muerto. Pero, ¿cómo? ¿Murió de muerte natural? No; fue ejecutado. Le detuvieron y fusilaron como enemigo del pueblo.

Ahora están levantando un monumento a Blücher, y muy bien que hacen. Pero el monumento debería contar toda la verdad sobre él, y aquellos que no quieren que la verdad se cuente deberían avergonzarse. El monumento a Blücher tendría que decirle al pueblo que no fue la muerte natural quien nos privó de su talento en la guerra contra los alemanes, no. Blücher murió a manos de alguien en quien, según dijo Lenin, no se podía confiar.

En los últimos años he visto varias veces la película *El torrente de fuego,* y siempre me ha impresionado profundamente. *El torrente de fuego* fue también un libro: el primer libro que leí sobre la guerra civil. Lo escribió nuestro prestigioso novelista Serafimovich y ahora ha pasado a la pantalla. Siempre que veo la película, me asalta el mismo pensamiento: «¿Dónde he visto yo a ese bravo e inteligente general que manda el ejército de Taman?» En la película y en el libro se llama Kozhuj, pero su verdadero nombre era Kovtiuj [21]. Fue el hombre que desplegó tanta audacia, habilidad y valor cuando rompió el cerco de los blancos y condujo al ejército de Taman a través de las líneas enemigas. Quienquiera que haya visto a ese general en acción no podrá por menos de alabarle. Y se me preguntará: «¿Dónde está ahora ese Kozhuj-Kovtiuj? ¿Qué fue de él? ¿Qué hizo durante la guerra contra Hitler?» Kovtiuj ya se había ido cuando estalló la segunda Guerra Mundial. Le mezclaron con los enemigos del pueblo y le fusilaron.

Tuve gran amistad personal con Ivan Naumovich Dubovoi [22]. Procedía de una familia proletaria; su padre era minero en el Don. Dubovoi salió de la escuela militar durante la primera Guerra Mundial. Cuando estalló la guerra civil, fue nombrado subcomandante de la división que mandaba Shchors. Yo solía verle en los congresos del Partido comunista ucraniano. Pude conocerle más íntimamente en 1928-29, cuando dirigí la Sección de Organización del Comité regional de Kiev. Dubovoi estaba al mando del distrito militar de Kiev. Yo solía acompañarle en la inspección de las tropas. Me complacía enormemente poder contar con hombres como él en el Ejército Rojo: hombres entregados en cuerpo y alma a la Revolución, al poder soviético y al socialismo.

Cuando se desenmascaró a los enemigos del pueblo, Stalin envió al Politburó los testimonios de Tujachevski, Yakir y los demás. Entre tales testimonios había una confesión escrita de puño y letra de Ivan Naumovich Dubovoi. Decía que había matado a su comandante Shchors durante la guerra civil. He aquí sus términos:

21. El general Kovtiuj, comandante de cuerpo, fue fusilado en julio de 1938.
22. I. N. Dubovoi, otro comandante del ejército, fusilado también en julio de 1938

«Shchors y yo estábamos echados en el suelo observando la batalla. De pronto, una ametralladora enemiga empezó a disparar en nuestra dirección. Las balas llovían en torno nuestro. Shchors estaba delante de mí. Volvió la cabeza y dijo: "Vania, Vania, los blancos tienen una buena ametralladora. Mira con cuánta precisión dispara sobre nosotros." Poco después tornó a volverse y empezó a decir algo más. Entonces, y allí, le maté. Le disparé a la cabeza. Le maté para tomar su puesto como comandante de la división.»

Puede suponerse cuál fue mi disgusto cuando leí aquella confesión. Siempre había sentido el mayor respeto por Dubovoi y de pronto descubría que había sido capaz de cometer una vileza semejante. Y me reprochaba a mí mismo: ¿cómo había podido estar tan ciego? ¿Por qué no supe que Dubovoi era el asesino de Shchors?

Pero durante el XX Congreso del Partido, en 1956 —cuando abrimos los archivos y revisamos los expedientes de todas las personas que habían sido declaradas enemigos del pueblo, y fusiladas o estranguladas— descubrí que el testimonio de Dubovoi era todo él una falsedad. Recibí la segunda decepción. La primera se produjo cuando su confesión sobre el asesinato de Shchors vino a destruir el concepto de hombre honrado en que le tenía. Y ahora tenía lugar la segunda, esta vez a causa del asesino de Dubovoi: el propio Stalin.

Durante los últimos años treinta, Hitler estaba muy ocupado preparando su ataque y haciendo todo lo posible para minar nuestra dirección militar. Y nosotros le prestamos una colaboración muy considerable destruyendo la flor y nata de nuestro personal ejecutivo, de la jefatura del Partido y de nuestra «intelligentsia» científica.

El baño de sangre alcanzó dimensiones frenéticas en 1937. No fue casual que aquel mismo 1937 fuese el primer año en que no pudimos cumplir nuestro Plan Industrial. Para analizar objetivamente el principio de la guerra es preciso tener en cuenta todo esto. Pero pasaron años sin que nadie alzase el velo que cubría los hechos. Durante mucho tiempo se consideró el exterminio de la Vieja Guardia del ejército como una honra para quienes fueron responsables de ello, en vez de un crimen por el que se les debería haber castigado. ¿Y quién pagó las consecuencias de ese crimen? El ejército, el pueblo y el país.

Se podría llenar todo un libro tan sólo con los nombres de los importantes dirigentes militares, del Partido, administrativos y diplomáticos —todos pertenecientes a la escuela de Lenin— que fueron las primeras víctimas de Stalin. Leninistas leales y honrados, entregados a la causa de la Revolución: fueron los primeros en caer cuando Stalin impuso al Partido su arbitraria tiranía.

El XX Congreso del Partido rehabilitó el buen nombre de casi todos los generales que perecieron a manos de Stalin. Pero, más recientemente, se han silenciado muchas cosas sobre ellos. No basta con restituir su fama a los que cayeron:

hay que presentarlos al pueblo como mártires del terror que desencadenó Stalin bajo el lema de la lucha contra los enemigos del pueblo.

¿Por qué cometió Stalin tales crímenes? ¿Se sentía defraudado? Y si era así, ¿por quién? ¿Y con cuántas vidas pagamos su decepción?

La subida de Beria al poder

En esta sección Kruschef retrocede desde los primeros días de su destino en Ucrania, a principios de 1938, hasta el Moscú de la gran purga y vuelve de nuevo a Kiev. Cuando se le nombró primer secretario de Ucrania pudo haberse pensado que ya había terminado la purga en la región. Es lógico que a Kruschef le agrade verse retrospectivamente de esa forma. Pero, en realidad, su primera acción en Kiev consistió en presidir una nueva purga por propia iniciativa. En el verano de 1938 sólo quedaban tres supervivientes de los ochenta y seis miembros que componían el Comité Central el año anterior. Kruschef estaba construyendo una nueva máquina para el Partido, un gobierno nuevo a imagen y semejanza suya. «Me comprometo a no regatear esfuerzos para descubrir y aniquilar a todos los agentes del fascismo, trotskistas, bujarinistas y despreciables nacionalistas burgueses que existan sobre el suelo ucraniano», declaró públicamente en mayo de 1938. A finales de aquel verano, el órgano del Partido ucraniano publicó el siguiente panegírico: «La inflexible destrucción de los enemigos del pueblo —trotskistas, bujarinistas, nacionalistas burgueses y demás espías inmundos— empezó tan sólo cuando el Comité Central del Partido Comunista de toda la Unión envió a Ucrania al inquebrantable bolchevique y estalinista Nikita Kruschef, para dirigir el Comité Central del Partido comunista ucraniano.» Lo que no era sino una enorme exageración. Pero así era como le gustaba a Kruschef que le considerasen por entonces. Será preciso recordarlo al contemplar sus críticas sobre Stalin, en general, y aquí en particular, cuando trata del ascenso de Laurenti Pavlovich Beria, el célebre jefe de policía georgiano que ejercería tan siniestro dominio junto a Stalin por espacio de muchos años.

A principios de 1938 Stalin me ofreció el cargo de primer secretario del Comité Central ucraniano: dijo que Kossior no lo estaba haciendo muy bien. Así pues, fui a Kiev y reemplacé a Kossior [23]. Le trasladaron a Moscú y le nombraron vicepresidente del Consejo de comisarios del pueblo, bajo Molotov.

23. S. V. Kossior había sido primer secretario del Partido ucraniano desde 1928. Aun siendo estalinista, participaba del sentimiento nacionalista ucraniano, lo mismo que otros muchos dirigentes del Partido que trataban de resistirse al dominio absoluto de Moscú. Incluso realizaron un vano intento para moderar los efectos de la gran purga. En 1937 detuvie-

Vorochilov y Beria.

En el Salón de las Columnas, en Moscú.

Con el traje nacional mongol, acompañado de Bulganin.

Más o menos un año después se habló de conferirme a mí tal cargo; fue el propio Molotov quien por primera vez mencionó la posibilidad. Luego, durante una de mis visitas a Moscú para unas consultas, Stalin me llevó aparte y dijo:

—Molotov insiste en tenerte como vicepresidente. Creo que deberíamos complacerle. ¿Qué opinas?

Me opuse vivamente porque no había hecho más que instalarme en Kiev. El pueblo me había aceptado y estaba empezando a construir una organización del Partido firme y fuerte en Ucrania. Y lo que era más importante: evidentemente, íbamos hacia una guerra; si se ponía a otro hombre en Ucrania en fecha tan avanzada, podría tropezar con dificultades cuando la guerra estallase. Convencí a Stalin de que la causa no se beneficiaría en nada si me trasladaban de Kiev cuando apenas me había instalado; además, no sería difícil encontrar a otra persona para secundar a Molotov en Moscú. Estuvo de acuerdo:

—Demos por terminada la discusión. Kruschef se queda en Ucrania [24].

A veces, cuando alguien se oponía tenazmente a Stalin y lograba convencerle de que tenía razón, abandonaba su postura y aceptaba la del otro. Semejante flexibilidad y razonamiento es desde luego una cualidad positiva en cualquier hombre. Pero, desgraciadamente, pueden contarse con los dedos de una mano las veces en que Stalin dio muestras de tal virtud. Lo más frecuente era que, si decidía que uno tenía que hacer algo —bueno o malo, inteligente o estúpido— le obligase a hacerlo. Y uno lo hacía. Así es como pude quedarme en Ucrania.

Pero antes de hablar de los años en que fui primer secretario del Partido comunista ucraniano, debería decir algo sobre ciertos acontecimientos importantes que empezaron en Moscú antes de mi traslado a Kiev y continuaron después. En especial quiero explicar la escalada de Laurenti Beria dentro del Partido.

A fin de poder explicar cómo y por qué tuvo Beria acceso a un puesto de tanta influencia, volveré a la época en que la carnicería a causa de las purgas se hallaba en todo su apogeo. Seis meses antes de acusar al grupo de Tujachevski, Stalin había declarado que el comisario del pueblo para Asuntos Internos, Yagoda, no estaba desempeñando sus funciones debidamente, lo que obligaba a reemplazarle. En aquellos días todavía teníamos una fe ciega en Stalin y nos reprochábamos nuestra ceguera ante la presencia de los enemigos que nos rodeaban. Pensábamos que nos faltaba la profunda visión de Stalin para la lucha política.

---

ron al segundo secretario, Postichev, de opiniones iguales a las suyas. Y a principios de 1938 él mismo fue destituido del cargo de primer secretario y llamado a Moscú, donde se le nombró primer ayudante de Molotov, todavía primer ministro. Pero al poco tiempo se le detuvo y torturó (según cuenta Kruschef en el Discurso Secreto), y en febrero de 1939 fue sentenciado a muerte.

24. Esta historia sobre el ofrecimiento del cargo de vicepresidente del Consejo a Kruschef es nueva.

Stalin designó a Yezhov para sustituir a Yagoda [25]. Yezhov estuvo a cargo del personal para el Comité Central; Malenkov era su subalterno directo y ocupó su puesto cuando se le trasladó a la NKVD. Pero Yezhov conservó su superioridad sobre Malenkov, lo cual explica por qué quedó bajo la jurisdicción de la NKVD la supervisión del personal para el Comité Central.

A mí siempre me había agradado Yagoda. Personalmente, no veía nada reaccionario en su comportamiento y por eso no pude comprender las razones aparentes que tenía Stalin para reemplazarle, ni mucho menos sus motivos ocultos. Por otra parte, también era cierto que no tenía ninguna objeción que oponer a Yezhov [26]. Era diligente y digno de confianza. Sabía que había trabajado en Petrogrado y que era miembro del Partido desde 1918, lo cual ya decía mucho en su favor. Había sido mi supervisor cuando me eligieron secretario de la organización del Partido en la Academia Industrial, puesto que dicho centro quedaba bajo la autoridad de la Sección de Personal del Comité Central. La misma Sección de Personal solía encomendarme la movilización de estudiantes para algún proyecto de trabajo o campaña política y yo sometía a Yezhov los informes sobre el desarrollo y progresos con bastante frecuencia.

Cuando Yezhov se puso al frente de la NKVD en 1936, la represión se hizo más dura que nunca. Empezó una auténtica matanza que barrió a miles de personas.

Algún tiempo después, Stalin dijo que Yezhov necesitaba ayuda, por lo que habría que asignarle un segundo. Preguntó al propio Yezhov quién le parecía más indicado para el cargo, y éste sugirió que Malenkov, puesto que ya había estado a sus órdenes en la Sección de Personal del Comité Central. Creo que sostuvieron varias conversaciones sobre el asunto, pero no se llegó a ninguna decisión hasta que, cierto día, Stalin dijo:

—No; creo que será mejor que no volvamos a asignárselo. Dejaremos a Malenkov donde está, en la Secretaría del Comité Central [27].

25. Esta fue la ocasión del famoso telegrama del 25 de septiembre de 1936 que dirigieron Stalin y Zhdanov, de vacaciones en Sochi, en el Mar Negro, a Kaganovich, Molotov y «otros miembros del Politburó» ordenándoles sustituir a Yagoda por Yezhov, porque la policía secreta llevaba «un retraso de cuatro años» en su tarea de «desenmascarar al bloque trotskista-zinovievista». Fue la señal para intensificar el terror.

26. Resulta interesante que Kruschef parezca haber considerado siempre a los sucesivos jefes de la policía secreta como individuos honrados y amigables. Uno de los actos que mayor fama dieron a Yagoda, aparte de la preparación del primer gran juicio por traición (Zinoviev, Kamenev y demás), fue la introducción del sistema de trabajos forzados con la construcción del canal del Mar Blanco.

27. La asociación de Malenkov con Yezhov pretende deliberadamente oscurecer a Malenkov. En realidad, ambos hombres estaban muy unidos. Malenkov, en la Sección de Personal del Comité Central, entregaba a Yezhov a sus colegas del Partido para que los liquidase.

Stalin llegó a sugerir a Yezhov que designase a Beria como su ayudante. Para entonces ya empezaba a discernirse su descontento con él. Habían pasado los días en que las manifestaciones blandían pancartas con guanteletes de malla de hierro; Stalin ya no llamaba a Yezhov «nuestro puño de hierro» y «nuestra zarza» [juego de palabras con el nombre de Yezhov].

Cuando Stalin nombró a Beria lugarteniente suyo, podía preverse la inminencia de su destitución. El propio Yezhov lo comprendió así. Sabía que su estrella había empezado a declinar. Su carrera había terminado, y tal vez presintiese que hasta su propia existencia tocaba a su fin. Respondió a Stalin:

—Indudablemente, el camarada Beria es persona de la mayor valía. Creo que hasta puede ser algo más que un subordinado. Tal vez fuera un magnífico comisario del pueblo.

—Lo dudo —dijo Stalin—, pero será un buen ayudante.

Así pues, se confirmó el nombramiento de Beria[28]. Como yo me llevaba muy bien con él, fui a verle tras la reunión y, medio en serio, medio en broma, le felicité por su nuevo cargo.

—No acepto tu enhorabuena —me dijo.

—¿Por qué no?

—Tú no aceptaste que te nombrasen ayudante de Molotov; entonces, ¿por qué he de alegrarme yo de serlo de Yezhov? Me iría mejor quedándome en Georgia.

Probablemente era sincero al decir esto. De todos modos le trasladaron desde Georgia a las oficinas centrales de la NKVD en Moscú. Al principio sus actividades parecieron muy prometedoras. Durante mis visitas a Moscú, Beria solía decirme:

—¿Qué está pasando aquí? Detenemos y encarcelamos a gentes de todas clases, incluso a secretarios de Comités regionales. La cosa ha ido demasiado lejos. Tendremos que detener este estado de cosas antes de que sea demasiado tarde.

Mientras tanto, la situación de Yezhov se hacía de día en día más precaria. Un episodio —relativo a Uspenski, comisario del pueblo para Asuntos Internos en Ucrania— presagió su caída[29]. Un día, Stalin me telefoneó a Kiev y dijo:

—Hay pruebas contra Uspenski que no dejan lugar a dudas sobre su culpabilidad. ¿Podéis ocuparos vosotros mismos de detenerle?

28. Beria fue nombrado ayudante de Yezhov en julio de 1938.

29. Fue A. I. Uspenski, jefe de la NKVD ucraniana y uno de los hombres de Yezhov, quien llevó a cabo la purga que presidió en Ucrania el propio Kruschef. «Me considero un discípulo de Nikolai Ivanovich Yezhov», declaró Uspenski en junio de 1938. Y también: «Sólo después que llegase a Ucrania el fiel estalinista Nikita Sergueievich Kruschef empezó en verdad el aplastamiento de los enemigos del pueblo.» A las pocas semanas de esta declaración, Uspenski desaparecía sin dejar rastro. Por lo tanto, la mención que hace Kruschef de su fin es totalmente nueva. Beria acabó por sustituir a Yezhov en diciembre de 1938.

En Ucrania en los años treinta.

En los tiempos en que era miembro del Soviet de la ciudad de Moscú (antes de 1938).

—Desde luego que sí, si son esas tus instrucciones.

—Entonces, detenedle.

Al principio creí entender que Stalin hablaba de Usenko y no de Uspenski; había en Kiev un tal Usenko, promotor de la Liga Juvenil. Y, casualmente, también había pruebas incriminatorias en contra suya. Pero cuando Stalin empezó a entrar en detalles sobre el caso, me di cuenta de que se estaba refiriendo a Uspenski, el comisario ucraniano de Asuntos Internos. Unos minutos después de haber colgado, Stalin volvió a llamar y dijo:

—Olvida todo lo que te he dicho sobre Uspenski. No tienes que hacer nada. Nosotros nos ocuparemos de ello. Le llamaremos a Moscú y le detendremos cuando llegue.

Yo ya tenía proyectado un viaje a Dniepropetrovsk y salí antes de que llamasen a Uspenski. Tenía el presentimiento de que no iría a Moscú. Adivinaría por qué le hacían ir y sabría que corría el riesgo de ser detenido. Por lo tanto, antes de marcharme dije a Korotchenko [30], que era presidente del Consejo ucraniano de comisarios del pueblo:

—No pierdas de vista a Uspenski mientras yo esté fuera.

A la mañana siguiente, cuando llegué a Dniepropetrovsk, recibí una llamada de Beria, ¡no de Yezhov, sino de Beria!, que dijo:

—Mientras te paseas por la región, Uspenski se ha largado.

—¿Cómo?

—Que sí, que se ha escapado.

Volví rápidamente a Kiev. Y era bien cierto que Uspenski se había ido. Dejó una nota diciendo que se iba a suicidar tirándose al Dnieper. Le buscamos con redes, barreras y buzos, pero no hallamos rastro de él. Parecía haberse esfumado en el aire. Más tarde le cogieron no sé dónde —en Veronezh, creo— y le fusilaron.

Cuando estuve en Moscú algún tiempo después, Stalin me dijo que creía que Yezhov había prevenido a Uspenski sobre lo que se le preparaba:

—Yezhov nos oyó cuando hablábamos —explicó— y en vez de mandar a Uspenski que viniera a Moscú, como era su deber, le avisó de que iban a detenerle.

Así pues, Stalin había llegado a la conclusión de que Yezhov era un enemigo del pueblo y no se podía confiar en él. Poco después le detenían y Beria ocupaba su puesto. Este empezó inmediatamente a consolidar sus fuerzas. Después de la desaparición de Uspenski, Ucrania estaba sin comisario del pueblo para los Asun-

30. D. S. Korotchenko no era ucraniano. Su verdadero nombre era Korotchenkov. Sirvió en el Comité del Partido de Moscú a las órdenes de Kruschef y fue enviado a Smolensko, en Bielorrusia, en el apogeo de la purga, distinguiéndose por su extremado rigor. Kruschef le llevó consigo a Ucrania en 1938; bajo su nuevo amo alcanzaría las mayores alturas y, a su debido tiempo, pasó a formar parte de la secretaría del Comité Central.

tos Internos; de modo que Beria envió a Kabulov a Kiev. Se trataba del hermano menor del Kabulov que había sido subalterno de Beria en la NKVD y que había trabajado junto a él en Georgia [31].

Como secuela de la detención de Yezhov se arrestó también a sus ayudantes y a todos los que, de un modo u otro, tuvieron relación con él. La tormenta se cernía también sobre Malenkov, ya que Yezhov le había solicitado como primer ayudante. Lo que es más, todo el mundo sabía que les unía una buena amistad. Yo también fui amigo de Malenkov por espacio de varios años. Habíamos trabajado juntos en el Comité de Moscú, y saqué mis propias conclusiones sobre las sospechas que le rodeaban cuando se produjo el siguiente incidente.

Cierto día llegué a Moscú procedente de Kiev y Beria me invitó a su dacha.

—Vamos hasta mi casa —dijo—. Estoy solo. No hay nadie allí. Daremos un paseo y luego puedes quedarte a pasar la noche.

—Me agradaría mucho —contesté—. Yo también estoy solo.

Fuimos hasta su dacha en coche y luego dimos un paseo por el bosque. Beria empezó a hablar:

—Dime, ¿qué piensas de Malenkov?

—¿Y qué habría de pensar?

—Quiero decir, ahora que hemos detenido a Yezhov.

—¿Y qué, si Malenkov y Yezhov eran amigos? También tú tienes amistad con Malenkov, y yo mismo. Estimo que Malenkov es honrado e irreprochable.

—No me estoy refiriendo a eso. Sigues siendo amigo de Malenkov. Escucha, piensa un poco más. Vuelve a pensarlo.

Y volví a pensarlo, pero no llegué a ninguna conclusión en particular, por lo que continué mi amistad con Malenkov. Cuando volví a Moscú solía pasar los días libres con él en su dacha. Pienso que tal vez estuviera Stalin previniéndome acerca de Malenkov a través de Beria. Sin embargo, la tormenta pasó de largo, y más tarde, Beria y él se hicieron inseparables.

A principios de 1939, concretamente en febrero, se convocó un pleno del Comité Central para discutir sobre una resolución que condenaba los excesos y abusos de la NKVD. La suavización del terror que había reinado durante los tres últimos años se atribuyó principalmente a la influencia de Beria. Se dedujo que había llevado a cabo una investigación sobre los métodos de la NKVD cuando fue nombrado comisario y que había convencido a Stalin para que aprobase una serie de recomendaciones. No obstante, en el pleno del Comité Central, en febrero de 1939, se produjeron ciertos incidentes que indicaban que el terror no había terminado, ni mucho menos: sólo se había hecho mucho más sutil y discriminatorio.

31. Nada se sabe de este Kabulov, que no duró mucho en el cargo. Pronto le sucedió I. A. Serov, que se haría célebre (ver capítulo 4).

El pleno de febrero fue una reunión eminentemente autocrítica. Todo el mundo tenía que criticar a alguien. La única persona con un alto cargo en la dirección de Partido que parecía escapar a toda crítica era yo, Kruschef, Pero, de pronto, Yakovlev, cuyo verdadero nombre era Yakov Arkadievich Epstein, formuló una acusación sumamente original e insólita en contra mía. Me criticó por el hecho de que todo el mundo en la organización de Moscú me llamase Nikita Sergueievich. Eso fue todo. Me levanté y repliqué que, en efecto, mis camaradas me llamaban por mi nombre y patronímico. Y señalé que su propio apellido no era Yakovlev, sino Epstein.

Acabada la sesión, el camarada Mejlis, que todavía dirigía *Pravda,* me llevó aparte. Estaba indignado por las palabras de Yakovlev. Aunque también él era judío, exclamó:

—Yakovlev es judío y no comprende que entre los rusos es correcto llamar a la gente por su nombre y patronímico [32].

Días más tarde, y tras una sesión del pleno del Comité Central que había durado todo el día, todo el mundo se fue a cenar. Yo me retrasé unos momentos. Cuando ya me disponía a salir, Stalin me llamó:

—Kruschef, ¿a dónde vas?

—Voy a cenar.

—Vente conmigo. Cenaremos juntos.

Me pregunté: «¿Por qué me invitará a cenar con él?» Cuando salíamos, Yakov Arkadievich Yakovlev, que andaba rondando por allí, nos siguió hasta el apartamento de Stalin sin que nadie le invitase. Los tres cenamos juntos. Fue Stalin quien llevó el peso de la conversación. Epstein-Yakovlev se mostraba muy agitado. Se veía claramente que estaba atravesando alguna borrasca en su interior. Temía que fuesen a detenerle, y no se equivocaba en sus presentimientos. Muy poco después de que Stalin sostuviese aquella charla amistosa con él durante la cena, Yakovlev era detenido y eliminado. Cuento esto para demostrar que hasta los que estaban tan cercanos a Stalin como Yakovlev —que estaba al frente de la Sección Agrícola del Comité Central y había sido uno de sus partidarios más acérrimos durante la lucha contra la oposición— podían encontrarse de pronto con que su vida pendía de un hilo. El episodio fue característico del temperamento traicionero de Stalin.

Otro incidente, surgido en el mismo pleno de febrero, demostró que, aunque Beria había iniciado la investigación sobre los abusos y excesos de la NKVD,

32. Y. A. Yakovlev, el que fue comisario del pueblo para la Agricultura (ver capítulo 2). Este notable ejemplo (otros seguirán) muestra que Kruschef, aun proclamando que aborrece el antisemitismo, no desdeña la ocasión para denigrar a los judíos individualmente. Los judíos rusos utilizan el «nombre y patronímico» lo mismo que los demás rusos. Lo más proable es que Yakovlev acusase a Kruschef de culto a la propia personalidad.

también él era capaz de cometer las mayores traiciones. En el curso del pleno, Gricha [Grigori] Kaminski pronunció unas palabras. Era comisario del pueblo para la Sanidad en la Federación Rusa, un camarada muy respetado y que contaba con experiencia en el Partido desde antes de la Revolución. Yo le conocí cuando empecé a trabajar en la organización de Moscú. Era íntegro, sincero y honrado. Yo diría que su conducta en el Partido fue siempre impecable. He aquí lo que dijo en su alocución ante el Comité Central:

—¡Camaradas! Todo el mundo se levanta para decir lo que sabe de los demás. Yo también tengo algo que decir para información del Partido. Cuando trabajé en Bakú, corrieron rumores de que, durante la ocupación de Bakú por tropas inglesas, Beria trabajaba para el servicio de contraespionaje del gobierno mussavat. Dado que tal servicio se hallaba bajo control de los ingleses, quiere decirse que Beria debía ser agente del servicio de inteligencia inglesa operando a través de los mussavatistas [33].

Kaminski concluyó su discurso y se sentó. Nadie se adelantó para refutarle o hacer declaraciones y ni siquiera el propio Beria hizo comentario alguno. Acabada la sesión de pleno, Kaminski fue detenido inmediatamente y desapareció sin dejar rastro. Su recuerdo me ha atormentado siempre, porque tenía plena confianza en él. Sabía que no era capaz de inventar algo así. Siempre decía la verdad [34].

También recuerdo las palabras de Malenkov. Acusó al secretario del Buró de Asia Central y a Beria de culto a la propia personalidad. Dijo que unos montañeros habían conquistado uno de los picos más altos del Asia Central y le habían dado el nombre de aquel secretario, que más tarde fue detenido. También acusaba a Beria de autoglorificación. Y no faltaban motivos por entonces para tal acusación.

Al concluir el pleno, el Comité Central presentó una resolución condenando los excesos de la NKVD. Aquello nos hizo concebir la esperanza de que terminasen las arbitrariedades que habían prevalecido en el seno del Partido. Por espacio de más de tres años, nadie pudo saber con seguridad si al día siguiente aún viviría o si habría desaparecido como por encanto. El temor y la incertidumbre habían minado la moral del Partido. Tras el pleno de febrero se refrenaron las purgas, pero aquello no significaba en modo alguno el fin de la represión: siguieron desapareciendo personas como si la tierra se hubiese abierto bajo sus pies para tragárselos.

33. Los musavats eran nacionalistas trascaucasianos (musulmanes) que lucharon contra los bolcheviques en Bakú durante la intervención británica.

34. G. M. Kaminski, comisario del pueblo para la Sanidad. Fue uno de los firmantes del certificado de defunción según el cual Sergo Ordzhonikidze había muerto de muerte natural.

Beria y yo empezamos a vernos con frecuencia en casa de Stalin [35]. Al principio me agradó. Charlábamos amistosamente e incluso nos gastábamos bromas, pero pronto empezó a aparecer con claridad su condición política. Su siniestra hipocresía, su astuta doblez me horrorizó. Poco después de que le trasladaran a Moscú, el ambiente de la jefatura colectiva y del círculo íntimo de Stalin adquirió un carácter totalmente distinto del que había tenido hasta entonces. Y cambió, con mucho, para empeorar. Hasta el propio Stalin me confió en cierta ocasión su propio desagrado por la influencia de Beria:

—Antes de llegar Beria, las cenas eran reuniones gratas y productivas. Pero ahora siempre está desafiando a todo el mundo para ver quién resiste mejor la bebida, y esto se llena de borrachos [36].

Aunque estaba totalmente de acuerdo, sabía que debía tener cuidado con mi respuesta. Uno de los trucos favoritos de Stalin consistía en provocarle a uno para que hiciera una afirmación o se mostrase de acuerdo con la suya, a fin de de que revelase sus verdaderos sentimientos respecto a alguien. Yo sabía perfectamente que Stalin y Beria eran muy amigos. No podría decir hasta qué punto era sincera aquella amistad, pero sabía que la elección de Beria para sustituir a Yezhov no obedecía a la simple casualidad. Además de ser el amo de una comisaría muy poderosa, Beria representaba un peso considerable en la jefatura colectiva. Quien pretendiera estar seguro de hallarse en gracia a los ojos de Stalin tendría que congraciarse también con Beria. Kaganovich era todo un especialista en eso de salir adelante gracias a la adulación. Debo señalar que nunca vi en Molotov muestras de tan degradante servilismo. Yo tampoco me mostré obsequioso con Beria y, como consecuencia, fueron varias las veces en que tuve que defenderme de sus ataques. Como ocupé varios cargos importantes en el Partido y el Estado, tenía muchas oportunidades para recomendar diversas mejoras. Solía contar con el apoyo de Stalin pero, si alguna vez me faltaba, casi siempre era por la influencia que ejercían Beria y Malenkov sobre él. Estoy convencido de que su oposición se basaba fundamentalmente en la envidia.

35. Como ya se ha señalado, Beria no ocupó su cargo de ayudante de Yezhov en Moscú hasta julio de 1938, cuando Kruschef ya había marchado a Ucrania. Pero ambos hombres debían haberse visto mucho antes durante las frecuentes visitas de Beria a Moscú, y siguieron viéndose cuando Kruschef acudía a Moscú desde Kiev.

36. Tanto aquí como más adelante, y con especial referencia a Zhdanov y Scherbakov, Kruschef habla con sumo desprecio de los hábitos de algunos de sus colegas respecto a la bebida. En realidad, la embriaguez más auténtica era de rigor no sólo en el círculo de Stalin, sino también en el alto mando del ejército. El propio Kruschef bebía en exceso, y no era raro que apareciese ebrio en público, por lo menos hasta 1956. La actitud soviética hacia la bebida es todavía muy semejante a la británica de hace ciento cincuenta años. Debo decir en honor de Kruschef que Beria se emborrachaba con más frecuencia que nadie. En las pocas ocasiones que pude verle estaba invariablemente embriagado.

Beria en particular se sentía ferozmente celoso de su poder en la jefatura colectiva y de su influencia cerca de Stalin. Una anécdota servirá para ilustrar de lo que era capaz:

El cuñado de Stalin, Redens, había sido en un tiempo subcomisario del pueblo para la Seguridad del Estado en Georgia, a las órdenes de Beria [37]. Antes de que le trasladaran a Moscú, éste decidió echar a Redens de Georgia. ¿Por qué? Para que Stalin no tuviera allí otro informador que el propio Beria. Siempre había sido hostil a Sergo Ordzhonikidze por la misma razón. Y ¿qué hizo Beria para librarse de Redens? Dio instrucciones a sus hombres para que le atrajesen a un café, donde se aprovecharon de su poca resistencia para la bebida emborrachándole, y luego le arrojaron al arroyo. Cuando llegó la policía, le encontró allí tendido, en tan vergonzoso estado. Beria se ocupó de que Stalin se enterase en qué forma se había cubierto de oprobio su cuñado. Por eso se destituyó a Redens de su cargo en Georgia, confinándole en la oficina regional de Moscú de la NKVD. ¿Está claro qué clase de provocador era Beria? Muchos años más tarde, y después de su caída, el Comité Central recibió una larga carta de un expresidiario georgiano en la que enumeraba a todos los georgianos que habían sido víctimas de provocaciones similares por parte de Beria.

Le encantaba contar historias acerca de los favores que había hecho a gente en apuros. Pero hasta esas historias, casi todas falsas, tenían un halo siniestro en torno. Recuerdo que en cierta ocasión me contó cómo habían sometido al mariscal Meretskov y le habían obligado a firmar una confesión admitiendo que era agente inglés, enemigo del pueblo y todo lo demás [38]. Yo nunca leí aquel testimonio, puesto que Stalin no lo divulgó. Sucedió durante la guerra y por entonces Stalin era el único juez del único tribunal del país. El solo decidía a quién había de eliminar, y no necesitaba que nadie le apoyase. Pero, según contaba Beria la historia, a él se debía la liberación de Meretskov y su restitución al servicio activo:

—Fui a ver al camarada Stalin y le dije: «¿Qué es eso de que Meretskov está en la cárcel como espía inglés? ¿Cómo va a ser espía? Es un hombre honrado. Estamos en guerra y le necesitamos en el frente. Hay que darle un mando.» Stalin respondió: «Es posible que tengas razón. Ve a hablar con él.» Así que fui a verle y le dije: «Esto que has escrito en tu confesión es una estupidez. No

37. Redens era tío de Svetlana Alliluieva, y ella se refiere extensamente a él en sus *Veinte cartas a un amigo.*

38. El general Meretskov formó parte de un corto número de oficiales de alto rango del Ejército Rojo que escaparon de milagro y sobrevivieron para salir de la prisión e ir a luchar contra Hitler. El más célebre fue el mariscal Rokossovski. Otro fue el general Gorbatov, que después sería el comandante soviético de Berlín y que publicó un relato de sus experiencias en la cárcel, *Años de mi vida.*

eres ningún espía. Eres un hombre honrado, un buen ruso. ¿Cómo ibas a ser espía inglés?» Meretskov me miró con aire desesperado y dijo: «No tengo nada más que decir. Tenéis una confesión escrita de mi puño y letra. No sé por qué vuelves a interrogarme.» «No estoy interrogándote, camarada Meretskov. Sólo quiero decirte que sé que no eres un espía. Vuelve a tu celda y piensa en ello. Consulta con la almohada. Mañana volveré a visitarte.» Se lo llevaron. Al día siguiente volví y le pregunté: «Bueno, ¿lo has pensado?» Empezó a llorar y a darme las gracias diciendo: «¿Cómo iba yo a ser un espía? Soy un buen ruso. Amo a mi pueblo. Creo en mi pueblo.» Así que le soltaron, le dieron un uniforme de general y allá fue, al frente, con un puesto de mando.

Bueno, yo sé positivamente que la historia no fue así de sencilla. Antes de su detención, Meretskov era un general joven, robusto y de aspecto agradable. Cuando le liberaron no era más que una sombra de sí mismo. Había perdido tanto peso que apenas podía hablar. La versión de Beria sobre lo que sucedió me desconcertó también en otros aspectos. En primer lugar, no puedo comprender por qué le detuvieron. Beria le echaba la culpa a V. S. Abakumov; pero, ¿quién era Abakumov? Uno de sus hombres. Abakumov informaba a Beria antes que a nadie, incluso antes que a Stalin. En consecuencia, Abakumov no podía haber detenido a Meretskov si no era por orden de Beria [39].

Mientras me contaba cómo sacó a Meretskov de la cárcel, en mi mente daba vueltas una de sus frases favoritas. Solía decirla cuando se sospechaba de alguien: «Dejádmelo a mí por una sola noche y le haré confesar que es el rey de Inglaterra.» Nunca supe cómo debía tomarlo, pero no me cabía la menor duda de que Beria sabía conseguir lo que se proponía. Su arrogancia y su perfidia aumentaron en proporción directa al creciente poder de su posición.

39. V. S. Abakumov, notable chekista, que en 1946 ocuparía la jefatura del Ministerio de Seguridad del Estado. Fue destituido en 1951 y fusilado en 1954, al parecer por haber fabricado el caso Leningrado en 1949. Aparece brevemente en la novela de Alexandr Solzhenitsin, *El primer círculo*.

4

Regreso a Ucrania

La reorganización del Partido

En 1938, la primera tarea de Kruschef como secretario del Partido comunista de Ucrania consistió en darle, partiendo virtualmente de la nada, una nueva organización que reemplazase a la que, desde 1929 hasta su destrucción en las purgas, había presidido Kossior. Pero incluso durante la actuación de Kruschef continuaron las purgas. Este capítulo da idea de la naturaleza de aquel proceso. La segunda tarea de Kruschef, silenciada por él, consistía en rusificar Ucrania. Para ello tenía que eliminar de los puestos de autoridad y confianza a todos los ucranianos sospechosos de patriotismo local (los llamados nacionalistas burgueses), y poner trabas al uso de la lengua ucraniana en todos los ámbitos, incluidas las escuelas. Para Stalin era una operación de suma importancia. En aquella rica tierra, «cesta del pan» de la Unión Soviética y su más poderosa base industrial, el nacionalismo era muy vivo. Como excusa oficial para semejante política, llevada a cabo despiadadamente, se presentó —como el propio Kruschef reconoció en el verano de 1938— la eliminación de todos aquellos que «deseaban dejar paso a los fascistas alemanes, a los terratenientes y a los burgueses, y hacer esclavos del fascismo a los obreros y campesinos ucranianos, y convertir Ucrania en colonia de los fascistas polaco-germanos».

CUANDO en 1938 me ofreció Stalin el cargo más importante de Ucrania, me resistí a aceptar por tres razones. La primera, que mis simpatías por Kossior me impedían ocupar su puesto. Le había conocido cuando sucedió a Kaganovich como primer secretario del Comité Central ucraniano en 1929. En aquel año yo había solicitado la admisión en la Academia Industrial, y Kossior aprobó mi petición. La segunda, que dudaba de estar capacitado y de tener la

experiencia necesaria para reemplazarle. La gorra de primer secretario de Ucrania era demasiado grande para mi cabeza. Por último, pensaba en el problema de la nacionalidad. Es verdad que había trabajado ya en Ucrania, y que me había entendido satisfactoriamente con sus naturales, pertenecieran o no al Partido. Pero por mi condición de ruso sentía entre ellos un cierto embarazo. Aunque entiendo el ucraniano, no lo domino hasta el punto de poder pronunciar discursos en esa lengua. Junto a todos estos inconvenientes añadí a Stalin mi temor a que los ucranianos, especialmente los intelectuales, pudieran mostrarse fríos conmigo.

—Vamos a enviarte a Ucrania —me explicó— para que dirijas la organización del Partido. Kossior no parece capaz de llevarla a cabo. Le destinaremos a Moscú como primer delegado del Consejo de comisarios del pueblo y presidente de la comisión del Comité Central.

—Es absurdo enviarme a mí, un ruso, a Ucrania —le contesté.

—Kossior tampoco es ucraniano, ni siquiera ruso. Es polaco. ¿Por qué van a ser más difíciles las cosas en Ucrania para un ruso que para un polaco?

—Kossior será un polaco, de acuerdo —concedí—, pero él sabe pronunciar un discurso en ucraniano. Además, tiene mucha más experiencia que yo.

—No discutamos más. Irás a Ucrania.

—Muy bien. Trataré de hacer lo que esté en mi mano para justificar la confianza que depositas en mí y para cimentar al Partido.

Me seguía obsesionando mi incapacidad para el cargo, pero a la vez me sentía halagado por el hecho de que el Comité Central me confiara tan alto puesto.

No ignoraba que la organización ucraniana había sufrido un cambio radical. El traslado de Kossior lo atestiguaba. Tuve ocasión además de entrever la suerte de Chubar, ex presidente del Consejo de comisarios del pueblo de Ucrania, con quien había coincidido en los años veinte en los congresos del Partido comunista ucraniano y en las reuniones de mineros [1]. Durante algún tiempo fue el responsable de la minería del Donbass. Su comportamiento como miembro del Partido había sido siempre excelente. Un día que yo estaba sentado en el despacho de Stalin en el Kremlin, llamaron a éste por teléfono. Habló con alguien durante unos momentos y colgó. Me explicó que la llamada era de Chubar, que había tratado de demostrarle, entre lágrimas, que era un hombre honrado. El tono de voz de Stalin era casi de simpatía. Al menos parecía comprender el motivo por el que Chubar estaba tan conturbado. Al día siguiente fue arrestado y eliminado.

1. V. Chubar fue colega de Kruschef en sus primeros tiempos de Ucrania. Fue nombrado primer ministro de Ucrania en 1923 y se unió al Politburó al mismo tiempo que Mikoyan, en 1935, ocupando el puesto del asesinado Kirov. Desapareció en el verano de 1938 y fue ejecutado en febrero de 1939.

El Partido comunista de Ucrania estaba casi en cuadro como consecuencia de las purgas en la Ucrania polaca y occidental. A los dirigentes del Partido polaco era fácil eliminarlos, porque la mayoría trabajaban en Moscú en el Komintern [2]. Bierut y Gomulka salvaron sus vidas por ser relativamente desconocidos en los círculos oficiales. En cuanto al Partido comunista de Ucrania occidental, estaba invadido por elementos inestables, incluso subversivos, y eliminamos a todos los que pudimos echar mano, por su condición de provocadores, «chaqueteros» o agentes de Pilsudski. Como el Comité Central ucraniano era técnicamente responsable del Partido comunista de Ucrania occidental, cayeron muchos dirigentes del mismo a quienes yo conocía de los años veinte, incluido el camarada Demchenko, primer secretario del Comité regional de Kiev cuando yo estuve allí de jefe de la sección de organización en 1928-1929 [3].

Al enviarme a Kiev, Stalin me dijo que, además de primer secretario del Comité Central de Ucrania, lo sería también del Comité local y del regional. Le expuse la imposibilidad de ocupar tantos cargos a la vez, pero él insistió.

—Puedes hacerlo —me cortó—. Sólo tienes que buscar a alguien que te ayude cuando estés allí.

Le pedí a Malenkov que me asignara algunos ucranianos como ayuda. Entonces nombró segundo secretario mío a uno de sus propios ayudantes, Burmistenko. Me agradó desde el primer momento que le conocí. Ambos estábamos cortados por el mismo patrón [4]. Le dije que eligiera unos diez hombres de la organización de Moscú y del círculo afecto al Comité Central.

Al llegar a Ucrania, el camarada Kossior nos hizo un resumen de los problemas existentes y nos presentó a algunos dirigentes del Partido, supervivientes de la purga; asistimos también, a modo de presentación oficial, a un pleno especial del Comité Central. La purga se había hecho a conciencia. No parecía haber quedado un solo secretario de los comités regional o ejecutivo, ni del Consejo de comisarios del pueblo, ni siquiera un adjunto suyo. La dirección del Partido

2. Es una referencia brutalmente despreocupada a la sistemática destrucción por Stalin del Partido comunista polaco entre 1937 y 1939. Como dice Kruschef, la purga se pudo llevar a cabo porque la mayoría de sus más destacados dirigentes habían buscado refugio en Moscú contra el dictador polaco, mariscal Pilsudski. Muchos comunistas alemanes, españoles y de otras nacionalidades, que trabajaban en Moscú, fueron ejecutados por entonces.

3. La Ucrania occidental a la que Kruschef se refiere formaba parte entonces de Polonia; la Unión Soviética se apoderó de ella cuando Alemania invadió Polonia en 1939 (véase el capítulo 5).

4. M. O. Burmistenko se distinguió por haberse unido a la Cheka en 1919, cuando sólo tenía diecinueve años. Era notable su brutalidad en la destrucción de la resistencia a la colectivización. Como delegado de Malenkov en el O. R. P. O. (Departamento de Organos Rectores del Partido), desempeñó un papel activo y siniestro en las purgas. Su designación para el cargo de delegado de Kruschef en Kiev presagiaba que pronto iban a rodar cabezas.

había desaparecido prácticamente. Teníamos que estructurar todo partiendo de cero [5].

Pedí permiso a Stalin para llevarme a Lukachov de Moscú. Todavía vive, aunque lleva bastante tiempo retirado. Por entonces estaba al frente de los servicios de aprovisionamiento de hortalizas y frutas de las cooperativas obreras de Moscú. Me agradaba por su eficiencia y su capacidad de trabajo. Comuniqué a Stalin que deseaba nombrarle comisario del pueblo para el Comercio Interior de Ucrania, a lo que dio su consentimiento.

De pronto, Lukachov fue arrestado [6]. Aquello me resultó muy desagradable, por mi simpatía personal hacia él y porque yo le había propuesto para un cargo de responsabilidad. Era consciente de que la detención de Lukachov como enemigo del pueblo podía repercutir en mí de manera desfavorable. Al cabo de mucho tiempo, fue puesto en libertad. Volvió a Ucrania abatido, hundido de cuerpo y de mente. Me confesó que le habían torturado para que me denunciara como miembro de una conspiración. Estando ambos cierta vez en Moscú, antes de nuestro traslado a Ucrania, yo había pedido que le enviasen a Polonia y Lituania a comprar simiente de cebolla y hortalizas. Al ser arrestado, le presionaron para que declarara que su misión comercial en Polonia ocultaba en realidad el encargo político secreto de enlazar con las organizaciones antisoviéticas en el extranjero. Se negó a confesar y, cosa rara, le dejaron en libertad. Yo le conté a Stalin el episodio.

—Sí —dijo él—. Sé lo que quieres indicar; existen esas corrupciones. También contra mí están reuniendo pruebas.

Empecé a sentirme aún más inquieto acerca de las actividades de la NKVD después de otro incidente que paso a relatar. A mi llegada a Ucrania, el comisario del pueblo para Asuntos Interiores era Uspenski. Le conocía ligeramente y me agradaba. Aunque de nombre polaco, era ruso. Había trabajado en la organización central de la NKVD de Yagoda; luego fue representante de la NKVD en la región de Moscú y más tarde comandante del Kremlin. Desde ese puesto había sido enviado a Ucrania. Era evidente que el Comité Central confiaba en él y, por lo que yo puedo decir, al principio de mi llegada esta confianza estaba bien fundada. Pero no tardé en tener algunas dudas.

5. A la luz de lo que ocurrió en Ucrania antes de la llegada de Kruschef, y más aún durante su jefatura, es indudable que él tenía, por lo menos en 1938, una idea muy clara de la desolación que estaba creando Stalin. Lo dicho en éste y en el anterior capítulo es suficiente para desmentir la absurda insistencia suya, en varios momentos de este relato, en que, hasta que no murió Stalin, no se dio cuenta de que el comportamiento de éste había sido criminal.

6. Los mencionados aquí eran hombres de importancia secundaria, y su destino, el de decenas de millares de súbditos soviéticos.

El segundo secretario del Comité local de Kiev era un hombre llamado Kostenko. No le conocía muy bien, pero parecía diligente y digno de confianza. Era persona honrada y sencilla. No recuerdo si había sido obrero o campesino. De pronto, fue considerado sospechoso y arrestado. Me enviaron un largo informe testifical acerca de sus conexiones con los enemigos del pueblo. Me quedé perplejo.

Le dije a Uspenski que quería hablar con el arrestado.

—No hay inconveniente, camarada Kruschef.

Me acerqué al Comisariado para Asuntos Interiores y pude ver a Kostenko. Me confirmó todo lo que había dicho en su confesión.

—Sí —me dijo—, hice todas esas cosas. Formaba parte de una conspiración. Confesé lo que conocía de todos. No oculté nada.

No quedé enteramente satisfecho. La confesión de Kostenko parecía plantear más problemas de los que solucionaba y eso me preocupaba. Al dejar las oficinas de la NKVD, advertí a Uspenski:

—Camarada, si condenas a muerte a Kostenko como enemigo del pueblo, es posible que al pronunciar sus últimas palabras informe de alguien más. Si eso sucede, quisiera que no lo ejecutaras sin que yo tenga oportunidad de comprobar sus acusaciones. Debemos asegurarnos de que no acusa a nadie por difamarle.

Algún tiempo después, Uspenski me trajo un documento diciendo que, poco antes de ser ejecutado, Kostenko había acusado a su sucesor en el Comité regional, Cherepin, de los mismos crímenes que se le imputaban a él. Yo apreciaba a Cherepin. Era un sencillo campesino de Poltava, pero muy capaz. Estaba seguro de su honradez. Cuando supe que Kostenko había tratado de implicarle, me puse furioso.

—¿Cómo has permitido que sucediera esto, camarada Uspenski? ¡Te dije de un modo muy claro que antes de ejecutar a Kostenko comprobases las acusaciones que hiciese contra cualquiera!

Inmediatamente telefoneé al Comité Central a Malenkov, que, por estar encargado del personal, podía echarnos una mano. Le conté lo que había sucedido.

—¿Tienes confianza en Cherepin? —preguntó.

—Sí.

—Entonces mantenle en su cargo.

Me sentí aliviado. Sin embargo, no mucho después de esta conversación telefónica, Malenkov me llamó a su vez y me dijo:

—Parece que sería mejor que Cherepin no siguiera en su cargo, después de todo. Me doy cuenta de que tienes confianza en él, pero existen graves cargos en su contra.

—¿Qué cargos? ¿Te refieres a la acusación de Kostenko? ¡Eso no es una prueba, sino una calumnia!

Pero Malenkov no quería ceder. Hice todo lo que pude para lograr la rehabilitación de Cherepin en el Partido. Ya le habíamos nombrado subcomisario del pueblo para la Agricultura. Ante el Comité Central planteé la conveniencia de utilizarle para el trabajo del Partido. Mi conciencia me atormentaba. Seguí insistiendo en su inocencia y en que había sido acusado injustamente. Por último, Malenkov se dio por vencido y Cherepin fue ascendido a primer secretario del Comité regional de Sumski. Cuando empezó la guerra, propuse su candidatura para el Consejo Militar del ejército costero. Murió durante la invasión alemana. Así, de un modo honorable, dio su vida por su país, por su pueblo y por la Unión Soviética.

Cuando Stalin me envió a Ucrania, me dijo:

—Conozco tu debilidad por las ciudades y la industria; por consiguiente, quiero advertirte que no te concentres en la administración municipal o industrial a costa de tus responsabilidades agrícolas. Y ten especial cuidado en no pasar todo tu tiempo en el Donbass. No encontrarás tantos problemas en la industria como en la agricultura. Y recuerda esto: los cultivos de Ucrania son muy importantes para la Unión Soviética. Intenta organizar allí nuestra agricultura más eficazmente.

No desoí la advertencia, aunque no siempre fue fácil resistir la tentación de mis primeras aficiones: la minería y la industria. Me sentía continuamente atraído por las factorías, los talleres mecánicos y las minas. Sin embargo, traté de aprender todo lo que pude acerca de las cuestiones agrarias. Pasé mucho tiempo viajando por el país, visitando granjas y pueblos, hablando con los expertos agrónomos y con los administradores.

Burmistenko y yo llegamos a Ucrania en enero o febrero de 1939, a tiempo de prepararnos para la siembra de primavera. Inmediatamente nos encontramos con un problema acuciante: los caballos se morían en las granjas de toda la zona occidental de Ucrania, a lo largo de la frontera con Polonia. Nadie sabía la causa por la que enfermaban. Visité una granja colectiva de la región de Vinnitsa y pregunté al cuidador de un establo si tenía idea de por qué morían los caballos como moscas. Me respondió que los estaban envenenando.

—Vi a un hombre darle veneno a los caballos —dijo—; de modo que le apresamos y entregamos. ¿Y sabes quién resultó ser? ¡Un veterinario!

Aquello parecía bastante razonable. Supuse que los alemanes, que entonces se estaban preparando para declararnos la guerra, podrían tratar de sabotear nuestra economía y nuestra capacidad militar. En aquellos días, los caballos no eran simplemente ganado, sino los tanques, los aviones y los jeeps del momento [7].

7. Puede sonar raro, pero es cierto. Por ejemplo: hasta que los camiones norteamericanos empezaron a llegar a millares por la ruta de Persia en la época de la batalla de Stalingrado, el transporte del ejército soviético era casi exclusivamente animal.

Decidí conceder más atención al asunto. Le pregunté a Uspenski si seguía en la cárcel alguno de los detenidos por envenenar caballos.

—Sí. Hay algunos.

—¿Quiénes?

Nombró a cierto profesor del Instituto Veterinario de Jarkov, que era judío, y al director del Instituto de Economía Pecuaria de la misma ciudad, un ucraniano.

—Me gustaría hablar con ellos, pero preferiría no hacerlo en la cárcel. ¿Quieres llamarlos a tu despacho?

—¿De qué va a servir? Ya han confesado a la NKVD que son saboteadores y agentes alemanes. Se limitarán a repetir sus confesiones.

—Puede ser. Pero hay algo que me preocupa todavía. En sus confesiones dieron la fórmula química del veneno que se supone utilizaron. Les pedí a nuestros científicos que prepararan una muestra y la probaran. Se lo hemos dado a varios caballos y no ha ocurrido nada. Es raro que el veneno no surta efecto. Por eso quiero hablar con ellos personalmente.

—Está bien. Te prepararé la entrevista.

Fui a la NKVD y me trajeron al profesor judío, un hombre de unos cincuenta años, de pelo gris.

—Bien. ¿Qué puedes decir en tu descargo?

—Ya he declarado dos veces, y sólo puedo confirmar lo que dije entonces. Sí, somos agentes al servicio de Alemania y recibimos la orden de envenenar caballos.

—¿Cómo explicas entonces el hecho de que el producto químico utilizado no les afecte lo más mínimo?

—No es raro. Nosotros recibíamos un ingrediente, preparado en Alemania, que añadíamos aquí a nuestra propia mezcla. No sabemos en qué consistía el producto alemán.

No quedé satisfecho. Para mí su testimonio seguía sin verificar, y el caso de ningún modo se podía dar por concluido. Le proporcioné la oportunidad de declarar su inocencia; sin embargo, se aferraba a su relato. Había algo más que me preocupaba. ¿Cómo podía un judío ponerse al servicio de sus peores enemigos, los fascistas antisemitas alemanes? Carecía de sentido. Por supuesto, cabía la explicación de la lucha de clases y todo eso, pero yo mantenía mis dudas.

Hice que me trajeran al segundo doctor, el director del Instituto de Economía Pecuaria de Jarkov. Repitió la misma confesión. No era ninguna broma ser acusado de sabotaje, y a lo mejor esperaban benevolencia si se mostraban arrepentidos y confesaban abiertamente. No obstante, decidí formar una comisión que investigase las misteriosas muertes de los caballos. También esto

constituía un problema, pues ya había habido varias comisiones de este tipo que, al seguir muriéndose los caballos, fueron disueltas y sus miembros arrestados y eliminados. Por consiguiente, estaba muy extendida la idea justificada de que pertenecer a una de ellas sellaba el destino de un hombre.

Cité al camarada Bogomolets, presidente de la Academia de Ciencias de Ucrania. El hecho de no ser miembro del Partido, como sucedía en este caso, era una cuestión formal de la que yo no hacía uso en perjuicio de ningún buen ciudadano soviético ni de ninguna persona progresista.

—Camarada Bogomolets —le dije—, sabes que los caballos de nuestras granjas siguen muriéndose. Tenemos que hacer algo.

—¿Qué es lo que hay que hacer?

—No puedo creer que la ciencia sea totalmente impotente en esta cuestión. Seguramente, si hiciésemos un esfuerzo concertado, podríamos aislar y averiguar la causa de las muertes. Creo que debiéramos formar otra comisión para investigar. Ahora bien, me doy cuenta de que tus colegas temen ser designados para estas comisiones debido a que los miembros de las anteriores han sido arrestados. Pero si tú, el presidente de la Academia de Ciencias, te colocaras al frente de ella, estoy seguro de que se unirían de buena gana otros especialistas. Te prometo asistir en persona a las sesiones plenarias y escuchar los informes de nuestros científicos. El camarada Uspenski, comisario del pueblo para Asuntos Interiores, asistirá asimismo para evitar el peligro de que la comisión sea acusada de alguna cosa. Propongo tomar aún otra precaución: formaremos dos comisiones que trabajen simultáneamente. De ese modo se duplicará la posibilidad de encontrar la solución.

En realidad yo tenía otra razón para proponer dos comisiones paralelas. No excluía la hipótesis de que existiesen saboteadores y confiaba en que si en una de las comisiones lograba introducirse uno, no ocurriese lo mismo en la otra.

Bogomolets se mostró conforme, aunque sin mucho entusiasmo.

El Comisariado para la Agricultura de la U. R. S. S. aprobó la composición de las dos comisiones. Para estar absolutamente seguros, constituimos una tercera comisión formada por científicos rusos de Moscú y encabezada por el profesor Vertinski. Los tres grupos salieron hacia las granjas afectadas y empezaron a trabajar.

Algún tiempo después, una de las comisiones ucranianas, la del profesor Dobrotko, llegó a la conclusión de que los caballos enfermaban a causa de un hongo que se criaba en el heno húmedo.

—Cuando me di cuenta de que ésta podía ser la causa —me dijo el camarada Dobrotko—, yo mismo me contaminé con hongos para ver qué sucedía, y contraje una enfermedad muy parecida a la que está matando a los caballos.

El profesor Vertinski no estaba dispuesto a aceptar las conclusiones de Dobrotko. Vertinski era moscovita, y Dobrotko ucraniano. En aquella época la diferencia era todavía importante. Con el fin de evitar un choque entre ellos, sugerí la continuación de las investigaciones, hasta asegurarnos totalmente de que habíamos encontrado la solución.

Pasó mucho tiempo y, por fin, Vertinski me informó de que estaba de acuerdo con los descubrimientos de Dobrotko. Se concluyó la investigación en el campo y se preparó un informe en un pleno que se celebró en Kiev. El método para acabar con la enfermedad era sencillo: conservar seco el heno.

Stalin había seguido de cerca todo el asunto. Le preocupó mucho la noticia de que en Ucrania estaban envenenando los caballos. Cuando informé en Moscú de los resultados de la labor de nuestras comisiones, propuse que se condecorase a los diversos presidentes de las mismas. Efectivamente, el profesor Dobrotko fue recompensado con la orden de la Bandera Roja del Trabajo. En mi opinión, se merecía la Orden de Lenin. Propuse al profesor Vertinski para la Orden de Honor, aunque no había sido más que un catalizador en el proceso.

Había conseguido algo más que una victoria para la agricultura. Aquello constituyó una victoria moral y política. Pero, ¿cuántos presidentes de granjas colectivas, criadores de ganado, agrónomos, especialistas en ganadería y científicos habían perdido sus cabezas como saboteadores, antes de que yo interviniese y me hiciese cargo de la situación?

La sensación de desconfianza y traición en Ucrania tardó mucho tiempo en disiparse. Continuamente tropezaba con vestigios de la atmósfera que había habido durante las purgas. En Ucrania teníamos un médico que era también una figura política. Su nombre era Medved [apellido corriente que también significa «oso»]. Años más tarde formaría parte de la delegación ucraniana destacada en San Francisco con motivo de la fundación de las Naciones Unidas. Enojaba mucho a nuestros enemigos, que solían decir:

—¡Ya está gruñendo otra vez el oso ucraniano!

Realmente su voz era como la de un oso y su temperamento irascible estaba a tono con ella. En mi época se contaba en Ucrania una anécdota suya que revela hasta qué extremos había llegado la situación en el momento álgido de las purgas.

Cuando Medved era subjefe del Departamento de Sanidad Regional, no recuerdo si en Kiev o en Jarkov, una mujer se levantó en una reunión del Partido y, señalándole con el dedo, dijo:

—No conozco a ese hombre que está ahí, pero, por el aspecto de sus ojos, puedo afirmar que es un enemigo del pueblo [8].

8. Ejemplo altamente característico de la clase de denuncias maliciosas o histéricas que enviaron a millones de personas a la muerte o a los campos de trabajo.

Imagínense la situación. Afortunadamente, Medved no perdió la serenidad y respondió al instante:

—No conozco a esta mujer que acaba de denunciarme, pero, por el aspecto de sus ojos, puedo afirmar que es una prostituta.

En realidad utilizó una palabra más expresiva. Probablemente salvó su vida gracias a esta rápida respuesta. Si se hubiera puesto a la defensiva, protestando de que no era enemigo del pueblo, habría caído aún más en sospecha y la denunciante se hubiera sentido alentada a acusarle, sabiendo que no sería responsable de lo que ocurriese.

Estas cosas eran cada vez menos frecuentes después de mi llegada a Ucrania y de que Uspenski fuera destituido de su cargo de comisario del pueblo para Asuntos Interiores.

Tengo que decir algo acerca del sucesor de Uspenski, Serov, castigado durante mi mandato. Creo que, a pesar de sus equivocaciones y descuidos, era un camarada honrado, incorruptible y en quien se podía confiar. Persona sencilla hasta la ingenuidad, la primera vez que tuve contacto con él era todavía joven e inexperto. Acababa de graduarse en la Academia de Artillería. Figuraba entre los movilizados cuando empezamos a reclutar militares para que sirviesen en la NKVD. Naturalmente, carecía de experiencia en el servicio de seguridad, lo que para él representaba una ventaja y un inconveniente a la vez. Antes de que le destinaran a dicho servicio, la gente había adquirido una experiencia que resultaba perjudicial para el país, para el Partido y para sí misma. Tenían, por ejemplo, enorme práctica en el montaje de provocaciones, en arrestar a personas inocentes y arrancar confesiones mediante complicadas torturas. Los predecesores de Serov en la NKDV no eran necesariamente hombres crueles, pero se habían convertido en autómatas. Sólo les guiaba un pensamiento:

—Si no hago esto a los demás, otros me lo harán a mí; es mejor que lo haga yo antes de que me lo hagan a mí.

Asusta pensar que en nuestra época, en nuestra era socialista, comunistas consagrados al Partido pudieran obedecer no a los dictados de su conciencia o de su razón, sino a los temores por su pellejo, como si fueran animales. Con el fin de proteger sus vidas, husmeaban las de personas inocentes. Afortunadamente, Serov no era un producto de aquel período y de aquella mentalidad [9].

9. I. S. Serov, oficial del Ejército Rojo, fue trasladado de la Academia Militar de Frunze a la NKVD en 1938. Su ascenso en la jerarquía fue rápido y se le envió para suceder a Uspenski, tras un breve interregno, como jefe de la NKVD ucraniana, trabajando junto a Kruschef en 1939. Sobre la naturaleza de sus actividades en Ucrania, véase el capítulo siguiente. No fue un entusiasta del asesinato. Era esencialmente un organizador y un administrador bien dotado, indiferente, cínico, absolutamente despiadado, que mataba sin pestañear cuando era necesario, que organizaba deportaciones en masa de modo rutinario y que aparecía después en reuniones sociales como un compañero amistoso, amable y divertido. Cuando el

Con su ayuda pude reorganizar Ucrania. La industria empezó a cumplir sus cuotas y la situación agraria empezó a estabilizarse. Disminuyeron las represiones y las filas del Partido y de la administración se fueron completando hasta alcanzar su dimensión normal.

El académico Paton

Aquí podemos ver al hombre de acción que hay en Kruschef. Son muy correctas sus observaciones acerca de la pérdida de tiempo causada por las interminables reuniones de enseñanza doctrinal, en las que se obligaba a participar a hombres ya muy atareados. Tal estado de cosas se ha prolongado hasta hoy. Al rechazar indignado que se diese su nombre a un nuevo puente en Kiev, es posible que Kruschef olvidara que en los días en que él mandaba en Ucrania alentó un formidable «culto» a su propia personalidad, representado a su vez por algunos de sus compañeros que vivían más próximos a la sombra de Stalin, en Moscú.

Poco después de tomar posesión de mis cargos en Ucrania, un famoso ingeniero mecánico llamado Yevgueni Oscarovich Paton vino a verme a mi despacho. Era un hombre macizo, con el pelo gris, ya entrado en años; su cara recordaba la de un león, y sus ojos eran brillantes y penetrantes. Me saludó e inmediatamente sacó de su bolsillo un objeto metálico que echó sobre la mesa.

—Mira esto, camarada Kruschef, mira lo que nuestro Instituto es capaz de hacer. Este es un trozo de una barra de hierro de diez milímetros de grueso. ¡Mira qué bien la hemos soldado!

Examiné la unión atentamente. Como metalúrgico que soy, había inspeccionado muchas veces las juntas de soldadura. La costura era tan lisa como si la barra hubiera sido fundida de una sola pieza.

—Es un ejemplo de soldadura por fusión —dijo el académico Paton.

Yo no había oído nunca aquella expresión y le pregunté por su significado. Paton, fecundo inventor, explicó que había ideado una técnica de soldadura

---

Ministerio de Seguridad del Estado (MGB) fue transferido al Comité de Seguridad (KGB) después de la muerte de Stalin, Kruschef designó a Serov para su jefatura. Su tarea consistió entonces en comportarse con relativa suavidad donde antes había actuado con absoluta crueldad. Pero cuando se presentó la ocasión, como sucedió en Hungría en 1956, demostró seguir siendo capaz de arrestar y matar tan eficazmente como siempre. Fue destituido en 1958 por razones desconocidas.

nueva y muy mejorada. Me dibujó un boceto en el que mostraba cómo podíamos fabricar soldadores por fusión portátiles para trabajar en los barcos y en los puentes. El académico Paton me entusiasmó en el sentido liberal de la palabra. Toda mi vida me había fascinado la metalurgia. Mi padre quería que fuese zapatero, pero yo preferí ser aprendiz mecánico. Una vez, de muchacho, me hice una bicicleta con motor juntando trozos de chatarra. Desde el momento en que nos conocimos supe que el académico Paton era hombre de mi hechura. Decidí, entonces, hacer lo posible para que su invento recibiese la atención merecida.

En cuanto fui a Moscú, le hablé del asunto a Stalin. Este, complacido, me preguntó si yo consideraba a Paton competente para desempeñar el cargo de delegado ante el Consejo de comisarios del pueblo:

—¿Será capaz de dirigir y someter a todos los burócratas si le concedemos poder ilimitado para introducir su nuevo sistema de soldadura en nuestras fábricas y en nuestras construcciones?

—Por lo que yo he visto, camarada Stalin, los burócratas no tienen nada que hacer contra él.

De ese modo, se le dio a Paton autoridad para introducir la soldadura por fusión en nuestra industria. Un día le expuse la idea de utilizarla para construir el cuerpo de los carros de combate en la cadena de montaje.

—Dime, camarada Paton, ¿crees que tu técnica daría resultado con el acero de los carros de combate?

—Tendré que estudiarlo. ¿Qué grueso tiene la coraza?

—Unos cien milímetros, quizá.

—Eso puede suponer una dificultad, pero lo probaremos. Creo que podremos hacerlo.

Le envié a la fábrica de carros de combate de Jarkov y pedí al organizador del Partido allí, camarada Yepichev (que hora es jefe del directorio político del ejército soviético), que le presentase a los proyectistas y supervisores. Este fue el principio de una fase crucial en la carrera del académico Paton, cuyo papel en la guerra fue de suma importancia. Gracias a las mejoras que introdujo en nuestra producción de carros, éstos empezaron a salir de las cadenas de montaje como rosquillas del horno. Cuando tuvimos que evacuar nuestra industria de Jarkov, al comienzo de la guerra, se trasladó con nuestros talleres de vehículos blindados a los Urales.

En 1943 Paton estaba en Moscú cuando Stalin me hizo acudir a la capital, desde el frente, para consultarme. Paton solicitó verme y me trajo una carta que había escrito al Comité Central. He aquí lo que decía en ella:

«En 1917 no me tomé en serio la Revolución. Mi padre era un cónsul zarista en Italia y yo era un producto del antiguo régimen; la mía era una anti-

cuada educación zarista. No simpaticé con la Revolución de Octubre; pero tampoco tomé parte en ninguna actividad antisoviética. Sin embargo, cada año que pasaba me sentía más atraído por el Poder Soviético. Hasta ahora no creí merecer confianza especial o reconocimiento por parte del Partido (nunca he olvidado mi miopía de los primeros días de la Revolución). Pero desde hace mucho tiempo estoy del lado del Poder Soviético y considero que he contribuido recientemente de un modo importante a la defensa de nuestro país, ayudando a producir carros de combate. Por consiguiente, creo haber ganado el derecho moral de dirigirme al Partido con la petición de ser admitido en sus filas. Incluyo una solicitud para el ingreso y pido su apoyo al Comité Central.»

No hace falta decir que no sólo me sentí complacido, sino que su declaración me conmovió profundamente. Le dije que estaba seguro de que sería aceptado. Llevé en seguida la carta a Stalin, que evidentemente también se conmovió, aunque rara vez dejaba traslucir sus emociones. Se limitó a decir:

—Así es que Paton desea pertenecer al Partido. No veo ninguna razón por la que no deba concedérsele ese deseo. Propongo que dictemos un decreto especial admitiéndole como miembro de pleno derecho, eximiéndole del usual período de prueba.

Existía entonces un período obligatorio de prueba, o «candidatura», de dos años de duración para todos los que, procediendo de la burguesía o de la «intelligentsia», solicitaban ser admitidos en el Partido. En el caso de Paton se hizo una excepción.

Al terminar la guerra, Paton volvió a su trabajo como científico de la Academia Ucraniana de Ciencias, de la que posteriormente fue vicepresidente. Poco tiempo después sucedió una gran desgracia a Ucrania y en particular a la comunidad científica ucraniana: la muerte del camarada Bogomolets, presidente de la Academia. La especial consideración que yo tenía por el académico Paton indujo a pensar a muchas personas que éste sería nombrado sucesor.

Debo decir que Paton era una figura discutida en la Academia. Las opiniones estaban divididas. Recuerdo que, en cierta ocasión, el que fue jefe de la sección de propaganda del Comité Central ucraniano se quejó de él. Dijo que se había mostrado irrespetuoso con el Comité Central marchándose de una reunión del Partido a la que había sido invitado.

—¿Qué clase de asuntos se discutían en la reunión? —pregunté yo.

—Varias cuestiones pertenecientes al terreno ideológico.

—No es extraño que se marchase. El camarada Paton no puede perder su tiempo en reuniones como ésa. Probablemente pensó que debía volver a su trabajo científico.

El incidente era típico en él. No tenía paciencia para esas discusiones infructuosas y abstractas en las que gran número de personas tontas y pretenciosas

se sentaban alrededor de una mesa para jugar a eruditos. Y esas personas se sentían amenazadas por él.

Pudimos haber conseguido que fuese elegido presidente de la Academia ejerciendo la presión necesaria; pero decidimos que era mejor no hacerlo. Además, Paton no aspiraba a ser presidente. Estaba entregado a su trabajo científico y a la dirección de su Instituto.

Cuando murió, se estaba terminando un puente en Kiev, el más grande de la ciudad, totalmente soldado y sin un solo remache. Los ucranianos pensaban ponerle mi nombre. Me asombró, porque acabábamos de aprobar un decreto prohibiendo la dedicación de factorías, servicios públicos, granjas colectivas y otras empresas a miembros del Partido o gobernantes en activo. Incluso habíamos cambiado algunos nombres inapropiados. Es decir, conseguimos acabar con la perniciosa competencia, comenzada en la época de Stalin, de los que querían verse perpetuados en fábricas, ciudades y granjas colectivas.

Dije a los ucranianos que poniéndole mi nombre al puente violaría directamente un decreto del Comité Central. Yo era tanto más contrario a la idea por cuanto había sido yo quien propuso el decreto. No es difícil imaginar en qué postura me colocaban. ¿Por qué no le daban el nombre del académico Paton?

Eso es lo que hicieron. El puente está hoy, como ellos dicen, vivo y sano, y las personas que lo cruzan recuerdan con respeto y gratitud al hombre que lo hizo posible, al padre de la soldadura industrial de la Unión Soviética: el académico Yevgueni Oscarovich Paton.

Deficiencias en la industria de neumáticos

La extensa anécdota que sigue muestra a Kruschef en acción como industrial práctico, ayudando en las naves de las fábricas, dando órdenes y enseñando al director su propio oficio. Es un ejemplo del derroche que supone la lucha por sobrepasar las cifras del plan, con descuido de la calidad. Y el estado extremadamente precario de la industria soviética en 1939, después de los dos primeros planes quinquenales, en los que los mejores recursos del país se concentraron en la construcción de una industria pesada. Asimismo revela cómo Stalin resolvía las cosas de una manera superficial, utilizando a sus más poderosos ayudantes para tareas insignificantes y tapando huecos a medida que éstos se presentaban. Kruschef era entonces miembro de pleno derecho del Politburó, así como virrey de más de cuarenta millones de almas en Ucrania; sin embargo, fue apartado de su propio alguacilazgo y enviado a una fábrica de neumá-

ticos de Yaroslavl para informar de sus deficiencias. Así de desconfiado era Stalin y así de inestable el suelo que pisaban los administradores competentes en aquellos días.

HUBO un tiempo, antes de la guerra, en el que a los miembros del Politburó y del Comité Central les estaba prohibido viajar en avión. Todo empezó cuando Mikoyan permitió que un piloto le diera un paseo aéreo de recreo por Bielorrusia. Los periódicos dieron cuenta del incidente. Cuando Stalin leyó que uno de sus hombres había estado realizando toda clase de acrobacias aéreas, le dio a Mikoyan una fuerte reprimenda y prohibió que los miembros del Comité Central y los primeros secretarios de las repúblicas utilizaran el avión para sus desplazamientos. La orden me contrarió mucho, porque a mí me gustaba volar. Durante una temporada tuve que utilizar el tren o el automóvil para ir de Kiev a Moscú.

Alexandr Gueorguievich Zhuravlev fue mi chófer durante casi treinta y tres años. Mis hijos solían llamarle tío Sacha. Sabía bien su oficio y le gustaba. Contaba con mi respeto y mi confianza.

Durante un viaje a Moscú en 1939, Alexandr Guerorguievich me dijo que los neumáticos que nos entregaban para nuestros coches se desgastaban en seguida. Reventaban por los costados cuando todavía estaban casi nuevos. Le dije a Stalin que semejante defecto de fabricación nos estaba costando mucho tiempo y dinero.

A Stalin no le gustaba que nadie criticase algo que hubiera sido fabricado en la Unión Soviética. Escuchó mi queja con evidente desagrado. Luego, enfadado, me ordenó que resolviese la situación y encontrara a los culpables. Me dijo:

—¿De modo que también tú criticas nuestra fabricación de neumáticos? Todo el mundo la critica. Te vamos a ordenar que te ocupes personalmente del caso. Averigua qué sucede y recomienda las medidas necesarias para evitar estos defectos y asegurar la producción de neumáticos de buena calidad.

Yo le respondí:

—Camarada Stalin, aceptaría con gusto esta misión, pero no estoy familiarizado en absoluto con la industria del caucho ni con la fabricación de neumáticos. Tengo algo que ver con la minería del carbón, con la metalurgia y con la construcción, pero desconozco por completo la industria de los neumáticos.

—Entonces familiarízate con ella. Ocúpate del asunto inmediatamente. No regresarás a Ucrania mientras no hayas resuelto este problema.

Se redactó una resolución por la que se creaba una comisión en la que se me confirmaba como presidente. Yo estaba un poco preocupado. No sabía cuán-

to tiempo me iba a llevar el resolver el problema ni si sería capaz de resolverlo. Convoqué la comisión y cité a varios especialistas de las fábricas de neumáticos de Yaroslavl, de Leningrado, de Moscú y de varios ministerios. Con la ayuda del Comité Central reuní a todo el que sabía algo sobre producción de neumáticos. Nuestras consultas se efectuaron en la sede del Comité Central. Todos tuvieron ocasión de exponer sus puntos de vista. Recuerdo que el director de la fábrica de Yaroslavl me causó buena impresión desde el primer momento.

Después de la primera ronda de consultas, informé a Stalin de lo que cada uno había dicho y a continuación expuse mis propias consideraciones. Stalin me sugirió que fuese a Yaroslavl y resolviese el asunto sobre el terreno.

—La fábrica de neumáticos de Yaroslavl es la mejor que tenemos.

Así es que fui a Yaroslavl. Llevé conmigo algunos especialistas de Moscú. Era secretario del Comité regional del Partido el camarada Patolichev, el mismo que muchos años después habría de ser ministro de Comercio Exterior. La presidencia del Comité ejecutivo la ostentaba un joven armenio, ingeniero metalúrgico, lo mismo que Patolichev. Ambos me causaron excelente impresión. Inmediatamente les expuse el motivo de mi presencia en Yaroslavl y solicité su ayuda.

Ante todo, quise ver cómo se fabricaba la cubierta exterior de caucho de los neumáticos. Le dije al director de la fábrica que no me describiese todo el proceso en aquel momento.

—Sería una pérdida de tiempo. Limítese a acompañarme a lo largo de la cadena de producción. Quiero empezar desde cero.

Examiné toda la cadena de producción, deteniéndome aquí y allí y observando a los operarios que desempeñaban las tareas que más me interesaban. No disponía de tiempo suficiente para observar el proceso de vulcanización, por lo que confié a los especialistas que me pusieran al corriente de esa materia.

Me interesé de un modo particular en la técnica utilizada para la aplicación del cordón a los neumáticos. Observé durante largo rato a los obreros. Trabajaban rápida y diestramente, sin mirar siquiera sus manos, que se movían como las de los músicos. Después de admirarles les pregunté acerca de los planes de producción de lo que estaban haciendo. Me explicaron cuántas capas de cordón se aplicaban y cuál era su utilidad. Sobre esta base tuve la sensación de haber dado con un punto débil. Había visto la rapidez con que aplicaban los cordones y sabía que tenían que adaptarlos y extenderlos uniformemente. Si los cordones se aplicaban por igual, se puede multiplicar la duración de un cabo por el número total de cabos y así tendremos la capacidad de resistencia de toda la capa. Sin embargo, si una capa se aplica de un modo desigual, cada cabo trabajará por sí mismo y los cordones se romperán uno por uno. Ese era

el motivo de que los neumáticos fallaran. Existían, además, otros problemas; pero éste era el principal.

Llamé al director de la fábrica.

—Camarada Mitrojin, déjame ver el manual de instrucciones que estáis utilizando para la fabricación de los neumáticos. Quiero ver qué clase de proceso de producción se recomienda. Puesto que hemos comprado en Norteamérica el equipo para esta fábrica, los norteamericanos deben haber recomendado el procedimiento que hemos de utilizar.

—Sí. Tenemos todas las instrucciones.

—Entonces verifica esas instrucciones con los procedimientos empleados ahora e infórmame exactamente de los cambios que se hayan introducido en el sistema recomendado.

Según el informe de Mitrojin, se habían producido algunas alteraciones en las instrucciones dadas por la empresa norteamericana. Habían sido eliminadas algunas capas de cordones por estimarse que el número de las que se dejaban era suficiente para garantizar la duración. La cantidad de cordón de refuerzo había sido disminuida en los bordes. Se habían suprimido algunos anillos. Y todo para abaratar la fabricación. Inmediatamente me di cuenta de que habíamos encontrado la causa del defecto.

—¿Cuándo se hicieron estos cambios? —pregunté.

—El camarada Kaganovich vino en viaje de inspección y estudió nuestros métodos de producción. El fue quien recomendó los cambios.

Esto ocurrió cuando Kaganovich era jefe del comisariado del pueblo para los Transportes. Había llevado consigo a Sergo Ordzhonikidze a la factoría de Yaroslavl.

—Muy bien —dije yo—, dame las actas oficiales de su reunión con Kaganovich para que pueda informar al camarada Stalin y al Comité Central. A partir de ahora debéis seguir exactamente el método de producción utilizado en los Estados Unidos.

Durante mi visita a la fábrica observé que en ella, como en cualquier otra, existía un cuadro de honor con las fotografías de los mejores productores. Le pregunté al director:

—¿En qué nivel de productividad se hallan tus obreros en relación con los norteamericanos en la aplicación de los cordones a los neumáticos?

Me respondió que habíamos dado un paso de gigante en este sentido.

Preparamos el borrador de una resolución basada en nuestras averiguaciones y regresé a Moscú. Cuando informé a Stalin, subrayé que se estaban produciendo neumáticos de mala calidad debido a que, en nuestro deseo de economizar, habíamos alterado el procedimiento de producción recomendado por la empresa vendedora del equipo empleado. Habíamos «corregido» a los fabrican-

tes norteamericanos y «mejorado» su procedimiento, con el resultado de que cada uno de sus neumáticos duraba diez veces más que uno de los nuestros.

Le comuniqué después que consideraba una equivocación tratar de elevar excesivamente las tasas de productividad y producción. Debíamos procurar no economizar en la fabricación ni elevar la productividad a expensas de la calidad. Es posible que los obreros de las fábricas de neumáticos hubieran sobrepasado su cota, pero también se habían extralimitado. Nuestros obreros debían haber sido estimulados a prestar más atención a la calidad cuando aplicaban el cordón a los neumáticos. Para conseguirlo necesitábamos bajar sus cotas de producción. La experiencia nos enseñó que si se apunta hacia un determinado nivel de productividad en perjuicio de la calidad, el producto resulta defectuoso. Todos los obreros que figuraban en el cuadro de honor de la fábrica estaban, en realidad, estropeando lo que producían, reduciendo el rendimiento de nuestros automóviles e impidiendo el uso eficaz del parque móvil.

Stalin me escuchó atentamente. Pude observar cuánto le irritaba lo que le decía y comprendía la razón. Todo hombre que tiene a su cargo la responsabilidad del bienestar de la nación —especialmente el que ocupa el cargo más alto— debe sentirse molesto por esta clase de noticias. Tan sólo me dijo:

—Estoy de acuerdo contigo. Puedes exponer tus sugerencias y las aprobaremos.

En el informe recomendé que fueran rebajadas las cotas de producción, que se elevasen las tarifas de salarios de los obreros y que se tomara toda una serie de medidas de acuerdo con las indicaciones de los especialistas de la fábrica, los Institutos de investigación científica y los Comisariados del pueblo.

Stalin dijo entonces:

—Debemos aprobar una resolución que desautorice entre los obreros la excesiva preponderancia de la cantidad sobre la calidad y que prohiba los cuadros de honor en esa fábrica de neumáticos.

En otra ocasión yo habría estado en contra de esto. Siempre había sido un argumento leninista que la competencia es saludable para la productividad y que ésta es la base del desarrollo industrial. No obstante, aprobé la postura de Stalin en este caso particular.

Me complació localizar y eliminar, con ayuda de los especialistas, el punto débil en la fabricación de neumáticos. Ya entonces comprendíamos que se avecinaba la guerra, y que en tiempo de guerra la movilidad del ejército depende de la calidad de la industria del transporte. Comprobé con satisfacción que en cuanto se pulieron los defectos y se restauraron los apropiados métodos de producción, empezaron a salir de la fábrica neumáticos duraderos de alta calidad. Realizamos pruebas en varias fábricas para ver cuánto duraban los neumáticos sin reparación. Si los resultados de la prueba eran positivos, la fábrica

recibiría un premio que alcanzaría a todos los obreros, colectivamente, por su contribución al bien común.

Poco después, Mitrojin, el director de la fábrica de Yaroslavl, fue nombrado comisario de la Industria Química. Me complació que Stalin no hubiese olvidado mi recomendación y le hubiese destinado a un puesto de tanta responsabilidad.

Este episodio, en relación con toda nuestra industria manufacturera, afectaba a una cuestión de poca importancia, pero de gran significación para mí. Lo he contado para demostrar cómo Stalin fue algunas veces capaz de enfocar los problemas de un modo consciente y desde un punto de vista propio del auténtico estadista. Era un celoso amo y señor del Estado y luchó contra la burocracia, la corrupción y los defectos de todas clases. Fue un gran hombre, un gran organizador y un caudillo; pero también un déspota. A menudo luchó con métodos severos contra el primitivismo que todavía afligía a nuestra industria. En su deseo de velar por el bienestar del Estado, fue despiadado al corregir todo defecto que llegaba a su conocimiento. Pero no debe olvidarse que, como déspota, Stalin causó también mucho daño, especialmente en la forma de tratar a los mandos del Partido y del ejército. Todo ello fue consecuencia de su morbosa desconfianza de las personas.

Todavía tenemos problemas de productividad y producción. El lector habrá visto en más de una ocasión cómo hombres y mujeres se entregan a la tarea de desincrustar el hielo del pavimento con una palanca de pie de cabra. Este es un trabajo improductivo. Tales cosas le hacen a uno sentirse incómodo. En este país se ha trabajado para mecanizar los complicados procesos de producción, se han creado máquinas que hacen más fácil el trabajo y se han construido los primeros satélites artificiales; pero no hemos logrado todavía reemplazar la palanca de pie de cabra y la pala por la máquina. Prestamos poca atención a esas cosas, que consideramos triviales. ¿Pero lo son en realidad? No, las «cosas triviales» como ésta constituyen la ocupación de muchas personas.

5

Preludios de la guerra

Relaciones germano-soviéticas

Es evidente que durante los inseguros años que precedieron a la guerra, Kruschef prestó poca atención a los asuntos extranjeros, pues todo su interés se centraba primero en Moscú y luego en Ucrania. Stalin apenas le hablaba de lo que estaba sucediendo. Por eso no tiene nada que decir acerca de la subida de Hitler al poder ni de la campaña de «seguridad colectiva» de Litvinov. Comienza con el pacto Molotov-Ribbentrop de agosto de 1939, que sembró la confusión en Europa y dio a Hitler vía libre para invadir Polonia. La invasión tuvo lugar el 1 de septiembre de 1939. Inglaterra y Francia declararon la guerra a Alemania el 3 de septiembre. El Ejército Rojo se trasladó al Este de Polonia el 17 de septiembre. En sus comentarios acerca de los móviles y comportamiento de la Unión Soviética, Alemania, Inglaterra y Francia, Kruschef refleja la aceptación de la línea soviética.

MUCHO antes de que Hitler y nuestros enemigos comenzaran realmente a prepararse para atacarnos, se había visto palpablemente que era inevitable la guerra. Desde que los fascistas llegaron por primera vez al poder en Alemania, sabíamos que más pronto o más tarde la guerra se dirigiría contra nosotros. En su libro *Mein Kampf* que me desagradó tanto que no pude terminar de leerlo, Hitler describe minuciosamente sus planes de agresión mundial, así como la filosofía misantrópica que le servía de móvil. Se fijó a sí mismo el deber de aniquilar al comunismo y asaltar su fortaleza, la Unión Soviética, y juró cumplirlo. Al subir al poder, Hitler procedió inmediatamente a organizar el ejército, sin que ello constituyera ningún secreto. En toda Alemania tenían lugar clamorosos desfiles militares y discursos belicosos que amenazaban a la Unión Sovié-

tica. *Mein Kampf* no aludía para nada a la coexistencia pacífica con nosotros. Hablaba de reducirnos a polvo. Y no fue un cambio de opinión lo que movió a Hitler a enviar a Ribbentrop a Moscú el 23 de agosto de 1939. Seguía siendo el mismo Hitler, con idéntica visión de sí mismo como guerrero y conquistador, destinado a liberar a Rusia del bolchevismo.

La primera vez que oí hablar de Ribbentrop fue la víspera de su llegada. Encontrándome un sábado en la dacha de Stalin, me dijo éste que Ribbentrop llegaba en avión al día siguiente. Sonreía mientras me observaba de cerca para ver qué impresión me producía la noticia. Al principio me quedé sin habla. Le miré fijamente, pensando que bromeaba. Luego dije:

—¿Por qué desea visitarnos Ribbentrop? ¿Acaso se ha pasado a nuestro lado?

—No —dijo Stalin—, Hitler ha enviado un mensaje diciendo: «Sr. Stalin, le ruego reciba a mi ministro Ribbentrop, quien le llevará propuestas concretas.» Hemos quedado de acuerdo en reunirnos con él mañana.

Advertí a Stalin que tenía planeado ir de caza al día siguiente con Bulganin y Malenkov al coto de Vorochilov. Me respondió:

—Vete. No habrá nada que tengas que hacer por aquí mañana. Molotov y yo nos reuniremos con Ribbentrop y veremos lo que tiene que decirnos. Cuando vuelvas de cazar, te pondré al corriente de las ideas de Hitler y del resultado de nuestra conversación con Ribbentrop.

Aquella misma noche, Bulganin, Malenkov y yo nos dirigimos a cazar a la finca situada en Zavidova. Al llegar nos encontramos con que Vorochilov estaba ya allí, por lo que no podía haber estado con Stalin y Molotov para la reunión con Ribbentrop [1]. En el coto había además otros mariscales y generales; y todos juntos nos fuimos a la cacería. Hacía un día magnífico. La temperatura era templada y la caza resultó un verdadero éxito, especialmente para mí. No quisiera que se me interpretase mal: no me gusta alardear de mi pericia como cazador, pero aquel día cobré un pato más que Vorochilov. Digo esto simplemente porque la prensa había comenzado ya a considerar a Vorochilov como el número uno de nuestros tiradores.

Al terminar la cacería nos dirigimos directamente a la dacha de Stalin. Yo sabía que Stalin nos reuniría a todos para la cena; así pues, me llevé los patos para compartirlos aquella noche con los demás miembros del Politburó. Relaté

1. Cuando Ribbentrop voló a Moscú, las delegaciones de Gran Bretaña y Francia imaginaron que aún negociarían en silencio con los rusos en un trasnochado y frío intento por parte de los gobiernos británico y francés de llegar a una alianza con ellos. El mariscal Vorochilov, comisario del pueblo para la Defensa, era el portavoz ruso en las conversaciones con británicos y franceses. Es interesante saber que acudió precipitadamente el día en que se firmó el pacto Ribbentrop-Molotov mientras los británicos y franceses, ignorantes de todo, esperaban impacientes.

a Stalin los incidentes de la cacería y me jacté bromeando acerca de los éxitos conseguidos. Stalin estaba de muy buen talante y a su vez estuvo gastando bromas. Generalmente, su actitud hacia la caza dependía del humor en que se encontrara. Si estaba de muy buen humor, hasta podría pensar en la posibilidad de ir él también de caza. Pero otras veces permanecía en casa quejándose amargamente contra los cazadores. Su oposición ocasional a la caza no se basaba en su convicción de que toda vida es sagrada ¡ni mucho menos!, sino simplemente en que, a su parecer, la caza representaba una pérdida de tiempo. Por supuesto, por lo que a pérdida de tiempo se refiere, creo que nunca ha existido un jefe con un puesto de responsabilidad similar, que perdiese más tiempo que Stalin sentado a la mesa comiendo y bebiendo.

Como quiera que fuese, nos reunimos para cenar en casa de Stalin aquel domingo de agosto de 1939; y mientras nuestros trofeos de caza eran preparados para presentarlos a la mesa, Stalin nos informó que Ribbentrop había traído un borrador de tratado de amistad y no agresión que había sido firmado por nosotros. Stalin parecía estar satisfecho de sí mismo. Afirmó que cuando los ingleses y franceses que aún permanecían en Moscú se enteraran del tratado al día siguiente, volverían a su país inmediatamente. Los representantes de Inglaterra y Francia que habían venido a Moscú para conversar con Vorochilov no deseaban en absoluto unirse a nosotros en contra de Alemania. Nuestras conversaciones con dichos representantes resultaron infructuosas. Sabíamos que no pensaban seriamente en una alianza con nosotros y que su verdadera meta era incitar a Hitler contra nosotros. Por lo tanto, nos alegrábamos mucho de verlos marchar.

Así fue cómo se realizó el Pacto Ribbentrop-Molotov, como lo denominaron en Occidente. Sabíamos perfectamente que Hitler se proponía engañarnos con el tratado. Yo mismo oí decir a Stalin:

—Por supuesto, todo ello es un juego que consiste en ver quién engaña a quién. Conozco las intenciones de Hitler. Se cree más listo que yo, pero en realidad soy yo quien le ha hecho una jugarreta.

Stalin nos manifestó a Vorochilov, a Beria, a mí y a algunos miembros más del Politburó, que a causa de este tratado, la guerra quedaba soslayada por nuestra parte al menos por algún tiempo [2]. Podíamos permanecer neutrales y conservar nuestro poder. Más adelante, ya se vería.

Como es natural, había quien pensaba que si Hitler deseaba negociar con nosotros era porque temía verdaderamente que le atacáramos. Esta interpretación del tratado nos halagaba en gran manera. Mucha gente en la Unión Soviética lo creía firmemente y se felicitaban por ello. Pero nosotros, los jefes

2. La guerra a que se refiere Kruschef aquí es, desde luego, la «Gran Guerra Patriótica» entre Rusia y Alemania que no estalló hasta junio de 1941.

del Gobierno, estábamos mejor enterados, y no nos engañábamos. Sabíamos que existía la posibilidad de vernos arrastrados a la guerra, aunque supongo que Stalin tenía la esperanza de que Inglaterra y Francia agotasen a Hitler y frustrasen su plan de aplastar primero al Occidente y volverse después hacia el Este. Seguramente esta esperanza de Stalin formaba parte de la estrategia oculta tras nuestro acuerdo de firmar el tratado.

Creo que el Pacto Ribbentrop-Molotov de 1939 era históricamente inevitable, dadas las circunstancias del momento; y que bien analizado, era favorable a la Unión Soviética. Resultaba como una táctica de ajedrez: de no haber llevado a cabo la jugada, la guerra hubiera estallado mucho antes con gran desventaja para nosotros. Y en cambio así conseguimos una tregua. En mi opinión, la inmensa mayoría del Partido consideraba la firma del tratado tácticamente prudente por parte de Rusia, si bien nadie se atrevía a manifestarlo así en público. Ni siquiera podíamos aludir al tratado en las reuniones del Partido. El explicar sinceramente y en estilo periodístico los motivos que teníamos para firmar el tratado, hubiera resultado ofensivo; y además, nadie nos hubiera dado crédito. Para nosotros, como comunistas, como antifascistas, como pueblo inalterablemente opuesto a la posición filosófica y política de los fascistas, era muy duro admitir la idea de unir nuestras fuerzas a las de Alemania. Nos resultaba realmente difícil admitir esta paradoja. Y hubiera sido imposible explicársela al hombre de la calle. Por lo tanto, no podíamos admitir con sinceridad que habíamos llegado a un acuerdo de coexistencia pacífica con Hitler. Era posible la coexistencia con los alemanes en general, pero no con los fascistas hitlerianos.

Por su parte, los alemanes hacían asimismo uso del tratado como maniobra para ganar tiempo. Su idea era dividir y conquistar las naciones que se habían unido contra Alemania durante la primera Guerra Mundial y que posiblemente volverían a unirse contra ella. Hitler quería habérselas con sus adversarios de uno en uno. Estaba convencido de que Alemania había sido vencida en la primera Guerra Mundial por tratar de luchar en dos frentes a la vez. El tratado firmado con nosotros representaba su intento de limitar la guerra que se avecinaba a un solo frente.

Durante todo este tiempo, los ingleses, los franceses y toda la prensa burguesa trataban de instigar a Hitler contra la Unión Soviética, pregonando que «Rusia no era sino un gigante con pies de barro». El deseo de Inglaterra y Francia hubiera sido quedarse quietas y observar cómo Alemania y la Unión Soviética se atacaban y aniquilaban mutuamente. Tanto los ingleses como los franceses se frotaban las manos de placer ante la perspectiva de permanecer agazapados mientras la furia de Hitler cobraba su tributo con nuestra sangre, nuestro territorio y nuestra prosperidad. Considerando la guerra como un juego, la situación podía plantearse del siguiente modo: habíamos apostado por la posi-

bilidad de escudarnos tras el tratado y escapar a las balas que pronto se habrían de disparar, evitando así el destino que los poderes occidentales creían que nos aguardaba. Si hubiera ocurrido así, creo que el tratado Ribbentrop-Molotov hubiera estado totalmente justificado.

Cuando Hitler se dirigió por primera vez a nosotros con vistas a un tratado, lo hizo por medio del embajador alemán en Moscú, Schulenburg. Como lo ha demostrado la Historia, Schulenburg era partidario de fortalecer las relaciones pacíficas entre Alemania y la Unión Soviética [3]. No hay duda de que se oponía a los planes de Hitler de ir a la guerra contra nosotros. Cuando Molotov solicitó su presencia para discutir algunos puntos referentes al tratado, Schulenburg se llenó de satisfacción y exclamó:

—¡Dios mismo ha acudido en nuestro auxilio!

Por entonces creíamos que estaba representando una comedia, pero luego nos dimos cuenta de que su alegría acerca del tratado era sincera. Comprendía la necesidad de establecer las relaciones de Alemania con la Unión Soviética sobre una base de paz, de amistad, y más que nada sobre un principio de no agresión obligatorio por ambas partes. Seguramente expuso sus puntos de vista a Hitler en algún momento, pero Hitler no le prestó atención. Schulenburg tomó parte en el complot contra Hitler en 1944. El complot falló, y Schulenburg fue uno de los ejecutados.

Durante el período inmediatamente posterior a la firma del tratado, Stalin y Hitler cumplieron, al menos en apariencia, sus mutuos compromisos de acuerdo con lo estipulado. Según mis recuerdos, hubo un intercambio de información bastante amplio. Molotov se comunicaba frecuentemente con Stalin en estos términos: «Schulenburg dice... Schulenburg ha transmitido...», etc. Naturalmente, Schulenburg tenía mucho mayor interés en recibir nuestra información que en comunicárnosla.

Recuerdo que en una ocasión, estando yo con Stalin, Molotov nos contó que había llamado a Schulenburg para que fuera a verle a su oficina. Al llegar, Schulenburg observó que los taquígrafos estaban transcribiendo emisiones de radio, y preguntó:

—¿Cómo es que necesitan ustedes tomar las emisiones en taquigrafía...?

De pronto, se interrumpió, pero Molotov tomó nota del incidente, pues por la observación que involuntariamente había hecho Schulenburg comprendió que los alemanes disponían de algún medio mecánico para grabar emisiones radiofónicas y que, por tanto, no necesitaban taquígrafos. Hasta después de la guerra no supimos de la existencia de cintas grabadoras, lo que explicaba que el espionaje alemán hubiese hecho uso de las transmisiones radiofónicas con mucho

3. El conde Werner von der Schulenburg hizo desde luego todo lo posible para mantener la paz entre Alemania y Rusia.

mayor provecho que nosotros. Los radiogramas secretos se transmiten a gran velocidad, tanta que es imposible que pueda tomarlos un taquígrafo. Además, se dan en clave. Por medio de una cinta se pueden grabar y posteriormente escucharse despacio a fin de descifrarlos. Así pues, el comentario impremeditado de Schulenburg nos proporcionó la primera indicación de que los alemanes habían inventado la cinta magnetofónica.

Según el tratado, debíamos entregar a los alemanes determinada cantidad de trigo, aceite y otros productos; y efectuamos todas las entregas puntualmente. En compensación, Hitler debía entregarnos un crucero de guerra. Envió incluso especialistas para ayudarnos a armar el buque. Un alto oficial de la marina alemana llegó a Leningrado para supervisar el trabajo de equipamiento del buque. Se le dispuso el debido alojamiento y condiciones de trabajo adecuadas. Pero entonces se produjo un escándalo. Al parecer, nuestro servicio secreto había instalado en el apartamento del citado oficial toda clase de dispositivos auditivos y fotográficos. Por lo que se ve, el almirante era un admirador del sexo opuesto; así pues, nuestro servicio secreto le puso amablemente en comunicación con una bella joven, para luego tratar de fotografiarles en actitud poco decorosa. El asunto continuó durante unas cuantas noches, hasta que el almirante oyó una especie de zumbido, y buscando por todas partes retiró un cuadro colgado de la pared. En el cuadro se recortaba una ventanilla, y detrás había una cámara fotográfica. Inmediatamente dio una queja. Nuestros chekistas habían pensado comprometerle y utilizarlo así para su propio servicio. Pero a los superiores del almirante alemán les tenía absolutamente sin cuidado que estuviera con una mujer [4].

Hitler personalmente armó un alboroto sobre lo ocurrido. Recuerdo que Stalin se puso furioso contra Beria por la forma en que habían llevado el asunto nuestros chekistas. Así me enteré de la existencia del crucero. Más tarde, al terminar la guerra, el barco continuaba en Leningrado sin terminar de construir. Hubo quienes creyeron que Hitler nos lo había entregado porque estaba dispuesto a compartir con nosotros su poderío militar. Pero en realidad, Hitler pensaba que antes de quedar terminado el barco habría aplastado a la Unión Soviética y el crucero volvería a ser suyo.

Recuerdo también otro ejemplo de cómo trató Hitler de dar la sensación de fidelidad a las condiciones del tratado de no agresión. Teníamos un contrato con una empresa checoslovaca de municiones, la Skoda, que debía fabricar cañones antiaéreos para nosotros. Se trataba de potentes cañones de 88 mm., que se construían de acuerdo con las muestras que ya habíamos comprado. Asimismo,

4. Este episodio es característico del comportamiento de la policía secreta soviética, ahora como entonces. La crítica de Kruschef parece referirse sólo al hecho de que los operadores fueran sorprendidos.

debíamos recibir cañones de 205 mm. Cuando Hitler invadió Checoslovaquia, Skoda suspendió el contrato. Hitler intervino personalmente y les ordenó que continuasen cumplimentando nuestro pedido. Así lo hicieron y nos entregaron un determinado número de cañones pesados de 205 mm., pero no los suficientes para nuestras necesidades. Sin embargo, los antiaéreos de 88 mm. se adoptaron para su producción en nuestras fábricas. Dichos cañones desempeñaron un importantísimo papel en la guerra, a la vez como antiaéreos y como antitanques.

Durante este período, los alemanes se dedicaron a evaluar nuestro perfeccionamiento tecnológico, especialmente la calidad de nuestro equipo mecanizado. Se dieron cuenta de nuestra debilidad, y esto les animó. Por supuesto, según se vio más tarde, nos valoraron muy por debajo de la realidad.

A partir de 1940 surgieron muchos puntos de desavenencia en nuestras relaciones con Hitler. Tras prolongadas consultas entre nosotros, decidimos que Molotov se trasladase a Berlín. Yo llegué a Moscú en octubre o noviembre de 1940, cuando Molotov había vuelto ya de su viaje. Manifestó que se habían tomado severas medidas de seguridad durante el trayecto por tren desde la frontera rusa hasta Berlín, y que durante las negociaciones los ingleses habían llevado a cabo un ataque aéreo, obligando a Hitler y a sus acompañantes a acudir al refugio. Según afirmó Molotov, dicho refugio tenía aspecto de haber sido utilizado con bastante frecuencia.

El mismo Molotov, taciturno por naturaleza, caracterizó a Hitler como una persona de pocas palabras y que no bebía ni una gota. Incluso durante una comida oficial, ni siquiera tocó el vaso de vino, y le sirvieron té al mismo tiempo que la comida [5].

Por las respuestas de Molotov a las preguntas de Stalin, saqué la conclusión de que su viaje había reforzado nuestra convicción general de que la guerra era inevitable y probablemente inminente. La expresión y la actitud de Stalin daban muestras de su ansiedad, pero rara vez nos hacía partícipes de esa ansiedad, ni siquiera nos preguntaba nuestra opinión sobre lo que se debía hacer. Recuerdo que cuando Hess voló a Inglaterra y los alemanes hicieron correr el falso rumor de que había huido, dije a Stalin:

5. La noche del 13 de noviembre de 1940, cuando Ribbentrop y Molotov se hallaban en un momento crítico, negociando las «esferas de influencia» y las «aspiraciones territoriales», la RAF giró una visita amistosa a Berlín. Durante el ataque, como Stalin contó más tarde a Churchill en Teherán, los alemanes seguían insistiendo en que Gran Bretaña estaba acabada. «Si es así —dijo Molotov—, ¿por qué estamos en este refugio y de quién son esas bombas que están cayendo?» Un mes después de la visita de Molotov a Berlín, se dictó el parte número 21, con el título de «Operación Barbarroja», dando normas a los generales alemanes para preparar el choque con la Rusia Soviética antes de que acabara la guerra contra Inglaterra.

—Los alemanes ocultan algo. No creo en absoluto que Hess haya huido de Alemania. En mi opinión, se encuentra en una misión secreta de parte de Hitler para negociar con los ingleses y dar por terminada la guerra en el Oeste, dejando así libre a Hitler para presionar en el Este [6].

Stalin me escuchó y dijo:

—Sí, eso es. Has comprendido bien.

No explicó lo que pensaba acerca del asunto. Se limitó a asentir. Nosotros ya estábamos acostumbrados a no preguntar cuando no se nos decía nada. Esta norma podía ser adecuada para tratar con funcionarios, pero no lo era para tratar con los miembros del gobierno. Comportarse así con los miembros del órgano rector del Partido y del país era una violación de todas las normas que exige la democracia. Pero eso era precisamente lo que sucedía en nuestro Partido, el Partido de Lenin, en los años treinta y cuarenta. La información era cuidadosamente seleccionada, recortada y ponderada por Stalin antes de pasarla al Politburó. No tenía ningún derecho a hacerlo, de acuerdo con los Estatutos del Partido. He aquí otra manifestación del carácter arbitrario que tomó la aplicación del derecho en la época de Stalin.

Volví a Moscú en invierno, a fines de 1940 o principios de 1941. Nada más llegar se me comunicó que Stalin quería verme en la Dacha Cercana [convencionalismo con el que se alude a la dacha de Stalin]. Al entrar, vi a Stalin echado en un canapé y leyendo. Me explicó que no se sentía muy bien. En seguida empezó a hablarme de cuestiones militares. Posiblemente fue la única ocasión en que abordó ese tema estando a solas conmigo. Parecía necesitar hablar con alguien, quienquiera que fuese. Casi siempre se sentía deprimido cuando estaba solo. Era como si las paredes se le cayeran encima. Creo que nuestra conversación sobre la guerra inminente era simplemente una excusa para sujetarme en su compañía. Es la única razón que se me ocurre, porque no se solía sentir inclinado a cambiar opiniones con los demás. Tenía sus propias ideas y su capacidad en mucho más que las de cualquier otra persona.

En aquella ocasión —ya he dicho que era el invierno de 1940-41— Stalin empezó a quejarse de no poder participar en las deliberaciones militares que estaban desarrollándose por entonces. En mi presencia telefoneó a Timochenko [7] y se lanzó a despotricar contra él, subrayando la importancia de la artillería y criticando no sé qué decisión que Timochenko había tomado en favor de otra arma. Estaba claramente abrumado por el estado de nuestras defensas. Reaccioné

6. Muchos rusos creen todavía en nuestros días que Gran Bretaña preparó una especie de conspiración con Hess.

7. El mariscal Semion Timochenko sustituyó a Vorochilov como comisario del pueblo para la Defensa después de la guerra finlandesa en 1940. Antes era comandante del distrito militar de Kiev en Ucrania.

comprensivamente ante aquellas manifestaciones de honda alarma. Una oscura nube se cernía sobre nuestro país.

Recuerdo que estábamos todos en el Kremlin cuando oímos por la radio la noticia de que el ejército francés había capitulado y los alemanes estaban en París. Los nervios de Stalin estallaron cuando conoció la caída de Francia. Se puso a maldecir a los gobiernos de Inglaterra y Francia:

—¿Es que no podían ofrecer ninguna resistencia? —preguntaba desesperado.

Molotov y yo estábamos con él. Beria y Zhdanov creo que se hallaban allí también.

Hitler había tenido un éxito pasmoso en la conquista de Europa. Entonces trasladó sus tropas hasta las fronteras de la Unión Soviética. De hecho, después de la caída de Polonia sólo había una frontera provisional entre sus fuerzas y las nuestras. Alemania, Italia y Japón eran países poderosos, y los tres estaban unidos en contra nuestra. La Unión Soviética tenía ante sí la amenaza más grave de toda su historia. No ignorábamos que debíamos enfrentarnos a ella con nuestras solas fuerzas. América estaba demasiado lejos para ayudarnos, y además era una incógnita como reccionaría en el caso de que la Unión Soviética fuera atacada. En cuanto a Inglaterra, luchaba contra una amenaza semejante. Nadie sabía si los ingleses serían capaces de rechazar una eventual invasión hitleriana a través del Canal.

Hitler conocía lo peligroso de nuestra situación, e hizo todo lo posible por humillarnos. En cierta ocasión le pidió a Stalin, según me contó éste, que le hiciera un favor. Por ser la persona con mayor autoridad y prestigio en el mundo comunista, le pidió que persuadiera al Partido comunista francés para que no encabezara la resistencia contra la ocupación alemana. Stalin estaba indignado. Su respuesta fue obvia. Hitler se había lanzado a nuevos abismos de vileza y juego sucio. ¿Cómo podía esperar de Stalin tales negociaciones degradantes? ¡Esperaba de él que cooperara con el fascismo en contra del Partido comunista de Francia! [8].

Recuerdo otro ejemplo del descaro de Hitler. Los alemanes presentaron su captura de Dantzig como si fuera un espectáculo cinematográfico. Lanzaron varias cámaras de cine por delante y filmaron la batalla desde el mar y la tierra. Después trataron de distribuir la película por todos los países del mundo. Hitler esperaba así dejar bien sentado su poderío y paralizar de terror a sus futuros adversarios. Pensaba que el mundo entero, al ver los golpes irresistibles que podían lanzar las tropas fascistas, quedaría aterrorizado. Le propuso a Stalin que aceptara la película y la hiciera proyectar en nuestras salas de cine. Stalin aceptó con una condición: «Nosotros distribuimos su película si ustedes distribu-

8. En su indignación, Kruschef no hace mención de la traición anterior de Stalin a los comunistas alemanes. Quizá no la conociera.

yen otras nuestras.» Teníamos algunas películas realmente impresionantes, que mostraban a nuestras fuerzas en desfiles militares y en maniobras en el campo. Naturalmente, como Stalin esperaba, Hitler no aceptó. Así es como nos opusimos a su intento de subvertir nuestra voluntad. Luego la película de Hitler nos llegó por algún conducto, y todos la vimos en el Kremlin junto con Stalin. Era deprimente. Pudimos ver claramente que éramos el próximo país en los planes bélicos de Hitler.

Por aquel tiempo se representaba en varios teatros nuestros una obra llamada *Las llaves de Berlín.* Formaba parte de una campaña encaminada a sensibilizar sicológicamente al país para la guerra inminente. Los alemanes pregonaban que eran invencibles y que todos los países de la Tierra caerían pronto bajo su poder. Aquella obra de teatro recordaba que en varias ocasiones a lo largo de la historia las tropas rusas habían aplastado a los alemanes, capturado la ciudad de Berlín, y recibido las llaves de esta capital. Desgracidamente, no conseguimos las llaves de Berlín al final de la segunda Guerra Mundial; aunque no nos faltaba derecho para ello.

El avance sobre Polonia

En este capítulo Kruschef aborda uno de los más oscuros y tremendos episodios de la historia de la Unión Soviética: la captura de Polonia oriental, la Ucrania polaca, de acuerdo con las cláusulas secretas del pacto Molotov-Ribbentrop. Mientras el ejército polaco, orientado hacia el Oeste, era hecho pedazos en la primera Blitzkrieg *alemana, el Ejército Rojo sorprendía en masa al polaco por la retaguardia y, sin apenas encontrar resistencia, llegaba a la nueva frontera y convenía con los nazis nada menos que la cuarta partición de Polonia.*

Kruschef, como gobernador de la Ucrania soviética, era responsable de establecer una administración civil con capital en Lvov y, en realidad, de organizar la sovietización del territorio anexionado. La operación se llevó a cabo con rigor extremo. El Ejército Rojo, bajo el mando de Timochenko, tenía la misión de rodear formaciones enteras de polacos y disponer su transporte a las prisiones y campos de trabajo del interior de la Unión Soviética. Quince mil oficiales polacos fueron borrados del mapa, y más tarde se descubrirían los cuerpos de unos cuatro mil de ellos en unas fosas comunes del bosque de Katin, cerca de Smolensko. Habían sido matados a tiros por la NKVD. Unos doscientos mil prisioneros polacos, mujeres y hombres, fueron conducidos a los campos de trabajo. La mayoría murieron en ellos. Otros, liberados en virtud del acuerdo Stalin-Sikorski después de la invasión alemana de Rusia, iniciaron una penosa marcha hacia el sur,

muriendo muchos en el camino. Los supervivientes llegaron, bajo los auspicios de Gran Bretaña, hasta Persia y el Medio Oriente, donde los soldados formaron un nuevo ejército que luchó valerosamente al lado de los aliados en Cassino y otros varios lugares.

Entre tanto, liquidados el ejército y la burguesía, se instituyó un gobierno títere bajo la iniciativa de Kruschef, adornado con unas elecciones al modo soviético, que solicitó la incorporación a la Unión Soviética del territorio ocupado. No es posible saber si Kruschef era totalmente consciente de la magnitud de esta atrocidad. Habla alegremente de detenciones e insiste en que eran necesarias. Pero, como amo y señor de cuarenta millones de almas, es improbable que tuviera una idea detallada de lo que se hacía en su nombre. Estaba rodeado de aduladores y renegados, y no faltaban algunos genuinos entusiastas de Rusia, a pesar de que el Partido comunista de Polonia ya había sido aniquilado por Stalin. Le animaba una caterva de alentadores, que demostraba «espontáneamente» sus sentimientos en reuniones públicas preparadas de antemano. Al desconocer las condiciones de vida fuera de la Unión Soviética, y creer en el dogma leninista, quizá le resultó fácil pensar que de hecho estaba procurando comodidad y claridad a los oprimidos. El trabajo sucio lo hacía el jefe de la NKVD ucraniana, Ivan Serov.

Desde luego, en la Ucrania polaca había gran número de oprimidos. Ya el ala derecha del gobierno del coronel Beck había sido auténticamente dictatorial. Por lo demás, la historia de la misma Ucrania (palabra que significa «tierra fronteriza») es muy confusa. El primer estado ruso tuvo su sede en Kiev. Tras la invasión tártara en el siglo XIII, *Moscú inició su preeminencia, y a fines del siglo* XV, *alejados los tártaros, los grandes rusos de Moscovia se diferenciaban ya en muchos aspectos de los pequeños rusos de Ucrania, que constituía un territorio disputado a los polacos y, con alternativas, a los lituanos. Hasta el siglo* XVII, *Kiev y la Ucrania oriental no volvieron bajo el poder de los zares moscovitas. Ucrania occidental siguió siendo parte de Polonia, hasta que se desmembró en la llamaba primera partición, en 1792, entre Rusia y Austria. Lvov se conocía entonces como Lemberg. Los ucranianos habían desarrollado unas características y una lengua propias, muy cercanas a las de los rusos. Aunque su tierra estaba dividida, conservaron un vigoroso sentimiento de conciencia nacional y en 1918 se constituyeron en estado independiente. Pero ahí no acabó todo. Ucrania volvió a ser dividida, ahora entre la Rusia soviética y la nueva república de Polonia, hasta que en 1939 el Ejército Rojo, bajo las órdenes de Timochenko, y el gobierno soviético, representado entonces por Kruschef en aquella zona, recuperaron por la fuerza la parte occidental y Polonia dejó de existir una vez más como estado independiente.*

Concluida la segunda Guerra Mundial, los rusos retuvieron lo ganado y compensaron a la Polonia comunista desplazando hacia Alemania las fronteras del nuevo

Estado —que fijaron en la línea Oder-Neisse— y expulsando de esa zona a los habitantes alemanes. El capítulo es interesante, y desde luego valioso, en cuanto que ofrece una visión de la actitud del Kremlin hacia la Europa oriental radicalmente distinta de la nuestra.

¿CÓMO veía yo las relaciones germano-soviéticas desde mi puesto en Ucrania? Los alemanes, como todos los que tienen una iedología burguesa, pensaban que, al ser la Unión Soviética un estado de base multinacional, caería en un colapso al primer empuje de bayoneta. Esperaban que se produjera una discordia nacional y se desintegrara la solidaridad del pueblo. Esta ilusión daba ánimos a quienes veían a la Unión Soviética con malos ojos en el mundo entero, e invitaba a los alemanes a presionar sobre Ucrania [9].

Después de la caída de Polonia, Hitler desplazó sus tropas hasta nuestras fronteras y las puso de cara al Este. Como había firmado un pacto de no agresión y de amistad con nosotros, sus febriles esfuerzos por fortificar la frontera resultaban sospechosos. Informamos a Stalin de lo que estaba sucediendo. Este debió advertir la amenaza, pero con objeto de aquietar nuestros temores solía ignorar nuestros informes o nos contradecía al advertirle de lo que los alemanes preparaban.

Me viene a la memoria ahora un incidente significativo. Estábamos en estrecho contacto con los alemanes cuando empezamos a transformar las vías férreas de la Ucrania occidental, adaptándolas a nuestro ancho de vía, distinto del europeo. Los alemanes nos aconsejaron en varias ocasiones en contra de esta política. Vi claro lo que estaban pensando. Inmediatamente informé a Stalin de que planeaban usar nuestras vías para su propio material móvil en un futuro cercano. En aquella ocasión Stalin asintió. Se puso a echar pestes llevado por la cólera y dijo:

—Sigamos adelante y cambiemos las vías que faltan.

Así lo hicimos, pero no hubo gran diferencia porque, después de su invasión, los alemanes volvían al ancho de vía antiguo a medida que avanzaban. Brigadas de obreros seguían a las tropas fascistas levantando los raíles y adaptándolos a sus necesidades.

A pesar de su ofensiva arrogancia despué de la caída de Polonia, los alemanes tuvieron mucho cuidado de no provocar una confrontación militar con nosotros hasta que se supieron preparados para una invasión masiva. Tuve una oportunidad de echarles una ojeada. Como miembro del Consejo militar del distrito de Kiev, en varias ocasiones acompañé a Timochenko a revisar nuestras tropas con-

9. Desde su punto de vista, los alemanes se comportaban correctamente. Cuando su invasión de 1941, muchos ucranianos les recibieron como libertadores, aunque después sufrieron una decepción.

centradas en las fronteras. Estábamos realmente espantados a la vista del aniquilamiento total de la máquina de guerra y del gobierno polacos al producirse el ataque alemán el 1 de septiembre de 1939. Los polacos, soberbios e insolentes, habían despreciado nuestra propuesta de juntar las fuerzas respectivas. Ahora su ejército estaba metido en un degolladero [10].

El pacto Ribbentrop-Molotov estableció una nueva frontera entre Polonia y la Unión Soviética. Cruzamos, pues, la antigua línea fronteriza y seguimos hacia el Oeste, sin encontrar prácticamente resistencia. Primero dirigimos nuestras tropas hacia Ternopol. Pasamos por varias ciudades polacas, pobladas en su mayoría por ucranianos. Al segundo o tercer día de marcha llegamos a la vista de Lvov. Un poco más allá teníamos a los alemanes. No queríamos chocar con ellos acerca de quién debía entrar en Lvov, por lo que decidimos enviar a sus líneas como negociador a Yakovlev, que es ahora mariscal de artillería [11]. Sabía algo de alemán. Si los alemanes hubieran querido salirse con la suya habrían entrado primero en Lvov y saqueado la ciudad. Pero como nuestras tropas, bajo el mando de Golikov [12], estaban frente a ellos, tuvieron mucho cuidado en no mostrarnos ninguna clase de hostilidad. Cumplieron lo dispuesto en el tratado al pie de la letra y dijeron a Yakovlev que eran nuestros huéspedes y que pasáramos primero. Hitler estaba jugando fuerte y no quería empezar una lucha con nosotros por naderías. Trataba de hacernos pensar que era un hombre de palabra. De este modo, sus tropas permanecieron en la línea fijada por el tratado.

La anexión de la Ucrania occidental a la Ucrania soviética había causado gran júbilo entre nuestras propias fuerzas y en la población local. Históricamente aquellas tierras habían estado pobladas siempre por ucranianos, con excepción de las grandes ciudades. En Lvov, por ejemplo, había más polacos que ucranianos. Pero era una mayoría artificial. Los ucranianos estaban excluidos de hecho del trabajo en las ciudades, política discriminatoria practicada para asegurar el dominio de éstas por parte de los polacos.

Considerando la adquisición soviética de la Ucrania occidental desde un punto de vista puramente territorial, puede verse que no ganamos apenas sino lo que legalmente nos correspondía: Bielorrusia y Ucrania, que nos habían sido arreba-

10. Los polacos se habían creado complicaciones al negarse a considerar cualquier acuerdo entre la Unión Soviética, Gran Bretaña y Francia que permitiera el paso de tropas soviéticas por su territorio en caso de guerra con Alemania. Eran, desde luego, soberbios e insolentes. También habían sido destrozados por la *Blitzkrieg* alemana. Pero Kruschef debería recordar antes de hablar de un «degolladero» que también el Ejército Rojo fue metido en un degolladero por los finlandeses y, en junio de 1941, por los mismos alemanes.

11. Teniente general V. F. Yakovlev, que fue más tarde comandante del 4.º ejército soviético en el frente de Leningrado.

12. O. I. Golikov, ascendido más tarde al grado de mariscal.

tadas por Pilsudski en 1920 [13]. Naturalmente, había algunos ucranianos que no parecían muy felices, por razones nacionalistas, con el tratado Ribbentrop-Molotov. Pensaban que el régimen soviético se establecería en Ucrania sólo temporalmente, y declaraban sus preferencias por la línea Curzon, que estaba situada más hacia el Oeste que la nueva frontera.

Desde la firma del pacto en 1939 hasta la ruptura de las hostilidades en 1941, los nacionalistas ucranianos nos causaron más quebraderos de cabeza que ninguna otra cosa. Pruebas documentales auténticas nos indicaron que estaban recibiendo instrucciones y dinero de los alemanes. Esta misma información constituía la prueba definitiva de que Hitler estaba dispuesto a invadir nuestro territorio. Venía sirviéndose de los nacionalistas ucranianos como agentes a su servicio en la Ucrania occidental, y cuando la invadió, las jaurías nacionalistas en ese área ayudaron al servicio de inteligencia alemán más que cualquier otra cosa [14].

Antes de la invasión, los nacionalistas ucranianos esperaban ávidamente la guerra porque Goebbels les había hecho creer que Hitler arrojaría de Ucrania a los «moscovitas» y les daría a ellos su independencia en bandeja de plata. Estaban demasiado ciegos para ver lo que el régimen soviético —fundado en el marxismo-leninismo, la doctrina más adelantada del mundo— les ofrecía.

En nuestro avance hasta Lvov cometimos el error de sacar de la cárcel al dirigente nacionalista ucraniano Stepan Bandera. ¿Quién era Stepan Bandera? Muchas personas siguen sin conocerle. Algunas le confunden incluso con el personaje de Ilf y Petrov, Ostap Bender. Igual que lo había sido su hermano antes que él, Stepan Bandera era un clérigo de la región de Stanislav. Había estudiado en el Instituto Politécnico de Lvov, y estaba encarcelado en esta ciudad por su participación en el asesinato del ministro polaco de Asuntos Internos. Poco teníamos que deplorar la muerte de un ministro del Estado polaco reaccionario. En todo caso, demostramos una clara falta de juicio al liberar a personas como Bandera sin enterarnos antes bien de cuanto les concernía. Nos dejamos impresionar por su ejecutoria como oponente del gobierno polaco, y no tuvimos en cuenta el hecho de que hombres como él no eran menos enemigos de la Unión Soviética. Había nacionalistas ucranianos que alimentaban un odio patológico al régimen soviético. El mismo Bandera era un agente del fascismo alemán, y nos

13. Estas tierras formaron parte de la Rusia imperial hasta la Revolución. Polonia no había existido como estado soberano hasta la tercera partición entre Rusia, Alemania y Austria en 1863. En noviembre de 1918 se proclamó una Polonia independiente. El general Pilsudski fue nombrado presidente, y Paderewski, el pianista, primer ministro en 1919. Los bolcheviques trataron de reestablecer la preeminencia rusa y marcharon sobre Varsovia encabezados por Tujachevski. Pilsudski les rechazó, y, por el tratado de Riga, en marzo de 1921, fue sancionada la posesión de parte de Bielorrusia y de Ucrania por Polonia.

14. Aquí vemos otra vez que a Kruschef le resulta difícil decidir entre minimizar o acentuar la fuerza del nacionalismo ucraniano durante su estancia allí. De hecho, era muy fuerte.

creó gran número de problemas. Es cierto que cuando advirtió que los hitlerianos no estaban dispuestos a cumplir su promesa de edificar una Ucrania independiente, volvió a sus unidades contra ellos. Pero ni aún entonces dejó de odiar a la Unión Soviética. Durante la segunda mitad de la guerra estuvo en lucha contra nosotros y contra los alemanes. Concluida la contienda, se habían perdido miles de hombres en una amarga lucha entre los nacionalistas ucranianos y las fuerzas del poder soviético [15].

Debería decir algo acerca de unos hechos trágicos que ocurrieron en Ucrania durante el período posterior a la firma del pacto Ribbentrop-Molotov. Yo no tenía tiempo de ocuparme de todo personalmente. Además, dada mi posición de miembro del Politburó y secretario del Comité Central ucraniano, hubiera sido impolítica mi participación directa en aquellas cuestiones. De ellas me informó el camarada Serov, comisario del pueblo para Asuntos Internos en Ucrania.

Entre las obligaciones de Serov figuraba la de mantenerse en contacto con la Gestapo. Un representante de ésta solía acudir a Lvov por asuntos oficiales. No sé cómo era la red que la Gestapo tenía en Ucrania, pero sí que era amplia. Estaba enmascarada por un acuerdo de intercambio que permitía regresar a sus hogares en el antiguo territorio polaco ocupado entonces por las tropas soviéticas, a las personas de las zonas de ocupación alemana que así lo desearan, y viceversa.

Serov me describió la escena en estos términos: «Había largas colas de gente que esperaban en la plaza la concesión del permiso para volver a territorio polaco. Al mirarles más de cerca, me quedé asombrado al advertir que la mayoría eran miembros de la población judía. Estaban sobornando a los agentes de la Gestapo para que les permitieran volver lo antes posible a sus antiguos hogares.»

Los agentes alemanes aceptaban ávidamente los sobornos, enriqueciéndose con ellos, y conducían después a aquellas buenas gentes a las cámaras de gas. Nada podíamos hacer para detenerles. Querían volver a casa. Quizá tenían parientes en Polonia, o deseaban volver a su lugar de nacimiento. Debían conocer cómo estaban tratando los alemanes a los judíos. Naturalmente no les esperaría a ellos un mejor final.

Los intelectuales polacos residentes en la Ucrania occidental reaccionaron de varias maneras ante la llegada del Ejército Rojo. Muchos parecían anonadados todavía. Habían asistido a la imposición de un estado hitleriano en Polonia y

15. Durante varios años, hasta que fue muerto después de la guerra, Stepan Bandera planteó problemas muy serios a las autoridades soviéticas. Por razones obvias, sus actividades nunca se han dado a la publicidad, pero obligaron a realizar una operación militar y política a gran escala, con todo el aparato de carros, aviación y artillería pesada, para aniquilar a las fuerzas rebeldes, compuestas por nacionalistas ucranianos, desertores del ejército soviético, exprisioneros de guerra y personas desplazadas de toda condición y de varias nacionalidades, todas ellas unidas por su miedo o su odio a Moscú.

habían visto la liquidación del gobierno polaco. Varsovia estaba en ruinas y otras ciudades habían padecido grandes destrucciones. Educados en una cultura burguesa de ideas burguesas, sentían cómo se iba perdiendo su identidad nacional. Como no comprendían ni aceptaban las doctrinas marxistas-leninistas, tampoco podían imaginar que su cultura se enriquecía de hecho con la anexión de sus tierras a la Unión Soviética. En otras palabras, mientras que la población ucraniana de la Ucrania occidental se sentía liberada por el Ejército Rojo, la población polaca se sentía reprimida.

La mayoría de los polacos del territorio ocupado por la Unión Soviética se volvieron contra el mismo sistema soviético; pero cuando compararon aquello con lo que Hitler había hecho en el resto de Polonia, optaron por lo que a su juicio era un mal menor. Desgraciadamente, algunos intelectuales polacos huyeron y la mayoría perecieron en los hornos y las cámaras de gas de la Gestapo [16].

Recuerdo un incidente concreto que me dejó anonadado y me apesadumbró mucho. En la época en que iba a Lvov, vivía allí una famosa cantante polaca de ópera llamada Wanda Bandrovska. Solicité de quienes se ocupaban de las cuestiones culturales que entraran en negociaciones con ella y le ofrecieran una oportunidad para cantar en las óperas de Kiev, Jarkov u Odesa. Pensaba que una oportunidad tan atractiva como ésta bastaría para hacerla quedarse. No esperaba que una cantante famosa como ella volviera al territorio polaco ocupado por los fascistas. Cantar en Polonia sería un ultraje para ella, tanto en opinión de los soviéticos como de los polacos. Pero Brandovska nos burló. Dijo estar interesada por nuestra oferta, y al mismo tiempo entabló negociaciones con los fascistas a nuestras espaldas. Marchó con ellos al territorio de ocupación alemana. Un día me lo comunicó Serov:

—Brandovska se ha ido; está en Cracovia y ha cantado en el teatro de la ciudad ante los oficiales del ejército alemán.

A pesar de reveses como el expuesto, estábamos seguros de que los intelectuales, así como los trabajadores y campesinos polacos de la Ucrania occidental, comprenderían al final la necesidad del pacto Ribbentrop-Molotov y aceptarían el gobierno soviético.

Nosotros no habíamos tenido otro remedio que firmar el tratado. La culpa de la situación en Polonia la tenía un torpe gobierno polaco, el gobierno de los pilsudskistas, ofuscados por su odio a la Unión Soviética y su hostilidad a los

16. En 1939, desde luego, no había cámaras de gas todavía. La decisión de exterminar a los judíos de Europa, que llevó a construir Auschwitz, Treblinka y muchos otros campos semejantes, no la tomó Hitler hasta 1942. En 1939 los judíos eran ya perseguidos activamente en Alemania, pero los judíos polacos, sobre todo los de origen burgués, quizá presintieran que les sería más fácil salir de Alemania hacia la Europa Occidental que escapar de los campos de trabajo soviéticos.

campesinos y trabajadores de su propio país. Temían que cualquier contacto con nosotros fortaleciera a las personas amantes de la libertad de su propia sociedad. Y, más que nada, temían al Partido comunista de Polonia, y trataban por todos los medios de evitar cuanto pudiera reforzarlo. Los pilsudskistas sabían que, si unían sus fuerzas con las nuestras, su destino dependería en adelante de la voluntad del pueblo polaco. Por ello rehusaban nuestra ayuda y la mayoría de los polacos se entregaban a Hitler mientras la Ucrania Occidental se unía con la Oriental y a su pueblo se le concedía la oportunidad de convertirse en ciudadano de la Unión Soviética.

Sovietización de la Ucrania occidental

Kruscheff continúa aquí su historia de la incorporación de la Ucrania polaca a la Unión Soviética, y se refiere también a la ocupación de los Países Bálticos en 1940. La sovietización de Lituania, Letonia y Estonia se realizó, incluyendo los arrestos, deportaciones y todo lo demás, en la forma ya perfeccionada en Ucrania, pero con la diferencia de que estos pequeños pueblos no eran rusos en ningún sentido y habían alcanzando un nivel de vida muy superior al de la Unión Soviética, que procedió a reducirlos a su propio nivel.

BAJO mi dirección seguimos con la tarea de establecer el Poder Soviético y normalizar la situación en las tierras anexionadas de Polonia. Ayudado por el camarada Serov, me concentré en la creación de las organizaciones locales del Partido en la Ucrania occidental. Se formaron Comités regionales fundamentalmente a base de personas procedentes de la Ucrania soviética [oriental], mientras que los Comités de distrito estaban integrados en su mayor parte por activistas locales del Partido. A pesar de las fuertes influencias nacionalistas ucranianas y la resistencia de parte de la «intelligentsia» polaca, aún había muchísimas personas deseosas de reconocer la realidad soviética. Aunque el Partido Comunista de la Ucrania occidental se había disuelto durante las purgas de 1936-37, había en la zona muchos comunistas que todavía simpatizaban con nosotros.

Algunos de los militantes locales del Partido en la Ucrania occidental tenían el corazón en su sitio pero eran bastante simples. Recuerdo un divertido episodio: una vez visité el Comité Revolucionario de Lvov para ver cómo le iba al presidente. Su oficina estaba llena de gente que había venido a verle para tratar de diversas cuestiones relacionadas con la organización de la ciudad: las condiciones en que funcionaban las líneas de tranvías, las carreteras que precisaban reparación, y, lo que es más importante, los suministros de energía eléctrica y agua. Las personas que anteriormente habían manejado estos servicios eran pola-

cas y habían acudido al Comité Revolucionario para ser confirmados en sus puestos por la nueva administración y para recibir instrucciones. Allí, en medio de toda esa gente, estaba el presidente. Era un hombre enorme, con botas de fieltro y un inmenso abrigo sobre su chaquetón de piel de cordero. Era a finales de otoño y empezaba a hacer fresco. De su abrigo asomaban dos revólveres. Daba la impresión de que la única razón de que no tuviera un cañón colgado al hombro es que le pesaría demasiado. Era evidente que la gente que había por allí sentada esperando para verle le tenía miedo. Después de las horas de oficina le dije que me había quedado horrorizado de ver al presidente del Comité Revolucionario con ese aspecto.

—Escucha —le dije—. Eso no puede ser. Estás causando una pésima impresión a esas personas; vas a dar mala fama a ti mismo y a nuestro Partido. ¿Qué harás si de repente aparece aquí un terrorista y trata de matarte? ¡Podría dispararte con una de tus propias pistolas! De ahora en adelante, si quieres llevar revólver, asegúrate de que la culata no asoma por el abrigo de este modo.

Había algo más que me sorprendió en Lvov y otras ciudades de la Ucrania occidental: la actitud de la población judía local. Había muchos judíos entre la clase obrera y los intelectuales, algunos de los cuales habían tomado parte en actividades antisoviéticas de uno u otro tipo. Algunos judíos, junto con los ucranianos, pertenecían a una organización nacionalista antipolaca llamada Partido Comunista para la Defensa de Ucrania [17]. Recuerdo que una vez invitamos a ucranianos, judíos y polacos, trabajadores en su mayor parte, y también a algunos intelectuales, a una reunión en el teatro de la Opera de Lvov. Me pareció muy extraño oír a los oradores judíos de esta reunión autodenominarse *zhidze*. Decían cosas tales como: «Nosotros, los *zihdze* nos declaramos a favor de esto y lo otro.»

En el pasillo, después de la reunión, abordé a algunos de estos hombres y les pregunté:

—¿Cómo se atreven a utilizar la palabra *zhid?* ¿No saben que es un término muy ofensivo, un insulto para el pueblo judío?

—Aquí, en la Ucrania occidental, es justamente al revés —me explicaron—. Nos autodenominamos *zhidze* y consideramos la palabra «judío» como un insulto.

Al parecer, lo que dijeron era verdad. Si se consulta la literatura ucraniana, Gogol por ejemplo, se encuentra que la palabra *zhid* no se utiliza con un sentido de burla o insulto. Pero aún después de que nos explicaran esta costumbre, continuó hiriendo nuestra sensibilidad hasta que nos acostumbramos [18].

17. Las iniciales en ruso coinciden con las del Partido Comunista de la Ucrania Occidental.

18. Los judíos de la Ucrania Occidental efectivamente se autodenominan *zhidze*. Es tan corriente, que cualquier ucraniano o gran ruso que haya estado allí lo sabe y lo da por supuesto.

Mientras tratábamos de encontrar apoyo entre los intelectuales de la Ucrania occidental, oí hablar de una escritora llamada Wanda Lvovna Wassilewska, cuya opinión pesaba mucho entre sus colegas polacos. Rápidamente nos hicimos amigos. Era una buena persona, muy inteligente y honrada. Se convirtió en una comunista intachable y de una lealtad sin límites. Más tarde fue una de las pocas personas que podían discutir con Stalin sin perder su favor. Había huido a pie desde Varsovia al territorio ocupado por nuestras tropas, vestida como una simple campesina con un abrigo de piel de cordero y botas negras. Procedía de una distinguida familia polaca. Era hija de un ministro del gobierno de Pilsudski. Incluso se rumoreaba que era ahijada de Pilsudski, aunque nunca le pregunté si eso era cierto. Lo importante es que era una clara y firme partidaria del establecimiento del Poder Soviético en el antiguo territorio polaco y nos ayudó a entendernos con los polacos de la Ucrania occidental que se aferraban irracionalmente a la idea de que habíamos negociado el Pacto Ribbentrop-Molotov a sus expensas [19]. Más tarde conocí personalmente a Eva, la hija de Wanda Lvovna, que vivía entonces en la Unión Soviética y trabajaba en una de las grandes bibliotecas de Moscú.

Mi principal tarea era crear organizaciones que representaran al pueblo de la Ucrania occidental y darles oportunidad de definirse: ¿se querían unir al Estado Soviético o no? Se nombraron delegaciones para una asamblea que se celebraría en Lvov y decidiría la cuestión. En ella ocupé un palco especial y seguí el desarrollo de la primera sesión. Fue un acontecimiento muy estimulante. El Presidium local estaba integrado por personas de la Ucrania occidental. Sabíamos cuál era su postura política porque ya se habían definido en reuniones públicas y ante la prensa. Pero aunque conocíamos bien a estos hombres, no eran en modo alguno nuestras marionetas o agentes infiltrados. Eran comunistas por convicción.

La asamblea continuó durante varios días en medio de un gran júbilo y fervor político. No oí una sola intervención que ofreciera siquiera la más ligera duda de que el Poder Soviético tenía que establecerse en la Ucrania occidental. Uno por uno, de un modo conmovedor y alegre, los oradores dijeron que su sueño más querido era ser aceptados en la República Soviética de Ucrania. Fue alentador para mí el ver que la clase obrera, el campesinado y los intelectuales trabajadores estaban empezando a comprender las enseñanzas del marxismo-leninismo y querían construir su futuro sobre estos cimientos. ¡Tal era el poder de las ideas de Lenin! A pesar de todos los esfuerzos de los gobernantes polacos por

19. Wassilewska se regocijó con su nueva ciudadanía soviética y más tarde se casó con un escritor igualmente politizado, Korneichuk. Estaba considerada como un traidora por la mayoría de los escritores polacos. Como recompensa por su cooperación en la liquidación de sus colegas polacos, fue nombrada viceprimer ministro de Ucrania.

distorsionar nuestra doctrina e intimidar al pueblo, las ideas de Lenin estaban vivas y florecientes en la Ucrania occidental.

Al mismo tiempo, seguíamos ordenando arrestos. Considerábamos que servían para afianzar al Estado Soviético y limpiar el terreno para la construcción del socialismo sobre los principios del marxismo-leninismo [20]; pero nuestros enemigos burgueses daban su propia interpretación a los arrestos y trataban de utilizarla para desacreditarnos en toda Polonia. A pesar de su intensiva campaña de calumnias, el pueblo de la Ucrania occidental dio la bienvenida al Ejército Rojo en la forma que la clase trabajadora debe recibir a sus libertadores.

La asamblea se desarrolló en tonos triunfales. Los representantes pronunciaban sus discursos con lágrimas de alegría en los ojos. Dijeron que al fin habían vivido para ver el día en que Ucrania era unificada y ellos podían unirse a sus hermanos ucranianos. Al fin se habían logrado las aspiraciones del pueblo ucraniano, al tiempo que se reforzaban las fronteras del Estado Soviético. Habíamos desplazado nuestras fronteras hacia el Oeste y reparado la injusticia de la historia para con el pueblo ucraniano. Este nunca había estado unido en un solo Estado. Sólo ahora, en la era soviética, su sueño se hacía al fin realidad [21].

Sin embargo, la asamblea de Lvov sólo reflejaba los sentimientos del pueblo que había sido liberado de la opresión polaca. Esto no significaba que la unificación de Ucrania y la aceptación oficial del antiguo territorio polaco en el seno de la Unión Soviética se hubiera realizado legalmente. Sólo restaba un formalismo. Nadie esperaba que los ucranianos de las zonas orientales pusieran objeciones a la inclusión de la Ucrania occidental dentro del Estado Soviético de Ucrania. Tras la asamblea representativa, o fundacional, de Lvov, trasladamos la discusión de estas cuestiones a Kiev, donde los delegados presentaron, primero ante el gobierno de Ucrania y luego ante el soviético, una solicitud de aceptación de la Ucrania occidental como parte de la Ucrania soviética. Luego solicitaron su incorporación a la Unión Soviética en el curso de una sesión especial del

20. Los arrestos pretendían efectivamente (¿y quién va a negarlo?) fortalecer al estado soviético, que se consideraba insuficientemente afianzado para tolerar, fuera de las prisiones y los campos de trabajos forzados, la existencia de cualquier individuo que pudiera poner en tela de juicio al régimen. En Polonia y en los Estados bálticos ocupados por los soviéticos se arrestó a cientos de miles de personas (véase más adelante, nota 24). El relato más conmovedor de lo que les ocurrió a los civiles arrestados por Serov, el brazo derecho de Kruschef, es la terrible historia de los deportados, *El lado oscuro de la Luna,* publicada anónimamente con un prefacio de T. S. Eliot. Respecto al relato de la infructuosa búsqueda de quince mil oficiales polacos que fueron hechos prisioneros por los rusos, véase *La tierra inhumana,* de Josef Gzapski, prologada por Maurice Halevy y Edward Crankshaw. Acerca del descubrimiento de los cuerpos de unos cuatro mil de estos oficiales, que aparecieron asesinados en el bosque de Katin, cerca de Smolensko, véase *Los asesinatos del bosque de Katin,* de Josef Mackiewicz.

21. La mayoría de la población debió haber oído otra historia.

Soviet Supremo de la Unión que tuvo lugar en Kiev. El ambiente de la sesión era triufante. Me causó una gran alegría y un gran orgullo asistir a estas reuniones porque desde el principio había organizado y supervisado la sovietización de la Ucrania occidental.

Es cierto que aún vivían algunos ucranianos al otro lado de los Cárpatos. Después de la liquidación de Checoslovaquia, la Ucrania transcarpática había sido anexionada a Hungría. Los ucranianos solían decir entre ellos: «Bueno, de momento los ucranianos transcarpáticos no forman parte de nuestro Estado. Pero llegará el día en que se unan a nosotros.» Y eso es exactamente lo que ocurrió después de la guerra. Una vez aplastado Hitler, la Ucrania transcarpática se unió a la soviética y todos los ucranianos quedaron por fin reunidos en un solo Estado.

Mientras tanto, también en Bielorrusia estaba fraguándose la sovietización. Los rusos blancos, al igual que los ucranianos, celebraron alegremente la victoria del poder soviético y su histórica unificación en un solo Estado.

La anexión de Lituania, Letonia y Estonia tuvo lugar algo más tarde. Cuando Mussolini comenzó sus acciones militares contra Grecia y Hitler atacó Yugoslavia y ocupó Noruega casi sin un solo tiro, avanzando junto a nuestra frontera septentrional cerca de Murmansk, abrimos negociaciones con Lituania, Letonia y Estonia [22]. Pedimos garantías de que no nos atacarían. Ni que decir tiene que pronto hubo un cambio de gobierno en cada uno de estos países. Me enteré de lo que allí estaba ocurriendo por las conversaciones que tuve con Stalin cuando volví a Moscú desde Kiev. Todos nos alegramos mucho de que los lituanos, letones y estonios volvieran a ser parte del Estado Soviético. Ello significaba la expansión de nuestro territorio, el aumento de nuestra población, el fortalecimiento de nuestras fronteras y la adquisición de una extensa frontera costera en el mar Báltico [23].

La anexión de los Estados bálticos supuso también un avance en nuestras aspiraciones progresistas respecto a los pueblos de esa zona. A diferencia de los bielorrusos y ucranianos, que estaban unidos a los rusos por fuertes vínculos nacionales, los pueblos bálticos son de distinta nacionalidad. Y sin embargo, se les ha dado una oportunidad de vivir en condiciones iguales a las de la clase

22. Noruega fue ocupada en marzo de 1940. Mussolini atacó Grecia en octubre de 1940. Hitler atacó Yugoslavia en abril de 1941. Pero Rusia se apoderó de los Estados bálticos en junio de 1940.

23. Sorprendentemente fría esta forma de admitir la razón de la fuerza. Los tres países, tras muchas vicisitudes, habían pasado a formar parte de la Rusia imperial en varias fechas durante el siglo XVIII. En 1918 declararon su independencia separadamente. Los habitantes de estos Estados, a diferencia de los ucranianos, no son eslavos y eran superiores a los rusos tanto en cuanto a su desarrollo agrícola y económico como por su nivel cultural general. Los campesinos y obreros tenían mucho que perder y nada que ganar con la sovietización.

obrera, los campesinos y los intelectuales trabajadores de Rusia. Estábamos completamente seguros de que su anexión era un gran triunfo para ellos, además de para la Unión Soviética. Los obreros y campesinos de los Estados bálticos sabían que la liquidación de las clases explotadoras que se habían logrado en Rusia se extendería a ellos, como había ocurrido en todos los demás pueblos que se unieran a la Unión Soviética. Durante algún tiempo, los lituanos, letones y estonios se enfrentaron a un problema: sus dirigentes habían huido con la burguesía. A algunos que no tuvieron tiempo de huir se les dieron cargos en los nuevos gobiernos, pero en general hubo que buscar gente nueva [24]. Realizamos el proceso de sovietización más gradualmente que en los casos de Ucrania y Bielorrusia. En primer lugar, se crearon gobiernos bien dispuestos hacia la Unión Soviética y se otorgó *status* legal a los Partidos comunistas locales. Luego las fuerzas progresivas empezaron a promover la amistad con la Unión Soviética en las masas. Al cabo de cierto tiempo, los pueblos bálticos expresaron su deseo de pasar a formar parte de la Unión Soviética. El establecimiento del poder soviético se realizó por medios democráticos y respetando las formalidades jurídicas requeridas [25].

El pueblo soviético recibió la incorporación de los Estados bálticos a la Unión Soviética con el mismo entusiasmo con que se produjo la unificación de Ucrania y Bielorrusia. Estas anexiones eran triunfos que trascendían las diferencias de nacionalidad.

Todos creíamos sin ninguna duda en la sabiduría de la dirección de Stalin. Le glorificábamos por su previsión al proteger la seguridad de nuestro país. Teníamos fe en su capacidad para asegurar la inexpugnabilidad de nuestras fronteras. No carecía de importancia el hecho de que hubiéramos desplazado hacia el Oeste la frontera de la Ucrania soviética y nos hubiéramos procurado un nuevo acceso al mar Báltico. Anteriormente sólo teníamos una estrecha salida a través del golfo de Finlandia. Ahora disponíamos de una ancha frontera costera. Tal como nosotros lo veíamos, si estallaba una guerra en gran escala e Inglate-

24. Efectivamente, muchos huyeron. Otros fueron menos afortunados. Se ha estimado que, entre la anexión soviética y la invasión alemana más de 170.000 individuos fueron arrestados, metidos en vagones de ganado y deportados a Siberia. La lista de personas que debían ser deportadas, que en principio incluía a casi todo el que no fuera obrero manual o campesino o comunista militante, fue confeccionada siete meses antes de la ocupación por I. A. Serov, de la NKVD, e incluida en la famosa Orden n.º 001223 de 11 de octubre de 1939, firmada por Serov, quien, casi inmediatamente después se reunió con Kruschef en Ucrania y puso en práctica el mismo procedimiento de arrestos y deportaciones, pero a mayor escala.

25. Una forma distinta de expresarlo sería decir que se instruyó desde Moscú a los gobiernos marioneta establecidos por el soberano soviético (Andrei Zhdanov desempeñaba el mismo papel en los Estados bálticos que Kruschef en la Ucrania polaca) para que solicitaran la incorporación de sus Estados a la Unión Soviética, y obedecieron.

rra, Francia o Alemania trataban de lanzar una invasión contra nosotros, hubieran intentado utilizar el territorio de Lituania, Letonia y Estonia como zona de preparación. Esto era de gran importancia, pues por entonces nuestra economía y nuestra industria eran débiles y estábamos rodeados de fuerzas hostiles y superiores procedentes del campo burgués e imperialista.

La Guerra de Invierno en Finlandia

La historia de Kruschef de la famosa Guerra de Invierno de 1939-40 se ajusta con bastante exactitud a los hechos reales. El relato mejor y más completo de las negociaciones por las que Stalin trató de persuadir a los finlandeses para que le cedieran parte de Carelia en interés de la seguridad de Leningrado es el libro del propio Vaino Tanner, La Guerra de Invierno. *Aunque Tanner fue un implacable oponente a la expansión soviética, dice claramente que Stalin se mostraba reacio en extremo a usar la fuerza y se quedó auténticamente sorprendido cuando los finlandeses se negaron a sus pretensiones. Una vez decidido a emplear la fuerza, esperaba que Finlandia se rindiera inmediatamente y se instruyó al viejo bolchevique finlandés Kuusinen, una especie de Quisling finés, para que se encargara del gobierno de los territorios ocupados. Como todo el mundo sabe, la cosa no resultó así. El mariscal Mannerheim y los finlandeses ofrecieron una heroica resistencia y humillaron el orgullo del Ejército Rojo. Finlandia no se rindió hasta que el mariscal Timochenko sustituyó a Vorochilov, poniendo en juego toda la enorme potencia del Ejército Rojo. Fue una experiencia traumática para los rusos. Tras la invasión nazi a la Unión Soviética en junio de 1941, los finlandeses se vieron obligados a ceder a las demandas de Hitler y luchar del lado alemán. Es cierto que, después de la derrota de Hitler, Stalin podía haberse quedado con todo Finlandia. Las observaciones de Kruschef sobre Stalin a este respecto son justas. Finlandia, exceptuando Carelia, no era necesaria para la Unión Soviética. Es más, los rusos se sentían incómodos con los finlandeses, que constituían unos súbditos difíciles de manejar. Por otra parte, Finlandia estaba aislada y, en el caso de una gran guerra en Europa, se la podía eliminar con facilidad.*

Al ir creciendo nuestra preocupación por proteger nuestras defensas contra un ataque por el norte, surgió la cuestión de Finlandia. Teníamos que garantizar la seguridad de Leningrado, que estaba dentro del alcance del fuego de artillería de la frontera finesa y podía ser fácilmente bombardeada desde ese

territorio. Además, el gobierno finlandés seguía una política hostil a la Unión Soviética, coqueteando ostensiblemente con la Alemania de Hitler. El comandante en jefe finés, Carl Mannerheim, era un antiguo general zarista y enemigo jurado de la Unión Soviética [26]. Vaino Tanner era un viejo socialdemócrata, pero siguió siendo un adversario irreconciliable de nuestra ideología marxista-leninista hasta el fin de sus días [27]. Por consiguiente, Finlandia representaba una amenaza real para nosotros porque su territorio podría ser utilizado por gobiernos más poderosos; por ello, era sensato, casi crucial, tomar medidas para proteger Leningrado.

Primero abrimos negociaciones a fin de llegar a algún tipo de acuerdo diplomático. Estas conversaciones tuvieron lugar mientras yo estaba en Ucrania. Queríamos que los finlandeses nos cedieran cierta porción de su territorio para apartar la frontera de Leningrado. Filandia rehusó aceptar nuestras condiciones, no dejándonos otra solución que decidir la cuestión por medio de la guerra.

Cuando iba a Moscú desde Kiev, Stalin casi siempre me llamaba. Algunas veces le encontraba solo cuando iba a verle. Siempre era más fácil cambiar impresiones con él sinceramente si estábamos solos. Pero era mucho más frecuente que estuvieran con él Molotov, Vorochilov, Kaganovich y a veces Zhdanov cuando le visitaba. Zhdanov era primer secretario del Comité regional de Leningrado. Mikoyan y Beria también solían estar allí. Un día, cuando llegué a Moscú, Stalin me invitó a cenar en su apartamento. Me dijo que estarían Molotov y Kuusinen. Kuusinen estaba entonces agregado al Komintern.

Cuando llegué al apartamento de Stalin en el Kremlin, me dio la impresión de que los tres estaban continuando una conversación anterior sobre Finlandia. Aparentemente habían decidido presentarle un ultimátum. Se había acordado que Kuusinen sería el jefe del gobierno de la nueva R. S. S. Carelo-Finlandesa. Hasta entonces, Carelia había sido una república autónoma anexionada a la Federación Rusa. Ahora se convertiría en una República de la Unión. Parecían de acuerdo en que debía darse a los finlandeses al menos una última oportunidad de aceptar las reivindicaciones territoriales que ya habían rechazado en el

26. El mariscal C. G. E. von Mannerheim era presidente del Consejo de Defensa Finlandés cuando comenzaron los preparativos de guerra. Era el responsable de la línea Mannerheim, las famosas fortificaciones en profundidad contra las que los rusos se batieron en vano durante tanto tiempo.

27. Vaino Tanner fue primer ministro de Finlandia de 1926 a 1927. Fue él quien tuvo que negociar con los rusos en tres visitas sucesivas a Moscú en 1939, en un intento de llegar a un acuerdo con Stalin. Fue ministro de Asuntos Exteriores durante la guerra y posteriormente el gran anciano de la política finlandesa. Era la *bête noire* de la dirección soviética, no sólo porque era odiado como socialdemócrata (los comunistas odian y temen a todas las demás clases de socialistas mucho más que a los conservadores), sino también porque los conocía a fondo, con sus puntos fuertes y débiles.

curso de las infructuosas negociaciones. Si no se rendían ante nuestro ultimátum, tomaríamos medidas militares. Esta era la idea de Stalin. Naturalmente, yo no me opuse a él. Además, en este caso estaba de acuerdo en que eso era lo que procedía. Todo lo que teníamos que hacer era alzar la voz un poquito, y los finlandeses obedecerían. Si esto no daba resultado, podríamos disparar un tiro y los finlandeses soltarían sus armas y se rendirían. Eso es lo que creíamos. Cuando llegué al apartamento, Stalin estaba diciendo:

—Vamos a empezar hoy mismo.

Estuvimos allí mucho tiempo. Ya se había fijado la hora del ultimátum. Una vez pasada la hora prevista, el mariscal de artillería Kulik fue enviado a supervisar el bombardeo de la frontera finlandesa [28]. Esperamos a ver lo que ocurría. Stalin se mostraba confiado. Ninguno de nosotros pensaba que habría guerra. Estábamos seguros de que los finlandeses aceptarían nuestras exigencias sin obligarnos a ir a la guerra. Repito: nuestra única intención era proteger nuestra seguridad en el norte. Comparada con nuestros vastos recursos territoriales y naturales, Finlandia tenía poco que ofrecernos en cuanto a tierra y bosques. Nuestra única consideración era la propia seguridad: Leningrado estaba seriamente amenazada.

De repente sonó el teléfono. Habíamos disparado nuestra salva y los finlandeses habían respondido con fuego de artillería. De hecho, la guerra había empezado. Existe, por supuesto, otra versión de los hechos: se dice que los finlandeses empezaron a disparar primero y que nosotros nos vimos obligados o responderles. Es lo que siempre ocurre cuando la gente empieza una guerra. Dicen: «vosotros disparasteis el primer tiro», o «tú me has pegado primero; yo sólo me he defendido.» Antes había un ritual que a veces se ve en la Opera: alguien lanza un guante para desafiar a otro a un duelo; si recoge el guante, significa que ha aceptado el reto. Quizá es así como se hacía en otros tiempos, pero en nuestros días no siempre está tan claro quién ha empezado una guerra.

Hay algunas dudas sobre si teníamos derecho legal o moral a actuar contra Finlandia. Derecho legal no teníamos ninguno, por supuesto. En cuanto a la moralidad, nuestro deseo de protegernos era justificación más que suficiente a nuestros ojos.

Poco días después empezó la guerra y yo partí para Ucrania. Como todos los demás, confiaba en que nuestra ventaja sería muy superior y en que nuestras diferencias con los finlandeses se resolverían rápidamente, sin muchas bajas de nuestra parte. Así lo creíamos y así lo esperábamos. Pero la historia de ese conflicto resultó muy diferente.

28. El mariscal Kulik era un general de la NKVD que se distinguía por su espidez, brutalidad, incompetencia y corrupción. Como Kruschef señala más adelante, su amistad con Stalin iba a costar muy cara a la Unión Soviética en los primeros días de la invasión alemana.

La guerra se prolongaba obstinadamente. Los finlandeses resultaron ser buenos guerreros. Habían organizado brillantemente sus defensas a lo largo de la Línea Mannerheim y el istmo de Carelia y rechazaron nuestro intento de cruzar ese paso, de gran importancia estratégica. Pronto nos dimos cuenta de que eran un hueso duro de roer. Nos encontramos frente a unas buenas fortificaciones de hormigón armado y una artillería desplegada eficazmente. La Línea Mannerheim era inexpugnable. Nuestras bajas aumentaban de forma alarmante. En invierno decidimos prescindir del itsmo de Carelia y atacar desde el lago Ladoga, por el norte, donde no había fortificaciones. Pero cuando tratamos de atacar por la retaguardia, nos encontramos en una situación aún más difícil que la anterior. Los finlandeses, que son un pueblo nórdico y muy atlético, aprenden a esquiar casi antes que a andar. Nuestro ejército se encontró frente a unas tropas de esquiadores dotadas de gran movilidad y armadas con fusiles automáticos de gran rapidez de fuego. Tratamos de suministrar esquíes a nuestras tropas, pero a los soldados ordinarios y sin adiestrar del Ejército Rojo no le resultaba fácil luchar con ellos. Empezamos a reclutar intensivamente a deportistas profesionales. No teníamos muchos a mano. Tuvimos que traerlos de Moscú y de Ucrania, además de Leningrado. Les dimos una espléndida despedida. Todo el mundo confiaba en que volverían victoriosos, y partieron con la moral muy alta. Los pobres fueron hechos trizas. No sé cuántos volvieron con vida.

Fueron tiempos terriblemente difíciles: terribles por nuestras pérdidas y aún más terribles a largo plazo. Los alemanes observaban con mal disimulado regocijo la paliza que estábamos recibiendo.

Nuestra marina se enfrentó a la flota finlandesa. Nadie hubiera creído que los finlandeses pudieran luchar con ventaja en el mar, pero nuestra marina no hacía nada a derechas. Recuerdo haber oído cuando estaba en Moscú en casa de Stalin que uno de nuestros submarinos consiguió hundir un barco mercante sueco al que tomó por un barco finlandés. Los alemanes observaron este incidente y se burlaron de nosotros ofreciéndonos ayuda: «¿Tan mal están las cosas? ¿Ni siquiera pueden hundir un barco desarmado? ¿Necesitan nuestra ayuda?» Pueden imaginarse cuán doloroso fue esto para nosotros. Hitler nos estaba dando a entender que conocía nuestra inferioridad y se recreaba observándola.

Recuerdo haber oído hablar a Stalin con amargura y tristeza del desarrollo de la guerra:

—Las nieves son altas. Nuestras tropas están en marcha. Hay muchos ucranianos en las unidades. Al principio estaban llenos de entusiasmo y decían: «¿Dónde están esos finlandeses? ¡A por ellos!» De repente estalla una descarga de fuego automático y nuestros hombres son derribados.

Los finlandeses seguían esta táctica para luchar en el bosque: se subían a los abetos y disparaban sobre nuestros hombres casi a quemarropa cuando salían de

patrulla. Cubiertos por las ramas y con capas blancas sobre los uniformes, los finlandeses resultaban totalmente invisibles. Las tropas ucranianas llamaban a los finlandeses «cucos» por su forma de encaramarse a los árboles. Se organizó una campaña especial contra aquellos cucos. Pero llevó tiempo, y mientras tanto se perdieron muchas vidas.

Stalin estaba furioso con los militares y con Vorochilov, y con razón, a mi modo de ver. Vorochilov había ocupado el cargo de comisario del pueblo para la Defensa durante muchos años. Le habían presentado como nuestro mejor tirador a fin de tranquilizar al pueblo convenciéndole de que las defensas del país estaban en buenas manos. Vorochilov merecía cargar con la mayor parte de la culpa por lo mal que iba la guerra con Finlandia, pero no era el único culpable. Culpó a las deficiencias de los servicios de inteligencia de la mala dirección de la guerra.

Recuerdo que un día, en la Dacha Cercana, Stalin se levantó de golpe, ciego de ira, y empezó a amonestar a Vorochilov. Este también estaba fuera de sí. Se puso en pie de un salto, enrojeció de ira y lanzó al rostro de Stalin sus acusaciones:

—¡Tú tienes la culpa de todo esto! —gritó—. ¡Tú fuiste quien aniquiló a la Vieja Guardia del ejército; tú mandaste matar a nuestros mejores generales!

Stalin le cortó violentamente y entonces Vorochilov cogió una fuente de cochinillo asado y la aplastó contra la mesa. No había visto en mi vida semejante estallido. Vorochilov acabó siendo relevado de sus funciones de comisario del pueblo para la Defensa. Durante mucho tiempo siguió siendo el objeto de todas las broncas [29].

El mariscal Timochenko, que entonces era comandante del distrito militar de Kiev, vino a verme y me dijo:

—Me han llamado de Moscú. Es casi seguro que voy al frente finlandés [30].

Se le dio el mando de nuestras tropas en el istmo de Carelia, en sustitución de Meretskov. Nuestro ejército había aprendido la lección. Se decidió no andar dando rodeos y atacar por la retaguardia, pero frontalmente, para destruir las fortificaciones finlandesas del itsmo de Carelia. Se preguntarán, y con razón, cómo no se ideó mucho antes esta estrategia de ataque frontal directo. En cualquier caso, se concentró toda la artillería, fuerzas aéreas e infantería necesarias para el ataque. Se destruyeron los fortines de ametralladoras de los finlandeses. Nada quedó en pie ante nuestra artillería.

29. Véase apéndice 3, biografía de Vorochilov. El incidente del cochinillo es revelado aquí por primera vez.

30. El mariscal Semion Timochenko volvería a Kiev tras aplastar las defensas finlandesas y ganar la guerra. Su estrecha asociación con Kruschef iba a continuar en la guerra y en la paz.

También la aviación tomó parte en el ataque. Recuerdo que Stalin dijo, con su típico estilo:

—Nuestras fuerzas aéreas han entrado en acción. Su misión es demoler las líneas de suministros finlandeses del frente, inutilizar las vías férreas, bombardear los puentes y ametrallar las locomotoras. Se han destruido muchos puentes. Se han destrozado muchos trenes. A los finlandeses sólo les quedan sus esquíes; no pueden vivir sin esquíes. Su suministro de esquías nunca se agota.

Finlandia pidió una tregua. Comenzaron las negociaciones. Acordamos los términos de paz y firmamos un tratado. Los finlandeses se retiraron unos quince kilómetros de Leningrado y nos dieron una base en la península de Hango.

Y así terminó la guerra de Finlandia. Empezamos a analizar las razones por las que estábamos tan mal preparados y por las que la guerra nos había costado tan cara. Yo diría que perdimos hasta un millón de vidas. Timochenko me dijo que no se podía culpar en absoluto a deficiencias en los servicios de inteligencia. En efecto, se averiguó que éstos conocían las defensas finlandesas desde el principio. Los fortines de ametralladoras y las baterías de artillería estaban señalados en sus mapas desde antes de comenzar la guerra. El problema fue que no se consultó al personal del servicio de inteligencia al planear el primer ataque. No puedo imaginarme cómo pudo permitirse semejante estupidez. Después de todo, es una norma fundamental que una operación militar se base en un cuidadoso estudio de la región donde va a realizarse y que los estrategas colaboren estrechamente con los servicios de inteligencia. Si hubiésemos desplegado nuestras fuerzas contra los finlandeses del modo que hasta a un niño se le hubiera ocurrido mirando al mapa, las cosas hubieran salido de un modo distinto, tanto para la Unión Soviética como para Finlandia.

Nuestra suposición de que el gobierno de Finlandia no se detendría ante nada y pondría su territorio a disposición de nuestros enemigos se vio confirmada por los acontecimientos posteriores. Aun antes de que Hitler invadiera la Unión Soviética descubrimos que estaban concentrando sus tropas en Finlandia. Podría argüirse que los finlandeses les dejaron hacerlo porque estaban furiosos contra nosotros y querían recuperar lo que habían perdido en la guerra de 1940-41. Sea como fuere, el hecho es que Leningrado estaba en peligro y no tuvimos más remedio que resolver el problema acudiendo a medios militares.

Sería erróneo afirmar que Stalin empezó la guerra porque quería apoderarse de Finlandia. Podría preguntarse: ¿Por qué no la tomamos durante la segunda Guerra Mundial, cuando el ejército finlandés estaba virtualmente destruido? Stalin demostró en este caso una gran sabiduría de estadista. Sabía que el territorio de Finlandia no era trascendente para las necesidades básicas de la revolución proletaria mundial. Por consiguiente, cuando firmamos un tratado con los finlandeses durante la segunda Guerra Mundial, era más provechoso para nosotros

simplemente terminar la guerra de lo que hubiera sido la ocupación. El cese de las hostilidades con Finlandia supuso un buen ejemplo para otros satélites de la Alemania de Hitler y al mismo tiempo hizo que dejáramos una buena impresión entre el pueblo finlandés [31].

La Guerra de Invierno con Finlandia nos mostró nuestras gravísimas debilidades. También puso de manifiesto nuestras debilidades ante Hitler. No hace falta mucha imaginación para suponer que, tras observar nuestro intento de guerra con los finlandeses, debió llegar a la siguiente conclusión: «La Unión Soviética se las ve y se las desea para manejar un país del que nosotros podríamos disponer en cuestión de horas. ¿Qué sería de los rusos si les atacásemos con nuestro mejor armamento y contingentes de nuestras tropas mejor adiestradas y organizadas?» En resumen, la desastrosa dirección de nuestra campaña finlandesa estimuló a Hitler a realizar sus planes para la *Blitzkrieg,* su Operación Barbarroja.

En nuestra guerra contra los finlandeses tuvimos la oportunidad de elegir el momento y el lugar. Sobrepasábamos en número al enemigo y disponíamos de todo el tiempo que quisiéramos para preparar nuestra operación. Y sin embargo, aun en condiciones tan favorables, sólo fuimos capaces de vencer con grandes dificultades y enormes pérdidas. Una victoria a costa de todo esto era en realidad una derrota moral.

Nuestro pueblo nunca supo que habíamos sufrido una derrota moral, por supuesto, porque nunca se le dijo la verdad. Todo lo contrario. Cuando terminó la guerra finlandesa, se le dijo al país: «¡Que suenen las trompetas de la victoria!» [32]

Pero las semillas de la duda han quedado sembradas. La guerra contra Finlandia fue una hora amarga para nuestro ejército cuya consigna de invencibilidad era: «¡Si hay una guerra mañana, estamos dispuestos para marchar hoy!»

El Ejército Rojo en vísperas de «Barbarroja»

Al tratar de la falta de preparación para la guerra del Ejército Rojo, Kruschef se esfuerza en recalcar que, aun siendo miembro del Politburó, el supremo cuerpo político, no podía saber que el glorioso Ejército Rojo se hallaba en manos

31. Pero los rusos también impusieron lo que consideraban unas abrumadoras indemnizaciones. En lugar de sentir lástima de sí mismos, los finlandeses se empeñaron en pagar su deuda en el menor tiempo posible, y para ello, y a costa de muchos sacrificios, aumentaron enormemente su capacidad industrial, sobre todo la construcción de buques.

32. Un detalle revelador de la capacidad del gobierno soviético para ocultar la verdad al pueblo.

incompetentes e insuficientemente equipado, pese a que la industria soviética había concentrado en él todo su peso desde hacía más de una década. Teniendo en cuenta el sistema de gobierno de Stalin, tal afirmación parece bastante razonable. Kruschef estaba totalmente ocupado en el gobierno civil de Ucrania. Dejaría al comandante de su propio frente la tarea de defender la región y presumiría que Stalin y Vorochilov (ministro de Defensa) ya habrían organizado adecuadamente el ejército en conjunto y el suministro de armamento y municiones. Evidentemente, no había ningún gabinete regular dentro del cual pudiese Kruschef pedir cuentas al ministro de Defensa —en el supuesto de que Kruschef hubiese tenido autoridad para hacerlo, que no era el caso—. No se regateaban los desembolsos para el ejército: las paradas y maniobras eran impresionantes. Pero hasta Kruschef sabía que Stalin y Yezhov habían liquidado en 1937 a casi todo el alto mando militar, aunque es posible que ignorase que también se habían purgado a unos cuarenta mil oficiales de menor rango. Debió alarmarle el terrible alarde que desplegó el Ejército Rojo contra los finlandeses. Y resulta casi inconcebible que su colega militar en Kiev —primero Timochenko y luego Zhukov— no le advirtiese de las terribles deficiencias existentes. De hecho, el propio Timochenko había sido denunciado como enemigo del pueblo, y se le habría fusilado en 1938 de no mediar la intervención personal de Kruschef.

Todos nosotros —Stalin el primero y el que más— intuíamos en nuestra victoria una derrota ante los finlandeses. Una derrota muy peligrosa porque confirmaba la convicción de nuestros enemigos de que la Unión Soviética era un coloso con los pies de barro. Pero no bastaba con reconocerlo y autocriticarnos por la equivocada dirección de la guerra contra Finlandia. Ni bastaba tampoco con destituir a Vorochilov y nombrar un nuevo comisario del pueblo para la Defensa. Lo que había sucedido debería permitirnos sacar algunas lecciones para el futuro inmediato. Debíamos considerar con mayor profundidad y amplitud qué era lo que había estado mal en la preparación de la campaña finlandesa. Teníamos que localizar y anular los defectos en nuestra organización que habían sido causa de la derrota. Teníamos que elevar el potencial de combate del ejército soviético. Y eso significaba ante todo elevar la calidad de nuestro mando militar.

No sé qué era lo que había debilitado al ejército en mayor grado: la escasez de armamentos o la incompetencia de los mandos. Indudablemente, ambos factores eran importantes. Por una parte, las paradas militares y maniobras de tropas desempeñaban un papel positivo en cuanto que sostenían la moral del pueblo. Pero, por otra, también tenían un papel negativo, ya que enmascaraban los defectos del ejército y nos presentaban una imagen de seguridad totalmente ilusoria. Tras la guerra finlandesa deberíamos haber revisado todo el ejército y

muy en particular las unidades mecanizadas; y también deberíamos haber empezado mucho antes a adaptar nuestra industria para las necesidades de la guerra. No sabíamos cuánto tiempo nos quedaba antes de que el enemigo atacase pero, de todos modos, el día en que empezó la guerra aún había muchas cosas por hacer. Fue una situación sin excusa posible y tuvimos que pagarla cara en tierra y sangre. La preparación de una guerra consiste en algo más que trazar movimientos estratégicos sobre un mapa. Y la base de la preparación militar está en la producción de armas: aviones, artillería, tanques, fusiles, equipo de ingeniería, armas químicas y bacteriológicas..., en suma, todos los medios necesarios para rechazar un ataque y aplastar al enemigo.

Parte del problema residía en que Stalin trataba de supervisar él mismo toda nuestra fabricación de municiones y equipo mecanizado, lo que daba como resultado que nadie supiese en qué estado se hallaba realmente nuestro arsenal. Recuerdo, por ejemplo, que en 1941 Stalin me ordenó que viese las posibilidads de montar motores diesel en los aeroplanos. Su idea era que, puesto que los diesel requieren menos combustible, el alcance de los bombarderos aumentaría. Me dijo que en la fábrica de locomotoras de Jarkov se construían motores diesel. Naturalmente, yo conocía la fábrica, pero era la primera vez que oía decir que allí se producían tales motores. Para entrar hacía falta un permiso especial, ya que Stalin quería estar seguro de que nadie, excepto los directamente implicados en el proyecto, iría meter las narices en la fábrica. Ni siquiera yo, primer secretario del Comité Central ucraniano, tenía noticia de los potentes motores diesel que se estaban construyendo allí mismo, en Jarkov. No tuve tiempo de llegar a saber si se podían montar en los bombarderos o no, pero resultaron muy eficaces en nuestros tanques T-34. Desgraciadamente, cuando la guerra estalló aún no habíamos construido bastantes de esos tanques.

En los primeros meses de la guerra padecimos una terrible escasez de armas de todas clases. Yo formaba parte del Politburó y del círculo dirigente de Stalin, pero aun así no podía saber cuán desesperadamente necesitábamos fusiles y ametralladoras, por no hablar de los tanques y artillería pesada. No podía imaginar que estábamos tan mal preparados, aun en el aspecto más elemental. Hasta el zar, el día que entró en guerra con Alemania en 1914, disponía de más fusiles que nosotros cuando nos invadió Hitler. Y nuestro potencial económico era incomparablemente superior al del gobierno zarista, así es que no teníamos excusa posible.

Para mí, el principal culpable fue Vorochilov. Hasta que se le destituyó durante la guerra con Finlandia, toda la responsabilidad por el estado de nuestras fuerzas armadas era fundamentalmente suya. Habíamos destinado al armamento enormes recursos financieros, y jamás tuve noticia de que Stalin hubiese rechazado una solicitud de fondos. Lo que sucedía, sencillamente, es que Vorochilov no

Vorochilov.

presentaba las solicitudes necesarias. Su negligencia era criminal. Seguramente, sus subordinados le informaban sobre la gravedad de la situación, pero él les oiría como quien oye llover. Olvidando sus responsabilidades, se limitaba a sonreír para los fotógrafos y a pasearse ante las cámaras cinematográficas. La gente decía que Vorochilov pasaba más tiempo posando en el estudio de Gerasimov que atendiendo su trabajo en el Comisariado para la Defensa [33]. También pasaba mucho tiempo en el mundo del teatro; se ganó renombre como *connaisseur* y crítico de ópera. Recuerdo que cierta vez, en mi presencia, se mencionó el nombre de una cantante; la esposa de Vorochilov, bajando los ojos, comentó:

—Kliment Efremovich no tiene muy buena opinión de ella.

El propio Vorochilov solía hacer sus pinitos en el canto, incluso cuando empezó a perder el oído. En mi opinión, cantaba muy bien. Lo mismo que Stalin, había formado parte de un coro de iglesia.

En suma: a Vorochilov le gustaba mucho más lucir su impresionante apariencia militar en las celebraciones públicas que supervisar los suministros de armamentos y organizar despliegues de tropas. Mientras estuvieron en activo Gamarnik, Tujachevski y demás miembros de la Vieja Guardia, antes de que los eliminasen en 1937, la marcha política y administrativa de la Comisaría del pueblo para la Defensa siguió adelante sin necesitar a Vorochilov para nada [34].

Stalin por su parte sobreestimó en mucho la preparación de nuestro ejército. Al igual que tantos otros, estaba bajo la ilusión de las películas que mostraban paradas y maniobras de tropas. No veía las cosas tal como eran en realidad. Casi nunca salía de Moscú; de hecho, casi nunca salía del Kremlin si no era para ir a su dacha o de vacaciones a Sochi. Toda su información procedía de Vorochilov, que también vivía totalmente desligado de la realidad.

Las razones de la debilidad del mando militar son bien conocidas. Se había eliminado a nuestros mejores oficiales como enemigos del pueblo. En este aspecto, y calibrando su culpa, he de decir que Stalin era más culpable que Vorochilov. Este defendía a veces a los generales acusados y discutía con Stalin, pero otras veces le aguijoneaba deliberadamente contra ellos. No hay mucho que decir respecto a los demás componentes del Politburó. Molotov seguía estrechamente a Stalin a la hora de tomar decisiones y, aunque la supervisión del mando militar estaba fuera de su terreno, también él solía espolear la furia de Stalin contra la Vieja Guardia. De todas formas, Molotov carecía de responsabilidad en los asuntos relativos a suministro de armas.

33. Gerasimov era presidente de la Academia Soviética de Artes y, prácticamente, pintor de cámara de Stalin. Figura convencional, era un académico en el peor sentido de la palabra y una pesadilla para todos los pintores soviéticos con pretensiones de originalidad.

34. Este es un comentario muy benévolo. Vorochilov merecía todas las críticas de Kruschef.

Es indudable que habríamos podido rechazar la invasión fascista mucho más fácilmente si no se hubieran barrido los escalones superiores del mando del Ejército Rojo. Todos eran hombres de considerable competencia y experiencia. Muchos se habían formado en academias militares y habían vivido la guerra civil. Estaban prontos a cumplir con su deber de soldados para con su patria, pero no se les dio la oportunidad. Después de eliminarlos tuvimos que nombrar nuevos mandos. Se produjeron dos, tres, y hasta cuatro cambios en la jefatura. Los que antes ocupaban cargos de tercera y cuarta fila subieron hasta la cumbre gracias a los fusilamientos de los de la primera y la segunda.

Casi todos los que ascendieron eran honrados y leales, pero les faltaba experiencia, y tuvieron que adquirirla durante la guerra con la Alemania hitleriana. Su iniciación costó a nuestro pueblo tremendas pérdidas en vidas y a nuestro país la más terrible ruina.

En 1940, cuando se nombró a Timochenko comisario del pueblo para la Defensa, Zhukov pasó a ocupar su puesto de comandante del distrito militar de Kiev [35], y resultó un sustituto más que satisfactorio. Tenía talento como organizador y era un magnífico dirigente. En la guerra demostraría su temple. Sigo sintiendo por él el mayor respeto como comandante, aunque después nuestros caminos se separasen. No supo comprender su función de ministro de Defensa y nos vimos obligados a actuar contra él para impedir que siguiese adelante con ciertos planes que había concebido. Aún así, yo le tenía entonces en la mayor estima como soldado y todavía hoy sigo sin rebajar un solo grado de tan alta estimación. Tampoco oculté mi admiración por Zhukov después de la guerra, cuando cayó en desgracia con Stalin [36].

A finales de 1940 o principios de 1941 se trasladó al camarada Zhukov desde Kiev a Moscú, donde trabajó en el Departamento de Operaciones del Cuartel General. En Kiev le substituyó Kirponos. Kirponos era uno de los clásicos comandantes llenos de buenas intenciones pero faltos de experiencia que fueron promocionados para llenar los vacíos que dejara en el alto mando la purga del Ejército Rojo. Se le nombró comandante del distrito militar de Kiev simplemente porque no había ningún otro. Había estado al mando de una división durante la campaña finlandesa, en la que se distinguió ganando el título de Héroe de la Unión So-

35. En efecto, Zhukov, tras sus brillantes operaciones contra los japoneses en el Extremo Oriente, había sido nombrado jefe del Estado Mayor de Timochenko, a la sazón al mando del distrito militar de Kiev antes de la guerra de Finlandia. Cuando se llamó a Timochenko como comandante en jefe para aplastar la resistencia finlandesa, Zhukov le acompañó en calidad de jefe de su Estado Mayor y, cuando la guerra hubo terminado, le sucedió en su cargo en Kiev. Fue ascendido al rango de general del ejército en junio de 1940; en febrero de 1941, cuatro meses antes de la invasión germana, pasó a ser viceministro de Defensa y jefe del Estado Mayor General.

36. Para más detalles sobre la carrera de Zhukov, ver apéndice 3.

viética. Pero evidentemente no estaba preparado para la responsabilidad del mando de Kiev [37].

El distrito militar de Kiev estaba situado precisamente en el camino de la invasión hitleriana. Reunía todas las condiciones topográficas más favorables para una ofensiva mecanizada. Las carreteras eran buenas y casi no había terrenos pantanosos. Para incitar a Hitler a atacarnos, la prensa burguesa extranjera solía decir que la región entre Polonia y Kiev era un verdadero «tancódromo», donde Hitler podría poner en marcha sus tanques y demostrar al mundo de lo que era capaz.

Stalin pensó que Kirponos sería el hombre apropiado para el mando de Kiev desde el punto de vista de honradez y devoción, y no le faltaba razón. Pero Kirponos carecía de la experiencia necesaria para dirigir tan enorme contingente de tropas. Además, la falta de preparación de nuestras defensas se reflejaba penosamente en el distrito militar de Kiev, el que se esperaba que guardase la más expuesta y peligrosa de nuestras fronteras.

Basándome en mis propias observaciones, que he de confesar no eran muy frecuentes, me pareció que la Comisaría para la Defensa había empezado a funcionar mejor desde que se hizo cargo de ella Timochenko. Yo le admiraba desde que ambos empezamos a trabajar en el distrito militar de Kiev, él como comandante y yo como miembro del Consejo Militar. Era una buena persona y un buen soldado. Tuve ocasión de conocerle aún mejor cuando liberamos Besarabia de la ocupación rumana en 1940 [38]. Yo tomé parte activa en la operación derivada de nuestro tratado con los germanos y de nuestro deseo de recuperar los derechos históricos que había violado la monarquía rumana tras la Revolución de Octubre. Por entonces, Timochenko era ya comisario del pueblo para la Defensa. En cierta ocasión le acompañé en un vuelo al interior de Besarabia, por detrás de las líneas rumanas, para ver a sus parientes del pueblo de Furmanka, donde se había criado. Nunca había vuelto allá desde que le reclutaron al iniciarse la primera Guerra Mundial. Aterrizamos en un campo cercano a Furmanka, y los naturales nos dispensaron una calurosa acogida. El mariscal Timochenko recibió el trato del héroe que vuelve a casa. Yo dormí en un cobertizo cercano a la casa de su

37. El coroncel general M. P. Kirponos, un buen general de división, fue ascendido por encima de sus capacidades como resultado de las purgas. Sucedió a Zhukov en el distrito militar de Kiev cuando este último fue al Ministerio de Defensa. De ese modo, cuatro meses más tarde se encontró justamente en el camino de la invasión germana. Los comentarios de Kruschef son imparciales. Luchó con gran bravura. En realidad, su frente estaba mejor equipado y abastecido que otros.

38. Besarabia, adquirida por Rusia en el Congreso de Berlín de 1878, pasó a Rumanía tras la primera Guerra Mundial al declarar su independencia y solicitar la ayuda rumana contra los bolcheviques. En virtud de un acuerdo con Hitler, Stalin la recuperó para la Unión Soviética en 1940 y procedió a sovietizarla.

hermano, mientras que él estuvo toda la noche bebiendo vino y hablando de los viejos tiempos con sus hermanos y amigos. Ciertamente, Timochenko representaba una gran mejora sobre Vorochilov como comisario para la Defensa.

Desgraciadamente, los hombres como Timochenko y Zhukov eran excepciones. Tras la aniquilación de la Vieja Guardia llegaron otros como Mejlis, Schadenko y Kulik, y la Comisaría se transformó en una casa de locos [39]. Una vez, durante una sesión del Consejo de Defensa, el camarada Timochenko me tiró de la manga. Quería que viese cómo se destrozaban mutuamente las personas con quienes teníamos que trabajar. Mejlis era uno de los peores [40]. Ejercía particular influencia sobre Stalin. Con frecuencia saltaba sobre los límites de su cargo de jefe del Directorio Político del Ejército Rojo. Desde que Stalin le designó para sustituir a Bujarin como director de *Pravda,* Mejlis había sido su mano derecha. Yo había estado en muy buenas relaciones con él; nuestra amistad creció sobre la base de nuestros esfuerzos comunes en la lucha contra los derechistas, allá por 1929-30. El me ayudó mucho cuando yo era secretario de la organización del Partido en la Academia Industrial. Pero en los años subsiguientes nos habíamos apartado uno del otro. Para cuando llegó al puesto de jefe del Directorio Político yo ya le consideraba un estúpido y me asombraba que alguien como él disfrutase de la confianza ilimitada de Stalin. Mejlis solía darle consejo en materia militar y Stalin le escuchaba. Su influencia no trajo nada bueno al ejército ni al país: contribuyó al inexcusable y desastroso estado de nuestra defensa en vísperas de la guerra.

El mérito de haber podido sobrevivir a los primeros desastres de la guerra y de la victoria final corresponde a nuestro pueblo y al ejército. Sacamos enseñanzas de nuestros errores y acabamos por rechazar al enemigo y aplastarle en su propio terreno. Pero ¡a qué precio! Tal vez hubiera sobrevenido igualmente la guerra si Stalin no hubiese eliminado a nuestros mejores generales. Pero no nos hubiera costado ni mucho menos lo que nos costó bajo «nuestro amado padrecito, el Gran Genio».

39. Schadenko y Kulik eran generales «políticos» extremadamente incompetentes y desagradables nombrados por Vorochilov. Ambos tomaron parte activa en la purga del Ejército Rojo de 1937. Kulik ascendió al rango de mariscal en 1940 e hizo todo lo que pudo para perder Leningrado ante los alemanes. Zhukov pudo llegar en el último momento para evitarlo.

40. L. Z. Mejlis fue otro general «político» de la clase que agradaba a Stalin. Es imposible determinar si causó más muertes y sufrimientos mediante su acción directa durante los años de purgas y posteriores, o por su absoluta incompetencia en la guerra.

6

La gran guerra patriótica

Los peores momentos

El relato de Kruschef de los años de guerra, aunque lleno de anécdotas reveladoras y visiones directas del Alto mando en acción, es esencialmente impresionista. Está claro que su principal preocupación es subrayar los fallos de Stalin y presentarse a sí mismo como el hombre imprescindible que trabaja con los jefes de campaña, mientras sus colegas permanecen sentados en Moscú, permitiendo que los generales combatientes se vean frustrados, obstruidos, privados de suministros y víctimas de las intrigas de los «políticos». Ni que decir tiene que el propio Kruschef era un «político», pero por su mentalidad práctica y su pasión por hacer que las cosas salgan adelante, parece que muy pronto se encontró más a sus anchas entre los soldados profesionales que con sus colegas en Moscú, los generales de la NKVD y los demás consejeros políticos, y que se puso de su lado frente al Kremlin. Desde luego, pasó gran parte de la guerra más cerca de los cañones que ningún otro miembro del Politburó, a excepción de Zhdanov en Leningrado. Al entrar los alemanes en Ucrania, Kruschef se transformó, de la noche a la mañana, de dueño supremo, después de Stalin, de esa vasta y rica tierra, el granero de la Unión Soviética y su principal base industrial, en el representante del Politburó en el cuartel general del frente. Muy pronto el frente quedó hecho pedazos y tuvo la amargura de contemplar cómo su gran provincia era rápidamente invadida por el ejército alemán, debido en gran parte al miserable fracaso de uno de los compinches de Vorochilov, el mariscal Budionny, reliquia absolutamente inepta de los días de la Guerra Civil, que llevaría a un millón de hombres a un desastre total e innecesario, perdiendo Kiev y Jarkov.

Las anécdotas y comentarios de Kruschef nos proporcionan realísticas visiones de la confusión, vergüenza y heroísmo de aquellos primeros días, cuando Stalin

se hallaba reducido a un estado de postración, mientras los alemanes aniquilaban ejércitos enteros en vastas bolsas, avanzaban sobre Leningrado y Moscú e invadían Ucrania.

DURANTE los años en que ocupé un alto cargo en el gobierno como primer secretario del Comité Central y presidente del Consejo de Ministros, aconsejaba con frecuencia a nuestros militares que acometieran la tarea de escribir memorias de guerra con gran cautela. Siempre he pensado que no puede esperarse un análisis objetivo de una batalla hecha por alguien que tomó parte en ella. Sin embargo, como miembro del Consejo Militar y representante del Politburó en varios frentes durante la guerra, creo poder aportar alguna luz sobre lo que ocurrió en ciertas operaciones clave.

Permátaseme presentar el panorama del principio de la guerra desde mi perspectiva y asimismo enjuiciar el papel de algunos generales y figuras del gobierno con los que tuve que relacionarme.

Inmediatamente antes de estallar la guerra yo estaba en Moscú. Fui retenido allí durante mucho tiempo y tuve que permanecer sentado sin hacer nada. Stalin no cesaba de decirme:

—Vamos a ver, ¿qué prisa tienes por volver a Ucrania? Dales a los de Kiev la oportunidad para que se las arreglen ellos solos. No es necesario que te vayas inmediatamente.

Yo no le encontraba ningún sentido a mi permanencia en Moscú. No aprendía nada nuevo permaneciendo junto a Stalin. Todo se reducía a celebrar una larga cena tras otra. Por entonces había empezado a aborrecer aquellas cenas. Me proporcionaban la ocasión de observar de cerca a Stalin y no me gustaba lo que veía. Evidentemente, había perdido toda confianza en la capacidad de nuestro ejército para organizar la lucha. Era como si se hubiera llevado las manos a la cabeza con desesperación y se hubiera rendido cuando Hitler aplastó al ejército francés y ocupó París. Yo estaba con Stalin cuando nos enteramos de la capitulación de Francia. Dejó escapar algunas maldiciones de lo más escogido y dijo que ahora Hitler podría estar seguro de que nos machacaría la cabeza [1].

Esta clase de conversaciones no me estaba haciendo ningún bien en absoluto. Traté una y otra vez de conseguir permiso para volver a Kiev. Finalmente se lo planteé con toda claridad:

—Camarada Stalin, a partir de ahora la guerra puede estallar en cualquier momento y sería desastroso que el principio me pillara aquí en Moscú o de viaje. Conviene que vuelva inmediatamente a Kiev.

1. Esto confirma otros informes del comportamiento de Stalin en vísperas de la guerra. Véase especialmente *The siege of Leningrad,* de E. Harrison Salisbury.

—Sí, debes estar en lo cierto. Es mejor que te vayas.

Su respuesta confirmó lo que había sospechado: que no tenía la menor idea de por qué me estaba reteniendo en Moscú. Sabía que mi lugar estaba en Kiev. Me había obligado a quedarme simplemente porque necesitaba compañía, en especial cuando tenía miedo. No podía soportar estar solo.

A la mañana siguiente volví a Kiev y me dirigí directamente a la oficina del Comité Central de Ucrania para recoger las últimas informaciones. Al anochecer me fui a casa. Serían las diez o las once cuando recibí una llamada del cuartel general pidiéndome que volviera a las oficinas del Comité Central a leer un parte que acababan de recibir de Moscú. La nota de envío decía que, como primer secretario del Partido en Ucrania, debía enterarme personalmente de su contenido. Acudí a la oficina del Comité Central y me encontré con que el mensaje de Moscú había causado una alarma considerable. Era una advertencia de que debíamos estar preparados para la guerra en cualquier momento.

Entonces nos llamaron de nuestro puesto de mando en Ternopol [2] informándonos de que un soldado acababa de pasarse a nuestro lado a través de la línea de demarcación que nos separaba de los alemanes. Aseguraba que Alemania iba a atacar a la Unión Soviética a las tres en punto de la mañana siguiente. La información parecía confirmar el parte que habíamos recibido de Moscú. Interrogamos a fondo al soldado alemán y lo que nos dijo parecía tener sentido. Al preguntarle cómo sabía que iban a atacar al día siguiente, respondió que se habían entregado a los soldados raciones alimenticias para tres días.

—¿Y por qué a las tres en punto de la mañana?

—Porque —explicó— los alemanes siempre atacan al amanecer.

Dijo que había desertado porque era comunista, antifascista y contrario al quijotismo militar de Hitler. Estábamos dispuestos a creerle.

Esa noche, en lugar de volver a casa, esperé hasta las tres para ver lo que ocurría. Efectivamente, en cuanto empezó a clarear nos informaron de que la artillería alemana había abierto el fuego. Cuando el enemigo había iniciado ya la invasión, recibimos órdenes de Moscú de no responder a la agresión. Nuestros dirigentes dictaron la extraña orden porque pensaban que, posiblemente, el fuego de artillería era una provocación por parte de algún comandante alemán que actuaba con independencia de Hitler. En otras palabras, Stalin tenía tanto miedo a la guerra que, aun cuando los alemanes trataron de cogernos por sorpresa y eliminar nuestra resistencia, quiso convencerse a sí mismo de que Hitler mantendría su palabra y no llegaría a atacarnos [3].

2. Ternopol, al este de Lvov, había sido adquirido recientemente por la ocupación soviética de la Polonia oriental.

3. Efectivamente, Stalin estaba postrado a todos los efectos durante las primeras semanas de la guerra.

Pero en cuestión de horas nuestras tropas se enfrentaron a los invasores alemanes y repelieron su primer ataque. Ya con la luz del día, el cuartel general del Distrito Militar nos notificó que los planes alemanes eran acercarse a Kiev. Poco después estaban ya sobre la ciudad, bombardeando el aeropuerto. Ardieron algunos hangares, pero afortunadamente en aquel momento no albergaban ningún avión. Todos nuestros aparatos estaban concentrados a lo largo de la frontera debidamente camuflados. Nuestra fuerza aérea, carros de combate, artillería y depósitos de municiones salieron prácticamente indemnes del primer ataque del enemigo.

Pronto la situación empeoró notablemente, debido sobre todo a la escasa ayuda que nos llegaba de Moscú. Poco después del comienzo de la guerra, durante el avance alemán sobre Kiev, se produjo una gran reacción de patriotismo entre el pueblo. Los obreros de la «Fragua Lenin» y otras fábricas de las cercanías de Kiev acudían en masa al Comité Central pidiendo armas para poder luchar contra los invasores. Telefoneé a Moscú para organizar el envío de fusiles a fin de armar a los ciudadanos que querían ir al frente y apoyar al Poder Rojo. La única persona con la que pude hablar fue Malenkov.

—Oye —le dije— ¿dónde podemos conseguir fusiles? Tenemos obreros que quieren unirse a las filas del Ejército Rojo para luchar contra los alemanes y no tenemos con qué armarlos.

—No pienses en obtener fusiles de nosotros. Todas las armas de la organización de defensa civil han sido enviadas a Leningrado.

—Entonces, ¿con qué vamos a luchar?

—No lo sé; con picas, espadas, armas de fabricación casera; con cualquier cosa que podáis hacer en vuestras propias fábricas.

—¿Quieres decir que debemos luchar con flechas contra carros de combate?

—Tendréis que arreglároslas como podáis. Podéis hacer bombas incendiarias con botellas de gasolina o queroseno y arrojarlas contra los carros de combate.

Es fácil imaginar mi desaliento e indignación al oír a Malenkov hablar así. Henos aquí, tratando de detener una invasión sin fusiles ni ametralladoras, ni mucho menos artillería o armas mecanizadas. No me atreví a contar a nadie lo que Malenkov me había dicho. ¡Quién sabe cuál hubiera sido la reacción de los demás! Naturalmente, no podía comunicarles la gravedad de la situación. Pero la gente debió figurarse por su cuenta lo terriblemente mal equipados que estábamos. ¿Y por qué nos encontrábamos tan faltos de armas? Debido a la complacencia del Comisariado de Defensa y a la desmoralización y derrotismo de los dirigentes. Estos factores nos habían impedido montar una industria bélica y fortificar nuestras fronteras. Y ahora era ya demasiado tarde.

Los alemanes avanzaron rápidamente sobre Ucrania, Bielorrusia y la Federación Rusa. La ocupación de Ucrania nos privó de nuestro centro minero y agríco-

la. Perdimos la parte europea de la Unión Soviética, en la que estaba concentrada nuestra industria. Gran parte de nuestra producción automotriz cayó en manos del enemigo cuando éste entró en el cinturón industrial de Moscú. Moscú y Leningrado eran nuestros centros intelectuales en la esfera política, militar y tecnológica. En 1941 Leningrado fue sitiada. También perdimos Rostov, Voronezh, Stalingrado y la parte septentrional del Cáucaso.

Nos vimos obligados a evacuar las industrias. Nuestros hombres, especialmente los ingenieros y los técnicos, acometieron la titánica tarea de situar las instalaciones fabriles fuera del alcance del enemigo y poder continuar la producción de carros de combate, artillería, armamento mecánico, fusiles, ametralladoras, minas, etc. Ello requería un esfuerzo sobrehumano y una estrecha cooperación. Al final, la evacuación de la industria compensó con creces el esfuerzo, permitiendo a nuestro ejército expulsar al enemigo de nuestra patria. Durante la guerra tuve que discutir muchas veces con Stalin. Aunque podía haberme hecho pasar las de Caín por ello, traté obstinadamente de convencerle de mis puntos de vista. Algunas veces lo conseguí. Descubrí que, si le insistía, podía hacerle cambiar de idea y que viera las cosas a mi modo. Sin embargo, discutir con él era siempre muy difícil... y muy peligroso.

Tras el feliz término de nuestras operaciones fuera de Moscú, en las que nosotros —es decir, el Frente Sudoeste— habíamos tomado parte, fui llamado a Moscú para cambiar impresiones con Stalin. Me encontré frente a un hombre nuevo. Se había serenado, afianzado y actuaba como un verdadero soldado. También había empezado a considerarse como un gran estratega militar, lo que hacía más difícil que nunca discutir con él. Mostraba toda la voluntariosa decisión de un dirigente heroico. Pero ya sabía la clase de héroe que era. Le había visto paralizado por su miedo a Hitler como un conejo frente a una boa. Y mi opinión no había cambiado en el intervalo. Durante la primera parte de la guerra, cuando las cosas nos iban mal, no había escapado a mi atención el hecho de que la firma de Stalin no aparecía en un solo documento u orden. Se utilizaba «Alto Mando», «Estado Mayor General» o cualquier otro término, pero nunca su nombre. Esta costumbre no cambió ni siquiera después de expulsar a los alemanes de Moscú, cuando Stalin empezó a recuperar la confianza. Las instrucciones seguían cursándose sin su firma. Algunas veces aparecía su título, «Comandante en Jefe», pero nunca el nombre. Y ello no por pura casualidad. Stalin nunca hizo nada por pura casualidad. Todos sus movimientos eran deliberados y calculados. Cada uno de los pasos que daba, bueno o malo, lo medía cuidadosamente.

He aquí otra prueba de que Stalin se negaba a aceptar la responsabilidad directa de lo que estaba ocurriendo en el frente. Muchos de nuestros generales que cayeron prisioneros durante el avance alemán furon declarados traidores

por orden de Stalin y sus familias enviadas a Siberia. Recuerdo que esta medida se aplicó a Muzichenko y Ponedelin y sus familias, así como a Potapov. Hasta después de la muerte de Stalin no se les permitió volver. Sólo entonces fueron rehabilitados los tres y se les dio un puesto en el Ejército Soviético. Una prueba más de lo mal que trataba Stalin a sus generales [4].

Las clases de tropa y los oficiales jóvenes no recibían mejor trato. Recuerdo que teníamos un comandante llamado Gordov, generalmente elogiado por su habilidad, energía y valor. Era un hombre endeble, lo que no le impedía golpear con toda tranquilidad a sus oficiales y soldados. Posteriormente me enteré de que Andrei Ivanovich Yeremenko golpeó en una ocasión a un miembro del Consejo Militar. El que un comandante disciplinara a sus subordinados con los puños era perfectamente aceptable e incluso normal [5]. Cuando un comandante informaba a Stalin sobre la incompetencia o errores de alguien, Stalin solía preguntar: «¿Le has dado un puñetazo en las narices? Si vuelve a hacer algo así, pégale un puñetazo en las narices.»

Otra de las cosas que daba lástima en la manera de actuar de Stalin era su dependencia de la Cheka en los asuntos militares. En general, los chekistas que gozaban de su confianza eran unos seres bastante despreciables. Ahí tenemos a Serguienko como ejemplo. Estaba en la administración de la Seguridad Central del Estado en Moscú. Era un tipo de recursos. Sé por experiencia que, además era traidor y nada honrado. He aquí lo que ocurrió: al principio de la guerra, cuando las cosas nos iban mal, el comandante y yo no tuvimos más remedio que evacuar nuestro cuartel general de Kiev y trasladarlo a Brovari. De repente me llegó un telegrama de Stalin acusándome injustamente de cobardía y amenazándome con tomar medidas contra mí. Me acusaba de estar pensando en abandonar Kiev al enemigo. Era una burda mentira. Estaba seguro de que quien le había metido esa idea en la cabeza a Stalin no era otro que el canalla de Serguienko. Sabía que Stalin consideraba a los chekistas libres de toda sospecha y creía cuanto le contaban. Por entonces Serguienko estaba de-

4. Los tres generales mencionados eran comandantes de cuerpos mecanizados: el general de división (tropas de carros de combate) M. I. Potapov, el teniente general I. N. Muzichenko y el general de división P. G. Ponedelin, cuyas formaciones tuvieron que soportar, entre otras pruebas, lo más fuerte de las acometidas de los carros de combate de Kleist y Reichenau. Lucharon bien, pero fueron destrozados por Kirponos en inútiles contraataques. El trato de Stalin a las familias de los oficiales prisioneros es característico.

5. También era característico el uso extremadamente frecuente de la violencia personal, que llegaba al fusilamiento en el acto, por parte de los oficiales mayores contra los ofensores menores, especialmente en los primeros días de la guerra, cuando los secuales de Stalin, Vorochilov y Beria, aún ejercían el mando. Incluso Zhukov era bastante duro. Más tarde, cuando el ejército se recobró de las purgas, fue mandado por oficiales cada vez más capaces y acostumbrados a las batallas y se creó una línea de actuación más civilizada.

trás de las líneas alemanas. Cuando los nazis rodearon Kiev, permaneció en campo enemigo y se deslizó a través del cerco disfrazado de campesino.

Tras este incidente siempre miré a Serguienko con profunda desconfianza. Sabía que era capaz de cualquier calumnia con tal de que le sirviera para aparecer como un héroe, sin importarle a expensas de quién [6]. Pero la historia me ha absuelto de la calumniosa acusación de Serguienko según la cual yo planeaba la rendición de Kiev. Infligimos serias pérdidas a los alemanes y rechazamos su intento de salto frontal. Kiev cayó, no porque fuera abandonada por las tropas que la estaban defendiendo, sino debido al movimiento de tenaza que los alemanes realizaron desde el Norte y el Sur en las regiones de Gomel y Kremenchung.

Uno de los personajes más despreciables que rodeaban a Stalin durante la guerra era Scherbakov [7]. Era una serpiente venenosa. En una ocasión oí que, siendo Gorki presidente de la Unión de Escritores, Scherbakov estaba con él en calidad de secretario para ocuparse de las cuestiones ideológicas a fin de que aquél pudiera dedicarse a las cuestiones prácticas. Gorki no era el tipo de persona a quien pudiera manejar Scherbakov, quien acabó siendo trasladado a petición del escritor.

Hay un episodio que caracterizó tanto a Scherbakov como a Stalin. Sucedió en 1943. Alexandr Petrovich Dovzhenko, un notable director de cine y excelente periodista, escribió un guión titulado *Ucrania en llamas*. Muchas de las escenas del mismo estaban basadas en artículos que había escrito denunciando los errores del Ejército Rojo. Dovzhenko, que poseía un espíritu y una pluma muy agudos, criticaba de un modo especial a los responsables de la falta de preparación de nuestro ejército en vísperas de la guerra. Envió el guión al Comité Central y allí lo leyeron Malenkov y algunos otros camaradas. Durante uno de mis viajes a Moscú, Stalin me preguntó si lo había leído. Le dije que sí. En realidad no es que yo lo hubiera leído, sino que lo había hecho en voz alta el propio Dovzhenko durante la ofensiva alemana de julio de 1943. Por aquel entonces

6. No se sabe mucho sobre este Serguienko. Parece haber sido un Mejlis inferior, lo que sugiere la forma de vida más baja. En aquellos días el Directorio Supremo de la Seguridad del Estado era un departamento de la NKVD, con Beria al frente como comisario del Pueblo. Sus actos, tal como aquí se describen, eran característicos de toda la raza de generales-policía o comisarios políticos del ejército.

7. A. S. Scherbakov, miembro del Politburó, uno de los jefes del Partido en Moscú y jefe del Directorio Político de las fuerzas armadas (es decir, comisario jefe). Gordo, espectacularmente enorme, traidor y borracho, estaba muy vinculado a Stalin y durante la guerra eran muchos los rusos que creían que sería su sucesor. Si tenía alguna buena cualidad, queda aún por descubrir. Murió en 1945. Fue uno de los hombres de los que se dijo que habían sido envenenados por los médicos del Kremlin en la inventada Conspiración de los Doctores de 1953. Es muy posible que fuera envenenado, pero no por el Dr. Vinogradov y sus colegas.

el ataque enemigo absorbía las tres cuartas partes de mi atención y no pude concentrarme en el texto de la obra. Así se lo expliqué a Stalin. Me repuso que estaba tratando de eludir mi responsabilidad por lo que había ocurrido y formuló una sarcástica denuncia contra Dovzhenko, criticándole en todos los aspectos y acusándole de nacionalismo ucraniano y de toda clase de pecados. Por aquellos días estaba de moda acusar a los ucranianos de nacionalismo, con o sin base para hacerlo. Esta costumbre había comenzado durante el mandato de Kaganovich en Ucrania. Le gustaba decir que todo ucraniano es un nacionalista en potencia, lo cual, por supuesto, es absurdo.

De cualquier modo, Stalin convocó una reunión para discutir el guión de Dovzhenko. Scherbakov presentó el caso al ministerio fiscal. Evidentemente, estaba tratando por todos los medios de atizar la ira de Stalin contra Dovzhenko insistiendo en la acusación de que el guión cinematográfico era extremadamente nacionalista. Malenkov guardó silencio durante toda la discusión, aunque él ya había dado su aprobación.

Stalin no dejó que las cosas quedaran así. Me mandó que convocara una reunión de los dirigentes del Partido y del gobierno en Ucrania, incluyendo a los secretarios del Comité Central encargados de la propaganda. Nos dijo que preparásemos una autocrítica sobre el inaceptable estado de cosas del frente ideológico de Ucrania. Luego él mismo llamó al orden a Dovzhenko y le lanzó un duro rapapolvo. Dovzhenko fue «congelado» como miembro activo del mundo de las artes durante mucho tiempo.

Todo este desgraciado asunto fue obra en su mayor parte de Scherbakov, que había logrado la confianza de Stalin y hacía todo lo posible por amargar la vida a los demás. Podría parecer que estoy diciendo todo esto porque tengo algún especial motivo de resentimiento contra Scherbakov. Eso no es cierto. Le doy lo que se merecía, y se merecía lo peor. Pero el principal culpable era Stalin. El fue quien hizo posible la perniciosa influencia de personas como Scherbakov.

Me gustaría ahora decir unas palabras sobre algunos de los jefes militares a quienes conocí durante la guerra. Pasé bastante tiempo con muchos generales y mis relaciones con la inmensa mayoría de ellos fueron excelentes. Naturalmente, hubo algún conflicto circunstancial. En tiempos de guerra es inevitable que se produzca cierto grado de tensión. Las personas cometen errores y pierden el control de sí mismas. Después de todo, nadie es perfecto. Yo tampoco soy un santo. En términos generales, sin embargo, me impresionaron los hombres con quienes trabajé en los distintos frentes. Casi siempre encontramos un lenguaje común. Hubo desacuerdos ocasionales, pero no voy a detenerme en ellos. La guerra ha terminado hace mucho y el enemigo ha sido aplastado. Muchos de los jefes militares en cuestión fueron condecorados y se retiraron honorablemente. No tiene sentido sacar trapos sucios a estas alturas.

Sin embargo, antes de hablar de los militares que se distinguieron en la guerra, me gustaría decir algo de Pavlov, que fue culpado del colapso de nuestra resistencia en Bielorrusia nada más comenzar la guerra[8]. Yo siempre había tenido mis dudas sobre Pavlov, aun antes de que se le asignara el mando de Bielorrusia. Recuerdo haber estado observándole en 1940, cuando era el comandante en jefe de nuestros carros blindados, mientras probaba los T-34 en Jarkov. Basándome en una corta conversación con él, llegué a la conclusión de que era un hombre de pocas luces. Aunque había sido un héroe de la guerra española, me pareció mal preparado para un puesto de mucha responsabilidad. Decidí comunicar a Stalin mis dudas sobre sus aptitudes. Abordé el tema con gran cautela:

—Camarada Stalin, ¿conoces bien a Pavlov?

—Sí, muy bien.

—Yo sólo he hablado con él unos minutos, pero, francamente, me produjo una impresión negativa. Parece bastante limitado. No cabe duda de que sabe manejar un carro de combate, pero no creo que sea una persona apropiada para el mando.

Stalin estaba visiblemente nervioso.

—¿Cómo puedes decir eso? Ni siquiera le conoces.

—Ya he admitido que no le conozco muy bien.

—Bueno, pues yo sí. Demostró merecer mi aprobación como comandante en jefe de carros de combate en España.

—Muy bien. Yo sólo quería informarte de que no me causó muy buena impresión. También quiero manifestarte algunas de mis dudas sobre el mariscal Kulik. Es el responsable de toda nuestra artillería. La guerra es inminente y no creo que esté a la altura de su misión.

Stalin estaba furioso.

—Primero te quejas de Pavlov y ahora de Kulik. Ni siquiera conoces a Kulik. Yo le conozco desde la Guerra Civil, cuando mandaba la artillería de Tsaritsin [Stalingrado]. Entiende de artillería.

—Camarada Stalin, no dudo que Kulik fuera un buen oficial de artillería en Tsaritsin, pero, ¿cuántos cañones tenía entonces? ¿Dos o tres? Ahora se encarga de toda la artillería del país.

8. El general D. G. Pavlov estaba considerado como el mejor experto soviético en carros de combate en vísperas de la guerra, pero cometió la misma equivocación que muchos generales británicos: no creía que pudieran usarse como los alemanes demostraron inmediatamente (enseñados por el capitán Lidell Hart), en formaciones acorazadas para adentrarse profundamente en territorio enemigo. La forma de utilizar los carros de combate, creía, era en apoyo de la infantería. De ahí el terrible desperdicio de unidades blindadas soviéticas en los primeros días de la guerra. Pavlov mandaba el frente de Bielorrusia, que, falto de tropas y suministros, cayó con consecuencias catastróficas.

Stalin perdió por completo la calma. Me dijo que cerrara el pico y dejara de meter la nariz en lo que no me importaba. Era lo que yo me temía. Stalin creía que el Ejército Rojo era hijo suyo y que nadie más que él era competente para hacer comentarios sobre el mismo. Sin embargo, los acontecimientos demostraron que estaba equivocado y yo tenía razón en cuanto a Pavlov y Kulik.

Stalin nombró a Pavlov comandante en jefe del Distrito Militar de Bielorrusia. Ni siquiera me enteré del nombramiento hasta después, cosa que también era típica. Stalin apenas se molestaba en consultar con los miembros del Politburó. De este modo, se confió a Pavlov el distrito militar situado en la línea misma de ataque por el Oeste, y no hizo nada por preparar a sus fuerzas frente a la invasión de Hitler. En los primeros días de la guerra, las tropas de Pavlov fueron derrotadas y sus fuerzas aéreas destruidas sin despegar de las pistas. Stalin ordenó juzgar a Pavlov, a su jefe de Estado Mayor, y al miembro local del Consejo Militar por un consejo de guerra y fueron fusilados. Debió darse cuenta del error en que había incurrido al entregar a Pavlov el mando de Bielorrusia, pero ya era demasiado tarde. El frente había saltado en pedazos y los alemanes se estaban adentrando más y más en nuestro país.

En cuanto a Kulik, demostró ser totalmente incompetente como jefe militar. Recuerdo que en 1943 Vatutin y yo escuchamos su informe a Chepilov, miembro del Consejo Militar del frente de Vorenezh. El informe era una completa parodia. Finalmente, a instancias nuestras, Stalin accedió a degradar a Kulik de mariscal a general de división. Después de la guerra Kulik fue arrestado y fusilado.

Al cabo de muchos años, cuando se denunciaron los abusos de poder de Stalin ante el XX Congreso del Partido, se decidió rehabilitar a Pavlov y a los otros generales que fueron condenados por un tribunal militar y ejecutados en los primeros días de la guerra. Yo tenía algunas reservas en cuanto a tales rehabilitaciones; sabía que hubo base legítima para formarles consejo de guerra a Pavlov y a los demás. Pero también sabía que Stalin era el verdadero culpable, por adjudicar tanta responsabilidad a hombres como Pavlov. Por consiguiente, no utilicé mi influencia para evitar su rehabilitación.

Vi a Zhukov varias veces al principio de la guerra. Siempre me alegraba verle llegar para sustituir a Kirponos en el mando. Una vez, cuando llevaba con nosotros un par de días, recibió una llamada de Stalin ordenándole que dejara lo que estaba haciendo para volver a Moscú.

—Bien —dijo—, me temo que vuestro comandante es bastante ineficaz. Pero, ¿qué podemos hacer? No disponemos de nadie mejor. Hay que apoyar al camarada Kirponos todo lo que podamos y esperar lo mejor.

Tenía razón. Era lo único que podíamos hacer. Fui muy sincero cuando le dije a Zhukov lo que lamentaba su partida.

Las personas que llegaban al frente al principio de la guerra no siempre eran tan útiles y tan bien acogidas como Zhukov. Por ejemplo, nos enviaron desde Moscú al mariscal Budionny [9] cuando los alemanes estaban estrechando el cerco alrededor de Kiev. Asistí a una reunión en la que el jefe de nuestra Sección de Operaciones, coronel Bagramian [10] informó a Budionny de la situación general, que parecía bastante gris. No recuerdo exactamente lo que se dijo, pues toda la discusión se mantuvo en una jerga militar ininteligible, pero sí recuerdo cómo acabó la conversación. Budionny le dijo a Bagramian con voz chillona:

—He estado escuchando lo que tenías que decir y me da la impresión de que ni siquiera controlas a tus propias tropas. Creo que deberíamos hacerte fusilar.

—Semion Mijailovich —replicó Bagramian—, ¿por qué habían de fusilarme? Si no estoy capacitado para ser jefe de la Sección de Operaciones, que me den una división para mandarla. Pero, ¿de qué serviría fusilarme?

Bundionny no quería saber nada de un simple traslado o degradación y trató obstinadamente de convencerle de que se le debía fusilar. Naturalmente, Bagramian no estaba dispuesto a admitir tal cosa.

Debe tenerse en cuenta que esta «amistosa» conversación tuvo lugar tras una cena fuerte y gran cantidad de coñac. A pesar de estas circunstancias atenuantes, yo estaba atónito. Era vergonzoso que un representante del Alto Mando como Budionny se portara así con un buen soldado como Bagramian. Realmente no nos estaba ayudando a resolver ninguno de los graves problemas que teníamos planteados. Nuestra situación no había mejorado tras la llegada de Budionny ni tampoco empeoró después de su partida.

Afortunadamente, la amenaza de Budionny no tuvo ninguna consecuencia. Ivan Jristoforovich Bagramian sigue vivo y goza de buena salud. ¡Ojalá viva otros mil años! Siempre ha sido un hombre decente y un buen soldado. Posteriormente se les confiaron muchos sectores clave del frente en nuestro esfuerzo por rechazar la invasión de Hitler.

Debería hablar de mis relaciones con Vlasov, que más tarde traicionó a su patria. Antes de la guerra había mandado la heroica División 99, que pasaría a la historia como la primera de la segunda Guerra Mundial a la que fue concedida la Orden del Estandarte Rojo. Era respetado como un hombre honrado

9. S. M. Budionny, el antiguo sargento auxiliar de la caballería zarista que llegó a ser el amigo predilecto de Stalin y dio su nombre al típico sombrero del Ejército Rojo, posteriormente abandonado. Era muy enérgico, valiente, borracho y totalmente incompetente para la guerra moderna. No sólo perdió Kiev, sino que, para arreglar las cosas, un número desproporcionadamente alto de tropas rusas cayeron en un cerco y fueron eliminadas.

10. I. K. Bagramian, que empezó como cadete del ejército zarista. Luchó en el Ejército Rojo durante la Guerra Civil, sirvió por algún tiempo en la segundo Guerra Mundial como jefe de estado mayor de Timochenko y luego se distinguió como jefe de un ejército, terminando como mariscal.

Vorochilov (centro) y Budionny (derecha).

Voronezh, 7 de noviembre de 1941.
A la derecha de Kruschef, el general Timochenko y el coronel Bagramian.

14 de julio de 1943 en el frente de Voronezh.
Con Kruschef, los generales Apanacenko (izquierda) y Rotmistrov (derecha).

Con los generales Yepichev (centro) y Moscalenko (derecha).

Con Vasily Stalin en 1941 ó 1942.

Con M. I. Kalinin, presidente de la U. R. S. S., en 1943.

Frente de Voronezh, julio de 1943.

y un jefe militar muy capaz. Cuando Kirponos y yo estábamos buscando a alguien para mandar el 37.° ejército, que formamos para defender Kiev, la Sección de Personal del Distrito Militar de Kiev recomendó a Vlasov. Decidí pedir informes de él a Moscú. Por entonces vivíamos aún bajo la sospecha de que había enemigos del pueblo por todas partes, especialmente entre los militares, y quería estar seguro de que podíamos confiarle la selección de un Estado Mayor para el 37.° ejército y la defensa de Kiev.

Llamé a Malenkov, que era el encargado de personal del Comité Central. Naturalmente, no esperaba que él mismo supiera algo sobre Vlasov, pero pensé que podía encargar a alguno de sus hombres que me proporcionara un extracto de la hoja de servicios de Vlasov. Cuando finalmente conseguí que Malenkov se pusiera al teléfono, le pregunté:

—¿Qué clase de referencias puedes darme de Vlasov?

—No puedes imaginarte cómo estamos aquí —dijo. Todo nuestro trabajo está parado. No tengo a nadie para ayudarte. Tendrás que hacer lo que creas conveniente y asumir toda la responsabilidad de tu decisión. En consecuencia no tenía más puntos de referencia que las recomendaciones de otros militares. Sobre esta base, Kirponos y yo decidimos entregar a Vlasov el mando sin más. Desempeñó su cometido con decisión y eficacia. Reunió un ejército constituido por las unidades que estaban retrocediendo desde el frente o atravesando el cerco alemán, y demostró ser una persona a la altura de su puesto. Siempre mantenía la calma bajo el fuego y dirigió con firmeza e inteligencia la defensa de Kiev. Cumplió con su deber e impidió que los alemanes tomaran Kiev mediante un asalto frontal. Cuando al fin la ciudad cayó, fue debido a un cerco y a una concentración de tropas alemanas muy hacia el Este, no porque Vlasov no organizara una sólida defensa.

Vlasov rompió el cerco y consiguió volver a nuestras líneas a pie; Stalin le ordenó que volara a Moscú. Pensé que quizá el cuartel general debía haber encontrado algún tipo de evidencia contra Vlasov y que le habían llamado para interrogarle. Más tarde nos enteramos de que le habían llamado para condecorarle. El propio Stalin le elogió y le puso al mando de nuestra contraofensiva frente a los alemanes fuera de Moscú. Vlasov volvió a distinguirse una vez más. Entonces Stalin le encargó la crítica tarea de defender nuestro frente en el sector de Valdai. Nuevamente Vlasov cayó en un cerco, lo traspasó y consiguió llegar a nuestras líneas. Stalin llegó a pensar en ponerle al mando del frente de Stalingrado. Recuerdo que me dijo una vez en presencia de testigos que, si Vlasov hubiese estado disponible, se le hubiera dado a él el mando de Stalingrado en lugar de a Yeremenko.

Cuando Vlasov resultó ser un traidor, Stalin me llamó y me recordó en tono ominoso que había sido yo quien le había promovido al mando del 37.° ejército.

Respondí recordándole simplemente que fue él quien le encomendó la contraofensiva de Moscú y que incluso había sugerido que se le nombrara comandante en jefe del frente de Stalingrado. Stalin dejó el tema y nunca volvió a mencionarlo.

Naturalmente, el caso Vlasov era un trago amargo, tanto para mí como para Stalin. Resultaba difícil comprender cómo un hombre que había demostrado tanta dedicación, valor y habilidad y que había sido merecedor de tanto respeto, podía traicionar a su país. El carácter de Vlasov debía ser muy inestable como para dejarse reclutar al servicio de los alemanes. Estaba considerado como un comunista, pero quizás carecía en absoluto de sustancia ideológica alguna. En la vida civil había sido profesor. Aparentemente, no era una mala persona. No cabe duda que en los primeros años de la guerra parecía leal al poder soviético. Por supuesto, es posible que actuara por motivos mercenarios cuando se hizo soldado. Quizás esperaba ascender hasta un cómodo cargo de dirigente del Partido. Desgraciadamente, ya habíamos tenido tipos oportunistas como éste en el pasado, y me temo que ahora son aún más numerosos. Ni que decir tiene que Vlasov era culpable de algo más que de simple oportunismo. Era culpable de traición, que es una clase de delito completamente distinta.

Recibió el castigo que merecía. Fue juzgado y ahorcado [11].

El desastre de Jarkov

En la primavera de 1942, cuando los alemanes se mantenían en las afueras de Leningrado y a última hora se retiraron de aquel frente hasta llegar ante Moscú, los rusos decidieron montar una ofensiva de tres puntas en Ucrania.

La operación central debía ser un ataque principal sobre Jarkov, a cargo de Timochenko, pero resultó un completo desastre para el Ejército Rojo. Kruschef, en el cuartel general de Timochenko, participó activamente en la preparación y ejecución de la ofensiva. El fracaso fue una experiencia traumática para él. En el Discurso Secreto se tomó grandes molestias en disculparse y cargar a Stalin con toda la culpa. Aquí vuelve sobre el terreno una vez más. Zhukov, en sus

11. El coronel general A. A. Vlasov, uno de los más brillantes y decididos de la nueva generación de jefes militares soviéticos, realizó prodigios en el primer año de la guerra. Varias veces, a base de coraje, se escapó de los cercos alemanes provocados por la incompetencia de sus superiores y colegas. Era una figura legendaria, un soldado consagrado, muy inteligente y notable por su preparación. Asqueado por la corrupción, brutalidad e incompetencia de Stalin y su círculo, se dejó capturar por los alemanes en la primavera de 1942, cuando se encontraba frente a otro cerco en el curso de una ofensiva mal planteada e inadecuadamente preparada sobre el río Yoljov. Creía que la única esperanza para Rusia era una victoria alemana y la destrucción del régimen. Ofreció convertir el vasto número

memorias publicadas tras la caída de Kruschef (Grandes batallas del mariscal Zhukov), *dice que la malhadada ofensiva fue efectivamente idea de Stalin y que él se opuso por muy buenas razones. Esto es cierto casi sin ninguna duda. Pero Zhukov continúa diciendo que Timochenko y Kruschef apoyaron firmemente a Stalin. Ello también es probable. A continuación da a entender (aunque en este caso la cronología no está clara, quizás deliberadamente) que no hubo ningún intento por parte de Timochenko y Kruschef de suspender la ofensiva antes de que el desastre fuera ya inevitable. El desastre se produjo porque los alemanes estaban a su vez desplegados para una ofensiva que se proponía romper un saliente en la línea rusa. Y fue por ese saliente por donde Timochenko introdujo su ejército, que de este modo se metió directamente en la boca del lobo.*

El descontento de Stalin conmigo llegó a su punto culminante durante el período de nuestra retirada, cuando creyó que íbamos a perder Ucrania. Era el comandante supremo, pero no quería asumir la responsabilidad de una derrota. Empezó a buscar una cabeza de turco. Yo era el candidato evidente, como primer secretario del Comité Central de Ucrania y miembro del Consejo Militar.

Quizás el momento más peligroso fue la desastrosa contraofensiva de Jarkov en 1942. Nòs llegaron noticias de que el enemigo no había concentrado fuerzas contra nosotros. Al parecer teníamos el camino libre para adentrarnos en su territorio. No obstante, estos informes comenzaron a preocuparnos. Hicimos un reconocimiento y descubrimos que el enemigo estaba concentrando sus unidades en el sector de Alvaiansk, en el frente Sur. Significaba que habíamos caído en una trampa. Aparentemente los alemanes pensaban atacarnos por el flanco izquierdo y liquidar el saliente que habíamos formado durante la campaña de invierno. Nos dimos cuenta de que, cuanto más penetráramos hacia el Oeste, más extenderíamos nuestro flanco y más fácil sería para los alemanes cortarnos la retirada y rodearnos. Nos figuramos el esquema del enemigo justo a tiempo. Sólo teníamos que obtener permiso para suspender la ofensiva inmediatamente y retirarnos [12]. He olvidado de quién partió la idea de organizar la

---

de prisioneros de guerra rusos en un ejército combatiente y dirigirlos a la batalla del lado alemán. Pero Hitler no supo aprovechar esta oportunidad y el ejército de Vlasov se quedó prácticamente en nada. Vlasov era un idealista indignado y frustrado que no comprendió, hasta que ya era demasiado tarde, que no podría haber salvación para Rusia en manos de los alemanes. No podía distar más de ser un oportunista. Al ser derrotados los alemanes, su ejecución como traidor era inevitable.

12. El avance de Timochenko empezó el 12 de mayo y fue demasiado bien durante varios días. El verdadero panorama no empezó a vislumbrarse hasta el 17 de mayo, con

contraofensiva de Jarkov en un principio. Posteriormente Stalin me acusaría a mí de haberlo propuesto. No niego que pude haber tomado parte en la elaboración del plan, pero, como le dije a Stalin:

—¿Y el comandante en jefe, Timochenko, no la aprobó?

—No —dijo Stalin—. Fue idea tuya y Timochenko se limitó a ceder ante ti.

—Eso es imposible —repliqué—. Conoces a Timochenko muy bien. Es voluntarioso y nunca daría su consentimiento para una operación si no pensara que era una buena idea.

En realidad fue el camarada Bagramian quien elaboró el plan de ataque para la contraofensiva de Jarkov. Nuestro cuartel general del frente Sudoeste lo aprobó, igual que el Cuartel General Central. Todos habíamos participado en la decisión originaria.

Así que cuando advertí que teníamos que persuadir al Estado Mayor General de que suspendiera la operación, supuse que no iba a ser fácil.

En cuanto nos dimos cuenta del peligro que suponía continuar avanzando hacia Jarkov, ordenamos un alto en la ofensiva y tomamos las medidas oportunas para construir nuestras defensas. Movimos nuestra artillería, armamento y fuerzas antitanque para cubrir el flanco izquierdo que quedaba al descubierto. Una vez impartidas todas las órdenes necesarias y después de haber pasado de hecho de la ofensiva a la defensiva, volví a mis cuarteles para descansar. Eran las tres de la mañana y ya comenzaba a clarear. Me estaba desvistiendo para acostarme cuando irrumpió el camarada Bagramian. Estaba muy agitado.

—Siento molestarte, camarada Kruschef —dijo—, pero pensé que debías saber que Moscú ha revocado nuestra orden de detener la ofensiva.

—¿Qué dices? ¿Cómo puede ser? ¿Quién tomó la decisión?

—No lo sé. Lo único que sé es que, si seguimos adelante con la ofensiva, iremos derechos al desastre. Nuestras tropas del saliente estarán condenadas. Te lo ruego: habla personalmente con el camarada Stalin. Nuestra única esperanza es que puedas convencerle y revoque su contraorden.

Nunca había visto el camarada Bagramian en tal estado. Es un hombre razonable y ecuánime. Me agrada. Incluso podría decir que le aprecio de veras. Siempre le he admirado por su mente sobria, su espíritu, sus vastos conocimientos en asuntos militares, su integridad incorruptible y su sinceridad. Y lo que es más, estaba totalmente de acuerdo con él sobre la necesidad de hablar con Stalin. Tenía que intentar hacer desistir a Stalin, aunque ya de antemano esperaba lo peor.

---

las tropas soviéticas peligrosamente extendidas. Las llamadas telefónicas a Stalin no se hicieron hasta medianoche del día 17. En la madrugada del 18 los alemanes lanzaron su contraofensiva y comenzaron su cerco mortal. Los rusos cercados estaban fuera de control y lucharon desesperadamente a la defensiva.

El camarada Bagramian estaba conmigo cuando llamé al Cuartel General Central. Se puso Alexandr Mijailovich Vasilevski [13]. Ya estaba enterado de lo que había ocurrido.

—Alexandr Mijailovich —le dije—, como militar que has estudiado los mapas y comprendes la estrategia enemiga, conoces la situación con más detalle que el camarada Stalin. Por favor, coge ahora un mapa y explícale a él lo que ocurrirá si continuamos con esta operación.

Vasilevski comprendió a dónde quería yo ir a parar. Ambos habíamos visto a Stalin tratar de organizar movimientos de batalla trazando las líneas de las tropas y el frente con el dedo sobre un globo terráqueo.

—Stalin está en la Dacha Cercana —dijo Vasilevski.

—Pues ve allá a hablar con él. Tú sabes que te recibirá a cualquier hora. Después de todo, estamos en guerra. Llévate el mapa y explícale que nuestra decisión de suspender la ofensiva es lo único que racionalmente cabe hacer.

—No, camarada Kruschef. El camarada Stalin ya lo ha decidido. Incluso ha dado las órdenes.

Cualquiera que conozca a Vasilevski se imaginará el tono firme y zumbante de su voz al decir esto. Yo me llevaba muy bien con él; por ello, después de colgar, decidí volverle a llamar e intentarlo de nuevo. Esta vez le rogué insistentemente que me ayudara, pero volvió a rehusar:

—Nikita Serguievich —me dijo—, el camarada Stalin ya se ha decidido y eso es todo.

Si hubiera estado Zhukov en el Cuartel General Central en lugar de Vasilevski, estoy seguro de que habría corrido a la Dacha Cercana e intervenido en nombre nuestro.

De cualquier modo, no tenía más remedio que tratar de llamar yo mismo al camarada Stalin. Este era un momento muy peligroso para mí. Sabía que por entonces Stalin se consideraba un gran estratega militar. Llamé a la Dacha Cercana y me contestó Malenkov. Nos saludamos y a continuación le pregunté:

—¿Puedo hablar con el camarada Stalin, por favor?

Debía estar allí. Conocía muy bien la distribución de la dacha. Sabía exactamente dónde estaba sentado cada uno y cuántos pasos tendría que dar Stalin para llegar al teléfono. Le había observado muchas veces cuando se acercaba a contestar una llamada telefónica. Le oí a Malenkov decir que yo estaba al teléfono y que deseaba hablar con él. Malenkov habló de nuevo y me dijo:

—El camarada Stalin prefiere que me digas a mí lo que quieres y yo le transmitiré el mensaje.

Era una señal inequívoca de que se avecinaban dificultades. Entonces insistí:

13. El mariscal A. M. Vasilevski, sucesor en el puesto de jefe de estado mayor del mariscal Shaposhnikov, que había muerto.

—Quiero hablar con el camarada Stalin personalmente. Tengo que informarle sobre la situación en el frente.

Malenkov le transmitió esto a Stalin y volvió al teléfono:

—El camarada Stalin repite que me digas a mí lo que quieres.

Así que no tuve otra alternativa que explicar a Malenkov que, si continuábamos con nuestra ofensiva, iríamos a parar a manos del enemigo. Habíamos extendido demasiado nuestro frente, debilitándolo; estábamos presentando a los alemanes un flanco al descubierto. Hubo otra pausa mientras Malenkov informaba a Stalin. Cuando volvió a hablar, dijo:

—El camarada Stalin sabe que el comandante del frente no aprobó tu decisión de detener la ofensiva; sabe que la suspensión de la operación fue idea tuya y nada más que tuya y está en contra de la misma.

Aún no puedo creer que Timochenko dijera a Stalin que yo le había impuesto mi decisión. Creo que Stalin simplemente trataba de hacerme perder los estribos y socavar mis argumentos.

—Camarada Malenkov, tú conoces bien el carácter de Timochenko. El nunca hubiera aceptado la decisión si no estuviera convencido de que la operación debía suspenderse.

—No tiene sentido que sigamos discutiendo. Stalin insiste en que la ofensiva debe continuar.

—Está bien —dije—. Ordenes son órdenes. Después de todo, continuar la ofensiva es lo más fácil, puesto que no tenemos tropas enemigas delante de nosotros. Y eso es precisamente lo que nos preocupa.

Malenkov colgó. El camarada Bagramian estaba conmigo y oyó esta conversación. Sus nervios estallaron y rompió a llorar. Imaginaba lo que iba a ocurrir, y lloraba por nuestro ejército [14].

La catástrofe se produjo unos días después, exactamente tal como esperábamos, y no podíamos hacer nada por evitarlo. Perecieron muchos generales, coroneles, oficiales jóvenes y soldados. El estado mayor del 57.º ejército fue completamente aniquilado. Casi nadie consiguió escapar. Las fuerzas se habían adentrado mucho en territorio enemigo y, cuando nuestros hombres se vieron cercados, no tenían combustible suficiente para escapar. Estábamos demasiado lejos de volver a pie. Muchos murieron, pero la mayoría cayeron prisioneros. El general Gurov en un carro de combate. Algunos sugirieron que debería comparecer ante un consejo de guerra por deserción, pero les dije:

14. La historia de la conversación telefónica coincide con el relato del Discurso Secreto, a excepción de un detalle muy extraño: que Stalin, a través de Malenkov, acusó a Kruschef de actuar independientemente de Timochenko. Tanto éste como su jefe de estado mayor, Bagramian, querían desesperadamente autorización para suspender la ofensiva y retirar lo que pudieran salvar.

—Creo que ya hemos perdido bastantes generales. ¿Queréis que perdamos también a los pocos que consiguieron escapar? ¿Es que os habéis vuelto locos?

Naturalmente, Stalin no iba a admitir su error. Pocos días después del desastre recibí una llamada de Moscú. No habían citado a Timochenko en Moscú, sino a mí. Como es fácil imaginar, me sentía muy deprimido. Casi no necesito describir mis sentimientos. Habíamos perdido muchos miles de hombres. Y lo que es más grave, habíamos perdido la esperanza que nos sostenía, la esperanza de cambiar el curso de la invasión en 1942. El fracaso de la operación de Jarkov era bastante deprimente. Para empeorar las cosas, parecía que yo iba a ser culpado personalmente de ello. Me imaginaba que no serviría de nada que yo hubiera tratado de suspender la ofensiva y evitar el desastre. Para Stalin, admitir que nosotros teníamos razón cuando detuvimos la operación significaría reconocer su propio error. Y esta clase de nobleza no era propia de él. No se detendría ante nada para evitar el tener que asumir la responsabilidad de algo que había salido mal.

Mientras volaba hacia Moscú comprendía claramente el trágico aspecto de mi situación. Me puse en manos del destino. Esperaba cualquier cosa, incluso el arresto.

Al principio Stalin no mostró en absoluto si sentía indignación o compasión hacia mí. Era un buen actor. Su rostro era una máscara inescrutable. Entonces dijo:

—Los alemanes han anunciado que capturaron a más de doscientos mil de nuestros soldados. ¿Mienten?

—No, camarada Stalin, no mienten. La cifra parece más o menos correcta. Teníamos aproximadamente ese número de tropas, quizá algunas más. Hemos de suponer que algunos hayan muerto y los demás, hechos prisioneros [15].

Stalin no dijo nada más, pero adiviné que estaba hirviendo por dentro. No sabía cuándo iba a explotar esa caldera hirviente ni quién iba a resultar escaldado cuando ocurriera. Pero se contuvo. Por el momento guardó silencio.

Más tarde volvimos a hablar del asunto. ¿Qué podíamos hacer? ¿Qué posibilidades teníamos de levantar nuestras defensas a lo largo del río Doneta para evitar que el enemigo lo cruzara? ¿Cómo podríamos detener el avance alemán con nuestros limitados recursos? Tras esta discusión nos fuimos a cenar.

Permanecí en Moscú varios días. A medida que pasaba el tiempo se me iba haciendo más fatigoso y doloroso el esperar a ver lo que ocurría. Dudaba mucho de que Stalin olvidara la derrota. Seguramente quería aún encontrar una cabeza de turco. Era una ocasión para demostrar su dureza implacable y su consagración al principio de la retribución rigurosa cuando se trataba de los intereses del

15. La lista oficial de bajas soviéticas fue de 5.000 muertos, 70.000 desaparecidos y 300 carros de combate destruidos. Los alemanes dijeron que tenían 200.000 prisioneros.

pueblo. Sabía exactamente cómo formularía su desquite. Era un maestro para estas cosas.

A los pocos días de llegar a Moscú estábamos cenando con él cuando comenzó la conversación en tono tranquilo y mesurado:

—Sabrás —dijo, mirándome de hito en hito— que en la primera Guerra Mundial, después de que nuestro ejército cayera en un cerco alemán en la Prusia oriental, el zar hizo comparecer ante un consejo de guerra al general que mandaba las tropas. Fue condenado y ahorcado.

—Camarada Stalin —respondí—, conozco muy bien el hecho. El zar obró correctamente. Miasoiedov era un traidor. Era un agente alemán.

Stalin no dijo nada. No siguió adelante con sus pensamientos. Pero ya había dicho lo suficiente para darme una idea del terreno que pisaba. Me sentía muy mal. Comprendí la analogía que estaba estableciendo entre el cerco de nuestras tropas en la Prusia oriental durante la primera Guerra Mundial y el de nuestro ejército al este de Jarkov. Estaba haciéndole recordar al miembro del Consejo Militar responsable de la derrota de Jarkov que este tipo de cosas ya habían ocurrido anteriormente en la historia. Además, existía un precedente en la misma Guerra Mundial: el arresto, consejo de guerra y ejecución del general Pavlov, su jefe de estado mayor y miembro local del Consejo Militar, cuando los alemanes invadieron impunemente Bielorrusia en los primeros días de la guerra.

Stalin me estaba preparando psicológicamente para que llegara a comprender las razones de porqué, en interés de la madre patria y a fin de aplacar la opinión pública, quizá tuviera que castigar severamente a todos los responsables del desastre de Jarkov.

Así es que me quedé esperando para ver cuál sería mi destino.

Lo único que hacía difícil a Stalin culparme de lo que había ocurrido era que yo había intentado obstinadamente persuadirle de que suspendiera la ofensiva, y lo hice en presencia de testigos. Había transmitido mi opinión y mi consejo a través de Malenkov, y, con toda seguridad, Beria, Mikoyan, Molotov y, posiblemente, Vorochilov estaban en la dacha con Stalin cuando llamé desde el frente. Aunque todas estas personas estaban muy vinculadas a él y podían haber sido testigos muy desagradables contra mí si el resultado de la ofensiva hubiera sido distinto, tal como ésta acabó, estos testigos comprometían al propio Stalin y, por consiguiente, a éste le era imposible ignorar el hecho de que yo me había opuesto vigorosamente a continuar la ofensiva.

Finalmente me llamó a su oficina y me dijo que podía volver al frente. Me sentí aliviado, pero me di cuenta de que aún no estaba seguro. Conocía muchos casos en los que Stalin había tranquilizado a la gente permitiéndoles salir de su oficina con buenas palabras y luego los había hecho detener y llevar a algún

otro lugar distinto del que podían esperar. Pero a mí no me ocurrió nada durante esa noche y a la mañana siguiente volaba de vuelta al frente [16].

A mi llegada pude ver que la situación era muy grave. El mariscal Timochenko me dijo que el enemigo había puesto en fuga al ejército hasta tal extremo que la única forma de reunir las tropas sería instalado cocinas móviles y esperando a que los soldados volvieran cuando sintieran hambre. Lo sabía por sus experiencias de la Guerra Civil. Instalamos cocinas de campaña y reorganizamos nuestras defensas a un ritmo lento, pero seguro.

Después de todos estos años, a menudo miro hacia atrás y veo el episodio de Jarkov como un momento de agonía para nuestro país y un hito en mi vida.

Stalingrado

Stalingrado fue el mayor honor de Kruschef. Como consejero político del mariscal Yeremenko, que era el responsable de la defensa de la plaza hasta que Zhukov volvió al frente, era en gran medida el hombre útil, aunque, por supuesto, después de que los alemanes destruyeran la ciudad y lucharan en sus ruinas, el cuartel general de Yeremenko hubo de ser trasladado al otro lado del río. Su relato del desarrollo de la batalla aporta datos directos que arrojan nueva luz sobre la terrible lucha que terminó con la destrucción del 6.º ejército de Paulus y dio un nuevo giro a la guerra.

CUANDO empezó la batalla de Stalingrado nuestras fuerzas armadas eran aún muy débiles. Nos faltaban artillería pesada, ametralladoras, antiaéreos y armas antitanque. Los alemanes seguían presionándonos fuertemente. Pero ya nuestras tropas habían empezado a oponer una tenaz resistencia. No hubo ninguna huida desordenada como las que caracterizaron la situación reinante al principio de la guerra.

En ese momento nuestras tropas estaban luchando heroicamente y sólo se retiraban cuando no había otra salida. Se replegaban en forma disciplinada de una posición a otra y nunca permitían que se les pusiera en fuga.

Nuestros reveses, aunque menos frecuentes, seguían siendo muy dolorosos. Durante la batalla recibí la noticia de que Rubén Ibarruri había muerto [17]. Al

16. Efectivamente, Kruschef tenía motivos para temer por su vida. Lo que no dice es que él salió indemne, pero Timochenko fue degradado a consecuencia del desastre de Jarkov. Zhukov le sustituyó como segundo comandante supremo, inmediatamente por debajo de Stalin.

17. Hijo de Dolores Ibarruri, la célebre comunista española conocida como La Pasionaria.

principio de la guerra Rubén Ibarruri y mi hijo Leonid estuvieron en la misma sala de accidentados en el hospital de Kuibichev. Leonid, que era piloto, también murió en la lucha posteriormente. Luego me enteré de que el hijo de Anastas Ivanovich Mikoyan, también piloto, había perecido. Todos pertenecían al grupo de mis íntimos. Estábamos en guerra y muchos hombres buenos morían como en todas las guerras. Pero el Ejército Rojo estaba sufriendo más de lo necesario porque estaba mal preparado e insuficientemente armado.

Recuerdo el trágico espectáculo que presencié una vez que inspeccionaba el frente en una zona al sur de la ciudad, cerca del barranco de Noriman. Estaban pasando algunos aviones de bombardeo que se dirigían hacia el campo enemigo. De repente aparecieron los Messerschmitt alemanes. Ante nuestros ojos acertaron a nuestros bombarderos y los incendiaron uno tras otro. Los pilotos se arrojaron en paracaídas y como nuestros aviones se parecían mucho a los Messerschmitt, nuestra infantería creyó que los aviones de bombardeo incendiados eran alemanes y abrieron fuego contra los pilotos mientras descendían. Recuerdo que un piloto gritó mientras bajaba: «¡Soy de los vuestros! ¡Soy de los vuestros!» Hubo una descarga de ametralladora y todo terminó. Nuestras fuerzas aéreas estaban mandadas por Jriukin, un joven que había alcanzado la distinción de Héroe de la Unión Soviética por su participación en la guerra contra Japón cuando estábamos luchando en China apoyando a Chang Kai-chek [18].

Los alemanes llegaron al Volga y nos cercaron parcialmente, cortándonos la comunicación por ferrocarril y por vía fluvial con el Norte. Recibí una llamada de Stalin.

Me preguntó con tono amenazador:

—¿Es cierto que estás empezando a evacuar la ciudad?

—Camarada Stalin, ¿quién ha hablado de evacuar la ciudad? ¿Quién te ha dado esa información? Ni siquiera hemos pensado en ello. No sé cómo has obtenido esa información, pero es absolutamente falsa.

Colgó. Empecé a preguntarme quién podía haber inventado aquella repugnante mentira. Evidentemente, estaba tramada contra mí personalmente. Decidí llamar a Malichev, aunque no creía que hubiera caído tan bajo [19]. Le conté la llamada de Stalin y dijo:

18. T. T. Jriukin mandaba el 8.º ejército del aire. Se refiere a las operaciones de la guerra contra el Japón en Mongolia en el verano de 1939. Fue una guerra reducida, no declarada, pero sangrienta. Allí fue donde Zhukov se hizo un nombre por primera vez, llegando justo a tiempo para resolver una peligrosa situación en Halkin-Gol y aplastar a los japoneses. Algunas veces se olvida que los rusos consideraban a Chang Kai-chek como un aliado y le apoyaron contra Mao Tse-tung. Mao nunca lo olvidó.

19. V. A. Malichev, entonces comisario del pueblo para la industria de armamento, entró más tarde en el equipo de poderosos tecnócratas de Malenkov y fue miembro del ampliado Presidium del Partido.

Frente de Stalingrado, octubre de 1943;
con el general Yeremenko y su estado mayor.

Cambiando impresiones con un grupo de oficiales.

—Sí, yo también acabo de recibir una llamada indignada suya. Me ha dicho exactamente lo mismo que a ti. No tengo idea de quién pudo haber inventado esa historia.

Entonces pensé que quizás hubiera sido Chuianov, pero él tampoco era la clase de persona que puede llegar tan lejos. Le llamé de todos modos. Dijo que él también había recibido una llamada semejante.

Stalin nunca volvió a mencionar la evacuación. Más tarde me di cuenta de que el rumor era obra suya. Era lo que él llamaría una medida preventiva. Para cualquier otro, el haber propuesto una evacuación de Stalingrado significaría enfrentarse a consecuencias muy desagradables, así es que Stalin tomó la iniciativa de plantear él mismo la idea sólo para que conociéramos su postura por si acaso a alguien se le ocurría proponérselo. Era su forma típica de llevar la guerra. Quería regularlo todo desde Moscú. Pero, al llevar el control centralizado hasta ese extremo, quitaba fuerza a sus jefes y comisarios del frente.

Nuestro cuartel general de campaña en Stalingrado estaba situado junto al río Tsaritsa en un barranco que se había formado tras muchos años de lluvia y nieve derretida. Cuando llegamos a Stalingrado nos sorprendió descubrir que ya existía un puesto de mando cavado en la empinada pendiente del barranco. Se había preparado y fortificado mucho antes de esta guerra. La entrada estaba protegida con pantallas contra las ondas expansivas de las explosiones y las puertas estaban reforzadas con gruesas vigas para impedir su destrucción. Todo en este fortín subterráneo a orillas del Tsaritsa ofrecía un aspecto familiar. Las paredes tenían adornos de roble contrachapados, como las dachas de Stalin. El lugar estaba muy bien equipado. Incluso tenía un retrete. Ningún verdadero militar hubiera pensado tener un retrete como éste en campaña. Nunca me enteré, ni antes ni después, para quién se había instalado, en un principio, aquel puesto de mando.

En los comienzos de la batalla el enemigo sometió a Stalingrado a los más crueles ataques aéreos. Los aviones alemanes bombardearon la ciudad sistemáticamente. Stalingrado ardía por todas partes. Nos encontrábamos incomunicados con la orilla Este del Volga. Y esta comunicación era vital para poder dirigir las operaciones en la batalla. El comandante Yeremenko [20] y yo decidimos que no era aconsejable nuestra presencia en Stalingrado.

Enviamos el correspondiente parte al Cuartel General Central solicitando permiso para trasladar nuestro puesto de mando a la orilla izquierda, a fin de poder establecer contacto inmediato con todos nuestros ejércitos. Pasó un día sin que obtuviéramos respuesta. Repetimos la solicitud, pero seguíamos sin

20. El mariscal A. I. Yeremenko fue comandante del Frente Sudeste, al que estaba agregado Kruschef. Por entonces el Frente Sudeste incluía la ciudad de Stalingrado. El Frente de Stalingrado consistía en el grupo de ejércitos del Norte de la ciudad.

obtener una respuesta de Moscú. Por otra parte, no podíamos trasladar nuestro puesto de mando sin permiso.

Stalin llamó por otro motivo que no tenía nada que ver con el anterior. Hablé personalmente con él y le dije:

—Camarada Stalin, ya hemos tenido que repetir nuestra demanda de permiso para trasladar el puesto de mando a la orilla izquierda, pero el Cuartel Central aún no nos ha contestado. El tiempo apremia; por ello, te ruego que nos des tu autorización ahora mismo.

—No, eso es imposible. Si las tropas se enteran de que su jefe ha trasladado su cuartel general fuera de Stalingrado, la ciudad caerá.

Traté de explicar a Stalin lo mejor que pude que sus temores eran infundados:

—Camarada, yo no lo veo así. El 62.° ejército al mando de Chuikov [21] se ha hecho cargo de la defensa de Stalingrado. También hemos nombrado a Gurov para el Consejo Militar con instrucciones de permanecer en la ciudad y asegurar la dirección del ejército. Estamos totalmente seguros de que Chuikov y Gurov desempeñarán su misión. No permitirán que el enemigo traspase nuestras defensas y tome la ciudad.

—Está bien. Si estás seguro de que el frente se mantendrá y que nuestras defensas no serán traspasadas, te doy permiso para que te traslades a la orilla izquierda. Pero asegúrate de que queda un representante del cuartel general del frente en Stalingrado que pueda informarte de cómo van las cosas. Quiero estar seguro de que dejas a alguien en la ciudad que respalde los informes de Chuikov.

Yeremenko y yo nos preparamos para trasladar nuestro puesto de mando. Le pedimos a nuestro jefe de estado mayor, Zajarov, que nos ayudara [22]. (Tanto Zajarov como Yeremenko solían dar puñetazos a la gente en la nariz, siguiendo las «instrucciones» de Stalin.) Decidimos dejar al general Golikov en Stalingrado para que nos mantuviera informados de cómo le iba a Chuikov con la defensa de la ciudad. Stalin le había enviado como primer subjefe del frente [23]. Le había conocido durante la ocupación de Lvov en 1939 y también cuando era jefe de

21. El mariscal V. I. Chuikov había sucedido al general Lopatin como comandante del 62.° ejército, que durante mucho tiempo soportó lo más encarnizado del asedio. Chuikov, que más tarde avanzaría hasta Berlín y, a su debido tiempo, se convertiría en el comandante de las fuerzas soviéticas en Alemania, no era un hombre muy agradable, pero era un soldado brillante y el héroe supremo de Stalingrado.

22. General M. V. Zajarov, jefe de estado mayor de Yeremenko en Stalingrado. Más tarde fue comandante de un ejército.

23. Coronel general P. I. Golikov, un general «político» más eficaz en tareas administrativas y cuasidiplomáticas que en el campo de batalla. Había escapado por los pelos de ser fusilado por un consejo de guerra a causa del fracaso de la ofensiva de Jarkov en 1943. Después de la guerra ascendió a jefe del Directorio Político de las fuerzas armadas. No está claro lo que estaba haciendo en Stalingrado. Desde luego no estuvo allí mucho tiempo.

personal del Ejército Rojo. Después le volví a ver a menudo en presencia de Stalin cuando era jefe del servicio de inteligencia del ejército, pero hasta ahora no había tenido oportunidad de evaluarle como ser humano y como comunista.

Llamamos a Golikov, y Yeremenko le dijo:

—Camarada Golikov, hemos recibido autorización para trasladar nuestro puesto de mando a la orilla izquierda. Queremos que permanezcas en nuestro cuartel general aquí y mantengas comunicación con el camarada Chuikov.

En su rostro apareció una expresión de terror, pero por el momento se contuvo. En cuanto Yeremenko abandonó la habitación, Golikov me rogó que no le dejara solo en la ciudad. Nunca había visto a nadie, ni soldado ni civil, en tal estado durante toda la guerra. Estaba blanco como el papel y me suplicó que no le abandonara. Decía una y otra vez:

—Stalingrado está condenada. ¡No me dejes! ¡No me destruyas! ¡Permíteme ir contigo!

—¡Pero qué estás diciendo! ¿Cómo te atreves a afirmar que Stalingrado está condenada? ¿No te das cuenta de que las cosas han cambiado? Ya no estamos retrocediendo ante el enemigo. Nuestro ejército se mantendrá aquí. ¿Qué es lo que te ocurre? Serénate. ¿Cómo te atreves a comportarte así? Se te ha ordenado que permanezcas en la ciudad y debes obedecer.

Pocos días después recibimos un mensaje de un oficial de Stalingrado informándonos que Golikov había perdido por completo la cabeza y actuaba como un demente. Su presencia en el frente no nos estaba haciendo ningún bien; antes al contrario, suponía un riesgo. El oficial que formuló la protesta pidió que se tomaran las medidas adecuadas. Relevamos a Golikov de sus deberes y le hicimos retirarse.

Posteriormente protestó de nosotros ante Stalin. Durante una de mis visitas a Moscú, Stalin me reprochó airadamente mi actitud respecto a los generales, acusándome de no darles el apoyo que necesitaban. Le pregunté:

—Exactamente, ¿en qué general estás pensando?

—Bien, tomemos a Golikov, por ejemplo. Le enviamos para que te ayudara y mira cómo le trataste.

Entonces lanzó una diatriba contra Yeremenko, llamándole inútil. Yo estaba atónito. Anteriormente había oído muchas veces a Stalin ensalzar a Yeremenko en los términos más entusiastas, virtualmente calificándole como nuestro mejor general combatiente, etc. Parte de la razón de la desilusión de Stalin con Yeremenko debía obedecer a que los alemanes seguían haciéndonos retroceder y habían entrado en Stalingrado; en la ciudad se sucedían las escaramuzas y hasta las batallas encarnizadas. Pero, en lugar de confesar lo que de verdad le preocupaba, Stalin siguió despotricando contra la supuesta desconsideración de Yeremenko para con Golikov.

—Camarada Stalin, no sé lo que te habrá contado el camarada Golikov, pero si protesta por el trato que le hemos dado, no tengo más remedio que explicarte las razones de nuestra actitud.

Entonces le referí la historia de la reacción de Golikov cuando le ordenamos permanecer en el cuartel general de la ciudad. Por el cambio de expresión de Stalin pude colegir que no sabía nada del incidente.

—Por consiguiente —concluí—, el hecho de retirar a Golikov estaba perfectamente justificado. En realidad, no sé por qué la emprendes con Yeremenko y conmigo de este modo. Estoy dispuesto a defender a cualquiera que haya sido castigado injustamente, pero Golikov obtuvo lo que se merecía.

Cuando Stalin me dijo que ya se había tomado la decisión de relevar a Yeremenko del mando de Stalingrado, le respondí que, en mi opinión, sería un grave error:

—Supongo que por aquí habrá opiniones divergentes sobre Yeremenko —dije—. Como todo el mundo, tiene enemigos y hay quien no le respeta. Pero, en calidad de miembro del Consejo Militar, he pasado por un período crítico con Yeremenko y, a mi entender, está completamente a la altura de su actual misión. Sólo estoy hablando de sus virtudes como jefe militar. No me refiero a otras cualidades. Lo importante es que es eficiente, experto y un buen jefe de sus tropas.

Como es natural, al principio Stalin se resistió obstinadamente, pero al cabo de un rato empezó a ablandarse. Al final me dijo que podía volver al frente. Al despedirnos, me estrechó la mano y afirmó:

—Me alegro de haberte llamado para consultar contigo. De no haber sido por lo que me has contado, habríamos eliminado a Yeremenko. Ya lo había decidido. Pero tus argumentos me han hecho cambiar de opinión. Yeremenko puede permanecer en su puesto.

—No te arrepentirás, camarada Stalin. Estás obrando cuerdamente.

Mientras tanto, el enemigo seguía presionando, pero nuestro ejército hizo pagar con sangre a los alemanes cada pulgada que ganaban. Nuestras consignas eran: «¡Ni un paso atrás!», «¡Mantendremos nuestras posiciones en el Volga!», y «Luchad hasta la muerte», «¡No rindamos Stalingrado!».

Creí advertir que, siempre que la situación se ponía grave, llegaba Malenkov en avión con Vasilevski, Voronov, Novikov o algún otro representante del Estado Mayor General[24]. Francamente, nunca me alegré mucho de verles. A no

24. El mariscal N. N. Voronov es un nombre nuevo en esta coyuntura. Como jefe de artillería era uno de los generales soviéticos más inteligentes y mejor dotados. Kruschef habla como si Malenkov, Vasilevski (jefe del Estado Mayor General), Voronov y Novikov (jefe de las fuerzas aéreas soviéticas) sólo aparecieran en una visita. En realidad Malenkov pasó mucho tiempo en el cuartel general de Yeremenko como enviado especial de Stalin

ser que nos trajeran una ayuda tangible, es decir, refuerzos de tropas, apoyo aéreo, y unidades de infantería y artillería, no hacían ningún bien a la causa apareciendo cuando teníamos las manos ocupadas. Estas celebridades siempre elegían el momento menos oportuno para hacer apariciones personales, y no eran muy populares en nuestro puesto de mando. Estaba tan lleno que casi no nos podíamos mover.

Siempre en el momento más crítico notaba que Stalin me estaba prestando especial atención y que había enviado a Malenkov para vigilarme. Le veía cuchichear con Vasilevski. Tendría que volver a Moscú e informar a Stalin de por qué la batalla estaba yendo tan mal y, naturalmente, trataría de evitar cualquier responsabilidad personal por lo que estaba ocurriendo. En esos cuchicheos, Malenkov se preparaba para denunciar a alguien y yo sabía que era el candidato más claro. El no entendía gran cosa de cuestiones militares, pero era más que competente a la hora de intrigar.

Al final los dos me dirían que tenían orden de regresar a Moscú. Tras su partida, Yeremenko y yo quedábamos solos con un pequeño equipo de operaciones en el puesto de mando. Un pavoroso silencio parecía caer sobre la zona, como ocurre en un bosque después de una tormenta.

En un momento de la batalla, llegó a Stalingrado Konstantin Simonov y preguntó a qué parte del frente debía ir para ver algo de acción. Le dije dónde, pero le advertí que era un sector muy peligroso.

—No importa —dijo, y se marchó [25].

Con el progreso de la batalla, nuestros ejércitos del frente de Stalingrado giraron hacia el sur contra Manstein [26]. Los ejércitos de Rokossovski y Chistia-

---

(de lo que Kruschef se resentía profundamente), mientras que los otros que menciona, junto con Zhukov, eran visitantes frecuentes. Era absolutamente vital para el Cuartel General Central saber con exactitud lo que estaba pasando en Stalingrado, cuál era la mejor forma de hacer llegar suministros a la ciudad, cuánto tiempo podrían resistir los defensores con un mínimo de refuerzos mientras Zhukov preparaba, con firmeza pero en el más absoluto secreto, su tremenda contraofensiva.

25. Simonov era un escritor oficial con una fuerte atracción popular. Uno de sus poemas, «Espérame, que volveré, se cantaba y recitaba en todas partes y simbolizaba la voluntad de supervivencia. Su novela épica *Víctimas y héroes* es un conmovedor relato del desorden, confusión, traición y heroísmo de la gran retirada.

26. Se refiere a la inmensa y magistral operación que acabó con la total destrucción del 6.º ejército alemán de Paulus. A fines de octubre de 1942, Chuikov y su 62.º ejército se encontraban colgados por un pelo de la orilla derecha del Volga y de unas pocas islas en la ciudad cubiertas de ruinas. Pero, secretamente, las fuerzas de Zhukov estaban tomando posiciones para una gran operación. El 19 de noviembre Voronov, en el Norte, abrió la mayor cortina de fuego de artillería de la guerra, mientras que tres ejércitos se lanzaban al ataque por el Sur. Cuatro días después se había cerrado el cerco de la ciudad, pero no con la suficiente firmeza como para resistir un intento serio de entrada o salida. Hasta diciembre no

kov empezaron a acercarse a los alemanes [27]. Conocía al jefe de estado mayor de Chistiakov, general Penkovski, y le apreciaba mucho. Era diligente y eficiente y más tarde contribuyó sustancialmente a la actuación del 6.° ejército de guardias. El general Penkovski todavía vive y goza de buena salud. Le deseo cien años de vida y felicidad [28].

Cuando empezamos a presionar al enemigo en dirección a Kotelnikovo, resultaba cada vez más difícil dirigir dos operaciones diferentes simultáneamente con un sólo alto mando: el mando del frente tenía que dirigir los ejércitos que mantenían cercado a Paulus en Stalingrado y al mismo tiempo nuestro ataque hacia Rostov. Por consiguiente, el Estado Mayor General propuso que dividiéramos el frente en dos, concentrando las tropas que rodeaban a Paulus en el frente del Don y a las situadas ante Manstein en el frente del Sur. No sé si fue idea de Stalin o de algún otro del Cuartel General Central [29].

Dadas las dificultades que habían surgido, era lógico dividir el frente de Stalingrado. No obstante, fue triste para Yeremenko y para mí separarnos de nuestros ejércitos del frente del Don, que ya se habían ganado un lugar en la historia: ejércitos como el 62.° que habían rechazado el principal ataque enemigo y habían recibido todo el impacto del golpe de Paulus en su pecho. También quedaban el 64.°, mandado por el camarada Chumilov, el 57.° y

---

realizó Manstein su gran tentativa de traspasar el cerco para ayudar a Paulus. Para entonces ya era demasiado tarde.

27. El mariscal K. K. Rokossovski y el general I. M. Chistiakov. Rokossovski, que fue el gran héroe de la maniobra, escapó dificultosamente a la purga del ejército en 1937. Más tarde se haría tristemente célebre como el comandante que retuvo a su ejército en el Vístula (por orden de Stalin) cuando los polacos de Varsovia se levantaron contra los alemanes. Era ministro de Defensa de Polonia cuando los polacos se sublevaron contra los rusos en 1956. Chistiakov mandaba el 21.° ejército que avanzó desde la cabeza de puente de Kletskaia. Más tarde se llamó el 6.° ejército de guardias y luchó en Kursk.

28. Tío abuelo de Oleg Penkovski, el coronel del MGB que se volvió contra el régimen y se hizo agente de occidente.

29. La nomenclatura de los frentes es confusa. El término *frente* se utilizaba para designar a un grupo de ejércitos, y no a una posición fija. En septiembre, el frente de Stalingrado pasó a llamarse frente del Don y fue puesto bajo el mando de Rokossovski. Al mismo tiempo, el frente del Sudeste se convirtió en frente de Stalingrado y siguió bajo el mando de Yeremenko mientras se creaba un nuevo frente más adelante, siguiendo el curso del río y llamado frente del Sudoeste, mandado por Vatutin. A fines de diciembre, el Cuartel General Supremo decidió que el frente del Don y el de Stalingrado quedaran coordinados bajo un comandante para la ofensiva final. Rokossovski fue elegido en lugar de Yeremenko, que le cedería tres de sus ejércitos, incluido el 62.°, que había mantenido durante tanto tiempo lo que quedaba de la ciudad. El resto del frente de Stalingrado se llamó frente del Sur y avanzó hacia el Sur para atacar a los alemanes en la zona de Rostov.

otros. Habíamos llegado a sentirnos muy unidos con todos estos hombres, pero teníamos que dejarlos en interés de la causa para que cerraran el cerco mientras nosotros presionábamos hacia el sur. Cuando Stalin llamó, le dije que estaba de acuerdo con la decisión.

Luego Stalin llamó a Yeremenko. No sé cómo iría la conversación, pero después me encontré a Yeremenko literalmente deshecho en lágrimas.

—Andrei Ivanovich —le dije—, ¿pero qué es lo que ocurre? ¿No te das cuenta de que debemos dividir el frente? Nuestros ejércitos se dirigen hacia el Sur y nuestro deber es ahora atacar al enemigo por el flanco al norte del Cáucaso. Stalingrado se las arreglará solo. Todo lo que queda por hacer es rodear al enemigo y cerrar el cerco. Nuestros camaradas sólo tendrán que esperar a que se les acaben el alimento y las municiones a los alemanes.

—Camarada Kruschef, no lo comprendes. Tú eres un civil. No sabes cuánto hemos pasado. Te olvidas de los primeros días, cuando creíamos que no había remedio y Stalin solía preguntarnos si podríamos aguantar tres o más días. Todos creíamos que los alemanes tomarían Stalingrado y que se nos haría servir de cabeza de turco por la derrota. ¡Y mira ahora! Hemos pasado a la ofensiva. Quizás no adivinas lo que va a pasar, pero yo sí: el nuevo frente del Don se llevará toda la gloria de la victoria de Stalingrado y nuestros ejércitos del frente del Sur caerán en el olvido.

Aún lloraba amargamente. Traté de calmarle diciendo:

—Por supuesto que la satisfacción personal de un soldado o de un jefe es importante, pero no es lo principal. Lo fundamental es la gloria del pueblo, la victoria de nuestro pueblo y nuestra causa.

Pero no podía hacer nada para consolarle. Sabía lo mucho que había pasado. Había consagrado hasta el último gramo de su energía y toda su habilidad para asegurar nuestra victoria. No encuentro palabras en el idioma ruso que expresen adecuadamente mi admiración por Yeremenko y por su contribución a la causa, como comandante en jefe del frente de Stalingrado.

Rodeamos al ejército de Paulus en otoño y acabamos con él en invierno. Vi una horrible escena cuando entramos en la ciudad al principio de la primavera. No cabe duda de que siempre hay horror en una guerra. Nuestras tropas tuvieron que trabajar mucho para reunir todos los cadáveres de los soldados alemanes. Temíamos que si los dejábamos allí con la primavera encima y un cálido verano por delante, empezarían a descomponerse y se podría producir una epidemia. Pero no era tarea fácil enterrarlos porque la tierra aún estaba helada. Reunimos miles de cadáveres, los colocamos en capas alternadas con otras capas de traviesas de ferrocarril y luego prendimos fuego a las enormes pilas. Una vez salí a observar, pero no volví a hacerlo. Napoleón o algún otro dijo en alguna ocasión que el olor de los cadáveres enemigos ardiendo era

agradable. Personalmente no estoy de acuerdo: el olor y la escena, en general, eran francamente desagradables.

Alrededor de Stalingrado encontramos muchos soldados alemanes muertos y medio desnudos. A algunos les faltaban los pantalones y las botas. No eran los lobos los que se les habían quitado. Lamento tener que decir que era obra de los saqueadores. Creo que probablemente tanto soldados como civiles tomaron parte en el pillaje.

A medida que avanzábamos tras la batalla de Stalingrado, vi muchos y grandes montones de soldados alemanes muertos a tiros. Pregunté al general Volski [30]:

—¿Es que los han ejecutado?

—No, murieron en la batalla.

El enemigo siempre sufre grandes pérdidas cuando un ejército está avanzando, pero no descarté la posibilidad de que algunos de nuestros hombres hubieran infringido nuestras estrictas instrucciones de no hacer uso de la fuerza contra los prisioneros. Además de las consideraciones morales, no queríamos dar ocasión a la propaganda enemiga para afirmar que las fuerzas soviéticas en su avance estaban fusilando a los prisioneros. Sin embargo, era perfectamente comprensible que algunos de nuestros hombres se dejaran llevar por su odio a los alemanes y mataran a todo soldado fascista que cayera en sus manos, en venganza por las atrocidades cometidas por los alemanes en los territorios soviéticos ocupados.

El general Malinovski

En este capítulo encontramos nueva información sobre la carrera del mariscal Malinovski (véase Apéndice 3), que posteriormente llegaría a ser ministro de Defensa bajo Kruschef. Se ofrece además un ejemplo gráfico de la atmósfera de intriga y desconfianza que flotaba en la corte de Stalin y amenazaba con sofocar, si no destruir, a cualquiera que fuera tocado por sus miasmas. Merece la pena observar que el episodio de Larin no ocurrió en los primeros meses de la guerra, tan llenos de confusión y traiciones, sino después del triunfo de Stalingrado.

DURANTE los primeros años de la guerra tuve ocasión de conocer muy bien a Rodion Yakovlevich Malinovski. Cayó en desgracia por algún tiempo cuando Rostov se rindió a los alemanes, pero seguía siendo generalmente considerado como uno de nuestros jefes militares más capaces. Solía contarme

30. El general T. V. Volski, comandante del 4.º cuerpo mecanizado.

Con el general Malinovski en 1943 ó 1944.

Con Pujov y Kozlov en enero de 1944.

historias fascinantes sobre el principio de su carrera. No creo que su madre estuviera casada. En cualquier caso, nunca conoció a su padre. Fue criado por su tía y pasó su infancia en Odesa. No sentía más que rencor por su madre, pero siempre hablaba con gran ternura de su tía. Trabajó como chico de los recados en Odesa y posteriormente, en la primera Guerra Mundial, huyó y se tropezó con un regimiento que le llevó al frente. Así fue como ingresó en el ejército. Acabó siendo servidor de ametralladora en un destacamento de tropas que fue enviado a Francia como parte de una fuerza expedicionaria rusa.

Muchos años después, cuando era ministro de Defensa de la U. R. S. S., Malinovski me acompañó en mi viaje a París para asitir a la reunión de los jefes de las tres grandes potencias. La reunión fracasó antes de empezar porque los americanos enviaron uno de sus aviones espía U-2 sobre nuestro territorio y lo derribamos: un hito en la historia de nuestra lucha contra los imperialistas americanos que desencadenaron la guerra fría. Durante nuestra estancia en París Malinovski sugirió:

—Vayamos a visitar el pueblo donde estuvo estacionada mi unidad durante la primera Guerra Mundial. El anciano campesino en cuya casa viví probablemente estará muerto, pero su mujer era joven. Quizás viva todavía.

Fuimos en coche por las bellas carreteras francesas. Malinovski supo indicarnos el camino hasta el pueblo sin dificultad. Encontramos la casa en la que había vivido. La señora de la casa y su hijo, que ya tenía niños propios, nos dieron la bienvenida amablemente.

—Mi esposo murió hace mucho tiempo —nos dijo ella.

Empezaron a llegar amigos, corrió el champaña y Malinovski empezó a evocar recuerdos, y a preguntar por las personas y lugares que había conocido.

—¿No había cerca de aquí una especie de salón donde se reunían los campesinos?

—¿Aún se acuerda?

—Sí, me acuerdo muy bien.

—Entonces probablemente recordará a Fulanita.

—Sí —dijo Malinovski sonriendo—, ya lo creo que me acuerdo.

Todos se rieron.

—¡Se acuerda! Era la muchacha más bonita del pueblo. Pero murió hace mucho tiempo.

Fueron llegando más franceses. Rápidamente se corrió la voz de que el visitante era el ministro de Defensa soviético, que había sido soldado de la unidad rusa estacionada en aquel pueblo hacía casi cincuenta años.

—Creo que le recordamos —dijeron todos—. ¿Verdad que tenía usted un oso ruso en su unidad?

Malinovski rió y me explicó que él y sus camaradas habían recogido un cachorro de oso en su camino hacia Francia y se lo habían llevado. Malinovski estaba en Francia cuando estalló la Revolución en nuestro país. Recuerdo que, cuando me contó la historia de su vida, dijo:

—Pesaba mucho sobre mí el hecho de que la Revolución estallara mientras yo me encontraba sirviendo en las fuerzas expedicionarias rusas en el extranjero.

Con grandes dificultades volvió a Rusia, vía Vladivostok, y consiguió atravesar Siberia, que entonces estaba bajo el control de Kolchak. Finalmente pudo ponerse en contacto con el Ejército Rojo. Estoy contando esta parte de la biografía de Malinovski porque es importante para la comprensión del período de Stalin. Durante años la sospecha se cernía sobre Malinovski como una espada de Damocles, en primer lugar por haber pertenecido a las fuerzas expedicionarias del zar en Francia durante la primera Guerra Mundial, y en segundo lugar por haber estado en territorio ocupado por los blancos hasta que se unió al Ejército Rojo.

Volvió a ser considerado como sospechoso por el propio Stalin cuando estuvimos trabajando juntos en el frente Sur tras la batalla de Stalingrado. He aquí la historia de lo ocurrido:

Un día Malinovski irrumpió en mi cuartel de Verjne-Tsaritsinsk. Estaba muy agitado. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Rodion Yakovlevich, ¿qué es lo que te disgusta? ¿Qué ha ocurrido?

—Algo terrible. Larin se ha suicidado.

Larin era miembro del Consejo Militar del 2.° ejército de guardias, un auténtico soldado y un buen general, íntimo amigo suyo. Había sido su comisario cuando Malinovski recibió el mando de su primer cuerpo, y luego volvió a serlo más de una vez.

Más tarde el ayudante de Larin me contó las circunstancias de su muerte. Fue una historia increíble. Aparentemente se expuso a propósito a las balas enemigas cuando inspeccionaba las líneas del frente. En lugar de cubrirse tras un almiar siguió andando orgullosamente, cuando los alemanes abrieron fuego, provocando al enemigo como un blanco tentador y llamando a la muerte de modo deliberado. Fue herido, pero no gravemente. La bala se alojó en la parte blanda de la pantorrilla; ni siquiera dañó el hueso. Fui a verle a su cuartel y lo encontré incorporado y charlando alegremente con una doctora armenia. Parecía animado hasta el mismo momento en que se disparó un tiro.

Todos sabíamos cómo se había suicidado Larin, pero no por qué. Hubiera sido más comprensible al principio de la guerra, cuando varios generales se suicidaron durante nuestra retirada. Pero en aquel momento no nos retirábamos; estábamos atacando. Habíamos rodeado a Paulus y el 2.° ejército de guardias, en el que Larin era miembro del Consejo Militar, estaba sos-

teniendo un buen combate con Manstein. Por tanto, aparentemente no había ninguna razón para el suicidio, al menos, no la justificaba el cariz de nuestra lucha contra los alemanes.

Larin dejó una nota que también era muy extraña. En sustancia decía simplemente que no podía seguir viviendo. Sobre su firma aparecía la frase «¡Viva Lenin!». Inmediatamente enviamos la nota de Larin a Moscú; allí cayó en manos de Scherbakov. No deben decirse cosas desagradables de un muerto, así es que no diré nada de Scherbakov, excepto que había sido un militante de la jerarquía del Partido durante muchos años y jefe del Consejo Político del Ejército Rojo durante la guerra. Scherbakov mostró sus verdaderos colores cuando cayó en sus manos la nota que dejó Larin al suicidarse. Siempre había incitado las sopechas de Stalin contra Malinovski y, al mismo tiempo, trataba de asestar un golpe contra mí, puesto que yo era miembro del Consejo Militar del frente donde había ocurrido el incidente.

Poco después de enviar la nota de Larin me llamaron de Moscú. Como siempre, hubo una cena interminable con todos sus aditamentos en casa de Stalin. Mientras estábamos comiendo, Stalin se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Quién es Malinovski?

—Más de una vez te he informado sobre Malinovski —respondí—. Es un general bastante conocido que mandó un cuerpo del ejército al principio de la guerra y luego un ejército. Más tarde estuvo al mando del frente Sur, donde, como ya sabes, sufrió muchos reveses. Fue relevado del mando tras la caída de Rostov y enviado a retaguardia, donde formó el 2.° ejército de guardias.

Scherbakov incitaba la desconfianza de Stalin de una forma calculada para volverle contra Malinovski, e indirectamente también contra mí.

—Todo esto es muy enigmático —dijo Scherbakov—. Quizás no sea accidental que Larin escribiera «Viva Lenin» y no «Viva Stalin». ¿Cuál crees que era su intención al decir Lenin en lugar de Stalin?

—No tengo la menor idea —respondí—. Evidentemente, Larin estaba bajo la influencia de algún tipo de trastorno psicológico cuando se suicidó.

Estaba claro que Scherbakov intentaba hacerme denunciar a Larin y, de paso, a Malinovski, pero yo no tenía intención de permitir que me utilizara de este modo.

Más tarde Stalin volvió a preguntarme:

—¿Quién es ese Malinovski?

—Camarada Stalin —contesté—, conozco a Malinovski desde el principio de la guerra y lo único que puedo decir de él es que lo considero altamente recomendable, como general y como persona.

Me di cuenta de que Malinovski estaba en dificultades. El principio de su carrera, el fracaso de Rostov, y ahora el suicidio de Larin; todas estas cosas se es-

taban relacionando en la mente de Stalin. Se amontonaban evidencias contra Malinovski, a pesar de mis continuos esfuerzos por defenderle.

—Será mejor que cuando vuelvas al frente —dijo Stalin— le vigiles estrechamente. Quiero que también mantengas vigilado al cuartel general del 2.º ejército de guardias. Comprueba todas sus órdenes y decisiones. Sigue todos sus movimientos.

—Muy bien, camarada Stalin. No perderé de vista a Malinovski.

Cuando volví al frente tuve que espiar a Malinovski las veinticuatro horas del día. Incluso tuve que observarle cuando se iba a acostar para ver si cerraba los ojos y efectivamente se dormía. No me gustó nada hacerlo.

Hasta después de la muerte de Stalin, un día que Malinovski y yo fuimos juntos de caza, no le conté la reacción de Stalin ante el suicidio de Larin ni que había tenido que informar sobre él al Cuartel General Central. Malinovski me dijo que sabía desde el principio por qué le seguía a todas partes y me instalaba junto a él. Dijo que había comprendido lo embarazoso de mi situación y no me lo había tomado en cuenta. Sabía que, mientras cumpliera con su deber con honradez y competencia, yo no tendría quejas de él y podría enviar buenos informes a Stalin.

En realidad no sé lo que salvó a Malinovski de caer víctima de la necesidad enfermiza de Stalin de arrestar hombres y hacerlos eliminar. Quizá las exigencias prácticas de una situación de guerra obligaron a Stalin a controlar su ira y su desconfianza. O quizá mi intervención en su favor tuvo algo que ver con el hecho de que Malinovski fuera perdonado. Después de todo, mi influencia sobre Stalin no era despreciable.

Una visita del camarada Ulbricht

Las líneas que siguen nos dan una primera impresión sobre Walter Ulbricht, el actual dirigente de la República Democrática Alemana, o Alemania Oriental. Pasó la guerra junto con otros comunistas alemanes en la Unión Soviética, donde se le instruyó para su futura misión. En Moscú había sido jefe del Comité Político del Partido comunista alemán en el exilio y había contribuido a acelerar su propio encumbramiento denunciando a algunos de sus colegas más capaces. En 1942 los rusos crearon el comité de la Alemania Libre en Moscú para reclutar prisioneros de guerra alemanes a fin de adiestrarlos políticamente y hacer propaganda entre las tropas alemanas de primera línea. Después de Stalingrado, el comité reclutó a varios prestigiosos oficiales alemanes. El mejor relato de esta operación puede encontrarse en La sombra de Stalingrado. *de Heinrich von Einsiedeln.*

En un momento determinado, Walter Ulbricht, junto con otros dos comunistas alemanes, vino a Berjne-Tsaritsinsk para transmitir propaganda al enemigo por medio de megáfonos y altavoces [31]. Instaron a las tropas alemanas a que se rindieran. Este trabajo solía realizarse por la noche. Ulbricht y yo cenábamos juntos con frecuencia cuando él volvía de la línea del frente. Solía bromear mucho con él:

—Bien, camarada Ulbricht. Hoy no parece que te hayas ganado la cena. No se ha rendido ningún alemán.

Un día recibí el informe de que un soldado alemán se había pasado a nuestro lado.

—Tráiganlo aquí —dije—. Veremos qué clase de hombre es y averiguaremos lo que pueda decir sobre la moral de sus compañeros.

Trajeron al hombre ante mí.

—¿Quién es usted? —le pregunté—. ¿De qué nacionalidad es?

—Soy polaco.

—¿Cómo ingresó en el ejército alemán?

—Soy de la parte de Polonia que fue anexionada a Alemania. Me llamaron a filas.

Aquel hombre me producía una sensación de intranquilidad.

—Pensamos formar un ejército polaco para liberar su país —le dije—. ¿Qué le parece?

—Me alegro. Naturalmente, deseo que Polonia sea liberada.

—Entonces, ¿quiere usted alistarse en el ejército polaco?

—No.

—¿Y cómo quiere que sea liberada Polonia?

—Los rusos la liberarán.

No me gustó su tono de voz al decir aquello. Se lo pasé al camarada Ulbricht y le dije:

—Esto es todo lo que has conseguido atraer con tu propaganda. No es un soldado alemán, sino ún polaco que huye de los alemanes. Ni siquiera está dispuesto a alistarse para la liberación de su propio país.

Posteriormente desertaron unos pocos alemanes auténticos y fueron hechos prisioneros. Cuando se acercaban las Navidades ordené que se les ofreciera hospitalidad en nuestro cuartel general, es decir, el de Malinovski. Pero primero di instrucciones para que los llevaran a los baños, les quitaran los piojos, les dieran ocasión de lavarse y les entregaran otra ropa para vestirse. Luego les trajimos al cuartel y les dimos cien gramos de vodka a cada uno y algo de

31. Este incidente debió tener lugar a mediados de diciembre de 1942, cuando los rusos estaban repeliendo el desesperado intento de Manstein de liberar el 6.º ejército de Paulus copado en Stalingrado.

comer. Ulbricht también estaba allí. Durante la conversación que siguió, uno de los prisioneros alemanes nos dijo que estaba en contra de los nazis, de Hitler y de la guerra. Destacaba claramente como el mejor del grupo. Ulbricht le preguntó:

—¿Estaría dispuesto a volver a sus líneas y trabajar para nosotros?

—Sí —dijo el alemán—. Iremos uno a uno y les diremos a nuestros oficiales que escapamos de ustedes.

Se produjo una disputa en el grupo. Otro de los alemanes dijo:

—Si tratamos de volver a nuestras líneas, nos fusilarán. Nadie creerá que hemos escapado. Ni tampoco creerán cualquier otra historia que inventemos.

«Nuestro» alemán replicó acaloradamente:

—¡Cobarde! Yo iré. ¡Que me fusilen! No me importa morir por la causa.

El camarada Ulbricht y yo estábamos completamente de acuerdo sobre la conveniencia de enviar desertores alemanes nuevamente a sus líneas. Entonces Tolbujin se enteró de nuestro plan [32].

Vino a verme y dijo:

—Camarada Kruschef, no sigas adelante con esa idea tuya. Estos prisioneros alemanes conocen la situación de nuestro cuartel general. Si les dejamos ir, podrían traicionarnos y seríamos bombardeados.

—No hay peligro —dije—. Les trajimos y llevamos con los ojos vendados. No tienen ni idea de dónde están.

—No obstante, no puedo correr el riesgo. Al menos, no los devuelvas hasta que tengamos oportunidad de trasladar el cuartel general a otro lugar.

Comprendí que era inútil insistir. Sabía que Stalin no me apoyaría. Se empeñaba en desautorizarme. No le expliqué a Ulbricht las objeciones de Tolbujin. Le dije simplemente:

—Camarada Ulbricht, aparentemente tendremos que descartar este plan porque existe algún riesgo de que los alemanes informen de la situación de nuestro cuartel general si les dejamos ir.

Se encogió de hombros, y dijo:

—Bien, supongo que no hay más que hablar.

Y siguió con su labor de transmitir propaganda a las líneas alemanas.

32. Puede haber alguna confusión entre los diversos cuarteles generales a que se refiere. Verjne-Tsaritsinsk era por entonces el cuartel general del 51.º ejército al mando del general de división N. I. Trufanov. Este ejército estaba agrupado con el 57.º al mando del general F. I. Tolbujin. Malinovski estaba entonces al mando del 2.º ejército de guardias, que fue transferido, con la protesta de su comandante, del frente del Don, con Rokossovski, al frente de Stalingrado el 15 de diciembre, en un rápido movimiento para detener la ofensiva de Manstein (la ofensiva fue rota el 21 de diciembre). Kruschef estaba, efectivamente, el 12 de diciembre con Vasilevski, el jefe de estado mayor soviético, en el cuartel general del 51.º ejército cuando la amenaza de Manstein estaba en su punto álgido.

Kursk

La batalla del saliente de Kursk fue, con mucho, la mayor batalla de carros de combate de la historia. Stalingrado cambió el rumbo de la guerra, pero delante de Kursk, en julio de 1943, Zhukov destrozó el corazón del ejército alemán y lo condenó a su aniquilación definitiva. Tomaron parte en la batalla unos seis mil carros de combate y cañones autopropulsados, que corrieron por las estepas en lo más parecido a una batalla naval que h podido tener lugar en tierra; tan absoluta era la libertad de maniobra. Kursk nunca impresionó a Occidente tanto como Stalingrado. Pero fue un extraordinario hecho de armas, una batalla de tablero montada a una escala colosal, en la que se desplegaron, con mayor provecho que nunca, la habilidad, el coraje y la dureza no sólo de Zhukov y Vasilevski, que la planearon, sino también de Rokossovski, que mandó el frente central, y Vatutin, que mandaba el recién reforzado frente de Voronezh. Lucharon contra las más experimentadas formaciones de carros de combate alemanes hasta detenerlas y destruirlas por completo. En esta ocasión extraordinaria estaba presente Kruschef como consejero político del teniente general N. F. Vatutin, que por entonces había llegado a ser considerado como uno de los generales mejor dotados de los dos bandos, extraordinariamente inteligente y pletórico de energía. Podrá encontrarse un relato lúcido de la batalla de Kursk, así como de toda la guerra entre Alemania y la Unión Soviética, en Barbarroja, *de Alan Clark.*

NUESTROS detractores acostumbraban a decir que la única arma que nos permitió derrotar al colosal ejército de Paulus en Stalingrado fue el invierno ruso. Lo mismo se habían dicho de la derrota de los alemanes en las afueras de Moscú en 1941. Desde que Rusia rechazó la invasión de Napoleón, siempre se ha afirmado que el invierno era nuestro principal aliado. Sin embargo, los alemanes no pudieron apelar a esta excusa para explicar su derrota en la batalla del saliente de Kursk de 1943. Dispararon los primeros y eligieron la hora, el lugar y la forma de la batalla. Todos los triunfos estaban en manos de Hitler y sus sicarios. Era pleno verano.

Nuestros ejércitos mandados por Rokossovski debían comenzar la ofensiva por su cuenta el 20 de julio. Estábamos seguros de que saldrían triunfantes, que aplastarían a los alemanes y les empujarían hasta el Oeste del Dnieper. Un sólo deseo nos impulsaba a todos: romper las líneas alemanas y liberar Jarkov.

De repente, unos quince o dieciséis días antes de la fecha del comienzo de nuestras maniobras, recibimos una llamada del 6.º ejército. Su jefe nos dijo

que un soldado alemán había desertado de una división de las SS de primera línea y que tenía información importante:

—Dice que los alemanes atacarán mañana a las tres de la madrugada. Ordenamos que nos trajeran al prisionero inmediatamente. Vatutin y yo le interrogamos.

—¿Qué le hace pensar que van a atacar? —pregunté.

—Naturalmente, no he visto las órdenes para la ofensiva —respondió—, pero las tropas notan lo que va a pasar. Y no es pura intuición. En primer lugar, nos han dado raciones secas para tres días. En segundo lugar, han colocado carros de combate a lo largo de la línea del frente. Tercero, se ha dado orden de amontonar las municiones junto a la artillería pesada y las piezas de campaña, para no perder tiempo acarreándolas cuando la artillería abra fuego.

—Pero, ¿qué le hace estar tan seguro de que el ataque empezará a las tres de la mañana? —pregunté.

—Bueno, es una suposición mía. En esta época del año empieza a amanecer hacia esa hora, y entonces es cuando al alto mando alemán le gusta comenzar un ataque.

El desertor era un muchacho joven, de aspecto apuesto y elegante: estaba claro que no pertenecía a la clase trabajadora. Estaba encuadrado en una división acorazada bastante conocida («Adolf Hitler», «Reich» o «Cabeza de la Muerte»: las tres se enfrentaron a nosotros. Yo solía decirle a Vatutin que en cualquier parte del frente en que me encontrara, siempre veía la división «Cabeza de la Muerte» frente a mí). Pregunté al alemán si era nazi.

—No. Estoy en contra de los nazis. Por eso me he pasado a su lado.

—Pero está en las SS. Allí todos son nazis.

—Ya no. Eso era cierto en los dos primeros años de la guerra, pero ahora las SS incorporan a todos los hombres que pueden. Me eligieron a mí por mi estatura y aspecto. De cualquier modo, ni siquiera soy un alemán de los que suelen ser nazis. Mis padres procedían de Alsacia y me crié como francés. Mis padres estaban contra las ideas de Hitler y me educaron en este sentido. No quiero arriesgar el cuello por Hitler. Por eso he desertado. Lo mejor para el pueblo alemán es que Hitler sea derrotado y exterminado.

Cuando terminamos de interrogar al prisionero, nuestros oficiales del servicio de inteligencia se lo llevaron. Inmediatamente llamamos a Moscú para advertir al alto mando que los alemanes se estaban preparando para lanzar una ofensiva.

Poco después me telefoneó Stalin. No sé si habría hablado antes con Vatutin o no. Siempre que digo que Stalin me llamó, no pretendo afirmar que no llamara también al comandante. No quiero que se piense: «Miren a Kruschef, otra vez dándose importancia, siempre diciendo yo, yo, yo.» No, no estoy tratando de darme importancia. Sólo trato de decir lo que, a mi modo de ver,

ocurrió. Yo era miembro del Consejo Militar y del Politburó; Stalin me conocía y confiaba en mí. Aunque algunas veces me utilizó como cabeza de turco para culpar a alguien de sus propios errores, y aunque en ocasiones desahogó conmigo su frustración y ansiedad, sin embargo tenía una gran confianza en mí. Con frecuencia me llamaba y me pedía mi opinión. Lo hizo cuando yo estaba en Stalingrado, y en el Sur, y volvió a hacerlo ahora en el saliente de Kursk.

Stalin me escuchó con calma mientras yo exponía la situación. No estuvo grosero o impaciente como otras veces. Esto me alegró. No tenía ni idea de por qué estaba tan frío y tranquilo en esta ocasión, mientras que en otras se había salido por completo de sus casillas. Era como si el mismísimo demonio tuviera una cuerda atada al nervio principal de Stalin, y nadie sabía cuándo el diablo daría un tirón de la cuerda provocando uno de sus accesos de rabia. Tanto su temperamento como su autodominio estaban desarrollados en alto grado. Tenía, en resumen, una personalidad abrumadora.

Cuando terminé de concretarle la situación, me preguntó:

—¿Qué crees que debemos hacer?

—El comandante y yo hemos estado cambiando impresiones y nos sentimos muy optimistas. Nos alegra que los alemanes comiencen la ofensiva mañana.

—¿Por qué?

—Porque nuestras posiciones defensivas son sólidas y vamos a hacerle pagar al enemigo con su sangre su intento de atravesarlas. Aunque seguimos esperando refuerzos, podremos mantener las posiciones. Se requieren menos fuerzas para defender que para atacar. Ya hemos aprendido esto en la práctica, además de en teoría.

También el enemigo confiaba en la victoria. Más tarde vi una orden que encontramos en una unidad acorazada alemana destruida. Contenía un mensaje dirigido a las tropas alemanas y decía más o menos: «Ahora estamos preparando una ofensiva con carros de combate muy superiores a los T-34 rusos. Hasta ahora los T-34 eran los mejores carros de combate del mundo, incluso mejores que los nuestros. Pero ahora tenemos los nuevos Tiger. No tienen igual. Con un arma como ésta, vosotros, soldados del ejército alemán, no podéis fracasar en vuestro intento de aplastar al enemigo.»

Efectivamente sus nuevos carros de combate eran temibles. Pero nuestras tropas aprendieron pronto a entendérselas con ellos. En Kursk ganamos una batalla que inclinó la balanza de la guerra a nuestro favor. En mi opinión, la batalla del saliente de Kursk fue el momento crítico de la Gran Guerra Patriótica. Fue decisiva para la derrota de la Alemania de Hitler y el triunfo definitivo de nuestro ejército soviético, nuestra ideología y nuestro Partido comunista.

Victoria

Kruschef entró en Kiev el 21 de noviembre de 1943. Era ya teniende general y de hecho se sentía muy unido a los soldados con los que había vivido durante más de dos años. Siguió con ellos hasta la nueva frontera polaca, pero sus días militares habían terminado y tuvo que volver a Kiev a enfrentarse con la tarea de reconstruir la administración del Partido y del Gobierno de Ucrania.

TRAS la derrota en Krusk, los alemanes empezaron a retroceder hacia el Oeste empujados por nuestro ejército. No estoy exento de ciertas debilidades humanas, entre ellas el orgullo, y la verdad es que me alegro de haber sido miembro del Consejo Militar de los frentes que participaron en las grandes batallas que libró el Ejército Rojo en Stalingrado y Kursk.

Después de la batalla de Kursk me puse en contacto primero con el frente de Voronezh y después con el primer frente de Ucrania. Estábamos presionando duramente hacia Kiev. La llegada a la orilla oeste del Dnieper supuso un momento triunfal para nosotros. Estábamos luchando por la liberación de la capital de Ucrania, la madre de las ciudades rusas. Todos sentimos las lágrimas de alegría que brotaban del interior. Desde 1941 nos habíamos visto obligados a retirarnos una y otra vez hasta Stalingrado. ¡Y ahora, dentro de un par de días, estaríamos en Kiev!

Estábamos aún fuera de la ciudad, cuando llegó Zhukov desde el Cuartel General Central [33]. Se le preparó un fortín subterráneo para que durmiera en él. Durante el día estuvimos bromeando y discutiendo la situación. Al segundo o tercer día ni siquiera tomamos la precaución de utilizar la cueva. Habíamos empujado a los alemanes hasta los bosques y nuestras tropas estaban librando escaramuzas en las afueras de la ciudad. Luchábamos desde nuestra cabeza de puente al Oeste de la ciudad para evitar que el enemigo consiguiera pasar la carretera de Zhitomir-Kiev.

El segundo jefe del frente de Voronezh era Grechko [34]. Le enviamos a instalar un cuartel general de campaña para él en Mezhgora y para que colaborase

33. Después de Kursk, Vatutin, comandante del frente de Voronezh, pasó al primer frente ucraniano. Kruschef se quedó con él. Cuando Vatutin fue mortalmente herido en febrero de 1944, Zhukov se encargó del mando por un tiempo, el primer mando operacional que había ejercido desde la batalla de Moscú en 1941.

34. Coronel general A. A. Grechko, ahora mariscal Grechko y ministro de Defensa, que llegaría a ser comandante en jefe de las fuerzas del Pacto de Varsovia en 1960. Como comandante del Distrito Militar de Kiev inmediatamente después de la guerra, colaboró estrechamente con Kruschef durante algunos años. Fue Grechko quien planeó, preparó y dirigió la invasión de Checoslovaquia en 1968.

En Rostov
tras la liberación
de la ciudad,
el 18 de febrero de 1943.

En la zona de Kiev; octubre de 1943.

Liberación de Jarkov en agosto de 1943.

Kiev, noviembre de 1943.

En Ucrania, durante la liberación.

en la organización de las tropas desde allí. Recuerdo que el sol se estaba poniendo cuando Grechko llegó a nuestro puesto de mando junto a Kiev. Era una noche templada, aunque se estaba acercando el otoño. Habíamos salido con nuestras «burkas» [capas caucásicas] por los hombros. Grechko llegó en coche y me informó a mí directamente. Le conocía desde hacía mucho tiempo y sentía un gran respeto hacia él; por ello me permití bromear sobre su increíble altura:

—Camarada general, te ruego que te inclines un poco para que pueda mirarte a los ojos.

Se rió. No recuerdo exactamente lo que dijo en su informe, pero lo esencial era lo que ya sabíamos: el enemigo había sido aplastado.

Poco después se produjo una súbita explosión y de la ciudad subió una nube de humo. Conocía Kiev como la palma de mi mano. Me dije: «Los alemanes están volando la fábrica «Bolchevique» al oeste de la ciudad. Si han empezado a volar edificios es que están huyendo.» Antes de comenzar nuestra ofensiva había pedido que se nombraran pelotones especiales para ir directamente a los edificios del Comité Central, el cuartel general del Distrito Militar de Kiev, los edificios del Consejo de Ministros, la Academia de Ciencias y otros puntos importantes, en cuanto nuestras tropas entraran en Kiev; estos pelotones debían encargarse de que los alemanes no tuvieran tiempo de prender fuego o colocar explosivos. Debían expulsar a los equipos de demolición alemanes y desarmar cualquier explosivo que pudieran haber instalado.

Sin embargo, cuando comenzaron aquellas explosiones, le dije al jefe de la artillería:

—Camarada Varentsov, da orden de cubrir Kiev con bombardeos dispersos.

Me miró sorprendido. Sabía que yo era un leal ciudadano de Kiev y que amaba profundamente la ciudad. ¿Por qué de repente le ordenaba que abriera fuego sobre ella?

—Camarada Varentsov —le expliqué—, si abres fuego sobre la ciudad, provocarás el pánico de los alemanes. Tratarán de desaparecer aún más rápidamente y harán menos daño a la ciudad. Siempre podemos reparar los daños causados por unas pocas bombas dispersas.

Nuestras tropas entraron en Kiev el 6 de noviembre [1943]. Era un día especialmente triunfal por ser la víspera del aniversario de la Gran Revolución de Octubre. Puede parecer que preparamos deliberadamente la entrada en Kiev como celebración del aniversario, pero en realidad fue sólo una feliz coincidencia.

A primera hora de la mañana del 6 de noviembre envié a mi chófer, camarada Zhuravlev, a la ciudad para comprobar el estado de la carretera. Me informó que estaba perfectamente libre. Algunos dirigentes ucranianos y yo entramos en coche en la ciudad. No puedo expresar la emoción que me domi-

naba mientras avanzábamos por la carretera de Kiev. Era un antiguo camino familiar que solíamos tomar para ir y volver de la dacha antes de la guerra. Pasamos por los suburbios y llegamos a Kreshchatik [el principal paseo de Kiev]. Fui directamente al Consejo de Ministros para inspeccionar el edificio. El exterior estaba bien. La sede del Comité Central también seguía en pie, al igual que la Academia de Ciencias y los teatros, pero las fábricas «Bolchevique» y «Kreshchatik» habían sido destruidas.

Flotaba algo fantasmal en el ambiente de la ciudad. ¡Había sido lugar tan ruidoso, animado y joven antes de la guerra! Ahora no se veía a nadie. Mientras caminábamos a lo largo del Kreshchatik y girábamos por la calle Lenin, podíamos oír el eco de nuestros pasos sobre el vacío pavimento. Algunas personas empezaron a salir de sus escondites. Parecía brotados de la tierra.

Mientras caminábamos por la calle Lenin en dirección a la Opera, conversando y cambiando impresiones, oímos de repente un grito histérico y un joven se acercó corriendo a nosotros. Seguía gritando:

—¡Soy el único judío que queda! ¡Soy el último judío de Kiev con vida!

Tratamos de calmarle. Me di cuenta del estado en que se encontraba y temí que se hubiera vuelto loco. Le pregunté cómo había sobrevivido.

—Mi mujer es ucraniana —dijo—. Ella me tuvo oculto en el ático. Me alimentaba y cuidaba de mí. Era conocido en la ciudad y hubiera sido exterminado junto con todos los demás judíos [35].

Más tarde nos encontramos con un anciano de barba gris que llevaba un paquete con el almuerzo, como el que yo me llevaba al trabajo en la fábrica de Yuzovka. Se arrojó sobre mi hombro y me besó en ambas mejillas. Estaba muy conmovido. Un fotógrafo pudo captar la escena, que apareció en muchos periódicos y revistas.

Vi por primera vez a los americanos a finales de la primavera o principios del verano de 1944 cerca de Kiev. Era un día espléndido y templado. De repente oímos un ruido sordo a cierta distancia. Escudriñamos el cielo y vimos una gran formación de aviones que volaba hacia nosotros. Nunca había visto aquel tipo de aparatos. Supuse que serían americanos porque no teníamos nada parecido en nuestras fuerzas aéreas. Ni que decir tiene que confiaba en que

35. Se refiere a la matanza de judíos de Babi Yar, un barranco que había junto a la ciudad. En dos días fueron asesinados 33.771 judíos, alineándolos al borde de grandes fosos y disparándoles con ametralladoras. Los dirigentes soviéticos, tanto en la época de Kruschef como en la de Stalin, se negaron a reconocer que los judíos soviéticos habían sufrido bajo los nazis más que los demás ciudadanos. El escenario de Babi Yar se convirtió en zona de recreo. La mayor parte de los rusos ni siquiera habían oído hablar de este lugar, hasta que el poeta Yevgeni Evtuchenko escribió su célebre poema «Babi Yar» y se vio en dificultades por esta causa.

fueran americanos; de otro modo, tenían que ser forzosamente alemanes. Más tarde me enteré de que eran las fortalezas B-17, que tenían su base junto a Poltava en virtud del acuerdo con Roosevelt. Utilizaban nuestro territorio para repostar armas y combustible tras sus misiones de bombardeo sobre Alemania. A menudo los veíamos volar sobre nosotros durante la noche en dirección hacia sus objetivos en Alemania, y luego volver al amanecer. De algún modo los alemanes consiguieron seguir la pista de los aviones americanos hasta Poltava y bombardearon su base. Recibí el informe de que habían destruido muchos aparatos y causado muchas bajas. La mayoría, rusos que trabajaban como personal de mantenimiento en la base [36].

A medida que íbamos empujando a los alemanes hacia el Oeste, nos encontrábamos con nuestro antiguo enemigo: los nacionalistas ucranianos. Supimos por el camarada Begma, jefe de nuestro cuartel general de partisanos en Ucrania, que los banderistas [37] estaban organizando destacamentos de partisanos por su cuenta. Tenían su base en los bosques que rodean Rovno. Llamaban a su caudillo Taras Bulba, igual que el héroe de Gogol. Dimos instrucciones a Begma para que averiguara con todo detalle lo que los banderistas pensaban hacer. Le dijimos que diera a Bulba la oportunidad de unirse a nuestras fuerzas contra los alemanes. Bulba se negó. Pronto nos dimos cuenta de que los banderistas estaban tratando de conservar su pujanza y consolidar sus fuerzas para poder iniciar una campaña partisana contra nosotros por la retaguardia, un vez que expulsáramos a los alemanes de Ucrania.

Fui a Rovno durante el invierno de 1944 para consultar con el camarada Begma y con el comandante que había tomado la ciudad y estaba liberando la zona. Creo que era Moskalenko [38]. El suelo estaba cubierto de nieve y hacía muchísimo frío. Decidí volver a Kiev en cuanto terminara la reunión en el

36. A excepción de un escuadrón de aviones de caza de la RAF que tenía su base junto a Murmansk en los primeros días de la guerra, el establecimiento de una base de bombarderos americana en Poltava representaba la única concesión de Stalin a sus aliados occidentales que deseaban realizar incursiones aéreas desde territorio soviético. La operación de castigo alemana que menciona Kruschef tuvo lugar la noche del 21 al 22 de junio de 1944. Destruyó 50 bombarderos americanos y mató a unos treinta rusos y a dos soldados americanos. A pesar de las grandes esperanzas y los cuidadosos planes, los «bombardeos de ida y vuelta» sobre Alemania, desde suelo ruso, que recibieron el apropiado nombre cifrado de Frantic, nunca llegaron a tener importancia. Sólo salieron dieciocho misiones. La operación se veía frustrada constantemente por las desconfianzas políticas soviéticas y la ineficacia burocrática.

37. Seguidores del rebelde nacionalista ucraniano Stepan Bandera.

38. El mariscal K. S. Moskalenko, que entonces era el jefe de un ejército en el primer frente ucraniano. Estaba muy ligado a Kruschef. En 1960 fue nombrado comandante en jefe del Comando de Proyectiles Soviético y posteriormente de las Fuerzas Estratégicas de Proyectiles.

cuartel general de la división. El comandante trató de persuadirme para que me quedara esa noche, pero yo insistí en volver a Kiev inmediatamente. Me dirigí hacia el Norte, a lo largo de nuestra antigua frontera con Polonia. Paré para descansar en una de nuestras rarísimas bases de suministros y observé el número extrañamente grande de personas que había paseando. Me pregunté cuántos de ellos serían banderistas disfrazados, comiéndose nuestra comida, calentándose ante nuestros fuegos y espiándonos. Me advirtieron que la zona estaba llena de banderistas. En lugar de pasar la noche en esta base de suministros, seguí hasta un pueblecito situado en la antigua frontera polaca.

Me habría gustado tener otras oportunidades de visitar el cuartel general del frente una vez que nuestras tropas pasaron a Polonia. Me hubiera encantado ver la persecución de los alemanes por la Europa oriental, pero no podía ausentarme de Kiev, desde donde supervisaba la reconstrucción de Ucrania y la reorganización del Partido.

Hubo un gran júbilo en el ejército el día en que expulsamos al enemigo de nuestro país. Las unidades de guardias se distinguieron especialmente en el último año de la guerra. Su consigna era: «¡Hasta Berlín!» «¡De Stalingrado a Berlín !» El tema favorito para bromas y brindis era quién sería el comandante de Berlín cuando por fin tomáramos la capital alemana. Todo el mundo ambicionaba el cargo. Cualquiera que hubiera visto y sufrido personalmente las penalidades que esta guerra había causado a nuestro país, quería asegurarse personalmente de que los alemanes pagaban por todo lo que habían hecho.

Recuerdo que un día en Kiev recibí una llamada de Zhukov. Estaba jubiloso.

—Pronto tendremos a esa bestia babosa de Hitler encerrada en una jaula —dijo—. Cuando le envíe a Moscú, lo embarcaré vía Kiev para que puedas echarle una ojeada.

Le deseé a Zhukov los mayores éxitos. Sabía que, con él al mando del ejército, nuestra ofensiva estaba en buenas manos. Luego, después de la capitulación de Alemania, Zhukov me volvió a llamar y dijo:

—Después de todo, no voy a poder cumplir mi promesa. Esa serpiente de Hitler ha muerto. Se disparó un tiro y quemaron el cadáver. Encontramos su cuerpo carbonizado [39].

Así terminó la gran epopeya de la guerra de nuestro pueblo contra los invasores hitlerianos. Estábamos alborozados por la destrucción de nuestro enemigo y sentíamos una doble satisfacción moral por nuestra victoria. En nuestros oídos sonaban las palabras de Alexander Nevski: «El que llega a nosotros con una espada perecerá por la espada» [40].

39. Stalin, por supuesto, insistió durante algún tiempo en que Hitler no estaba muerto.
40. Alexander Nevski, el legendario héroe guerrero ruso, no fue el primero en expresar ese sentimiento.

Debería haber previsto su reacción, pero decidí llamar a Stalin para felicitarle por la capitalización de Alemania. Cuando contestó al teléfono, dije:

—Camarada Stalin, permíteme felicitarte por la victoria de nuestras fuerzas armadas y nuestro pueblo sobre el ejército alemán.

¿Cuál fue su respuesta? Me cortó rudamente diciéndome que no le hiciera perder el tiempo. Me quedé sencillamente estupefacto. Me reproché a mí mismo el haberle llamado. Sabía la clase de persona que era y debía haber esperado exactamente lo que ocurrió. Como ya he dicho, Stalin era un buen actor. Ahora pretendía hacernos creer que, puesto que la guerra había terminado, ya estaba pensando en otras cosas más importantes. ¿Por qué había de perder el tiempo hablándole del ayer cuando él ya estaba estrujándose el cerebro pensando en el mañana? Actuó como si nuestra victoria no le hubiera sorprendido en absoluto. Quería que pensara que él sabía desde el principio cómo acabaría la guerra. Pero a mí no me podía engañar. Yo le había observado durante los momentos de crisis. Sabía que durante la guerra había estado aún más preocupado y asustado que los que le rodeaban.

Stalin y los aliados

En este capítulo encontramos el primer reconocimiento público por parte de un político soviético de la inmensa importancia que los préstamos y arriendos americanos y la ayuda americana e inglesa tuvieron para el ejército soviético. Es una pena que Kruschef no se sintiera capaz de hablar en estos términos cuando estaba en el poder. Nunca dijeron al pueblo soviético lo que esta ayuda representaba y todo el asunto ha estado tan ensombrecido por la propaganda de uno u otro tipo, que hay muchas personas en Occidente que nunca llegaron a comprender adecuadamente la magnitud e importancia de la contribución aliada. Kruschef no dice ni la mitad, pero al menos ha empezado a enderezar la información. En cuanto al resto, palpamos la permanente agonía del Segundo Frente, la profunda desconfianza sobre las intenciones de los aliados y la total incapacidad para comprender la colosal operación naval necesaria para una invasión a través del Canal de la Mancha, que en los mapas rusos parece un obstáculo tan trivial. La sección arroja también una nueva luz sobre la ignorancia casi total en que se mantenía a Kruschef sobre los vastos movimientos presididos por Stalin. Por entonces, no sólo era el único amo de Ucrania, sino también, y desde hacía mucho tiempo, miembro del Politburó, el organismo político superior; y sin embargo, está claro que, lejos de consultársele sobre política exterior a medida que ésta se iba desarrollando, ni siquiera se le informó sobre los planes de Stalin y sus negociaciones con Roosevelt

y Churchill, a no ser de pasada, en forma de anécdotas contadas por Stalin durante una cena. A este respecto merece destacarse que, en un capítulo posterior, Kruschef señala que, hasta su definitivo traslado a Moscú en 1950, ni siquiera figuraba en la lista de distribución de los documentos que circulaban entre sus colegas de Moscú. Era una extraña preparación para el hombre que se convertiría en el principal arquitecto de la política soviética. Dice mucho sobre el sentido práctico de Kruschef y su capacidad y nos permite explicarnos que triunfara como triunfó. También ilustra en gran medida sus fallos.

Se programó el desfile de la victoria en la Plaza Roja para el 24 de junio de 1945. Acudí a Moscú para el acontecimiento. Quería presenciar el desfile de nuestras tropas y regocijarme con todo nuestro pueblo en la capital de nuestra patria. También Eisenhower vino a Moscú. Estuvo con nosotros en el mausoleo de Lenin presenciando el desfile. Era la primera vez que veía a Eisenhower. Stalin dio un gran banquete. Todos nuestros jefes militares estaban allí. También estaba Eisenhower. Creo que Montgomery, el mariscal inglés, no estaba. Stalin mantenía muy buenas relaciones con Eisenhower y aún mejores con Roosevelt. No eran tan buenas sus relaciones con Churchill y menos aún con Montgomery.

Después de la guerra, pero antes de ser trasladado de Ucrania a Moscú [a finales de 1949] oí con frecuencia a Stalin hablar de las nobles características de Eisenhower en conversaciones en su círculo privado. Stalin siempre resaltaba la decencia, generosidad y caballerosidad de Eisenhower en sus relaciones con sus aliados. Stalin decía que, si no hubiera sido por Eisenhower, no hubiéramos conseguido tomar Berlín. Los americanos podían haberlo hecho primero. Los alemanes habían concentrado sus fuerzas contra nosotros mientras se preparaban para rendirse a los americanos y a los ingleses. Stalin apeló ante Eisenhower en una carta para que retuviera a sus ejércitos; Stalin le dijo a Eisenhower que, a tenor de su acuerdo con Roosevelt y teniendo en cuenta la cantidad de sangre que nuestro pueblo había derramado, nuestras tropas merecían entrar en Berlín antes que los aliados occidentales. Eisenhower retuvo a sus tropas y detuvo la ofensiva, permitiendo a nuestras tropas tomar Berlín. De no haber sido así, la ciudad habría sido ocupada por los americanos antes de que nosotros llegáramos; en este caso, como dijo Stalin, la cuestión de Alemania podría haberse decidido de un modo distinto y nuestra situación hubiera podido ser más comprometida. Este era el tipo de generosidad caballeresca que Eisenhower demostró. Mantuvo la palabra de Roosevelt.

Sin embargo, el presidente era Truman, y Stalin no sentía ningún respeto por él. Le consideraba un inútil, y con razón. Truman no merecía respeto.

Inmediatamente antes de terminar la guerra, Stalin estaba muy preocupado, pues temía que los americanos cruzaran la línea de demarcación del Oeste. Era dudoso que renunciaran al territorio que Roosevelt había acordado entregarnos en Teherán. Los americanos podían haber dicho que la línea que sus tropas habían alcanzado era la nueva frontera que dividía las zonas de ocupación. Pero los americanos hicieron retroceder a sus tropas y las desplegaron a lo largo de la línea establecida en Teherán. Esto también dice algo sobre la decencia de Eisenhower.

Los alemanes fueron firmemente acosados por nuestras tropas y ya no podían resistir por más tiempo. Hubieran debido arrojar las armas y rendirse ante nosotros. Sin embargo, se negaron a hacerlo y se movieron hacia el Oeste para rendirse a los americanos. Una vez más, Stalin se dirigió a Eisenhower diciendo que los tropas soviéticas habían derramado su sangre para aplastar a los alemanes y ahora ellos se rendían a los americanos. Stalin pensaba que no era justo. Esto ocurrió en la frontera austríaca, donde Malinovski estaba dirigiendo nuestro avance. Eisenhower ordenó al comandante del ejército alemán que se rindiera a los rusos que habían derrotado a su ejército.

En una ocasión Stalin formuló una petición similar a Churchill. Los alemanes estaban huyendo de Rokossovski y rindiéndose a los ingleses en una región ocupada por Montgomery. Stalin pidió a los ingleses que no tomaran prisioneros y obligaran a los alemanes a rendirse a nuestras tropas. «Pero no hizo nada de eso», decía Stalin indignado. «Montgomery se quedó con todos ellos y con sus armas. De este modo, fue Montgomery quien se aprovechó de los frutos de nuestra victoria sobre los alemanes.»

El general Eisenhower y el mariscal de campo Montgomery eran representantes de una misma clase: la burguesía. Y sin embargo, decidieron esta cuestión de formas distintas. No interpretaron igual los principios del compañerismo, del pacto y del honor. Posteriormente, siempre que tuve relaciones con Eisenhower, recordaba esos actos suyos durante la guerra. Mantenía en mi memoria las palabras de Stalin sobre él. Stalin nunca pudo ser acusado de apreciar a alguien sin razón, especialmente a un enemigo de clase. Era incorruptible e irreconciliable en cuestiones de clases. Esta era una de sus mejores cualidades, y era muy respetado por ello [41].

41. Es fácil que Stalin quedara más que sorprendido por la moderación que mostraron Eisenhower y otros por lo que se refiere a la detención del avance aliado en Alemania. Ciertamente estaba furioso contra Montgomery por tomar como prisioneros a grandes cantidades de alemanes que huían del avance soviético. Por supuesto, tenía razones para decirle a Kruschef que se llevaba mejor con Roosevelt que con Churchill. Roosevelt miraba el imperialismo británico con gran desconfianza y estaba convencido de que podría llegar a un entendimiento personal con Stalin.

Stalin invitó a Eisenhower a nuestro desfile de la victoria y expresó el reconocimiento de los méritos del general ofreciéndole nuestra más alta condecoración, la Orden de la Victoria. Es cierto que se entregó la misma medalla al mariscal de campo Montgomery, pero en ese caso fue un cumplimiento formal de nuestros deberes de aliados porque los ingleses habían ofrecido sus medallas a nuestros jefes militares. Se trataba de simple reciprocidad.

¿Qué impresiones saqué yo de los juicios de Stalin sobre las relaciones con los aliados durante la guerra y concretamente sobre Roosevelt y Churchill? A juzgar por lo que dijo, creo que Stalin sentía más simpatía por Roosevelt que por Churchill, pues aquél parecía tener una considerable comprensión de nuestros problemas. Roosevelt y Stalin compartían su animadversión hacia la monarquía y sus instituciones. Una vez me contó el siguiente episodio: estando una vez cenando en Teherán, Roosevelt alzó su copa y propuso un brindis por el presidente de la Unión Soviética «Sr. Kalinin». Todos bebieron. Unos momentos después, Churchill levantó su copa y propuso un brindis por el rey de Inglaterra. Roosevelt se negó a beber. Churchill se puso tieso, pero Roosevelt se mantuvo firme. «No», dijo. «No beberé. No puedo brindar por un rey inglés. Nunca olvidaré las palabras de mi padre.» Stalin explicó que, cuando el padre de Roosevelt salió de Inglaterra o Irlanda para América, dijo en el barco al joven Roosevelt: «El rey es nuestro enemigo.» Roosevelt nunca olvidó el desprecio de su padre por el rey de Inglaterra. A pesar de todas las exigencias de la etiqueta, Roosevelt no alzó su copa [42].

En las disputas durante las sesiones de trabajo de Teherán, Stalin coincidió a menudo con Roosevelt apoyándole contra Churchill. Por consiguiente, las simpatías personales de Stalin estaban claramente reservadas a Roosevelt, aunque afirmaba que también tenía a Churchill en alta estima. Churchill no era sólo un gran estadista inglés, sino que mantenía además una de las principales posiciones en la dirección de la política mundial. En la época del fracaso de las Ardenas, que amenazaba dar al traste con el desembarco aliado, Churchill pidió a Stalin que distrajera a las fuerzas del ejército alemán que teníamos enfrente. Ello requería una ofensiva que no entraba en nuestros planes por el momento y que no debería realizarse hasta bastante más tarde, pero que finalmente resultó muy provechosa. Stalin hizo bien en demostrar su buena voluntad hacia nuestro aliado en un momento de necesidad.

42. Sería interesante saber si en efecto Stalin contó la historia de la negativa de Roosevelt a beber por el rey. Si realmente creía que el presidente Roosevelt había emigrado a Estados Unidos desde Irlanda o Inglaterra, debía estar muy mal informado. Parece probable que Kruschef confunda una de las anécdotas de Stalin sobre la frialdad entre Roosevelt y Churchill en Teherán, con un confuso recuerdo sobre la ascendencia inmediata del presidente Kennedy.

No cabe duda de que Churchill desempeñó un importante papel en la guerra. Comprendía la amenaza que se cernía sobre Inglaterra y por ello hizo todo lo que pudo para lanzar a los alemanes contra la Unión Soviética, a fin de arrastrar a nuestro país a la guerra contra Alemania. Cuando Hitler nos atacó, Churchill declaró inmediatamente que Inglaterra consideraba necesario firmar un tratado que reuniera sus fuerzas y las nuestras contra Alemania. También en este caso Stalin obró correctamente. Aceptó la propuesta de Churchill y firmó el tratado. Después de cierto tiempo, América entró en la guerra y nació la coalición de las tres grandes potencias.

Es difícil juzgar cuáles eran las intenciones de los aliados hacia el final de la guerra. Yo no excluiría la posibilidad de que desearan colocar una carga aún más pesada sobre los hombres de la Unión Soviética y sangrarnos todavía más. O quizá fue como ellos lo explicaron: no estaban lo suficientemente preparados para un desembarco. Su producción de armas no estaba suficientemente desarrollada. Necesitaban más tiempo, etc. Probablemente ambas explicaciones son ciertas, pero creo que, fundamentalmente, obraron impulsados por su deseo de sangrarnos tanto, que luego pudieran imponerse en las últimas etapas y determinar el destino del mundo. Querían sacar partido de los resultados de la guerra y dominar no sólo a su enemigo, Alemania, sino también a su aliado, la U. R. S. S. Supongo que esta idea ocupó un lugar destacado en el pensamiento de los aliados.

Considerándolo desde una postura de clase, a los aliados les interesaba apoyarse en la Unión Soviética para hacer la guerra, a pesar de que nuestro país se fundaba en principios socialistas. Teníamos que unir nuestras fuerzas contra el enemigo común. Ninguno de nosotros podría haber ganado la guerra por sí solo. Pero aunando nuestros esfuerzos colectivos contra el enemigo común, cada uno de nosotros seguía manteniendo su postura de clase. Indudablemente, los aliados occidentales no estaban interesados en reforzarnos. Inglaterra y América, desde sus posturas de clase, sabían que tenían que ayudarnos hasta cierto punto, pero deseaban que la Unión Soviética fuera mucho más débil después de la guerra para podernos imponer su voluntad.

Por nuestra parte, sabíamos que nos sería útil conservar nuestra fuerza al final de la guerra a fin de que nuestra voz tuviera gran peso en el arreglo de las cuestiones internacionales. De haberlo conseguido, el problema de Alemania no se habría resuelto como se hizo en Potsdam. La decisión de Potsdam era un compromiso basado en la distribución de poder entre los aliados al final de la guerra. La unilateralidad del acuerdo se reflejó especialmente en las cláusulas que trataban de Berlín y Viena. Estas ciudades estaban situadas en la zona ocupada por las tropas soviéticas, y parece que debían haber sido parte de nuestra zona. Sin embargo, los aliados no nos las dejaron. Berlín y

Viena fueron divididas en cuatro sectores. Nosotros recibimos uno y las potencias occidentales, es decir, Inglaterra, América y Francia, se quedaron con los otros tres. Ello ilustra la distribución de poder al final de la guerra.

Cuando comenzamos nuestro avance hacia el Oeste e íbamos acercándonos a la frontera con Alemania, los aliados se vieron obligados a darse prisa en lanzar su desembarco. Tenían miedo de que pudiéramos llegar mucho más lejos de las fronteras definidas en Yalta.

No obstante, debemos reconocer la contribución de los aliados a la causa común de derrotar a la Alemania de Hitler. A fin de evitar una excesiva altivez, el pueblo y el Partido de la Unión Soviética deben estar bien informados sobre la contribución de los aliados a la causa común y a la de nuestro propio país. Si no se analiza el pasado objetivamente, la construcción del futuro se basará en unas ilusiones y un patriotismo primitivo en lugar de apoyarse en hechos probados. Desgraciadamente, nuestras obras históricas sobre la segunda Guerra Mundial han perpetuado una ilusión. Se han escrito con un falso sentido del orgullo y con mucho miedo a decir la verdad sobre la contribución de nuestros aliados; y todo porque el propio Stalin mantenía una postura incorrecta y falta de realismo. Sabía la verdad, pero sólo la admitía ante sí mismo en el retrete. Creía que el admitirlo públicamente era demasiado vergonzoso y humillante para nuestro país.

Pero el decir la verdad no tenía que ser necesariamente una humillación. Reconocer los méritos de nuestros compañeros en la guerra no tenía por qué haber disminuido los nuestros. Por el contrario, una formulación objetiva nos hubiera elevado aún más a los ojos de todos los pueblos y no hubiera disminuido en lo más mínimo nuestra dignidad ni la importancia de nuestras victorias. Pero, en este caso, la sinceridad era inconcebible para Stalin. Trató de tapar nuestras debilidades. Pensó que esto nos haría más fuertes que nuestros enemigos y que seríamos más temidos. Eso era estúpido. Debía saber que no se puede engañar al enemigo. Que siempre puede uno ver por sí mismo y analizar por su cuenta. También es posible que Stalin temiera que la apertura en este asunto pudiera perjudicarle personalmente. Esto ya es otra cuestión. Pero aún pienso que debió admitir abiertamente lo ocurrido y no tratar de ocultarlo. Hubiéramos ayudado a nuestro país y a nuestra causa no tratando de ocultar nuestros errores, revelándoselos al pueblo por muy dolorosos que fueran. El pueblo nos habría comprendido y apoyado. Si hubiera sido necesario, habría perdonado los errores cometidos. Cuando yo hice pública la mala dirección de la guerra, el pueblo pudo decir: «Kruschef critica a Stalin, pero sólo lo utiliza para fines de ilustración en un análisis constructivo.» Ello es totalmente cierto. Creo que nunca es demasiado tarde para que la nueva generación, que pronto sustituirá al actual gobierno del país, tenga una nueva visión sobre el principio

de la guerra. Debemos estudiar el pasado para no permitir en nuestro tiempo los mismos errores que toleramos antes. Debemos evitarlos en el presente y en el futuro.

Reconocer la ayuda material que en el pasado recibimos de nuestros adversarios del presente no tiene nada que ver con la situación actual. No debemos pretender haber acabado con los alemanes nosotros solos y afirmar que los aliados sólo entraron en la guerra para rematarla. Por ello he querido expresar mi punto de vista sobre la contribución de los aliados, y espero que mis afirmaciones sean confirmadas por los historiadores que investiguen objetivamente los hechos que se desarrollaron entre 1941 y 1945. Los ingleses nos ayudaron tenazmente corriendo un grave riesgo. Nos enviaban mercancías por barco a Murmansk y sufrieron cuantiosas pérdidas. Había submarinos alemanes escondidos por todo el trayecto.

Como confirmó Mikoyan tras su viaje a América, recibimos equipos militares, barcos y muchos suministros de los americanos, todo lo cual nos ayudó enormente a hacer la guerra. Tras la muerte de Stalin, parecía que toda nuestra artillería estaba montada sobre armamento americano. Recuerdo que propuse: «Pasemos a los militares todo el equipo automotriz que estamos produciendo, para que las unidades de tracción de nuestros desfiles estén fabricados en la Unión Soviética.» Casi toda la artillería de la RDA [Alemania Oriental] estaba montada sobre Studebakers americanos. Yo dije: «Esto no puede ser; es lamentable. Fíjense en los años que han pasado desde que terminó la guerra y todavía andamos con equipo americano.» Con ello quería hacer ver la gran cantidad de coches y camiones que habíamos recibido de los americanos. ¡Imagínense cómo hubiéramos avanzado de Stalingrado a Berlín sin ellos! Nuestras pérdidas hubieran sido colosales debido a la falta de maniobrabilidad de las unidades [43].

Además, recibimos acero y aluminio con los que hicimos cañones, aviones, etcétera. Nuestra industria estaba destrozada y en parte abandonada al enemigo. También recibimos productos alimenticios en grandes cantidades. No puedo dar las cifras porque nunca se publicaron. Están todas encerradas en la memoria de Mikoyan. Corrían muchos chistes por el ejército, algunos de ellos subidos de color, sobre la Spam [carne enlatada] americana; pero la verdad es que sabía bien. Sin Spam no hubiéramos podido alimentar a nuestro ejército. Habíamos perdido las tierras más fértiles: Ucrania y el norte del Cáucaso.

43. Los carros de combate soviéticos eran los mejores del mundo; pero hasta Stalingrado el ejército soviético prácticamente no había mecanizado el transporte. Gracias a los camiones americanos e ingleses pudo avanzar rápidamente, completar el cerco de las fuerzas alemanas alrededor de Stalingrado, cruzar rápidamente la estepa para destrozar las unidades blindadas alemanas en Kursk y seguir hacia Berlín y Viena.

Repito que los aliados no nos ayudaron por compasión hacia nuestro pueblo ni por respeto hacia nuestro sistema político, ni por la esperanza en la victoria del socialismo y el triunfo del marxismo-leninismo. La ayuda de los aliados se debió a una evaluación objetiva de la situación. Nos ayudaron para que la Unión Soviética no cayera en poder de la Alemania de Hitler y para que, con las armas modernas que nos suministraron, pudiéramos pulverizar la fuerza vital del enemigo y debilitarnos nosotros al mismo tiempo. Querían esperar, para unirse activamente a la guerra contra Alemania, el momento en que la Unión Soviética hubiera agotado sus energías y ya no fuera capaz de ocupar un puesto decisivo para la solución de los problemas mundiales.

7

Hambre en Ucrania

La gran hambre ucraniana de 1946 y 1947 pasó casi completamente inadvertida en Occidente. No se hizo alusión a ella oficialmente hasta que Andrei Zhdanov la mencionó en diciembre de 1947 en uno de sus últimos discursos, al declarar que había sido motivada por la más dura sequía de la historia de Ucrania, peor aún que la de 1890. Sin embargo, no fue tan mala como la de los años de la colectivización, que hasta ahora no ha sido nunca admitida. El hambre se debió en gran parte a la sequía; pero fue una sequía que afectaba a una agricultura empobrecida. Kruschef tiene algo que decir acerca de la falta de mano de obra en las granjas (en los años inmediatamente posteriores a la guerra, no sólo en Ucrania, sino en toda la Unión Soviética apenas había un hombre sano en las granjas colectivas, que eran cultivadas por mujeres, niños y viejos con aperos primitivos). La devastación era tal que el grueso de la población de Ucrania y Bielorrusia vivía en hoyos excavados en la tierra y mal techados.

Esta era la situación cuando Kruschef volvió por segunda vez a ser virrey de Ucrania. El hambre y el canibalismo que describe están muy lejos de ser exageraciones y no dan más que una menguada idea de lo desastroso de la situación. Pero hubo una circunstancia que contribuyó a provocar el hambre y que Kruschef no menciona: con la ocupación alemana desapareció la colectivización, y una de las tareas del Partido fue la de volver a imponerla. La resistencia fue grande no sólo por parte de los campesinos, sino también de los directivos de las granjas, quienes en innumerables casos hacían la vista gorda ante la adquisición privada de tierra comunal a cambio de alguna ventaja para sí. Kruschef tuvo que enfrentarse con este estado de cosas y no lo podía resolver con la rapidez necesaria. Era evidente que en aquellos días las cosas no le iban bien y que el propio Kaganovich había sido enviado desde Moscú como superior suyo y con el encargo de emplear toda la rudeza que fuera necesaria para lograr la vuelta a la colectivización. El vislumbre que se nos ofrece de Kruschef luchando en favor de sus ucranianos contra lo que él llama el Estado (refiriéndose al Gobierno de Moscú,

del que en realidad era miembro) es suficientemente revelador. En cierto modo se había vuelto al año 1930: los campesinos tenían que pasar hambre para alimentar a las ciudades; pero esta vez Kruschef había quedado atrapado entre dos fuegos. Era responsable del bienestar de Ucrania, y al mismo tiempo su tarea consistía en llevar a cabo las órdenes de Stalin. Vemos cómo se engendraban aquellas órdenes y se nos ofrecen un primer plano de las intrigas personales entre los colegas más allegados a Stalin en Moscú. La gran trifulca como el trigo de primavera o el de invierno, sobre la arada somera o la arada profunda, fue parte integrante de las pendencias entre personas que, como siempre, se aferraban a cualquier cuestión técnica para emplearla como arma en su perpetua guerra de guerrillas y que utilizaban los prejuicios de Stalin para incitarle contra sus rivales. Malenkov se mostró muy activo en estas cuestiones. (Kruschef no le menciona, pero Malenkov había sido enviado a Ucrania para iniciar el trabajo de reconstrucción a medida que los alemanes eran obligados a retroceder y mientras Kruschef estaba todavía en el cuartel general del frente.)

Una vez que Ucrania fue liberada de los invasores hitlerianos en 1944, trabajé con ahínco para reorganizar el Partido y restaurar la economía. Todos los hombres sanos habían sido reclutados para el ejército. A medida que avanzaba, el Ejército Rojo se reforzaba con hombres que habían estado en el territorio ocupado. Los que procedían de las zonas liberadas comprendían cuál era su deber y no era necesario predicarles acerca de su obligación de unirse a las filas del ejército soviético para luchar contra la Alemania hitleriana.

La tarea de reconstrucción de la economía del pueblo de Ucrania, especialmente de la agricultura, recayó sobre aquellos a quienes el avance del Ejército Rojo había dejado detrás: viejos, inválidos, inútiles para el servicio militar y, sobre todo, mujeres. Algunos ingenieros, mineros y obreros industriales fueron eximidos de incorporarse a filas. Los movilizados para trabajar en la industria, especialmente las muchachas jóvenes, acudieron de buena gana. Su celo era comprensible. En primer lugar, el patriotismo ganó a muchos para la causa. Lo mismo hizo la campaña de propaganda del Partido, al subrayar que la restauración de la industria era la única salvación del desastre económico y el único modo de elevar el nivel de vida del pueblo. En segundo lugar, las zonas de reconstrucción industrial estaban mejor abastecidas que las zonas rurales. Había más comida en las ciudades que en los pueblos.

En el Donbass fueron reconstruidas o reparadas las minas de carbón, las plantas siderúrgicas, los talleres mecánicos y las industrias locales. La reconstrucción progresó rápidamente. Causaba asombro la tenacidad de la gente y lo bien que comprendían la necesidad de emplear toda su energía en reforzar la industria

y la agricultura. La política sabia y previsora de Lenin desarrollada después de la Revolución de Octubre había hecho mucho para salvar los antagonismos nacionalistas entre rusos y ucranianos. Como es natural, todavía existían problemas. Se tardará décadas en erradicar todos los males del pasado. Pero el objetivo fundamental se había alcanzado. Todos —los obreros, los campesinos y los intelectuales— sabían que sólo mediante la unidad podrían ser fuertes y alcanzar el desarrollo material y cultural. La guerra nos unió de una vez para siempre y pulverizó las esperanzas de nuestros enemigos de que caeríamos en la trampa de su presión desintegradora. Concluida la guerra, y cuando ya la alegría de la gente se había extinguido gradualmente, nuestros obreros volvieron a las fábricas, los talleres, las minas y las granjas colectivas. La reconstrucción prosiguió a un paso aún más rápido.

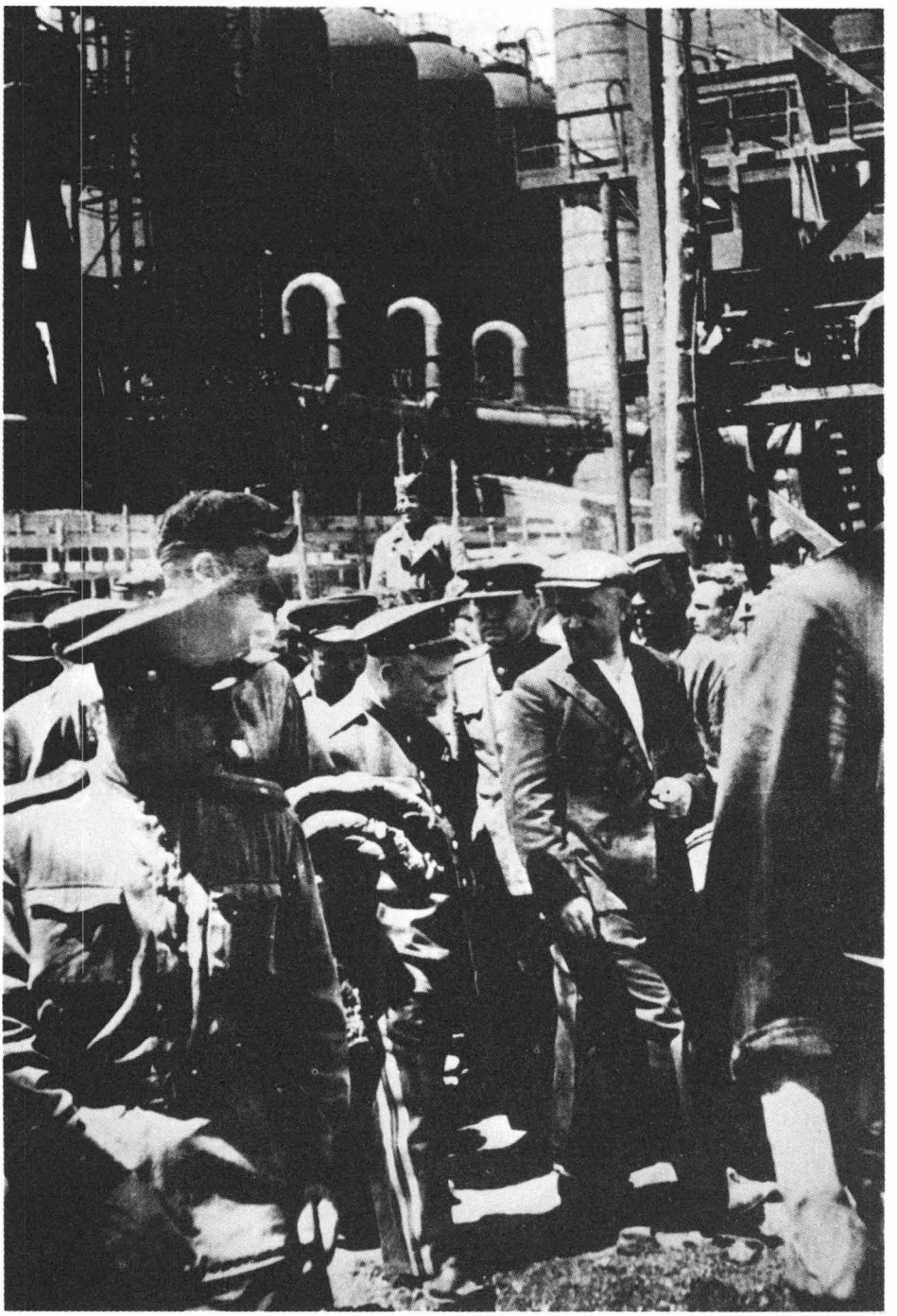
Pero 1946 fue un año muy seco, y la agricultura de Ucrania sufrió graves daños. Se esperaba una mala cosecha. Las severas condiciones climáticas, combinadas con la escasa mecanización de nuestra agricultura, la hicieron inevitable. Nos faltaban tractores, caballos y bueyes. Además, la organización de la mano de obra era todavía muy deficiente. Los hombres volvían de la guerra dispuestos a trabajar, pero ninguno encajaba en su antiguo puesto de trabajo. Después de una ausencia tan larga, algunos ya no estaban cualificados para el trabajo agrícola especializado, y otros no lo habían estado nunca.

Se tomaron todas las medidas posibles para suministrar suficiente grano al Estado. Hay que decir que los trabajadores de las granjas colectivas ucranianas comprendieron cuál era su deber. Hicieron cuanto estuvo en su mano para proveer de pan al resto del país. Ellos mismos habían sufrido hambre durante la ocupación alemana y sabían lo que era disponer de alimentos. Comprendían que la industria pesada no se podía reconstruir sin pan. Lo mismo ocurría con las minas y con la industria siderúrgica o la química. Además, los hombres de las granjas colectivas tenían gran confianza en el Partido. Después de todo, la victoria sobre los alemanes se había logrado bajo la guía del mismo. Entre los obreros de las granjas colectivas de Ucrania se había difundido la idea de que la seguridad del resto del país se basaba en su contribución al suministro de los productos agrícolas necesarios.

Teníamos que abastecer al Estado en primer lugar y a nosotros mismos después. Se nos había asignado un plan de producción de algo así como 400 millones de *puds* [7,2 millones de toneladas] para el año 1946. Esta cuota se estableció de un modo arbitrario, aunque la prensa la vistió con datos científicos. Se había calculado no sobre la base de lo que realmente podíamos producir, sino fundándose en la cantidad que el Estado podía quitarnos. Eran verdaderamente unas medidas de extorsión. Comprendí que el año estaba amenazado por la catástrofe, y difícilmente hubiera podido predecir cómo iba a terminar. Yo recibía

1946. Vuelta a la tarea después de la guerra.

Con Kaganovich (centro) y el ministro de Asuntos Exteriores de Ucrania, Manuilski, por tierras ucranianas en 1946 ó 1947.



1944. Visita a una factoría metalúrgica en territorio ocupado.

cartas de los obreros de las granjas y de sus presidentes. Eran cartas que partían el corazón. Una de ellas viene a mi memoria. Pertenecía al presidente de una de esas granjas, y decía así: «Bien, camarada Kruschef, hemos entregado nuestra cuota al Estado. Pero lo hemos dado todo. No ha quedado nada para nosotros. Estamos seguros de que el Estado y el Partido no nos olvidarán y de que vendrán en nuestra ayuda». Sin duda pensaba que su destino dependía de mí. Yo era el presidente del Consejo de comisarios del pueblo de Ucrania y primer secretario del Comité Central ucraniano. Aquel hombre imaginaba que, puesto que yo era el jefe del Estado ucraniano, podía ayudarle. Pero se engañaba. Una vez entregado el grano en los puntos de recepción del Estado, yo no podía hacer nada. Desde ese momento no estaba en mi poder disponer del trigo. Yo mismo tuve que hacer una petición especial de grano al Estado para alimentar a nuestro propio pueblo.

Me daba ya cuenta de que nuestro plan de producción no se podía cumplir. Designé a un grupo de expertos en agricultura y economía bajo las órdenes del camarada Starchenko para que hiciera un cálculo realista del grano que verdaderamente se podía producir. El grupo llegó a la conclusión de que la cifra se hallaba comprendida entre los 100 y 200 millones de *puds*.

Era muy poco. Antes de la guerra, Ucrania había llegado a producir hasta 500 millones de *puds,* y el Estado ya nos había asignado un plan de producción de 400 millones para 1946. Consideré que era mejor abordar el problema con sinceridad. Confiaba en que si informaba ingenuamente a Stalin de la situación y apoyaba mi informe con hechos y cifras, me creería. Deseaba hacer todo lo que estuviera en mi mano para lograr que Stalin comprendiera nuestra posición.

En el pasado había tenido éxito más de una vez en mis intentos de romper la resistencia de la máquina burocrática de Moscú y había recurrido directamente a Stalin en unos cuantos asuntos. En algunas ocasiones, cuando fui capaz de presentar un material cuidadosamente seleccionado y acompañado de conclusiones construidas con lógica, los hechos hablaron por sí mismos y Stalin me apoyó.

Esperaba poder demostrar que esta vez también tenía razón y que Stalin comprendería que mi petición no era un «sabotaje». Esta palabra estaba siempre a mano para justificar la represión y la usurpación de los productos de las granjas colectivas. En este caso trataría de convencerle de que no podíamos suministrar los productos agrícolas que nosotros necesitábamos. Nuestra nación tenía gran necesidad de ellos y Stalin quería también enviar alimentos a otros países socialistas, especialmente a Polonia y Alemania, que no podrían sobrevivir sin nuestra ayuda. Stalin estaba ya dando forma a una gran alianza y vistiéndose la toga de caudillo de futuras campañas militares. Le desagradaría mucho oír

que Ucrania no sólo no podía satisfacer la cuota que se le había asignado para la entrega al Estado, sino que en realidad necesitaba comida del Estado para alimentar a su propio pueblo.

Sin embargo, no me quedaba otra opción que la de enfrentar a Stalin con los hechos: el hambre era inminente, y algo había que hacer. Di orden de que se preparase un documento para el Consejo de ministros de la U. R. S. S. en el que solicitaba que el Estado nos facilitase cartillas de racionamiento, con el fin de poder suministrar a la población campesina cierta cantidad de productos y organizar la alimentación de los hambrientos. Dudaba mucho del éxito de mi gestión. Vacilé en enviar el documento a Moscú, porque conocía a Stalin y su carácter rudo y vehemente. Pero mis camaradas me convencieron. Me dijeron que «habían dispuesto las cosas de tal forma que el documento, aunque dirigido a Stalin, no llegase a él personalmente. Nunca lo vería. Habían hablado con Kosiguin y éste estaba de acuerdo en concedernos las cartillas de racionamiento que necesitábamos». Kosiguin estaba encargado de estos asuntos [1].

Vacilé largo tiempo, pero finalmente firmé el escrito. Cuando éste llegó a Moscú, Stalin no estaba allí. Se hallaba de vacaciones en Sochi. Pero Malenkov y Beria vieron la oportunidad de explotar mi documento para desacreditarme ante los ojos de Stalin. En lugar de decidir el asunto ellos mismos, lo que podían haber hecho fácilmente en nombre de Stalin, se lo enviaron a él. Todos los documentos oficiales dirigidos al Gobierno se remitían personalmente a Stalin, pero él sólo estudiaba algunos de ellos, del mismo modo que muchos decretos del Gobierno, que él no había visto nunca, aparecían con su firma. No obstante, gracias a Malenkov y a Beria, esta petición mía fue enviada directamente a Sochi.

Como respuesta, Stalin me envió el telegrama más grosero e insultante que se pueda imaginar. Yo era un tipo sospechoso, decía; estaba escribiendo informes para demostrar que Ucrania era incapaz de cuidar de sí misma y pedía una desaforada cantidad de cartillas de racionamiento. Soy incapaz de expresar hasta qué punto me deprimió el telegrama. Vi con claridad toda la tragedia que se cernía no sólo sobre mí personalmente, sino sobre todo el pueblo de Ucrania. El hambre era ahora inevitable; la respuesta de Stalin frustró nuestras últimas esperanzas.

Stalin regresó de Sochi y yo salí inmediatamente de Kiev para verle en Moscú. Estaba preparado para recibir la peor reprimenda imaginable. En una situación de este tipo era fácil que le ocurriese a una persona cualquier cosa. Uno podía engrosar la lista de los enemigos del pueblo, y en un abrir y cerrar de ojos acabar en la Lubianka [cuartel general de la policía secreta y prisión, situada

1. A. N. Kosiguin, hoy primer ministro de la U. R. S. S. Durante la mayor parte de la guerra fue responsable de la coordinación de las diversas industrias alimenticias, así como de la industria ligera.

en el corazón de Moscú]. Le dije a Stalin que mi informe reflejaba exactamente la situación de Ucrania e insistí en que esta región necesitaba ayuda. Mis argumentos no hicieron más que aumentar su ira, y lisa y llanamente rechazó nuestra petición de cartillas de racionamiento.

Por entonces, tal como yo había predicho, el hambre se dejaba ya sentir. No tardé en recibir cartas e informes oficiales sobre algunas muertes por inanición. Luego empezó el canibalismo. Recibí un informe acerca del hallazgo de una cabeza humana y las plantas de unos pies debajo de un puente, cerca de Vasilkovo, una población situada en las proximidades de Kiev. Evidentemente, el cuerpo se lo habían comido. Se produjeron casos similares. Kirichenko [2], que era entonces secretario del Comité regional de Odesa, me dijo que había estado en una granja colectiva para comprobar cómo sobrellevaba la gente el invierno. Le dijeron que fuera a ver a una mujer que trabajaba allí. He aquí cómo me describió lo que había visto:

—Me encontré con una escena horrorosa. La mujer tenía el cadáver de su propio hijo en la mesa y lo estaba troceando. Charlaba mientras realizaba su trabajo: «Ya nos hemos comido a Menechka (Marujita). Ahora salaremos a Vanechka. (Juanito). Con él nos mantendremos durante algún tiempo». ¿Puedes imaginártelo? Aquella mujer se había vuelto loca a consecuencia del hambre y mataba a sus propios hijos como si fueran reses.

Al relatar de nuevo esta escena mis pensamientos retroceden a aquel período. Puedo ver en mi mente la escena con todo su horror. Nada podía hacer. Informé de todo a Stalin, pero esto sólo sirvió para aumentar su ira. Me contestó que me estaba convirtiendo en un blandengue: «Te están engañando. Cuentan con que pueden apelar a tu sentimentalismo cuando te informan de cosas como ésa. Tratan de obligarte a que les des todas tus reservas de grano». Era evidente que Stalin disponía de canales de información distintos de los míos, a los que prestaba una atención más decidida. Algunas personas difundieron el rumor de que yo estaba cediendo a las influencias locales ucranianas, que estaba sometido a la presión de los grupos de interés y que me estaba convirtiendo en un nacionalista ucraniano. Se decía que no merecía ya que se me concediese plena confianza y Stalin empezó a considerar mis informes con su peculiar cautela.

¿Y de dónde procedía esta «otra» información? De los chekistas, por supuesto. Viajaban por todo el país e informaban al Comité Central. Parte de esta

2. A. I. Kirichenko, uno de los subordinados de Kruschef en el Partido comunista ucraniano antes de la guerra; como general de división actuó en los consejos militares de los diversos frentes durante la guerra. Sucedió a Kruschef como primer secretario de Ucrania a finales de 1949. En 1957 llegó a Moscú como mano derecha de Kruschef, ayudándole a derrotar al llamado grupo antipartido. En 1960 cayó de pronto en desgracia por razones que nunca fueron divulgadas.

información llegaba al propio Stalin. Por lo general, la gente temía informarle porque sabía que los informes negativos podían desagradarle y comprometer a los mismos portadores. A Stalin le gustaba creer que el país marchaba bien. Le agradaba pensar como Taras Chevchenko (un poeta ucraniano del siglo XIX) que dijo en una ocasión: «Desde el país de los moldavos hasta el de los fineses, todas las lenguas están calladas porque los tiempos son buenos.» La única diferencia era que Chevchenko escribió durante el reinado de Nicolás I y ahora estábamos en el de José I.

Stalin planteó la cuestión de la convocatoria de un pleno del Comité Central para estudiar la situación de la agricultura. No sé cuánto tiempo había transcurrido desde que se había celebrado la última de estas reuniones. Las había habido en los últimos años treinta, primero para tratar de la lucha contra los enemigos del pueblo y luego para discutir los excesos que se habían permitido durante la lucha contra tales enemigos. En aquella época Stalin había desempeñado el papel de combatiente benévolo contra los excesos que él mismo había iniciado. Sin embargo, Stalin planteaba ahora la necesidad de convocar un pleno del Comité Central para estudiar la fórmula que nos permitiera elevar la productividad de nuestra agricultura.

Surgió la cuestión en torno a la persona que habría de presentar el Informe General. Stalin se puso a pensar en voz alta delante de todos.

—¿Quién debe presentar el informe general? —pregunto—. ¿Malenkov? Está encargado de los asuntos agrícolas, pero, ¿qué clase de informe haría? No sabe nada de agricultura, ni siquiera la terminología agrícola.

Todo esto lo dijo en presencia de Malenkov. Aunque estaba absolutamente en lo cierto, sorprendía que Stalin hubiera designado a Malenkov para que se ocupara de la agricultura, si sabía que era totalmente incompetente en este sector. La paradoja me parece interesante y no sé cómo explicarla. Pero entonces cabía esperar cualquier cosa de Stalin.

De pronto Stalin me dijo:

—Haz tú el informe general.

Me quedé petrificado ante esta orden y dije:

—Camarada Stalin, no me asignes esa tarea a mí.

—¿Por qué no?

—Yo puedo presentar un informe sobre Ucrania. Llevo ya varios años ocupándome de Ucrania y sé más o menos cuál es la situación allí. Pero desconozco cuanto se refiere a la agricultura de la Federación Rusa y no tengo ni la menor idea acerca de Siberia. Nunca he estado en Asia Central. Nunca he visto una mata de algodón ni sé cómo se cultiva. En realidad, antes de ir a Ucrania no tenía casi nada que ver con la agricultura. Soy industrial. Siempre me ocupé de la industria y de la administración urbana.

Pero él insistió:

—Eso no importa. Haz tú el informe general.

—No, camarada Stalin —respondí—, te ruego que me eximas de ello. No quiero equivocar al Comité Central ni colocarme en una situación absurda tratando de redactar un informe sobre cuestiones que realmente no entiendo.

Stalin quedó pensativo por unos momentos y luego dijo:

—Está bien. Encargaremos el informe a Andreiev [3].

Andreiev se había hecho famoso en el seno del Partido como experto en agricultura. Comparado con los otros miembros del Politburó, sabía bastante de la materia, aunque personalmente no me convencían demasiado sus conocimientos. Era una persona formalista e insulsa. Yo sabía que haría el informe general recurriendo a estudios realizados ya por otros expertos. En cualquier caso, no podía yo sugerir otro mejor y me sentí aliviado al pensar que me había librado de aquella tarea.

Andrei Andreievich Andreiev fue confirmado en su cargo de presidente del pleno del Comité Central. Este tuvo lugar en la Sala Sverdlov [del Kremlin]. El informe resultó bastante coherente y construido con lógica, como solía hacer Andreiev este tipo de trabajos. Yo estaba sentado junto a Stalin y pude comprobar que escuchaba con atención.

Durante el descanso fuimos a una antesala donde los miembros del Politburó se reuniían para tomar refrescos. Nos sentamos en una mesa, nos sirvieron té y Stalin me preguntó:

—¿Qué opinas del informe de Andreiev?

—Ciertamente proyecta luz sobre los principales problemas.

—Pero tú estabas sentado allí con la mayor indiferencia por lo que él estaba diciendo. Te he estado observando.

—Si quieres que te sea franco, te diré que estos problemas debían haberse planteado de una manera distinta. Se han tocado todos los puntos necesarios, pero con fórmulas estereotipadas.

Stalin se puso furioso:

—Primero rehusas presentar el informe y ahora lo criticas.

La verdad es que yo no había pretendido criticar el informe, puesto que había declinado hacerlo y presentarlo al pleno. No obstante, le dije con sinceridad

3. A. A. Andreiev, uno de los antiguos lugartenientes de Stalin en su subida hacia el poder y después de alcanzar éste. Había sido bolchevique desde 1914 y miembro del Politburó desde 1932. Buen organizador, gris y sin características propias, desempeñó muchos cargos y actuó en ellos despiadadamente en interés de Stalin. En 1943 se le encargó de la agricultura. Cayó en desgracia en 1950 con motivo de una cuestión técnica de política agraria; pero sobrevivió para volver al poder fugazmente, bajo la protección de Malenkov. En 1950 fue cuando Kruschef apareció como portavoz de la agricultura soviética.

que creía que Andreiev había realizado una labor secundaria. Pude ver entonces que Stalin se había disgustado mucho conmigo.

Después del descanso empezamos la discusión del informe. Fueron muchos los que hablaron, incluso yo. Hablé acerca de los problemas que planteaba la reconstrucción de la economía ucraniana. Dije que consideraba la mecanización y los suministros de semillas como los problemas fundamentales. Antes de celebrarse este pleno se había promulgado un decreto que establecía el primer mandamiento para el trabajador de una granja colectiva: alcanzar su cuota de producción y hacer al Estado las entregas prefijadas; solamente entonces podría proporcionar semillas y otros productos a sus compañeros de trabajo en la granja colectiva. Yo creía que este primer mandamiento, que había sido idea de Stalin, sería revocado y que se apartaría la simiente para sembrar en la granja antes de que el grano fuera entregado al Estado. En los viejos tiempos, un campesino era capaz de morir de hambre antes que comerse el grano que había apartado como simiente. Esta reserva era su futuro, la vida misma de la granja. ¿Cómo podíamos quitarle nosotros la simiente? No era suficiente que supusiera que el Estado le iba a compensar con su nueva simiente para la siembra. Al agricultor no le era posible saber de qué clase de simiente se trataba o de dónde procedía. El Estado estaba obligando a los campesinos a sembrar sus campos con semillas desconocidas que no se habían aclimatado a aquellas regiones. Esa no era la forma de llevar la agricultura.

Mis observaciones durante la discusión del informe de Andreiev exasperaron a Stalin. El cielo se nubló todavía más sobre mí después del discurso de Maltsev, un agricultor experimentado que dirigía excelentemente la agricultura de los Urales [4]. En su discurso dijo que todo marcharía bien en los Urales y que iban a tener una buena cosecha de trigo de primavera. Tan pronto como Maltsev mencionó el trigo de primavera, me di cuenta de que mi posición iba a ser más difícil que antes. Sabía que Stalin no se detendría a examinar los detalles, sino que se agarraría a la cuestión del trigo de primavera para lanzármela a la cara. Yo me había declarado contrario a sembrar el trigo de primavera de acuerdo con reglas rígidas y obligatorias. El trigo de primavera rendía menos en Ucrania, especialmente en el sur; pero producía una cosecha aceptable en ciertas granjas colectivas. Por lo tanto, yo estimaba que las granjas colectivas debían poder sembrarlo si lo deseaban; pero que no debía darse una orden general desde Moscú obligando a todas ellas a sembrar un porcentaje determinado de trigo de primavera. En algunos casos, la cosecha de este tipo de trigo no rendía ni lo suficiente para pagar el coste de la simiente. Stalin no comprendía esto y no

4. T. S. Maltsev, técnico agrónomo, enérgico y capacitado, con buenas conexiones políticas. Estuvo mucho tiempo en la vanguardia de los ensayos experimentales para incrementar la productividad; algunos de sus intentos dieron resultados, otros no.

quería oír hablar acerca de ello. Antes de la guerra yo le había hablado de nuestro problema con este cereal. En aquella ocasión estuvo de acuerdo conmigo y aprobó mi decisión de liberar a las granjas colectivas ucranianas del cultivo obligatorio del trigo de primavera.

Hubo otro descanso. Cuando salimos a la antesala, Stalin me dijo en tono amenazador:

—¿Escuchaste lo que dijo Maltsev sobre el trigo de primavera?

—Sí, camarada Stalin, pero él estaba hablando de los Urales. En Ucrania la cosecha que más rinde es la del trigo de invierno. En los Urales no siembran otra clase de trigo en absoluto; sólo siembran el de primavera. Lo han estudiado y saben cómo cultivarlo, cómo cosecharlo ventajosamente.

—Eso no importa. Si ellos son capaces de obtener una cosecha tan buena de trigo de primavera en los Urales, nosotros —y se dio una palmada en el estómago— que tenemos un suelo tan rico, lograremos una cosecha aún mejor. Habrá que tomar alguna resolución en este sentido.

—Si quieres proponer una resolución —dije yo— sigue adelante. También puedes dejar constancia de que yo me opongo. Todo el mundo sabe que estoy en contra del trigo de primavera. Pero si eso es lo que quieres hacer, dicta una resolución para el Cáucaso septentrional o la región de Rostov.

—No, esta resolución se aplicará directamente a tu región.

Con ello daba a entender que yo tendría que tomar la iniciativa a fin de que otras zonas cultivadoras de cereales siguieran mi camino.

Se creó una comisión con Andrei Andreievich como presidente y en ella se me asignó un puesto. Al terminar el pleno del Comité Central, tuve que regresar a Ucrania. La comisión no había concluido todavía su trabajo así que Malenkov y Andrei Andreievich quedaron encargados de elaborar la resolución que Stalin deseaba.

Antes de marcharme propuse que la comisión recomendara la revocación del primer mandamiento de los trabajadores de las granjas colectivas, y además que el almacenamiento de simiente para estas granjas debía realizarse de un modo paralelo y en cierta proporción con la entrega de grano al Estado. Era una concesión por mi parte; pero yo estimaba mejores estas medidas que las que estaban vigentes. Lo que ocurría es que el Estado no dejaba nada en absoluto para los campesinos. De acuerdo con mi propuesta, los agricultores entregarían cierto porcentaje de su grano al Estado y retendrían determinada proporción para sus propios almacenes de simiente.

Después me trasladé a Kiev. Malenkov me telefoneó unos días más tarde y me dijo:

—La resolución está preparada. No hemos incluido tu sugerencia sobre las retenciones de simiente para las granjas colectivas y estatales. Ahora vamos

a informar a Stalin. ¿Quieres que demos cuenta de tu proposición por separado? ¿O quizá no debemos mencionarla?

Esto constituía una clara provocación. Todo el mundo sabía, y Stalin también, que yo había luchado tenazmente en favor de mi propuesta en las reuniones de la comisión. Si le decía a Malenkov que no se la mencionase a Stalin aparecería como un cobarde. Por lo tanto respondí:

—No, camarada Malenkov, por favor, sigue adelante e informa de mi punto de vista al camarada Stalin.

—Muy bien, dijo.

E informó de mi proposición. No mucho después, Melenkov me telefoneó de nuevo para decirme que mi sugerencia había encolerizado a Stalin y que la había rechazado inmediatamente.

Lo que ocurrió a continuación fue que Stalin planteó la cuestión de la clase de ayuda que se podía ofrecer a Ucrania [5]. Esto significaba que tenía puestos sus ojos en mí.

—Debiéramos apoyar la gestión de Kruschef en Kiev —dijo Stalin—. Ucrania se está hundiendo, lo que sería un desastre para todo el país.

Evidentemente estaba tramando algo, pero yo ignoraba lo que pretendía. Luego dijo:

—Creo que sería conveniente que te enviáramos a Kaganovich para que te ayudase. ¿Qué opinas?

—Bien —respondí—; Kaganovich fue en otro tiempo secretario del Comité Central de Ucrania y conoce muy bien el país. Naturalmente, puesto que Ucrania es una república tan enorme, hay trabajo para decenas y centenares de personas, así es que a dos no nos faltará que hacer.

Stalin dijo entonces:

—Enviaremos a Patolichev para que te ayude también.

Le dije que me parecía muy bien. La decisión fue registrada y publicada. Stalin sugirió que el puesto de presidente del Consejo de ministros de Ucrania fuese independiente del de primer secretario del Comité Central. Unos años antes, cuando estos dos cargos se habían fundido por sugerencia de Stalin, yo traté de convencerle de que la idea no era buena. Ahora Stalin decía:

—Kruschef será el presidente del Consejo de comisarios del pueblo de Ucrania, Kaganovich será el primer secretario del Comité Central y Patolichev el secretario para Agricultura del Comité Central [6].

5. Cuando Stalin sugería que uno de sus subordinados necesitaba «ayuda» se podía interpretar que significaba que estaba a punto de ser reemplazado.

6. Este fue uno de los más aciagos reveses que sufrió Kruschef. Sólo significaba una cosa: que iban a echarle. N. S. Patolichev, aunque Kruschef no lo cuenta, era un protegido de Malenkov, lo que dio al nombramiento un carácter más siniestro desde el punto de vista de

—Muy bien, dije yo.

Convocamos un pleno del Comité Central de Ucrania, que ratificó la decisión de Stalin. Cada uno tomó posesión de su cargo y empezó a ocuparse de sus obligaciones. A Kaganovich y a Patolichev les dije:

—Tenemos que prepararnos para la campaña de siembra. La gente está pereciendo de hambre. Se han dado casos de canibalismo. Si no organizamos las cosas de modo que se mitigue el hambre, será inútil hablar de la campaña de siembra.

Temimos que pudiera ser demasiado tarde para obtener una buena cosecha en 1947 y guardar grano para 1948. Pedimos ayuda a Stalin y recibimos de Moscú cierta cantidad de simiente y raciones de alimentos. Corría el mes de febrero. La siembra había empezado ya en algunos lugares del sur. En marzo, muchas granjas colectivas estarían sembrando en toda Ucrania. Teníamos que terminar con una masiva campaña de siembra en la región de Kiev para el mes de abril.

Le dije a Kaganovich:

—Decidamos lo que tenemos que hacer.

—Debemos recorrer Ucrania —fue su respuesta.

—Sí, pero en este momento no es lo más importante. Tú no has estado en Ucrania desde hace mucho tiempo; puedes darte una vuelta por la república. Yo me quedaré en Kiev. En estos momentos, aparecer por unas cuantas granjas no es lo más adecuado para mí. Lo principal es activar los envíos de simiente por ferrocarril y hacerlos llegar a las granjas que la necesitan. El éxito de la campaña de siembra depende de ello.

Así pues, Kaganovich salió de viaje y yo permanecí en Kiev como una especie de expedidor por teléfono, tratando de empujar la simiente, el combustible y otros suministros vitales hacia la campaña de siembra. No había que preocuparse de los abonos minerales, por la sencilla razón de que no los había.

Kaganovich hizo un viaje a la región de Poltava. Lo que vio allí le convenció de que su cargo de primer secretario, aunque muy honroso, llevaba aparejada una grave responsabilidad. Pudo comprobar la desastrosa situación de los trabajadores de las granjas colectivas. No se hallaban en condiciones de trabajar y muchos de ellos se estaban muriendo de inanición. Después de regresar a Kiev me hizo partícipe de sus impresiones acerca de una determinada granja colectiva. Me habló de su presidente, un hombre llamado Moguilchenko.

—Nunca he tropezado con nadie como él —me dijo Kaganovich—; es intransigente y testarudo. Temo que pueda obtener una buena cosecha, a pesar de todo.

Kruschef. Por cierto, este Patolichev es el jefe de la fábrica de neumáticos de Yaroslav que se menciona en el capítulo 4. Después de ocupar este cargo en Ucrania, cayó en desgracia durante algún tiempo, pero sobrevivió para convertirse en 1950 en primer secretario del Partido comunista de Bielorrusia. También sobrevivió al eclipse de Malenkov en 1957 y llegó a ser ministro de Comercio Exterior en 1958.

—¿Y qué hay de malo en ello? —le pregunté.

—Pues que cuando llegué a la granja de Moguilchenko vi que estaban usando el método de arada poco profunda.

Había que conocer a Kaganovich para poder imaginar cómo se habría puesto con aquel presidente de granja colectiva.

—¿Por qué demonios estás arando tan superficialmente? —le dijo.

Moguilchenko, que conocía bien su oficio, le había contestado:

—Estoy arando como debo arar.

Kaganovich replicó:

—Si aras a tan poca profundidad, acabarás teniendo que pedir pan del Estado.

—No seré yo, camarada Kaganovich —respondió Moguilchenko con orgullo—. Nunca he pedido pan del Estado. Yo soy el que le da pan al Estado. Y lo que es más, me tiene sin cuidado que seas el primer secretario del Partido: voy a seguir arando de este modo, digas lo que digas. Araremos estos campos a mi manera y tendremos una buena cosecha, ya lo verás.

Un año más tarde hice un viaje especial para ver a Moguilchenko. Su granja colectiva era una de las más prósperas del país. Entregó su cuota al Estado con seis meses de antelación. Todo esto molestó mucho a Kaganovich.

Debo decir que Kaganovich tenía un interés personal en desacreditar a Moguilchenko; él había sido uno de los que habían luchado contra los que proponían el método de arada poco profunda. Los que utilizaron dicho método fueron procesados y en algunos casos condenados a muerte. La práctica del laboreo superficial fue declarada contraria a la ley. La teoría que la respaldaba había sido desarrollada en Saratov por un profesor que más tarde fue castigado. Creo que le metieron en la cárcel o quizá hicieran con él algo peor.

Desde el comienzo mismo de sus actividades en Ucrania, Kaganovich trató de lucirse y de hacer sentir su presencia. Por todos los medios intentó distinguirse haciendo que Ucrania sobrepasase su plan de producción industrial, sobre todo en los sectores especializados de la industria.

Recuerdo que un año, como presidente del Consejo de ministros de Ucrania, tuve que presentar al Politburó ucraniano las cifras que había propuesto la comisión de planeamiento del Estado como objetivo. Kaganovich aceptó este plan de muy mala gana. Consideraba que las cifras eran demasiado altas y que nos condenaban al fracaso, y no quería aceptar un plan de producción que no pudiéramos alcanzar. El deseaba más bien uno que pudiéramos rebasar. Es mucho más fácil prever cifras bajas y pavonearse más tarde de que el plan ha sido cumplido y superado. Desgraciadamente es éste un ardid muy corriente. Yo creo que todavía hoy está muy extendido.

Por esta época tuve mala suerte. Pillé un catarro que se convirtió en pulmonía, y durante mucho tiempo tuve que permanecer en una tienda de oxígeno, entre

la vida y la muerte. Mientras estuve enfermo, Kaganovich tuvo la oportunidad de hacer cuanto le vino en gana sin tenerme a mí mirando por encima de su hombro. Intimidó de tal modo a Patolichev que éste vino a verme cuando yo estaba todavía en cama, recién pasada mi crisis, para quejarse:

—No soporto que Kaganovich me importune por más tiempo. No sé qué hacer.

Me di cuenta de que Kaganovich le había sacado de sus casillas.

Más tarde Patolichev escribió a Stalin con el ruego de que le relevase de su puesto porque no podía trabajar con Kaganovich. Patolichev fue trasladado a Rostov.

Aunque mi salud había mejorado, tuve que seguir en cama otros dos meses antes de volver al trabajo. Después de mi recuperación y de reanudar mi actividad, mis relaciones con Kaganovich fueron de mal en peor. Llegó a hacerse sencillamente insoportable. Desarrolló sus intensas actividades en dos direcciones: contra los llamados nacionalistas ucranianos y contra los judíos. ¡Precisamente él que era judío también! Su antisemitismo iba dirigido sobre todo contra los judíos que estaban en buena relación conmigo. Por ejemplo, había en Kiev un director de un periódico, llamado Traskunov, al que Kaganovich despidió. Le trató muy mal, vejándole y mofándose de él. Traskunov era un hombre honrado. Durante la guerra había sido director de uno de los mejores periódicos del frente. Yo le conocía desde mucho tiempo atrás y había apoyado su petición de ingreso en el Partido. Kaganovich castigó a Traskunov simplemente por estar relacionado conmigo.

De Kaganovich emanaba constantemente una corriente de quejas políticas contra todo el que se hallaba a la vista. Como presidente del Consejo de ministros de Ucrania, yo dejaba que el secretariado del partido se ocupara de ellas. Muchas de las quejas políticas contra miembros del Partido llegaron hasta Stalin en forma de informes personales. Un día Stalin me llamó y me dijo:

—¿Por qué no figura tu firma en estos informes de Kaganovich?

—Camarada Stalin, esos informes no son asunto del Gobierno, sino del Partido; por lo tanto, mi firma no es necesaria.

—Nada de eso. Le he dicho a Kaganovich que no aceptaré ningún informe más, a menos que venga firmado también por ti.

Apenas había colgado el teléfono cuando sonó de nuevo. Era Kaganovich.

—¿Ha hablado ya contigo Stalin? —me preguntó.

—Sí.

—¿Te lo ha dicho?

No se molestó en mencionar de qué se trataba. No obstante, ambos lo sabíamos perfectamente.

—Sí. Me ha dicho que desde ahora todos los informes habrán de ir firmados por los dos.

La corriente de quejas políticas no tardó en secarse, porque Kaganovich sabía que nunca conseguiría mi firma. Este incidente es importante porque demuestra que Stalin volvía a tener confianza en mí. Interpreté su llamada telefónica como un indicio de que mi situación como miembro del Politburó volvía a ser buena. Mi moral mejoró extraordinariamente [7].

Al final pudimos entregar nuestra cuota de alimentos: unos 400 millones de *puds* de grano. No era una cantidad impresionante si se la comparaba con el nivel de antes de la guerra; pero a la vista de las cifras con que habíamos empezado después de la guerra, no era una mala cosecha.

En otoño Stalin trasladó a Kaganovich de nuevo a Moscú.

El último año que estuve en Ucrania fue el de 1949. Sin duda fue también nuestro mejor año. En las competiciones entre repúblicas aventajamos a Bielorrusia y a todas las otras regiones de la Unión que, como nosotros, estaban recuperándose de los estragos de la ocupación alemana. Nuestros éxitos agrícolas elevaron la consideración de Ucrania y el prestigio de sus jefes en todo el país. Guardo gratos recuerdos de aquel período. Más de una vez Stalin me mandó que le remitiese informes sobre asuntos del campo, tales como la cría de ganado en Ucrania, y siguiendo sus instrucciones, mis informes fueron publicados por *Pravda* como ejemplos que los demás debían seguir. Pero nada más lejos de mi intención que atribuirme todo el mérito. Yo soy ruso y no quiero menospreciar al pueblo ruso; pero el éxito de la recuperación de la agricultura y la industria ucraniana debo atribuírselo a los propios ucranianos.

7. En marzo de 1947, Kruschef cedió el primer secretariado de Ucrania a Kaganovich. Una semana más tarde culpó públicamente de las deficiencias de la agricultura ucraniana a su propio ministro de agricultura de Ucrania. Diez días después perdió el secretariado del Comité regional del Partido de Kiev. En junio no asistió al pleno del Comité Central. Parecía que se había hundido sin dejar rastro. El hecho de que fuera todavía nominalmente primer ministro de Ucrania y miembro del Politburó de Moscú no significaba nada. En varias ocasiones, Stalin mantuvo a varios antiguos lugartenientes oficialmente en activo durante algún tiempo aún, después de haber sido destituidos de hecho. Kruschef nos dice ahora que este período de eclipse total se debió en realidad a su enfermedad, lo que muy bien pudo ser cierto. Hasta hace muy poco tiempo, las enfermedades de los miembros del gobierno soviético se consideraban asunto extremadamente secreto. En diciembre de 1947, Kaganovich regresó a Moscú y Kruschef resurgió inesperadamente en el escenario del poder.

8

Los últimos años de Stalin

El Caso de Leningrado

Hasta el Discurso Secreto de Kruschef en el XX Congreso del Partido nunca se mencionó públicamente en la Unión Soviética el llamado Caso de Leningrado. Lo único que sabía el mundo exterior es que, poco después de la muerte repentina en 1948 de Zhdanov, jefe del Partido de Leningrado y en su día presunto sucesor de Stalin, tuvo lugar una purga sañuda y en gran escala del aparato del Partido en Leningrado y de los seguidores de Zhdanov en Moscú y en todo el país. A. A. Kuznetsov, secretario del Comité Central, brazo derecho de Zhdanov en Leningrado y héroe del asedio de la guerra, fue ejecutado, junto con los secretarios regional y de la ciudad, y con M. I. Rodionov, primer ministro de la República Federal Rusa y muchos más. N. A. Voznesenski, el joven y brillante secretario de Planificación del Estado, que parecía tener el mundo a sus pies, también fue fusilado. A. N. Kosiguin, también de Leningrado, en la actualidad primer ministro de la Unión Soviética, se libró con una degradación temporal. El jefe e inmediato beneficiario de esta sangrienta operación fue Malenkov, para quien la muerte de su rival, Zhdanov, fue providencial. Los hombres de Malenkov pasaron inmediatamente a ocupar los principales cargos en Leningrado y algunos también en Moscú. Es casi seguro que Kruschef tiene razón al sugerir que Stalin le hizo volver a Moscú desde Kiev a fines de 1949 para actuar de contrapeso de Malenkov, que estaba adquiriendo demasiada fuerza. Es dudoso, sin embargo, que Stalin pensara sustituir inmediatamente a Malenkov por Kuznetsov. Es mucho más probable que, con Zhdanov muerto, Malenkov, con la ayuda de Beria, decidiera quedarse con su imperio y consiguiera envenenar la mente de Stalin contra los personajes de Leningrado que, al menos en potencia, eran sus rivales. Sea como fuere, la posición de Malenkov resultó temporalmente reforzada y su principal rival sería en adelante Kruschef.

Mi traslado de Ucrania a Moscú a finales de 1949 fue consecuencia en parte de la enfermedad que empezó a apoderarse de la mente de Stalin en los últimos años de su vida.

Un día, mientras estaba en Lvov dirigiendo una reunión de los estudiantes del Instituto de Silvicultura, donde el escritor Galan había sido asesinado por los nacionalistas ucranianos, recibí una llamada de Malenkov. Stalin quería que volviera a Moscú.

—¿Es muy urgente? —le pregunté.

—Mucho. Toma el primer avión mañana por la mañana.

Partí esperando cualquier cosa, casi anticipando todo tipo de sorpresas desagradables. No sabía cuál sería mi situación al volver a Ucrania, ni siquiera si volvería. Pero mis temores resultaron infundados. Stalin me recibió amablemente.

—Respóndeme —dijo—. ¿No crees que ya has estado bastante tiempo en Ucrania? Te estás convirtiendo en el típico agrónomo ucraniano. Ya es tiempo de que vengas a trabajar a Moscú. En nuestra opinión deberías volver a tu antiguo puesto de primer secretario de los Comités regional y de Moscú.

Le di las gracias por su confianza en mí y le dije que estaba de acuerdo en que doce años era un período respetable de servicio en Ucrania.

—Me han tratado bien y estoy agradecido a todos los que me han ayudado en la supervisión de Ucrania. No obstante, me alegro de volver a Moscú.

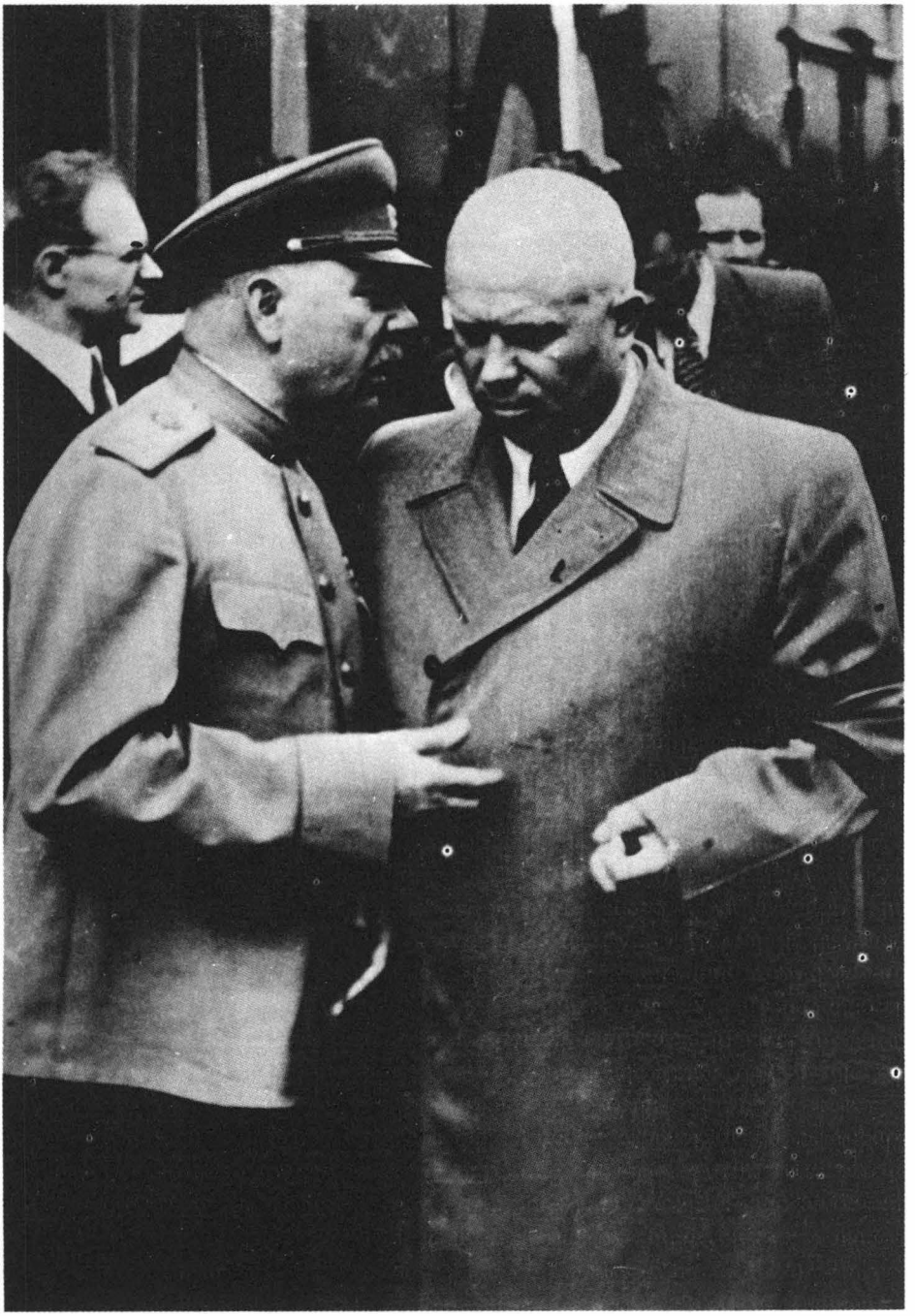
—Bien. Te necesitamos aquí. Las cosas no van muy bien. Se han descubierto conspiraciones. Deberás encargarte de la organización de Moscú para que el Comité Central pueda estar seguro de contar con la estructura local del Partido en su lucha contra sus enemigos. Ya hemos descubierto una conspiración en Leningrado y Moscú también está llena de elementos anti-Partido. Queremos hacer de la ciudad un bastión para el Comité Central.

—Haré todo lo que esté en mi mano.

—Bien. Aquí tienes una carta importante que ha caído en nuestras manos. Familiarízate con su contenido y ya hablaremos de ello cuando te hayas trasladado aquí.

Me entregó un voluminoso documento. Al final había una lista de firmas, pero estaba redactado como si fuera un escrito anónimo. Decía que había en Moscú un grupo de personas que estaban conspirando contra el Comité Central y nombraba a Popov [1], secretario del Comité de Moscú y del Central, como jefe del grupo integrado por secretarios de Comités de distrito, directores de fábricas e ingenieros. Mi inmediata reacción fue que detrás de tales acusaciones debía de haber un demente o un canalla. Quienquiera que fuese, sus intenciones

1. G. M. Popov. Al volver de Ucrania, Kruschef ocupó su lugar como jefe del Partido en Moscú.



Conversación con Vorochilov.

eran evidentemente maliciosas. Puse el documento en mi caja fuerte y decidí no volver a mencionarlo a no ser que el propio Stalin sacara a relucir el tema. Pensé que cuanto más tiempo se dejara tranquila la cuestión, mejor sería.

Volví a Kiev para preparar el traslado. Al llegar a casa vinieron a verme a mi apartamento Wanda Lvovna y Korneichuk [2]. Les hablé de mi nueva misión y Wanda Lvovna prorrumpió literalmente en llanto.

—¿Cómo puedes marcharte? ¿Cómo puedes dejar Ucrania? —se lamentó. ¡Una polaca deplorando la partida de un ruso de Ucrania!

Convoqué en Kiev un pleno en el que elegimos a los nuevos dirigentes para Ucrania. Tenía prisa por regresar a Moscú porque Stalin me había pedido que no dejara de estar de vuelta para la celebración de su setenta cumpleaños, el 21 de diciembre de 1949.

Poco después de mi toma de posesión oficial como primer secretario del Comité de Moscú [3], Stalin sacó a relucir el tema de la carta.

—¿Te has familiarizado con el documento que te di? —dijo mirándome de hito en hito.

—Sí. Así lo he hecho.

—¿Y bien?

Al decir esto, sus ojos se achicaron y taladraron los míos; luego agitó la nariz y resopló —una de sus costumbres favoritas.

—La carta debe ser obra de granujas o dementes —dije.

—¿Qué estás diciendo?

Nunca le había gustado que no se tuviera una fe absoluta en las afirmaciones que descubrían y denunciaban conspiraciones.

—Camarada Stalin, estoy convencido de que las acusaciones formuladas en la carta no tienen absolutamente nada que ver con la realidad. Conozco en persona a muchos de los que en ella se nombran como conspiradores. Todos son hombres honrados y leales. Estoy seguro de que Povov no es un conspirador. No cabe duda de que se ha comportado estúpidamente y de que su trabajo no está siendo demasiado bueno, pero no puede estar mezclado en ningún tipo de conspiración. Es un hombre honrado. Nunca he tenido la menor duda sobre él y esta carta no me hace cambiar de opinión en lo más mínimo.

Mi aire de seguridad debió de hacerle algún efecto. Me miró atentamente y dijo:

—¿Quieres decir que no crees que este documento deba tomarse en serio?

2. A. Korneichuk era un prominente escritor político ucraniano muy favorecido por la institución del Partido.

3. Cuando volvió a Moscú, a finales de 1949, Kruschef era, por supuesto, mucho más que primer secretario del Comité del Partido en Moscú. Aún era miembro del Politburó y ahora se le incluía en la Secretaría del Comité Central.

—Rotundamente no, camarada Stalin. Por supuesto, no lo sé con seguridad, pero me parece que es obra de un provocador.

Maldijo con indignación, pero dejó el asunto. Está claro que me hubiera sido muy fácil mejorar mi propia situación y ganarme su confianza simplemente apoyando las acusaciones inventadas en la carta. Me hubiera bastado con decir: «Sí, camarada Stalin. Parece grave. Tendremos que investigarlo.» Es todo el estímulo que él habría necesitado para ordenar la detención de Popov y de todos los demás. Hubieran confesado, por supuesto, y habríamos tenido un proceso por conspiración en Moscú exactamente igual de lamentable que el de Leningrado. Y yo hubiera tenido el mérito de ser el hombre cuya vigilancia había permitido abortar de raíz la conspiración.

Aunque Popov se salvó de momento, sabía que Stalin buscaría la oportunidad de despacharle. No cejaría hasta eliminarle. Sugerí enviar a Popov fuera de Moscú. Le encontramos trabajo como director de una gran fábrica en Kuibichev.

Stalin recordaba de vez en cuando las acusaciones de la carta y preguntaba con tono amenazador:

—Pero bueno, ¿dónde está ese Popov?

—Está en Kubichev, le respondíamos.

Entonces se calmaba, pero supongo que se diría de vez en cuando: «Puede que Kruschef estuviera equivocado. Es posible que Popov esté conspirando contra mí.» Más tarde me enteré de que Popov me había denunciado agriamente tras su traslado de Moscú. Con seguridad no sabía que, de no ser por mí, estaría muerto. Le salvé corriendo yo un grave riesgo. Me exponía a que Stalin no confiara en mí y se le ocurriera la idea de que me hallaba implicado en la conspiración. Popov estaba demasiado ciego para darse cuenta de quiénes eran sus verdaderos amigos y se volvió contra quien había dado la cara por él.

Al incorporarme a mi trabajo en Moscú me di cuenta de que mi entrada en escena estorbaba los planes de Beria y Malenkov. Incluso empecé a sospechar que una de las razones de que Stalin me hubiera llamado era la de influir en el equilibrio de poder del gobierno colegiado y controlar a los dos. A veces parecía que Stalin temía a Beria y se hubiera alegrado de librarse de él, pero que no sabía cómo hacerlo. Naturalmente, el nunca me lo dijo, pero yo lo advertía [4]. La verdad es que Stalin me trató bien. Parecía confiar en mí y tenerme en buen concepto. Aunque me criticaba con frecuencia, me apoyó cuando lo necesitaba y yo se lo agradecí mucho. Estaba constantemente chocando con Beria y Malenkov. Este último pasó a ser miembro del Politburó después de la guerra. Era el típico oficinista laborioso. Esta clase de hombres pueden ser peligrosos

4. Hay gran cantidad de evidencias que sugieren que efectivamente por entonces Stalin se estaba volviendo contra Beria.

cuando se les da poder. Congelarán y matarán todo lo que tenga vida, si se sale de los límites prescritos.

Mientras tanto seguía la caza en Leningrado. No sé lo que Stalin pensaba sobre este asunto. Nunca habló de ello conmigo, excepto cuanto tocó el tema de los «conspiradores de Moscú» a propósito de mi traslado de Ucrania. Las personas arrestadas en Moscú eran en su mayor parte militantes del Partido a los que Zhdanov había promovido de la organización de Gorki a la de Moscú [5]. Cuando empecé a trabajar como secretario del Comité Central responsable de la organización de Moscú, A. A. Kuznetsov, el Kuznetsov de Leningrado, como siempre le llamábamos, ya había sido arrestado y la organización del Partido en aquella ciudad estaba siendo hecha trizas. La campaña se concentró contra una troika [trío] de jóvenes prometedores: Kuznetsov, Voznesenski y Kosiguin. Conocía a Kuznetsov más o menos y muy bien a Voznesenski. Aún no había sido arrestado cuando llegué a Moscú, pero se le había desposeído de todos sus cargos. Estaba sin trabajo y esperando que le fueran a buscar cualquier día.

Durante un tiempo después de quedar en paro, Voznesenski seguía yendo a cenar a casa de Stalin. No parecía el mismo. Ya no era el Voznesenski brillante, seguro de sí mismo y tenaz que había conocido. En realidad, fueron precisamente estas virtudes las que causaron su perdición. Siendo presidente de la Planificación del Estado, había tenido la valentía de enfrentarse con Beria. Deseaba hacer una redistribución más equitativa de los recursos económicos del país, y ello significaba reducir los fondos de ciertos comisariados que disfrutaban de la protección de Beria, quien siempre había reclamado que se les diera mucho más de lo que les correspondía. Beria era extremadamente poderoso debido a su intimidad con Stalin. Había que ver la sutileza jesuítica de Beria en acción para imaginar su habilidad en elegir el momento exacto en que podía cambiar la buena o mala voluntad de Stalin hacia alguien en provecho propio. Voznesenski osó cruzarse en su camino y, antes de que Beria acabara con él, no era más que una sombra de lo que había sido [6].

Recuerdo que más de una vez en este período Stalin preguntó a Malenkov y Beria:

—¿No es una lástima no dejar trabajar a Voznesenski mientras decidimos qué hacer con él?

—Sí —respondían—. Tendremos que pensar en ello.

5. Andrei Zhdanov había sido secretario del Partido en Gorki (Nizhni Novgorod) hasta que fue enviado a Leningrado para sustituir a Kirov, asesinado. Se había llevado a Leningrado a algunos de sus protegidos y consiguió colocar a otros en Moscú.

6. La ejecución de N. A. Voznesenski, el más emprendedor de la generación joven, siempre se ha asociado al Caso de Leningrado, pero, por primera vez, Kruschef da aquí un relato verosímil de lo que ocurrió.

Después de algún tiempo, Stalin volvía a sacar el tema:

—Quizás debiéramos poner a Voznesenski al frente del Banco del Estado. Es un economista, un verdadero mago de las finanzas.

Nadie ponía objeciones, pero nada ocurría. El caso de Voznesenski seguía pendiente.

Evidentemente, a Stalin aún le quedaba un cierto respeto por Voznesenski. Antes de que comenzara todo el asunto de Leningrado había alimentado grandes esperanzas respecto a aquella troika de jóvenes brillantes y de hecho les había ido ascendiendo sistemáticamente hasta que la «conspiración» fue «descubierta». Hubo un momento en que Kuznetsov parecía destinado a sustituir a Malenkov. Voznesenski había sido nombrado primer lugarteniente de Stalin y a menudo se le confiaba la misión de presidir el Consejo de Ministros. A Kosiguin se le había dado un puesto de responsabilidad en el campo del comercio y las finanzas. En mi opinión la caída de aquellos hombres estuvo determinada precisamente por este hecho: Stalin les había estado preparando para suceder a la vieja guardia del Kremlin, lo que significaba que primero Beria y después Malenkov, Molotov y Mikoyan ya no disfrutaban de su confianza [7]. Me resulta difícil decir exactamente cómo se las arregló la vieja guardia para destruir la confianza que Stalin tenía en aquellos jóvenes y cómo, hablando claro, le azuzaron contra ellos. Sólo puedo ofrecer las conclusiones a que he llegado basándome en mis observaciones y en los comentarios que pude oír en conversaciones entre Malenkov y Beria.

Pude ver claramente cómo se comportaban los dos con Stalin cuando se mencionaban los nombres de aquellos tres jóvenes. Rápidamente me formé la impresión de que Beria y Malenkov estaban haciendo todo lo posible por destruir la troika de Kuznetsov, Voznesenski y Kosiguin. Como ya he dicho, Beria era el más eficiente cuando se trataba de destruir la confianza de Stalin en los demás, y tenía a Malenkov para utilizarlo como ariete. Malenkov estaba en la Secretaría del Comité Central y tenía acceso a toda la información que se pasaba a Stalin. Podía manipularla en la forma adecuada para provocar su ira y su desconfianza.

Las intrigas de Beria y Malenkov contra la troika de Leningrado afectaron a otro caso anterior, el de A. I. Chajurin, que ya estaba en la cárcel cuando empezó el encarcelamiento de los personajes de Leningrado. Había sido comisario

7. Eso ya es ir demasiado lejos. Parece probable que Kruschef esté anticipando los planes de Stalin. Es mucho más probable que Malenkov y Beria se sintieran molestos por el ascenso de A. A. Kuznetsov, G. M. Popov y N. A. Voznesenski e intrigaran con éxito para su destrucción. Una vez eliminados los hombres más altos, seguía como la noche al día (de acuerdo con una inveterada costumbre soviética) que todos sus ayudantes y protegidos serían destruidos.

del pueblo para la Industria de Aviación durante la guerra. Le conocía muy bien de cuando fue organizador del Partido para el Comité Central a cargo de la 30º Fábrica de Aviación. Mientras estaba en Ucrania, Chajurin fue arrestado bajo la acusación de haber permitido la producción de aviones defectuosos durante la guerra. Posteriormente Malenkov me dijo que Vasia [Vasili] Stalin, que era piloto, había denunciado a Chajurin ante su padre y éste había ordenado una investigación [8]. Malenkov estaba indirectamente implicado en el caso Chajurin. Parte de su trabajo durante la guerra había consistido en supervisar la industria de la aviación, lo que le hacía responsable de aquellos fallos. Había algo de justicia en este asunto, porque es cierto que durante la guerra las necesidades cuantitativas se habían satisfecho a expensas de la calidad. Sea como fuere, Chajurin fue encarcelado y Malenkov relevado de la Secretaría del Comité Central y enviado a algún lugar del Asia Central, creo que a Tachkent. Beria utilizó su influencia para conseguir que Stalin le permitiera volver a Moscú y desde entonces Beria y Malenkov se hicieron inseparables.

También el mariscal de aviación A. A. Novikov estaba en la cárcel cuando empezó el Caso de Leningrado [9]. Había sido arrestado después de la guerra por aceptar aviones defectuosos. También él, según mis informes, fue denunciado por Vasia Stalin. Yo conocía bien a Novikov. Estuvo al mando de las fuerzas aéreas del Ejército Rojo durante la mayor parte de la guerra y había visitado nuestro puesto de mando en el curso de la batalla de Stalingrado. Tenía sus defectos: bebía más de lo que probablemente le convenía, pero era un hombre dedicado, honrado y honorable.

Aparentemente, aun después de estos arrestos, Stalin sentía cierta simpatía por Chajurin y Novikov. Solía volverse hacia Beria y Malenkov durante la cena y preguntar:

—Decidme, ¿aún están en la cárcel Chajurin y Novikov?

8. El hijo de Stalin se distinguía por su carácter arrogante y vengativo. Además era alcohólico. Presumía demasiado de su ascendencia y su ascenso a teniente general fue flagrante nepotismo. El propio Stalin se vio obligado a relevarle en el mando del cuerpo del aire del Distrito Militar de Moscú poco antes de su muerte. Svetlana Alliluieva en *Veinte cartas a un amigo* confirma que Vasili fue responsable de la desgracia y encarcelamiento de A. A. Novikov, comandante en jefe de las fuerzas aéreas soviéticas. Tras la muerte de Stalin, Vasili fue condenado a ocho años de prisión por un tribunal militar debido a éste y otros motivos. Fue puesto en libertad antes de cumplir su sentencia en parte porque a Kruschef le dio pena y «le trató como un padre». Recuperó su graduación en las fuerzas aéreas, su adscripción al Partido y su pensión, pero pasó otra temporada en prisión, volvió a ser puesto en libertad y murió alcoholizado en 1962.

9. Novikov era un comandante de primera clase, un brillante piloto y un hombre atractivo. El hecho de que él y Chajurin fueran degradados y puestos en prisión por intrigas de este tipo es un hecho ilustrativo de la vida de la Rusia de Stalin.

—Sí.

—¿No creéis que ya les podríamos soltar?

Pero de hecho hablaba consigo mismo. Sólo estaba pensando en voz alta. Nadie decía nada y la cuestión quedaba en el aire hasta que sacaba a relucir el tema algún tiempo después. Una vez llegó a decir:

—Deberíais pensar seriamente en poner en libertad a Chajurin y Novikov. ¿Para qué nos sirven en la cárcel? Aún pueden trabajar.

Siempre dirigía estas observaciones a Malenkov y Beria porque eran los encargados del caso.

Después de cenar en casa de Stalin solíamos reunirnos en el cuarto de baño para lavarnos las manos. Era un cuarto grande, como una habitación, y a veces permanecíamos allí antes y después de las sesiones (llamábamos «sesiones» a las cenas con Stalin) discutiendo lo que había que hacer y las probables consecuencias. Una vez oí a Beria decir a Malenkov en el cuarto de baño:

—Stalin ha vuelto a mencionar el tema de los dos aviadores. Date cuenta de que, si los ponen en libertad, eso podría extenderse a los demás.

¿Qué quería decir Beria con «eso podría extenderse a los demás»? ¿Quiénes eran «los demás»? Beria debía de temer que, puestos en libertad Chajurin y Novikov, Stalin volviera a insistir en el caso de Kuznetsov y Voznesenski. Acaso pensara en hacerles salir de la cárcel antes de ser llevados a juicio. Y ellos temían que si Kuznetsov y Voznesenski, que estaban considerados como los cabecillas de la conspiración de Leningrado, eran puestos en libertad, fracasara la campaña contra toda la organización de Leningrado. Por consiguiente, hicieron todo lo que estaba en su mano para que continuaran en la cárcel. Lo consiguieron y, como resultado, los dirigentes de Leningrado tampoco fueron puestos en libertad.

Nunca vi las acusaciones del caso de Leningrado, pero supongo, basándome en las conversaciones que pude oír entre Malenkov y Beria, que los cargos contra el grupo de Kuznetsov eran los de nacionalismo ruso y oposición al Comité Central. Empezó la investigación. ¿Y quién la dirigió? Nada menos que el propio Stalin. Pero si Stalin era el director, Beria el primer violinista. ¿Por qué digo esto? Porque [V. S.] Abakumov, que fue quien supervisó el proceso, era un hombre de Beria; nunca informó a nadie, ni siquiera a Stalin, sin consultar primero a Beria.

Nunca llegué a tomar parte en el caso, pero debo admitir que podía haber firmado la sentencia. En aquellos días cuando se cerraba un caso, y si Stalin lo consideraba necesario, firmaba la sentencia durante una sesión del Politburó y la pasaba para que los demás hiciéramos lo propio. Nosotros poníamos nuestra firma en ella sin leerla siquiera. Esto es lo que se llamaba «sentencia colegiada».

Con su mujer, Nina Petrovna, en Kiev, 1944.

1945. En el Parque Gorki de Moscú, enseña a Helen, la menor de sus hijas, los trofeos de guerra capturados a los alemanes.

El matrimonio Kruschef, con su nieta Julia, en Kiev, 1947.

La familia Kruschef en 1947. Detrás, en pie y de izquierda a derecha, Julia (hija de Galina, la primera mujer de Kruschef) y Rada. En la hilera central, Julia (hija de Leonid, el hijo de Kruschef muerto en la guerra), Serguei y los Kruschef. Sentados en la hierba, Helen y un niño no identificado.

En comparación con la forma normal en Stalin de manejar a los enemigos del pueblo, el Caso de Leningrado fue un modelo de justicia. Daba la impresión de estar llevado de conformidad con todos los procedimientos judiciales legales. La investigación fue realizada por investigadores, la acusación por el ministerio fiscal y hubo un juicio ante un tribunal ordinario. Se invitó a los miembros activos de la organización de Leningrado a asistir al interrogatorio de los acusados en la sala. Y éstos tuvieron oportunidad de hablar en su defensa antes de ser leída la sentencia.

Yo estaba con Stalin cuando le informaron de lo que Voznesenski había dicho inmediatamente antes de comunicarle que se le había condenado a muerte. Voznesenski se levantó y empezó a vomitar odio contra Leningrado. Maldijo el día en que puso los pies en la ciudad cuando llegó allí a estudiar procedente de la cuenca del Donbass. Leningrado, dijo, ya había tenido bastantes conspiraciones, sometida a toda clase de influencias reaccionarias, desde Biron [10] hasta Zinoviev. Evidentemente, había perdido el juicio. No tiene sentido hablar de Biron y de Zinoviev como si fueran una misma cosa. Zinoviev representaba una postura política contraria a la de Stalin sobre cómo construir el socialismo en nuestro país. Se podía estar con él o contra él. Yo, por mi parte, siempre estuve de acuerdo con la postura de Stalin y, por consiguiente, luche contra Zinoviev y sus seguidores. ¡Pero Biron! Era totalmente distinto.

No sé cuáles fueron las últimas palabras de Kuznetsov y los demás, pero sea lo que fuere lo que dijeron, no tuvo ninguna influencia en su destino. Ya habían sido condenados mucho tiempo antes de que la sentencia se firmara oficialmente e incluso antes de que se abriera el proceso. En realidad, habían sido sentenciados por el propio Stalin en el momento de su detención.

Muchas personas perecieron en Leningrado, así como muchas otras que habían sido trasladadas desde la ciudad para trabajar en otras regiones.

En cuanto a Kosiguin, su vida pendía de un hilo. Algunos de los acusados y condenados en Leningrado formularon acusaciones ridículas contra él en sus testimonios. Escribieron toda clase de inmundicias. Kosiguin se vio en un terreno resbaladizo desde el principio, pues estaba relacionado por matrimonio con Kuznetsov. Aunque se hallaba en estrecha relación con Stalin, fue súbitamente desposeído de todos sus cargos y enviado a trabajar a un ministerio. Las acusaciones formuladas contra él le cubrieron de oscuras sombras, hasta tal punto que no puedo explicarme cómo se libró de ser eliminado junto con los

10. Biron era el famoso conde von Buhren, más tarde duque de Courland, un alemán de origen bastante oscuro que empezó como amante y secretario de la emperatriz Ana Ivanovna antes de que subiera al trono, y fue ascendiendo hasta convertirse en uno de los tiranos más odiados de la historia de Rusia. Presumía demasiado, por lo que acabó siendo enviado a Siberia por veinte años.

demás. Según dicen, debió sacar el número afortunado de la suerte y el cáliz se alejó de él [11].

En aquellos días nos podía haber pasado cualquier cosa a cualquiera de nosotros. Todo dependía de lo que estuviera pensando Stalin cuando nos contemplaba. A veces se quedaba mirando y decía: «¿Por qué no me miras hoy a los ojos? ¿Por qué desvías la mirada?», o cualquier otra estupidez por el estilo. Sin más aviso se lanzaba sobre uno con verdadera saña. Un interrogador razonable no se comportaría con un criminal empedernido del modo que Stalin se portaba con unos amigos a los que había invitado a su mesa.

Bulganin describió una vez muy bien la experiencia por la que todos tuvimos que pasar aquellos días. Una noche, al salir de casa de Stalin después de la cena, dijo:

—Se llega a la mesa de Stalin como un amigo, pero nunca se sabe si se va a volver a casa por los propios medios o si le llevarán a uno... a la cárcel.

Bulganin estaba bastante borracho en aquel momento, pero lo que dijo describía exactamente lo precario de nuestra situación de un día para otro.

El antisemitismo de Stalin

Uno de los aspectos más interesantes de esta narración es la forma en que Kruschef se esfuerza por condenar el antisemitismo. Los sentimientos de culpa deben haber influido en ello. No hay ninguna prueba de que él mismo haya puesto en práctica alguna vez una política antisemita, pero una y otra vez aparece haciendo observaciones despectivas sobre los judíos e insistiendo en que hay que ponerles en su lugar. Quizá se sintiera horrorizado por los pogroms de su infancia, pero no le gustaban los judíos y, como amo de Ucrania, guardó silencio sobre el asesinato en masa llevado a cabo por los nazis (incluyendo la matanza de Babi Yar en las afueras de Kiev). De acuerdo con la política de Stalin, que más tarde hizo suya, se negó a admitir que los judíos habían sufrido más que los demás ciudadanos en territorio soviético; también debió estar en connivencia con Stalin en cuanto a la deportación de judíos de Ucrania a Siberia, llevada a cabo después de la guerra. Lo que dice sobre el destino de algunos judíos concretos en este período es cierto; podía haber dicho mucho más. Es interesante la confirmación oficial de la historia del asesinato de Mijoels y algunos detalles

11. Kruschef no es el único que se pregunta cómo se las arregló Kosiguin para salvar su vida. Puede ser debido a que, aunque era una figura prominente de la organización de Leningrado, Kosiguin se las arregló para mantenerse al margen de las intrigas de Partido y concentrarse en la administración y la economía industrial. Stalin le trajo para ser candidato a miembro del Presidium, ampliado después del XIX Congreso del Partido de 1952.

ilustrativos de la suerte del pobre Lozovski. Ninguno de ellos, por cierto, se mencionó en el Discurso Secreto. Ni tampoco el arresto y encarcelamiento de la mujer de Molotov. Por otra parte, el Discurso Secreto contiene más información de la que aparece en este capítulo sobre la destrucción por parte de Stalin de pueblos enteros en Crimea y el Cáucaso (tártaros, chechenes, ingushes, etc.), como castigo por «colaborar» con los alemanes. La actitud de Kruschef respecto a la violencia y la arbitrariedad aparece en este capítulo tan clara como en otros anteriores sobre las grandes purgas. «Soy partidario de detener a la gente», dice, pero dando a entender que hay que hacerlo en la forma debida.

CANDO aún estábamos empujando a los alemanes fuera de Ucrania, se había constituido una organización llamada Comité Judío Antifascista del Sovinformburó [Departamento Soviético de Información]. Se creó para reunir material (positivo, naturalmente) sobre nuestro país y sobre las actividades de nuestro Ejército Soviético contra el enemigo común, la Alemania de Hitler, y para la distribución de estos materiales a la prensa occidental, principalmente en América, donde existe un círculo de judíos numeroso e influyente. El comité estaba integrado por judíos que ocupaban altos cargos en la Unión Soviética y dirigido por Lozovski, miembro del Comité Central y antiguo presidente del Profintern [el sindicato internacional]. Otro de los miembros era Mijoels, el actor más notable del teatro en yiddish. Un tercero era la esposa de Molotov, camarada Zhemchuzhina. Creo que la organización se creó a instancias de Molotov, aunque pudo haber sido idea de Stalin. El Sovinformburó y su Comité Judío Antifascista se consideraban indispensables para los intereses de nuestro Estado, nuestra política y nuestro Partido [12].

Lozovski solía ponerse en contacto conmigo siempre que iba a Moscú, y a veces me llamaba por teléfono pidiéndome material para utilizarlo como propaganda contra los fascistas hitlerianos. Yo daba las órdenes para su preparación

12. Lozovski era bien conocido entre los corresponsales extranjeros y respetado como el portavoz oficial soviético. Desapareció en 1948 y se le echó mucho de menos. Pronto se supo que había sido fusilado junto con varios escritores judíos tras la repentina dispersión del Comité Antifascista Judío. La primera referencia de Kruschef al «caso de Crimea» fue en una entrevista con una delegación de comunistas canadienses en 1956. El famoso actor judío Mijoels también desapareció en esta época. Pronto se supo, aunque no se admitió, que había sido ejecutado. Era hermano de uno de los médicos del Kremlin falsamente acusados de envenenar y se vio involucrado en la supuesta conspiración por obra de la NKVD. Madame Molotova (Zhemchuzhina) había sido una figura importante por derecho propio, en su día jefe del Trust de Cosméticos del Estado (que introdujo en la Unión Soviética el perfume y el lápiz de labios). Molotov tuvo que permitir y sufrir el arresto y exilio sin murmurar, en la misma época en que estaba tendiendo su telón de acero frente al oeste, en los primeros días de la Guerra Fría.

con la firma de varios autores y se enviaba a América, donde era ampliamente utilizado para dar publicidad a los éxitos del Ejército Rojo y para revelar las atrocidades cometidas por los alemanes en Ucrania. En general, las actividades de Lozovski fueron muy útiles. Era una persona enérgica y a veces de una persistencia casi molesta. Solía arrancarme virtualmente el material diciéndome:

—¡Dame más material! ¡Más! ¡Más!

Estábamos muy ocupados con la reconstrucción de la economía y no teníamos mucho tiempo para cuestiones como ésta. Nunca cesaba de insistirme:

—Debes comprender la importancia que tiene para nosotros mostrar al mundo el rostro de nuestro enemigo común, revelar sus atrocidades y explicar el proceso de reconstrucción que está teniendo lugar en nuestras ciudades y pueblos.

Tras la liberación de Ucrania, los miembros del comité de Lozovski presentaron un escrito. Iba dirigido a Stalin y contenía la propuesta de hacer de Crimea una República Soviética Judía dentro de la Unión Soviética, tras la deportación de los tártaros crimeanos. Stalin vio detrás de tal propuesta la mano de los sionistas americanos operando a través del Sovinformburó. Expresó su opinión de que los miembros del comité eran agentes del sionismo americano. Estaban tratando de crear un estado judío en Crimea a fin de arrancarla de la Unión Soviética y establecer un bastión del imperialismo americano en nuestras costas que sería una amenaza directa para nuestra seguridad. Stalin dejó volar su imaginación en ese sentido. Estaba atacado de un maníaco deseo de venganza. Lozovski y Mijoels fueron arrestados. Inmediatamente la propia Zhemchuzhina corrió igual suerte. La investigación del grupo llevó mucho tiempo, pero a la larga casi todos ellos tuvieron un fin trágico. Lozovski fue fusilado y Zhemchuzhina deportada. Al principio creía que también la habían fusilado porque no se informó de lo ocurrido a nadie, excepto a Stalin, y él mismo decidió a quién ejecutar y a quién perdonar.

Recuerdo que Molotov me llamó para pedirme consejo sobre todo el asunto. Aparentemente, Zhemchuzhina le había empujado a hacerlo. Molotov nunca estuvo de acuerdo con Stalin sobre la necesidad de arrestarla. Cuando se presentó ante el pleno del Comité Central el tema de su expulsión del mismo y todos los demás votaron sí, Molotov se abstuvo. No votó en contra, pero se abstuvo. Ello provocó la ira de Stalin y el incidente dejó huella en su actitud. Empezó a meterse con él sañudamente. La malignidad de Kaganovich era un barómetro especialmente bueno de la precaria situación de Molotov. Incitado por Stalin, Kaganovich hacía el papel de un perro malévolo al que se soltaba para destrozar a cualquier miembro del Politburó hacia el que percibiera la frialdad de Stalin y en esta ocasión se lanzó sobre Molotov.

No me enteré de que Zhemchuzhina aún vivía hasta después de la muerte de Stalin, cuando Molotov me dijo que estaba exiliada. Todos convinimos en que

debía ser puesta en libertad. Así lo hizo Beria, entregándola solemnemente a Molotov. Solía explicar después que Molotov llegó a su oficina en el Ministerio del Interior para reunirse con Zhemchuzhina. Lleno de alegría porque aún vivía, se lanzó a sus brazos. En ese momento Beria les expresó su simpatía, pero recalcó que se le había puesto en libertad por iniciativa suya, y contaba esta historia con un tono de ironía en su voz.

Una cuestión fundamental: ¿era necesario crear una Unión Judía o República Autónoma dentro de la Federación Rusa o de Ucrania? Puesto que ya se había creado una región autónoma judía que todavía existe nominalmente, no veo la necesidad de establecer otra en Crimea [13]. Pero esta cuestión nunca se discutió a fondo. Estábamos obligados a aceptar el razonamiento de Stalin, y nos rendimos a su autoridad absoluta. Argüía que si se creaba una república judía en Crimea, el sionismo, tan extendido en América, conseguiría un punto de apoyo en nuestro país. Y eso era todo. Había tomado su decisión e hizo detener a unas personas ignorando las normas legales y sin tener en cuenta el importante y positivo papel desempeñado por los acusados durante la guerra, al ayudar a sacar a la luz las atrocidades cometidas por los alemanes. Habían realizado un trabajo constructivo, pero ahora no contaba para nada. Se les privó de su libertad y, en muchos casos, de su vida. Considero que todo el asunto fue una vergüenza. Stalin podía haberse limitado a rechazar su sugerencia y censurarles. Pero no; tenía que destruir a todos los que habían apoyado activamente la propuesta. Fue milagroso que Zhemchuzhina siguiera viva y se librara con un largo exilio. Más típico fue el cruel castigo de Mijoels, el mejor actor del teatro en yiddish y un hombre culto. Le mataron como bestias; lo asesinaron en secreto. Luego se recompensó a los asesinos y la víctima fue enterrada con todos los honores. ¡Sólo de pensarlo me da vueltas la cabeza! Se anunció que Mijoels se había caído delante de un camión. En realidad, no se cayó, sino que le tiraron. Se hizo de un modo muy inteligente y eficiente. Pero, ¿quién lo hizo? Stalin, al menos, dio las instrucciones. Tras su muerte, cuando abrimos los archivos del Ministerio de la Seguridad del Estado e interrogamos a los hombres de Beria, descubrimos que habían planeado el asesinato de Litvinov [el predecesor de Molotov como ministro de Asuntos Exteriores] con un método similar. Litvinov debía caer en una emboscada y ser asesinado en la carretera cuando viajaba de Moscú a su dacha [14].

13. Se refiere a la República Autónoma de Birobidzhan, en Siberia, concebida como patria de los judíos soviéticos. Nunca tuvo mucho éxito. Comprensiblemente, sólo un pequeño número de judíos se trasladó allí.

14. M. M. Litvinov, el ministro de Asuntos Exteriores soviético, fue sustituido por Molotov tras el fracaso de su medida de «seguridad colectiva» en 1939. La historia del plan de asesinato es nueva. Al final murió de muerte natural.

Más tarde se procesó a un grupo de judíos de la Fábrica de Automóviles Stalin. También en este caso Stalin pretendía ver las intrigas del imperialismo americano operando a través de los sionistas. Ni que decir tiene que todo era un puro absurdo. Pero estas cosas ocurrían como resultado de la arbitrariedad de Stalin y la falta absoluta de limitaciones a su autoridad.

Aún me parece inconcebible que este tipo de cosas ocurran en nuestro tiempo. Yo soy partidario de detener a la gente, pero el acusado debe tener un juicio justo y ser deportado o encarcelado sólo si un estudio honrado del caso demuestra que realmente se trata de un criminal o delincuente político. La acusación y el juicio deben proceder de conformidad con las normas del Derecho. Los procesos deben ser públicos para que no pueda haber ninguna duda de que el acusado es verdaderamente culpable. De este modo nadie saldrá en defensa de los que han sido castigados y la opinión pública apoyará sinceramente a los órganos punitivos. En nuestros días ha habido quien ha levantado la voz en la sala, dando fe de la certeza de las acusaciones, dándose golpes de pecho y jurando que los acusados eran enemigos del pueblo, todo ello sin ningún conocimiento real de lo que había pasado. Los testigos respaldaban el veredicto y alzaban la mano, votando por la eliminación del acusado sin conocer siquiera los hechos del supuesto delito, ni mucho menos la intervención del supuesto delincuente. De cualquier modo, no eran verdaderos juicios. Eran tribunales cerrados en manos de las troikas. ¿Y quiénes componían las troikas? Tres hombres que arrestaban, acusaban y juzgaban al reo ellos mismos. La mayor parte de las personas que perdieron la cabeza en la época de Stalin fueron juzgadas por este tipo de tribunal.

He tratado de ser justo con Stalin y reconocer sus méritos, pero no puede haber excusa para lo que, a mi modo de ver, era el peor defecto de su carácter: su actitud hostil hacia los judíos. Como dirigente y como teórico tuvo buen cuidado de no insinuar nunca su antisemitismo en sus escritos ni en sus discursos. Y pobre del que citara públicamente alguna conversación privada en la que Stalin hiciera observaciones de claro matiz antisemita. Cuando hablaba de los judíos, Stalin solía imitar con un acento típico y exagerado su forma de hablar. Así es como habla la gente estúpida y retrógrada que desprecia a los judíos cuando se burla de sus rasgos negativos. A Stalin también le gustaba imitar este acento, y lo hacía bastante bien.

Recuerdo que, cuando estaba trabajando en Moscú, le llegó a Stalin un informe que hablaba de ciertas dificultades en la 30.ª Fábrica de Aviación a través de los cauces del Partido y de la Seguridad del Estado. Durante una reunión con él, mientras estábamos cambiando impresiones, se volvió hacia mí y me dijo:

—Habría que darles estacas a los buenos trabajadores de la fábrica para que pudieran sacarles el demonio a palos a esos judíos al final de la jornada laboral.

Al decirlo no estaba solo. Molotov, Beria y Malenkov se hallaban allí. (El que no estaba era Kaganovich. Stalin nunca se permitió hacer observaciones antisemíticas en su presencia.) Me dije a mí mismo: «¿Qué está diciendo? ¿Cómo puede decir esto?». Al salir de la habitación, Beria me preguntó irónicamente:

—¿Has recibido sus órdenes?

—Sí —dije—. Las he recibido. Mi padre era analfabeto, pero nunca tomó parte en un pogrom. Lo consideraba una vergüenza. Y ahora se me dan estas instrucciones como secretario del Comité Central del Partido comunista de la Unión Soviética.

Aunque Stalin me había dado una orden directa, sabía que si se hacía algo como lo que había sugerido y llegaba al conocimiento público, sin duda alguna se nombraría una comisión y los culpables serían severamente castigados. Stalin no se hubiera detenido ante nada para castigar públicamente el antisemitismo. Con órdenes o sin ellas, hubiera estrangulado a cualquiera cuyas acciones pudieran desacreditar su nombre, especialmente con algo tan insostenible y vergonzoso como el antisemitismo. Hubo muchas conversaciones como la de la 30.ª Fábrica de Aviación, y llegamos a acostumbrarnos a ellas. Escuchábamos lo que Stalin nos decía y luego lo borrábamos de nuestra mente de inmediato.

Poco después de mi traslado de Ucrania a Moscú, mi sucesor como primer secretario en Ucrania, Melnikov, y Korotchenko se hallaban cierto día conmigo en Moscú [15]. Stalin nos invitó a cenar a la Dacha Cercana. Les presionó para que bebieran y consiguió lo que se proponía. Melnikov y Korotchenko estaban en casa de Stalin por primera vez. Bebieron alegremente; consideraban un honor el hecho de que Stalin les hubiera invitado. Pero yo le conocía mejor que ellos. Sabía que le gustaba emborrachar a la gente y que la hospitalidad no era lo principal que tenía en la mente. Le interesaba poner a sus invitados en un estado que les soltara la lengua. Quería oírles contar chismes cuya narración habrían pensado dos veces en estado sobrio. Guardé silencio nerviosamente mientras duró todo. Tenía que responder de Melnikov, puesto que lo había yo llamado a Moscú. No hay mucho que decir sobre Korotchenko. Le tenía por un hombre honrado, pero muy limitado. En aquel momento parecía que Stalin no podía mantener oculto su antisemitismo. Empezó a hacer comentarios antisemíticos. Las propias actitudes de Melnikov le hacían muy receptivo. Estaba maduro para el tipo de cosas que Stalin empezó a decir. El y Korotchenko se quedaron con la boca abierta y le escucharon sin decir una palabra. La cena terminó y se marcharon. Melnikov y Korotchenko volvieron a Ucrania.

15. Korotchenko era una poderosa figura, que fue la mano derecha de Stalin en Ucrania y llegó a ser primer ministro de Ucrania en 1947, presidente de Ucrania en 1954 y una vez candidato a miembro del Presidium del Comité Central. Melnikov sucedió a Kruschef como primer secretario de Ucrania.

Después de mi traslado a Moscú, el Politburó del Comité Central aprobó una resolución indicándome que vigilara las actividades del Partido comunista ucraniano. Por esta razón recibía todos los periódicos de Ucrania. Examinaba los periódicos más importantes y mis ayudantes manejaban los demás, informándome de cualquier cosa que mereciera atención. Poco después de la mencionada cena en la dacha de Stalin, mi ayudante Chuiski me trajo un periódico de Ucrania y me mostró un editorial que criticaba algunos defectos y deficiencias. En él se citaban dieciséis nombres objeto de la crítica y todos ellos eran judíos. Me indigné. ¿Cómo podía permitirse una cosa así? Inmediatamente comprendí por dónde soplaba el viento. Melnikov y Korotchenko, que eran los típicos ucranianos, habían llegado a la conclusión de que Stalin estaba lanzando una campaña de crítica contra los judíos. Creyendo que seguían indicaciones suyas, habían comenzado a actuar por su cuenta. Telefoneé a Melnikov y le dije:

—He leído tu editorial. Deberías avergonzarte. ¿Cómo te atreves a publicar en tu periódico una cosa así? ¡Es una invocación de antisemitismo! ¿Por qué haces esto? Sé lo que estás pensando, pero has interpretado mal a Stalin. Ten en cuenta que si Stalin leyera el editorial..., bueno, no sé qué pasaría contigo como secretario del Comité Central de Ucrania. ¡Un órgano central del Partido en Ucrania predicando el antisemitismo! ¿Cómo no te das cuenta de que estás dando municiones a nuestros enemigos para que las empleen contra nosotros mismos? Estoy seguro de que explotarán esta ignomina y dirán que Ucrania está blandiendo el estandarte de la lucha contra los judíos, el estandarte del antisemitismo [16].

Poco después Nina Petrovna [la señora Kruscheva] recibió una carta de Kiev y me contó otra historia relacionada con Melnikov y el antisemitismo. En Kiev hay una clínica para niños con tuberculosis ósea. Su directora es la profesora Frumina. En la época en que yo vivía en Kiev, antes de ser trasladado a Moscú, la profesora Frumina venía con frecuencia a nuestro apartamento. Trató a mi hijo Seriozha [diminutivo de Serguei] cuando tuvo tuberculosis y le curó. Ahora Serguei no tiene ninguna muestra de la enfermedad. Está completamente recuperado. Nosotros se lo atribuimos principalmente a Frumina. Otro especialista en tuberculosis ósea, un académico de Leningrado, le había dicho a Nina Petrovna que no hay ningún especialista en esta enfermedad mejor que Frumina. Cuando nos trasladamos todos a Moscú, Frumina escribió una carta a Nina Petrovna contándonos que le habían despedido de la clínica. La razón aducida es que no estaba suficientemente calificada. Me indigné y volví a llamar a Melnikov. Le dije:

16. Al referirse a las actividades antisemíticas de Melnikov, Kruschef ignora el hecho de que hubo una deportación masiva de judíos de Ucrania poco después de la guerra, cuando Kruschef estaba al mando.

—¿Cómo has podido permitir eso? ¿Cómo es posible despedir a una persona tan capacitada con semejante excusa? ¿Cómo puedes afirmar que no está calificada cuando este académico de Leningrado dice que no hay nadie que sepa tanto como ella sobre la tuberculosis ósea? ¿Quién se atreve a emitir ahora un juicio tan diferente?

Melnikov empezó a justificarse. En estos casos siempre hay personas a las que acudir para afirmar que todo se ha llevado correctamente. Le dije:

—¡Estás llenando de oprobio el nombre del comunismo!

Creo recordar que Frumina fue reintegrada a su puesto, pero el daño del antisemitismo ha persistido.

¿Por qué se sigue manifestando este vergonzoso fenómeno? En parte porque el antisemitismo estuvo muy arraigado entre nosotros en los viejos tiempos y es difícil deshacerse de él. La generación anterior recuerda incontables pogroms y recuerda a Vladimir Purichkevich, que fue el principal representante de los Cien Negros en la Duma [el parlamento zarista] [17].

En mi infancia en el Donbass vi una vez un pogrom con mis propios ojos. Iba a la escuela, a cuatro verstas [1.067 m.] de la mina donde mi padre trabajaba. Cierto día espléndido y soleado de otoño, con telarañas flotando en el aire como si fueran nieve, volvía a casa. Ibamos descalzos como todos los días de primavera hasta bien entrado el otoño. Todos los vecinos soñaban con poseer un par de botas. Los niños nos considerábamos afortunados si teníamos un par decente de zapatos. Nos limpiábamos la nariz con la manga y nos sujetábamos los pantalones con un trozo de cuerda. Era un día maravilloso y estábamos de un humor libre de preocupaciones. Mis compañeros y yo nos encontramos con un hombre que llevaba una carreta. Cuando nos vio se paró y empezó a llorar.

—Niños —dijo—. ¡Si supierais lo que están haciendo en Yuzovka!

Empezamos a apretar el paso. En cuanto llegué a casa tiré mi cartera y no paré de correr hasta llegar a Yuzovka. Al acercarme a la ciudad, vi a una inmensa multitud en lo alto de los montones de mineral de hierro colocados junto a las vías del ferrocarril. Habían traído el mineral desde Krivoi Rog para utilizarlo en los altos hornos durante el invierno. A los lados de estos rojos montones de hierro se entrecruzaban sendas que los mineros utilizaban para ir y volver del mercado de Yuzovka. Vi que ya habían llegado los cosacos. Empezó a sonar una trompeta. Yo nunca había visto soldados. En Yuzovka no teníamos, así que era una emocionante novedad para mí. Cuando la trompeta empezó a sonar, los

17. Los llamados Cien Negros eran unas organizaciones extremadamente reaccionarias, dotadas con fondos de la policía secreta zarista, cuya misión era aterrorizar a los simpatizantes de los movimientos reformistas y revolucionarios, así como a los judíos. La más eficiente y sádica de estas organizaciones, responsable de los peores progroms, fue la Unión del Pueblo Ruso.

obreros que habían sido soldados y estaban junto a mí me explicaron que era la señal para prepararse a abrir fuego y que en cualquier momento oiríamos la primera descarga. La masa se agitó por el lado sur de la pendiente, pero los soldados no dejaron entrar en la ciudad a los obreros. Sonó una salva de disparos. Alguien gritó que estaban tirando al aire. Otro dijo que eran cartuchos sin bala y que sólo uno o dos soldados disparaban con balas de verdad, sólo para asustar un poco a los judíos. Cada uno se inventaba su versión de lo estaba ocurriendo. La multitud se dispersó ya bien entrada la noche. Al día siguiente los trabajadores de nuestra mina se jactaban de la cantidad de botas y otros trofeos que habían recogido durante el saqueo. Un hombre dijo que había reunido diez pares de botas. Algunos de los mineros contaron que los judíos marcharon insultando a los rusos, portando estandartes y llevando en hombros a su «zar judío». Cuando los rusos les atacaron con palos, éste se ocultó en una fábrica de cuero. Los rusos incendiaron la fábrica y el «zar judío» fue quemado vivo en el interior.

Al día siguiente de empezar el pogrom corrí directamente desde la escuela hasta Yuzovka para ver lo que pasaba. Aún seguía el pillaje. Vi tiendas de reparación de relojes cuyas entradas habían sido forzadas, y había plumas volando por las calles, donde los saqueadores rasgaban los colchones y agitaban las plumas desde las ventanas de las casas judías.

Empezó a correr el rumor de que había un decreto que permitía hacer con los judíos lo que se quisiera durante tres días. Durante ese tiempo no hubo control para el saqueo. Una vez transcurrido el plazo, la policía, que junto con los Cien Negros había sacado partido de la primitiva mentalidad de los obreros para incitar el pogrom desde el principio, empezó a restablecer el orden. Pero no se tomó ninguna medida en relación con el pillaje y las violencias cometidas. Los poderes que habían decretado el pogrom mantuvieron su palabra: se habían puesto tres días a disposición de los Cien Negros y todos los saqueos y asesinatos quedaron impunes. Me enteré de que muchos de los judíos que habían sido golpeados estaban en la enfermería de la fábrica. Decidí ir a echar un vistazo con uno de mis amigos, otro niño. Nos encontramos ante una escena horrible. Los cadáveres de los judíos, golpeados hasta morir, yacían en hileras sobre el suelo.

Más tarde los trabajadores recuperaron el dominio de sí mismos. Se dieron cuenta de que los pogroms eran una provocación preparada contra el pueblo por la policía zarista. Comprendieron que los judíos no eran sus enemigos cuando vieron que muchos de los dirigentes de las huelgas de las fábricas eran judíos, como lo eran los principales oradores a quienes escuchaban atentamente en las reuniones políticas.

A finales de otoño, Martín, el hermano de mi padre, me llevó de las minas al pueblo del abuelo. Mi padre y mi madre me enviaron con él porque querían que estuviera vinculado a la tierra. Antes de encontrar trabajo en las minas, mi padre

Inauguración de un monumento a Lenin cerca de Moscú en 1950.

había sido mozo de labranza. Habíamos sido pobres y seguíamos siéndolo. Mi madre ganaba algo más de dinero trabajando de lavandera. Yo solía conseguir unos pocos kopeks limpiando calderas a la salida de la escuela y los sábados. Tanto mi padre como mi madre, especialmente ella, soñaban con el día en que pudiéramos volver al pueblo y poseer una casita, un caballo y un trozo de tierra. Por eso unas veces vivía con mi padre en la mina y otras con mi abuelo en una aldea de la provincia de Kursk. Salí para el pueblo cuando empezaron las huelgas en el Donbass. Ondeaban banderas rojas y se celebraban grandes asambleas. Cuando volví a la ciudad, me contaron todo lo que había ocurrido. Me hablaron de los organizadores y dirigentes de las huelgas. Observé que la inmensa mayoría tenían nombres judíos. La gente hablaba bien de aquellos oradores. Todos los trabajadores se refería a ellos en términos encomiásticos. De este modo se dieron cuenta de que se les había engañado para que tomaran parte en los pogroms y se avergonzaban de no haberse resistido a los Cien Negros y a los policías disfrazados que habían organizado la persecución de los judíos.

Años después, cuando Stalin ya estaba en el poder, en lugar de dar ejemplo de cómo liquidar el antisemitismo en sus raíces, contribuyó a extenderlo. El antisemitismo creció como un producto del cerebro de Stalin. Posteriormente, después de su muerte, detuvimos un poco su avance, pero sólo lo detuvimos. Desgraciadamente, los gérmenes del antisemitismo permanecieron en nuestro sistema y aparentemente todavía no existe la necesaria desaprobación y resistencia. Mis guardias son buenas personas, pero el antisemitismo surge incluso en mis conversaciones con ellos.

Los escritos teóricos de Stalin

Kruschef aborda aquí un aspecto de Stalin que resultaba incomprensible para quienes le rodeaban. Deseaba dejar su sello en la teoría comunista (después de todo, era un hombre muy culto y había sido seminarista) y sentía la necesidad de establecer justificaciones teóricas para algunos de sus actos. Los trabajos de Stalin en el campo de la lingüística, que a Kruschef le sonaban a chino, son importantes para comprender la mentalidad de su autor, y sin embargo casi pasaron desapercibidos en Occidente. El erudito georgiano al que se refiere el texto debe ser un discípulo del profesor lingüista N. Y. Marr.

En el verano de 1950, Stalin, que llevaba años sin hacer declaraciones públicas (con la excepción de respuestas ocasionales a las preguntas de algunos periodistas privilegiados), apareció de repente en Pravda *con un artículo largo y abstruso sobre la falsedad de las teorías de Marr (del que no había ni un lector de* Pravda *entre un millón que hubiera oído hablar) y siguió con las «respuestas a los co-*

rresponsales», en las que desarrollaba sus propias ideas. Los lectores de Pravda *estaban desconcertados. En esencia se trataba de lo siguiente: Marr, con la aprobación oficial, había argüido en términos marxistas que el lenguaje es un aspecto de la superestructura de la sociedad y que cambiará a medida que lo haga la propia sociedad; es decir, que a su debido tiempo, con el avance global del comunismo, desaparecerán las diferencias de idioma y existirá un lenguaje universal. Stalin decidió que ya era tiempo de salir al paso a este confuso internacionalismo. El idioma del futuro sera el ruso. Por consiguiente, era necesario demostrar en términos marxistas que el lenguaje es un aspecto de la base inmutable de la sociedad, no de su superestructura. Lejos de no sacar nada de esta incursión en la lingüística, como sugiere Kruschef, Stalin debe haber obtenido la gran satisfacción de hacer un ejercicio teórico a lo grande.*

El segundo ejemplo de la teoría de Stalin al que Kruschef se refiere fue transmitido al mundo en vísperas del XIX Congreso del Partido en un folleto titulado Problemas Económicos del Socialismo en la U. R. S. S. *Los oradores del Congreso, así como los delegados, debieron recibir este trabajo para estudiarlo antes de su publicación. Ninguno de ellos parece haberle dado mucha importancia. Fue una polémica larga y aburrida, pero contenía una línea de pensamiento de gran importancia para el futuro. Hasta octubre de 1952, Stalin daba toda la impresión de haber aceptado la tesis de Lenin según la cual se llegaría a la revolución mundial a través de guerras, entendidas como formas de presión para la desintegración de la sociedad capitalista. Siguió aferrándose a este artículo de fe mucho después de que la invención de la bomba atómica lo hubiera reducido al absurdo. Pero en sus* Problemas Económicos del Socialismo en la U. R. S. S. *Stalin aunció finalmente que las cosas habían cambiado, que la Unión Soviética no era tan fuerte y que, con un poco de suerte y buen sentido, podría mantenerse al margen de futuras guerras, dejando que las potencias capitalistas se destruyeran mutuamente en su lucha por apoderarse de los mercados mundiales.*

En la época del XIX Congreso del Partido [1952] Stalin ya se había adjudicado el papel de gran pensador y había escrito numerosas obras teóricas. Todo empezó unos años antes del Congreso, cuando intervino en una polémica sobre lingüística. Era un debate muy extraño y que no sirvió absolutamente para nada. Invitó a cenar a un erudito georgiano amigo suyo y por alguna razón empezó a hablar con él de lingüística. A continuación escribió sus artículos sobre el tema, en los que atacaba a su amigo. Así empezaron a aparecer los escritos teóricos de Stalin durante la última etapa de su vida.

También acometió problemas económicos. Organizó un debate público y expuso sus teorías. Cuando Stalin empezó a dictar y publicar fascículos de su obra

sobre los problemas económicos del socialismo inmediatamente antes de su muerte, hizo que todo el mundo los leyera y los estudiara. El Partido entero debía ponerse a meditar el proyecto. Stalin llegó a proponer que los oradores del XIX Congreso del Partido aludieran a las cuestiones teóricas que él había planteado. Malenkov rindió un gran tributo a sus teorías en el informe general al Congreso. Todos los oradores hicieron lo mismo; todos menos yo, pero no porque yo fuera más atrevido o más listo o porque mantuviera una postura crítica frente a los escritos de Stalin. Fue porque no era uno de los oradores regulares del XIX Congreso. Tenía que hacer un informe sobre los Estatutos del Partido, y en ellos no había nada que me obligara a mencionar los trabajos de Stalin sobre lingüística y economía. Además, Malenkov ya les había prestado una atención más que suficiente en su Informe General.

Un espléndido día de verano estábamos todos reunidos en la Dacha Cercana. Tuvimos una típica cena estilo Stalin: larga y penosa. De repente, Vorochilov lanzó la más extraña invectiva. No podía imaginar qué es lo que le pasaba.

—¡Koba! —dijo (a menudo llamaba a Stalin por su diminutivo)—, no has leído el trabajo que el erudito Fulano nos ha enviado, ¿verdad?

Entonces Vorochilov empezó a dedicar a aquel erudito toda clase de epítetos, diciendo:

—¡Mirad qué pedazo de sinvergüenza, qué bribón! Escribe esto y esto... ¿No lo recordáis? ¿No lo habéis leído?

—No, no lo he leído —contestó Stalin.

Vorochilov nos miró a los demás. Todos dijimos que no sabíamos de qué estaba hablando. Malenkov recordó que un especialista en economía había escrito un libro y solicitado a la Academia de Ciencias que organizara un simposium basado en sus teorías. No recuerdo el nombre del economista, pero sonaba a ucraniano. Había armado un gran alboroto escribiendo cartas al Comité Central en demanda de que interviniera y comprobara que su libro recibía la atención que, en su opinión, merecía. Malenkov siguió explicando que había enviado ejemplares de su libro al Comité Central. Vorochilov continuó ensañándose con él:

—¡Este estafador debe ser arrestado, insisto en que debe ser arrestado!

Stalin apoyó a Vorochilov:

—¡Qué estúpido! Arrestadlo.

Poco después, el mismo Stalin nos amonestó violentamente por nuestro descuido en la selección para los cargos directivos de nuestras oficinas. Aseguraba que se estaban filtrando documentos secretos desde nuestras secretarías. Dijo que se realizaría una investigación para descubrir al culpable. Todos le miramos con perplejidad, preguntándonos a dónde quería ir a parar. De repente se dirigió a mí directamente:

—¡Has sido tú, Kruschef! La filtración se ha producido en tu Secretaría.

—Camarada Stalin —le dije—, estoy seguro de que no es cierto. Mis ayudantes son todos de confianza. No tengo la menor duda. Son miembros honrados del Partido. Es imposible que uno de ellos haya divulgado información secreta.

—Eso no importa. El hecho es que se ha filtrado información a través de algún funcionario de tu secretaría.

Stalin empezó a decirnos que alguna de las posiciones mantenidas en sus trabajos sobre economía coincidía casi palabra por palabra con la del economista al que Vorochilov había denunciado.

¿Cómo ha llegado mi obra a manos de este hombre? —preguntó— ¿Cómo se ha enterado de lo que he escrito? No puede haber tenido ocasión de oírlo; ello significa que ha recibido los materiales que yo les dicté y distribuí. Y ahora ha publicado esta formulación como si fuera suya.

A medida que Stalin hablaba, se iba indignando más y más. Entonces comprendí lo que había ocurrido, o al menos por qué me culpaba. El economista en cuestión tenía un nombre ucraniano. Stalin sabía que yo tenía varios ucranianos en mi secretaría, especialmente mi ayudante Chuiski, un hombre de una honradez intachable. Eso quería decir que Chuiski y otros ucranianos de mi equipo eran considerados como sospechosos. Stalin creía que ahí estaba la filtración. Me di cuenta de que estaba tratando de conseguir que yo lo admitiera todo. Solía actuar así. Nos miraba a los ojos y observaba si parpadeábamos.

A la mañana siguiente fui a la oficina del Comité de Moscú y llamé a Chuiski:

—¿Conoces al economista Fulano? —le pregunté tranquilamente.

—No —dijo—. No le conozco.

—¿Nunca has oído hablar de él?

—Sí, he oído hablar de él.

—¿Es un conocido tuyo?

—No. Nunca le he visto.

—Está bien. Dame su expediente.

Chuiski me trajo la información acerca del economista. La leí y observé que, aunque su nombre era ucraniano, en realidad era de Siberia. Su abuelo abandonó la provincia de Poltava, en Ucrania, y se trasladó a Siberia. El había sido miembro del Partido desde 1918 ó 1919 y había tomado parte activa en la lucha por el socialismo, como partisano, contra los cosacos de la Guardia blanca.

Al día siguiente le dije a Stalin:

—Camarada, me preguntaste por este economista. He pedido su expediente. No es ucraniano, ni mucho menos. No ha nacido en Ucrania. Su abuelo se marchó de Ucrania y él es siberiano.

Estaba tratando de demostrar que mi secretaría no estaba involucrada en la filtración de información.

Stalin me miró enojado y gruñó:

—¡Al diablo!

Este era su modo de disculparse por haberme acusado. Luego se suavizó y dijo:

—¿Así que es de Siberia?

—Sí, es siberiano. ¿Y dónde no se encuentran hombres con nombre ucraniano? Están extendidos por todo el globo. Hay muchos en el Lejano Oriente, en Canadá y en otros países más allá de los límites de nuestras fronteras.

Conseguí, pues, desviar el golpe, pero Stalin no dejó que la cosa quedara así. Aún estaba picado porque su tesis coincidía palabra por palabra con la de aquel «intelectual inexperto», como le llamaba. Nadie tenía derecho a tener las mismas ideas que él. Sólo él era un genio. Todo lo nuevo tenía que decirlo él, y los demás debían repetirlo y difundir las nuevas leyes sobre la construcción del socialismo que él había descubierto y proclamado. ¡Y ahora un majadero siberiano al que nadie conocía aparecía escribiendo lo mismo que Stalin!

Si Stalin hubiera sido objetivo, si no hubiera sido tan egoísta, si hubiera sido capaz de analizar sus teorías con sentido crítico, no le habría costado mucho esfuerzo advertir que el libro del «inexperto teórico del Partido» estaba escrito mucho antes de que él mismo empezara a dictar y publicar su obra. En realidad era el siberiano el que podía haberle dicho: «Es usted quien me ha robado a mí, porque yo ya tenía mi trabajo hecho.» Después de todo, no es raro que un hombre relativamente desconocido realice un descubrimiento importante. Todo gran hombre es un individuo vulgar y corriente hasta que da el paso que le lleva a la fama. Pero Stalin nunca admitiría esta posibilidad. Mientras viviera, mientras fuera el Gran Dirigente, tenía que decir la primera y última palabra en orden a la decisión de cuestiones teóricas.

El episodio terminó con la persecución y posterior expulsión del Partido del economista siberiano. Fue atacado por la prensa, deshonrado, arrestado y encarcelado. ¿Cómo pudo ocurrir semejante cosa? El hombre se había limitado a escribir un trabajo. Quizás fuera malo, e incluso negativo. ¡Pero lo había enviado directamente al Comité Central! Era su punto de vista. Era miembro del Partido desde hacía mucho tiempo y veterano de la Guerra Civil. Ahora se le estaba tratando como a un criminal. ¿Y por qué? Ni ellos mismos lo sabían. Lo único que sabían es que había escrito un tratado de economía que disgustó a Stalin. Si Vorochilov no hubiera sacado a relucir el asunto, probablemente aquel economista hubiera seguido llamando burócrata a todo el mundo y ahí hubiese terminado todo. Pero tal como ocurrieron las cosas, acabó en prisión.

Tras la muerte de Stalin, le pusimos en libertad. Protestó ante el Comité de Moscú por la forma en que le habían tratado y desahogó su indignación contra mí personalmente. Ni que decir tiene que no sabía nada de mi papel en todo el caso. Me criticó por no intervenir en su favor y por no apreciar su obra.

Quizás el libro mereciera consideración. En cualquier caso, se quedó en nada. Los supuestos eruditos que habían seguido las instrucciones de Stalin, que elogiaron sus escritos y atacaron al economista siberiano, no tenían interés en cambiar de opinión ahora que Stalin estaba muerto. Posiblemente, aquel hombre nunca recibió la consideración que merecía, pero yo no soy quien para juzgar. La economía es una disciplina muy especializada. Dejemos que los economistas vuelvan sobre el tratado, lo valoren, lo analicen y lo coloquen en el estante que le corresponda.

El incidente de la «filtración» de los escritos económicos de Stalin no terminó con el arresto del economista siberiano. Después de convencer a Stalin de que la filtración no se había producido en mi secretaría, llegó a la conclusión de que debía haber sido a través de Poskrebichev. La cosa era tanto más sorprendente cuanto que Poskrebichev había trabajado para Stalin durante muchos años. Era su perro fiel. ¿Cómo creer que había divulgado secretos oficiales? No podía tener contactos siniestros con nadie, pues todo el mundo sabía exactamente quién era y le temían y evitaban. No era ningún tonto, pero había acumulado tanto poder que estaba empezando a darse tono. Se comportaba altivamente con todo el mundo y con evidente desprecio hacia cualquier miembro del Presidium que hubiera perdido el favor de Stalin. Solía gruñir sañudamente a Molotov y Mikoyan, por ejemplo, cuando éstos cayeron en desgracia. Poskrebichev podía resultar insoportablemente ofensivo. Se mantenía en estrecha relación con Stalin y averiguaba antes que los demás quién había caído bajo la sombra de la desconfianza y desagrado de éste. Por consiguiente, en cuanto Poskrebichev se volvía contra alguien, había muchas posibilidades de que estuviera dirigiéndose a una víctima propiciatoria.

Y ahora, de repente, el propio Poskrebichev era objeto de la desconfianza de Stalin. Naturalmente, él tenía acceso a todos los documentos en cuestión. El mismo los había escrito al dictado de Stalin, quien solía pasear arriba y abajo mientras dictaba. No podía permanecer sentado mientras estaba pensando. Dictaba paseando. Nunca utilizó taquígrafos. Siempre le dictaba a Poskrebichev y luego éste se lo leía. Si Poskrebichev había escrito algo incorrectamente o si a Stalin se le ocurría algo más conciso, aquél enmendaba el manuscrito. A este respecto, hay que ser justo con Stalin. Hasta el momento de su muerte fue capaz de expresarse en forma clara y concisa. Sus expresiones eran breves, comprensibles y pertinentes. Era una de sus grandes cualidades. En este aspecto poseía una enorme capacidad que no debe negarse ni subestimarse. Todo el que le conocía admiraba su talento a este respecto y por ello se sentía orgulloso de trabajar con él.

Stalin destituyó a Poskrebichev de su cargo y nombró a otro. Poskrebichev fue «congelado». Estoy convencido de que, si Stalin hubiera vivido mucho más,

sin duda alguna Poskrebichev hubiera sido arrestado y eliminado como traidor. La última palabra de Stalin sobre el particular fue:

—He atrapado a Poskrebichev transmitiendo material secreto. Nadie más pudo haberlo hecho. La filtración de documentos secretos se produjo a través de él. Fue él quien reveló el secreto.

Pero, ¿qué secreto? ¿Qué clase de secreto era aquél, si todo lo que Stalin dijo que se había «filtrado» ya estaba publicado?

El XIX Congreso del Partido

Cuando Stalin presidió el XIX Congreso del Partido, en octubre de 1952, era un hombre viejo y enfermo a quien sólo quedaban cinco meses de vida. En éste y los siguientes apartados del capítulo, Kruschef nos da una idea de su humor. También sugiere, como ya hizo en su Discurso Secreto, que Stalin se estaba embarcando en una nueva purga, que hubiera supuesto la liquidación de algunos de los colegas más próximos a él, los miembros veteranos del antiguo Politburó. Pero Kruschef se limita a sugerir. De hecho ignora el verdadero significado de varios actos de Stalin. No alude en absoluto a la lucha personal por la influencia y el poder entre él y Malenkov (aliado con Beria) que iba haciéndose más encarnizada día a día. Stalin, por supuesto, dominaba el Congreso, aunque sólo habló durante siete minutos. Las dos principales figuras fueron Malenkov, que leyó el Informe General del Comité Central, y el propio Kruschef, que pronunció un discurso de igual importancia sobre la reforma de los Estatutos del Partido. Por consiguiente, los dos rivales fueron elevados por encima de sus predecesores y parece probable que por entonces Stalin estuviera preparando a los dos para ser conjuntamente sus sucesores y, al mismo tiempo, enfrentándoles uno contra otro. Lo que Kruschef no menciona es que ambos discursos se atacaban sañudamente uno a otro. Malenkov criticó a Kruschef, aunque sin mencionarle, por su frustrada reforma agraria; asimismo, Kruschef atacó a Malenkov por la corrupción y desmoralización reinantes en el seno del Partido.

En 1952 Stalin nos convocó y sugirió que organizáramos un Congreso del Partido. No necesitó convencernos. Todos considerábamos increíble que no se hubiera celebrado un solo Congreso durante trece años [18]. Ni siquiera había

18. Los estatutos del Partido preveían un Congreso del Partido cada tres años. Una de las funciones del Partido era elegir al nuevo Comité Central, de cuyos miembros se elegía el Politburó, la Secretaría y otros órganos de dirección. Stalin gobernó sin el Congreso de 1939, ignorando al Comité Central, designando los miembros del Politburó, etc. (véase apéndice 2).

habido un pleno del Comité Central en varios años. Hacía tiempo que no se reunía para tratar de temas políticos ni como órgano consultivo. En resumen, ni el Partido en general ni el Comité Central en particular habían tomado parte alguna en el mando colectivo. Stalin lo hacía todo por sí mismo, prescindiendo del Comité Central y utilizando al Politburó poco más que como un sello de caucho. Raras veces se molestaba en pedir la opinión de los miembros del mismo sobre una medida determinada. Se limitaba a decidir y promulgar un decreto.

En cualquier caso, se decidió convocar un Congreso del Partido en octubre de 1952. Durante algún tiempo Stalin no dijo nada sobre el orden del día ni sobre quién debía hablar. Todos tratábamos de adivinar si se reservaría para sí el Informe General o si lo asignaría a otro. Y caso de encomendárselo a alguien, ¿a quién? Todos suponíamos que, de no hacerlo él mismo, es que no se sentía físicamente en condiciones de permanecer de pie ante el pódium durante tanto tiempo. Por supuesto, siempre podía distribuir copias del discurso entre los delegados y no molestarse en leerlo en voz alta.

Finalmente, Stalin decidió el orden del día del Congreso y anunció que encomendaría a Malenkov el Informe General. Continuó diciendo:

—Demos el informe sobre los Estatutos del Partido a Kruschef y el del Plan Quinquenal a Saburov.

Saburov era el presidente de la Comión de Planificación del Estado [19]. Mientras Stalin nos comunicaba nuestras tareas, éstas iban siendo registradas inmediatamente. Escuchamos y recibimos las instrucciones en silencio. Así fue como se decidió y aceptó el orden del día del XIX Congreso del Partido.

Admito que cuando se me mandó preparar el informe sobre los Estatutos del Partido me puse muy nervioso. Por supuesto, el encargo era un gran honor para mí, pero al mismo tiempo sabía que era difícil preparar un informe, concretamente sobre este tema, que fuera aprobado por el mando colectivo. Sabía que al presentar el borrador del informe, debía esperar que los otros lo atacaran, especialmente Beria, que arrastraría a Malenkov con él. Y eso es exactamente lo que ocurrió. Stalin nunca vio mi informe. Dio instrucciones a Malenkov, a Beria, a mí y a alguno más para que revisaran todos los informes. Beria insistió en que el mío era demasiado largo y que debía abreviarse. Se eliminó mucho material, hasta el punto de que al final sólo tardé alrededor de una hora en leerlo. No creo que ello afectara a lo fundamental. Se abrevió a base de eliminar ejemplos, que eran meros adornos literarios con los que pretendía ilustrar algunas afirmaciones. Lo rellené apoyándolo en ejemplos hasta cierto punto a imi-

19. M. Z. Saburov, ingeniero, pasó la mayor parte de su carrera en la Comisión de Planificación del Estado. Fue viceprimer ministro en 1947 y no entró en el Comité Central hasta 1952. Su ascensión fue rápida a partir de entonces. Se vio en graves dificultades en 1957 por apoyar al grupo anti-Partido contra Kruschef.

tación de Zhdanov. El había elaborado ya un informe sobre los Estatutos del Partido en el XVIII Congreso del Partido [en 1939] y en él utilizó numerosos ejemplos. No sé hasta qué punto eran necesarios, pero, puesto que este estilo de informe ya había sido aprobado, decidí seguirlo [20].

Podrían preguntarse por qué Stalin no encomendó el informe general a Molotov o Mikoyan, pues ambos ejercían cargos más altos dentro del Partido que Malenkov y eran personajes muy conocidos. Algunos de los que formábamos parte del gobierno de la preguerra incluso considerábamos a Molotov como nuestro futuro dirigente y el más probable sucesor de Stalin, pero después de la guerra hubimos de quitarnos de la cabeza tales ideas. En los días que precedieron y siguieron al XIX Congreso del Partido Stalin atacó a Molotov y Mikoyan en todas las reuniones. Estos dos hombres habían caído en desgracia y sus vidas corrían peligro.

Se convocó el Congreso, se leyeron los informes y comenzó la discusión. Los períodos de debate fueron breves. Por entonces la atmósfera del Partido no era la más propicia para debatir las propuestas contenidas en los informes elaborados por los dirigentes. Cuando el Congreso ya tocaba a su fin, discutimos el informe de Saburov sobre el Plan Quinquenal. Fue el peor de los aprobados por un Congreso del Partido. Estaba deplorablemente concebido y deficientemente presentado. Más tarde, tras la muerte de Stalin, nos vimos obligados a asumir la responsabilidad de su puesta en marcha. Como el plan era imposible, no tuvimos más remedio que introducir algunas enmiendas. Por regla general sería inconcebible modificar un documento una vez ratificado por un Congreso del Partido, pero éste era un caso especial: nos parecía evidente que el Plan Quinquenal en cuestión no iba a ninguna parte. Según recuerdo, en nuestra búsqueda de algún medio democrático de enmendar el Plan Quinquenal para que sus fines tuvieran alguna relación con la realidad, llegamos a distribuir las enmiendas propuestas entre los delegados. En resumen, seguimos el único camino que se nos había dejado abierto.

Al final del Congreso, Stalin pronunció su discurso. No duró más de seis o siete minutos. Todo el mundo estalló en calurosos aplausos, gritando que era un genio, etc. Cuando abandonó el pódium, se levantó la sesión y todos nos reunimos en el salón del Presidium. Stalin dijo:

—¿Os dais cuenta? Todavía me defiendo.

¿Que todavía se defendía? ¡Consideraba un triunfo poder aguantar seis o siete minutos de pie ante un pódium! Era increíblemente difícil para él pronunciar un discurso de esa duración y aún creía hallarse lo suficientemente fuerte como para seguir trabajando.

20. El relato de Kruschef de su método de redactar este discurso, el momento supremo de su carrera hasta entonces, es interesante. Es cierto que estaba escrito así.

El propio Stalin abrió el primer pleno del Comité Central tras el Congreso y propuso la creación de un Presidium de veinticinco miembros. Se sacó un papel del bolsillo y nos leyó una lista de nombres: la nueva composición. La propuesta y nombramientos se aceptaron sin discusión. Todos estábamos acostumbrados a semejantes procedimientos antidemocráticos. Cuando Stalin proponía algo, no había preguntas ni comentarios. Una «propuesta» de Stalin era un mandato divino y nadie discute lo que Dios le manda hacer: se da gracias y se obedece. Mientras Stalin estaba leyendo la lista de miembros, todos bajamos los ojos y nos agitamos en nuestros asientos. ¡Veinticinco personas! Indudablemente iba a ser difícil trabajar con un mando colectivo tan numeroso. No resultaría fácil decidir cuestiones puramente prácticas.

Una vez terminada la sesión del pleno, nos miramos unos a otros. ¿Qué había ocurrido? ¿Quién había confeccionado aquella lista? El propio Stalin no podía conocer a la mayoría de las personas que acababa de nombrar. No podía haber elaborado la lista por sí solo. Confieso que al principio pensé que Malenkov estaba detrás del nuevo Presidium y no nos lo había dicho a los demás. Más tarde bromeé con él amistosamente sobre esto.

—Oye —le dije—, creo que tú has tenido que ver en esto. Pero también veo aquí el trabajo de otros cerebros. Ha debido de haber algunos reajustes por parte de Stalin, ¿verdad?

Malenkov respondió:

—Te juro que no he tenido absolutamente nada que ver con la lista. Stalin ni siquiera me pidió ayuda ni yo hice ninguna sugerencia sobre la composición del Presidium.

La negativa de Malenkov hacía el asunto aún más misterioso. No podía suponer que Beria estuviera implicado porque había personas en la lista a las que él nunca hubiera recomendado. No obstante, se lo pregunté.

—Laurenti, ¿has convencido tú a Stalin para que haga esto?

—No. Al principio estaba seguro de que había sido Malenkov. Pero él jura que no ha tenido nada que ver en esto.

Molotov y Mikoyan estaban descartados. Bulganin tampoco sabía nada de ello. Seguimos dándole vueltas a estos pensamientos, tratando de imaginarnos quién había detrás de esto. Naturalmente, el autor era el propio Stalin, pero ¿quién le había ayudado? Poskrebichev se hacía cargo de la secretaría personal de Stalin, pero él no podía confeccionar la lista sin utilizar el aparato de Malenkov, y éste se hubiera enterado. Había personas en el aparato de Malenkov que llevaban muchos años trabajando para él y se lo hubieran dicho aun en el caso de recibir instrucciones secretas de Stalin. Así es que nos quedamos confundidos. La lista seguía siendo un misterio. Ahora me imagino, basándome en ciertas indicaciones, que Stalin prescindió de Malenkov sin más y requirió la

ayuda de Kaganovich. Algunos de los nombres eran poco conocidos y, desde luego, Stalin no tenía ni idea de quiénes eran. Pero Kaganovich sí los conocía. Probablemente le habló de ellos a Stalin y así fue como llegaron a la lista.

¿Se dan cuenta de la clase de dirección que teníamos? Teóricamente, Stalin organizó el Congreso, formó un nuevo Comité Central y creó un nuevo Presidium, pero en realidad tenía escasa idea de lo que estaba haciendo. Recuerdo haber intercambiado miradas de inteligencia con Beria y Malenkov. El nuevo Presidium era demasiado numeroso para ser viable y su composición demasiado heterogénea. Las veinticinco personas seleccionadas eran todas de distinto tipo y con diferentes grados de mérito. Todos disfrutaban de la confianza del Partido y sin duda alguna eran hombres valiosos. Pero muchos de ellos no estaban preparados para una tarea de esta importancia [21].

Mientras Stalin leía la lista del nuevo Presidium, le escuché atentamente preguntándome si Molotov, Mikoyan y Vorochilov estarían incluidos. Lo dudaba. Eran hombres con los que Stalin había dejado de contar. Sobre sus cabezas se cernía el peligro de ser considerados espías y ser declarados enemigos del pueblo. Sin embargo, fueron incluidos. Me pareció una buena señal.

Después de proponer los veinticinco nombres, Stalin dijo que, como un grupo de veinticinco resultaría muy poco ágil, debíamos seleccionar un Buró de entre los miembros del Presidium [22]. Pero la propuesta iba en contra de los estatutos.

Acabábamos de adoptar unos nuevos Estatutos del Partido y éstos no preveían un Buró del Presidium. ¡Ya los estábamos violando! Stalin dijo que el Buró se reuniría más a menudo que el Presidium completo y tomaría decisiones sobre todas las cuestiones prácticas que surgieran. Propuso un Buró de nueve miembros e inmediatamente los designó: él mismo, Malenkov, Beria, Kruschef, Vorochilov, Kaganovich, Saburov, Pervujin [23] y Bulganin. No se incluía a Molotov

21. El nombramiento de un Presidium de veinticinco miembros para sustituir al Politburó, mucho más reducido, fue una sorpresa para todos los que no estaban al corriente. ¿Pero estaban Kruschef y Malenkov tan ignorantes como los demás? Lo interesante respecto a los neófitos, tanto los miembros de pleno derecho como los candidatos, es que había una división bastante equitativa entre los hombres de Malenkov (tecnócratas por encima de todo) y los de Kruschef. Esto, utilizando la frase favorita de Stalin, no fue por casualidad. Merece destacarse que entre los candidatos estaba A. N. Kosiguin, rescatado del limo en que se le colocó tras el Caso de Leningrado, y L. I. Brezhnev, por entonces muy protegido por Kruschef, que hacían su primera aparición en el escenario nacional. Evidentemente, Stalin amplió el órgano supremo del Partido a fin de prever de antemano la propuesta liquidación de algunos de sus miembros más antiguos.

22. Por entonces se suponía que debía haber un gabinete más reducido, o buró, de los subordinados favoritos de Stalin. Su composición exacta no se conocía hasta ahora.

23. M. G. Pervujin era uno de los ministros tecnócratas (como Saburov) que se hicieron un nombre en la industria y en los últimos años de Stalin subieron rápidamente hasta la cumbre. También él se vio en dificultades tras la derrota del grupo anti-Partido.

y Mikoyan, pero sí a Vorochilov. La inclusión de este último era extraña, porque Stalin había empezado a dudar de él mucho antes de que Molotov y Mikoyan cayeran en desgracia. Lamentaba muchísimo que estos dos no formaran parte del Buró. Pensaba que debía incluírseles. Stalin pronunció un discurso en el pleno dando algunas explicaciones muy sorprendentes y confusas de por qué no merecían la confianza del Partido. Dijo que parecían ser agentes de ciertos gobiernos occidentales. Ni que decir tiene que ello carecía de lógica. Si eran agentes extranjeros y no merecían nuestra confianza, ¿por qué se les mantenía en el Comité Central y en el Presidium? De cualquier modo, de hecho Molotov y Mikoyan quedaron excluidos del círculo ejecutivo del Gobierno. Pero me alegré de que Vorochilov formara parte del Buró. Pensé que Stalin por fin se había dado cuenta de que era un error considerarle como un espía inglés y Dios sabe cuantas cosas más. Quien era o no agente de un país imperialista dependía exclusivamente de la fértil imaginación de Stalin.

Tras el XIX Congreso del Partido y la creación del Presidium ampliado y del nuevo Buró del Presidium en el pleno, nuestro trabajo continuó de acuerdo con la misma pauta que habíamos seguido antes de tales cambios y mejoras. De los nueve miembros del Buró, Stalin seleccionó un círculo más reducido de cinco, según su voluntad y benevolencia. Se consideraba un gran honor ser invitado por él. Claro que el ser invitado una vez y no volver a recibir una invitación se consideraba un mal presagio. Los cinco habituales eran el propio Stalin, Malenkov, Beria, Bulganin y Kruschef. Raras veces invitaba a Kaganovich y Vorochilov y nunca invitó a Molotov y Mikoyan. En la práctica, el Presidium nunca fue convocado. El Buró decidía todas las cuestiones, y generalmente el Buró significaba el círculo reducido de cinco. Todas las decisiones se tomaban por los mismos métodos que Stalin venía utilizando desde 1939. Antes del XVIII Congreso del Partido, el Politburó había mantenido métodos más o menos democráticos. Pero paulatinamente la democracia fue dejando paso a la autocracia. Stalin llevaba ladrando órdenes y sofocando la discusión desde la aniquilación del equipo básico del Comité Central elegido en el XVII Congreso del Partido [1934], «los viejos», como les llamábamos, que habían participado en la lucha por la creación de nuestro Partido desde antes de la Revolución.

He ahí cómo funciona la dirección colectiva.

El complot de los médicos

La detención de los médicos del Kremlin en enero de 1953, bajo la acusación de haber envenenado a Andrei Zhdanov y a otras lumbreras soviéticas fue un movimiento preliminar de lo que debía ser la última purga de Stalin, concebida

para librarse de algunos de sus colegas más próximos: por encima de todo Beria, pero probablemente también Molotov y Mikoyan. Kruschef nos dice algo nuevo sobre lo que se llamó el complot de los médicos; el caso ya había sido preparado algún tiempo antes del XIX Congreso del Partido en octubre de 1952; de otro modo, Kruschef no sabría que el médico que le atendió en su enfermedad durante el Congreso iba a ser acusado. A menos que su cronología esté confundida, ello deja un sabor especialmente desagradable. Efectivamente, el papel de Kruschef en este siniestro asunto es sospechoso. S. D. Ignatiev, un hombre estrechamente relacionado con Kruschef, había sustituido al partidario de Beria, Abakumov, como ministro de la Seguridad del Estado. En 1952 participó en una salvaje purga de los hombres de Beria en los servicios de seguridad y, con o sin enfermedad del corazón, su misión era inventar evidencias contra los médicos (la supuesta carta de Lidia Timachuk estaba evidentemente preparada, como el propio Kruschef sugiere en su Discurso Secreto) y arrancarles una confesión mediante torturas. Cuando el caso fue «reexaminado» tras la muerte de Stalin, fue el propio Beria quien denunció públicamente la trama, alegando la responsabilidad de Ignatiev. Poco después, Beria fue arrestado y fusilado, junto con sus principales asociados, incluyendo a Abakumov. Ignatiev, que según Kruschef había estado a las puertas de la muerte en 1932, se recobró lo suficiente como para pasar a ser miembro de la propia Secretaría del Partido de Kruschef. La breve versión que Kruschef da de esta historia distrae la atención de las mayores implicaciones del caso; y de la verdad, que aún permanece oscura respecto a algunos detalles. Lo trata como un ejemplo de la malignidad de Stalin al atacar a unas personas tan inocentes como los médicos. Los infortunados doctores, la mayor parte de los cuales eran judíos, no eran más que simples peones de una operación principal dirigida contra algunos de los colegas de Kruschef, una operación que también pretendía hacer a los judíos víctimas de un pogrom masivo.

Un día Stalin nos convocó en el Kremlin para leernos la carta de una doctora llamada Timachuk. En ella se aseguraba que Zhdanov había muerto porque los médicos que le atendían le administraron intencionadamente un tratamiento inadecuado. Naturalmente, de haber sido cierto, sería una villanía de lo más vergonzoso. El que los médicos destruyan la vida en lugar de salvarla es el peor crimen contra la Naturaleza.

Si Stalin hubiera sido una persona normal, no hubiera hecho el menor caso a la carta de Timachuk. Siempre aparece alguna que otra carta de personas psicológicamente desequilibradas o de intrigantes que tratan de librarse de sus enemigos. Pero Stalin se mostraba más que receptivo ante esta clase de litera-

tura. De hecho, creo que esta Timachuk era un producto de las tácticas estalinianas. Stalin había instilado en la conciencia de todos nosotros la sospecha de que estábamos rodeados de enemigos y que debíamos tratar de buscar en todo el mundo un traidor o saboteador oculto. Stalin llamaba a esto «vigilancia» y solía decir que, si un informe era cierto en un diez por ciento, debíamos considerar el resto como un hecho. Pero, ¿cómo podía encontrarse siquiera un diez por ciento de verdad en una carta como la de Timachuk?

La versión de Stalin sobre la vigilancia convirtió nuestro mundo en una casa de locos en la que se estimulaba a todos a buscar hechos inexistentes sobre los demás. Se volvía al hijo contra el padre, al padre contra el hijo y al camarada contra el camarada. A esto se le llamaba «perspectiva de clase». Me doy cuenta de que la lucha de clases necesariamente tiene que dividir a las familias, y las divide sin piedad. La lucha de clases define la postura de cada miembro de las mismas. Bien venido sea el combate sin tregua de la lucha de clases. Es necesaria para la construcción del socialismo y el logro de un futuro mejor. La lucha de clases no es una cabalgata festiva, sino una batalla sangrienta y tortuosa. Lo sé. He participado personalmente en la lucha de clases. Llegué a comprender la perspectiva de clase durante la Guerra Civil, cuando me uní a la sangrienta lucha entablada por el Ejército Rojo contra las quebrantadas bandas de majnovitas, grigorievitas, antonovitas y los restos de otras unidades blancas que aún andaban sueltas. El norte del Cáucaso estaba literalmente lleno de bandidos; yo mismo tomé parte en la asamblea que organizó la lucha contra ellos. Una vez, un grupo de nosotros fue fotografiado con Furmanov, el jefe del Directorio Político. Mi compañero de armas del departamento de asuntos políticos del ejército, Vera Chutskina, me envió una copia de esta fotografía. Ahora es pensionista. Me alegro de que aún viva y esté bien. No sé cómo la copa fue alejada de ella mientras duró la carnicería estaliniana. De cualquier modo, incluso durante la lucha contra las bandas de cosacos blancos en el norte del Cáucaso, Lenin, en sus previsiones, mostró una gran moderación y humanidad. Hizo todo lo posible para no perjudicar a ningún inocente; y cuando veía que alguien era culpable, intentaba por todos los medios rehabilitarle en lugar de castigarle. Aun en el caso de que alguien hubiera dado un resbalón, Lenin trataba de apoyarle y volverle a colocar en un puesto positivo: primero, neutralizando los rasgos negativos del individuo y luego volviendo a integrarle paulatinamente en la lucha activa por la construcción de la nueva forma de vida socialista. Pero dejamos atrás la etapa leninista. Pasamos a la era estaliniana y a las tácticas irracionales propias de una mente enferma que nos aterrorizaban a todos.

Volviendo a la carta de Timachuk, creo conveniente mencionar que Zhdanov había sido atendido por los médicos del Kremlin. Estos hombres sólo podían haber sido los mejores y más dignos de confianza de su profesión. Sólo se había

reclutado a hombres bien conocidos y muy respetados dentro del mundo de la medicina para trabajar en el hospital del Kremlin. Pero fueron arrestados y arrojados a las cárceles como delincuentes comunes.

Antes de su muerte, Zhdanov había estado mal de salud durante algún tiempo. No sé qué enfermedad tenía, pero una de sus dolencias es que había perdido su fuerza de voluntad y no era capaz de controlarse por lo que se refiere a la bebida. Daba pena verle. Incluso recuerdo que, en los últimos días de su vida, Stalin solía gritarle que dejara de beber. Esto era algo inaudito, pues solía animar a la gente para que se emborrachara. Pero obligaba a Zhdanov a beber refrescos de fruta y a sufrir, mientras los demás bebíamos vino o algo más fuerte. Es fácil de imaginar que, si Stalin le frenaba de este modo, Zhdanov perdería por completo el control en su casa. Este mismo vicio mató a Scherbakov y sin duda alguna aceleró considerablemente la muerte de Zhdanov.

De ningún modo estoy poniendo a Scherbakov y a Zhdanov al mismo nivel. Desde la muerte de Stalin me he dado cuenta de que nuestra «intelligentsia» alberga un profundo resentimiento contra Zhdanov por su actuación en el cierre de los periódicos de Leningrado. Pero debe recordarse que Zhdanov sólo estaba cumpliendo órdenes de Stalin. Creo que la política cultural de Stalin, especialmente la que impuso en Leningrado a través de Zhdanov, era cruel y absurda [24]. No se puede regular el desarrollo de la literatura, las artes y la cultura con un palo y unas cuantas órdenes. No se puede hacer un surco y colocar el arnés a todos los artistas para que no se desvíen del recto y estrecho camino. Si se trata de controlar demasiado rigurosamente a los artistas, no existirá diversidad de opiniones, ni crítica, ni verdad. No habrá más que un oscuro cliché, aburrido e inútil. Así no sólo se dejará de estimular a la gente para que se beneficie del arte; se envenenará y matará su relación con el arte.

De cualquier modo, los médicos involucrados en el caso de Zhdanov fueron arrestados. Entre ellos estaba V. N. Vinogradov. Una vez había atendido a Stalin, lo que era una rara distinción porque Stalin nunca permitía que los médicos le visitaran. No perdonó a Vinogradov. Lo mandó arrestar y golpear. Tuve ocasión de conocer a Vinogradov después de ser puesto en libertad. Le llamé más de una vez para consultarle sobre mi propia salud. También arrestaron a V. K. Vasilenko, un médico y catedrático de reputación. Yo no le conocía mucho personalmente, pero había oído muy buenas cosas de él a Strazheski, a quien respetaba mucho. Conocía a Strazheski de Kiev. Era una eminencia no sólo en la medicina soviética, sino también en el extranjero. Cuando terminó la guerra,

24. Se refiere a la drástica purga de las artes por parte de Zhdanov, conocida como Zhdanovshchina, que fue el mayor escándalo de 1947-48. Se cerraron revistas, se proscribió a escritores célebres y se obligó a famosos compositores a confesar los errores del pasado y a prometer componer para las masas. Efectivamente, fue un terror cultural.

Strazheski me pidió que sacara a Vasilenko del ejército para que pudiera trabajar en la clínica que dirigía.

—Vasilenko es mi discípulo —dijo Strazheski— y me gustaría que me sustituyera para estar seguro de que la clínica pasará a alguien digno de confianza.

Strazheski había fundado su clínica antes de la Revolución y tenía una excelente reputación. Vasilenko estaba en China cuando empezaron los arrestos. Le llamaron y, en cuanto pasó la frontera soviética, le cargaron de cadenas.

Recuerdo que, después de leer mi informe sobre los estatutos del Partido en el XIX Congreso, caí enfermo. No pude salir de casa mientras se discutía mi informe en el Congreso. Tuve que permanecer en cama durante algunos días. Vino a examinarme un anciano doctor. Para auscultarme puso el oído sobre mi pecho. Me conmovió su solicitud y cuidado. Me sentí terriblemente mal en aquel momento, pero no porque estuviera enfermo. Estaba atormentado porque ya había leído el testimonio contra aquel anciano médico cuya preocupación por mi salud me pareció tan conmovedora, y sabía que, dijera lo que dijera, Stalin no le perdonaría.

Después del arresto de Vinogradov, Vasilenko y otros, Stalin hizo circular y publicó copias de la carta de Timachuk con una nota suya en la que invocaba la ira de las masas contra los médicos que habían «cometido tal villanía» deshaciéndose de Zhdanov. Empezaron a llover cartas llamando traidores a los médicos. Estas cartas reflejaban la opinión de personas que creían que, si Stalin había publicado tal documento, el crimen debía estar ya probado, y les repugnaba que semejante cosa pudiera haber ocurrido.

Konev [25], que por entonces estaba enfermo, envió una larga carta a Stalin asegurando que él también estaba siendo envenenado con las mismas medicinas que se suponía que se habían usado contra Zhdanov. La carta de Konev completaba la parodia. Aparentemente todos los miembros del Presidium notaban la falta de fundamento de la acusación de Konev, pero nunca lo discutieron abiertamente porque, una vez que Stalin había tomado una decisión y empezaba a abordar el problema, no había nada que hacer. Cuando nos reunimos y cambiamos impresiones en privado, admitimos que estábamos indignados con la carta de Konev: puesto que las personas acusadas del asesinato de Zhdanov estaban entre rejas, la carta amplió el círculo de sospechosos y atizó la desconfianza que Stalin sentía por los médicos en general.

25. El mariscal I. S. Konev, un extraordinario general de la segunda Guerra Mundial, que más tarde mostró cierta inclinación a la intriga política. Fue varias veces comandante en jefe del ejército de tierra soviético (sucediendo a Zhukov, tras la rusticación de éste en 1946), viceprimer ministro de Defensa y comandante supremo de las fuerzas del Pacto de Varsovia. También se dijo que los infortunados médicos habían envenenado a otros dos mariscales, un general y un almirante, aunque no fatalmente.

Empezaron los interrogatorios. Oí personalmente cómo Stalin hablaba con S. D. Ignatiev, que entonces era ministro de la Seguridad del Estado. Conocía a Ignatiev personalmente y sabía que estaba muy enfermo. Había sufrido un ataque cardíaco casi fatal. Era un hombre amable, considerado y muy apreciado. Todos sabíamos en qué condiciones físicas estaba. Stalin solía reprenderle sañudamente por teléfono en nuestra presencia. Stalin estaba loco de ira; gritaba a Ignatiev y le amenazaba, exigiendo que cargara a los médicos de cadenas y les golpeara hasta destrozarlos. No es de extrañar que casi todos los médicos confesaran sus crímenes. No les culpo por acusarse a sí mismos. Anteriormente pasaron muchas personas de todas clases, honrados y traidores, hombres de la revolución y saboteadores, y todos ellos confesaron. Meretskov, por ejemplo. Ahora está acercándose al final de su vida. Camina cojeando, casi doblado. Admitió que era un espía inglés. Los médicos del Kremlin se vieron en la misma situación y también ellos confesaron [26]. Así es como se produjo la llamada Conspiración de los Médicos. Fue un caso vergonzoso. Después de aplastar al enemigo en la segunda Guerra Mundial, después de que nuestra «intelligentsia» soviética hiciera valer sus méritos y adquiriera talla internacional, de repente nuestra «intelligentsia», o al menos los médicos, como parte de ella, fueron objeto de la desconfianza de Stalin. El caso de los médicos fue algo cruel y despreciable.

En 1902 se produjeron disturbios a causa del cólera en Makeievka (una ciudad de la cuenca del Donbass), durante los cuales los médicos de la zona fueron golpeados sin piedad. Recuerdo que en mi primera juventud, hacia 1910, hubo una epidemia de cólera por todo el Donbass. En las minas donde mi padre trabajaba murieron muchos mineros. Cuando caían enfermos se les llevaba a unas barracas para víctimas del cólera de donde nadie regresaba. Entre los mineros empezó a circular el rumor de que los médicos estaban envenenando a los pacientes. Se encontraron testigos que aseguraban haber visto a alguien echar polvos en el manantial. Oí toda clase de absurdos como éste. Y ahora, en nuestro tiempo, volvían a levantar la cabeza los mismos poderes oscuros y volvía a producirse abiertamente la persecución de intelectuales.

Svetlanka

Las impresiones de Kruschef sobre la hija de Stalin, las relaciones de ésta con su padre y su vida en el hogar pueden compararse con el relato de los dos libros de la propia Svetlana Alliluieva, Veinte cartas a un amigo *y* Sólo un año.

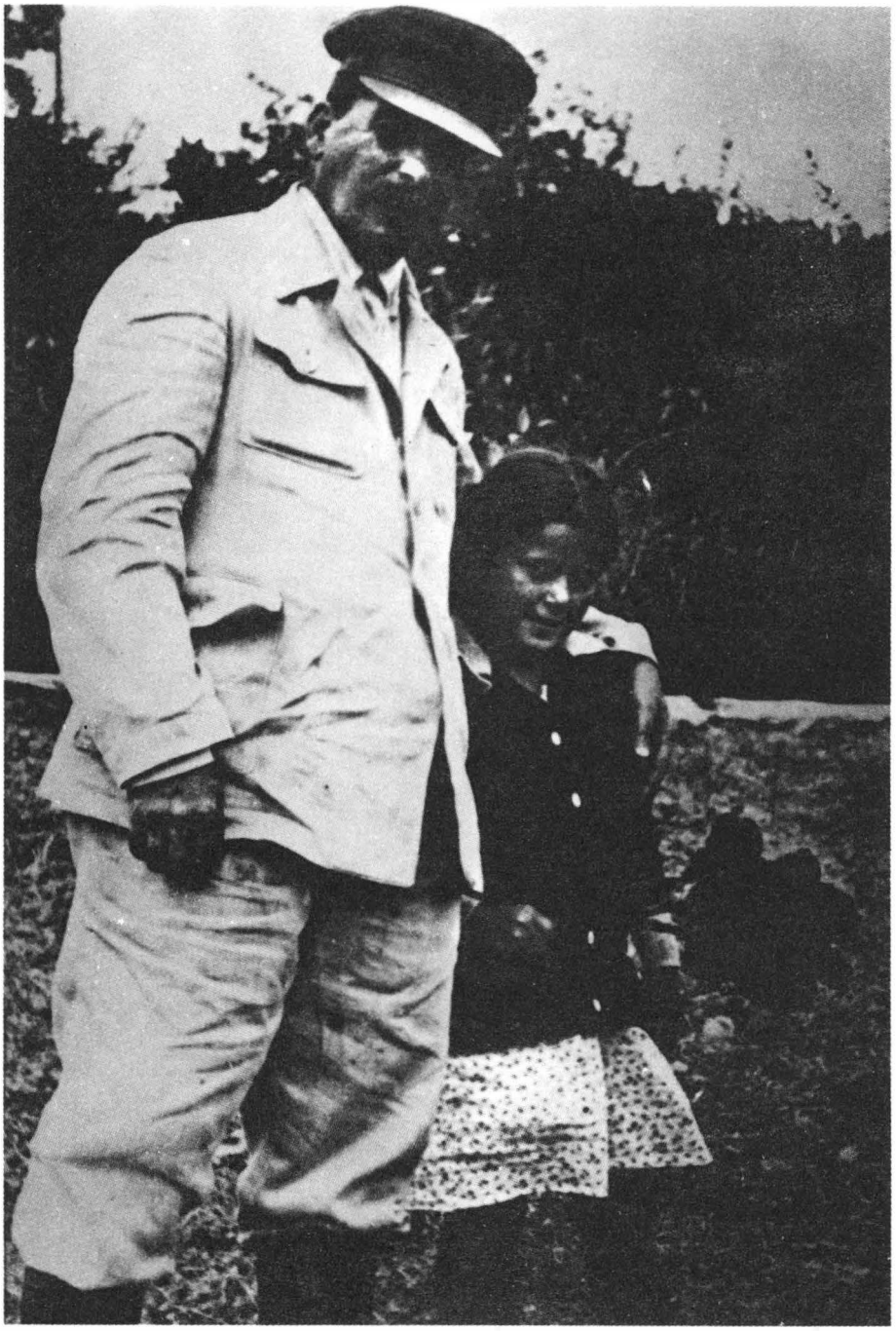
26. Los médicos fueron exonerados de las acusaciones formuladas contra ellos por una comisión investigadora creada por Beria inmediatamente después de la muerte de Stalin. Pero ya habían muerto dos en los interrogatorios.

Hay pequeñas discrepancias, pero, en general, la propia Svetlana confirma el relato de Kruschef, que nos muestra lo mejor de éste y lo peor de Stalin. La cronología, como siempre, es un poco vaga; pero la historia de Svetlana confirma el relato de Kruschef de la intervención de Mikoyan en su favor y la actitud benevolente del propio Kruschef. Desgraciadamente, Kruschef fue depuesto en el momento crítico para Svetlana y Brajesh Singh. Fueron Kosiguin y Suslov en persona quienes le prohibieron casarse y posteriormente llevar a Brajesh Singh a morir a la India. Cuando él murió, por fin se le permitió a Svetlana llevar los restos a la India, pero las autoridades trataron de apremiarle para que volviera a su país. Benediktov, por entonces embajador soviético en la India y a quien Kruschef califica de «excesivamente rígido», sólo estaba asustado. Había sido ministro de Agricultura y fue destituido por el propio Kruschef. Los comentarios de éste sobre lo que los ciudadanos soviéticos pueden esperar cuando se les ordena que vuelvan a Moscú son suficientemente reveladores.

STALIN tenía un carácter brutal y un temperamento muy duro; pero su brutalidad no siempre reflejaba malicia hacia las personas con las que actuaba tan rudamente. La suya era una especie de brutalidad innata. Era áspero e injurioso con todo el mundo. Con frecuencia yo mismo experimenté su rudeza. Stalin me apreciaba. De no ser así, o de haber albergado la más ligera sospecha contra mí, podía haberme eliminado cuando le pareciera, del mismo modo que se libró de tantas gentes a quienes consideraba indeseables. Más de una vez, después de haberse mostrado duro o malévolo conmigo, expresaba su buena voluntad. ¡Pero nada más lejos de su mente que formular algún tipo de disculpa! No. Las excusas eran ajenas a su naturaleza. Hay una historia que da una idea clara de cómo Stalin se permitía insultar y ofender a los que estaban más cerca de él.

Ocurrió en el último año de su vida. Stalin nos había invitado a todos nosotros a la Dacha Cercana para celebrar el Año Nuevo con él. Todos estábamos en un estado de gran euforia. ¡Un nuevo año! ¡Podíamos apuntarnos un año más de victorias y éxitos! Las mesas estaban llenas de entremesees. Tuvimos una copiosa cena y gran cantidad de bebida. Stalin estaba muy animado y, por consiguiente, bebiendo mucho e instando a los demás a hacer lo propio. Se consumió una considerable cantidad de vino.

Stalin se acercó al tocadiscos y puso algunos discos de música popular rusa y georgiana. Todos escuchamos y empezamos a cantar con los discos. Luego puso música de baile y nos pusimos a bailar. Entre nosotros había un bailarín consumado: Anastas Ivanovich Mikoyan. Todos sus pasos estaban basados en la «Lezghinga» (una danza popular caucasiana). Vorochilov empezó luego a bailar



Stalin y Svetlana

y todos le acompañamos. Yo no muevo los pies al bailar. Lo hago como una vaca sobre el hielo. Pero me uní de todas formas, y Kaganovich también lo hizo. No era mucho mejor bailarín que yo. Al parecer, Bulganin sí había bailado algo en su juventud. Estaba tratando de marcar algunos pasos que recordaban vagamente al ritmo ruso. Stalin bailó igualmente. Arrastraba los pies con los brazos extendidos. Evidentemente era la primera vez que lo hacía. (Fue una lástima que Molotov no estuviera allí en esa ocasión. Entre nosotros destacaba como el bailarín local. Se había educado en el seno de una familia de intelectuales y en sus años de universidad había asistido a muchas fiestas estudiantiles y sabía bailar como lo hacen los estudiantes. Amaba la música e incluso sabía tocar el violín. En general, era una persona muy aficionada a la música. No soy un experto en la materia, o más bien debería decir que soy un mal juez, pero en mi opinión Molotov era un bailarín de primera.)

Yo diría que en general reinaba el buen humor. Entonces apareció Svetlanka [diminutivo de Svetlana]. No sé si fue llamada o vino por su propia voluntad. Se encontró en medio de un grupo de gente mayor que ella, por no decir mucho mayor. En cuanto la chica apareció, Stalin la obligó a bailar. Me di cuenta de que estaba cansada. Apenas se movía al bailar. Lo hizo por breves instantes y trató de parar, pero su padre siguió insistiendo. Se acercó al tocadiscos, apoyando un hombro sobre la pared. Stalin fue hacia ella y yo me uní al grupo. Seguimos en pie los tres juntos.

Stalin iba dando tumbos y dijo:

—¡Vamos, Svetlanka, sigue bailando! Eres la anfitriona; así que baila.

Ella dijo:

—Ya he bailado, papá, y estoy cansada.

Entonces Stalin le agarró de un mechón de pelo con el puño y tiró de ella. Vi que enrojecía y se le llenaban los ojos de lágrimas. Sentí lástima por Svetlanka. Tiró Stalin más fuerte y la arrastró hasta la pista de baile.

He aquí una expresión de ternura de un padre para con su hija. No cabe duda de que Stalin quería mucho a Svetlanka. También quería a Vasia, pero le criticaba por su afición a la bebida y su falta general de disciplina. En cambio Svetlanka era una buena estudiante. Su comportamiento de niña siempre fue excelente. Nunca oí nada malo sobre ella. Stalin estaba orgulloso de su hija y le tenía mucho cariño. Y sin embargo, ¡fíjense cómo mostraba sus sentimientos paternales para con su hija! Si se comportaba con tanta brutalidad no era porque quisiera hacer daño a Svetlanka. En realidad su comportamiento era una expresión de afecto, pero en la forma perversa y brutal que era peculiar en él.

Como ya he dicho, tenía en gran estima a Nadezhda Alliluieva, la madre de Svetlanka. Siempre me había gustado por su modestia. Vasia [Vasili] era un buen chico, listo, pero testarudo. En su primera juventud empezó a beber mucho.

Era un estudiante indisciplinado y causó mucho dolor a Stalin. Creo que acostumbraba zurrarle de vez en cuando y mandaba a algunos chekistas que le vigilaran.

Svetlana era distinta. De pequeña siempre andaba corriendo por la casa cuando estábamos nosotros. Stalin le llamaba «la anfitriona» y nosotros también empezamos a llamarle así. Siempre estaba vestida elegantemente con una faldita ucraniana y una blusa bordada. Parecía una muñeca vestida de veinticinco alfileres, pero al mismo tiempo recordaba mucho a su madre, con su pelo castaño rojizo y sus pecas diminutas. Cuando llegábamos, Stalin siempre le decía: «Bueno, anfitriona, atiende a los invitados», y ella corría a la cocina. Stalin explicaba: «Cuando se enfada conmigo, siempre dice: "Ahora mismo voy a la cocina a contarle lo que has hecho al cocinero." Yo siempre le suplico: ¡Perdóname! Si vas a protestar al cocinero, eso acabará conmigo!» Entonces Svetlanka decía con firmeza que, si volvía a hacerlo, le hablaría al cocinero de su papá.

Stalin tenía un hijo mayor, Yacha (Yakov), de su primera mujer, una georgiana. Yacha era ingeniero. Yo no le conocía. Cuando empecé a ver a Stalin en su casa, Yacha estaba allí muy raras veces. Vivía en otra casa con su mujer y su hijita. Las pocas veces que asistió a las cenas familiares de Stalin, siempre iba solo. Nunca se trajo a su mujer o a su hija. Luego Nadia se suicidó. Murió en circunstancias misteriosas. Aunque no se sabe cómo ocurrió, fue por algo que hizo Stalin, y Svetlanka debía saberlo. Incluso existía el rumor de que Stalin le había disparado un tiro. Según otra versión, que me parece más verosímil, Nadia se suicidó por un insulto que ofendía su honor como mujer. No cabe duda de que Svetlanka sabía algo sobre cómo murió su madre y sufrió mucho.

Tras la muerte de Nadia, Vasia y Vetlanka estaban siempre por allí cuando íbamos a ver a Stalin a su apartamento. Me acostumbré a ver a Svetlanka. Le tenía mucho afecto. La quería como si fuera mi hija. Sentía hacia ella la misma compasión que nos inspira una huérfana. Stalin era brutal y desatento. Nunca daba ninguna muestra de ternura paternal. Cuando no se comportaba de un modo claramente ofensivo, se mostraba frío y sin sentimientos. Dondequiera que fuera dejaba una impresión desagradable en sus relaciones con los demás. Tenía personalidad de matón. Las relaciones de Svetlanka con su padre eran complicadas. El la quería, pero expresaba sus sentimientos de cariño de un modo bestial. Su ternura era la de un gato por un ratón. Le partió el corazón primero de niña, después de muchacha y finalmente como mujer y madre. Todo ello dio lugar a la paulatina postración psíquica de Svetlanka. Stalin siempre se iba de vacaciones solo. Nunca se llevaba a sus hijos. Hasta a los animales les gusta que sus madres les acaricien al sol. Todas las criaturas necesitan afecto, y un ser humano falto de cariño acaba psicológicamente enfermo. Esto es lo que le ocurrió a Svetlanka.

No sé qué clase de personas criaron a Svetlanka. Recuerdo haber visto a una juven y hermosa georgiana por la casa. Alguien dijo que era el aya de Svetlanka. No sé qué clase de aya era ni de dónde procedía. Se corrió el rumor de que Beria la había traído y que estaba allí en beneficio de Beria, no de Svetlanka. Un día simplemente desapareció. Svetlanka se casó con un hombre llamado Morozov. Aunque tenía un nombre ruso, era judío. Vivieron juntos durante algún tiempo. Stalin apenas le toleraba. Nunca vi a Morozov invitado por Stalin en ninguna parte. Después de nacer el primer hijo de Svetlanka, no creo que Stalin lo viera. Esto también disgustó mucho a la muchacha. Súbitamente, después de la guerra, a Stalin le dio un ataque de antisemitismo. Svetlanka y Morozov se divorciaron. El era un hombre brillante. Me han dicho que ahora es buen economista, que se ha doctorado y que obtuvo un título para la enseñanza de la economía. En resumen, es un ciudadano soviético excelente.

Cuando Stalin le dijo a Svetlanka que se divorciara de su marido, al parecer lo comentó con Malenkov. La hija de éste, una buena muchacha llamada Volia, se había casado con el hijo de un amigo de Malenkov, Chamberg, que había trabajado durante muchos años en el equipo de aquél. Un día la esposa de Malenkov, Valeria Alexeievna Malenkova, una inteligente mujer por la que sentía un gran respeto, me dijo que Volia se había divorciado del joven Chamberg y se había casado con otro, un arquitecto. No voy a tratar de comparar a los dos hombres. Eso es asunto de Volia. Pero no puedo comprender por qué rechazó al hijo del amigo de su padre, Chamberg. Esto me afectó mucho por entonces. Malenkov no era antisemita y, desde luego, nunca dijo que Stalin hubiera hablado con él desaprobando el matrimonio de su hija con un judío. Pero estoy seguro de que, aunque Stalin no dijera nada a Malenkov directamente, éste se enteró por otros de que había ordenado a Svetlanka que se divorciara de su marido porque era judío, y sin duda Malenkov pensó que más le valía hacer lo propio con su hija. El episodio constituye otra manifestación del antisemitismo degradante y vergonzoso del que ya he hablado. No estoy atribuyendo este sentimiento a Malenkov. Por su parte no fue más que una muestra de servilismo hacia su amo. Si Stalin había obligado a su hija a divorciarse de un judío, él también tenía que hacerlo con su propia hija. En términos generales, consideraba a Malenkov como una persona normal y sana, no contaminada por esta vil enfermedad.

Svetlanka se casó por segunda vez. Fue Stalin quien quería que se casara con Yuri, el hijo de Zhdanov. Ahora es rector de la universidad de Rostov. Siempre le he apreciado y sigo apreciándole. Es un hombre brillante, culto y juicioso. A Stalin también le gustaba, pero a Svetlanka no. Tras la muerte de Stalin, se divorciaron. Sentí mucho todo este asunto. Nunca me gustó que la gente murmurara sobre la mala conducta de Svetlanka y su infidelidad a sus maridos.

Vivió durante mucho tiempo en soledad, sin marido. Eso era antinatural. Tenía dos hijos, un niño de su primer marido y una niña del joven Zhdanov. Las revelaciones sobre los abusos de poder de su padre fueron un duro golpe para ella.

Posteriormente Mikoyan me dijo que Svetlanka había ido a pedirle consejo. Quería casarse con un periodista indio (Brajech Singh). Le dijo a Mikoyan que le amaba. Era mayor que ella, pero le conocía desde hacía tiempo y era un hombre decente y un comunista. Mikoyan dijo:

—Me pidió que averiguara cuál es tu actitud.

Me sorprendió que pidiera mi opinión. Por lo que a mí respecta, era asunto suyo. Le dije a Mikoyan:

—Si le considera una persona digna, que se case con él. Es ella quien tiene que decidirlo. Cualquiera que sea su elección, yo no me voy a interferir. El hecho de que no sea un ciudadano soviético no debe ser un obstáculo si ella le quiere. Dejemos que decida por sí misma.

Así es que se casó con él. Yo estaba satisfecho. Lo único que quería es que fuera capaz de organizar su vida.

Entonces se produjo el golpe de gracia: la muerte y funeral de su tercer marido.

Estoy hablando tanto de Svetlanka, en parte porque ahora es muy desgraciada. Cuando me enteré de que se había ido a enterrar a su marido en el país de éste y que no iba a volver, quería creer que no era más que el último bulo calumnioso inventado por los periodistas burgueses. Me negué a creerlo durante algunos días, pero después recibí una confirmación que no dejaba lugar a dudas.

No puedo comprender cómo decidió dar este paso. Abandonó a su patria y a sus hijos. Dio pie a los enemigos de la forma de vida soviética para que murmuraran y permitió que su nombre, el nombre de la hija de Stalin, fuera explotado por los enemigos del socialismo en perjuicio de su país. Es algo imperdonable en un ciudadano soviético. No obstante, siento lástima por ella. Cuando pienso en ella y en sus sufrimientos, recuerdo aquellos versos de Nekrasov [27]:

La imagen del desmonte trae lágrimas a mis ojos;
me recuerda los abedules que allí florecían.

Sólo el pensar en Svetlanka trae lágrimas a mis ojos. Me entristece que haya tenido este fin. Desde el principio de su vida su destino fue muy complejo y la vida nunca fue fácil para ella. Ello no excusa lo que ha hecho, y sin embargo, el pensar en ella me produce más tristeza que indignación.

27. N. A. Nekrasov era un poeta del siglo XIX; los versos pertenecen a su poema *Sacha*.

No he leído su libro, pero he oído algunos fragmentos por la radio. Occidente está transmitiendo los párrafos que sirven a sus propósitos. Quizás las partes que he oído no son características del libro en general, pero lo que fue radiado sonaba, al menos, muy extraño. Parecía haberse escrito en un estado de postración mental o emocional. Por ejemplo, dice en su libro que acostumbraba a santiguarse y que era muy religiosa. Creo que en realidad nunca ha sido religiosa. En su libro se percibe algo raro y hasta enfermizo. No acabo de hacerme a la idea. ¿Cómo es posible que una ciudadana soviética que se ha criado en nuestra sociedad pueda escribir esta clase de chismes?

Cometió un terrible error al huir a Occidente. No tiene justificación. Pero también puede considerarse desde otro punto de vista. Hizo algo estúpido, pero Sveltanka también fue tratada estúpidamente —estúpida y rudamente—. Al parecer, después del funeral de su marido fue a nuestra embajada en Nueva Delhi. El embajador era Benediktov. Yo le conocía. Es una persona demasiado rígida. Svetlanka dijo que quería quedarse unos meses en la India, pero Benediktov le aconsejó que volviera inmediatamente. Ello fue una estupidez por su parte. Cuando un embajador soviético recomienda a un ciudadano de la Unión Soviética que vuelva al país inmediatamente, ello hace sospechar a la persona. Svetlanka estaba especialmente familiarizada con nuestras costumbres a este respecto. Sabía que significaba que no se confiaba en ella. No quería decir que estuviésemos preocupados por su bienestar. Significaba desconfianza, es decir, desconfianza política, y podía suponer un mal fin para ella. Era una táctica ofensiva y humillante que hubiera hecho perder la calma a una persona estable, y Svetlanka no lo era. Su inestabilidad resulta evidente por el contenido de su libro. Se derrumbó y se volvió hacia las potencias occidentales en busca de ayuda. Su deserción fue en parte culpa de las personas que utilizaron medidas policíacas en lugar de actuar con tacto y respeto hacia una ciudadana de nuestra nación soviética.

¿Qué creo que debió hacerse? Estoy convencido de que si se le hubiera tratado de otro modo, el lamentable episodio nunca habría ocurrido: cuando Svetlanka fue a la embajada y dijo que quería permanecer en la India durante dos o tres meses, debían haberle dicho: «Svetlana Iosifovna, ¿por qué sólo tres meses? Pide un visado por uno, dos o incluso tres años. Puedes conseguirlo y quedarte a vivir aquí. Luego, cuando estés en condiciones, puedes volver a la Unión Soviética.» Si se le hubiera dado libertad para elegir, se le hubiera levantado la moral. Debieron demostrarle que confiaban en ella. Estoy convencido de que, si le hubieran tratado de este modo, aunque ya hubiera escrito su libro, no lo habría publicado o lo habría vuelto a escribir. Pero se portaron como si sospecharan de ella. Es una mujer inteligente y lo comprendió; por eso acudió al embajador americano. Así llegó a Suiza y de allí a América. Cortó sus lazos con

la Unión Soviética para siempre. Dejó a sus niños, su hijo y su hija, y a sus amigos. Perdió todo lo que había conocido. Así terminó su vida como ciudadana soviética. Es triste, muy triste. Siento lástima por Svetlanka. Aún le llamo así automáticamente, aunque ha sido Svetlana Iosofovna y no Svetlanka durante muchos años.

¿Y si hubiéramos actuado como yo creo que debíamos y aun así Svetlanka no hubiera vuelto de la India? Hubiera sido muy malo, pero no peor que lo que ocurrió. De este modo, aun con el sistema existente de expedir visados, no volvió. Lo que ha ocurrido con Svetlanka me entristece mucho, pero aún pienso que no está todo perdido. Aún puede volver. La idea de volver con sus hijos puede asaltarle cada vez con más fuerza. Debería dársele otra oportunidad. Debe saber que, si quiere volver, será bien recibida y que su debilidad al marcharse e irse a América no se le tomará en cuenta. No excuso a Svetlanka por lo que hizo, pero tampoco disculpo a las personas que, en lugar de tenderle la mano y ayudarle a encontrar el camino adecuado, la empujaron a dar un paso indebido, injustificable e irracional cuando se arrojó al cieno de la vida de emigrada.

Los banquetes y vacaciones con Stalin

Es poco lo que hay que decir de este capítulo. Ofrece una imagen vívida y aterradora del dictador en su descenso y del servilismo y egoísta hipocresía de los que le rodeaban, incluyendo a Kruschef. Debe recordarse que Kruschef estaba entonces enzarzado en una lucha a muerte con Malenkov y trataba de congraciarse con Stalin por todos los medios. Cualquiera que dude de la verdad esencial de esta imagen debe leer Conversaciones con Stalin *del rebelde yugoslavo Milovan Djilas. El autor presenta a Stalin entre sus mariscales y sus «colegas más íntimos» ya en 1947:*

«Una especie de enano desgarbado atravesó los corredores imperiales de mármol y oro y la gente le iba abriendo paso: le seguían miradas radiantes y admiradas mientras los cortesanos aguzaban el oído para no perderse una sola palabra. Y él, seguro de sí mismo y de sus actos, no les prestaba atención. Su país estaba en ruinas, hambriento y exhausto. Pero sus ejército y sus mariscales, gordos y embriagados por el vodka y la victoria, ya tenían a media Europa a sus pies y estaba convencido de que pisotearían la otra mitad en el próximo ataque. Sabía que era la figura más cruel y despótica de la Historia. Pero esto no le preocupaba lo más mínimo, porque estaba convencido de que estaba realizando la voluntad de la Historia.

La descripción de Djilas del modo de hacer las cosas de Stalin concuerda con bastante exactitud con la de Kruschef. En 1947 Stalin aún estaba fuerte y abso-

lutamente confiado. Kruschef también le describe en su última fase: la degradación de este Atila hasta convertirse en un viejo derrumbado y paranoico, intrigando para destruir a sus colegas más íntimos antes de que ellos le destruyeran a él, temiendo comer los guisos de sus propias cocinas, pero aún sembrando el terror en los corazones de los que le rodeaban. Sus colegas, entre ellos Kruschef, consideraban lo más natural guardar silencio y nunca alzar la voz ante las iniquidades del momento.

Los últimos años de Stalin fueron tiempos difíciles. El gobierno cesó virtualmente de funcionar. Stalin acostumbraba a seleccionar de un pequeño grupo de entre los que siempre habían estado muy unidos a él, y siempre dejaba de invitar, durante un período indefinido, al otro grupo para castigarle. Cualquiera de nosotros podía encontrarse un día en un grupo y al siguiente en el otro. Tras el XIX Congreso del Partido, Stalin formó con miembros del nuevo Presidium algunas comisiones de funciones muy amplias para encargarse de diversas materias. En la práctica resultaron completamente ineficaces porque cada uno actuaba por su cuenta. Había una falta absoluta de orientación. Las comisiones no tenían ninguna tarea asignada, así es que eligieron sus propias funciones. Cada miembro de la orquesta tocaba su instrumentos cuando le parecía, sin ninguna indicación por parte del director.

Generalmente celebrábamos las reuniones del Buró del siguiente modo: no había sesiones oficiales como tales. Cuando Stalin venía a la ciudad desde la Dacha Cercana, donde vivía por entonces, nos convocaba a través de la Secretaría del Comité Central. Nos reuníamos en su estudio del Kremlin o, con mayor frecuencia, en el cine del Kremlin. Veíamos películas y hablábamos de diversos asuntos entre rollo y rollo. Stalin se levantaba de la siesta hacia las siete o las ocho de la noche y venía al Kremlin en su coche. Allí nos reuníamos con él. Solía elegir las películas en persona. Generalmente eran lo que podría llamarse trofeos capturados. Las obteníamos de Occidente. Muchas de ellas eran americanas. Le gustaban sobre todo las películas de vaqueros. Solía maldecir contra ellas y formular la adecuada evaluación ideológica, pero inmediatamente pedía más. Las películas no tenían subtítulos; el ministro de Cinematografía, I. I. Bolchakov, las traducía en voz alta, de todos los idiomas. En realidad, no conocía ninguno de ellos. Se le contaba el argumento con antelación. Trataba de aprendérselo de memoria y luego «traducía» la película. A menudo bromeábamos acerca de sus traducciones, especialmente Beria. En muchas escenas, Bolchakov se equivocaba o bien se limitaba a explicar lo que todo el mundo podía ver que estaba ocurriendo en la pantalla:

—Ahora sale de la habitación... Ahora cruza la calle.

Entonces intervenía Beria para ayudar a Bolchakov:

—¡Miren! ¡Echa a correr! ¡Ahora está corriendo!

Stalin veía siempre las películas en la sala del Kremlin, que disponía de un proyector anticuado aun para aquellos tiempos. Ya no se usa como sala de proyecciones. Solíamos ver películas de todas clases: alemanas, inglesas, francesas, americanas y también de otros países. El fichero era enorme. En general no me gustaban mucho. Recuerdo que una vez vimos una película histórica muy tétrica y desagradable. Estaba hecha en Inglaterra. Había que transportar un tesoro de la India a Londres y todo el recorrido estaba infestado de piratas españoles que saqueaban los buques ingleses y asesinaban a su tripulación. Cuando llegó el momento de trasladar el tesoro, los ingleses se acordaron de un capitán pirata que tenían en una de sus cárceles. Era un rufián muy taimado y temerario. Los ingleses decidieron preguntarle si estaba dispuesto a realizar el trabajo por ellos. Respondió que lo haría si le permitían elegir su tripulación entre los otros piratas que estaban con él en la cárcel. Los ingleses accedieron. Le dieron un barco y partió para la India, donde recogió el tesoro. A la vuelta empezó a deshacerse uno a uno de los piratas de su tripulación. Su sistema era el siguiente: colocaba en su camarote un retrato del próximo que pensaba eliminar para que le sirviera de recordatorio. Una vez despachado, lo arrojaba por la borda y colgaba el retrato de la siguiente víctima. Creo que al final el propio capitán pirata era eliminado. Dicen que era una historia verídica. Mientras veíamos la película y observábamos la perfidia del capitán, recordamos la frecuencia con que desaparecían las personas que trabajaban alrededor de Stalin. Una idea nos rondaba: «¿No era así como se estaba eliminando a los enemigos del pueblo?».

Por regla general, cuando se acababa la proyección de la película, Stalin sugería casi invariablemente:

—Bueno, ¿por qué no vamos a comer algo?

Los demás no teníamos hambre. Normalmente ya eran la una o las dos de la mañana. Era hora de irse a acostar, pues al día siguiente teníamos que ir a trabajar. Pero Stalin no trabajaba por las mañanas y no pensaba en nosotros. Todos decíamos que sí, que también teníamos hambre. Esta mentira era como un reflejo. Todos tomábamos nuestros coches y nos dirigíamos a la Dacha Cercana. Beria y Malenkov solían ir en el automóvil de Stalin y los demás nos distribuíamos como nos parecía. Yo normalmente iba con Bulganin. La caravana solía desviarse por calles laterales desde el Kremlin hasta el río Moscova. A menudo preguntaba a los que iban con Stalin:

—¿Por qué se desvían de la carretera principal?

Respondían:

—A nosotros no nos lo preguntes. No hemos decidido el trayecto. El propio Stalin eligió las calles que debíamos seguir.

Al parecer Stalin tenía un callejero de Moscú y cada vez marcaba una ruta diferente. Ni siquiera comunicaba a sus guardaespaldas con antelación el camino que pensaba tomar.

No hay que ser muy listo para adivinar que estaba tomando medidas para burlar a cualquier enemigo que pensara atentar contra su vida. En cuanto al Kremlin, por entonces no estaba permitida la entrada. El edificio en que se encontraba la sala de proyecciones estaba vedado para todos, excepto para los que llegaban con Stalin.

Al llegar a la Dacha Cercana, siempre murmurábamos entre nosotros que había más cerraduras que la vez anterior. La puerta tenía toda clase de cerrojos y se había levantado una barricada. Además, la dacha estaba rodeada de dos muros y entre ellos había perros guardianes. Se había instalado un sistema de alarma eléctrico y toda clase de dispositivos de seguridad. En cierto modo era muy acertado. Dado el cargo que ejercía, Stalin era un blanco muy tentador para cualquier enemigo del régimen soviético. La cosa no era como para tomársela a broma y las precauciones parecían tener sentido, aunque para cualquiera de nosotros hubiera sido peligroso tratar de imitarle.

Al llegar a la dacha continuaba la «sesión», si es que puede llamarse así. Este sistema de trabajo, o lo que sea, se prolongó desde después de la guerra hasta la muerte de Stalin. Ni el Comité Central, ni el Politburó, ni el Buró del Presidium trabajaban con regularidad. Pero las sesiones regulares de Stalin con su círculo íntimo funcionaban como un reloj. Si no nos llamaba en dos o tres días, pensábamos que algo le había ocurrido, que se había puesto enfermo.

La soledad le atormentaba terriblemente. Necesitaba tener gente a su alrededor a todas horas. Al despertarse por la mañana nos llamaba inmediatamente, bien para invitarnos al cine, bien para comenzar una conversación que podía haberse terminado en dos o tres minutos, pero que se prolongaba para que estuviésemos más tiempo con él. Para nosotros era un pasatiempo vacío de contenido. Es cierto que a veces se decidían asuntos del Estado o del Partido, pero sólo empleábamos una pequeña fracción del tiempo en estas cosas. Lo principal era ocupar las horas de Stalin para aliviar su soledad. La soledad le deprimía y él la temía.

Sentía otros profundos temores, además del de la soledad y el de que sus enemigos le tendieran una emboscada por la carretera que conducía a su dacha. Siempre que cenaba con él, no tocaba ni un solo plato, o entremés o botella hasta que otro lo hubiera probado. Ello muestra hasta dónde llegaba su aprensión. Ni siquiera se fiaba de sus servidores, a pesar de que llevaban sirviéndole muchos años y su lealtad estaba fuera de toda duda. No confiaba absolutamente en nadie. Cuando íbamos a cenar a casa de Stalin siempre servían sus platos favoritos y los cocineros los preparaban muy bien. Eran deliciosos. Pero teníamos que comer con arreglo a la siguiente rutina:

Supongamos que Stalin quería comer algo; cada uno tenía asignado un plato que debía probar antes de que lo hiciera él.

—Mira, Nikita, aquí están los menudillos. ¿Los has probado?

—Ah, lo había olvidado.

Me daba cuenta que quería tomarlos, pero que le daba miedo. Sólo después de que yo los hubiera probado, empezaba él a comer.

Luego decía:

—¡Miren, arenques!

Le gustaban mucho. Siempre los servían sin sal y cada uno los salaba a su gusto. Yo probaba el de Stalin y luego él se lo tomaba. Y así con todos los platos. Cada uno de ellos tenía su catador correspondiente para que averiguara si estaban o no envenenados.

Beria era el único que no tenía que hacer de catador en la mesa de Stalin. Estaba exento porque nunca comía lo mismo que los demás. Aun cuando cenaba con Stalin, Beria se hacía traer su comida de su dacha. La vieja criada de Stalin, Matriona Petrovna, solía servir a Beria diciendo con su fuerte voz nasal:

—Camarada Beria, aquí tienes tu hierba.

Todos nos reíamos mucho con esto. Era cierto que Beria comía bastante verdura, como es costumbre en el Asia central, y a veces se la metía en la boca con los dedos. Utilizaba el tenedor de vez en cuando, pero en general comía con los dedos.

Estas cenas eran aterradoras. Volvíamos a casa por la mañana temprano, justo a tiempo para desayunar, y a continuación nos íbamos a trabajar. Durante el día generalmente trataba de dormir un rato a la hora del almuerzo, pues, de lo contrario, siempre existía el riesgo de que Stalin me invitara a cenar y me entrara el sueño ante la mesa; los que se mostraban soñolientos en la mesa de Stalin podían tener un mal fin. A menudo también había serias competiciones de bebida. Recuerdo que Beria, Malenkov y Mikoyan tuvieron que pedir a las camareras que les sirvieran agua coloreada en lugar de vino porque no podían beber al ritmo de Stalin.

Siempre se bebió demasiado en la mesa de Stalin desde antes de la guerra. Antes de morir, Scherbakov y Zhdanov fueron dos de los que más abusaron de esta actividad, y dos de sus primeras víctimas también. Una vez Scherbakov llegó a denunciar el acuerdo de Beria, Malenkov y Mikoyan con las camareras para que les sirviesen agua coloreada en vez de vino. Cuando Stalin se dio cuenta de que se habían burlado de él, se puso ciego de ira y armó un gran escándalo. A todos nosotros nos repugnaba Scherbakov, pero, por supuesto, no podíamos decir nada. Scherbakov murió alcoholizado, y si bebía tanto no era porque le volviera loco el alcohol, sino más bien simplemente porque a Stalin le gustaba que las personas que estaban con él bebieran hasta caerse. O dicho de otra forma,

a Stalin le parecía divertido que la gente que le rodeaba se viera en situaciones embarazosas y hasta vergonzosas. No se sabe por qué le divertía tanto la humillación de los demás. Recuerdo que una vez Stalin me hizo bailar el «gopak» [una danza popular ucraniana] ante varios altos militantes del Partido. Tuve que ponerme en cuclillas y lanzar los pies hacia adelante, cosa que francamente no me resultaba fácil. Pero lo hice y traté de poner buena cara. Como dije más tarde a Anastas Ivanovich Mikoyan:

—Cuando Stalin dice: «Baila», cualquier persona inteligente se pone inmediatamente a bailar.

En estas interminables y angustiosas cenas Stalin solía deleitarnos con algunas historias. Nunca olvidaré cómo describió su primer exilio. El relató me ayudó a comprender por qué bebía tanto. Le enviaron a algún lugar de la provincia de Vogolda. Allí había muchos convictos políticos y comunes. Stalin solía decir:

—Había algunos tipos agradables entre los comunes durante mi primer exilio. Solía andar casi siempre con los comunes. Recuerdo que íbamos mucho a los bares de la ciudad. Veíamos quién de nosotros tenía uno o dos rublos, los colocábamos en la ventana, luego pedíamos algo y nos bebíamos hasta el último kópek. Un día pagaba uno, al siguiente otro, y así sucesivamente. Estos criminales eran unos tipos muy salados. Pero había muchas ratas entre los condenados políticos. Una vez organizaron un juicio público y me juzgaron por beber con los comunes, por considerarlo como una ofensa.

No sé qué clase de sentencia se formuló contra Stalin en este juicio público. Nadie se atrevió a preguntárselo. Nos miramos unos a otros. Sólo después cambiamos impresiones:

—¿Os dais cuenta? Ya en su juventud se inclinaba a beber demasiado. Probablemente es cuestión de herencia.

Stalin también nos hablaba de su padre. Decía que era un simple zapatero y que bebía mucho. Solía contarnos que su padre bebía tanto que llegó a vender su cinturón para tener dinero para beber, y un georgiano tiene que verse muy mal para vender su cinturón.

—Mi padre vendió el cinturón varias veces —dijo Stalin—, y cuando yo era un niño de cuna, solía meter el dedo en un vaso de vino y dármelo a chupar. Me empezó a enseñar a beber cuando aún estaba en la cuna.

No conozco lo que se haya escrito en la biografía de Stalin sobre su padre, pero al principio de mi carrera corría el rumor de que no era un trabajador y un simple zapatero, sino que tenía un taller con diez empleados por lo menos. En aquellos días era una gran empresa. Si esto se hubiera revelado durante las purgas de alguien que no fuera Stalin, esa persona habría sufrido un interrogatorio que le hubiera hecho crujir los huesos. La gente se preocupaba mucho

por el origen de las personas después de la Revolución. Si se descubría que alguien procedía de una familia no trabajadora, se le consideraba como ciudadano de segunda clase. Tal actitud es comprensible. La clase obrera es la más revolucionaria y estable de la sociedad. Ha llevado el peso de todas las demás sobre sus hombros a través de la Historia. Por consiguiente, la actitud del pueblo hacia cualquier clase que no fuera el proletariado siempre ha sido desconfiada y crítica.

He aquí otro ejemplo de la clase de historias que Stalin solía contarnos:

—Un invierno salí de caza. Tomé mi escopeta y crucé el Yenisei con los esquíes. Anduve unas doce verstas [unos doce kilómetros]. Vi algunas perdices posadas en un árbol. A decir verdad, al principio no sabía que eran perdices. Las había cazado anteriormente, pero siempre había creído que eran caza de suelo. De cualquier modo, vive y aprenderás. Me acerqué y empecé a disparar. Tenía doce tiros y había veinticuatro perdices. Maté doce y el resto siguieron allí posadas. Así es que decidí volver por más cartuchos. Me fui, tomé algunos cartuchos, y volví. (Al llegar a este punto estábamos dispuestos a decir algo.) Cuando llegué aún seguían allí.

Le interrumpí y pregunté:

—¿Qué dices? ¿Aún seguían allí posadas?

—Eso es —dijo—, aún seguían allí posadas.

Beria le instó a que continuara la historia.

—Maté las doce perdices restantes, cogí una cuerda, las até, me las colgué del cinturón y las arrastré hasta casa.

Después de la cena, mientras nos lavábamos para marcharnos, estábamos literalmente muertos de risa en el cuarto de baño. Así es que había andado doce verstas en un día de invierno, matado doce perdices, hecho dos viajes de doce verstas cada uno, matado otras doce perdices y caminado otras doce verstas para volver a casa, es decir, cuarenta y ocho verstas con esquíes. Beria dijo:

—Oíd, ¿podría un hombre del Cáucaso, con pocas oportunidades de esquiar, recorrer semejante distancia? Está mintiendo.

Por supuesto que estaba mintiendo. A ninguno de nosotros nos cabía la menor duda. Es difícil decir por qué Stalin sentía la necesidad de mentir. No sé qué motivos tenía. Debía tratarse de un impulso interior. Esta historia en particular era una mentira divertida que no hacía ningún daño, pero a menudo mentía en conversaciones más serias. En cuanto a sus baladronadas sobre su habilidad con el fusil, pude comprobar con mis propios ojos que Stalin no tenía ni idea de cómo manejarlo, ni mucho menos de matar venticuatro perdices con venticuatro tiros. Una vez cogió una escopeta mientras cenábamos en la Dacha Cercana y salió a espantar unos gorriones. Lo único que consiguió fue herir a uno de los chekistas de su guardia personal. Otra vez estaba jugando con una escopeta, se disparó y por poco mata a Mikoyan. Stalin estaba sentado junto a él.

La bala dio en el suelo, arrojando grava sobre la mesa y sobre el mismo Mikoyan. Nadie dijo una palabra, pero todos nos quedamos horrorizados.

De haber algo peor que cenar con Stalin, eso era tener que ir a pasar las vacaciones con él. Ambas cosas eran, por supuesto, un gran horror. Pero también constituían un terrible esfuerzo físico. ¡Si la gente se diera cuenta de la odisea que suponía, de las cosas desagradables que había que tragar para mantener las buenas relaciones! Había que demostrar en todo momento unas relaciones de lo más amistoso. Era un sacrificio que había que hacer. Pero el pasar por la odisea también tenía sus compensación y ventajas. Siempre se sostenían conversaciones que podían aprovecharse y de las que se podían extraer conclusiones útiles para los propósitos de uno.

Cuando empecé a trabajar en Moscú, Stalin me invitaba con frecuencia a ir con él de vacaciones al Cáucaso. Estas frecuentes invitaciones eran parte de su miedo a estar solo. Stalin debía tenerme un especial afecto, pues antes de irse de vacaciones solía llamarme y decir:

—Vámonos al sur. Tú también necesitas unas vacaciones.

—Bien —le respondía—. Iré con mucho gusto.

Hubiera dado cualquier cosa por no ir, pero negarse era algo inconcebible. Siempre me iba con él y sufría. Una vez pasé todo un mes de vacaciones con él. Me instaló en la habitación contigua a la suya. Fue una auténtica tortura. Tenía que pasar todo el día con él, y soportar interminables comidas. Siempre que se me ofrecía para el sacrificio, Beria me animaba diciendo:

—Considéralo desde este punto de vista: alguien tiene que pasar por ello; ¿por qué no iba a tocarte a ti?

Stalin solía pasar las vacaciones en la localidad de Sochi, y casi siempre se llevaba consigo a Vorochilov para recordar viejos tiempos. Cuando Vorochilov era comisario para la Defensa y estaba en buenos términos con Stalin, se había mandado construir una inmensa y ostentosa dacha a imitación del Palacio de Livadia [Yalta].

Una vez yo estaba pasando las vacaciones en Sochi y Mikoyan en alguna otra parte, creo que en Sujumi. Stalin nos telefoneó desde su refugio de Borzhomi. Creo que fue la única vez que pasó las vacaciones allí. Llamó a todos los que estaban en el Cáucaso y a Beria, que estaba trabajando en Moscú. Nos reunimos todos en Borzhomi. La casa era grande, pero mal equipada. Anteriormente había sido un museo, por lo que no había camas, y dormíamos todos amontonados. Fue horrible. Dependíamos de Stalin para todo. Nuestro horario era completamente distinto del suyo. Por las mañanas, cuando volvíamos de dar un paseo, Stalin seguía durmiendo. Luego se levantaba y oficialmente empezaba el día.

Un día Stalin nos reunió y dijo:

—Rakosi [el dictador húngaro] ha venido al Cáucaso de vacaciones. Me llamó para pedirme permiso.

Bueno, ¿y qué? No era la primera vez que Rakosi venía al Cáucaso a pasar las vacaciones, pero guardamos silencio.

—Alguien deberá llamar a Rakosi y decirle que venga aquí.

Alguien telefoneó a Rakosi. Entonces Stalin dijo:

—¿Cómo sabe Rakosi cuándo estoy en el Cáucaso? Al parecer, alguna red de espionaje le está informando. Habrá que hacerle desistir de seguir con este procedimiento.

De manera que Rakosi había pasado a la lista de sospechosos. Como si fuera agente de alguna parte. En realidad no era ningún misterio cómo se enteraba Rakosi de cuándo Stalin iba al Cáucaso. Simplemente llamaría a la Secretaría del Comité Central y le dirían que Stalin estaba de vacaciones. Es todo lo que tenía que hacer y probablemente es exactamente lo que hizo.

Cuando Rakosi llegó a la casa de Stalin, cenó con nosotros y tomó parte en nuestras veladas. Una vez, después de haber bebido bastante, dijo:

—¿Qué pasa aquí? ¡Hay que ver qué borracheras!

Rakosi se limitó a llamar al pan pan y al vino vino. Sabíamos que tenía razón, pero todos encontrábamos alguna justificación en nuestro comportamiento. Ninguno de nosotros deseaba vivir así. Todos éramos víctimas de la voluntad de Stalin. No obstante, nos ofendió la observación de Rakosi.

Beria le dijo a Stalin que Rakosi nos llamó atajo de borrachos. Stalin respondió:

—Muy bien, ya veremos lo que hacemos.

Esa misma noche, cuando nos sentamos a cenar, Stalin empezó a hacer beber a Rakosi. Le obligó a beberse dos o tres botellas de champaña y no sé cuánto vino. Temía que Rakosi no pudiera soportarlo y cogiera una borrachera de muerte.

Pero no, contra todo pronóstico, de algún modo salió adelante. Se marchó a la mañana siguiente.

Stalin estuvo de buen humor durante todo el día y bromeaba:

—¿Habéis visto en qué estado le puse?

Stalin permaneció allí por algún tiempo y Mikoyan y yo nos quedamos para hacerle compañía. Finalmente nos escapamos y volvimos a nuestros lugares de veraneo.

También solía Stalin tener huéspedes georgianos cuando vivía en el Cáucaso, en su mayoría ancianos a los que conocía de su juventud. Recuerdo que había un viejo empleado de ferrocarril por quien Stalin sentía un especial afecto. Aparentemente era un hombre bueno y honrado. Era comunista. Le habló a Stalin de la mala situación de los jóvenes de Georgia. Cuando acababan sus estudios

no podían encontrar puestos de trabajo apropiados en Georgia y no querían marcharse. Se limitaban a holgazanear y acababan dedicándose al estraperlo. Todo el que tenía alguna relación con Georgia lo sabía, pero era toda una novedad para Stalin, y una mala noticia. Más tarde me dijo:

—¿Sabías lo que está pasando en Georgia? ¡Los jóvenes u holgazanean, o estraperlean! Es repugnante.

Beria era el amo de Georgia. Había sido secretario del Comité Central de Georgia durante muchos años y era el que informaba a Stalin sobre la república en que había nacido. Beria mantenía a Stalin en la ignorancia sobre la verdadera situación de Georgia, pero ahora le habían llegado noticias que le hacían montar en cólera. No cabe duda de que en Georgia había muchos defectos y deficiencias que combatir, pero de ningún modo pueden considerarse como defectos nacionales de los georgianos. Los problemas eran el resultado de las condiciones de vida de la zona. Georgia es el rincón del paraíso de la Unión Soviética. Tiene un clima templado, ideal para los cítricos y los viñedos. También hay muchos encantos humanos. Naturalmente, a un georgiano de origen limitado se le hace muy cuesta arriba partir, y hay muchas tentaciones para los especuladores. Esos vicios tan extendidos entre los elementos inestables de Georgia se producirían en cualquier grupo nacional que viviera en las mismas condiciones. Incluso he oído protestar a mis guardias: «Los georgianos están especulando por todas partes allá donde van.» Siempre les digo que, si hubiera rusos en Georgia, harían exactamente lo mismo.

Recuerdo que, cuando yo llevaba ya mucho tiempo de dirigente, los georgianos empezaron a especular con las hojas de laurel. Le dije a V. P. Mzhavanadze [el jefe del Partido en Georgia protegido de Kruschef] y a los demás dirigentes que consiguieran y se aseguraran de que sólo se cultivaba laurel en las plantaciones del Estado. Recientemente me han dicho que ya no existe la especulación de hojas de laurel.

Naturalmente, el tratar de ganar un poco de dinero extra siempre es una tentación. Es la razón fundamental de la especulación. No es una cuestión de nacionalidad, sino un hecho. Si los georgianos especulan con verduras, el Estado deberá empezar a cultivarlas en estufas e invernaderos. De este modo ya no resultará provechoso para los especuladores transportar estos productos desde Georgia y revenderlos en Moscú. Será más barato si se produce en empresas del Estado. Una vez que se haya perdido el estímulo para el comercio ilegal, toda la nación georgiana resultará ennoblecida y los georgianos de Moscú perderán su fama de especuladores. Pero a Stalin nunca se le ocurrió una solución tan sensata y constructiva. Pensó que el modo de resolver el asunto de la especulación en Georgia era a través de medidas administrativas y ello significaba arrestar y deportar a la gente.

Miedo e intrigas en el círculo íntimo

En esta sección Kruschef aporta más ejemplos de la paranoia y vengatividad de Stalin. Algunos de ellos se remontan a los años de guerra en que, según todas las apariencias, era el ceñudo e imperturbable generalísimo. Lo que se echa de menos aquí y en toda su narrativa (a excepción de algunas breves alusiones) es un estudio de las cualidades que permitieron a Stalin defender sus derechos y discutir inteligentemente y a la misma altura de Churchill y Roosevelt. Quizás el único que puede hablar de esto con autoridad es Molotov. También aparecen detalles reveladores, relativos sobre todo a Beria, de la clase de intriga encubierta que estaba desarrollándose todo el tiempo entre los «colegas más íntimos» de Stalin. La anécdota del cocinero georgiano es un detalle cómico de gran valor

RECUERDO un impresionante incidente ocurrido mientras Stalin pasaba sus vacaciones en Afon. Debe haber sido en 1951, porque en 1952 no salió de vacaciones. Y si Stalin no se las tomaba, los demás tampoco. Cuando estaba en Afon, Stalin me llamó a Sochi y a Anastas Ivanovich Mikoyan a Sujumi. Un día Mikoyan y yo estábamos dando un paseo por los jardines cuando Stalin salió al porche. No parecía habernos visto a Mikoyan y a mí.

—Estoy acabado —dijo sin dirigirse a nadie—. No me fío de nadie, ni siquiera de mí mismo.

Era sorprendente que lo admitiera. Hacía mucho tiempo que notábamos su desconfianza en los demás, pero ahora lo estaba reconociendo de sí mismo y categóricamente además. ¿Pueden imaginarse semejante afirmación por parte de un hombre que decidía los destinos de su país e influía en los del mundo? Una cosa es no confiar en la gente. Estaba en su derecho, aunque su excesiva desconfianza indicaba un problema psicológico grave. Pero que un hombre se vea compulsivamente impulsado a eliminar a cualquiera de quien no se fíe ya es otra cosa.

Todos los que rodeábamos a Stalin éramos gente temporal. Mientras seguía confiando en nosotros hasta cierto punto, se nos permitía seguir viviendo y trabajando. Pero en el momento en que dejaba de confiar en alguien, empezaba a escrutarle hasta que la copa de la desconfianza se derramaba. Entonces le había tocado el turno de seguir el camino de los que ya no se cuentan entre los vivos. Así estaban las cosas para todos los que trabajábamos con él y luchábamos junto a él en las filas del Partido y por el bien del Partido. Muchas de estas personas, los compañeros de armas de Stalin más entregados, fueron eliminados. Kamenev y Zinoviev son buenos ejemplos. No sé qué clase de relaciones existían

entre Stalin y Trotski en el primer período postrevolucionario. Lenin, en su testamento escrito inmediatamente antes de su muerte, dice que Trotski nunca fue marxista, mientras que Stalin poseía las necesarias cualidades de un verdadero marxista [28]. Pero también dice que Stalin era intolerante y vengativo. El hecho de que el mismo Stalin lo admitiera en Afon en 1951 nos permitió asomarnos por la cortina que había ocultado algunas de las razones de la tragedia que se desencadenó cuando dirigía el Partido y el país. Y su reinado duró mucho, muchísimo tiempo. Muchas personas totalmente honradas e inocentes perdieron la vida en la era de Stalin.

En los últimos días de su vida solíamos reunirnos con Stalin en grupo: Beria, Malenkov, Bulganin y yo. Bulganin no siempre asistía a las sesiones de las cenas del círculo íntimo. Cada año que pasaba se hacía más evidente que Stalin se estaba debilitando física y mentalmente. Resultaba especialmente obvio por sus eclipses de mente y fallos de memoria. Cuando se encontraba bien y sobrio, seguía siendo un dirigente formidable, pero estaba declinando rápidamente. Recuerdo que una vez se volvió hacia Bulganin y empezó a decir algo, pero no podía recordar su nombre. Le miró fijamente y dijo:

—Eh, tú, ¿cómo te llamas?

—Bulganin.

—¡Claro, Bulganin! Eso es lo que iba a decir.

Stalin se ponía muy nervioso cuando le pasaban estas cosas. No quería que los demás lo notaran. Pero estos fallos de memoria se producían cada vez con más frecuencia y le volvían loco.

Kaganovich asistía a nuestras reuniones del círculo íntimo aún en menos ocasiones que Bulganin, y a Vorochilov casi nunca le invitaba. Muy raras veces asistía Vorochilov a estas reuniones sin ser invitado y a veces llamaba antes para decir que iba a venir. Pero casi nunca le veíamos por allí. Durante diez años Stalin había sospechado que Vorochilov era un espía inglés, lo cual era una solemne tontería [29]. No sé hasta qué punto se puede desconfiar de la gente para llegar a esos extremos. Stalin había trabajado y luchado codo con codo con Vorochilov durante muchísimos años. Su honradez a los ojos del Partido y de la clase obrera no ofrecía ninguna duda. Otra cosa es valorar su trabajo como comisario del pueblo para la Defensa, donde demostró estar mal preparado y ser descuidado y perezoso. Pero no cabe duda de que era honrado y leal. Re-

28. Trotski, por supuesto, fue menchevique durante varios años hasta que se unió a los bolcheviques. Ello le descalificaba como verdadero marxista a los ojos de Lenin. Pero luego lo compensó suficientemente. En su testamento, al que Kruschef hace aquí referencia, Lenin no dice que Trotski nunca fuera marxista.

29. Parece improbable que Stalin pensara que su viejo camarada Vorochilov fuera un espía inglés ya en 1943, cualquiera que sea lo que llegara a creer en sus años de decadencia.

cuerdo que una vez Stalin se indignó durante una de nuestra sesiones y dijo:

—¿Cómo se las arregló Vorochilov para introducirse en el Buró?

Le respondimos:

—No se introdujo. Tú le designaste.

Más tarde, Malenkov, Beria y yo lo comentamos meneando la cabeza, preguntándonos cómo Stalin podía haber dicho semejante cosa.

Kaganovich era menos simpático que Vorochilov pero, en cuanto a su industriosidad, era un torbellino. Trabajó todo lo que humanamente podía. Se agotó sin piedad y nunca tuvo en cuenta el tiempo. Todo su tiempo lo dedicó al Partido. Era un oportunista, pero eso es otra cuestión. Estoy hablando de su forma de trabajar.

Recuerdo que una vez Stalin empezó a gritar en mi presencia sus sospechas de Molotov. Estábamos en el Sur, creo que en Afon, cuando de repente a Stalin se le metió en la cabeza que Molotov era un agente del imperialismo americano. ¿Y dónde estaba la evidencia de esta acusación? Al parecer, cuando Molotov estaba en Estados Unidos, viajaba de Washington a Nueva York en tren. Stalin dedujo que, si Molotov viajaba en tren es que poseía un vagón privado. Y si tenía su propio vagón, ¿de dónde había sacado el dinero? Luego, Molotov debía haberse vendido a los americanos. Le explicamos a Stalin que Molotov no podía haber comprado un vagón de ferrocarril mientras estuvo en el extranjero. En los Estados Unidos todos pertenecen a compañías de ferrocarril privadas. No obstante, Stalin envió un telegrama a Vichinski [principal fiscal de los juicios públicos de los años treinta], que estaba trabajando en la ONU, y le pidió que averiguara todo lo posible sobre las actividades de Molotov en los Estados Unidos. ¿Tenía Molotov un vagón de ferrocarril personal en el país? Por supuesto, Vichinski respondió que no lo tenía ni podía tenerlo. Cito este incidente para aclarar el tipo de lapsos mentales que sufría Stalin en los últimos años de su vida y la atmósfera del gobierno.

Como ya he dicho, Molotov y Mikoyan fueron «congelados» a partir del XIX Congreso del Partido a consecuencia de las sospechas de Stalin. Todos estábamos muy alarmados por su destino. Sabíamos que Stalin ya había urdido alguna intriga contra ellos al no incluirlos en el Buró. Después del Congreso, Stalin dio comienzo a una política de aislamiento contra Mikoyan y Molotov. Personalmente tomé muy a pecho su eliminación del círculo íntimo. Consideraba a Molotov como una persona muy experta, especialmente en cuestiones de política exterior. A menudo le había oído hablar de estos asuntos y siempre se expresaba con conocimiento, lógica y energía. Por eso temía que su eliminación mermara la calidad del trabajo del grupo. También apreciaba a Anastas Ivanovich Mikoyan. Valoraba sus opiniones en cuestiones internacionales, especialmente en comercio exterior.

Tras el XIX Congreso, Mikoyan y Molotov, siguiendo una antigua costumbre, solían venir cuando nos reuníamos con Stalin. No se molestaban en llamar para pedir permiso. Averiguaban si Stalin estaba en el Kremlin o en su dacha y se limitaban a aparecer. Siempre se les dejaba entrar, pero era evidente que Stalin no se alegraba de verles. Trataban de mantenerse en contacto con él porque querían salvarse, no sólo salvar sus cargos en el Partido y en la dirección. Pretendían seguir viviendo. Estaban tratando de recuperar la confianza de Stalin. Me di cuenta del peligro que corrían y me puse totalmente de su lado.

Un día Stalin dijo:

—No quiero que esos dos sigan viniendo aquí.

Dio órdenes a sus subordinados para que no les dijeran a Molotov y Mikoyan dónde se encontraba. Posteriormente Molotov y Mikoyan hablaron con Beria, con Malenkov y conmigo. Acordamos tratar de suavizar la actitud de Stalin con ellos. También prometimos notificarles si Stalin iba a la Dacha Cercana o a la sala de proyecciones del Kremlin para que pudieran reunirse con nosotros. Durante algún tiempo, siempre que íbamos al cine con Stalin se presentaban Molotov y Mikoyan. Stalin habló con su personal y le dijeron que, cuando Molotov y Mikoyan llamaban, nunca se les decía dónde estaba, tal como él había ordenado. Stalin notó nuestras maniobras y se figuró que estábamos actuando como agentes de Molotov y Mikoyan. Un día montó en cólera. No nos acusó a ninguno pero miraba sobre todo a Malenkov mientras decía:

—¿Creéis que no me doy cuenta de cómo saben Molotov y Mikoyan cuándo vamos al cine y por eso se presentan? ¡No volváis a hacerlo! ¡No volváis a decirles dónde estoy! ¡No lo toleraré!

Nos dimos cuenta de que era inútil persistir. No serviría de nada a Molotov y Mikoyan y podía comprometer nuestra situación a los ojos de Stalin. Nadie deseaba eso. Stalin estaba irritado y en tales circunstancias uno podía esperar que nuestras relaciones con él empeoraran de repente. Sin volver a hablar del asunto entre nosotros, todos decidimos esperar el giro natural de la situación. Estoy convencido de que si Stalin hubiera vivido mucho más, Molotov y Mikoyan hubieran tenido un fin desastroso.

Me gustaría añadir algo sobre las relaciones de Beria con Stalin hacia el final de la vida de éste. Durante la guerra, Beria se había vuelto muy desvergonzado. Mientras Stalin perdía el control y hasta la voluntad durante el período de nuestra retirada frente a los alemanes, Beria se convirtió en el terror del Partido. Su creciente influencia me resultaba evidente por la composición de la camarilla de Stalin. Cuando volví a Moscú desde el frente durante la guerra, noté que Stalin estaba rodeado de georgianos. Había un cocinero caucasiano que hacía chachlik para Stalin. Había sido ascendido a general de división. Cada vez que iba a Moscú veía que el cocinero llevaba más galones y medallas, aparentemente

en agradecimiento a su destreza para preparar el chachlik. Una vez Stalin me sorprendió observando los galones y medallas del cocinero y me miró con severidad. Sabía lo que estaba pensando y él a su vez sabía lo que yo pensaba, pero ninguno de los dos dijo nada. Todos considerábamos que la presencia del cocinero con su uniforme cubierto de medallas era absolutamente ofensiva, pero nunca lo mencionamos porque no nos hubiera hecho ningún bien. Además del cocinero-general de división, había otro georgiano encargado del suministro de vino, del cordero para el chachlik y otras provisiones para la cocina de Stalin. Le hicieron teniente general durante la guerra. Siempre que volvía del frente notaba que también a él le habían concedido más condecoraciones en mi ausencia. Creo que a todo el mundo le repugnaba esta práctica tanto como a mí. Recuerdo que una vez Stalin me reprendió delante de su teniente general responsable de las provisiones. Se había emborrachado con Stalin y todos nosotros. En cualquier caso, este individuo no era una compañía apropiada para nosotros. Una cosa era que trajera toda clase de comidas y bebidas a nuestra mesa, y otra muy distinta permitirle que se sentara a comer y beber con nosotros. Nadie le conocía, pero debíamos hablar con intimidad y libertad delante de él. En mi opinión fue durante la guerra cuando Stalin empezó a dar muestras de no estar bien de la cabeza.

Después de la guerra Beria pasó a ser miembro del Politburó y Stalin empezó a preocuparse por su creciente influencia. Es más, Stalin empezó a temer a Beria. Entonces yo no sabía cuáles eran las raíces de su miedo, pero después, cuando quedó al descubierto toda la maquinaria de Beria para eliminar a la gente, la cosa estaba clara. Los medios prácticos para lograr los fines de Stalin estaban en manos de Beria. Stalin se dio cuenta de que, si Beria podía eliminar a cualquiera que él le señalara con el dedo, también podía eliminar a gente de su elección, por propia iniciativa. Stalin temía ser la primera persona que Beria eligiera. Naturalmente, nunca se lo dijo a nadie, pero de todos modos yo lo notaba. Empecé a darme cuenta de la intensidad del miedo de Stalin un día después de la guerra, cenando en su casa. De repente, Stalin miró a su alrededor, a la gente que le estaba sirviendo, y preguntó enojado:

—¿Por qué estoy rodeado de georgianos?

Beria se puso en guardia inmediatamente y dijo:

—Camarada Stalin, estas personas son tus fieles servidores; todos ellos están dedicados a ti.

Stalin se indignó:

—¿Quieres decir que los rusos no son fieles? ¿Quiere esto decir que no son mis adeptos?

—No —respondió Beria—. No he dicho esto. Pero las personas elegidas son todas servidores leales.

Stalin gritó:

—¡No necesito su lealtad! Echen a esta gente de aquí.

Los georgianos, incluyendo el cocinero del chachlik y el oficial de provisiones, desaparecieron inmediatamente y Beria salió de la habitación como si le hubieran dado una bofetada.

Una vez eliminado todo el servicio georgiano y sustituido por rusos, Stalin probablemente creía que había cerrado el acceso de Beria a su cocina a través de los que le rodeaban. Sin embargo, Stalin se estaba haciendo viejo y no se daba cuenta de lo poderoso que era Beria. Por ejemplo, el ministro de la Seguridad del Estado, Abakumov, no informaba a Stalin hasta haberlo hecho a Beria primero y haber recibido sus instrucciones. Pero, como ya he dicho, Stalin se estaba haciendo viejo y no comprendía lo que ocurría. Creyó que había encontrado en Abakumov un hombre brillante que cumplía sus órdenes escrupulosamente, pero en realidad Abakumov estaba informando a Stalin lo que Beria le había dicho que él quería oír. Es más, Beria seguía controlando aún a las personas que rodeaban a Stalin, aunque se hubiera despedido al servicio georgiano. Beria había trabajado en la Cheka durante mucho tiempo y conocía personalmente a todos los chekistas. Todos trataban de congraciarse con Beria y a él le resultaba muy fácil utilizarles para sus propios fines. Por consiguiente, Stalin no podía confiar ni siquiera en sus servidores rusos, incluyendo entre ellos a sus guardaespaldas chekistas.

Mi sensación de que Stalin temía a Beria se confirmó cuando Stalin urdió el caso de Mingrelia. Estoy totalmente seguro de que la acusación de «conspiración» fue inventada a fin de eliminar a Beria, que era mingreliano. Stalin publicó un decreto diciendo que los mingrelianos tenían conexiones con los turcos y que algunos de ellos estaban políticamente orientados hacia Turquía. Ni que decir tiene que la acusación era totalmente absurda. Como Stalin ya era viejo y estaba enfermo, ni siguió adelante con su intriga. Beria volvió el asunto a su favor y se insinuó sagazmente como el secuaz de Stalin. Ninguno de nosotros nos habríamos atrevido a interferir en una cuestión relativa a la República de Georgia. Beria se autonombró para ir a Georgia y administrar el castigo a los mingrelianos, los enemigos imaginarios. Los pobres fueron llevados al matadero como ovejas [30]. Todo esto nos dejó un terrible sabor de boca. Personalmente estoy convencido de que si la dirección hubiera estado bajo control público, estaríamos protegidos contra acciones que son incompatibles con nuestra doctrina socialista y perjudiciales para la forma de vida socialista.

30. En el Discurso Secreto Kruschef daba a entender que el caso de Mingrelia, el aplastamiento de la supuesta conspiración nacionalista de Georgia, fue urdida por Beria. Fue fraguada en nombre de Stalin por el aliado del propio Kruschef, S. D. Ignatiev, que también fue el cerebro de la conspiración de los médicos.

La arrogancia de Beria fue creciendo más y más. Fue capaz, y me sorprendió que Stalin lo tolerara, de hacer una afirmación durante la cena y luego, si Stalin la rechazaba, meterse con cualquiera que tratara de decir lo mismo después.

—Ya se lo he dicho —decía Beria—. No deben sacar a relucir esa cuestión.

Stalin no decía nada, aunque había oído perfectamente que era el propio Beria el que había sacado el tema en un principio.

Beria se mostraba arrogante respecto a todo. No se podía decidir nada sin él. Ni siquiera se podía informar a Stalin sin antes contar con el apoyo de Beria; si informábamos a Stalin delante de Beria y no habíamos hablado con él previamente, con toda seguridad destrozaría nuestro informe delante de Stalin haciendo toda clase de preguntas y contradicciones. Durante todo el tiempo Beria estaba consolidando sus fuerzas.

Durante el período que siguió a la guerra, Malenkov también empezó a consolidar sus fuerzas, aunque su situación empeoró durante algún tiempo. En una ocasión Stalin lo destituyó de la Secretaría del Comité Central y lo envió al Asia central. Beria le echó una mano y consiguió que se le volviera a trasladar a Moscú. Desde entonces Beria y Malenkov se hicieron inseparables. Stalin solía bromear durante la cena sobre «esos dos pilletes». Me dediqué a observar con gran interés el desarrollo de esta «amistad» entre los dos pillos. Me daba cuenta de que Beria ni apreciaba ni respetaba a Malenkov, sino que simplemente le utilizaba para sus fines políticos. Beria me dijo una vez algo así:

—Deja que te cuente algo sobre ese pobre tipo de Malenkov. No es más que un macho cabrío. Escapará si no le amarras en corto. Sin embargo, es un ruso muy educado y puede resultar manejable.

Lo de «resultar manejable» era la clave de la amistad que unía a Beria con Malenkov[31].

Soy amigo de Malenkov desde los días en que trabajaba en la organización de Moscú antes de la guerra. Teníamos dachas contiguas en el campo. Por eso, aunque Malenkov mostraba cierto aire de protección hacia mí durante la guerra, especialmente cuando Stalin expresó su desagrado hacia mí, Malenkov y yo nunca hemos tenido desavenencias.

Una vez Malenkov y yo estábamos juntos en la casa de verano de Stalin en Sochi. Yo había venido de Kiev y Malenkov de Moscú. Fuimos a dar un paseo y le dije:

31. A través de toda su narrativa Kruschef presenta hábilmente a Malenkov como un intrigante sin carácter. Por ello requiere cierto esfuerzo recordar que este mismo «macho cabrío» estuvo a punto de deponer a Kruschef en 1957. Es cierto que era un intrigante; pero también extremadamente capaz, despiadado y duro. Además, había recibido una educación esmerada y quizá se sentía inclinado a mirar por encima del hombro a Kruschef (véase apéndice 3).

—Me sorprende que no te des cuenta de la actitud de Beria contigo. ¿No te das cuenta?

El guardó silencio.

—¿Crees que te respeta? Yo creo que se burla de ti.

Finalmente, Malenkov respondió:

—Sí, claro que me doy cuenta. Pero, ¿qué puedo hacer?

—¿Qué puedes hacer? Yo sólo quería que lo comprendieras. Es cierto, ahora mismo no puedes hacer nada, pero ya llegará el momento.

Mi ansiedad iba creciendo. Stalin estaba en una edad en que podía ponernos a los demás en una situación difícil. Lejos de desear la muerte de Stalin, en realidad la temía. Temía las consecuencias. ¿Qué pasaría con el país? Aunque tenía mis dudas sobre la campaña contra los enemigos del pueblo, aún confiaba en Stalin. Suponía que hubo algunos excesos, pero que básicamente las cosas se habían llevado bien. No sólo no condenaba a Stalin, sino que lo exaltaba por no haber tenido miedo de purgar al Partido y así unificarlo. A finales de los años cuarenta ya estaba convencido de que, cuando Stalin muriera, tendríamos que hacer todo lo posible por evitar que Beria ocupara un alto puesto en el Partido. Incluso pensé que el éxito de Beria podía significar el fracaso de la Revolución. Podía suponer la pérdida de los logros de la Revolución. Ya había llegado a la conclusión de que Beria podía desviar el progreso del país del socialismo al capitalismo.

En los últimos años de la vida de Stalin, Beria iba expresando hacia él cada vez una mayor falta de respeto. Hablaba más sinceramente con Malenkov que conmigo, pero a menudo habló de Stalin en mi presencia en términos irrespetuosos y hasta insultantes. Ello siempre me ofendía y me ponía en guardia. Tal como yo lo entendía, el aparente desprecio de Beria por Stalin no era más que una provocación encaminada a estimularme a hacer observaciones similares o simplemente a hacerme darle la razón, con el fin de poder denunciarme ante Stalin como antiestalinista y enemigo del pueblo. Sin embargo, conocía bien el carácter traidor de Beria, así es que me limitaba a escuchar, pero nunca dije nada. Nunca cerré mis oídos, pero tampoco abrí la boca. No obstante, Beria continuó con la misma actitud, a pesar de que tuve buen cuidado de no estimularle. Estaba seguro de que nada podía amenazarle. Sabía que no podía hacer de confidente. Yo también sabía que él estaba mucho más cerca de Stalin que yo y podía permitirse el lujo de ser menos cauto. Cuando Beria y Stalin discutían, Beria siempre podía aparentar que era una pelea de amantes. Cuando dos georgianos se pelean, sólo se están divirtiendo. Al final siempre hacen las paces.

Hasta aquí por lo que respecta al método de provocación de Beria. En ello era un maestro. Estaba especialmente bien dotado para todo lo que fuera repugnante y traicionero. Por consiguiente, siempre estaba en guardia frente a él.

Sabía que estaba buscando la ocasión de denunciarme y librarse de mí. También utilizó este truco con Bulganin, pero él conocía a Beria tan bien como yo. Sin embargo, estoy seguro de que Beria nunca se atrevió a decir nada contra Stalin en presencia de Kaganovich. No sólo no se fiaba de él; le odiaba con pasión.

Tal era la situación general en vísperas de la muerte de Stalin.

La muerte de Stalin

Radio Moscú anunció al mundo en la mañana del 4 de marzo de 1953 que Stalin había sufrido una hemorragia cerebral «en su apartamento de Moscú». En realidad, como confirma Kruschef, Stalin estaba en su dacha. El comunicado iba acompañado de un llamamiento del Comité Central y del Consejo de Ministros al pueblo soviético para que redoblara su «unidad, solidaridad, fortaleza de espíritu y vigilancia en estos días difíciles». El patriarca ortodoxo ruso y el rabino principal ordenaron que se celebraran ceremonias especiales. Dos días después, hacia las cuatro de la mañana, llegó la noticia, precedida de un redoble de tambores, de que «el corazón del compañero de armas de Lenin, el abanderado de su genio y su causa, el sabio dirigente y maestro del Partido Comunista y de la Unión Soviética, ha dejado de latir».

El relato de Kruschef de las macabras circunstancias que rodearon la muerte de Stalin es, a grandes rasgos, correcto y está esencialmente confirmado por la versión de Veinte cartas a un amigo, *de Svetlana Alliluieva. Cada una de ellas contiene detalles omitidos por la otra, pero es interesante observar el comportamiento casi increíble de Beria ante el lecho de muerte. Kruschef resalta su miedo de que Beria ocupara el Ministerio de la Seguridad del Estado. Ello se debe a que, aunque durante años Beria había controlado la policía secreta, desde 1946 no ocupaba ningún cargo oficial como tal. Como miembro del Politburó conservaba el control general sobre el Ministerio del Interior y el de la Seguridad del Estado (MVD y MGB). Ambos ministerios (sucesores de los antiguos comisariados) estuvieron regentados por sus protegidos hasta 1951, cuando el amigo de Kruschef S. D. Ignatiev fue designado jefe del MGB. La preocupación de Kruschef era que Beria, con su gran poder en los servicios de seguridad, pudiera eliminar a Ignatiev y recuperar el control del MGB. De hecho esto es lo que ocurrió, pero no duró mucho.*

STALIN cayó enfermo en febrero de 1953. Malenkov, Beria, Bulganin y yo habíamos estado con él en la Dacha Cercana el sábado por la noche, después de ver una película en el Kremlin. Como de costumbre, la cena se pro-

longó hasta las cinco o las seis de la mañana. Stalin estaba bastante borracho después de cenar y de muy buen humor. No mostraba la más ligera señal de que algo le fuera mal físicamente. Cuando al fin llegó la hora de que nos marcháramos, salió a despedirnos al vestíbulo. Estaba bromeando ruidosamente, golpeándome el estómago con el dedo con gesto juguetón y llamándome «Nikita» con acento ucraniano, como hacía siempre que estaba de buen humor. Después de esta sesión todos nos fuimos contentos a casa porque nada había ido mal en la cena. Las cenas de Stalin no siempre acababan con una nota tan agradable.

Al día siguiente, domingo, debía ser nuestro día libre, pero estaba seguro de que Stalin nos llamaría para alguna reunión. Por la noche, esperando su llamada en cualquier momento, retrasé mi cena en casa. Finalmente, me cansé de esperar y comí algo. Después de cenar aún no había recibido su llamada. No podía creer que hubiera pasado todo un día libre sin que Stalin nos convocara. Pero no llamó. Ya era muy tarde y me desvestí para acostarme.

De repente sonó el teléfono. Era Malenkov y me dijo:

—Escucha, los hombres de la cheka acaban de llamar desde la dacha de Stalin. Creen que le ha ocurrido algo serio. Será mejor que vayamos para allá. Por mi parte, ya se lo he notificado a Beria y también a Bulganin. Deberías salir inmediatamente.

Pedí mi coche de inmediato. Lo tenía conmigo en la dacha. Me vestí rápidamente y me dirigí a casa de Stalin. Tardé quince minutos en llegar. Cuando estuvimos todos reunidos, nos detuvimos a ver a los oficiales de guardia antes de entrar en la habitación de Stalin. Nos explicaron por qué estaban preocupados:

—El camarada Stalin siempre llama a alguien y pide té o algo de comer a las once. Esta noche no lo hizo.

Los chekistas dijeron que habían enviado a Matriona Petrovna a verle. Matriona Petrovna era una criada ya entrada en años que había servido a Stalin durante mucho tiempo. No era muy inteligente, pero sí honrada y fiel a Stalin. Echó una ojeada y volvió a decir a los chekistas que el camarada Stalin estaba dormido en el suelo de la habitación grande donde se acostaba normalmente. Aparentemente Stalin se había salido de la cama y se había caído. Los chekistas le levantaron del suelo y le pusieron en un sofá del pequeño comedor contiguo.

Cuando nos contaron todo esto, decidimos que no debíamos hacer acto de presencia mientras Stalin estaba en un estado tan impresentable. Nos separamos y nos fuimos cada uno a su casa. Más tarde recibí otra llamada de Malenkov:

—Los muchachos han vuelto a llamar desde la dacha del camarada Stalin.

—Dicen que algo le pasa con toda seguridad. Matriona Petrovna dijo que estaba profundamente dormido cuando volvió a entrar a verle, pero que es un sueño extraño. Será mejor que volvamos.

Decidimos que Malenkov llamara a los demás miembros del Buró, Vorochilov y Kaganovich, que no habían estado en la cena la noche anterior ni habían acudido a la Dacha Cercana la primera vez que Malenkov, Beria, Bulganin y yo fuimos a comprobar la situación. También llamamos a los médicos.

Entre ellos recuerdo al profesor Lukomski. Tras reunirnos en el puesto de guardia entramos en la habitación donde Stalin estaba durmiendo sobre un sofá. Dijimos a los médicos que hicieran lo necesario para averiguar en qué estado estaba Stalin. El profesor Lukomski se acercó a él cautelosamente. Sabía lo que estaba pensando. Temblando nerviosamente, tocó la mano de Stalin como si se tratara de un hierro candente. Beria le dijo con aspereza:

—¿Eres un médico o no? Vamos, cógele la mano como es debido.

El profesor Lukomski dijo que la mano de Stalin no se movía. La pierna izquierda también estaba paralizada. Ni siquiera podía hablar. Su estado era grave. Le desvistieron y le llevaron a la habitación grande, colocándole sobre el sofá donde dormía normalmente y donde corría más aire.

Los doctores organizaron turnos para velarle. Nosotros también acordamos una vigilia rotativa entre los miembros del Buró del Presidium, dividiéndonos de la forma siguiente: Beria con Malenkov, Kaganovich con Vorochilov y Bulganin conmigo. Era evidente que Malenkov y Beria fueron los que decidieron cómo iba a repartirse la vigilia. Se quedaron con el turno de día y nos dieron el de noche a Bulganin y a mí. Admito que estaba muy afectado. Sentía mucho la pérdida de Stalin.

Su estado era muy grave. Los médicos nos dijeron que tras una enfermedad como ésta, era extremadamente improbable que pudiera volver a trabajar. Podía vivir, pero no volvería a hacer vida normal. Nos dijeron que normalmente estas enfermedades no duraban mucho y acababan fatalmente.

Hicimos todo lo posible por ponerle en pie. Estaba inconsciente y, por tanto, totalmente ignorante de su estado. Pero entonces, mientras los médicos estaban tomando una muestra de orina, noté que trataba de cubrirse. Debía sentirse incómodo. Una vez, durante el día llegó a recobrar el conocimiento. Aunque no podía hablar, empezó a mover la cara. Habían estado dándole caldo y té dulce con una cuchara. Levantó la mano izquierda y empezó a señalar algo que había en la pared. En sus labios se dibujó una especie de sonrisa. Me di cuenta de lo que trataba de decir y mostrarnos. Me expliqué por qué señalaba con la mano. Había una fotografía colgada en la pared, un recorte de la revista *Ogoniok*. Era una reproducción de un cuadro de algún artista que representaba a una niña alimentando a un cordero mediante un cuerno. En ese momento

estaban dando de comer a Stalin con una cuchara y trataba de decirnos: «Estoy en la misma situación que ese cordero al que la niña da de comer con el cuerno. Estáis haciendo lo mismo conmigo por medio de la cuchara.»

Entonces empezó a estrecharnos la mano uno a uno. Le di la mano y él me la apretó con la izquierda porque no podía mover la derecha. Estaba expresando sus sentimientos por medio de estos apretones de manos.

En cuanto Stalin cayó enfermo, Beria empezó a escupir su odio contra él y a burlarse. Era sencillamente insufrible escucharle. Pero lo curioso es que en cuanto Stalin empezó a dar señales de consciencia y nos hizo pensar que podría recuperarse, Beria cayó de rodillas, tomó su mano y empezó a besarla. Cuando Stalin volvió a perder el conocimiento y cerró los ojos, Beria se levantó y escupió. Este era el verdadero Beria: traidor, incluso con Stalin, a quien parecía admirar y hasta adorar y al que, sin embargo, ahora estaba escupiendo.

Bulganin y yo llegamos una noche para nuestra vela. También habíamos estado la mayor parte del día. Teníamos que vigilar a los médicos mientras estaban allí y hacer nuestro turno de noche. Yo era más sincero con Bulganin que con los demás e incluso le confiaba mis pensamientos más íntimos. Le dije:

—Nikolai Alexandrovich, Stalin no va a salir adelante. Los médicos ya han dicho que no vivirá. ¿Sabes en qué situación vamos a vernos cuando Stalin desaparezca? ¿Sabes qué cargo se apropiará Beria?

—¿Cuál?

—Querrá ser ministro de la Seguridad del Estado. Ocurra lo que ocurra, no podemos permitírselo. Si llega a ser ministro de la Seguridad del Estado, será el principio del fin para nosotros. Tomará este cargo con el fin de destruirnos, y lo hará si se lo permitimos. Por consiguiente, pase lo que pase, no podemos permitírselo, absolutamente en ningún caso.

Bulganin estuvo de acuerdo conmigo y pasamos a discutir lo que íbamos a hacer en adelante. Le dije:

—Hablaré con Malenkov. Creo que verá las cosas como nosotros. Debes comprender que hay que hacer algo. Si no tomamos medidas inmediatamente, ello supondrá el desastre para el Partido. La cuestión no se limita a nosotros personalmente, aunque, por supuesto, no quiero que Beria nos apuñale por la espalda. Si se sale con la suya, podría volver el reloj a 1937-38 y aún sería peor.

Como he dicho anteriormente, empezaba a tener mis dudas de que Beria fuera un verdadero comunista. Comenzaba a considerarle como alguien que se había introducido en el Partido. Recordé las palabras de Gricha Kaminski cuando dijo que Beria había sido un agente del servicio de contrainteligencia inglés en Bakú en los primeros años de la Revolución. Beria era un lobo con piel de cordero que se había arrastrado hasta ganarse la confianza de Stalin y asegurarse una situación muy alta por medio del engaño y la traición.

Bulganin estaba de acuerdo con todo lo que dije. Nuestro turno terminó y volvimos a casa. Quería dormir un poco porque no lo había hecho en mucho tiempo, así es que tomé un somnífero y me acosté. No había hecho más que tumbarme cuando sonó el teléfono. Era Malenkov y dijo:

—Ven en seguida. Stalin ha tenido una recaída. Ven aquí inmediatamente.

Pedí mi coche y me puse en camino de inmediato. Cuando llegué a la Dacha Cercana vi que efectivamente Stalin estaba muy mal. Llegaron los demás. Todos nos dábamos cuenta de que estaba al borde de la muerte. Los médicos dijeron que se estaba muriendo y que estábamos contemplando su agonía. De repente dejó de respirar. Un hombre enorme salió no se sabe de dónde y empezó a hacerle la respiración artificial, haciéndole masaje para que volviera a respirar. Debo admitir que me daba mucha pena Stalin, al ver que ese hombre lo zarandeaba de ese modo. Me resultaba doloroso verlo. Le dije:

—¡Déjalo, por favor! ¿No ves que está muerto? ¿Qué es lo que quieres? No vas a volverle a la vida. Ya está muerto. Renunciaron a tratar de resucitarle. Era verdad: Stalin estaba muerto.

En cuanto Stalin murió, Beria cogió su coche y se fue.

9

La sucesión

La caída del intrigante Beria

Por lo que se refiere a Kruschef, es evidente que la conspiración empezó mientras él, sus colegas y Svetlana Alliluieva se encontraban junto al lecho de muerte de Stalin. Una vez más, Svetlana y Kruschef estaban de acuerdo sobre la extraña actitud de Beria. A ambos les sorprendió su sonrisa triunfante al pedir el coche tan pronto hubo expirado Stalin; estaba claro que tenía prisa por alejarse de Kuntsevo para tomar el control de las fuerzas de seguridad y afirmar su posición todo lo posible. (Se puede asegurar que Svetlana Alliluieva cambió su conducta respecto a Kruschef en pago a la actitud de éste hacia ella, entonces y después.) No cabe la menor duda de que Beria estaba decidido a hacerse con el poder supremo. Lo mismo se puede decir de Malenkov, que de momento resultó el sucesor de Stalin, como primer ministro y primer secretario del Partido, con Beria en el segundo lugar de la jerarquía. Los dos hombres eran aliados temporales, en la creencia recíproca, sin duda, de que cada uno podría utilizar al otro. Pero también Kruschef había puesto sus miras muy altas. En un primer momento se inclinó ante la coalición de Malenkov y Beria, pero a los diez días, el primero, aunque seguía siendo primer ministro, se vio obligado a renunciar a su cargo de primer secretario del Partido, que fue asumido formalmente por Kruschef seis meses después. No cabe duda de que la afirmación implícita de éste de haber sido el alma de la conspiración contra Beria es en general cierta; pero nos permitimos dudar que ocurriera exactamente como la relata. Otros, además de Kruschef, conocían las pretensiones de Beria y el peligro que supondría la concentración del poder en sus manos: los miembros del Presidium y, lo que es más importante, prácticamente todo el alto mando del ejército, que también detestaba a Malenkov por su actuación como espía de Stalin durante la guerra. Es probable que algunos de los mariscales,

muchos de los cuales habían colaborado estrechamente con Kruschef y se llevaban bien con él, tuvieran una parte bastante más activa en los preliminares de la conspiración de lo que aquí se sugiere. Además, hubo asuntos más graves que la operación de construcción de dachas en Sujumi, con todo lo fantástico y extraño que fue este episodio. Y la propia conjura debió ser más siniestra que una simple cuestión de cabildeos con los pusilánimes para obtener su apoyo. La descripción del arresto y detención de Beria por parte de Kruschef difiere bastante de algunos relatos más espeluznantes con los que deleitaba de vez en cuando a los visitantes comunistas extranjeros, pero probablemente es auténtica. Los comunicados oficiales sobre el proceso y condena de Beria y varios de sus subordinados pueden consultarse en Power and Policy in the USSR, *de Robert Conquest. Este autor ofrece también una completa y coherente narración de las luchas internas del Kremlin entre 1945 y 1960, sobre las que Kruschef tiene muy poco que decir en su relato.*

STALIN había dejado de existir y desde ese momento su muerte parecía una terrible tragedia; sin embargo, yo temía que lo peor no hubiera ocurrido aún. Cada uno de nosotros se tomó la muerte de Stalin a su manera. A mí me afectó mucho. Para ser sincero, no sólo porque me sentía ligado a él, sino porque de hecho lo estaba. Era un hombre viejo y la muerte le había estado rondando durante mucho tiempo. Después de todo la muerte es inevitable. Todos nacemos y todos morimos. Es ley de vida. Más que por su muerte en sí, me sentía intranquilo por la composición del Presidium que había dejado y especialmente por el puesto que Beria se estaba preparando. Todo presagiaba graves complicaciones y sorpresas desagradables; yo diría incluso, consecuencias catastróficas.

Al morir Stalin, Beria estaba radiante. Había mejorado y rejuvenecido. Para expresarlo con más crudeza, empezó a celebrar la muerte de Stalin antes de que su cadáver fuera colocado en el ataúd. Estaba seguro de que, por fin, había llegado el momento que tanto había esperado. Ningún poder en la tierra podría detenerle. Nada se interpondría en su camino. Por fin podría hacer lo que más le conviniera. Estos pensamientos triunfales se reflejaban en su rostro cuando pidió su coche y salió de la ciudad, dejándonos en la Dacha Cercana junto al cadáver de Stalin.

Sabía yo que Malenkov nunca había tenido una postura o un papel propios y que no era más que un recadero. Stalin solía decir con mucho acierto en sus conversaciones con el círculo íntimo:

—Este Malenkov es un buen empleado. Sabe redactar una resolución rápidamente. Es una buena persona para adjudicarle responsabilidades, pero care-

ce en absoluto de capacidad para pensar con independencia y carece también de iniciativa [1].

Malenkov había considerado siempre que era provechoso hacerle el juego a Beria. Si Malenkov se puso a favor de Stalin, fue principalmente por su vinculación con Beria, a pesar de la pobre opinión que aquél tenía de él como dirigente. Ahora que Stalin había muerto, estaba seguro de «venir al pelo» para los planes de Beria, como el propio Beria me había dicho en una ocasión.

Estos eran los pensamientos que acudieron a mi mente mientras permanecía junto al cuerpo de Stalin en la Dacha Cercana.

Al marcharse Beria, los demás decidimos convocar a todos los miembros del Buró y del Presidium. Mientras esperábamos su llegada, Malenkov paseaba nerviosamente. Decidí hablar con él allí mismo. Me acerqué y le dije:

—Yegor (Gueorgui), quiero hablar contigo.

—¿De qué? —preguntó con frialdad.

—Ahora que Stalin está muerto, tenemos algo que discutir. ¿Qué vamos a hacer?

—¿De qué tenemos que hablar? Vamos a reunirnos y entonces hablaremos. Para eso tenemos una reunión.

Parecía una respuesta muy democrática, pero yo la interpreté de manera muy distinta. Para mí significaba claramente que ya había hablado con Beria y todo estaba decidido de antemano.

—Muy bien —dije—, hablaremos después.

Todos acudieron a la Dacha Cercana y pudieron ver a Stalin muerto. Entonces llegó Svetlana. Acudí a su encuentro. Estaba muy alterada y empezó a llorar. No pude dominarme; comencé a llorar yo también y derramé lágrimas sinceras por la muerte de Stalin.

De hecho, no lloraba sólo por él. Estaba terriblemente preocupado por el futuro del Partido y del país. Presentía que Beria empezaría a mandar a todo el mundo y que ello podría ser el principio del fin. Desde tiempo atrás sabía que no era un comunista. Le consideraba un traidor oportunista que no se detendría ante nada para lograr sus propósitos. Ideológicamente, su postura no me parecía comunista. Era un carnicero y un asesino.

Comenzada la reunión, procedimos a la distribución de nuestras nuevas carteras. Beria propuso inmediatamente a Malenkov para presidente del Consejo de Ministros. Y éste propuso a su vez que Beria fuera designado su primer lugarteniente. Pidió también la fusión de los ministerios de Seguridad del Estado y del Interior en un solo Ministerio del Interior, con Beria como titular:

1. Sólo cinco meses antes, en octubre de 1952, Stalin había demostrado su opinión sobre Malenkov, que distaba de ser baja, haciéndole leer el informe general en el XIX Congreso del Partido.

un cargo aparentemente modesto [2]. Permanecí en silencio. Temía que Bulganin pusiera objeciones ante tan impropio procedimiento, pero también él se mantuvo silencioso. Imaginaba la actitud de los demás. Si Bulganin y yo hubiéramos protestado por la forma en que Beria y Malenkov estaban llevando la reunión, se nos habría acusado de pendencieros y turbulentos y de empezar una disputa en el Partido con el cadáver de Stalin aún caliente. Me di cuenta de que las cosas iban por el camino que había temido.

Molotov y Kaganovich fueron designados viceprimeros ministros junto con Beria. Vorochilov fue nombrado presidente del Presidium del Soviet Supremo (presidente de la U. R. S. S.), sustituyendo a Shvernik [3], sobre quien Beria se mostró muy irrespetuoso en sus observaciones. Dijo que era desconocido para la mayor parte de la nación y, por consiguiente, inadecuado para un cargo de dirección importante. Me daba cuenta de que todos estos cambios encajaban exactamente en el plan principal de Beria. Por ejemplo, ascendiendo a Vorochilov a la jefatura del Presidium del Soviet Supremo, Beria estaba tratando de hacer de él un personaje en el que pudiera apoyarse cuando comenzara su siguiente etapa de carnicería. A continuación, Beria propuso que yo fuera revelado de mis deberes como secretario del Comité de Moscú para que pudiera concentrarme en mi trabajo en la Secretaría del Comité Central. Se hicieron más nombramientos y propuestas. Luego decidimos los detalles del funeral y la mejor forma de anunciar al pueblo la muerte de Stalin [4].

Así perdimos a Stalin y comenzamos a llevar el gobierno nosotros mismos.

Durante el funeral e inmediatamente después, Beria estuvo atento y respetuoso conmigo, cosa que me sorprendió. No cortó sus relaciones ostensiblemente amistosas con Malenkov, pero empezó a establecer lazos igualmente afectuosos conmigo. Ambos decidieron incluirme en su paseo por el recinto del Kremlin. Naturalmente, no me resistí ni puse objeciones, pero mi opinión sobre Beria no cambió. Por el contrario, se vio confirmada. Comprendía que su comportamiento amistoso para conmigo era una trampa. Era, como solemos decir, las astucia asiática de Beria en acción. Con este término nos referimos a la cualidad del hombre que piensa una cosa y dice otra. Sabía que Beria seguía

2. No tan modesto. Anteriormente Kruschef había dicho que esto es precisamente lo que temía. Beria fue elegido también vicepresidente del Consejo de Ministros.

3. N. M. Shvernik, uno de los viejos fieles de Stalin, pasó la mayor parte de su carrera dirigiendo los sindicatos soviéticos. La presidencia del Presidium del Soviet Supremo, o la Presidencia de la U. R. S. S. era en gran medida una función ceremonial. Bulganin también fue designado vicepresidente del Consejo de ministros, junto con Beria, Kaganovich y Molotov. Kruschef no ostentaba ningún cargo ministerial. Su fuerza se basaba en su posición como miembro del Presidium y de la Secretaría del Partido.

4. El comunicado, cuando llegó, incluía el celebrado ruego al pueblo de la Unión Soviética de evitar «el pánico y el desorden».

respecto a mí una política hipócrita; estaba jugando conmigo y tratando de hacerme bajar la guardia, mientras esperaba la oportunidad de deshacerse de mí antes que de nadie.

Se decidió que Malenkov y yo confeccionaríamos el orden del día para las sesiones del Presidium. Malenkov las presidiría y yo trabajaría con él para fijar los asuntos sujetos a debate.

Beria iba consolidando sus fuerzas día a día y su arrogancia crecía proporcionalmente. Puso en juego toda su sutileza como provocador.

Entonces se produjo el primer choque entre Beria y Malenkov por una parte y el resto del Presidium por otra. Este organismo había cambiado bastante. Habíamos liquidado el gran Presidium y el pequeño Buró que Stalin estableció en el primer pleno del Comité Central después del XIX Congreso del Partido, transformándolo en un pequeño círculo de unas nueve personas. En una sesión del Presidium Beria formuló la siguiente propuesta:

—Como muchas sentencias de prisión y exilio están tocando a su fin y todos estos exconvictos y exiliados van a volver a sus casas, propongo que aprobemos una resolución prohibiéndoles volver sin un permiso especial del Ministerio del Interior. Y asimismo propongo que se les exija que vivan en las regiones que señale el ministro del Interior.

Ello significaba las que señalara el propio Beria. La moción era un signo alarmante de cuanto se proponía hacer.

Me indigné y me enfrenté a él, diciendo:

—Me opongo rotundamente al tipo de arbitrariedad que propones. Ya hemos tenido bastantes ejemplos de este proceder. Ahora hemos decidido enfrentarnos con el pasado en términos más críticos y correctos, y no podemos imponer al pueblo esta clase de ilegalidad disfrazada de ley. Estos convictos y exiliados de los que hablas fueron arrestados, interrogados, juzgados y condenados por troikas de la Seguridad del Estado[5]. Nunca se les concedió el beneficio de testigos, fiscales ni juez; simplemente se les cogía y se les encarcelaba o mataba. Ahora estás diciendo que estas personas, cuyas sentencias fueron dictadas por las troikas, deben ser privadas de todos sus derechos y tratadas como criminales y que no se les debe permitir que decidan dónde van a vivir. Esto es totalmente inaceptable.

Los demás me apoyaron. Beria retiró su propuesta y, como fue Malenkov quien hizo el acta, la moción no fue recogida. Más tarde Beria presentó lo que parecía ser una moción liberal. Propuso que alteráramos una antigua norma que establecía un máximo de veinte años de prisión o exilio para personas arrestadas y acusadas por las troikas; sugirió que se rebajara la pena máxima

5. Grupos *ad hoc* de tres personas, que combinaban las funciones de fiscal y juez y operaban con una extrema y arbitraria prontitud.

de veinte a diez años. Parecía una propuesta bastante liberal, pero yo sabía lo que se proponía y dije:

—Me opongo rotundamente también a esta propuesta. Estoy en contra de la misma porque debemos revisar todo el sistema de arrestos e investigaciones y no simplemente modificar los detalles. Una vez más, estás tratando de introducir la arbitrariedad. El que la condena máxima sea de veinte o de diez años en realidad no importa, porque siempre se puede condenar a una persona a diez años y luego volverle a condenar a otros diez. Si fuera necesario, podríamos seguir condenando a alguien que no nos guste a una pena de diez años tras otra, hasta que muera. Lo que se requiere es una revisión radical de la inadmisible práctica de arrestar y sentenciar a los que se distinguieron durante la época de Stalin. Lo que quieres es legalizar la arbitrariedad, legalizar el *statu quo*. Se están reuniendo documentos para mostrar que los métodos que propones se han aplicado en el pasado arbitraria e ilegalmente y que, a consecuencia de ello, el Partido ha salido perjudicado.

Una vez más, Beria retiró su moción. Había hablado enérgicamente contra él dos veces. No cabía duda de que, advertido de cuál era mi postura, estaría planeando ya su próximo movimiento. Nunca podría resignarse al hecho de que alguien se interpusiera en su camino.

¿Y cuál fue el siguiente movimiento del bribón de Beria? Veamos lo que ocurrió. Un día paseábamos por alguna parte, Beria, Malenkov y yo, cuando empezó aquél a desarrollar la siguiente idea:

—Todos nosotros estamos en las manos de Dios, como se decía antes. Ya no somos jóvenes. Podría pasarnos cualquier cosa. Deberíamos, pues, prestar alguna atención a nuestra avanzada edad y a nuestras familias. Por tanto, me gustaría proponer que el Gobierno construya dachas y luego las entregue a los dirigentes del país para su uso personal.

La sugerencia era típica de Beria. Casi esperaba de él esta forma de pensar tan poco comunista, acorde con su forma de hacer las cosas. Estaba seguro de que la idea de las dachas formaba parte de algún tipo de provocación. Pero no dije nada; me limité a escuchar. Entonces dijo:

—Propongo construir estas dachas en Sujumi (en la costa del mar Negro) en lugar de en las afueras de Moscú, y no fuera de Sujumi, sino en el mismo centro. Podríamos despejar el centro de la ciudad y convertirlo en un parque.

Empezó a deshacerse en elogios sobre lo maravillosa que era Sujumi. Lo tenía todo pensado: el personal que se utilizaría y los recursos que harían falta. Estaba pensando en algo señorial, en gran escala. Continuó:

—El Ministerio del Interior supervisará el proyecto. En primer lugar, habrá que construir una dacha para ti, Yegor (Malenkov), luego para ti, Nikita, y a continuación para Motolov, Vorochilov y los demás.

Le escuché hasta el final sin tratar de discutir. Durante toda su exposición me limité a decir:

—Sí, tendremos que pensar en ello —como si estuviera de acuerdo con él.

Cuando acabamos de hablar, volvimos a nuestros coches, para irnos a nuestras dachas del campo. Los tres íbamos en el mismo coche hasta la curva de la carretera de Rublev, donde Malenkov y yo debíamos torcer a la izquierda, mientras que Beria tenía que seguir en línea recta. Malenkov y yo bajamos de su coche y entramos en otro. Una vez solos, le dije a mi acompañante:

—Yegor, ¿qué opinas de la idea de Beria? Es una provocación escandalosa.

—¿Por qué?

—No veo en Beria más que a un provocador. Quiere construir esas dachas como una provocación y nada más. No pongamos objeciones de momento. Le dejaremos hacer lo que quiere y creerá que nadie sabe lo que se propone.

Beria empezó a poner en práctica su idea. Mandó que se trazaran los planos para las dachas. Una vez terminados, nos invitó a ir a verle y nos los enseñó. Propuso entonces que la construcción comenzara inmediatamente. Un conocido constructor presentó un informe sobre el proyecto. Este camarada se encarga ahora de construir centrales de energía atómica. Beria le consideraba un aliado de confianza. Trabajó para Beria e hizo lo que éste le dijo. En esa reunión Beria explicó que el emplazamiento de la dacha de Malenkov se había elegido cuidadosamente para que pudiera ver el mar Negro desde su ventana y vigilar a los turcos. Beria bromeó:

—Yegor, podrás ver Turquía. Es bonita. ¿Te das cuenta de lo agradable que será la casa?

Cuando los demás se hubieron ido, me quedé atrás con Malenkov y le dije:

—Es fundamental para los planes de Beria que su dacha se construya en el mismo centro de Sujumi. Los planes prevén el desplazamiento de muchísimas personas. El ministro de la Vivienda ha dicho que el proyecto de las dachas supondrá el desalojamiento de un enorme número de individuos. Esto va a ser una calamidad para ellos. Han vivido en sus tierras durante generaciones y ahora, de repente, todos serán desahuciados. Esto es muy serio. ¿Aún no ves la finalidad de su provocación? Beria quiere comenzar una especie de pogrom, para arrojar a la gente de sus hogares y destruir sus casas a fin de construirte a ti un palacio. La dacha y los jardines estarán cercados. La ciudad estará hirviendo de resentimiento e indignación. La gente preguntará: «¿Para quién están construyendo todo esto?» Y cuando esté terminado, llegarás tú y verán al presidente del Consejo de Ministros salir de su coche y desaparecer en el interior de su palacio. Verán que fuiste tú el autor del pogrom y del desahucio. El odio contra ti se extenderá no sólo a la ciudad de Sujumi, sino a todas partes, por todo el territorio. Y esto es exactamente lo que Beria quiere que ocurra.

Está tratando de llevarte a un escándalo de tales proporciones, que te verás obligado a dimitir. ¿No te das cuenta? Beria dice que mandará trazar planos para su propia dacha, pero ya verás cómo no llega a construirse. Edificará una para ti y la utilizará para desacreditarte.

—¿Cómo puedes decir esto? ¡Beria lo habló todo conmigo!

Pero esta conversación hizo que Malenkov empezara a pensar.

Un día, cuando Beria me estaba mostrando los planos para las dachas, volvió a repetir, con su fuerte acento georgiano:

—¿Verdad que serán unas casas preciosas?

—Sí, mucho —dije—. Es una gran idea.

—¿Por qué no te llevas los planos a casa?

Así que me los llevé conmigo, pero no sabía qué hacer con ellos. Nina Petrovna (señora Kruscheva) los vio y preguntó:

—¿Qué es esto?

Le dije lo que era y se puso furiosa.

—¡Qué idea más desgraciada!

No se lo podía explicar, así que dije:

—Dejémoslos y ya hablaremos de ellos después [6].

Beria trató de acelerar la construcción de las dachas en Sujumi, pero cuando le arrestaron aún no se había hecho nada. Tras su detención cancelamos todo el proyecto. Los planos de las dachas continuaron en mi casa mucho tiempo después.

Pero mientras tanto, los acontecimientos se precipitaron. Beria estaba tratando de intervenir en el trabajo del Partido. Fabricó una especie de documento sobre la situación en la dirección del Partido de Ucrania. ¡De modo que había decidido asestar su primer golpe contra la organización ucraniana! Estaba preparado para ello porque supuse que trataría de implicarme. Yo seguía siendo en gran medida responsable de Ucrania. Beria empezó a recoger testimonios a través de los departamentos regionales del Ministerio del Interior en Ucrania. Strokach era jefe de la oficina del MVD (Ministerio del Interior) en Lvov [7]. Ya ha muerto. Era un comunista sincero y un buen soldado. Antes de la guerra había sido coronel al mando de las tropas fronterizas de Ucrania. Luego, durante la guerra, estuvo a cargo del cuartel general de los guerrilleros en Ucrania. Solía informarme de la situación en territorio ocupado tras las líneas enemigas. Pude darme cuenta de que era una persona honrada y decente. Después de la guerra se le nombró representante del Ministerio del Interior en la región de Lvov. Más tarde averiguamos que, cuando el ministro del Inte-

6. Un detalle fascinante de la vida doméstica de Kruschef y su extraordinaria esposa.

7. T. A. Strokach, teniente general de la policía de seguridad. Posteriormente (1955-56), jefe del MVD ucraniano.

rior de Ucrania, que era un secuaz de Beria, se puso en contacto con Strokach y le pidió material para los trabajadores locales del Partido, éste dijo que él no era responsable del personal y que debía ponerse en contacto con el Comité regional local del Partido. El propio Beria le telefoneó y le dijo que, si pretendía hacer distinciones demasiado sutiles, sería aplastado y reducido a polvo. Nos enteramos de este incidente más tarde, después de detener a Beria, pero por entonces no teníamos idea de que el Partido estuviera siendo minado y subordinado en Ucrania al Ministerio del Interior.

El Presidium empezó a discutir un memorándum de Beria sobre la composición étnica de los órganos de gobierno de Ucrania. La idea de este documento era que se debía mantener a los funcionarios locales (es decir, no rusos) en cargos de dirección en sus repúblicas, sin promoverles a la organización central de Moscú. Como consecuencia del memorándum, se decidió relevar a Melnikov de sus deberes como primer secretario del Comité Central de Ucrania y poner a Kirichenko (ucraniano) en su lugar. Beria propuso también poner a Korneichuk en el Presidium del Comité Central del Partido ucraniano. Así se hizo y se celebró el pleno del Comité Central ucraniano. Korneichuk no se percató de que se le había promovido a fin de favorecer las aspiraciones anti-Partido de Beria. Por ello, dijo toda clase de cosas favorables a Beria y a su memorándum en el curso del pleno. Luego se presentó un memorándum sobre los Estados bálticos seguido de otro sobre Bielorrusia. Ambos recalcaban el principio de la extracción de los dirigentes de cada república de la población local. Aprobamos la decisión de que el cargo de primer secretario de todas las repúblicas debía recaer en una persona local y no en un ruso enviado desde Moscú [8].

Ocurrió que la postura de Beria en este caso era correcta y que coincidía con la del Comité Central de toda la Unión, pero él tomó tal postura para favorecer sus propios fines anti-Partido. Aseguraba que había que invertir el predominio de los rusos en la dirección de las repúblicas no rusas. Todos sabíamos que esto era cierto y congruente con la línea del Partido, pero al principio nadie se dio cuenta de que Beria estaba introduciendo esta idea a fin de agravar las tensiones nacionalistas entre rusos y no rusos y, asimismo, las existentes entre la dirección central de Moscú y la local de las repúblicas.

Al llegar a este punto llamé aparte a Malenkov y le dije:

—Escucha, camarada Malenkov. ¿No te das cuenta de a dónde va esto a parar? Vamos al desastre. Beria está afilando la espada.

8. Se refiere a la operación todavía oscura realizada por Beria para estimular la dirección local en las repúblicas autónomas. Fue arrestado y fusilado antes de que sus fines a largo plazo se manifestaran claramente, aunque la explicación de Kruschef es probablemente correcta. A. I. Kirichenko era, en realidad, un protegido de Kruschef que debía de llegar a grandes alturas a la sombra de su amo hasta su súbita y no explicada caída en 1960.

—Pero, ¿qué podemos hacer? —me preguntó Malenkov—. Me doy cuenta de lo que ocurre; pero, ¿qué vamos a hacer?

—Ha llegado el momento de resistir. Ciertamente, comprendes que la postura de Beria tiene un carácter anti-Partido y no debemos aceptar lo que está haciendo. Hemos de rechazarlo.

—¿Quieres decir que debo enfrentarme a él yo solo? La verdad es que no deseo hacerlo.

—¿Qué te hace pensar que estarás solo si te opones a él? Estamos juntos tú y yo; con esto ya somos dos. Estoy seguro de que Bulganin estará también de acuerdo. He cambiado impresiones con él más de una vez. Tengo la confianza de que los demás se unirán a nosotros si formulamos nuestros argumentos desde una firme postura de Partido. El problema consiste en que tú nunca das oportunidad a nadie para hablar en nuestras sesiones del Presidium. En cuanto Beria presenta una moción, tú siempre te apresuras a apoyarla diciendo: «Muy bien, camarada Beria. Una buena moción. Te apoyo. ¿Alguien se opone?» E inmediatamente la pasas a votación. Danos ocasión a los demás de expresarnos por una vez y verás lo que ocurre. Domínate. No sean tan nervioso. Verás que no eres tú el único que piensa así. Estoy convencido de que hay muchas personas a nuestro lado y contra Beria. Tú y yo preparamos el orden del día juntos. Incluyamos entonces para la próxima discusión algunos asuntos sobre los que creamos que Beria está en un error. Entonces nos opondremos a él. Estoy convencido de que podremos movilizar a todos los demás miembros del Presidium a nuestro favor y que nuestras resoluciones saldrán adelante. Vamos a intentarlo.

Malenkov, finalmente, accedió. Estaba sorprendido y encantado. Redactamos el orden del día para la siguiente sesión del Presidium e incluimos algunos asuntos sobre los que sabíamos que los demás nos apoyaban. Beria fue derrotado. Este esquema se repitió en varias sesiones y sólo entonces Malenkov llegó a confiar en que podíamos utilizar métodos conjuntos contra Beria a fin de derrotar propuestas que, a nuestro modo de ver, eran perjudiciales para el Partido y para el país. Cuando Beria se dio cuenta de que los otros miembros del Presidium le estaban anulando, trató de acelerar las cosas. Montó un formidable espectáculo tratando de demostrar su superioridad por todos los medios. Estábamos pasando por un período muy peligroso. Pensé que había llegado el momento de forzar la situación hacia una confrontación y de actuar.

Le dije a Malenkov que teníamos que hablar con los demás miembros del Presidium y conseguir que se pusieran a nuestro lado. Evidentemente, no se debía intentar hacerlo durante una sesión, delante de Beria. Tendríamos que hablar cara a cara con cada individuo a fin de descubrir su verdadera actitud hacia Beria. Finalmente Malenkov accedió, diciendo:

—Sí, debemos actuar.

Yo ya sabía que Bulganin estaba a favor de la postura del Partido y comprendía totalmente el peligro que Beria representaba para el mismo. Malenkov y yo decidimos que, para empezar, yo hablaría con el camarada Vorochilov, con quien trabajaba en alguna que otra ocasión. Decidí que éste sería mi pretexto para ir a verle. Le telefoneé y le dije que quería reunirme con él para hablar de una comisión. El camarada Vorochilov dijo que prefería venir a verme al edificio del Comité Central.

—No —dije.

—Por favor, permíteme ir a tu despacho.

Insistió en que debía venir, pero al final le convencí. Malenkov y yo quedamos en que pasaría por su casa de regreso a la mía, cenaríamos juntos y le contaría cómo me había ido en mi conversación. Malenkov y yo vivíamos en la misma casa y en la misma escalera. Mi apartamento estaba inmediatamente encima del suyo.

Fui al despacho del camarada Vorochilov en el Soviet Supremo, pero no conseguí lo que pretendía.

No había hecho más que entrar en el despacho cuando Vorochilov empezó a cantar alabanzas de Beria:

—¡Qué hombre tan notable es Lavrenti Pavlovich, camarada Kruschef! ¡Qué hombre tan notable!

—Quizá no —respondí—. Es posible que le sobrestimes.

Pero después de la forma en que Vorochilov me había recibido, no podía hablarle francamente sobre Beria. Pensé que quizá había dicho todo aquello porque creyó que estaba siendo espiado y que se expresó así para las «orejas de Beria» (dispositivos de espionaje, en argot).

Por otra parte, también podría ser que me considerase aliado de Beria. Esto era concebible puesto que con frecuencia se nos veía juntos a Beria, a Malenkov y a mí. En cualquier caso, mi opinión de Beria era totalmente opuesta a la de Vorochilov. Pero, si llego a decirle francamente lo que pensaba, lo hubiera puesto en una situación muy embarazosa. No hubiera podido mostrarse de acuerdo conmigo simplemente por orgullo. No podía acercarse inmediatamente a mi postura después de haber alabado a Beria en cuanto traspuse la puerta. Después de todo, mi propia actitud estaba comprometida por la necesidad de eliminar a Beria.

Así es que Vorochilov y yo cambiamos unas palabras sobre el asunto por el que oficialmente me había citado con él. Era una cuestión trivial y pronto me marché a cenar con Malenkov, tal como habíamos planeado. Le conté que no había conseguido nada en mi visita a Vorochilov y que no había podido hablar abiertamente con él.

Malenkov y yo acordamos hablar con el camarada Molotov, que era ministro de Asuntos Exteriores y me había llamado anteriormente preguntándome si podíamos reunirnos en las oficinas del Comité Central para discutir un asunto relativo al personal del Ministerio. Utilicé su llamada como pretexto para concertar una entrevista y le telefoneé diciendo:

—Querías reunirte conmigo. Estoy dispuesto a verte en cualquier momento. Si puedes, ven para acá ahora mismo. Hablaremos sobre el personal.

Llegó poco después y le dije:

—Hablemos del personal, pero no del afecto al Ministerio de Asuntos Exteriores.

Le expuse mis ideas sobre el papel de Beria. Le hablé de la clase de persona que era y el peligro que amenazaba al Partido si no desbaratábamos sus intrigas contra los dirigentes. Anteriormente le había dicho que Beria ya había puesto en movimiento su plan para agravar las tensiones nacionalistas en las repúblicas.

Aparentemente Molotov había estado pensando mucho sobre esto. Desde luego, no podía dejar de pensar en ello, pues sabía prácticamente todo lo que había ocurrido durante el gobierno de Stalin. Cuando Molotov todavía disfrutaba de la confianza de Stalin, con frecuencia yo había oído hablar a aquél duramente de Beria, aunque nunca en presencia de Stalin. Personalmente, Molotov había sido víctima de la hipocresía y traidoras provocaciones de Beria en las reuniones con Stalin, y más de una vez le oí llamar a las actividades de Beria por su nombre exacto, en su cara. Por consiguiente, en cuanto llegué a la cuestión grave, vi que Molotov estaba totalmente de acuerdo conmigo.

—Sí —dijo—, estoy totalmente de acuerdo contigo. Pero quiero preguntarte una cosa: ¿Cuál es la postura de Malenkov?

—Estoy discutiendo esto contigo en nombre de Malenkov y Bulganin. Ya hemos cambiado impresiones sobre el particular.

—Es totalmente correcto —añadió— que saques a relucir esta cuestión. Estoy plenamente de acuerdo contigo y tienes todo mi apoyo. Pero dime: ¿Qué es lo que quieres hacer exactamente? ¿A dónde va a parar todo esto?

—Primero tenemos que relevar a Beria de sus deberes como miembro del Presidium, vicepresidente del Consejo de Ministros y ministro del Interior.

Contestó que no era suficiente:

—Beria es muy peligroso. Por ello creo que debemos, por decirlo así, recurrir a medidas más extremas.

—¿Crees que debemos detenerle para una investigación?

Dije «detener» en lugar de «arrestar» porque todavía no existían cargos criminales contra él. No me costaba trabajo creer que había sido agente de los mussavatistas, como Kaminsky había dicho, pero su acusación no llegó a comprobarse. Nunca hubo una investigación de la actuación de Beria en Bakú. Por

lo que se refiere a su comportamiento provocador, sólo teníamos nuestra intuición para seguir adelante, y no se puede arrestar a un hombre basándose en intuiciones. Por eso dije que tendríamos que «detenerle» para abrir una investigación. Molotov y yo nos pusimos de acuerdo y partimos. Posteriormente les conté a los camaradas Malenkov y Bulganin lo ocurrido.

Decidimos que sería mejor acelerar las cosas porque podríamos ser espiados por las «orejas de Beria» o cabía el peligro de que alguien se fuese de la lengua. En resumen, la información sobre las medidas que estábamos tomando podría llegar hasta Beria y él podría hacernos arrestar a todos.

Convinimos en que yo debía hablar con Saburov, que entonces era miembro del Presidium. Así lo hice, y me respondió rápidamente:

—Estoy de acuerdo contigo.

A continuación preguntó:

—Pero, ¿y Malenkov?

Todas las personas con las que hablé me preguntaron lo mismo.

Por entonces Kaganovich no estaba en Moscú. Se hallaba realizando una gira de inspección de la industria maderera. A su regreso, le pedí que fuera a verme a la oficina del Comité Central. Llegó por la noche, nos sentamos y estuvimos charlando mucho tiempo. Me habló con todo lujo de detalles de Siberia y de los aserraderos. No intenté interrumpirle, aunque no eran precisamente aserraderos lo que tenía en la cabeza. Demostré la necesaria cortesía y tacto y esperé a que se cansara de hablar. Cuando terminó su informe, le dije:

—Lo que me has contado está muy bien. Ahora quiero hablarte de lo que está pasando aquí.

Le expuse las circunstancias y las conclusiones a que habíamos llegado.

Kaganovich aguzó el oído inmediatamente y preguntó:

—¿Quiénes somos «nosotros»?

Formuló la pregunta así para medir la distribución del poder. Le dije que Malenkov, Bulganin, Molotov, Saburov y yo estábamos de acuerdo y que sin él éramos mayoría. Kaganovich declaró de inmediato:

—Yo estoy con vosotros. Por supuesto que estoy con vosotros. Era sólo una pregunta.

Pero yo sabía lo que estaba pensando y que él sabía a su vez lo que pensaba yo. Entonces me preguntó:

—¿Y Vorochilov?

Le conté mi embarazosa entrevista con éste y cómo había alabado a Beria.

—¿Eso dijo? —exclamó Kaganovich. Parecía no creerlo.

—Sí —le dije—. Empezó a cantar las alabanzas de Beria en cuanto entré en su despacho.

Kaganovich maldijo a Vorochilov, pero sin malicia:

—¡Ese astuto bastardo! Te mintió. El mismo me ha dicho que no puede soportar a Beria, que es peligroso y que le considera capaz de arruinarnos a todos.

—Supuse que Vorochilov no estaba siendo sincero conmigo, pero de todas maneras, eso es lo que dijo.

—Lo que dijo no significa nada.

—Entonces parece que tendremos que intentar hablar con él por última vez. Quizá Malenkov sea el más indicado. Como yo ya lo he hecho, sería mejor que no vuelva a sacarle a relucir el tema de Beria. No quisiera ponerle en una situación embarazosa.

Convinimos en ello.

—¿Y qué hay acerca de Mikoyan? —me preguntó Kaganovich.

—Aún no he hablado con él. Su caso es algo más complicado.

Todo el mundo sabía que las relaciones de Mikoyan con Beria eran excelentes. Estaban siempre juntos y siempre el uno siguiendo al otro. Tendríamos que hablar con él alguna vez, pero habría que hacerlo más adelante.

Le conté a Malenkov mi conversación con Kaganovich y coincidió en que sería mejor que fuera él quien hablara con Vorochilov. Con esto sólo quedaba Pervujin. Malenkov dijo súbitamente:

—Quiero hablar personalmente con Pervujin.

—No faltaba más, si así lo deseas, pero Pervujin es un hombre complejo. Yo le conozco.

—Yo también le conozco.

Malenkov invitó a Pervujin a ir a verle y a continuación se puso en contacto conmigo:

—Verás, mandé llamar a Pervujin y le conté todo. Dijo que lo pensaría. Eso es muy peligroso. Creo que deberías encargarte de él, y será mejor que lo hagas inmediatamente. ¿Quién sabe lo que podría ocurrir? «Lo pensaré». Eso es muy peligroso.

Telefoneé al camarada Pervujin. Vino a verme. Le conté todo en términos muy francos. Me dijo:

—Si Malenkov me lo hubiera explicado tan claramente como tú, no habría quedado ninguna duda en mi mente. Estoy completamente de acuerdo contigo. No hay alternativa.

No sé lo que Malenkov había dicho a Pervujin, pero ahora estaba arreglado.

De este modo pasamos por todos los miembros del Presidium, excepto Vorochilov y Mikoyan. Acordamos que yo hablaría con Mikoyan y Malenkov con Vorochilov. Más tarde fui a ver a Malenkov y le pregunté por su conversación con Vorochilov.

—¿Qué ocurrió? —dije—. ¿Aún sigue cantando alabanzas de Beria?

—En cuanto le expuse nuestro plan —me contestó Malenkov— me abrazó y empezó a llorar.

No sé si esto ocurrió en realidad, pero el camarada Malenkov no tenía ninguna necesidad de mentirme.

Todavía surgió otra cuestión. Una vez decidido formalmente desposeer a Beria de sus cargos, ¿quién iba a detenerle? La guardia personal del Presidium le obedecía a él. Sus chekistas estarían en la habitación de al lado durante la sesión y Beria podía ordenarles fácilmente que nos arrestaran a todos nosotros y nos tuvieran incomunicados. Nos encontraríamos entonces totalmente indefensos, pues había una considerable guardia armada en el Kremlin. Por consiguiente, decidimos solicitar la ayuda de los militares. En primer lugar, conconfiamos la detención de Beria al camarada Moskalenko, comandante de la defensa aérea, y a cinco generales [9]. Esta era mi idea. Luego, la víspera de la sesión, Malenkov amplió el círculo incluyendo al mariscal Zhukov y a algunos más. En total, once mariscales y generales. En aquellos días se requería a todo el personal militar que depositara sus armas al penetrar en el Kremlin, pero se encargó al camarada Bulganin de que se permitiera entrar con sus pistolas a los mariscales y generales. Decidimos que el grupo de Moskalenko esperara una señal en otra habitación mientras tenía lugar la sesión. Cuando Malenkov hiciera la llamada, debían entrar en la sala donde se estaba celebrando la reunión y poner a Beria bajo custodia.

Acordamos convocar una sesión del Presidium del Consejo de Ministros, pero invitamos también a todos los miembros del Presidium del Comité Central. Malenkov abrió la asamblea como si se tratara de una sesión del Comité Central y no del Consejo de Ministros, para que pudiéramos discutir la situación del Partido.

El camarada Vorochilov hubo de ser especialmente invitado, puesto que era presidente del Presidium del Soviet Supremo y, por consiguiente, no asistía normalmente a las sesiones de ninguno de los dos órganos.

Nada más abrir la sesión, Malenkov dijo:

—Vamos a discutir cuestiones del Partido. Hay algunos asuntos que debemos resolver de inmediato.

Todo el mundo asintió. Tal como se había acordado previamente, pedí la palabra al camarada Malenkov y propuse que discutiéramos la cuestión de Beria. El estaba sentado a mi derecha. Fue a decir algo, me tomó la mano, me miró con expresión sobresaltada y preguntó:

—¿Qué ocurre, Nikita? ¿Qué estás murmurando?

—Presta atención —le respondí—. Pronto lo sabrás.

9. General K. S. Moskalenko, más tarde mariscal. En la época del arresto de Beria era el comandante de la defensa aérea de Moscú.

Y he aquí lo que dije: me referí al pleno del Comité Central de febrero de 1939, en el que el camarada Grisha Kaminsky acusó a Beria de haber trabajado para el servicio de contraespionaje mussavatista y, por consiguiente, para el servicio de inteligencia inglés, cuando era secretario de la organización del Partido en Bakú. Entonces recordé que inmediatamente después de la reunión Grisha Kaminsky había desaparecido como una piedra en el agua:

—Siempre me había intrigado la afirmación de Kaminsky y por qué nadie hizo el menor intento de explicar lo que había dicho.

A continuación pasé revista a los movimientos de Beria desde la muerte de Stalin, su interferencia con las organizaciones del Partido de Ucrania, Bielorrusia y los Estados bálticos. Describí cómo Beria, al igual que todos los enemigos del Partido comunista, se apoyaba en los antagonismos nacionalistas para minar la unidad soviética. Mencioné su última propuesta sobre la política a seguir con los exiliados y presos, señalando que trataba de legalizar la arbitrariedad. Concluí diciendo:

—Como resultado de mis observaciones de las actividades de Beria, tengo la impresión de que no es comunista. Es un oportunista que se ha abierto camino en el Partido por razones egoístas. Su arrogancia es intolerable. Ningún comunista sincero podría comportarse de la forma que lo hace él en el Partido.

Cuando terminé de hablar, Bulganin pidió la palabra y dijo algo que reforzaba mis palabras. Luego los demás hablaron a su vez. Los otros camaradas resaltaron los mismos principios, con la excepción de Mikoyan, que habló el último. Repitió lo que me había dicho antes de la sesión, cuando tuve mi conversación con él: que Beria tendría muy en cuenta nuestras críticas y se reformaría, que no era un caso perdido y que aún podía ser útil en el gobierno colectivo.

Cuando todos hubieron hablado, Malenkov, que era el presidente, debió haber resumido las intervenciones y formulado una aprobación, pero en el último momento perdió el dominio de sus nervios. Tras la intervención final, la sesión se quedó colgando. Hubo una larga pausa. Me di cuenta de que estábamos en dificultades y pedí la palabra al camarada Malenkov a fin de proponer una moción. Tal como habíamos acordado de antemano, propuse que el Presidium del Comité Central relevara a Beria de sus deberes como vicepresidente del Consejo de Ministros y ministro del Interior y de todos los demás cargos gubernamentales que ostentaba. Malenkov seguía presa del pánico. Que yo recuerde ni siquiera pasó a votación mi propuesta. Pulsó un botón secreto que dio la señal a los generales que esperaban en la habitación contigua. Zhukov fue el primero en aparecer. A continuación entraron Moskalenko y los demás. Malenkov dijo con una voz tenue al camarada Zhukov:

—Como presidente del Consejo de Ministros de la U. R. S. S., le requiero para que ponga a Beria bajo custodia en tanto se halle pendiente la investigación de los cargos formulados contra él.

—¡Manos arriba! —ordenó Zhukov a Beria.

Moskalenko y los demás se desabrocharon las pistoleras por si intentaba algo. Beria pareció ir a coger su cartera, que estaba detrás de él, en el alféizar de una ventana. Le sujeté el brazo para impedirle que cogiera una posible arma. Hicimos después las comprobaciones necesarias y descubrimos que no había ninguna pistola, ni en la cartera ni en sus bolsillos. Su rápido movimiento había sido simplemente un acto instintivo.

Beria fue puesto bajo custodia armada en el edificio del Consejo de Ministros contiguo al despacho de Malenkov. Entonces surgió un problema. Habíamos detenido a Beria, pero ¿a dónde le llevaríamos? No se lo podíamos entregar al Ministerio del Interior porque en él estaban sus hombres. Los lugartenientes de Beria eran Kruglov [10] y Serov. Apenas había tratado a Kruglov, pero a Serov lo conocía bien y confiaba en él. Pensaba, y sigo pensando, que es un hombre honrado. Si hay unas pocas cosas dudosas sobre él, como las hay sobre todos los chekistas, digamos que fue una víctima de la política general de Stalin. Al principio propuse que Serov pusiera a Beria bajo custodia, pero los demás se opusieron.

Finalmente, decidimos confiarlo al comandante de la defensa aérea, camarada Moskalenko, que mandó a sus hombres trasladar a Beria a un fortín de su cuartel general. Estaba seguro de que Moskalenko haría todo lo necesario por la causa del Partido.

Cuando todo hubo concluido, Malenkov me tomó aparte y me dijo:

—Escucha lo que el jefe de mi guardia personal tiene que decir.

El hombre se acercó a mí y me dijo:

—Me acabo de enterar de que Beria ha sido arrestado. Quiero informarte de que violó a mi hijastra, alumna de séptimo grado. Hace aproximadamente un año su abuela murió y mi esposa tuvo que ir al hospital, dejando a la muchacha sola en casa. Una noche salió a comprar pan cerca del edificio donde vive Beria. Allí se encontró con un viejo que la miraba fijamente. Se asustó. Alguien llegó y la llevó a casa de Beria, quien le hizo sentarse a cenar con él. Bebió algo extraño, se quedó dormida y Beria la violó.

10. S. N. Kruglov, coronel general de la policía de seguridad, fue en su día subdirector del Smerch (Muerte a los Espías y Desviacionistas) y responsable de la seguridad de Stalin, Roosevelt y Churchill en Yalta y Teherán. Aun en este cargo tenía fama de vengativo y cruel. Sin embargo, a diferencia de algunos de sus colegas, era personalmente valiente. Sucedió a Beria como ministro del Interior, con poderes limitados, hasta su caída en 1957. El jefe del MGB en esta época no era Serov, sino el aliado de Kruschef, S. D. Ignatiev.

—Quiero —le dije a este hombre— que repitas al fiscal durante la investigación todo lo que me has dicho.

Más tarde recibimos una lista de más de cien muchachas y mujeres que habían sido violadas por Beria. Había utilizado el mismo sistema con todas ellas: les daba de cenar y les ofrecía vino con un somnífero.

Una vez incomunicado, Beria pidió lápiz y papel. Nos consultamos mutuamente. Algunos dudábamos, pero decidimos darle lo que quería por si había sentido el impulso de contarnos cándidamente lo que sabía sobre nuestras acusaciones. Empezó a escribir notas. La primera era para Malenkov: «Yegor, ¿es que no me conoces? ¿No somos amigos? ¿Por qué te fiaste de Kruschef? El es quien te ha metido en esto, ¿no es verdad?», etc. También me envió a mí dos o tres notas jurando que era un hombre honrado, etc.

No confiábamos en la capacidad del fiscal del Estado para investigar el caso de Beria objetivamente, así es que le despedimos y le sustituimos por el camarada Rudenko [11]. Cuando Rudenko empezó a interrogar a Beria, se desveló ante nosotros la imagen de un hombre espantoso, una bestia para quien nada era sagrado. Cuando abrimos los archivos y le llevamos a juicio, descubrimos los métodos que Beria había utilizado para conseguir sus fines. No sólo no había en él nada de comunista; carecía del más ligero vestigio de decencia humana.

Tras el arresto de Beria se planteó la cuestión de qué hacer con Merkulov, que era ministro de la Seguridad del Estado [12]. Admito que le tenía mucha estima y le consideraba un buen miembro del Partido. Era indudablemente una persona culta y en general me agradaba. Por tanto, les dije a los demás:

—El mero hecho de que Merkulov fuera el ayudante de Beria en Georgia no significaba que sea cómplice de sus crímenes. Quizá no lo fue. No podemos tratar a todos los que trabajaron con Beria como cómplices suyos. Llamemos a Merkulov y hablemos con él. Podría ayudarnos a aclarar algunas de las restantes cuestiones sobre Beria.

De acuerdo con los demás, cité a Merkulov en las oficinas del Comité Central y le conté lo que había ocurrido, que habíamos detenido a Beria y que se estaba realizando una investigación.

—Tú trabajaste para Beria durante muchos años, camarada Merkulov —le dije— y, por consiguiente, pensamos que podrías ayudar al Comité Central en su investigación.

11. R. A. Rudenko, ucraniano que fue fiscal principal de la U. R. S. S. en los juicios de Nuremberg de los dirigentes nazis y se convirtió en fiscal general en 1953.

12. V. N. Merkulov, policía secreto extremadamente presentable pero no menos desagradable, y muy unido a Beria. Fue sustituido por Abakumov como jefe del MGB en 1964, pero pronto fue elegido ministro de la Seguridad del Estado. Juzgado con Beria, fue fusilado.

—Haré todo lo que pueda con mucho gusto.

—Entonces, haznos un informe.

Pasaron unos días y Merkulov presentó un largo memorándum. No valía absolutamente para nada. Era más bien una novela. El tal Merkulov era escritor. Había hecho obras de teatro y sus escritos de ficción eran buenos. Después de enviar el material a la oficina del fiscal, Rudenko me llamó y me pidió una cita. Cuando vino a mi despacho me dijo que sin el arresto de Merkulov nuestra investigación sobre el caso de Beria sería incompleta. El Comité Central aprobó el arresto. Muy a mi pesar, pues había confiado en él, Merkulov resultó estar complicado en algunos de los crímenes de Beria. Fue condenado y tuvo que asumir la misma responsabilidad. En sus últimas palabras, después de que el tribunal le comunicara su sentencia, maldijo el día y la hora en que había conocido a Beria. Dijo que él le había conducido a este fin. En definitiva, reconoció la criminalidad de sus acciones y formuló su propio juicio contra el hombre que le había incitado al crimen.

Entre las personas que pudimos devolver a una vida útil y activa tras la caída de Beria estaba Alexandr Petrovich Dovzhenko, el brillante director de cine que tan injustamente cayó en desgracia durante la guerra. Poco después del arresto de Beria, me pidió una cita. Vino a mi oficina y me contó la siguiente historia:

Un día el director Chiaureli, el que hizo *La caída de Berlín,* pidió a Dovzhenko que fuera a verle. Chiaureli dependía totalmente del mecenazgo de Stalin y no fue por accidente que su película mostrara a Stalin estudiando problemas de estrategia militar en un gran salón rodeado de sillas vacías, en toda su grandeza solitaria, a excepción del general Poskrebichev, jefe de la Sección Especial del Comité Central. En resumen, Chiaureli era un miserable adulador. Tras la muerte de Stalin y el arresto de Beria le enviamos a los Urales. No sé qué lugar ocupa hoy en el mundo de las artes cinematográficas o si aprendió alguna lección de las críticas que jalonaron su camino tras la muerte de su protector. De cualquier modo, Chiaureli citó a Dovzhenko y le dijo:

—Camarada Dovzhenko, te aconsejo que vayas a ver al camarada Beria. Está muy interesado por ti y tiene una proposición que hacerte. Conviene que escuches lo que tiene que decirte.

Dovzhenko estaba perplejo: ¿Por qué le decía Chiaureli que fuera a ver a Beria? ¿Qué tenía él que ver con el Ministerio del Interior? Al final decidió no ir.

Expliqué a Dovzhenko:

—Fíjate, Alexandr Petrovich, que Chiaureli estaba tratando de reclutarte como agente de Beria. Se dio cuenta, y tenía razón, de que tú eras una persona influyente y habrías sido útil para los planes de Beria en Ucrania. Quería

hacerte su secuaz para poder contar contigo cuando empezara su baño de sangre. Sus planes sólo podían ser sangrientos, porque Beria no conocía otros métodos.

Consideraba a Dovzhenko como un hombre honrado, leal y un buen ciudadano. Algunas veces puede haber dicho cosas que resultaran desagradables a los oídos de los dirigentes, pero siempre es mejor oír esas cosas de un hombre honrado que de un enemigo. Siempre se puede hablar razonablemente con un hombre honrado si está en un error, y se puede aprender de él si tiene razón. Tras la muerte de Alexandr Petrovich animé a los ucranianos a que rebautizaran los Estudios Cinematográficos de Kiev con su nombre, y así lo hicieron.

La historia de Dovzhenko sobre la tentativa de Beria de comprometerle fue sólo una de las primeras, y no la más sorprendente ni muchísimo menos, de un torrente de revelaciones sobre las actividades pasadas de Beria que salieron a la luz tras su arresto.

El XX Congreso del Partido

El arresto de Beria tuvo lugar en junio de 1953. Por lo que se refiere a la política doméstica, saltamos ahora al crítico XX Congreso del Partido en febrero de 1956, y a partir de ahí todo es silencio. El período comprendido entre junio de 1953 y febrero de 1956 fue decisivo para Kruschef. En septiembre de 1953 asumió el cargo de primer secretario del Partido, que había estado vacante desde que Malenkov fue obligado a renunciar a él (aunque pudo retener su puesto de primer ministro), a los diez días de la muerte de Stalin. Desde entonces, la ficción del gobierno colectivo, tan diligentemente mantenida, empezó a desintegrarse a pasos agigantados. En febrero de 1955 Malenkov tuvo que dimitir como primer ministro. Fue sustituido por Bulganin, cuyo papel era secundario y no estaba muy claro. Pero Malenkov seguía siendo una potencia en el Politburó y estaba claro que Molotov, Mikoyan y otros vigilaban muy de cerca al hombre que habían elegido para dirigir su Partido. No obstante, se multiplicaron los signos de que Kruschef se había embarcado en un intento más o menos abierto de supremacía. Estaba revolviendo la industria y la agricultura, sobre todo con su campaña de las tierras vírgenes. Se estaba dando a conocer, tanto en el país como en el extranjero, como el verdadero amo, aunque algunos de sus colegas se oponían activamente a varias de sus medidas políticas. Mikoyan, por ejemplo (y también otros), protestó contra la campaña de las tierras vírgenes; Molotov se opuso y, como consecuencia, fue humillado públicamente. Kruschef estaba erigiendo su propio culto a la personalidad. Estaba adoptando

también (y esto continuó hasta la caída de Malenkov) la actitud estalinista sobre la invulnerabilidad de Rusia en el caso de una guerra atómica y sobre la primacía de la industria pesada sobre los bienes de consumo (Malenkov había declarado que la Unión Soviética sería aniquilada junto con el resto del mundo en una guerra nuclear y se había embarcado en un programa de dedicación del dinero y recursos de la industria pesada a la manufactura de bienes de consumo).

En la época del XX Congreso del Partido, Kruschef había alcanzado una posición muy alta, pero todavía tenía dieciséis meses por delante antes de lograr la supremacía (en junio de 1957, con la destrucción del llamado grupo anti-Partido: Malenkov, Molotov, Kaganovich y otros). Aun así, a diferencia de Stalin, era vulnerable si sus colegas más allegados decidían actuar unánimemente contra él, como lo harían en octubre de 1964. En febrero de 1956, sin embargo, estaban aún pasando por las últimas etapas de su ascensión. Pocos estudiosos de asuntos soviéticos quedarán satisfechos con el relato de Kruschef sobre los antecedentes del famoso Discurso Secreto contra Stalin. Evidentemente, Kruschef fue forzado a una situación muy expuesta por sus colegas (entre los que destacó Malenkov), cuyas aspiraciones estaban divididas. Algunos se preocupaban sobre todo de recordar al Partido que Stalin estaba muerto y sus sucesores bajo un estricto control. Otros, advirtiendo a regañadientes esta necesidad, creían que, obligando a Kruschef a pronunciar el discurso, él sería la primera víctima de la inevitable tormenta. Kruschef, que había inaugurado el Congreso con su Informe General, está claro que no tenía ninguna intención de denunciar a su antiguo amo antes de que terminaran las sesiones. Entonces decidió volver las tornas y por pura audacia atribuirse el mérito del nuevo curso al que se había estado resistiendo. Era un asunto peligroso, pero le salió bien el juego.

Se había producido una situación ambigua. Stalin estaba muerto y enterrado, pero, hasta el arresto de Beria, la política stalinista seguía en vigor. Las cosas continuaban como siempre. Nadie pensaba en rehabilitar a las personas que habían ido a la tumba, calificadas de enemigos del pueblo, ni en liberar a los prisioneros de los campos. La mayoría siguieron allí hasta el XX Congreso del Partido, ¡tres años después de la muerte de Stalin! Durante todo este tiempo fuimos incapaces de romper con el pasado, incapaces de reunir el valor y la determinación necesarias para levantar la cortina y ver lo que se había escondido a nuestros ojos sobre los arrestos, juicios, arbitrariedades, ejecuciones y todo lo demás que ocurrió durante el reinado de Stalin. Era como si estuviéramos encadenados por nuestras propias actividades durante el gobierno de Stalin y no pudiéramos librarnos de su influjo aun después de haber éste muerto. Hasta 1956 no pudimos deshacernos de las consecuencias psicológicas de la histeria que se

había adueñado de nosotros durante la caza de enemigos del pueblo. Seguimos creyendo en la ilusión creada por Stalin de que estábamos rodeados de enemigos, de que debíamos luchar contra ellos y que, siguiendo los métodos justificados en la teoría y establecidos en la práctica por el propio Stalin, estábamos intensificando la lucha de clases y consolidando los logros de la Revolución. No podíamos imaginar que todas esas ejecuciones durante las purgas eran, desde un punto de vista legal, auténticos crímenes. Pero era verdad. Stalin había cometido actos criminales, actos que serían punibles en cualquier Estado del mundo, excepto en los Estados fascistas, como el de Hitler y el de Mussolini [13].

Luego vino el arresto de Beria y la investigación de su caso. Hubo revelaciones asombrosas sobre la maquinaria secreta que se nos había ocultado y que había causado la muerte de tantas personas. Recuerdo que me sentí especialmente impresionado por la revelación de que Kedrov había sido ejecutado como enemigo del pueblo. Kedrov fue el primer comandante del norte que organizó la defensa de nuestro país contra los ingleses. Pero incluso cuando se nos abrieron los ojos durante el proceso de Beria, nos resistíamos a creer que el propio Stalin pudiera estar detrás del terror que Beria refrendó. De momento dimos al Partido y al pueblo explicaciones incorrectas sobre lo que había ocurrido. Culpamos de todo a Beria, que era una figura oportuna. Hicimos todo lo que pudimos por proteger a Stalin, no dándonos cuenta del todo de que estábamos protegiendo a un criminal, un asesino, un homicida. Repito: hasta 1956 no nos libramos de la subordinación a Stalin.

Me di cuenta por primera vez de la falsedad de nuestra postura en 1955, durante un viaje hecho a Yugoslavia para conversar con el camarada Tito. Cuando tocamos el tema terror y mencionamos a Beria como culpable de los crímenes del período de Stalin, los camaradas yugoslavos sonrieron con sorna e hicieron observaciones sarcásticas. Nos sentimos irritados y emprendimos una larga discusión en defensa de Stalin. Más tarde hablé públicamente en defensa de Stalin cuando los yugoslavos le criticaron. Ahora veo con claridad que mi postura era equivocada. No acababa de darme cuenta de la necesidad no sólo de revelar los crímenes, sino de atribuir esos actos al verdadero culpable para que los métodos stalinistas no volvieran a usarse en nuestro Partido.

Todavía lloraba a Stalin como un dirigente extraordinariamente poderoso. Sabía que había ejercido su poder arbitrariamente y no siempre en la dirección adecuada, pero en lo fundamental la fuerza de Stalin, pensaba, se había aplicado a la afirmación del socialismo y a la consolidación de los logros de la Revolución de Octubre. Stalin podía haber empleado métodos que, desde mi punto de vista, eran inadecuados y hasta bárbaros, pero aún no había yo comenzado

13. Es la primera vez que Kruschef, o cualquier político soviético, llega al extremo de comparar los actos de Stalin con los de Hitler.

a poner en duda la base del derecho de Stalin a un especial lugar de honor en la historia.

Sin embargo, ciertos interrogantes aparecían ante mí y para ellos no tenía respuesta. Como los demás, estaba empezando a preguntarme por qué de todos los que fueron arrestados ninguno había salido absuelto y por qué de todos los enviados a prisión ninguno había sido puesto en libertad. Comenzaba a dudar de si todos los arrestos y condenas estaban justificados desde el punto de vista de las normas judiciales. Pero Stalin había sido Stalin. Hasta después de la muerte ejercía una autoridad casi inapelable, y aún no se me había ocurrido que fuera capaz de abusar de su poder.

No obstante, en parte debido a las revelaciones surgidas durante la investigación del caso Beria, sentía el impulso de levantar la cortina un poco más, para averiguar exactamente quiénes habían sido arrestados, qué métodos se habían empleado en los interrogatorios y qué pruebas justificaban los arrestos. Planteé la cuestión en una sesión del Presidium y propuse que se realizara una investigación a fin de lograr un panorama más claro de lo que había ocurrido bajo el régimen de Stalin [14]. Estaba especialmente deseoso de hacer esto a la vista del próximo XX Congreso del Partido .

Naturalmente, a Vorochilov, Molotov y Kaganovich no les entusiasmó mucho mi sugerencia. Por lo que recuerdo, Mikoyan no me apoyó activamente, pero tampoco hizo nada por bloquear mi propuesta. Expliqué a los que se oponían a la idea que, puesto que el XX Congreso del Partido era el primero tras la muerte de Stalin, tendríamos que demostrar que éramos capaces de asumir toda la responsabilidad del gobierno del Partido y del país. Ello suponía que tendríamos que saber exactamente qué había ocurrido bajo Stalin y qué había motivado sus decisiones sobre varios asuntos, especialmente respecto a todas las personas que habían sido arrestadas. Había una pregunta que con toda seguridad iba a surgir en el Congreso: Por qué había aún tantas personas en prisión y qué había que hacer con ellas ahora. En resumen, tendríamos que responder de lo que había ocurrido en la vida de Stalin y de los problemas que surgieron de su política, que aún seguían entre nosotros después de su muerte.

Nombramos una comisión y encargamos de ella a Pospelov [15]. Las pruebas reunidas por la comisión de Pospelov constituyeron una completa sorpresa para

14. En 1954 el Presidium del Partido formó efectivamente una comisión investigadora, poco después de la ejecución de Beria. En el Discurso Secreto Kruschef anunció que se había rehabilitado a 7.379 individuos como resultado de los descubrimientos de esta comisión.

15. P. N. Pospelov (su verdadero nombre es Feigelson) fue uno de los principales ideólogos del Partido. Fue editor de *Pravda* de 1940 a 1952 y director del Instituto Marx-Engels-Lenin-Stalin de 1949 a 1952. Frío y concienzudo dogmático, trabajó en estrecho contacto con Suslov. Anteriormente no se sabía que era el responsable de la comisión que aportó las pruebas para el Discurso Secreto.

algunos de nosotros. Me refiero a mí, a Bulganin, a Pervujin, a Savurov y a algunos otros. Creo que Molotov y Vorochilov eran los que mejor informados estaban de las verdaderas dimensiones y causas de la represión estalinista y, por consiguiente, tenían menos razón que nadie para sorprenderse por los descubrimientos de la comisión. Mikoyan también estaba mejor preparado que la mayoría de nosotros para creer los hechos que salieron a la luz. No puedo estar seguro de que lo sabía todo, pero, al menos, había estado muy ligado a Stalin. Muchas personas que trabajaron con Mikoyan y en quienes él confiaba habían sido eliminadas. Conociendo a Anastas Ivanovich, su sensibilidad y su capacidad para generalizar sobre lo que ocurría entonces tomando como base vestigios poco consistentes, diría que debió estar al corriente de lo que estaba pasando. Si no lo sabía, al menos supondría la escasa justificación de los arrestos y ejecuciones.

En cuanto a Kaganovich, no creo que conociera todos los detalles de lo que ocurrió. Stalin tenía muy poca necesidad de confiar en él. Kaganovich era un hombre tan obediente que le hubiera cortado el cuello a su propio padre si Stalin hubiera parpadeado y dicho que era en interés de la causa, es decir, la causa estaliniana. Stalin nunca necesitó mantener informado a Kaganovich. Siempre ha sido un parásito detestable, descubriendo enemigos y arrestando gente a diestro y siniestro.

Unas palabras sobre Malenkov. Había estado a cargo del personal del Comité Central durante las purgas y había tenido un papel bastante activo en todo el asunto. De hecho había contribuido al ascenso de gente de la tropa para luego hacerlos eliminar. No estoy diciendo que él tomase la iniciativa de la represión y las ejecuciones, pero los hechos hablan por sí mismos: cientos de personas fueron reprimidas y eliminadas allí donde Stalin envió a Malenkov a poner orden [16].

Era la víspera del XX Congreso del Partido. Yo no quería leer el Informe General en el Congreso. En mi opinión, si íbamos a anunciar la dirección colectiva, no era oportuno que ese informe fuera comunicado por el primer secretario del Comité Central. En la sesión del Presidium inmediatamente anterior al Congreso propuse que discutiéramos cómo hacer el Informe General. Como miembro de mayor antigüedad, Molotov era el más calificado para ser el orador, pero él y los demás coincidían unánimemente en que yo leyera el informe. Me di cuenta de que lo decían sinceramente y no sólo por guardar las apariencias. Una de sus consideraciones fue que no causaría fricción el que yo, como primer secretario del Comité Central, diera el informe, mientras que si elegíamos a otro orador, y había muchos disponibles, el hecho crearía complicaciones. Tras la

16. Molotov y Malenkov secundaron y estimularon activamente los crímenes de Stalin. También, al menos en Ucrania, el propio Kruschef. Todos los demás lo sabían y lo toleraban.

muerte de Stalin ningún hombre había sido reconocido como nuestro dirigente. Había aspirantes, pero no un jefe definido y reconocido [17]. Por esto se me dio instrucciones a mí, como primer secretario, para que hiciera el Informe General.

Preparé un borrador y lo sometí al pleno del Comité Central para su discusión y aprobación. El informe fue fruto de una paternidad colectiva. El Comité Central recurrió a instituciones de investigación y otros grupos a los que, por regla general, se llamaba para ayudar a preparar los Informes Generales.

Una vez que se avino el Congreso, leí el informe y empezó la discusión. Nos enfrentábamos a una auténtica prueba. Todo el mundo se preguntaba: ¿Qué clase de congreso será éste tras la muerte de Stalin? Yo diría que el Congreso estaba marchando bien. Un orador tras otro fueron aprobando la línea del Comité Central. No se notaba ninguna oposición [18]. A pesar de que el Congreso seguía buenos derroteros, y de que mi informe había tenido una acogida favorable, no estaba satisfecho. Me atormentaba el siguiente pensamiento: «Terminará el Congreso y se aprobarán resoluciones, todo como cuestión de forma. Pero, ¿y después? Los cientos de miles de personas que fueron fusilados permanecerán en nuestras conciencias, incluyendo dos tercios de los elegidos para el Comité Central y el XVII Congreso del Partido (en 1934)». Casi todos los miembros activos del Partido en esta época fueron fusilados o reprimidos. En resumen, los descubrimientos de la comisión de Pospelov pesaban en mi mente. Finalmente, me serené y, durante un descanso, cuando sólo quedaban en la sala los miembros del Presidium, planteé toda la cuestión:

—Camaradas, ¿qué vamos a hacer con los descubrimientos del camarada Pospelov? ¿Qué vamos a hacer respecto a todos los que fueron arrestados y eliminados? El Congreso toca a su fin y todos nos dispersaremos sin haber dicho una sola palabra sobre los abusos cometidos en la época de Stalin. Sabemos que las personas que sufrieron la represión eran inocentes. Tenemos pruebas irrefutables de que, lejos de ser enemigos del pueblo, eran hombres y mujeres honrados, consagrados al Partido, a la Revolución, a la causa leninista y a la construcción del socialismo y el comunismo en la Unión Soviética. No podemos

17. Efectivamente, había «candidatos» para la dirección «reconocida»: Kruschef y Malenkov. Durante un año, tanto dentro de la Unión Soviética como en el extranjero, en Belgrado, Nueva Delhi y Ginebra, Kruschef se presentaba a sí mismo en todas las ocasiones como el Amo. En las repúblicas en que sus seguidores iban ascendiendo firmemente (especialmente Ucrania y Kazajstán) estaba en pleno apogeo un nuevo «culto a la personalidad» de Kruschef. Pero Malenkov seguía devolviendo los golpes. Kruschef nunca hubiera podido permitir, sin admitir la derrota, que otro leyera el Informe General al XX Congreso del Partido.

18. ¿A quién puede sorprender? La nueva dirección había tenido tres años para eliminar cualquier oposición potencial.

dejar que la gente siga en el exilio o en los campos ni un minuto más. Debemos pensar cómo traerlos [19].

En cuanto acabé de hablar, todos empezaron a atacarme, especialmente Vorochilov:

—¿Qué es lo que te pasa? ¿Cómo puedes hablar así? —exclamó—. ¿Crees que puedes traer todo eso al Congreso y salir adelante? ¿Cómo crees que se reflejará en el prestigio de nuestro Partido y nuestro país? No podrá mantenerse en secreto lo que se diga aquí. Se correrá la voz de lo que ocurrió en la época de Stalin y el dedo nos señalará directamente a nosotros. ¿Qué se va a poder decir sobre nuestros propios papeles en el régimen de Stalin?

Kaganovich concordó con él, oponiéndose enérgicamente a mí en los mismos términos. Su postura no era fruto de un profundo análisis filosófico de las cuestiones del Partido comprendidas. Estaba enteramente motivado por su interés en escapar de cualquier responsabilidad por lo que había ocurrido. Si los crímenes se habían cometido, Kaganovich quería estar seguro de que sus propias huellas estaban cubiertas.

Respondí a estos ataques con toda la calma y convicción que pude:

—Aun considerándolo desde vuestro punto de vista —dije— sigo pensando que es imposible tapar todo el asunto. Tarde o temprano los detenidos saldrán de las prisiones y los campos de concentración y volverán a las ciudades. Contarán lo que ocurrió a sus parientes, amigos y camaradas y a todos. El país entero y todo el Partido descubrirán que esas personas han pasado diez o quince años en prisión, ¿y por qué? ¡Por nada! ¡Las acusaciones contra ellos eran invenciones! Si se les llevara a juicio, las acusaciones contra ellos se desvanecerían en el aire. Os pido que penséis en algo más, camaradas: estamos celebrando el primer Congreso tras la muerte de Stalin y, por consiguiente, estamos obligados a confesarnos ante los delegados sobre la conducta de la dirección del Partido durante los años en cuestión. Debemos rendir cuentas de nuestros actos a partir de la muerte de Stalin, pero como miembros del Comité Central mientras Stalin aún vivía, debemos hablar también de ese período. ¿Cómo vamos a pretender no saber lo que ocurrió? Por consiguiente, camaradas, os pido que me apoyéis. El Congreso está tocando a su fin y los delegados pronto se dispersarán. Poco después de terminarse las sesiones, los prisioneros recién liberados empezarán a volver a casa y a contar a su manera lo que ha pasado. Los delegados del

19. Kruschef no menciona que Mikoyan había lanzado una bomba al Congreso haciendo observaciones un tanto críticas sobre Stalin (y, consecuentemente, sobre el propio Kruschef). Otros habían formulado observaciones críticas sobre el «culto a la personalidad» aún sin definir. El propio Kruschef se había molestado en alabar a Stalin por su decidida eliminación de los «enemigos del pueblo», aunque once años después denunciaría, en su Discurso Secreto, la utilización de este término.

Congreso preguntarán con razón: «¿Cómo puede ser esto? ¿Por qué no nos dijeron nada sobre estas cosas terribles en el XX Congreso del Partido? Debían saberlo.» Y tendrán toda la razón. No tendremos respuesta. Decir que no sabíamos nada, sería una mentira. Tenemos los descubrimientos del camarada Pospelov y ahora lo sabemos todo. Sabemos que fue un reino de la represión y la arbitrariedad en el Partido y debemos decir al Congreso lo que sabemos.

Una vez más, la reacción fue turbulenta. Vorochilov y Kaganovich repitieron como una sola voz:

—Nos amonestarán. El Partido tiene derecho a hacernos responsables de lo que ocurrió con Stalin. Formábamos parte de la dirección y si no sabíamos lo que estaba ocurriendo, peor para nosotros. ¡Aun así tendremos que pagar!

—Si consideramos que nuestro Partido está fundado en el principio del centralismo democrático —repliqué—, nosotros, como dirigentes del Partido, no teníamos derecho a no saber lo que estaba ocurriendo. Algunos de nosotros no sabíamos muchas cosas porque éramos parte de un régimen en el que se nos decía lo que debíamos hacer y nadie metía la nariz en lo demás. Así es que no hicimos averiguaciones. Pero no todos estaban en esta situación. Algunos sabían lo que ocurría e incluso habrán metido la nariz en los sucesos de que estamos hablando. Pero aunque el grado de responsabilidad por lo que pasó no es el mismo para todos nosotros, estoy preparado, como miembro del Comité Central desde el XVII Congreso, para asumir mi parte de responsabilidad ante el Partido, si éste considera oportuno amonestar a todos los dirigentes de la época de Stalin, en que se impuso la arbitrariedad en nuestras filas.

Esta vez protestó Molotov:

—¿No te das cuenta de lo que va a ocurrir?

Vorochilov protestó con vehemencia diciendo que lo que proponía yo no era necesario y que podíamos pasar sin atraernos la ira del Partido sobre nuestras cabezas. Siguió afirmando una y otra vez:

—¿Quién nos pide que hagamos esto? ¿Quién dice que debemos contar estas cosas al Congreso?

—Nadie —repliqué—. Pero los crímenes se han cometido, ¿no es verdad? Al menos tendremos que admitir esto. Es inevitable que la gente se entere de lo que ocurrió; si empiezan a preguntarnos por ello después de haber callado, estarán ya emitiendo un juicio sobre nosotros. Y yo no quiero que esto ocurra. No quiero aceptar la responsabilidad de este modo. Prefiero que planteemos la cuestión nosotros mismos.

Pero aún estábamos lejos de llegar a un acuerdo. Me di cuenta de que sería imposible que el Presidium llegara a una decisión a este paso, y sabía que no podíamos llevar la cuestión al Congreso hasta haber llegado a un acuerdo entre nosotros. Decidí el siguiente plan:

—El Congreso del Partido está en marcha y está yendo muy bien, pero se ha roto la disciplina interna requerida para la dirección colectiva por medio del Comité Central. Ahora que ya hemos leído el Informe General, me permito recordarles que todo miembro del Presidium tiene derecho a hablar al Congreso y expresar su punto de vista, aunque no coincida con la línea establecida por el Informe General.

No hacía falta que les dijera que estaba dispuesto, si fuera necesario, a preparar ese discurso por mi cuenta, presentando mis puntos de vista sobre los arrestos y ejecuciones. Añadí:

—En la vida de cualquiera que ha cometido un crimen, llega un momento en que la confesión le garantiza la indulgencia, si no la exoneración. Si vamos a confesar los abusos cometidos por Stalin, debemos hacerlo ahora, en el XX Congreso del Partido. El XXI Congreso sería demasiado tarde, aunque lleguemos a él sin ser amonestados.

Habíamos llegado al punto en el que alguien tomó la iniciativa y dijo:

—Está bien. Si esa es la situación, alguien debería preparar un discurso sobre los abusos de Stalin.

Finalmente, todo el mundo accedió a regañadientes a que se pronunciara el discurso. Creo que Bulganin, Pervujin, Saburov y posiblemente Malenkov me prestaron su apoyo personal. Con ello quedaba la cuestión de quién debería levantarse y pronunciar el discurso. Sugerí que fuera Pospelov, puesto que él había sido el presidente de la comisión cuyas investigaciones iban a ser utilizadas. Los demás se opusieron. Dijeron que yo debía pronunciar el discurso. Me negué. Ya había dado el Informe General sin decir una palabra sobre los hallazgos de Pospelov. ¿Cómo podía ahora pronunciar un nuevo discurso basado en ellos? Pero los demás insistieron, diciendo:

—Si Pospelov, otro secretario del Comité Central, pronuncia el discurso, ello hará que la gente se pregunte: «¿Por qué Kruschef no dijo una palabra sobre este asunto en su Informe General? ¿Por qué Pospelov presenta ahora una cuestión tan importante? ¿Cómo es posible que Kruschef no lo supiera y, si lo sabía, cómo es que no le ha dado importancia?» Si no dices tú el discurso, ello podría dar la impresión de disensión en la dirección.

Este argumento merecía consideración y finalmente cedí. Se decidió que pronunciaría un discurso basado en los descubrimientos de la comisión. Se dio instrucciones a Pospelov para que convirtiera su informe en un discurso [20].

20. La génesis del Discurso Secreto debe haber sido más complicada de lo que Kruschef sugiere aquí. El discurso, de veinte mil palabras, detallado, un verdadero esfuerzo combinado (con párrafos cortos evidentemente introducidos en el último momento por el propio Kruschef), debía existir antes de la apertura del Congreso. Si Kruschef hubiera pretendido denunciar a Stalin, se habría preparado el camino en su Informe General (como hizo Mikoyan en su

Organizamos una sesión especial a puerta cerrada del Congreso y pronuncié mi discurso. Los delegados escuchaban en absoluto silencio. En la enorme sala se podía oír el ruido de una mosca. Es preciso imaginarse la sorpresa de la gente ante las revelaciones de las atrocidades a las que se sometió a miembros del Partido, tanto bolcheviques de la vieja guardia como jóvenes recién llegados. Esto es lo primero que la mayoría de ellos oían de la tragedia sufrida por nuestro Partido, una tragedia que nació de una debilidad del carácter de Stalin, contra la que Lenin nos había advertido en su Testamento y que el propio Stalin confirmó en su confesión a Mikoyan y a mí: «No me fío de nadie; ni siquiera de mí mismo.»

Así nació el discurso del XX Congreso del Partido sobre los abusos de Stalin. Tenía que haber sido secreto, pero en la práctica distó mucho de serlo. Tomamos medidas para asegurarnos de que circularan copias del mismo entre los Partidos comunistas hermanos, para que pudieran familiarizarse con él. Así fue como el Partido polaco recibió una copia. Por las fechas del XX Congreso del Partido, el secretario del Comité Central polaco, camarada Bierut, murió. Hubo una gran confusión tras su muerte y nuestro documento cayó en manos de algunos camaradas polacos que eran hostiles a la Unión Soviética. Utilizaron mi discurso para sus propios fines e hicieron copias del mismo. Me dijeron que cada una de ellas se vendía por poco dinero. Así es que el discurso de Kruschef, pronunciado en una sesión secreta del XX Congreso del Partido, no se valoró en mucho. Los agentes de inteligencia de cualquier país del mundo podían comprarlo a bajo precio en el mercado libre.

Tal fue el camino por el que llegó a publicarse el documento. Pero no lo confirmamos. Recuerdo que cuando los periodistas me preguntaban: «¿Qué puede decirnos sobre ese discurso que se le atribuye?», solía contestar que yo no sabía nada sobre eso y que debían dirigir sus preguntas al Sr. (Allen) Dulles, es decir, al espionaje americano [21].

Al mirar hacia atrás, considero que la cuestión de qué hacer con los descubrimientos de Pospelov se manejó en forma absolutamente correcta y en el momento oportuno. Estoy satisfecho de haber encontrado el momento más adecuado cuando insistí en que el discurso debía darse en el XX Congreso.

Podía haber resultado de otro modo. Sólo estábamos saliendo de un estado de conmoción. La gente seguía en prisión y en los campamentos y no sabíamos

---

discurso). Debió ocurrir que Kruschef fue presionado a hablar, con un tipo de presión que le impediría en el futuro seguir desarrollando su propio culto a la personalidad. Por ello, actuando valientemente para sacar el mejor partido de una mala situación, trató de presentarse como el único hombre que se había atrevido a hablar.

21. Merece destacarse que Kruschef nunca había admitido públicamente que el Discurso Secreto existiera de hecho.

cómo explicar qué les había ocurrido o qué hacer con ellos una vez puestos en libertad. Podíamos haber vuelto a caer en lo que podría llamarse crudamente «la versión Beria» y asegurar que él era totalmente responsable de los abusos cometidos por Stalin. Tras el proceso de Beria nos encontramos atrapados por la versión que habíamos creado con la intención de proteger la fama de Stalin. Quizá hubiera sido más fácil continuar culpando a Beria y haber mantenido la ilusión de que Stalin era «el Padre y el Amigo del Pueblo». Aún hoy, mucho después del XX Congreso del Partido, hay personas que siguen aferradas a la versión de Beria y se niegan a aceptar la verdad sobre Stalin. Algunos quieren creer que no fue Dios el culpable, sino uno de sus ángeles; uno de sus ángeles dio a Dios informes falsos y por ello Dios envió granizo, truenos y otros desastres sobre el género humano; la gente sufrió no porque Dios lo quisiera así, sino porque el ángel malo Beria se sentaba a la derecha de Dios.

No hace mucho estaba escuchando la radio y oí la lectura de un capítulo de la novela de Sholojov *Lucharon por su tierra*. Mijail Alexandrovich trata de explicar, en una conversación entre dos pescadores, lo que ocurrió durante el período de los abusos de Stalin. Un pescador le pregunta a otro:

—¿Qué piensas del camarada Stalin? Dicen que toleró todas esas cosas terribles que estaban pasando. Toda clase de personas honradas y leales fueron procesadas y condenadas a muerte. ¿Cómo pudo permitir el camarada Stalin que ocurriera esto?

El otro pescador dice:

—Sí, cuesta trabajo creerlo.

Entonces el primero pregunta:

—¿No fue Beria el principal culpable? ¿No era precisamente él quien informaba a Stalin?

—Sí, todo debió ser obra del terrible Beria.

Mijail Alexandrovich es un hombre inteligente y un buen escritor, pero no puede atribuírsele la perpetuación de esta explicación de la tragedia que Stalin produjo sobre nuestro Partido. Hay una cosa absolutamente cierta: Beria no creó a Stalin, sino Stalin a Beria. Y antes que a él, a Yezhov. «La Zarza» y «la Fuerza Bruta» eran los apodos que Stalin puso a Yezhov. Y antes de Yezhov estuvo Yagoda. Stalin inventó a Yagoda también. Uno a uno aparecieron y desaparecieron. El rápido traspaso entre los principales personajes creados por Stalin entra dentro de su lógica. Utilizaba a los secuaces para destruir a los hombres honrados que sabía perfectamente que eran intachables a los ojos del del Partido y del pueblo. Pero Stalin quedaba por encima de todo el horror consumado por sus verdugos. Cuando una banda de asesinos resultaba demasiado mezclada en el horror, se limitaba a sustituirla por otra. Por esta razón se sucedieron los tres eslabones: primero Yagoda, después Yezhov y, finalmen-

te, Beria. La cadena fue interrumpida por la muerte de Stalin y Beria tuvo que enfrentarse al tribunal del pueblo como criminal.

Poco antes de inaugurarse el XX Congreso del Partido cité al fiscal del Estado, camarada Rudenko, que se había visto envuelto en muchos de los casos durante las purgas de los años treinta. Le pregunté:

—Camarada Rudenko, estoy interesado en los juicios públicos. Dime qué base objetiva existía para las acusaciones formuladas contra Bujarin, Rikov, Sirtsov, Lominadze, Krestinsky y otros, muchos otros bien conocidos para el Comité Central, el Orgburó y el Politburó.

El camarada Rudenko respondió que desde el punto de vista judicial no había pruebas en absoluto para condenarles, ni siquiera para juzgarles. La acusación para proceder contra ellos se basaba en confesiones personales arrancadas mediante tortura física o psíquica, y las confesiones extraídas por tales medios son inaceptables como base legítima para llevar a alguien a juicio.

No obstante, decidimos no decir nada sobre los juicios públicos en mi discurso del XX Congreso del Partido. Aquí existía cierta ambigüedad en nuestra conducta. La causa de esa decisión fue la presencia de representantes de los Partidos comunistas hermanos en los juicios de Rikov, Bujarin y otros dirigentes del pueblo. Estos representantes volvieron a sus países y testificaron sobre la justicia de las sentencias. No queríamos desacreditar a los representantes de los Partidos hermanos que habían asistido a los juicios públicos, y por ello pospusimos indefinidamente la rehabilitación de Bujarin, Zinoviev, Rikov y el resto. Ahora me doy cuenta de que nuestra decisión fue un error. Hubiera sido mejor decirlo todo. El asesinato siempre se descubre. No se pueden mantener las cosas en secreto durante mucho tiempo.

Pero a pesar de esta equivocación, el XX Congreso del Partido ha logrado mucho. Su principal mérito es que completó el proceso de purificación en el Partido del estalinismo y el restablecimiento en su seno de las normas de vida leninistas por las que lucharon los mejores hijos de nuestro país.

SEGUNDA PARTE

El mundo exterior

10
Los países hermanos

El viaje de Kruschef a Varsovia en 1945 fue más importante de lo que él parece indicar. Presidió la comisión que organizó la reconstrucción de una ciudad terriblemente devastada, cuyo centro en aquellas fechas no era más que un inmenso montón de escombros ennegrecidos por el fuego. Desde luego, dice mucho en favor de Kruschef la poca importancia que atribuye a las dificultades inmensas con que tuvo que enfrentarse en Varsovia y en las ciudades y pueblos, que le eran más íntimos, de su propia Ucrania, donde a veces en el lugar en que se había alzado una población ya no quedaba ni rastro de ella, exceptuando las hileras irregulares de restos de chimeneas que asomaban clavados en la nieve, y hacían el efecto de cementerios monstruosos. Por otra parte, el relato que hace Kruschef de las relaciones soviéticas con los satélites está tan lejos de la realidad que, aparte de un puñado de anécdotas, su principal interés radica en la luz que arroja sobre la mentalidad de un hombre que, al hablar de la actitud de Moscú para con Polonia, Checoslovaquia, Rumanía, Bulgaria y Hungría, es capaz de decir con suavidad: «...evitábamos deliberadamente el hacer ningún tipo de presión sobre los demás países socialistas». Se está refiriendo a la parte del mundo en la que los agentes de Stalin, respaldados por el ejército soviético, habían impuesto el gobierno comunista, y en los que más tarde los rusos inspiraron y supervisaron la conocida serie de procesos y homicidios judiciales (Rajk en Hungría, Kostov en Bulgaria, Slanski en Checoslovaquia, y tantos otros demasiado numerosos para mencionarlos), que iban a transformar los Partidos comunistas de la Europa central y oriental en fieles reproducciones del Partido comunista soviético tal y como había sido modelado por las grandes purgas de los años treinta.

En enero de 1945, estando yo en Ucrania, Stalin me telefoneó para decirme:

—¿Puedes venir a Moscú inmediatamente? Te necesito con urgencia.

Tomé el avión para Moscú desde Kiev. Stalin me recibió de muy buen humor. Y me dijo:

Kruschef y Gomulka en los años sesenta.

De cacería cerca de Kiev con Gomulka y Podgorny el 22 de diciembre de 1962.

—Los camaradas polacos nos han pedido que les ayudemos a restablecer sus servicios municipales, particularmente el de suministro de agua y el sistema de alcantarillado. Hemos liberado Varsovia, pero se encuentran allí en una situación de verdadero desamparo. Me dicen que la ciudad está en ruinas y que no saben qué hacer ni por dónde empezar. Tú tienes ya una experiencia considerable en la reconstrucción rápida de servicios urbanos esenciales, así es que queremos enviarte a Varsovia para que supervises el trabajo allí.

—Muy bien —repliqué—, iré con mucho gusto. Pero me gustaría llevar conmigo algunos funcionarios municipales e ingenieros electricistas. Primeramente habrá que conseguir que funcione la central eléctrica, y luego intentaremos poner en marcha los servicios de agua y alcantarillado.

Pedí al camarada Stramentov que viniese conmigo. Sabía que era un buen organizador y un experto técnico en instalaciones eléctricas. Incluí en la comisión algunos ingenieros especializados en centrales, redes de aguas y alcantarillado. Todos nos trasladamos en avión a Varsovia.

El gobierno polaco —o «Comité», como se llamaba entonces— tenía su sede en Praga, un barrio de Varsovia situado en la margen derecha del Vístula. El primer ministro era Osobka-Morawski y el camarada Bierut era el secretario del Comité central del Partido comunista polaco [1]. El general Spichalski era el alcalde de Varsovia. Yo ya conocía a Bierut, pero era la primera vez que me encontraba con Spichalski. Los dos me gustaban. El alcalde era joven, enérgico, con gran capacidad de trabajo y arquitecto de profesión. A Bierut le consideraba un comunista honrado, dedicado a la causa del marxismo-leninismo; pero tenía una debilidad: era demasiado apacible, bondadoso y confiado. Esto le ocasionó más tarde complicaciones con sus colegas polacos, que se aprovecharon de él.

Nuestros ingenieros, en unión de los polacos, se dividieron en tres grupos. Uno se dedicó al restablecimiento del suministro de energía eléctrica tan pronto como fuese posible. El segundo había de ocuparse del suministro de agua y el tercero quedaba encargado de la reparación del sistema de alcantarillado. Los polacos se iban a hacer cargo por sí mismos de la limpieza de la ciudad. No se habían requerido nuestros servicios para tal menester. Puse al camarada Stramentov al frente de toda la operación, de manera que tenía a sus órdenes tanto a los especialistas rusos como a los polacos. Tendría que ocuparse de todos los problemas específicos que surgieran e informarme luego de la situación general, al tiempo que lo hacía también a los demás camaradas polacos.

1. Todos ellos eran miembros del conocido «Comité Lublin», formado por los rusos para actuar como primer gobierno títere de la Polonia comunista. Osobka-Morawski fue su primer ministro, 1944-47. Luego fue depuesto y finalmente cayó en desgracia en la purga de 1949. Bierut llegará muy pronto a ser el primer presidente. El cargo de secretario general del Partido fue asumido de hecho por W. Gomulka en 1945.

Nuestros hombres pudieron comunicarme pronto buenas noticias. Resultó que sólo había quedado destruida la parte exterior de la central eléctrica y que el equipo interior estaba aún en condiciones de poder funcionar. Los polacos habían creído que estaba completamente destruida. Las instalaciones de bombeo de agua a la ciudad estaban todavía utilizables. Y parecía que el sistema de alcantarillado tampoco había sido dañado gravemente. A mí me complacía mucho oír todo esto. Después de unos días de investigación exhaustiva sobre el estado de las instalaciones y turbinas, dije, en tono de broma, al camarada Bierut:

—¿Por qué no nos pagan ustedes nuestro viaje y asesoramiento dándonos la mitad de la energía eléctrica que vamos a restablecer en Varsovia? La podríamos utilizar en Kiev y nos vendría estupendamente. —Me estaba refiriendo a la desastrosa situación de Kiev en aquellas fechas. Su central eléctrica había sido completamente aniquilada por los alemanes.

Se restablecieron los servicios de agua y electricidad. Bierut estaba radiante. Nos lo agradeció con profusión y nos rogó que transmitiésemos su agradecimiento al camarada Stalin. Era evidente que se expresaba con toda sinceridad. Antes de marcharnos, el camarada Bierut me hizo una sugerencia:

—Tenemos aquí a una figura importantísima del Partido comunista polaco, un camarada llamado Wladislaw Gomulka. Me gustaría que le hiciéseis una visita. Está muy enfermo y no puede salir.

—Muy bien —respondí—, lo haré con mucho gusto.

Pusieron a mi disposición a una persona para que me acompañase y fuimos a ver al camarada Gomulka. Recuerdo que me llevaron a un piso lóbrego y ahumado, de una sola habitación. La esposa de Gomulka estaba lavando ropa cuando llegamos. Su marido se hallaba sentado allí mismo en una silla, con una especie de pañuelo negro liado al cuello.

Gomulka no hablaba bien el ruso, mas, con la ayuda del intérprete, nos pudimos entender perfectamente. Me expuso su juicio sobre la situación general de Polonia, explicándome cómo se estaba organizando la labor del Partido. Me impresionó, realmente. Parecía saber al dedillo dónde había que comenzar la tarea de organización del Partido y del Gobierno. Me pareció, en suma, que era un dirigente político capaz y un verdadero estadista.

—Por el momento estoy enfermo —me dijo—, pero dentro de poco estaré bien y listo para danzar por ahí.

Cuando informé al camarada Stalin de mi viaje, le hablé de Gomulka. No sé si había oído hablar de él antes. Los demás, desde luego, no; y me figuro que Stalin tampoco. Le recomendé a Gomulka con todo interés [2].

2. Gomulka había sobrevivido a la deliberada destrucción del Partido comunista polaco llevada a cabo por Stalin, sólo porque había tenido la suerte de encontrarse preso en Polonia mientras sus colegas eran asesinados en Moscú. Casi inmediatamente después de este primer

Stalin quedó muy satisfecho de mi informe sobre el asunto de Polonia. Le agradaba que hubiésemos sido capaces de ayudar a los polacos y sabía que ese apoyo nos permitiría apuntarnos muchos tantos a los ojos del pueblo polaco, sobre todo respecto de los habitantes de Varsovia. El tratado de 1939 [el pacto Ribbentrop-Molotov] había herido profundamente a los polacos, y la herida estaba todavía abierta. Stalin quería hacer cuanto pudiera, y tan pronto como fuese posible, por cicatrizarla. Naturalmente, él no me lo dijo abiertamente, pero pude percatarme de que éste era su pensamiento.

Al final de la guerra teníamos tropas estacionadas en Polonia y Hungría. Stalin se tomaba un interés activo y personal en los asuntos de estos países [3], así como en los de Checoslovaquia, Bulgaria y Rumanía. Los demás dirigentes teníamos buen cuidado de no meter la nariz en las cosas de la Europa oriental a menos que el mismo Stalin nos empujara a hacerlo. Se reservaba celosamente, como parcela propia e intocable, la política exterior en general y muy especialmente nuestra política con los países socialistas. Stalin no se salía nunca del camino que se había trazado para tomar en cuenta los consejos de los demás; esto se hizo radicalmente cierto después de la guerra. En este terreno, los demás no éramos más que chicos desorientados, y cualquiera de nosotros que se atreviera a sacar los pies del plato se hubiera tenido que enfrentar con los gruñidos de Stalin.

Una de las razones de esta obsesión de Stalin con la Europa del Este era que la guerra fría ya había comenzado. Churchill acababa de pronunciar en Fulton su famoso discurso incitando a las fuerzas imperialistas del mundo a movilizarse contra la Unión Soviética. Nuestras relaciones con Inglaterra, Francia, Estados Unidos y los demás países que habían cooperado con nosotros para aplastar a la Alemania de Hitler, estaban, a todos los efectos, destruidas.

América estaba llevando su política exterior desde una posición de fuerza. Los americanos tenían la bomba atómica y sabían que nosotros no contábamos con ella. Ya era malo para nosotros que la bomba atómica estuviera en manos de nuestros enemigos. Mas para empeorar las cosas, en estas fechas era presidente Truman, hombre de mente inflexible que jamás había tenido un adarme de estadista y que se mostraba hostil y rencoroso con la Unión Soviética. No

---

encuentro con Kruschef, se convirtió en secretario general del Partido polaco, que había vuelto a renacer, hasta que en 1949 fue de nuevo encarcelado (esta vez por Stalin), acusado de titoísmo. Tuvo suerte de no ser fusilado. Kruschef se encontraría de nuevo con él en circunstancias muy diferentes, cuando se puso a la cabeza del levantamiento polaco en el otoño de 1956 y, en choque frontal, rechazó las pretensiones formuladas por una poderosa delegación soviética (Kruschef, Kaganovich, Mikoyan y Molotov), que había volado hasta Varsovia para intimidar a los polacos.

3. Esta es la mayor reticencia de este libro, y es comprensible.

logro imaginarme cómo alguna vez se pudo considerar a Truman apto para la Vicepresidencia, y mucho menos para la Presidencia, claro. Todo el mundo sabe por los periódicos cómo Truman abofeteó a un periodista porque éste había hecho una crítica desfavorable de su hija, llamándola pobre cantante [4]. Este solo incidente dice ya bastante de la categoría de estadista de Truman, no digamos nada de su capacidad para un puesto tan importante como el de presidente de los Estados Unidos. La fuerza aérea americana era en aquella época la mejor del mundo, tanto por la calidad como por la cantidad de sus aparatos. Las «fortalezas volantes» y las «superfortalezas» americanas habían jugado un importantísimo papel en la victoria sobre Alemania y el Japón, y seguían siendo superiores a cualquier otro avión del mundo. Diría incluso que América era invencible, y los americanos alardeaban de esta circunstancia haciendo que sus aviones sobrevolasen toda Europa violando fronteras, incluso el mismo territorio de la Unión Soviética, no digamos otros países tales como Checoslovaquia. No pasaba un solo día sin que los aviones americanos violaran el espacio aéreo checoslovaco.

En la Unión Soviética estábamos tremendamente alarmados con la posibilidad de que los Estados Unidos enviasen tropas a Checoslovaquia para tratar de restaurar al gobierno capitalista que había sido derrocado en 1948 por la clase obrera bajo la dirección del Partido comunista.

Este peligro era otra de las razones para que Stalin tuviese un interés tan directo y celoso por los asuntos de los países socialistas hermanos y particularmente por Checoslovaquia. El Partido comunista checo destacaba entre todos los demás europeos. Tenía buenos líderes proletarios y gozaba de gran prestigio. Gottwald era presidente [5]. Durante años, yo había oído grandes elogios de él y sabía que Stalin le consideraba mucho. Me había encontrado con él en 1948, después de la victoria del Partido comunista checoslovaco sobre la burguesía y la toma del poder por el proletariado. Un día me telefoneó Stalin. Estaba de buen humor y me invitaba a ir a Crimea donde se encontraba pasando sus vacaciones.

—Vente por aquí —añadió—; Gottwald dice que no puede pasar otro día sin verte.

Al día siguiente tomé el avión y me fui a Crimea.

4. En realidad, Truman no golpeó al periodista en cuestión. Escribió, eso sí, una indiscreta carta al crítico musical que había publicado una nota desfavorable para su hija Margaret como cantante.

5. Klement Gottwald fue primer ministro en Checoslovaquia en 1946-48 y presidente desde la toma del poder por los comunistas en 1948 hasta su muerte en 1953. El secretario del Partido, desde 1945 hasta su detención en noviembre de 1951, fue Rudolf Slanski. Tras el arresto de éste, Gottwald asumió la función de secretario del Partido sin ostentar el cargo.

Stalin residía en un palacio zarista de Yalta, el mismo en donde se había reunido con Roosevelt y Churchill durante la guerra. Allí mismo estaba Gottwald alojado. Tuvimos muchas y largas charlas, generalmente de sobremesa. Eran conversaciones tal y como surgían, al azar, en las que nada formal u oficial se decía, aunque siempre nos ocupábamos de temas serios, tales como, por ejemplo, la agricultura o la economía.

Durante algún tiempo Stalin insistió preguntándome incrédulamente:

—¿Es verdad lo que dice Gottwald: que los checos obtienen ejemplares de remolacha azucarera de 250 a 300 «tsentners» [de 2,5 a 3 kg., aproximadamente], y que nosotros antes de la guerra las recogíamos en Ucrania de sólo unos 160 [1,650 kg., más o menos] o así?

—Camarada Stalin, eso es cierto —respondí.

La afirmación de Gottwald resultaba completamente nueva para él. Preguntó cómo era posible. Hice que nuestros técnicos agrónomos lo comprobasen. Informaron, en primer lugar, que en Checoslovaquia no se producían unas plagas de una especie de gorgojo que en Ucrania devora las cosechas de remolacha y, además, que en Checoslovaquia son más abundantes las lluvias durante los meses de verano que en las regiones de Ucrania donde se cultiva ese tubérculo [6].

Era evidente que esto desagradó a Stalin. Quería mantener a toda consta la superioridad de nuestra agricultura y de nuestro sistema de granjas colectivas. Quería que fuésemos los mejores en todo, en agricultura y en industria. Como nuestros mejores cultivos agrícolas estaban entonces en Ucrania, entendí que me había hecho venir a Crimea para que apoyase sus afirmaciones en su disputa con Gottwald sobre cuál de ambas agriculturas estaba más avanzada. Pero yo, en cuanto comenzó la discusión, me adelanté a dejar bien sentado que no cabía debate alguno: en este aspecto, los checos habían alcanzado un nivel más alto que el que habíamos conseguido nosotros en Ucrania.

Algunos años después vi a Gottwald de nuevo presidiendo la delegación checoslovaca en los funerales de Stalin. Por cierto que cayó gravemente enfermo en Moscú y tuvo que ser trasladado a Praga, donde falleció poco tiempo después.

Bulganin, a la sazón ministro de Defensa, fue el encargado de representar a la Unión Soviética en el funeral de Gottwald. Cuando regresó de su misión informó que la situación en Praga era muy delicada y resultaba difícil predecir cómo serían los sucesores de Gottwald. Aunque nuestras relaciones con Checoslovaquia eran excelentes, la muerte de Gottwald nos produjo cierta inquietud por cuanto nuestra íntima relación con él había sido el principal lazo de unión entre nuestros Estados y nuestros Partidos.

6. La agricultura checa, desde luego, estaba tan avanzada como la mejor y más que la de cualquier país europeo. La razón de esto tenía más que ver con los fertilizantes y la capacidad de sus agricultores que con los gorgojos.

Fue elegido presidente de la República checoslovaca Zapotocki, que había sido primer ministro con Gottwald. Después de la muerte, o mejor, después del arresto [y ejecución] de Slanski, secretario general, Novotni se convirtió en jefe del Partido [7]. No estoy muy al corriente de los acontecimientos que produjeron el ascenso de Novotni. Sólo puedo decir algo del período en que visité Checoslovaquia, cuando ya Novotni se había convertido en secretario del Comité central.

Cuando nos llegó la noticia de su ascenso, apenas si tenía yo idea de quién era Novotni. Fue su primera aparición en la palestra internacional. Se nos dijo, sin embargo, que había sido secretario del Comité de la ciudad de Praga, donde residía la organización más poderosa del Partido en Checoslovaquia, y que gozaba de gran prestigio en todo el Partido. Pero esto era poco más que un rumor.

Cuando me reuní con Novotni la primera vez, me gustó mucho. Sigo pensando que es un comunista bueno y honrado, dedicado al marxismo-leninismo y a la causa de la clase trabajadora. Nunca he tenido la menor duda de ello. Cuando le vi actuar me di cuenta de que era un hombre cuya vida estaba enteramente dedicada al Partido comunista checoslovaco. En resumen, mis relaciones con él fueron buenas.

Me encontré también con el ministro del Interior de Novotni [8]. Era un amigo leal y activo de la Unión soviética. Pero fue entonces detenido y sometido a procesamiento y demás. Admito que me sentó muy mal, pero nada pude decir en su defensa porque se habían presentado contra él unos cargos indiscutiblemente probados.

7. Gottwald murió en 1953, poco después que Stalin, y fue sucedido en la presidencia por Zapotocki, que había sido primer ministro desde 1948. A. Novotni se convirtió entonces en secretario del Partido. Zapotocki murió en 1957 y fue sucedido como presidente por Novotni, quien retuvo también la Secretaría del Partido, de manera que, de hecho, pasó a ser el dictador de Checoslovaquia. Novotni tenía una mala reputación derivada de los cuatro años que pasó en un campo de concentración nazi (Mauthausen): allí se había constituido muy pronto en *Kapo,* o confidente, obteniendo privilegios para sí y sus amigos a costa de los prisioneros menos afortunados y haciendo uso de su especial situación frente a sus enemigos. La rápida ascensión de Novotni después de la guerra se debió en gran parte al papel que jugó ayudando a desenmascarar la pretendida conspiración de su colega Slanski y otros, que provocó la acusación de traición y el proceso y ejecución de éstos, a la manera de los juicios soviéticos por traición de los años treinta. Una vez afirmado en el poder, Novotni gobernó en Checoslovaquia al estilo de Stalin, oponiéndose a todo cambio, hasta que, en la primavera de 1968, fue derribado por una marea desbordada de indignación popular, que se manifestó en el gran movimiento de reforma, presidido por Alexander Dubcek, que tan trágicamente habría de terminar con la invasión soviética.

8. Rudolf Barak. Novotni hizo que se le detuviera y condenara a quince años de prisión en 1962, deshaciéndose por este medio de su único rival peligroso y convirtiéndole en cabeza de turco de sus propios errores, ya que Novotni había fallado al no satisfacer las fuertes exigencias de Kruschef respecto a una aceleración de la desestalinización de Checoslovaquia.

Además, en aquellos días evitábamos deliberadamente ejercer ningún tipo de presión sobre los demás países socialistas. Dábamos por supuesto que cada Partido comunista podía y debía manejar por sí mismo sus propios problemas internos. Por ello, cuando fuimos informados de acontecimientos cuya evolución no aprobábamos, a veces expresamos nuestras opiniones y dudas, pero, por regla general, dejábamos que el Partido hermano tomara sus propias decisiones. Actitud que adoptamos ciertamente en el caso del partido checoslovaco.

Sin embargo, me acuerdo, por cierto, de un episodio sucedido cuando ya existía un cierta tensión entre los dirigentes checoslovacos y yo. Yo iba a formar parte de una delegación soviética que estaba a punto de salir para Checoslovaquia. Durante la reunión que tuvimos antes de partir, dije a mis camaradas que quería hacer una visita especial al general Svoboda y llevarle algún recuerdo típico ruso, como muestra tanto de mi estima personal como de la gratitud del pueblo soviético por su actuación durante la guerra.

En 1943, Vatutin y yo tuvimos agregado a nuestro ejército un batallón checo que estaba mandado por el coronel Svoboda. Este batallón se distinguió en las afueras de Jarkov. Más tarde llegué a conocer mejor a Svoboda cuando formó con sus hombres una brigada de choque. Recuerdo que los comunistas checoslovacos me decían durante la guerra que era tan activo líder político como jefe militar sobresaliente. De acuerdo con la constitución checa de aquel entonces, estaba prohibido formar células políticas entre las filas de las unidades militares, por lo que la organización comunista en la brigada checa era técnicamente ilegal. Pero esto no impidió que Svoboda hiciera venir a un dirigente de la organización del Partido y que le dijera el tipo de labor política que se había de hacer. Los checos lucharon hombro con hombro con nosotros en el primer frente ucraniano.

Tuve otra oportunidad de ver a Svoboda y otros líderes checos al ser liberado el país por nuestras tropas. El recién formado gobierno checo regresó a Praga pasando por Kiev, donde les recibí. Svoboda había sido condecorado por la Unión Soviética con la Orden de Lenin. Así pues, su historial y mi propia relación con él hacían que hubiera sido simplemente indecoroso por mi parte ir a Checoslovaquia sin visitarle personalmente.

No obstante, cuando, finalmente, tuve oportunidad de ir a Checoslovaquia con nuestra delegación, Svoboda había caído en desgracia. De acuerdo con la información que recibimos, trabajaba como contable en una granja colectiva. Esto apenas si tenía sentido. No había hecho nada para merecer aquella humillación. Dije a mis camaradas que estimaba que se debía emplear a Svoboda de forma constructiva dándole un puesto de consonancia con su importante contribución como único jefe militar del ejército checo que había combatido a nuestro lado contra Alemania. Teníamos que hacer algo para rehabilitar su

prestigio y hacer que volviera a la vida política activa. Mis camaradas en el Partido y en el Gobierno soviéticos estuvieron de acuerdo conmigo.

Cuando expresé a nuestros amigos checos mi deseo de ver al general Svoboda, traté de dejar bien sentado que le consideraba un buen soldado y un camarada honrado y que, por lo tanto, no podía olvidarle como si nunca hubiese existido. Les pregunté si tenían algo que objetar en contra de mi visita a Svoboda. Sospeché que mi petición no les hacía muy felices, pero sabían que no aceptaría una respuesta negativa. No voy a decir que me otorgaron su bendición, pero al menos no hicieron nada para detenerme. Dijeron que si quería verle era asunto mío. De manera que me propuse y logré verle durante mi viaje a Checoslovaquia [9].

Entre todos los pueblos de los países socialistas, existen fuertes sentimientos de hermandad hacia la Unión Soviética, pero siempre he encontrado que la amistad que los búlgaros nos profesan es especialmente cálida. Y sus sentimientos son comprensibles. No han pasado tantos años desde que los campos de batalla de Bulgaria quedaron sembrados con los restos de los combatientes rusos que entregaron sus vidas para lograr la independencia del país frente a los turcos.

9. L. Svoboda llegó a presidente después de la caída de Novotni en 1968 y opuso una valiente resistencia a la intimidación soviética. Mucho antes había sido ministro de Defensa, procomunista, en el gobierno de Benes y, como tal, había jugado un papel activo en el derrocamiento de la democracia parlamentaria en Checoslovaquia. No se afilió al partido comunista hasta 1948, y fue visto con malos ojos por Stalin, quien le hizo caer en 1950. En 1951 desapareció del escenario político, pasó algún tiempo en prisión, fue liberado y se ganó la vida como contable en una granja cooperativa. Es absolutamente cierto que su regreso a la vida activa se debió enteramente a Kruschef. Tanto se había hundido en el anonimato que los esbirros de Novotni tuvieron que emplear mucho tiempo para descubrir dónde se encontraba.

11

La guerra de Corea

Una vez más, la impresión predominante aquí es la del amateurismo casi despreocupado con que Stalin se enfrentaba con los problemas que no afectaban inmediatamente a la seguridad de la Unión Soviética conforme él la entendía. Es de presumir que recibiría de su ministro de Asuntos Exteriores un detallado asesoramiento sobre la situación coreana; pero parece como si hubiera alentado a los norcoreanos sin conceder al asunto una seria meditación. La consecuencia importante que se desprende de este capítulo es la de que Kruschef se expresa sin remilgos en cuanto a la responsabilidad de la guerra: no pretende que Corea del Sur fuese culpable de agresión, ni siquiera de provocación. Tal y como lo presenta Kruschef, el asunto en su conjunto consistió en una invasión norcoreana hecha posible por un craso error por parte de Stalin. Pero también queda en claro que Stalin vio su propio error mucho antes de que lo hiciera Kruschef. Este no podía entender por qué su amo retiraba a todos los consejeros soviéticos y se mantenía apartado —salvo por lo que respecta a una barrera de propaganda— cuando lo que debía haber sido para los norcoreanos un paseo militar se convirtió en una guerra en toda regla. No hay duda de que Stalin desdeñó las sugerencias de Kruschef. Eran las sugerencias de un hombre que todavía ignoraba el funcionamiento real de las fuerzas mundiales —desconocedor incluso del importantísimo papel jugado por las Naciones Unidas como entidad distinta de los Estados Unidos.

APROXIMADAMENTE en la época en que fui trasladado a Moscú desde Ucrania, a fines de 1949, llegó Kim Il-sung con su delegación para mantener conversaciones con Stalin. Los norcoreanos querían ensartar a Corea del Sur a punta de bayoneta. Kim Il-sung afirmó que con el primer aguijonazo se desencadenaría en Corea del Sur una explosión interna y triunfaría el poder del

pueblo —o sea, el poder que gobernaba en Corea del Norte—. Stalin, naturalmente, no podía oponerse a esta idea. Apelaba a sus convicciones de comunista tanto más por cuanto la contienda sería una cuestión interna que los coreanos arreglarían entre ellos. Los norcoreanos querían tender una mano amiga a sus hermanos bajo el yugo de Syngman Rhee. Stalin convenció a Kim Il-sung de que lo pensara, hiciese algunos cálculos y luego volviese con un plan concreto. Kim volvió a casa y regresó a Moscú cuando hubo preparado todo meticulosamente. Dijo a Stalin que estaba absolutamente seguro del éxito. Recuerdo que Stalin tenía sus dudas. Estaba preocupado con la idea de que los americanos pudieran intervenir, pero nosotros nos inclinábamos a pensar que si la guerra se desarrollaba con rapidez —y Kim Il-sung estaba seguro de que podría ganarse velozmente—, se podría evitar la intervención de Estados Unidos.

Stalin, sin embargo, decidió consultar con Mao Tse-tung la sugerencia de Kim Il-sung. Debo insistir en que la guerra no era idea de Stalin, sino de Kim Il-sung. Kim fue el iniciador. Por supuesto que Stalin no intentó disuadirle. A mi juicio, ningún verdadero comunista hubiera intentado disuadir a Kim Il-sung de su apremiante deseo de liberar Corea del Sur de Syngman Rhee y de la reaccionaria influencia americana. Haberlo hecho así hubiera sido contradecir la visión comunista del mundo. No condeno, pues, a Stalin por alentar a Kim. Por el contrario, si yo hubiera estado en su lugar hubiera tomado la misma decisión.

Mao Tse-tung respondió también afirmativamente. Aprobada la idea de Kim y adelantó la opinión de que los americanos no intervendrían puesto que la guerra sería una cuestión interna que el pueblo coreano habría de decidir por sí mismo.

Recuerdo una animada comida en la dacha de Stalin. Kim Il-sung nos contaba las condiciones de vida en Corea haciendo hincapié en las muchas cosas atractivas de Corea del Sur: la tierra excelente y el estupendo clima para el cultivo del arroz, la próspera industria pesquera y cosas así. Afirmaba que, con la reunificación del Norte y el Sur, Corea entera se beneficiaría. Se podría asegurar desde la zona norte el suministro de materias primas para la industria y encontrar los abastecimientos necesarios para la alimentación del pueblo en la pesca, el arroz y otros cultivos agrícolas florecientes en el sur. Deseamos toda suerte de éxitos a Kim Il-sung y brindamos por todos los dirigentes norcoreanos, como gozoso anticipo del día de la victoria.

Llevábamos ya algún tiempo entregando armas a los norcoreanos. Era evidente que habrían de recibir la cantidad oportuna de carros de combate, artillería, fusiles, ametralladoras, equipo de ingenieros y armas antiaéreas. Se iban a emplear aparatos de nuestras fuerzas aéreas para la protección de Pyongyang, con cuyo objeto quedaron estacionados en Corea del Norte.

El momento previsto llegó y comenzó la guerra. El ataque se lanzó con éxito. Los norcoreanos pasaron rápidamente al sur, barriéndolo todo. Pero el vaticinio de Kim Il-sung —un levantamiento interior desde que se hicieran los primeros disparos y el derrocamiento de Syngman Rhee—, desgraciadamente, no se hizo realidad. Se había supuesto que, con el avance de las tropas norcoreanas, se produciría la caída y eliminación de Syngman Rhee y su camarilla. Al principio pareció como si Kim Il-sung hubiera tenido razón. El régimen surcoreano era inestable e incapaz de defenderse. La resistencia fue débil. Ciertamente que Rhee no contaba con mucho apoyo en Corea del Sur, pero tampoco existían fuerzas suficientes en el interior para una insurrección comunista. Parece ser que el trabajo preparatorio de organización llevado a cabo por el Partido no había resultado adecuado. Kim creyó que Corea del Sur había sido materialmente cubierta con organizaciones del Partido y que la población se alzaría revolucionariamente cuando el Partido diese la señal. Mas esto no ocurrió nunca.

Los norcoreanos ocuparon Seúl. Todos estábamos encantados y de nuevo deseamos a Kim Il-sung toda clase de éxitos, ya que esta era una guerra de liberación nacional. No era la guerra de un pueblo contra otro, sino una guerra de clases. Obreros, campesinos e intelectuales, bajo la dirección del partido obrero de Corea del Norte, adherido entonces, como hoy, a los principios socialistas, se habían unido en la batalla contra los capitalistas. Considerado en sí mismo, esto significaba una evolución progresista.

Sin embargo, la capacidad combativa del ejército de Kim Il-sung se agotó precisamente al llegar a las puertas de Pusan, la última ciudad portuaria en el sur. Debería ser tomada antes de que terminase la guerra. Si así ocurría, Corea quedaría unificada. No estaría dividida por más tiempo. Sería un solo país, socialista y poderoso, rico en materias primas, industria y agricultura.

Pero no llegó a ocurrir. El enemigo se aprovechó de la resistencia organizada por Syngman Rhee en Pusan. Había preparado sus tropas para un desembarco en Chemulpo. El desembarco se llevó a cabo y la situación se hizo muy grave para los norcoreanos. En realidad, con este desembarco se cortó en dos a todo el ejército norcoreano en el sur, cayendo todas sus armas en poder de Syngman Rhee. Fue un momento de crisis y la amenaza de una catástrofe se cernió sobre la misma Corea del Norte.

Se podía culpar en parte a Stalin por la precaria situación en que los norcoreanos se encontraban. Me resulta absolutamente incomprensible por qué lo hizo, pero el hecho es que cuando Kim Il-sung estaba preparando su regreso desde Moscú, Stalin retiró a todos nuestros asesores que estaban destacados en las divisiones y regimientos norcoreanos, así como a los que estaban sirviendo como consejeros colaborando en la organización del ejército. Pregunté a Stalin sobre la razón de estas medidas y me respondió tajantemente:

—Resulta demasiado peligroso mantener allí a nuestros asesores. Pueden ser hechos prisioneros. No queremos que haya pruebas para que se nos acuse de tomar parte en este asunto. Es cosa de Kim Il-sung.

Así que nuestros consejeros fueron retirados. Como consecuencia de ello, el ejército norcoreano se encontró en dificultades desde el mismo comienzo de las hostilidades. Cuando, después del desembarco de Chemulpo, comenzaron las verdaderas batallas campales, me tomé muy a pecho los informes que recibíamos sobre la trágica situación en que Kim Il-sung se había metido. Lo sentía por Kim y una vez más sugerí a Stalin:

—Camarada Stalin, ¿no sería una buena idea prestar más ayuda cualificada a Kim Il-sung? Quiere luchar por su pueblo para hacer una Corea unida, libre e independiente. Pero él no es militar y ahora está haciendo frente a unidades americanas de choque. Nuestro embajador en Corea del Norte es un antiguo segundo secretario del Comité regional de Leningrado. Aunque durante la guerra obtuvo el empleo de teniente general, la verdad es que no es soldado profesional. Ni siquiera ha recibido nunca instrucción militar básica. Es posible que su consejo no equivalga al que prestaría un hombre especialmente preparado en la dirección de operaciones militares: Malinovski, por ejemplo [el futuro ministro de Defensa de Kruschef]. Está al mando del Distrito militar del Lejano Oriente. ¿Por qué no enviamos a Malinovski a Corea del Norte para que así, de incógnito, pueda ayudar a Kim Il-sung a dirigir la guerra con más efectividad?

Stalin reaccionó a mis observaciones con extremada hostilidad. Yo estaba asombrado. ¿No había dado Stalin sus bendiciones a Kim Il-sung? ¿No habíamos entregado armas a éste? ¿No estábamos de su parte? Sin nuestro apoyo no le hubiera quedado ni una sola posibilidad, pero esta ayuda había sido sólo en armas. Si no le hubiéramos negado apoyo en personal especializado para asegurar la organización de sus fuerzas y dirigir las operaciones, no hay duda de que Corea del Norte se hubiera alzado con la victoria. Creo que sólo con que Kim hubiera recibido un cuerpo de tanques, o dos a lo sumo, hubiéramos podido acelerar su avance hacia el sur y ocupar Pusan sobre la marcha. Y allí y entonces hubiera terminado la guerra. La prensa americana ha dicho después que si Pusan hubiese sido ocupada, los Estados Unidos no hubieran intervenido con sus fuerzas armadas [1].

1. Aquí falla la memoria de Kruschef. Inmediatamente después del ataque norcoreano, los americanos «intervinieron» con la aviación, y luego con las fuerzas de tierra que el general Douglas MacArthur pudo sacar de sus guarniciones en el Japón, que estaban en cuadro. Los americanos sufrieron numerosas bajas los primeros días de la guerra y perdieron un general de división, que fue hecho prisionero. Pero quedaron hombres suficientes para clavarse con uñas y dientes en la cabeza de puente de la bahía de Pusan en el extremo sur

Tal y como la cosa se planteó, tras una larga pausa, los americanos llevaron a cabo por su cuenta el golpe del desembarco. Sus tropas reconquistaron Seúl y avanzaron hacia el norte, más allá del paralelo 38 —la línea de demarcación establecida en el tratado de paz que siguió a la derrota del Japón—. La situación se había vuelto catastrófica para Corea del Norte y para Kim Il-sung.

Las fuerzas aéreas norcoreanas estaban equipadas con el Mig-15, nuestro reactor de combate mejor, más reciente y más manejable. En el curso de la guerra los americanos dotaron mejor a sus fuerzas aéreas e introdujeron un nuevo avión de combate más rápido y más potente que los nuestros. Nuestro Mig-15 quedó sencillamente superado y comenzó a sufrir derrotas. Perdimos nuestro anterior dominio del aire. Los americanos podían atravesar nuestras defensas aéreas y bombardear con impunidad Corea del Norte. Ya no éramos capaces de facilitar cobertura aérea a las ciudades y centrales eléctricas.

Mientras se desarrollaba esta trágica situación en Corea del Norte, y cuando se acentuaba nuestro sentimiento por Kim Il-sung y el pueblo de la República norcoreana, apareció de repente Chu En-lai. No estuve presente en su encuentro con Stalin. Este se hallaba entonces en el sur [en Sochi], y allí voló directamente Chu En-lai para verle. Después, cuando regresó a Moscú, Stalin dijo que Chu En-lai había ido a verle siguiendo instrucciones de Mao Tse-tung.

En estas fechas, el ejército norcoreano estaba casi diezmado. Chu preguntó a Stalin si habrían de ser llevadas a territorio norcoreano fuerzas chinas para bloquear el paso a los americanos y surcoreanos. Stalin y Chu, al principio, parece ser que llegaron a la conclusión de que no convenía la intervención china. Sin embargo, poco antes de que Chu En-lai regresase a su país, uno de los dos —el mismo Chu siguiendo instrucciones de Mao Tse-tung, o quizá Stalin— planteó de nuevo el asunto. Llegaron al acuerdo de que China apoyaría activamente a Corea del Norte. Ya había tropas chinas situadas a lo largo de la frontera. Stalin y Chu creían que esas tropas podrían arreglar completamente la situación. Batirían en retirada a las fuerzas americanas y surcoreanas y salvarían la situación evitando el desastre.

Chu En-lai regresó en avión a Pekín. Era el consejero más influyente y brillante de Mao Tse-tung y Stalin le miraba con respeto. Todos nosotros le considerábamos hombre perspicaz, flexible y muy al día, con el que se podía hablar sensatamente.

China no declaró la guerra, limitándose simplemente a enviar voluntarios a Corea. Sus tropas estaban mandadas por Pen Te-huai, a quien Mao Tse-tung

---

de Corea. Sin los americanos, es seguro que Pusan hubiera sido invadida. Entretanto, MacArthur estaba preparando la operación anfibia en Inchon que destruyó en aquellas fechas al ejército norcoreano. La intervención china en el otoño de 1950 cambió de nuevo el cariz de la guerra.

tenía en la más alta estima. Mao solía decir que Peng era la estrella más brillante en el horizonte militar chino.

La batalla comenzó de nuevo. Los chinos acertaron a detener el avance de americanos y surcoreanos. Tuvieron lugar duros combates. En los archivos se pueden encontrar los informes que sobre la situación daba Peng Te-huai a Mao Tse-tung. Peng redactaba largos telegramas explicando los planes de combate contra los americanos. Declaraba categóricamente que mediante decisivos ataques de flanqueo se obligaría al enemigo a rendirse poniéndole fuera de combate. En estos informes que Peng enviaba a Mao, las fuerzas americanas eran repetidamente aplastadas y la guerra estuvo para terminar muchas veces; Mao los enviaba luego a Stalin.

Desgraciadamente, la guerra no terminaba con rapidez. Los chinos sufrían numerosas derrotas importantes. Recibimos la noticia de que el hijo de Mao Tse-tung, que era general, había muerto en su puesto de mando durante una incursión aérea. ¡El propio hijo de Mao Tse-tung caído en Corea del Sur! China soportó pérdidas terribles porque su tecnología y armamentos eran considerablemente inferiores a los de los americanos. Tanto en la ofensiva como en la defensiva, el éxito de las tácticas chinas dependía en su mayor parte del factor hombre.

La guerra empezó a prolongarse más de la cuenta. Conforme ambas partes se sumergían más en ella, la lucha se hacía cada vez más sangrienta. Los frentes parecían haberse estabilizado. Cuando los norcoreanos empezaron a presionar a las fuerzas del Sur, las tropas americanas ocuparon Pyonkyang e hicieron retroceder a las fuerzas del norte hasta la frontera establecida por el tratado de la rendición japonesa.

Mis recuerdos de la guerra de Corea son inevitablemente esquemáticos. No vi ninguno de los documentos en los que se trataba del asunto de la ayuda técnico-militar a los norcoreanos. Pero pude comprender las bases de nuestra política. Leía todos los documentos que recibíamos de nuestro embajador. En la época en que comenzó la guerra, acababa yo de ser repuesto en mis derechos cívicos y se me incluyó en la lista gubernamental de destinatarios de información oficial. Mientras trabajé en Ucrania no había recibido correo alguno del Politburó, excepto en aquellas cuestiones directamente relacionadas con Ucrania o que me afectaban personalmente. Cuando fui trasladado a Moscú, Stalin dijo que se me pasasen los documentos confidenciales que fuesen del caso, dado que hasta entonces yo no los había venido recibiendo. Así es como empecé a ver los partes de guerra que Mao Tse-tung recibía de Peng Te-huai y que luego transmitía a Stalin, y así es como pude llegar a familiarizarme con los acontecimientos que se estaban desarrollando en Corea del Sur.

12

Hacemos las paces con Tito

El viaje de Kruschef a Yugoslavia, en el verano de 1955, para reparar el daño causado por Stalin cuando excomulgó a Tito en 1948, fue su primera aparición en la palestra internacional. Estuvo acompañado por Bulganin, a la sazón primer ministro de la Unión Soviética, y también por Mikoyan y el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Chepilov. A lo largo de las conversaciones, Bulganin actuó como una especie de amable comparsa, haciendo lo que Kruschef le decía. Mikoyan quedó en un prudente segundo plano, limitándose en ocasiones a intervenir con gestos o ruidos discretos de advertencia a Kruschef, si éste hablaba más de la cuenta o inconvenientemente... pues en aquella época aún bebía mucho, viéndosele a veces espectacularmente borracho. En este ambiente, que no le era en absoluto familiar, Kruschef cometió error tras error, comenzando ya con su discurso en el aeropuerto, que tanto enfadó a Tito, en el que vino a afirmar que el trato que los soviéticos habían dado a Yugoslavia había sido culpa de Beria y no de Stalin. Pero nunca cometió dos veces la misma equivocación, demostrando su capacidad para aprender rápidamente y acreditando unas reservas insospechadas de autocontrol. Conviene tener en cuenta que en 1949 Stalin había utilizado toda clase de métodos, excepto la guerra, para conseguir la caída de Tito: movimientos fronterizos de tropas, bloqueo económico, subversión activa y una propaganda violenta y rencorosa.

Al morir Stalin, era yo uno de los secretarios del Comité Central del Partido comunista de la Unión Soviética y, al propio tiempo, primer secretario tanto del Comité de la ciudad de Moscú como del regional. Poco después se me relevó de mi puesto en el Comité del Partido en Moscú, pero permanecí en el Secretariado del Comité Central. Durante algún tiempo no tuvimos en éste ningún primer secretario, hasta que Bulganin propuso en un pleno del Comité

Central el restablecimiento del cargo y yo fui designado para desempeñarlo. De esta manera, con la sanción del Presidium, me convertí en primer secretario del Comité Central del Partido comunista de la Unión Soviética. En calidad de tal encabecé la delegación que en 1955 marchó a Yugoslavia con objeto de restablecer las buenas relaciones con el camarada Tito.

Antes de la segunda Guerra Mundial, Tito había sido bien conocido y muy apreciado en el Comintern. Durante la magna lucha del pueblo yugoslavo contra los invasores hitlerianos, Tito había adquirido gran fama como líder guerrillero. No creo que nadie se pueda ofender si digo que la resistencia más impresionante contra la ocupación nazi llevada a cabo en cualquier país desde el comienzo de la guerra fue precisamente la realizada por el movimiento partisano nacional organizado por el Partido comunista de Yugoslavia. También hubo grandes movimientos de resistencia en Francia, Italia y otros países europeos, pero el yugoslavo fue el primero y el más numeroso.

La primera vez que me encontré con Tito fue después de la guerra, cuando vino a Moscú a ver a Stalin en unión de Kardelj y Djilas. Los camaradas yugoslavos regresaron a su patria en tren y pasaron por Kiev. Deseaban contemplar algo de nuestro país, aunque fuese desde la ventanilla de un vagón de ferrocarril. Stalin me telefoneó para decirme:

—Organiza una buena recepción y cuídalos bien mientras estén en Kiev. Procura que Tito tenga ocasión de experimentar el profundo sentimiento de amistad que nuestro país siente hacia Yugoslavia y vea que Ucrania entera se congratula con su presencia.

—Muy bien —repliqué—. Todo se hará como dices. Nos sentiremos verdaderamente felices recibiendo al camarada Tito.

Cuando llegaron, les tenía preparada la recepción apropiada, con todo lo que la hospitalidad rusa y ucraniana pueden ofrecer. Eramos pobres todavía, pero capaces de tratar bien a nuestros huéspedes. A requerimiento de Tito, organicé una visita a una granja colectiva; dijo que había quedado impresionado de esta visita, pese a que nuestra economía en aquellas fechas sufría aún la devastación de la guerra y a que nuestra agricultura no estaba como para sentirse uno orgulloso ni mucho menos.

Me gustó Tito. Tenía una personalidad vigorosa y mostraba ser un hombre sencillo. También Kardelj me agradó. Cuando vi a Djilas por primera vez me llamó la atención especialmente su agudeza, ágil y sutil. Me pareció buena persona. No negaré que ahora tengo opiniones muy distintas de las suyas, pero esto es salirse del tema. Recuerdo que una noche, en un entreacto en la ópera [en Kiev], Djilas nos contó una serie de fábulas de su propia invención. Una de ellas, particularmente, se me quedó grabada en la memoria y me gustaría contarla ahora aquí:

«Eranse una vez un perro, una vaca y un asno que vivían en un pueblecito cualquiera de Yugoslavia. Las cosas se pusieron mal, fueron de mal en peor y finalmente el perro, la vaca y el asno decidieron irse a las montañas a probar fortuna. Anduvieron errantes por las montañas durante algún tiempo, hasta que comenzaron a sentir hambre y a añorar el hogar. Resolvieron enviar al perro a la ciudad para ver si la situación había mejorado. Mas pronto estuvo de regreso, corriendo a todo correr.

—La vida en el pueblo sigue siendo demasiado difícil —informó—; no se permite ladrar. ¿Cómo puede vivir un perro si no se le permite ladrar?

Así que los tres personajes continuaron su vagabundeo por los montes. Pero, al cabo de cierto tiempo, decidieron mandar a la vaca en misión de reconocimiento.

—Puesto que tú no ladras —dijeron el perro y el burro—, no te molestará que no permitan hacerlo.

Y la vaca partió camino del pueblo. Pasó algún tiempo, al cabo del cual la vaca regresó, a todas luces acongojada.

—Aquello está imposible —dijo—, sencillamente imposible, ¡os lo aseguro! En cuanto llegué al pueblo, la gente comenzó a atacarme. ¡Se agarraron a mis ubres y se pusieron a mamar y darme tirones! Tuve que sacudírmelos con todas mis fuerzas, ¡y casi, casi me arrancan los pezones! ¡A duras penas pude escapar!

Y continuaron los tres viviendo en las montañas. Finalmente, acordaron intentarlo por última vez, accediendo el asno a bajar hasta el pueblo. No había pasado mucho tiempo, cuando el burro regresó corriendo, tan deprisa como sus patas se lo permitían.

—Imposible, absolutamente imposible vivir en la ciudad —gritó.

—¿Por qué? —le preguntaron los otros—, ¿qué ha sucedido?

A lo que replicó el asno:

—Pues bien, tan pronto como llegué al pueblo intentaron darme un cargo oficial. Estaban en plenas elecciones y quisieron hacerme parlamentario. ¡Casi no pude escapar!

Tito se quedó serio mirando a Djilas y dijo:

—¿Pretendes decirnos con tu fábula que elegimos a los asnos para el Parlamento?

Pero sólo estaba bromeando. Se echó a reír, Djilas rio también y luego todos los presentes.

Más tarde tuve ocasión de contar a Stalin el ambiente tan agradable y amistoso que había reinado durante la visita de los yugoslavos. Stalin quedó muy contento de que hubiéramos acogido a Tito tan calurosamente y de que los yugoslavos hubiesen disfrutado con su estancia en Ucrania. En aquella época,

Stalin quería que tuviésemos —y estaba seguro de que las *tendríamos*— las mejores y más fraternas relaciones con Yugoslavia.

Algún tiempo después, nuestro embajador en Belgrado, un académico y filósofo llamado Yudin (P. F. Yudin, que más tarde fue embajador en Pekín), informó a Stalin de que en cierta reunión del Partido los yugoslavos habían hecho toda clase de observaciones sarcásticas, irrespetuosas e incluso insultantes, sobre la Unión Soviética, en especial respecto de nuestros asesores militares y técnicos que, a petición de Tito, se habían enviado para ayudar a la reconstrucción del país. Yudin describió tal reunión con todo detalle y Stalin remitió copia de su informe a los miembros del Politburó. Yo recibí una en Kiev.

Los dirigentes oficiales yugoslavos comenzaban, pues, a mostrarse criticones y a buscar camorra con nosotros. Fueron encarcelados muchos yugoslavos amigos nuestros que no estaban de acuerdo con la línea antisoviética adoptada por su Gobierno. Incluso algunos de ellos pagaron su actitud con la vida. Se les castigaba, no por ser amigos nuestros, sino por ser contrarios a los dirigentes del Partido comunista y del Gobierno yugoslavo. Esta situación se agravó cuando la Unión Soviética retiró a todos los asesores rusos que habían estado colaborando con Yugoslavia en la reorganización de su industria, de sus estudios científicos, de su economía y de su ejército [1].

Tras la muerte de Stalin, se inició entre nosotros un intercambio de puntos de vista acerca de la posibilidad de volver a entablar contacto con los yugoslavos para tratar de liquidar la hostilidad que Stalin había creado entre la Unión Soviética y Yugoslavia, idea que, desde el principio, encontró una fuerte oposición. ¿Cómo íbamos a poder restablecer relaciones con los yugoslavos —se «alegaba»—, si ya se habían dejado deslizar hacia el capitalismo? Su economía había sido engullida por el capital monopolístico americano; se había restablecido la propiedad privada; se habían constituido bancos privados. Mijail Suslov, en especial, era radicalmente contrario a la idea de intentar una suavi-

1. No resulta claro por qué en este pasaje parece Kruschef culpar a los yugoslavos de las disensiones. En su Discurso Secreto atribuyó de forma categórica toda la responsabilidad a Stalin, en boca del cual puso estas palabras: «Con mover el dedo meñique... ¡se acabó Tito! Caerá». Y Kruschef comentaba: «Fue un papel vergonzoso el que Stalin desempeñó aquí». Edvard Kardelj y Milovan Djilas fueron ambos íntimos colaboradores del mariscal Tito. Kardelj, que fue su primer ministro, sigue siendo un respetable estadista. Djilas, apasionado e inteligente montenegrino, cayó en desgracia y fue recluido en prisión por dos veces por su antiguo superior, por revolverse contra la burocracia comunista y por atacar, en su obra *La nueva clase,* los fundamentos mismos del sistema comunista. Sus *Conversaciones con Stalin* se estimaron, si cabe, como más ofensivas. Resulta evidente que la semilla de la desilusión, respecto de Stalin en particular y del comunismo en general, quedó sembrada en su alma durante esta visita.

zación de las tensiones existentes entre los yugoslavos y nosotros. Insistía en que Yugoslavia ya no era un país socialista.

Creo que la razón de todas estas denuncias eran simplemente que, por haber estado tan apartados de los yugoslavos durante un tiempo en que habíamos imaginado tantas acusaciones contra ellos, habíamos llegado a creernos lo que nosotros mismos habíamos estado diciendo. Como en el viejo cuento del santón mahometano que llega a la plaza del pueblo diciendo que en la región de donde él acaba de venir están dando gratis cordero y arroz. Esta historia se difunde rápidamente por toda la ciudad, con lo que todo el mundo se lanza en la dirección que él había indicado. Cuando ve que todos corren, detiene a uno y le pregunta: «¿Qué sucede?» «¡Que dan gratis carne de cordero y arroz!» Y el santón se arremanga los faldones de la chilaba y echa a correr con la multitud para conseguir gratis los alimentos; ¡y había sido él el inventor de toda la historia! Lo mismo nos ocurrió con los yugoslavos. Nos habíamos inventado una historia sobre todas las cosas terribles que los yugoslavos estaban haciendo y tan a menudo la oíamos que comenzamos a creérnosla nosotros mismos.

Para poder vencer la testarudez de algunas personas que se negaban a abandonar la antigua postura creada en tiempos de Stalin, es natural que tuviéramos que contraponer a sus argumentos los nuestros propios. Y nada íbamos a conseguir con la mera afirmación de que Yugoslavia no era un país capitalista. Teníamos que probarlo. De manera que sugerí:

—¿Por qué no estudiamos el problema objetivamente? Podemos constituir una comisión de economistas y otros especialistas que analice todos los factores del caso y dictamine cuál es la estructura económica y socio-política que realmente tiene Yugoslavia. Estudiaremos después cuidadosamente punto por punto todas las pruebas que se nos ofrezcan.

La comisión quedó constituida por Chepilov y otros camaradas, y, tras una concienzuda investigación, nos presentó un informe que aún puede verse en los archivos del Comité Central. Su conclusión fue la de que no existía razón alguna para considerar que Yugoslavia fuese un país capitalista. Se concedía que los campesinos vivían en régimen de propiedad privada, con facultades para disponer de su tierra, pero que existían también explotaciones agrarias colectivas y estatales. Los bancos, el comercio y los instrumentos de producción estaban todos en manos del Estado y el poder estatal estaba en manos del pueblo; el Estado se basaba en la dictadura de la clase trabajadora. Por lo tanto, Yugoslavia cumplía los requisitos necesarios que debe reunir un Estado socialista. Yo no había tenido nunca la menor duda acerca de ello, pero me apoyé en la autorizada opinión de la comisión para convencer a los demás.

Una vez que quedó demostrada la pertenencia de Yugoslavia a la comunidad socialista, ya no resultaba válida la consideración que había servido de base

a Stalin para crear la situación de pugna, con lo que los argumentos contra la reconciliación se derrumbaron como un castillo de naipes. Decidimos volver a establecer contactos para conseguir la reanudación de las buenas relaciones entre nuestros Partidos. Desde el momento en que otros Partidos habían estado implicados en nuestro conflicto con Yugoslavia, y esto había ocurrido más especialmente con los de los países socialistas, teníamos previamente que obtener su consentimiento para aproximarmos a Tito directamente. Enviamos cartas a los Partidos comunistas de los Estados socialistas, así como a los Partidos comunistas inglés, francés, italiano y otros occidentales. Todos nos dieron su aprobación.

Cuando se planteó la cuestión de cuál sería la mejor manera de aproximarse a Tito, se alzaron algunas voces que estimaban que debíamos pedir a los yugoslavos que vinieran a vernos para entablar negociaciones. Yo dije que no había ni que hablar de semejante cosa. En primer lugar, dudaba de que aceptasen. Hubiera parecido como si viniesen a mendigar, con el sombrero en la mano. En segundo lugar, nosotros habíamos tenido la iniciativa en nuestra ruptura de relaciones; les habíamos atacado públicamente antes de que lo hicieran ellos. Por lo tanto, también debíamos tomar la iniciativa al tratar de cancelar las diferencias existentes. En tercer lugar, nosotros éramos un país grande y un gran Partido, con enorme autoridad y prestigio en el mundo comunista. Los dirigentes yugosavos podrían considerar que corrían un gran riesgo al encontrarse con nosotros en nuestro territorio, con lo que hubiéramos podido no llegar a ningún acuerdo.

A la vista de todo ello, resolvimos enviar nosotros una delegación a Belgrado. La encabezaría yo y comprendería además a Bulganin, Mikoyan y Chepilov. En aquella época, nuestra embajada en Yugoslavia funcionaba con el mínimo de personal. Cursamos la correspondiente propuesta a nuestros camaradas yugoslavos y accedieron a recibir a nuestra delegación para intercambiar puntos de vista. Cuando aterrizamos en Yugoslavia, fuimos recibidos con toda la cortesía debida a una delegación extranjera. No hubo, sin embargo, un gran despliegue de manifestaciones de hermandad. Tanto los dirigentes como el pueblo se mostraban contenidos y cautos. Se me ofreció el micrófono para pronunciar un discurso. Las observaciones que hice habían sido previamente redactadas en común, por lo que no constituían una opinión personal mía, sino más bien la de todos los dirigentes del Comité Central del Partido comunista de la Unión Soviética. Cuando terminé de pronunciar mis palabras, dijo Tito:

—Bueno, no es necesario traducir su discurso porque aquí todo el mundo entiende el ruso.

Creo que pretendía deliberadamente demostrar el sentimiento de precaución que podíamos palpar en el ambiente. Yo sé ucraniano y, sin embargo, cuando

un orador lo habla con cierta rapidez, no puedo captar todo lo que dice, y conste que el ucraniano es mucho más parecido al ruso que éste al serbo-croata.

Debo confesar que me quedé un poco desconcertado con la fría recepción que se nos hizo en el aeropuerto, porque sabía que este hecho daría argumentos a aquellos de entre nosotros que se oponían al restablecimiento de las buenas relaciones con Yugoslavia [2].

Cuando comenzaron las conversaciones, tomé la iniciativa sugiriendo que debíamos enterrar todas nuestras anteriores diferencias. Dije que estaba absolutamente seguro de que podríamos conseguir algún tipo de mutuo entendimiento. Admito que a la sazón aún existían ciertos fallos en nuestra postura. Los yugoslavos, acertadamente, culpaban a Stalin de la ruptura entre nuestros Partidos. No sostenían su postura contra nosotros personalmente, sino contra Stalin. También nosotros partíamos de la presunción de que había sido Stalin quien inició el conflicto, pero queríamos evitar que se suscitara el tema de las responsabilidades ahora que realmente estábamos en camino de normalizar nuestras relaciones con Yugoslavia. Por aquel entonces estábamos comenzando a darnos cuenta del alcance de los abusos de poder cometidos por Stalin y de las matanzas que había organizado cuando extirpó la flor y nata de nuestro Partido. Como ya he dicho anteriormente, la verdad es que no estábamos psicológicamente bien preparados para nuestra reunión con los yugoslavos. No nos habíamos liberado aún de nuestra servil dependencia de Stalin. Sin embargo, los yugoslavos accedieron a intentar el entendimiento con nosotros. Parece que captaron y acogieron bien nuestras intenciones.

Los dirigentes yugoslavos nos organizaron un recorrido por el país. Una vez más, la recepción que se nos hizo en pueblos y ciudades fue siempre cauta y contenida. Era evidente que la gente que se alineaba a lo largo de las calles no había venido espontáneamente a saludarnos. Se trataba de miembros del Partido, debidamente preparados. No es que se mostrasen hostiles, pero yo diría que tampoco se manifestaban demasiado amistosamente. En su mayor parte gritaban a coro:

—¡Viva Tito, Tito, Tito! [3]

No obstante, durante el viaje por el país nos puso muy contentos ver que el pueblo yugoslavo había tratado y trataba con todo el respeto debido la memoria de nuestros soldados que había dado la vida por la liberación de Yugosla-

2. Kruschef quedó algo más que desconcertado por el desaire de Tito en el aeropuerto. Se puso visiblemente furioso. Vale la pena advertir que ya con anterioridad acepta Kruschef la responsabilidad de su desafortunado discurso. Culpó a Beria, dice, porque ni él ni sus colegas habían tomado clara conciencia todavía de la maldad de Stalin.

3. Acierta plenamente Kruschef acerca de la actitud del pueblo yugoslavo. Se mostró educadamente hostil.

via frente a Hitler [4]. Las tumbas de nuestros caídos estaban bien cuidadas y señaladas con lápidas grabadas con sus nombres.

El país, desde luego, era muy pobre. Antes de la guerra había sido un pobre país de campesinos y luego la ocupación alemana había sido larga y dura. Vimos que los labradores disponían de aperos muy primitivos y que existía una carencia muy grande de tractores. Su retraso era perfectamente comprensible. Yugoslavia era un país aislado y devastado, por mucho que los capitalistas estuviesen fingiendo ayudarle [5].

Recuerdo haber hablado con Vukmanovic-Tempo. Me impresionó mucho por su sinceridad, su pureza y su naturalidad humana. Me gustaba, a pesar de que se expresaba con mucha dureza contra nosotros. Creo que no hubiera debido llegar tan lejos. Nos contó cómo había ido a América a negociar un crédito.

—Nos enfrentábamos con las más difíciles circunstancias —explicó—. La cosecha había sido un fracaso y casi estábamos amenazados por el hambre. La tensión entre nuestro país y la Unión Soviética estaba en su punto culminante. Los americanos sabían lo desesperados que estábamos e intentaron aprovecharse de ello. Pretendían imponernos las condiciones más unilaterales y leoninas a cambio del crédito que pedíamos. Estimaban que no nos quedaba más remedio que aceptarlas. Condiciones que eran de claro matiz político, pensadas para arrancar a Yugoslavia de su orientación socialista y forzarnos a seguir camino capitalista. Les manifesté que preferíamos morir antes que aceptar semejantes condiciones. Y me marché dando un portazo. Permanecí por allí unos cuantos días más para dar a los americanos la oportunidad de reanudar las negociaciones. Se vieron obligados a ceder un poco ante el temor de que sus presiones pudieran resultar excesivas. Sabían que si nos volvíamos a casa enfadados, ellos perderían toda esperanza de arrastrar a Yugoslavia fuera del campo socialista. Su principal objetivo era impedir nuestra reconciliación con la Unión Soviética, o, como ellos decían, protegernos para que no tuviésemos que capitular ante Stalin. Querían provocar un cisma en el mundo socialista para fortalecer su propio campo imperialista.

Me gustó ver a un hombre con tanto talento para expresar el odio de clase, pero me ofendía cuando usaba palabras duras para con nosotros. En cierta reunión dije:

4. Los yugoslavos se liberaron de los alemanes, si bien su destino dependió de la victoria de los aliados en otros teatros de la guerra. Esta fue una de las razones por las que Tito rehusó recibir órdenes de Stalin.

5. El Occidente capitalista se mostró por algún tiempo reacio a prestar ayuda a Tito, por considerar con escepticismo la seriedad de su falta de inteligencia con Stalin. Ulteriormente contribuyó en gran medida no a engullirse a Yugoslavia, como dice Kruschef, sino a que este país mantuviera su existencia nacional independiente del bloque soviético.

—Si deseáis alguna vez que se agrave la tensión en las relaciones con nuestro país, el hombre más indicado para la misión es el camarada Tempo.

Tito me miró y luego rompió a reír. Vukmanovic-Tempo y yo siempre nos hemos llevado bien desde entonces. Yo le respetaba mucho. Su carácter fiero tenía sus raíces en el odio a los enemigos de la clase obrera. De aquí que se permitiera ciertas intemperancias de lenguaje con nosotros. Después de todo, habíamos mostrado, por decirlo suavemente, una cierta falta de simpatía hacia Yugoslavia mientras se estaba enfrentando a las más arduas dificultades [6].

Al finalizar nuestra visita a Yugoslavia, hicimos público un comunicado conjunto. Esta declaración era tan sólo un punto de partida. Tito insistió en que exteriorizásemos nuestro compromiso de respetar los principios de no interferencia en los asuntos internos de los demás países y Partidos y el derecho de todo país a mantener sus propias decisiones sin presión del exterior. Accedimos a ello, creyendo sinceramente al hacerlo así que toda relación debe fundarse en la mutua confianza. El comunicado conjunto tocaba algunas cuestiones que quizá debieran haberse evitado, aunque los posibles puntos de roce se habían suavizado convenientemente. Por supuesto que este acuerdo sólo era el principio. Después de un período tan largo de hostilidad, para restablecer nuestras relaciones había algo más que hacer que sentarse alrededor de una mesa y tomar una copa de vino juntos.

Una vez que estuvimos de vuelta en Moscú, dimos cumplida cuenta de cómo se habían desarrollado nuestras conversaciones con los yugoslavos. Informamos que Yugoslavia aparecía como país firmemente asentado en el camino del socialismo; tanto el pueblo como el partido parecían estar sólidamente comprometidos en la línea del marxismo-leninismo. Resolvimos en Moscú que, para encontrarnos con los yugoslavos a mitad del camino y para sentar las bases de una ulterior cooperación económica con ellos, cancelaríamos la amplia deuda que con nosotros tenían. A partir de este momento, los yugoslavos solicitaron nuevos créditos. No recuerdo cuánto, pero una suma grande. Su solicitud tenía por objeto la construcción de una factoría de laminados de acero. Les concedimos el crédito que nos pedían a condición de que la entrega se hiciera en forma de maquinaria, la necesaria para construir y equipar esa fábrica.

6. Las negociaciones resultaron muy tensas y a menudo estuvieron a punto de romperse. Kruschef estaba decidido a restablecer íntimas relaciones entre los Partidos comunistas yugoslavo y soviético; en una palabra, a reincorporar a Yugoslavia al monolítico bloque comunista. Tito nada tenía que ver con esta idea. Deseaba el restablecimiento de las relaciones con la Unión Soviética a nivel de gobierno, como corresponde a dos Estados independientes. Y esto es lo que sucedió. Vukmanovik-Tempo, durante mucho tiempo cabeza de la organización sindical yugoslava, antiguo guerrillero, fue —y es— un hombre excepcionalmente honesto y honrado. Con ocasión de la visita de Kruschef, expresó en términos no muy diplomáticos lo que los demás estaban pensando.

Tito ha sido siempre un buen comunista y un hombre de principios, pero hasta que nuestras relaciones con Yugoslavia empezaron a mejorar, el país había estado comerciando sobre todo con americanos, ingleses y otros países occidentales, a cambio de préstamos. Se había extendido el rumor de que Yugoslavia, en virtud de compromisos adquiridos en firme, tenía prohibido comerciar con la Unión Soviética. En realidad esto no pasó de ser un infundio puesto en circulación por los muchos que en nuestro país aún querían mal a Yugoslavia. Este país no tenía semejante tratado con Occidente. Pero al mismo tiempo, no cabe la menor duda de que los imperialistas no estaban haciendo regalos a los yugoslavos por su cara bonita. Era —y sigue siéndolo— muy beneficioso para los capitalistas el utilizar la tentación de los acuerdos comerciales para engatusar a nuestros países hermanos e intentar sacarlos uno a uno del campo socialista.

En relación con este particular, recuerdo una conversación que, de manera privada y muy amistosa, sostuve en cierta ocasión con el camarada Gomulka. Nos había pedido que le enviásemos cereales a Polonia. Yo me percaté del verdadero motivo de la petición y se lo dije con franqueza:

—Camarada Gomulka, tengo la impresión de que nos quieres comprar el cereal por alguna razón distinta que no es la de cubrir vuestras necesidades internas. De todos los países socialistas, con la única excepción de la propia Unión Soviética, Polonia tiene la agricultura mejor desarrollada. Seguro que disponéis de suficientes cereales para cubrir vuestras propias necesidades. En consecuencia, creo que tienes en la cabeza algún otro propósito.

Se quedó mirándome fijamente por unos momentos; luego, viendo que yo le había comprendido, sonrió:

—Sí, camarada Kruschef, tienes toda la razón. Desde luego que no necesitamos el cereal como producto para el consumo alimenticio. Lo queremos para forraje. Lo necesitamos para cebar a los cerdos de los que depende nuestra industria tocinera.

Los polacos producen un excelente tocino, que alcanza muy buenos precios en el mercado americano. Cuando los americanos bloquearon las importaciones de la Unión Soviética y de otros países socialistas, tuvieron la precaución de dejar una puerta abierta al tocino polaco.

De manera semejante, Occidente hacía constantemente tratados especiales con Yugoslavia. Existía, naturalmente, gran resentimiento en la Unión Soviética contra Yugoslavia a causa del comercio establecido entre este país y Occidente. Este resentimiento se fundaba más en la envidia que en la ideología. Nos hubiera resultado muy beneficioso comprar equipo mecánico en los Estados Unidos, pero los americanos no nos lo venderían. Se lo vendían a los yugoslavos, pero no veo por qué habíamos de descargar nuestra rabia contra

los americanos sobre los yugoslavos, que estaban sencillamente aprovechando una oportunidad que a nosotros nos hubiera encantado tener. Por tanto, yo no veía razón alguna para la irritación contra Yugoslavia.

Yugoslavia adoptó siempre una posición especial e independiente en su política exterior, sobre todo cuando tuvo que competir con las fuerzas antagónicas de los países imperialistas. Siempre se preocupó de no encasillarse en ninguno de los dos bloques. Esta política no siempre resultó compatible con la nuestra, por lo que surgieron a veces ciertas fricciones. Habían rehusado unirse al Pacto de Varsovia a causa de la relación comercial que mantenían con Occidente. Esta negativa había provocado una fricción entre nosotros incluso después del mejoramiento de nuestras relaciones en 1955. Desde luego que existía otra razón para que los yugoslavos se negasen a suscribir el Tratado de Varsovia, y era que tenían planteado con Bulgaria un conflicto de fronteras.

Nuevamente se hicieron tensas nuestras relaciones tras los acontecimientos de 1956 en Hungría; con este motivo abandonamos algunas de las medidas que habíamos adoptado para mejorarlas. Por ejemplo, suspendimos nuestro acuerdo de concesión de créditos. Pero no tenía razón de ser el que dejásemos que se evolucionase hacia otra ruptura con los yugoslavos, de manera que, en un encuentro especial en Bucarest, Tito y yo suavizamos la tensión creada.

En relación con lo que antecede, considérese la postura yugoslava en las dos importantes Conferencias del Partido que se celebraron en 1957 y 1960. La delegación yugoslava asistió a estas Conferencias poco más que en calidad de observadora. Puede que tomaran alguna parte en las discusiones, pero no firmaron las correspondientes declaraciones finales. No negaré que esta postura me irritó mucho en aquella época [7]. No podía entender por qué se comportaban así, pero en todo caso nada se podía hacer para evitarlo. Parecía ser que los camaradas yugoslavos no querían verse cogidos por las obligaciones que se hubieran derivado de la firma de aquellas declaraciones. Creo que su negativa a adquirir aquellos compromisos era una actitud equivocada, pero ahora, al menos, puedo ya entender sus razones. Como dijo Tito en cierta conversación que sostuvimos:

—Seguramente estará usted de acuerdo conmigo en que si queremos permanecer sin alinearnos con ninguno de los dos bloques, no podemos firmar la resolución de la Conferencia.

Los yugoslavos deseaban poder hablar en nombre y para los países nuevos recién liberados del colonialismo y que se encontraban entre el mundo socialista

7. Irritación es una palabra débil para expresar los sentimientos de Kruschef hacia Tito por la negativa de éste a participar activamente en las dos grandes Conferencias de Moscú de todos los partidos comunistas en 1957 y 1960. Se puso furioso. Y, en consecuencia, los yugoslavos hubieron de soportar muy fuertes presiones.

y el capitalista. Tenían —y tienen— los yugoslavos perfecto derecho a adoptar esta postura; mas, a pesar de su negativa a unir más estrechamente sus fuerzas con las nuestras, debíamos procurar conservar nuestras relaciones con ellos. A pesar de todo, lo cierto es que la política de aislamiento practicada por el Partido comunista yugoslavo ha sido durante todos estos años una especie de punto de constante tropiezo.

Después de nuestro viaje a Yugoslavia en 1955, invitamos a visitar la Unión Soviética a una delegación yugoslava que presidió el camarada Tito. Luego repitió este viaje más de una vez, llegando a familiarizarse bien con nuestro país. En cierta ocasión le invitamos a pasar unos días de descanso en Crimea y a una partida de caza. La caza se ha venido usando durante siglos como ocasión para que los dirigentes de dos o tres países se reúnan a discutir sobre aquellos asuntos que les son de interés e importancia mutua. La atmósfera de nuestras conversaciones con Tito durante nuestra cacería juntos fue cálida y amistosa.

Los yugoslavos nos invitaron a que les devolviésemos la visita. Fui a Yugoslavia repetidas veces. Estos viajes me ofrecieron la oportunidad para contemplar directamente muchas de las cosas nuevas e infrecuentes que Yugoslavia estaba haciendo en su economía.

Como todo el mundo sabe, Yugoslavia pretende haber descubierto nuevos métodos administrativos y procedimientos económicos para facilitar la transición del capitalismo al socialismo. Sostienen que estas nuevas formas de organización son más democráticas porque permiten una mayor participación de los trabajadores, empleados y científicos en la gestión de la economía del pueblo. Al principio nos mostramos contrarios a esas supuestas reformas. No obstante, yo tenía interés en verlas funcionar cuando visité fábricas en el país. Quería asegurarme del alcance de estos nuevos procedimientos y hasta qué punto podrían ser aplicables a nuestras propias condiciones en la Unión Soviética.

Recuerdo una vez en que los camaradas yugoslavos me llevaron a ver una fábrica de tractores en las afueras de Belgrado. Ingenieros, directores, supervisores, representantes sindicales y organizadores del Partido, todos intentaron explicarme la forma en que se determinaba el plan de producción por métodos democráticos. Nunca pude hacerme una idea coherente de lo que intentaban decirme acerca de su nueva concepción de la propiedad y la posesión. Todas sus explicaciones sobre la participación en la propiedad me producían la sensación de un reclamo de escaparate. A pesar de lo que me decían, me seguía pareciendo que era el gobierno el que determinaba el plan de producción y el que controlaba estrechamente la forma en que éste se ponía en práctica. Expresé mis dudas a los camaradas yugoslavos con toda ingenuidad, y creo haber entrevisto que estaban a medias de acuerdo conmigo. Pero todavía intentaban convencerme de que su sistema era en cierta manera diferente al que teníamos en la Unión So-

viética y de que el suyo era más democrático y conducía en mayor medida a la participación del pueblo en la determinación de los objetivos de producción [8].

A pesar de mis dudas, es indiscutible que sus razonamientos merecían cierta atención. Durante el período en que he vivido, trabajado y dirigido el gobierno, nuestra economía siempre ha tenido una administración centralizada. Creo que en mis tiempos la centralización era el mejor y más eficiente de los sistemas. Pero recientemente voy llegando al convencimiento de que, si bien la gestión centralizada sigue siendo necesaria, no menor importancia tiene para los trabajadores de una determinada empresa el poder decir algo más de lo que antes podían sobre sus condiciones y cupos de producción. Mientras que los planes de producción han de ser elaborados y supervisados desde arriba, creo que en el futuro deberá haber ciertamente una participación más activa de los mismos obreros en la fijación de planes y cupos y en la determinación de cómo esos planes deban ser llevados a efecto. En otras palabras, pienso que en las nuevas formas de organización introducidas por los yugoslavos había, al menos, cierta dosis de buen sentido, eran al menos un inicio de contribución útil que podía servir a nuestra economía; esto no se puede negar.

Los yugoslavos proclamaban que estaban creando mejores condiciones económicas para satisfacer las demandas del consumo, pero también tenían sus problemas. En una de mis visitas Tito me confesó:

—Aquí estamos intentando luchar con algunas circunstancias desafortunadas. Tengo entendido que algunas de las personas encargadas de la administración de empresas estatales poseen cuentas en moneda extranjera en bancos capitalistas del exterior. Creo que están abusando de nuestra confianza para cometer desfalcos.

Me parece que este tipo de abusos era una consecuencia natural e inevitable de la política económica de Tito. Quizá para estas fechas los yugoslavos hayan liquidado el problema o hayan concebido algún tipo de control para evitar que se produzca.

Abusos y equivocaciones se producirán siempre que una sociedad experimente un sistema nuevo, y no debe sorprender que no todos los aspectos del experimento yugoslavo se hayan desarrollado con éxito. Pero por la misma razón, tampoco cabe rechazar de plano todos los aspectos del experimento yugoslavo. Deberíamos examinar la situación desapasionadamente para decidir qué aspectos del sistema yugoslavo podrían ser adaptados con provecho a la organización eco-

8. Kruschef se está refiriendo aquí específicamente a los consejos obreros constituidos en Yugoslavia en un intento de alcanzar una especie nueva de socialismo, libre de la planificación centralista, encaminado al autogobierno de fábricas, bancos, empresas e instituciones de todas clases. En su primera visita a Yugoslavia, Kruschef manifestó su más absoluto desprecio hacia esta idea.

nómica de otros países socialistas. Admito que nuestras propias observaciones sobre cuestiones de este tipo no siempre fueron hechas con calma y objetividad. A veces existían por medio reproches y recriminaciones mutuas, en los que ambas partes proclamaban haber encontrado la verdad, la única verdad. Nunca me pareció que ninguno de los contendientes tuviera toda la razón. Siempre será un error el pretender estar en posesión de la verdad. Es equivocado —y estúpido— el insistir tercamente en que el único sistema de hacer algo es el propio.

Un sector en el que los yugoslavos parecía que estaban actuando de forma correcta era la agricultura. En cierta ocasión sostuve una interesante conversación con Tito sobre este tema.

—Cuando nuestras relaciones con la Unión Soviética se truncaron —me dijo—, quisimos asegurarnos de que no se nos pudiera considerar como renegados del socialismo, para lo cual adoptamos ciertas medidas administrativas para llevar la colectivización hasta sus últimas consecuencias. En términos estrictamente cuantitativos puede que hayamos acertado con la colectivización, pero tenemos una gran dificultad en la producción de cosechas suficientes para cubrir la demanda de las poblaciones urbanas y de la clase obrera. No obstante, hasta después de haber proseguido adelante con la colectivización no iniciamos la transición de las explotaciones agrarias colectivas a las estatales.

Citó una cifra proporcional muy alta, representativa de las tierras en que se habían establecido empresas agrícolas estatales para el cultivo del trigo y para la explotación agraria mecanizada, centrales lecheras y cría de ganado y aves de corral. El Estado estaba comprando tierras a los campesinos y convirtiéndolas en explotaciones estatales, en una línea similar a las nuestras.

Lejos de contradecir nuestra concepción acerca de cómo ha de construirse el socialismo, la política del camarada Tito sobre agricultura estatal cooperativa merece nuestra más cuidadosa atención. El mismo Lenin solía decir que las cooperativas agrícolas y las explotaciones estatales representaban el estadio más avanzado en el desarrollo agrícola. Creo que los yugoslavos dieron un paso seguro cuando comenzaron a reemplazar las granjas colectivas por las estatales [9].

Nosotros mismos intentamos conseguir mejoras rápidas en nuestro sistema agrícola cuando probamos asentar nuevos colonos en organización colectiva

9. Antes de la ruptura con la Unión Soviética en 1948, y durante algún tiempo después, la economía, la industria y la agricultura yugoslavas se encauzaron de la forma más rígida según la línea soviética. En la industria, el control centralista dio paso a la «auto-gestión»; en la agricultura, se abolieron las granjas colectivas, que contaban con la hostilidad del campesinado, siendo sustituidas por cooperativas de agricultores a las que habían de adscribirse los pequeños cultivadores. La mayor parte de ellos lo hicieron así. Las granjas estatales, tan queridas siempre por Kruschef (grandes explotaciones agrícolas propiedad del Estado, administradas por funcionarios y cultivadas por trabajadores asalariados), no están realmente muy

sobre las Tierras Vírgenes. Puede uno imaginarse las dificultades que aquella campaña de colonización planteaba para una familia que tenía que ser trasladada del hogar en que había vivido durante generaciones. Para ellos sería muy duro, pero tuvimos que establecer muchas de tales familias —ucranianas, bielorusas y rusas— a miles de kilómetros de las tumbas de sus antepasados. En esta campaña de colonización de nuevas tierras se hicieron enormes gastos materiales. Entre otras cosas, había que conceder préstamos y apoyo financiero a los jóvenes que marchaban a asentarse en las Tierras Vírgenes. Terminamos por convencernos de que no se debían establecer allí granjas colectivas; éstas suponen una organización artificial, puesto que no constituyen una verdadera comunidad, y resultaría demasiado costoso establecer a la gente en granjas colectivas en aquellas zonas. En consecuencia, nos decidimos por la alternativa de la granja estatal. Mientras yo estuve en el poder, nuestro pan más barato procedía del trigo de las granjas estatales de las Tierras Vírgenes [10].

Me alegraba de que Tito, además de darse cuenta de las ventajas del sistema cooperativo sobre el de colectivización, había llegado también a comprender la importancia de la planificación centralizada. Esta función, cubierta en la Unión Soviética por la Comisión de Planificación del Estado, es esencial para la dirección de una economía socialista. Sin planificación central, la ley del mercado —oferta y demanda, que son los elementos del Estado capitalista— minará primero y luego reemplazará a las verdaderas relaciones socialistas entre individuos y empresas. Me resultó muy satisfactorio que el Estado yugoslavo, bajo la dirección del camarada Tito, se diera cuenta de que la planificación centralizada es requisito esencial para mantener una economía verdaderamente socialista.

En mis visitas a Yugoslavia y mis conversaciones con Tito adquirí gran respeto y confianza en sus aptitudes de líder imaginativo y emprendedor. Una de las veces que recorrí con él el interior del país, vi que las circunstancias habían

---

extendidas en Yugoslavia y fueron establecidas principalmente para fines específicos, por ejemplo en la ganadería. Las explotaciones agrícolas colectivas, teóricamente, pertenecen a los campesinos de un pueblo o grupo de pequeños pueblos que las trabajan en beneficio comunal.

10. La campaña de las Tierras Vígenes a que Kruschef se refiere aquí fue una operación gigantesca con objeto de roturar para cereales una vasta región de la estepa, principalmente en el Kazajstán. La zona inicialmente roturada en 1954 no abarcó menos de treinta y seis millones de hectáreas: extensión superior a la de todas las zonas cultivables en Inglaterra, Francia y España juntas. Medio millón de «voluntarios» se trasladaron desde la Rusia europea a la desértica estepa, donde vivieron en condiciones primitivas, organizándose en enormes granjas estatales. Tras el éxito inicial (pero muy costoso), el experimento tuvo que reducirse considerablemente: como muchos habían vaticinado, la tierra se convertía rápidamente en una estepa polvorienta.

mejorado sensiblemente respecto de lo que había sido cuando nuestra delegación pasó por allí por primera vez en 1955. El pueblo había prosperado mucho. Surgían fábricas por todas partes. Recuerdo haber visitado las obras de construcción de una planta industrial de fibras sintéticas que habría que equipar con maquinaria adquirida en los Estados Unidos. Era un equipo muy interesante y la fábrica prometía, cuando estuviese terminada, una gran prosperidad para el pueblo de Yugoslavia.

El camarada Tito me dijo en cierta ocasión que, en el año 1963, Yugoslavia había obtenido del turismo unos ingresos del orden de los setenta millones de dólares, cantidad que hubiera parecido desdeñable para países como Italia, Suiza, Suecia y otros occidentales, pero que para un país socialista, incluida la Unión Soviética, constituía una suma impresionante. Tito me dijo que estaban construyendo hoteles y nuevas carreteras con objeto de atraer más turistas. Estos dejan en el país divisas extranjeras, muy necesarias para el comercio exterior. Diría, incluso, que hasta la Unión Soviética sentía una cierta envidia del éxito yugoslavo en la atracción del turismo.

Me dediqué a preguntar a unos y otros con el fin de averiguar cómo se las arreglaban los yugoslavos para disponer de un comercio turístico tan floreciente. Me dijeron que lo más importante era una buena red de carreteras, y después los buenos hoteles y restaurantes. Me explicaron que para garantizar un buen servicio a los turistas en los hoteles yugoslavos, enviaban personal a los países capitalistas para estudiar la forma en que ellos reciben a sus visitantes, el modo de preparar las comidas y la manera de regentar los hoteles. Visité algunos de sus hoteles turísticos: rutilantemente limpios y modernos; excelente el servicio.

Es claro que Yugoslavia tiene grandes ventajas naturales. Es uno de los más bonitos entre todos los países europeos socialistas. Antes de haber visitado Yugoslavia creía yo que nuestras costas de Crimea y del Cáucaso constituían los paisajes más bellos del mundo, y ciertamente son para dejar el ánimo en suspenso. Pero cuando vi Dubronik y otros lugares de Yugoslavia, me di cuenta de que no éramos nosotros el único país socialista que podía presumir de tales encantos naturales. Quizá Yugoslavia, por su clima, por sus paisajes costeros y por su riqueza en monumentos históricos, supere en belleza a nuestro propio país.

Como es sabido, los turistas originan a veces ciertos problemas, extremo respecto al cual pregunté en una ocasión al camarada Tito:

—Dime: ¿cómo controláis a todos los turistas occidentales que entran en automóvil?

En la U. R. S. S. tenemos un enorme aparato burocrático que pone muchas trabas en el camino de los turistas. Sonrió y me replicó:

Nina Kruscheva y el dirigente húngaro Janos Kadar.

Las esposas de Kruschef y de Tito en Yugoslavia (¿1963?)

—Mira, nosotros hemos resuelto el problema muy sencillamente. Son infinitos los medios que para entrar en el país tendrían los turistas indeseables, espías y demás. El control en la frontera no es garantía suficiente contra ellos y existen otras formas de plantear la lucha contra la infiltración. Por eso, los guardias de frontera en nuestro país someten a los turistas a la mínima inspección posible. Todas las formalidades se despachan en cuestión de minutos, tanto al salir como al entrar en el país. Habitulamente no se practica ni la comprobación de identidad. El turista dice sólo a dónde va, se levanta la barrera y aquél sigue su marcha con el auto. Esto sucede con la gente que viene a Yugoslavia de otros países y exactamente lo mismo pasa con los ciudadanos yugoslavos que salen al extranjero. Por ejemplo, son muchos nuestros mineros que marchan del país temporalmente para trabajar en la Alemania del Oeste. Dicen al guardia en la frontera sencillamente: «Me marcho a ganar el dinero suficiente para para comprar un coche», y se les deja pasar.

Yo estaba intrigado por todo este planteamiento del problema relativo al control de fronteras. Cuando regresé a nuestra patria, expliqué a mis camaradas encargados del turismo la práctica yugoslava, encomendándoles que meditaran el asunto. Inicié también un amplio programa de construcciones hoteleras con vistas al aprovechamiento de nuestras atracciones turísticas.

Con ocasión de otra de nuestras conversaciones con el camarada Tito, le pregunté:

—¿Nos autorizarías a que enviásemos aquí gente para que aprendiese, basándose en vuestra gran experiencia, todo lo relativo a la gestión de un gran sector turístico?

—¡No faltaba más! —repuso Tito—. Con mucho gusto os mostraremos y os expondremos todo aquello que pueda ser de interés para vosotros. Por supuesto que el turista medio que nos llega no es rico, no es el típico gran capitalista. Puede que sea un trabajador de Alemania occidental o de Italia, con unos ingresos de tipo medio, al volante de su auto propio. Nuestros turistas no traen consigo grandes sumas de dinero para gastar a tontas y a locas, pero pagan nuestros servicios y lo hacen en divisas extranjeras.

Pregunté también al camarada Tito si les planteaban muchos problemas esos jovencitos y jovencitas noveleros y pendientes de las modas que andan a la caza del turista intentando comprarle toda clase de chucherías y baratijas, sobre todo alrededor de los hoteles.

—En nuestro país —le dije—, es una verdadera vergüenza ver a nuestros compatriotas comprando y regateando, e incluso pidiendo, a los extranjeros. ¿Cómo resolvéis vosotros este problema?

—Realmente, aquí no existe tal problema —me explicó—, y te diré por qué. Cuando algún objeto se pone de moda entre nuestros jóvenes, compra-

mos el equipo necesario para montar una fábrica y comenzar a producirlo nosotros mismos. Claro es que los gastos de los consumidores están cambiando constantemente, pero todo lo que hay que hacer es usar la cabeza y asegurarse de que la industria esté a la moda para adaptarse a las demandas de los consumidores.

Propuse a mis camaradas que siguiéramos el ejemplo de Tito y así poner coto a ese espectáculo bochornoso de nuestros jóvenes corriendo alrededor de los turistas.

Ignoro cuántas de mis sugerencias fueron puestas en práctica, pero creo que enviamos algún personal nuestro a estudiar el fenómeno turístico de Yugoslavia. Veo ahora por la prensa que se están levantando muchísimos hoteles por la Unión Soviética.

Mi experiencia con el camarada Tito me demostró que existen diferentes vías de progreso en la construcción del socialismo. No hay un molde o modelo único que se adapte a todos los países del mundo. Creer semejante cosa sería una gran estupidez. Cada partido sabe cuál es la mejor manera de asegurar la unidad en sus filas. Se debería tener más paciencia con aquellos Partidos que están experimentando tratamientos ligeramente diferentes de los problemas básicos del pueblo. La clase obrera de cada país debería ser la que eligiera su propio camino de desarrollo sobre la base de su propia historia y circunstancias económicas: con la única condición vital, desde luego, de que los instrumentos de producción y los bancos pertenezcan al pueblo y que el Estado sea dirigido por la dictadura del proletariado.

En las relaciones y mutua interacción entre los distintos Partidos y Estados, deberíamos ser tolerantes con los demás y evitar las censuras, sobre todo en público. Desgraciadamente, sin embargo, hay veces en que es imposible contenerse, pero no citaré ejemplos. Todas las personas sensatas saben muy bien de quién estoy hablando.

13

Ginebra, conferencia en la cumbre

Fue en Belgrado donde por vez primera tuvo ocasión Kruschef de encontrarse con un jefe de Estado extranjero lejos de su propio país y de ser observado curiosamente por diplomáticos y periodistas de otros países. En Ginebra, uno o dos meses después, tuvo su primer encuentro con los líderes de las potencias imperialistas: el presidente Eisenhower y los señores Eden y Faure, por no citar también a John Foster Dulles. Encuentro que constituyó una verdadera ordalía. El campesino de Kalinovka, el jefe del Partido, que había labrado su carrera ascendente a la sombra de Stalin, se reunía de igual a igual con los dirigentes más distinguidos del mundo occidental, todos ellos con sus antecedentes de formación en West Point, Eton y Oxford, el Liceo y la Sorbona. Kruschef y Bulganin seguían vistiendo de la misma manera que en su viaje a Yugoslavia: trajes veraniegos color malva pálido con aspecto de saco, con los pantalones aleteantes por su excesiva anchura; y Bulganin, además, con su gabán beige claro que llegaba hasta el suelo y que le daba el aspecto de uno de aquellos motoristas anteriores a 1914 (fue después de su estancia en Ginebra cuando los dirigentes soviéticos se interesaron por la buena sastrería). Kruschef refleja aquí de una manera muy viva sus sensaciones de tensión y extrañeza e, incluso, el complejo de inferioridad —y no nos choca— que padeció. Son muy reveladores sus sentimientos de embarazo respecto del bimotor Iliushin en el que llegaron de Moscú.

HASTA el momento mismo de su muerte, Stalin solía decirnos: «Ya veréis; cuando yo no esté, las potencias imperialistas os retorcerán el cuello como a polluelos.» Nunca tratamos de convencerle de que podríamos arreglárnoslas por nuestra cuenta. Sabíamos que hubiera sido inútil intentarlo. Además de que, por nuestra parte, teníamos también nuestras dudas sobre la política exterior

de Stalin. Concedía demasiada importancia al poderío militar, por lo que, consecuentemente, depositaba excesiva fe en nuestras fuerzas armadas. Vivía con el constante temor de un ataque enemigo. Política exterior equivalía para él a mantener las unidades antiaéreas en torno a Moscú en estado de alerta las veinticuatro horas del día.

Para nosotros, una vez muerto Stalin, constituyó un reto interesante el ponernos a tratar con las potencias extranjeras por cuenta propia. En 1955 salimos al extranjero a entrevistarnos con algunos representantes de Estados burgueses y a experimentar sus reacciones en circunstancias variadas. Nuestro viaje a Ginebra ese año ofreció a los jefes de Estados burgueses la oportunidad de contemplarnos de arriba a abajo. La Conferencia de Ginebra fue una prueba crucial para nosotros: ¿Seríamos capaces de representar a nuestro país con la debida competencia? ¿Sabríamos enfrentarnos con la conferencia serenamente, con realismo, y evitar que la otra parte nos intimidase? Considerados los hechos en su conjunto, yo diría que superamos esa prueba.

Unas palabras acerca de los antecedentes de las reuniones de Ginebra:

Nuestras relaciones con el mundo occidental venían siendo tensas desde que Churchill, en su discurso de Fulton, había hecho su llamamiento a todos los países capitalistas para cercar a la Unión Soviética. Creo que fue realmente idea de Churchill que las potencias occidentales abriesen, tras la muerte de Stalin, unos canales de comunicación con el gobierno soviético y que lo hicieran rápidamente. Churchill creía que el Occidente podría aprovecharse del hecho de que el nuevo gobierno soviético no estuviera todavía enteramente formado, por lo que le suponía vulnerable a las presiones. La prensa occidental se vio de repente llena de artículos que clamaban por una reunión de las cuatro grandes potencias. También nosotros estábamos a favor de tal reunión. El sentimiento imperante entre los dirigentes soviéticos era que, después de una guerra tan sangrienta, podíamos llegar a entendernos con las potencias occidentales sobre la base de unos principios razonables de coexistencia pacífica y de no interferencia en los asuntos internos de otros Estados.

Por los conductos diplomáticos se establecieron el lugar y la fecha de las reuniones: Ginebra, verano de 1955. En aquella época Bulganin era ya presidente del Consejo de Ministros. Creo precisamente que una de las razones por las que nos pudimos poner de acuerdo para celebrar la Conferencia fue el hecho de que Malenkov hubiese sido ya relevado de sus funciones de presidente. Cualquiera que hubiera conocido a Malenkov podría decir hasta qué punto, desde la muerte de Stalin, había quedado sin iniciativa y cómo sus actuaciones resultaban completamente imprevisibles. Era indeciso hasta el extremo de resultar peligroso y muy susceptible a las presiones e influencias de los demás. No fue, pues, accidental que cayera en las garras de Beria. Este podía no

ser más listo que Malenkov, pero era mucho más sagaz y de voluntad más firme.

Como primer ministro que era, tenía que encabezar nuestra delegación en Ginebra el propio Bulganin, a pesar de que no estaba muy versado en política exterior ni era muy diestro en negociaciones diplomáticas. Puesto que los ministros de Asuntos Exteriores de los otros tres gobiernos —Estados Unidos, Inglaterra y Francia— iban a acompañar a sus respectivos primeros ministros, el Presidium del Comité central decidió incluir en nuestra delegación a Molotov, ministro de Asuntos Exteriores. Entonces se indicó que se me debía incluir también en la delegación. Puse de manifiesto que mi presencia podría ser difícil de entender para las otras delegaciones, puesto que yo no ostentaba ningún cargo ministerial y sólo representaba al Partido [como primer secretario]. Pero Molotov replicó:

—Es asunto nuestro decidir a quién incluimos. Además de que eres también miembro del Presidium del Soviet Supremo, que es el más alto organismo de gobierno de la Unión Soviética. Me parece que deberías venir.

Todavía no estoy seguro de si era o no apropiado que yo asistiera a las reuniones de Ginebra. Los líderes occidentales, sin embargo, tenían otras cosas en qué pensar. Querían conseguir un acuerdo con nosotros sobre la situación política en el Cercano Oriente, pero querían hacerlo conforme a sus propias condiciones. No deseaban tener en consideración los intereses o intenciones de la Unión Soviética y los demás países socialistas. Tenían también el propósito, desde luego, de restaurar el capitalismo en los países que habían sido liberados por el ejército soviético tras la segunda Guerra Mundial, pretendiendo especialmente desgajar a Polonia del bloque socialista. Sabíamos que, sobre todo, la meta número uno que se habían propuesto los ingleses, americanos y franceses era la que ellos llamaban «la reunificación de Alemania», que significaba en realidad la expulsión de las fuerzas socialistas de la República Democrática Alemana; en otras palabras: la liquidación del socialismo en este país y la creación de una sola Alemania capitalista que, sin duda, pasaría a convertirse en miembro de la O. T. A. N. En cuanto a nuestra posición en esta cuestión, queríamos simplemente firmar un tratado de paz que reconociera la existencia de dos Estados alemanes y que garantizara que cada uno de ellos se desenvolvería como cada uno de sus pueblos juzgase oportuno.

En la época de la Conferencia de Ginebra estimaba yo que lo principal era garantizar la paz, mas las potencias occidentales se mostraban reacias todavía a adoptar incluso las medidas básicas para cimentar una paz segura. Por ello, la Conferencia estaba probablemente condenada al fracaso antes incluso de comenzar. No obstante, podía ser útil en algunas cuestiones importantes. En primer lugar, ofreció a los dirigentes de las cuatro grandes potencias una opor-

tunidad para encontrarse y conversar mano a mano, intercambiando mutuamente y de manera informal sus respectivos puntos de vista, cosa que usualmente se hacía en las comidas que teníamos después de las sesiones oficiales.

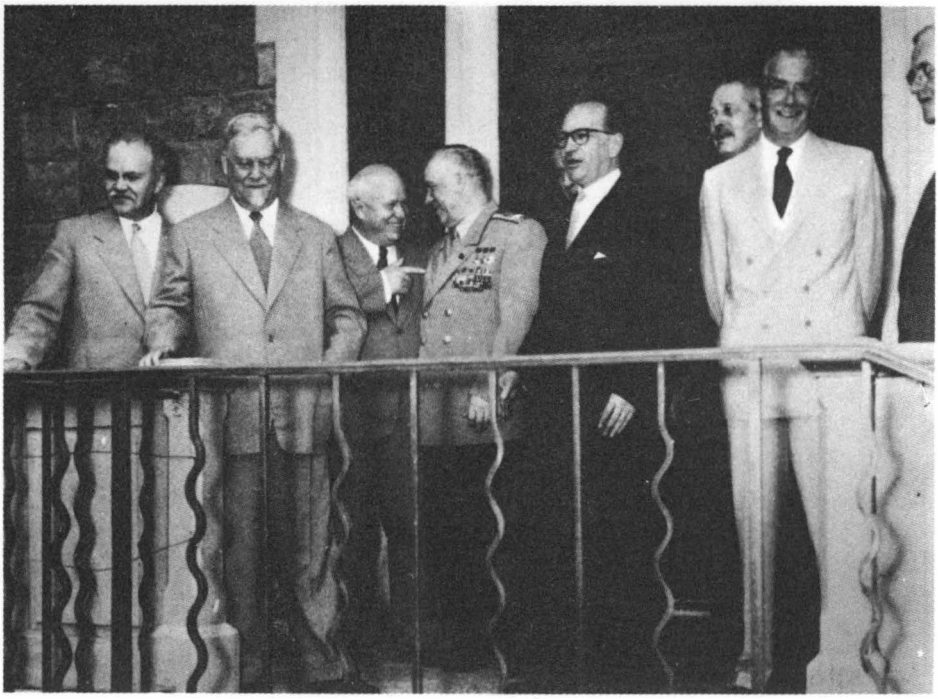
Desgraciadamente, nuestra delegación, desde el momento mismo en que aterrizamos en el aeropuerto de Ginebra, se encontró en una cierta situación de desventaja. Los dirigentes de las otras tres delegaciones llegaron en aviones cuatrimotores, mientras que nosotros lo hicimos en un modesto bimotor Iliushin. Sus aparatos eran desde luego más impresionantes que el nuestro y la comparación resultó un tanto embarazosa.

Se celebró una ceremonia en el aeropuerto en honor de las cuatro delegaciones, un desfile militar seguido de la invitación al jefe de cada una de ellas para pasar revista a las tropas. Durante esta ceremonia ocurrió un incidente desagradable. Estaba previsto que Bulgarin, como jefe de nuestra delegación, se adelantase para pasar revista a la guardia de honor, una vez que hubiese terminado el desfile [1]. Inmediatamente antes de que le correspondiera hacerlo, un oficial suizo de protocolo se colocó justamente delante de mí y allí siguió plantado dándome la espalda casi pegado a mi nariz. En un primer momento me dieron ganas de quitarle de en medio de un empellón. Luego me di cuenta de que el oficial en cuestión había actuado así siguiendo instrucciones del gobierno suizo. Se le había ordenado que se asegurase de que yo no me adelantaba con Bulganin a pasar revista a la tropa. ¡No me estaba permitido participar en aquella fase de la ceremonia! Para eso el gobierno suizo, groseramente, había hecho que aquel hombre se plantara delante de mí.

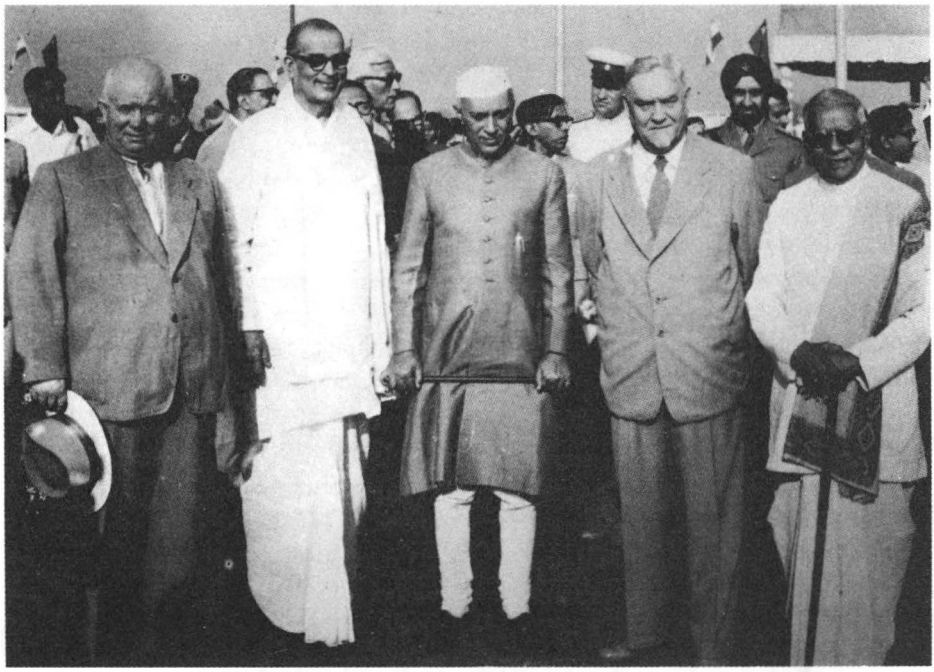
Cuando tomamos nuestros automóviles camino de las respectivas residencias de las delegaciones, observé que los guardias personales de Eisenhower tenían que seguirle corriendo detrás del coche. Nos sorprendió, como cosa realmente extravagante. Seguir a pie a un automóvil no es cosa de juego precisamente, ni tampoco resulta fácil al coche mantener la marcha al compás de un hombre corriendo. Cuatro años después volví a ver esta escena cuando Eisenhower vino a mi encuentro en el aeropuerto de Washington al iniciar mi visita a América. Allí estaban otra vez aquellos tipos robustos siguiendo al auto en su marcha mientras nos dirigíamos a la ciudad.

La reunión de Ginebra no fue la primera vez que me encontré con Eisenhower. Ya había coincidido con él cuando estuvo en Moscú para presenciar desde la tribuna presidencial del mausoleo de Lenin el Desfile de la Victoria, el 24 de junio de 1945. Mas aquel encuentro había tenido lugar muy al principio de nuestras respectivas carreras, siendo Eisenhower general y yo jefe del Par-

1. Kruschef sigue pretendiendo que no estuvo al frente de la delegación soviética. Es cierto que dejó entrever por gestos y actitudes que estaba pospuesto a Bulganin. Pero fue fácil para todos ver su posición de mando.



Conferencia cumbre de Ginebra, 1955. De izquierda a derecha, Molotov, Bulganin, Zhukov, Faure, MacMillan, Eden y Dulles.



1955. Kruschef y Bulganin en la India con Nehru y otros dirigentes indios.

tido y del Estado de Ucrania. Ahora, diez años después, en Ginebra, nos volvíamos a encontrar como representantes de nuestros respectivos países. Antes habíamos estado juntos en una misma tribuna; ahora nos sentábamos en lados opuestos de la mesa de negociación.

Si tuviera que comparar a los dos presidentes americanos con los que he tratado —Eisenhower y Kennedy—, la comparación no se resolvería en favor del primero. Las personas de nuestro equipo cuya misión era estudiar de cerca a Eisenhower me habían dicho que le consideraban un jefe militar mediocre y un presidente débil. Era un buen hombre, pero no muy tenaz. Había algo de blandura en su carácter. Como pude descubrir en Ginebra, dependía demasiado de sus asesores. Siempre me resultó evidente que el ser presidente de los Estados Unidos era una verdadera carga para él.

Nuestras conversaciones con la delegación americana fueron generalmente constructivas y útiles para ambas partes, aunque ninguna de las dos modificó sustancialmente sus respectivas posturas sobre las cuestiones con las que nos enfrentábamos. Los Estados Unidos, en aquellos días, se negaban a hacer incluso la concesión que pudiera ser más razonable, porque John Foster Dulles todavía vivía. El, y no el presidente Eisenhower, era quien determinaba la política exterior de los Estados Unidos. Para ilustrar esta afirmación puedo describir algo que observé en una sesión plenaria en Ginebra. Los jefes de las cuatro delegaciones se turnaban en la presidencia de las sesiones plenarias y, cuando le correspondió hacerlo a Eisenhower, Dulles se sentó a su derecha. Yo estaba a la izquierda de Bulgarin, lo que me colocaba justamente junto a Dulles, aunque quizá hubiera entre ambos un intérprete. El caso es que observé cómo Dulles tomaba notas con su lápiz, las arrancaba del bloc, las doblaba cuidadosamente y las deslizaba en las manos del presidente Eisenhower. Este tomaba los trozos de papel, los desdoblaba y los leía siempre antes de tomar una decisión, cualquiera que fuese el asunto de que se tratase. Y observaba esta conducta de forma rutinaria y concienzuda, como un escolar aplicado recibiendo instrucciones de su maestro. Para nosotros resultaba difícil imaginar cómo un jefe de Estado podía permitirse a sí mismo el desacreditarse de aquella manera ante las delegaciones de los demás países. Parecía enteramente como si Eisenhower dejara que Dulles pensara por él.

Unas palabras sobre Dulles. Algunos años después, cuando presidí la delegación soviética en la Asamblea general de las Naciones Unidas en Nueva York, Nehru me pidió opinión sobre él. Nehru, dicho sea de paso, era una personalidad de lo más atrayente. Siempre estaba sonriente y con una expresión amable en el rostro.

—Dígame, señor Kruschef —me preguntó—,
Mr. Dulles en sus negociaciones de Ginebra?

Su pregunta no me sorprendió; Nehru sabía que la política de Dulles y la nuestra eran invariablemente opuestas. Le respondí que había tenido oportunidad de hablar con Dulles al margen de los actos oficiales, en alguna sobremesa en Ginebra, y que me había parecido que tenía un carácter muy seco y que no habíamos hablado mucho sobre nada en particular, excepto sobre los platos que más nos gustaban.

Dulles decía a menudo que la meta de los Estados Unidos era empujar al socialismo en Europa hasta las fronteras de la Unión Soviética, y esta idea del cerco parecía obsesionarle. Extendió el bloqueo económico americano de la Unión Soviética hasta el punto de incluir en él los intercambios culturales. No se permitía visitar los Estados Unidos ni siquiera a turistas o a jugadores de ajedrez soviéticos. Recuerdo también que cuando los Estados Unidos patrocinaron una especie de convención internacional de cocineros, no se permitió la asistencia de nuestra delegación.

Sin embargo, tengo que decir esto en favor de Dulles: sabía hasta qué punto nos podía presionar y nunca llegó a hacerlo hasta ese extremo. Por ejemplo, cuando durante los acontecimientos de Siria y el Líbano de 1958, las fuerzas de nuestros dos países estuvieron frente a frente en el Oriente Medio, Dulles supo dar el paso atrás al borde mismo de la guerra. Las fuerzas reaccionarias de los Estados Unidos e Inglaterra retiraron sus tropas, en parte por la presión de la opinión mundial, pero en parte también como resultado de la prudencia de Dulles. Se acrecentó el prestigio de la Unión Soviética en todos los países progresistas del mundo.

Cuando murió Dulles dije a mis amigos que, aunque había sido un hombre que había vivido y respirado el odio al comunismo, despreciando el progreso, lo cierto es que nunca había traspasado aquel límite del que siempre había estado hablando en sus discursos; y que sólo por esta razón debíamos lamentar su pérdida.

Puesto que Eisenhower trajo con él a Ginebra en 1955 a su secretario de Defensa [Charles E. Wilson], por nuestra parte incluimos en la delegación a nuestra ministro de Defensa, mariscal Zhukov. Había sido amigo de Eisenhower durante la guerra y pensamos que este conocimiento podía servir de base a unas conversaciones que condujeran a una distensión de las relaciones entre nuestros dos países. Esperábamos que Eisenhower y Zhukov tendrían alguna ocasión de hablar a solas y que cambiarían impresiones sobre la necesidad de una coexistencia pacífica. Pero aquel perro pastor resabiado que era Dulles estaba constantemente merodeando alrededor de Eisenhower, enseñándole los dientes si se salía del camino trazado. Dulles no podía tolerar la idea de una coexistencia pacífica con la Unión Soviética. Eisenhower, sin embargo, pegó la hebra con Zhukov, aunque sólo fuera para encargarle que transmitiera

sus saludos personales a su mujer e hija; aparte de alguna que otra broma, nada resultó de las conversaciones entre ambos.

Una vez que la Conferencia de Ginebra se puso en marcha, Eisenhower sugirió que, después de cada sesión plenaria, nos reuniésemos para tomar un refrigerio de modo que pudiéramos terminar el día con una nota agradable. Su idea era la de que si en la sesión del día habían surgido algunos roces y tensiones, pudiéramos borrarlos con unos martinis. Recuerdo que, en una de estas reuniones informales, Eisenhower me presentó a [Nelson] Rockefeller, que acompañaba a la delegación americana como una especie de consejero. Hasta donde a mí se me ocurre, no vi en él nada especial. Iba vestido muy democráticamente y era de esa especie de personas que por ningún concepto causan impresión. Cuando le tuve frente a mí le dijo: «¡Así que el señor Rockefeller en persona!», y bromeando le golpeé en las costillas con los puños. Lo tomó a chirigota y me devolvió el gesto en idéntica manera.

Teníamos interés en hablar con Rockefeller acerca de la posibilidad de obtener un crédito de los Estados Unidos del orden de unos seis mil millones de dólares. Pero los americanos nos estaban ya presionando para que pagásemos el dinero que les debíamos como consecuencia de la Ley de Préstamo y Arriendo. Dijimos que estaríamos dispuestos a pagarles una cierta cantidad, aunque no toda, de esa deuda, si nos concedían el crédito de los seis mil millones de dólares. Discutimos algo sobre esta cuestión, pero no se consiguió nada concreto.

Las relaciones más cordiales en Ginebra las sostuvimos con los franceses. Edgar Faure, a quien habíamos apodado «Edgar Fiodorovich», era un hombre muy simpático que se esforzaba por mostrarse amistoso y hospitalario con respecto a nosotros. Sin embargo, en aquella ocasión los gobiernos se sucedían en Francia con rapidez, por lo que no era del caso prestar una atención seria a la delegación francesa en la Conferencia [2].

Nuestras relaciones con la delegación británica no fueron tan amistosas como con la francesa, aunque la atmósfera de nuestras conversaciones con Eden era ciertamente afectuosa. El seguía, naturalmente, la misma línea general que los americanos, pero parecía más flexible y más permeable a la argumentación razonable. Una noche, cenando, Eden nos preguntó:

—¿Qué les parecería si se les invitase a hacer una visita oficial a Gran Bretaña? ¿No estiman que tal viaje podría ser útil para nuestros dos gobiernos?

Contestamos que así lo creíamos nosotros también y que aceptaríamos con gusto tal invitación. Casi quedamos de completo acuerdo allí mismo. Los ingleses nos harían la invitación formalmente y nosotros la aceptaríamos.

2. La idea de Kruschef dando por supuesto que no había que tomar en serio a Faure, aunque éste le gustaba, por la frecuencia de los cambios ministeriales en Francia, es un comentario interesante sobre la limitación del pensamiento gubernamental soviético.

Al final de la Conferencia de Ginebra preparamos un comunicado conjunto exponiendo la posición de las cuatro delegaciones. Se formuló de tal manera que dejara a cada delegación la posibilidad de interpretarlo a su modo. La redacción fue el resultado de varios compromisos que nos permitieron a todos firmar el documento. No queríamos marcharnos cada cual por nuestro lado sin tener nada que mostrar como fruto de la Conferencia. Por otra parte, ninguno de nosotros quería que ningún punto del comunicado se interpretara como concesión política o de principio en favor de la otra parte.

En el camino de vuelta a la patria nos detuvimos en el Berlín Oeste, donde nos encontramos con los dirigentes de la República Democrática Alemana, haciendo público otro comunicado conjunto. En Berlín fuimos recibidos con todos los honores. Grandes multitudes vinieron a aclamarnos. Yo ya había estado antes en Alemania, pero esta era la primera vez que llegaba ostentando una representación oficial. Esperaba que se produjesen algunas manifestaciones de hoslidad hacia nosotros, pero no hubo ninguna. Tan sólo unas pocas caras agrias, pero no muchas. En general, fuimos recibidos entusiásticamente. Nuestra calurosa recepción en Berlín reforzó nuestra convicción de que los alemanes estaban hartos de guerra y de que lo que querían ahora era establecer unas relaciones fuertes y amistosas con nosotros.

Regresamos a Moscú sabiendo que en Ginebra no habíamos logrado ningún resultado concreto. Pero estábamos animados, dándonos cuenta entonces de que nuestros enemigos nos temían probablemente tanto como nosotros a ellos. Habían hecho sonar el metal de sus sables y habían intentado forzarnos a suscribir unos acuerdos que eran más ventajosos para ellos que para nosotros, porque estaban asustados de nosotros. Como resultado de nuestra actuación en Ginebra, nuestros enemigos se habían percatado ahora de que éramos capaces de resistir sus presiones y de no caer en sus tretas. Sabían ahora que tendrían que tratar con nosotros honradamente y con juego limpio, que tendrían que respetar nuestras fronteras y nuestros derechos, y que no podrían conseguir lo que quisieran por la fuerza o el chantage. Se dieron cuenta de que tendrían que establecer sus relaciones con nosotros sobre nuevos supuestos y nuevas esperanzas, si realmente querían la paz. La Conferencia de Ginebra significó para nosotros una verdadera e importante ruptura del frente diplomático. Nos habíamos afirmado como plenamente capaces para sostenernos a nosotros mismos en la palestra internacional. La invitación de Eden para visitar Gran Bretaña venía a confirmar nuestro éxito.

14

La visita a Londres

Cuando, en la primavera de 1956, Kruschef hizo su visita a Londres, en unión de Bulganin, había estado ya en Pekín en 1954, había realizado su famoso viaje a la India en 1955, así como su peregrinación a Belgrado y su viaje a Ginebra. Se estaba convirtiendo en un experimentado viajero. Tenía tras de sí el XX Congreso del Partido y el discurso secreto, y aunque Bulganin era primer ministro, no había duda alguna respecto de quién estaba al mando en la U. R. S. S. —aunque Kruschef no terminó de hacer añicos a la oposición hasta el verano de 1957, cuando definitivamente se desembarazó de Malenkov, Molotov, Kaganovich y otros. Kruschef no menciona aquí el hecho de que Malenkov, que ya no era primer ministro pero seguía siendo miembro del Presidium del Partido, había hecho antes una visita a Inglaterra, con mucho éxito, para prepararle el camino y pulsar el ambiente del país. La llegada de Kruschef y Bulganin resultó en cierto modo deslucida por la campaña de protesta iniciada poco antes por la prensa británica con motivo de haber sido enviado el conocido jefe de la policía general Serov a supervisar los aspectos de seguridad de la gran visita; Serov había tenido que volver a la Unión Soviética. Kruschef no pudo entender nunca por qué los británicos desaprobaban a Serov.

DESPUÉS de la guerra, el gobierno laborista inglés se había mostrado francamente hostil hacia la Unión Soviética, con lo que nuestros esfuerzos por establecer unas buenas relaciones comerciales no fueron muy lejos. Nuestros contratos con Gran Bretaña habían mejorado muy poco después de la muerte de Stalin, cuando los laboristas vinieron a visitarnos y se iniciaron conversaciones sobre diversas cuestiones. Luego los conservadores reemplazaron a los laboristas y Eden se convirtió en primer ministro[1]. Considerábamos que éste,

1. Cuando los conservadores volvieron al poder, fue Churchill primer ministro. Eden le sucedió más tarde.

para ser conservador, era relativamente progresista y todavía recordábamos con agrado cómo antes de la guerra, estando él en el Foreign Office, había contribuido a la firma de un tratado que unía las fuerzas de la Gran Bretaña y de la Unión Soviética contra la Alemania de Hitler. Eden había dimitido de su cargo cuando Chamberlain inició su acerba política antisoviética para incitar a Hitler contra nosotros [2]. Por ello, el retorno de Eden al poder nos hizo concebir la esperanza de que podríamos mejorar nuestras relaciones con Gran Bretaña.

Después de quedar de acuerdo con Eden en Ginebra sobre la conveniencia de hacer una visita oficial a Inglaterra, dispusimos todo lo necesario mediante un intercambio de notas diplomáticas y se convino que nuestra delegación partiría camino de Londres en abril de 1956. Debió ser en la segunda mitad del mes de abril, porque me acuerdo muy bien de que celebramos mi cumpleaños en el camino hacia Inglaterra, y los cumplo el 17 de ese mes.

Bulganin era aún presidente del Consejo de ministros y esta fue la razón de que encabezara oficialmente nuestra delegación [3]. A mí se me incluyó porque en Ginebra había tratado con Eden las mejores relaciones de trabajo. Había conversado conmigo más que con nadie y había sido yo quien, en nombre de nuestra delegación, había contestado a sus preguntas. Llevábamos con nosotros al académico Kurchatov porque queríamos establecer contactos con los científicos británicos [4]. Kurchatov es persona agradable e ingeniosa, además de ser un científico brillante.

Viajamos a Inglaterra en un crucero de guerra. Nos pareció mejor ir en barco para poder luego tomar el tren hasta Londres y de esa manera observar mucho más detenidamente la campiña. Antes de partir, el embajador británico en Moscú nos preguntó si permitiríamos que uno de sus agregados navales nos acompañase en el viaje. Aceptamos. Desde luego que hubo quien quedó preocupado con la posibilidad de que el agregado británico anduviera a la búsqueda de secretos militares y datos técnicos a bordo del crucero. Semejante estupidez era una secuela del período estalinista. El agregado naval británico resultó ser una persona bien educada y agradable. El día de mi cumpleaños, el 17 de abril, decidimos invitarle a comer con nuestra delegación. Hubo, naturalmente, bebi-

2. Anthony Eden renunció a su cargo, primordialmente, a causa del intento de apaciguamiento de Mussolini llevado a cabo por Chamberlain, en una tentativa de separar a aquél de Alemania. Chamberlain no hizo nada parecido a «incitar a Hitler» contra Rusia: Hitler no necesitaba ningún acicate. Su política fue la de apaciguar a Hitler permitiéndole apoderarse de parte de Checoslovaquia. Cuando vio que esta táctica no daba resultado, hizo una tentativa, un tanto fría, para conseguir una alianza con Rusia.

3. De hecho, como ya hemos señalado, Kruschef estaba al mando de la delegación.

4. I. V. Kurchatov, el famoso físico atómico, padre de la bomba atómica soviética.

das, y el inglés puso de manifiesto que tenía muy desarrollada la afición a los licores. El caso es que bebió tanto que apenas pudo volver solo a su camarote; mucho menos hubiera sido capaz de andar husmeando por el buque en busca de secretos militares. Más tarde tuve ocasión de charlar con Eden sobre esto. Me preguntó:

—Bien, señor Kruschef, ¿qué tal se portó a bordo nuestro agregado militar?

—Se comportó estupendamente, desde luego. Representó concienzudamente a la Gran Bretaña.

—¿Quiere usted decir que no les espió? ¿Que no anduvo arriba y abajo del buque examinándolo todo?

—¡Oh, sí, fue un hombre sencillamente imposible! Anduvo todo el tiempo arrastrándose por unos rincones en los que no hubiera cabido un microbio. Vio todo lo que había de ver.

Eden se echó a reír. No sé si ya tenía conocimiento de lo bebido que el agregado había estado. En todo caso, no cabía duda de que quería bromear sobre tal cosa con Bulganin y conmigo.

Cuando arribamos a puerto en Inglaterra, fuimos recibidos con todos los honores militares y las salvas reglamentarias. Tomamos el tren hasta Londres. Pudimos ver mucho más del país de lo que habíamos visto en Suiza. Sin contar Ginebra, nunca había estado en Occidente antes. Mi primera y más perdurable impresión de Inglaterra la constituyó el ver las largas filas de casitas de ladrillo rojo. Se me quedaron grabadas en la memoria porque me recordaron mucho a las que había visto en mi niñez en el Donbass. Mi padre trabajaba en una mina cercana a la fábrica metalúrgica Yuzovka, que había pertenecido en otro tiempo al galés John Hughes [5]. Este había construido para sus técnicos y administrativos pequeñas casitas de ladrillo rojo, precisamente como las que vi en mi viaje a Inglaterra. Recuerdo que en verano sólo se podían ver las ventanas de estas casas del Donbass, pues todo lo demás lo cubría la hiedra.

Nuestro hotel en Inglaterra era excelente. El servicio, soberbio. Todo lo cual nos resultaba muy bueno. Nunca antes habíamos tenido demasiado contacto con extranjeros. Creo que nosotros también impresionamos a la población local. Me acuerdo de un día en que salíamos de los automóviles para entrar en el hotel y una gran multitud de londinenses comenzó a rodearnos. Se les veía especialmente fascinados por el académico Kurchatov, que tenía barba. Los niños me señalaban y daban saltos y brincos nerviosos como suelen hacer los niños de todo el mundo.

Cuando estuvimos debidamente alojados, comenzamos nuestras conversaciones con los dirigentes del gobierno británico. El grupo británico estaba enca-

5. Yuzovka —o Hughes-ovka— viene del apellido de John Hughes.

bezado por Eden y Lloyd. Creo que también MacMillan tomó parte en esas negociaciones. En realidad, éstas añadían poco de sustancial a lo que ya habíamos hablado en la Conferencia de Ginebra. Los temas principales seguían siendo Alemania, el desarme y la coexistencia pacífica. Nosotros ya habíamos visto que el Occidente no estaba todavía dispuesto a tratar de estas cuestiones tan importantes con la seriedad debida. Las potencias occidentales seguían intentando engatusarnos para que nos plegásemos a sus condiciones.

Me acuerdo de un incidente que refleja la atmósfera en que se desarrollaron nuestras conversaciones de Londres. Bulganin, Lloyd y yo viajábamos juntos en el mismo auto que nos llevaba a visitar cierta institución educativa. Lloyd era muy correcto y afable. En un determinado momento se volvió hacia mí y dijo:

—¿Sabe usted que el otro día se me posó en el hombro un pajarito y me susurró al oído que están ustedes vendiendo armas al Yemen?

—Vaya —respondí—, pues parece que hay muchos pajaritos sueltos por ahí estos días, gorjeando toda clase de noticias, pues también hace poco que uno se me encaramó al hombro y me dijo que ustedes están vendiendo armas a Egipto y al Irak. Y este pajarito mío añadió que ustedes están dispuestos a vender armas a cualquiera que se las quiera comprar e incluso, a veces, a quienes no quieran hacerlo.

—Ya me figuro que sí, que hay toda clase de pajarillos, unos que susurran al oído de ustedes y otros al nuestro.

—Sí —dije—, ¿y no sería estupendo que todos ellos empezasen de una vez a susurrar las mismas cosas en los oídos de unos y otros: que deberíamos aceptar un compromiso mutuo de no vender armas a nadie? ¿No contribuirían con ello todos los pajaritos a la causa común de la paz? [6]

Por supuesto que este intercambio de impresiones se desarrollaba un poco de broma. No quisiera que alguien entendiese que no teníamos un verdadero y serio interés en nuestras conversaciones con los ingleses. Estas nos dieron, ante todo, la oportunidad de poner en claro nuestra posición. El Occidente estaba interesado en ellas por la misma razón. Por otra parte, creo que Gran Bretaña tenía un especial interés en evitar cualquier conflicto militar, sobre todo en el Oriente Medio. Querían que nos comprometiésemos a no vender armas a Egipto. Y en principio, nosotros estábamos dispuestos a ello, mas les dijimos que sólo podríamos firmar un acuerdo en este sentido bajo la condición de que el pacto les obligase a ellos a no vender tampoco armas en el Medio Oriente.

Un domingo, Eden nos invitó a Bulganin y a mí a su «dacha», como llamábamos a su casa de campo. Nos explicó que había sido donada al gobierno por

6. Sólo Selwin Lloyd podría decir si esta insustancial conversación se reproduce aquí con exactitud.

un rico capitalista para uso personal de quien ostentara el cargo de primer ministro, con independencia del partido a que pudiese pertenecer. Antes de comer, Bulganin y yo salimos a dar un paseo por la carretera próxima a la casa. El paisaje nos recordó mucho al de nuestra campiña de las provincias de Orel y Kursk.

La casa de campo de Eden, que se llamaba Chequers, estaba materialmente rodeada de flores. La calefacción consistía en unas estufas de hierro que quemaban antracita. Yo sabía por mi experiencia en el Donbass que la antracita contiene una gran proporción de azufre, lo que explica el desagradable olor que se notaba y la película pegajosa depositada sobre todo lo que había en el interior de la casa.

MacMillan, Lloyd y algunos influentes políticos conservadores se reunieron a comer con nosotros. La esposa de Eden era la anfitriona. Nuestra Embajada nos había informado ya de que era sobrina de Churchill y de que, al parecer, había heredado algunos de sus gustos en lo que a bebidas se refiere. Desde luego que no rehusó acompañarnos cuando se sirvieron las bebidas, pero en cuanto a mí se me alcanza, yo no diría que abusara de esta especial tradición familiar.

Durante el almuerzo, la señora Eden nos preguntó:

—Díganme, ¿qué tipo de cohetes tienes ustedes? ¿Tienen mucho alcance?

—Sí —contesté—, tienen un alcance muy grande. Podrían llegar fácilmente a esta Isla e incluso bastante más allá.

Se mordió la lengua. Resultaba un poco fuerte la manera que había tenido de contestarle. Quizás se lo tomó como una especie de amenaza y el caso es que nosotros no queríamos ni pretendíamos amenazar a nadie. Intentábamos sencillamente recordar a los demás países que éramos poderosos y merecíamos respeto, y que no toleraríamos que se nos hablase un lenguaje de ultimátums.

Eden nos invitó a Bulganin y a mí a pasar la noche en Chequers. Se nos condujo al piso alto donde se habían dispuesto nuestras habitaciones. Por la mañana me dseperté temprano y bajé al vestíbulo buscando la habitación de Bulganin para despertarle. Llamé a una puerta, creyendo que sería su cuarto. Se oyó una voz femenina, a todas luces sorprendida y asustada. Me di cuenta de que había estado casi a punto de colarme en la habitación de la esposa de Eden. Di media vuelta y me apresuré a regresar a mi cuarto, sin pedir disculpas ni identificarme. Bulganin y yo nos estuvimos riendo un buen rato de este incidente, pero decidimos no mencionarlo a nuestros anfitriones.

Para el día siguiente, estaba concertado que la reina Isabel nos recibiría. Y no era necesario que vistiésemos de forma especial, ya que habíamos dicho a Eden previamente que si la reina no tenía inconveniente en recibirnos con nuestro atuendo de todos los días, pues, muy bien. Y si ponía alguna objeción,

pues, tanto peor. Teníamos algunas ideas preconcebidas acerca de este tipo de ceremonia y no íbamos a apartarnos de nuestros hábitos para ponernos faldones y chisteras y cosas por el estilo que pudieran haberse requerido para una audiencia con la reina. Recuerdo que una vez en Moscú estábamos viendo un documental cinematográfico en el que aparecía Anastas Ivanovich Mikoyan vestido de tiros largos como enviado oficial en Pakistán. Todos soltamos la carcajada al verle. Tenía todo el aspecto de un anticuado caballero europeo. Debo decir que Anastas Ivanovich poseía ese aire elegante que parece que los diplomáticos extranjeros exigen de los embajadores.

Bueno, el hecho es que llegamos al palacio de la reina en un día templado y agradable. Según decía Eden, abril es la mejor época del año, en la que menos llueve. Los terrenos adyacentes al palacio estaban atestados de turistas. Eden nos dijo que ya veríamos cómo encontraríamos que la reina era una mujer sencilla, pero muy inteligente y agradable. Ella salió a nuestro encuentro al entrar nosotros en palacio. La acompañaban su esposo y dos de sus hijos. Fuimos presentados. Llevaba un vestido blanco muy sencillo. Tenía el aspecto de la jovencita que a uno le gustaría encontrarse paseando por la calle Gorki en una tarde fragante de verano.

Nos llevó a hacer un recorrido por el palacio y luego nos invitó a tomar un vaso de té con ella [7]. Nos sentamos en torno al servicio de té y charlamos de todo un poco. Su esposo manifestó tener un gran interés por Leningrado. Dijo que nunca había estado allí y que soñaba con ir algún día. Le aseguramos que era en efecto una ciudad muy interesante y añadimos que estábamos orgullosos de ella. Dijimos también que resultaría muy fácil para nosotros convertir su sueño en realidad. Le ofrecimos invitarle a Leningrado para la fecha que desease, aclarando que podría visitarnos en el concepto que prefiriese, como representante del gobierno o como jefe militar. Nos dio las gracias y dijo que aprovecharía nuestra amable invitación en la primera oportunidad.

La reina estaba muy interesada por nuestro avión Tu-104, que se encargaba de transportar nuestro correo mientras estuvimos en Inglaterra. Realmente, una de las razones por las que utilizamos el Tu-104 en los vuelos a Londres durante nuestra estancia allí, fue la de mostrar a los ingleses que disponíamos de un buen reactor comercial. Era uno de los primeros aviones civiles a reacción del mundo, y quisimos que nuestros anfitriones lo supieran. La reina había visto el aparato volando cuando pasaba sobre el palacio en su ruta hacia el campo de aterrizaje. Le dimos las gracias por su interés y nos mostramos de acuerdo en que, efectivamente, era un excelente avión: muy moderno e indudablemente el mejor del mundo.

7. Los rusos beben el té en vaso, no en taza.

Yo quedé verdaderamente impresionado por la reina. De su voz, tan amable y reposada. Sin el más mínimo engreimiento, sin rastro de esa altanería que uno se espera encontrar en la realeza. Podía ser la reina de Inglaterra, pero para nosotros era, en primer lugar y principalmente, la esposa de su marido y la madre de sus hijos. Recuerdo que algo después, durante nuestras excursiones por territorio inglés, me encontré con una mujer que me dijo:

—De manera que se ha entrevistado con la reina. ¿Qué opina usted de ella?

Respondí que habíamos quedado encantados de ella. La mujer hizo un gesto de tristeza con un movimiento de cabeza y añadió:

—¡Me da tanta pena de ella! Su vida no es precisamente fácil.

—¿Por qué dice usted esto? —le pregunté.

—Bueno, es una mujer joven. Probablemente le gustaría hacer la vida normal de una mujer de su edad, pero no puede, porque es la reina. Vive como en una pecera. En constante exhibición, y en todo momento tiene que estar segura de adoptar la actitud que corresponde a su posición de reina. Es una gran responsabilidad y le tiene que hacer la vida muy dura. Por eso siento tanto afecto y hasta compasión.

Me gustó aquella mujer. Lo que dijo de la reina constituía una reacción muy humana y femenina. Quizás tenía razón Nekrasov [N. A. Nekrasov, el poeta decimonónico] cuando en su «¿Quién vive en Rusia despreocupadamente?» afirmaba que ni siquiera el zar tenía una vida fácil. Cosa que se podría aplicar a la reina Isabel II.

Técnicamente, Bulganin era nuestro jefe de Estado y presidía nuestra delegación, de la que yo era un simple miembro. Pero tal y como se desarrollaron las cosas, tuve yo que hacerme cargo de nuestras negociaciones con los ingleses. No pretendí que ocurriera así, pero la verdad es que Bulganin insistió en que ocupara yo su lugar. Había veces en que se nos pedía algún tipo de informe o intervención y yo me quedaba esperando que Bulganin respondiese o dijese algo; se producía una pausa embarazosa, se volvía hacia mí y decía: «Adelante, responde tú.» Por supuesto que no me quedaba más alternativa que decir algo aunque no fuese más que para salir del paso.

Por ejemplo, el primer Lord del Almirantazgo organizó en nuestro honor una sencilla recepción. Estaban presentes todo tipo de personas, en su mayor parte oficiales de Marina. Cuando llegó la hora de decidir cómo contestaríamos al discurso de nuestro anfitrión, Bulganin me dijo: «Habla tú.» Me dispuse a pronunciar un discurso francamente duro y directo, tomando la ofensiva contra los ingleses. «Caballeros, me encuentro ante los representantes de Gran Bretaña; hubo un tiempo, como todo el mundo sabe, en que Britannia dominó los mares. Esto pertenece ya al pasado y debemos ahora contemplar las cosas con realismo. Todo ha cambiado. Sus especialistas me han dicho cuánto les

admira el crucero que nos ha traído hasta aquí. Pues bien, les diré algo: si realmente lo quieren, con mucho gusto se lo venderemos, porque ya está anticuado. Su armamento ha sido ya superado por armas más modernas. Aparte de que cruceros como los nuestros no juegan ya un papel decisivo. Como tampoco los bombarderos. Ahora son los submarinos los que dominan el mar y los cohetes los que se enseñorean del aire, cohetes que pueden alcanzar sus objetivos desde distancias enormes.» [8] Durante el coloquio que siguió a mi discurso tuvimos un franco intercambio de puntos de vista en el que ninguna de las partes se comprometió sosteniendo una determinada postura. Nadie se mostró amenazador o belicoso. Había una ironía soterrada en las preguntas que hacían los ingleses y hubo incluso sonrisitas entre dientes. No se trataba de una negociación formal, sino de una mera charla ante una botella de whisky.

Cuando nos encontramos con Eden al día siguiente, nos preguntó sonriente:

—¿Qué, cómo les fue con nuestros marinos?

—Tienen ustedes buenos marinos. Conocen el mundo entero. Pero por su sonrisa veo que ya sabe algo de las cosas que discutimos.

—Sí —dijo—, lo sé. Ya he sido informado. Y también de las observaciones que usted hizo.

—¿Y qué piensa usted de mis observaciones?

—Bueno, ya sabe. Estoy bastante de acuerdo con usted. Pero soy primer ministro y no puedo hablar a nuestros oficiales navales como puede hacerlo usted. Realmente no puedo decirles que sus buques y armas están anticuados. Después de todo, si exceptuamos algunos bombarderos, nuestra flota de superficie es todo lo que tenemos. No puedo socavar su fe en las únicas armas de que disponen, ¿no le parece?

Mis observaciones al Almirantazgo fueron después publicadas por la prensa americana en tonos alarmistas. Los americanos alegaban toda clase de razonamientos contra mi afirmación de que los buques de superficie y los bombarderos resultaban ya anticuados. Mas el tiempo me ha dado la razón, y ahora los americanos admiten que los bombarderos han perdido su utilidad y deben ser sustituidos por proyectiles-cohete.

Eden había planeado un itinerario exhaustivo para nuestro recorrido por el país. Desde las primeras horas de la mañana hasta bien entrada la noche andábamos apresuradamente de un lado para otro en autos y aviones. El ritmo era abrumador y yo empecé a dejar traslucir mi disgusto. Finalmente, en una ocasión en que estaba previsto que saliéramos aprisa y corriendo con dirección a

8. Esta era, efectivamente, la opinión de Kruschef en aquellas fechas. Pero, como todo el mundo sabe, desde entonces los rusos han cambiado de idea y han construido una poderosa flota de superficie, construcción que se inició estando todavía Kruschef en el poder.

no sé qué ciudad inglesa, para continuar después en avión hasta Escocia, me planté. Llevé aparte a Eden y le dije:

—Señor Eden, estoy que no puedo dar un paso. Me voy a declarar en huelga y no voy a poner los pies fuera del hotel.

Se echó a reír.

—Señor Kruschef, por favor se lo ruego. Omitiremos la visita a la ciudad que teníamos prevista para hoy, pero no dejemos el viaje a Escocia. Iremos en avión directamente. ¿No ha oído hablar de los escoceses? Son rabiosamente nacionalistas. No me dejan un momento de tranquilidad. Si no va usted a Escocia, organizarán una sublevación para provocar su secesión de la Commonwealth británica. ¡Se lo ruego, haga el favor!

Bulganin y yo nos miramos y, aunque los dos estábamos pensando que el viaje no merecería la pena, aceptamos seguir adelante. Tal como se desarrollaron las cosas, resultó que Escocia era muy interesante, aunque sólo la vimos de pasada, al galope, por así decirlo. Se nos impedía tener contacto directo con la población local, aparte de las autoridades y funcionarios con los que estaba programado nuestro encuentro. Y así ocurrió, en general, en nuestra estancia en Gran Bretaña.

Cuando llegamos a Escocia nos recibió una guardia de honor que desfiló y tocó su música para nosotros. Contemplamos el desfile bajo una tienda de campaña que nos protegía de la lluvia, menuda y helada. Ya nos habían prevenido de que en Escocia llueve siempre. Yo ya había oído hablar de los uniformes militares escoceses e incluso había visto algunos en Berlín y Viena al terminar la guerra. Resultan realmente insólitos, con sus faldas color gris acerado; y también su música es curiosa, igual que sus peculiares instrumentos musicales [9].

Se nos dijo que se había preparado una comida en nuestro honor, y que la reina nos enviaba sus saludos. ¡Así que la reina lo era también de Escocia! El edificio en el que se sirvió el almuerzo —según nos dijeron— había sido palacio de María Estuardo. Nuestros anfitriones hablaban de esta reina con gran reverencia, al igual que lo hacían cuando se referían a su pasado histórico. Mi hijo Seriozha [Serguei] me acompañaba en este viaje. Estaba sentado a la mesa con dos señoras mayores, una de las cuales era una intérprete. Esta estaba tratando de impresionar a Seriozha con el hecho de que la otra dama era no sé qué tipo de princesa. Cuando vio que esto no le producía especial impresión, comentó con gran énfasis que no era corriente que comiera con ellos nada menos que una princesa de verdad. Mi hijo me contó luego lo sucedido y nos estuvimos riendo un buen rato. No creo que la intérprete

9. Resultará interesante para los escoceses verse a través de los ojos rusos.

estuviese fingiendo; seguro que estaba excitadísima con la idea de sentarse a la mesa con una princesa y un poco irritada de que aquel jovencito ruso no supiese apreciar todo el significado de semejante honor.

Cuando volvimos a Londres, Eden nos ofreció una comida en no sé qué edificio oficial del gobierno. Antes pasamos por el despacho oficial de Eden. Vi allí un cuadro que a primera vista me pareció un retrato del zar Nicolás II. Comenté el extraordinario parecido de la figura del retrato con nuestro antiguo zar. Eden explicó que se trataba de un primo de Nicolás [el rey Jorge V]. Abandoné el tema porque hubiera sido desagradable recordarles que el primo del retratado había sido ejecutado en Sverdlovsk en 1918 [10].

Antes de pasar al comedor, Eden nos advirtió que también Churchill estaría presente. Precisamente me colocaron justo a su derecha. Lo encontré viejo, gordo y decrépito. Intercambiamos algunas frases ocasionales, pero sin decirnos mutuamente muchas cosas en realidad. Nos sirvieron ostras. Churchill me preguntó:

—¿Las ha comido usted alguna vez?

—No, señor Churchill.

—Entonces, mire cómo se toman; a mí me encantan.

—Muy bien, le miraré y aprenderé cómo se hace.

Empezó a comerlas mientras yo tomaba la sopa y observaba. Dio buena cuenta de las suyas y también yo terminé con las mías.

—¿Qué, le gustaron? —preguntó.

—Pues a decir verdad, no mucho.

—Bueno, eso es porque no está usted acostumbrado a ellas.

Quizás tuviera razón, pero lo cierto es que siguen sin gustarme.

Y estos fueron los términos de mi conversación con Churchill. En cierto momentó sacó a relucir el tema de Stalin:

—Ya sabe que yo sentí durante la guerra el mayor de los respetos por Stalin.

Era evidente que estaba haciendo grandes esfuerzos por evitar toda conversación sobre temas serios. Ya no era jefe de gobierno y dejaba tales asuntos para que los discutiera Eden.

Vi a Churchill por segunda vez con ocasión de haber sido invitado a asistir a una sesión del Parlamento desde la tribuna de visitantes. Fue agregado a nuestra delegación un joven conservador, que hablaba ruso estupendamente, para que nos sirviera de guía e intérprete. Tenía un dominio absoluto de la lengua rusa, en la que podía expresarse incluso en términos populares. Intentaba al propio tiempo impresionarnos con su dominio del ruso y aparentando ser hombre del pueblo llano, mientras nosotros fingíamos indiferencia, como si no notáse-

10. El rey Jorge V de Inglaterra tenía un gran parecido con el último zar, asesinado con su esposa e hijos en un sótano de Sverdlosk, a la sazón Ekaterinburg.

mos sus esfuerzos. El debate seguía allá abajo, en la Cámara, cuando de repente el jovencito en cuestión nos susurró al oído:

—¡Miren, aquí llega Churchill!

Efectivamente, entró en la sala y se sentó en su escaño. Nuestro guía añadió:

—Verán cómo no resiste más que unos minutos sin quedarse dormido.

Nos quedamos mirando y, efectivamente, al poco rato, Churchil, con la cabeza apoyada en el lateral de su asiento, dormía profundamente.

Un día nos llevaron a hacer un recorrido turístico por Londres. Vimos la Torre, el lugar donde los reyes y reinas solían ejecutar a la gente, y presenciamos el relevo de la guardia. ¡Qué ceremonia más colorista! Entonces comprendí su gran atractivo turístico. En general, me gustaba ver cómo los ingleses hacían honor a su pasado y revivían su historia en ceremonias como la del relevo de la guardia. Sin embargo, tuve ocasión de contemplar una de estas manifestaciones tradicionales que me chocó y me pareció francamente ridícula. Cuando visitamos la Cámara de los Lores, su presidente, el Lord Canciller, salió a recibirnos ataviado de manera verdaderamente cómica. Llevaba sobre una túnica roja una toga del mismo color, y una enorme peluca. Nos mostró el sitial desde el que presidía las sesiones de la Cámara. ¡Y no era ni más ni menos que un saco de lana! Me quedé asombrado de que aquellos sesudos varones pudieran reunirse seriamente vestidos de manera tan estúpida y rodeados de tanta paparrucha. No pude evitar la sonrisa ante espectáculo tan grotescamente teatral.

Cuando nuestra estancia en Inglaterra tocaba a su fin, se produjeron, desgraciadamente, dos incidentes desagradables.

Uno de ellos tuvo lugar en el muelle donde nuestro crucero estaba atracado. Habíamos encomendado al capitán que tomase las necesarias precauciones de seguridad. Inesperadamente se nos informó de que nuestros marinos habían observado a una persona nadando a flor de agua alrededor de nuestro buque; mas, al parecer, quienquiera que fuese había desaparecido antes de que nuestros hombres tuvieran tiempo de hacer nada; y no se le volvió a ver más. Dimos cuenta de lo sucedido a nuestros anfitriones. No recuerdo qué clase de explicación nos dieron. Olvidamos el asunto, aunque no excluíamos la posibilidad de que alguien hubiera estado intentando colocar una mina magnética en el casco del buque. Entre nuestro personal militar hubo quien consideró esta tesis para explicar lo sucedido. Cuando más tarde se descubrió en Inglaterra el cadáver de un oficial del servicio secreto llamado Crabbe, nuestro servicio de información sugirió que podía haber sido él quien hubiera estado buscando información sobre las hélices y la construcción del casco de nuestro crucero. Sea como fuere, no le dimos demasiada importancia a este episodio. Pero no estaba nada bien que los ingleses, no satisfechos con que hubiésemos permitido

a su agregado naval viajar a bordo de nuestro buques desde la Unión Soviética, encima hubiesen tratado de espiar a sus huéspedes. Este incidente contribuyó en parte a que resolviésemos no perder más tiempo en Inglaterra y decidiéramos regresar a nuestra patria [11].

Durante nuestra estancia en Londres nos habían preparado una reunión con el partido laborista, entonces en la oposición. Propusieron que nos reuniésemos en una comida. Accedimos, aunque creíamos que semejante reunión no iba a tener ninguna utilidad. Habíamos descubierto que los laboristas se mostraban mucho más hostiles hacia nosotros que los mismos conservadores. Y creo que puedo explicar esta aparente paradoja. Nosotros estábamos en el polo radicalmente opuesto a los conservadores. Ellos representaban al gran capital y a los grandes negocios; nosotros, a la clase obrera y el Partido comunista. Sabíamos cuál era su posición, y ellos conocían la nuestra. Ellos no fingían ser otra cosa más que lo que eran y nosotros, por supuesto, no nos hacíamos ilusiones al respecto ni teníamos grandes esperanzas de conseguir su favor. Por ello, podíamos tratar con los conservadores sobre una base mutuamente realista. Con los laboristas no era así. Se consideraban a sí mismos representantes de la clase trabajadora y estaban convencidos de que su política era la de la clase obrera. En resumen, tenían una serie de pretensiones que ni aceptábamos ni reconocíamos. De aquí que existiese entre nosotros una tensión muy marcada.

La comida que nos ofrecía el partido laborista se celebró en una especie de restaurante en el mismo edificio del Parlamento. Uno de los líderes del partido en aquella época era Wilson, quien se consideraba amigo nuestro. Pese a que, en realidad, era bastante conservador, él proclamaba que, si estuviera en el poder, su política para con nosotros sería más amistosa que la del gobierno Eden. Mas considérese ahora cuántos años ha estado en el poder y cómo ha seguido exactamente la misma política hacia nosotros que antes pusieron en práctica los conservadores que le precedieron.

Cuando tomamos asiento a la mesa, vino el inevitable whisky inglés [*sic*]. El primer brindis, como se hace siempre en una comida pública, fue por la reina. También nosotros, naturalmente, levantamos nuestros vasos y bebimos por la reina. Luego las dos delegaciones brindaron la una por la otra.

En las palabras que siguieron a la comida, Gaitskell dio muestras al menos de un cierto tacto en sus observaciones, pero, de repente, [George] Brown se metió por medio y lo echó todo a rodar. Por aquel entonces tenía ambiciones de llegar a la dirección del partido y, además, nos era extremadamente

11. El asunto del comandante Crabbe originó un gran escándalo por aquellos días, y por lo que al público respecta, sigue siendo un misterio. ¿Le mataron los rusos o se ahogó? ¿Y por qué andaba nadando bajo el crucero de guerra soviético?

hostil. Soltó un discurso realmente escandaloso y absolutamente inaceptable. ¡Ante nosotros, sus huéspedes, se lanzó a una verdadera arenga contra nuestra política! No medí las palabras al responder a su ataque. Y dije:

—Señor Brown, voy a decirle exactamente lo que pienso de su discurso. Somos sus huéspedes y esperábamos ser tratados como tales. Puesto que usted insiste en insultarnos, me temo que no nos deja otra alternativa que agradecerle su invitación y marcharnos.

Dicho lo cual, nos retiramos ostentosamente y el banquete terminó [12].

Uno o dos días después tuvimos una recepción en la Cámara de los Lores. Allí estaba Brown. Se acercó y me tendió la mano. Le miré a los ojos y dije:

—Señor Brown, después del incidente de la otra tarde, sencillamente no puedo estrecharle la mano.

—¿Quiere decir que no me dará la mano? —Y por dos veces me la tendió y la volvió a retirar.

Yo permanecí inmóvil y repliqué:

—No, no lo haré.

Dejó caer la mano sobre el costado y nos fuimos cada uno por nuestro lado. Los demás laboristas que habían contemplado mi desaire a Brown se mostraron muy precavidos cuando se acercaron a saludarme; me ofrecían la mano con gran precaución, como para tantear si la aceptaría o no. Les estreché la mano a todos. Intercambiamos cumplidos a pesar de que yo seguía molesto con Brown y así se lo dije a los demás. Más tarde, una delegación de tres laboristas acudió a pedir disculpas por la grosería de Brown y nos aseguró que éste había hablado sólo en su propio nombre. Se le consideraba muy antisoviético y había decidido aprovecharse de la oportunidad que le ofrecía nuestra visita para envenenar nuestras relaciones, y lo había conseguido [13].

Cuando vi a Eden, después del incidente con Brown, me pareció que, por decirlo así, sonreía entre dientes.

—Bien, ¿qué tal su fiesta con los laboristas? —Naturalmente que sabía muy bien lo que había sucedido.

12. Este incidente en la comida con el partido laborista, que tuvo lugar en la Cámara de los Comunes, saltó a las cabeceras de los periódicos en su día. Gaitskell era el líder del partido laborista británico. Incluso él había ya molestado a Kruschef entregándole una lista de políticos socialistas del Este de Europa que habían desaparecido, pidiéndole que averiguase lo que les había sucedido (todos ellos, por supuesto, habían sido fusilados). George Brown perdió lo estribos y levantó la voz a Kruschef, quien se lo tomó muy a mal. Por las razones que indica Kruschef, los comunistas soviéticos han detestado siempre a los socialistas europeos mucho más que a los conservadores.

13. La observación acerca del envenenamiento de relaciones es bien reveladora. Ni Kruschef ni cualquier otro dirigente soviético conciben que se pueda hablar contra la opresión comunista de buena fe y sin ningún propósito ulterior.

Le devolví la sonrisa y dije:

—Bueno, ya sabe, no todo marchó como debiera.

—Ya le había dicho que es mejor para ustedes tratar con los conservadores. Esos laboristas son sencillamente imposibles.

Eden no estaba dispuesto a perderse la oportunidad de aprovechar los efectos políticos del incidente que habíamos tenido con el partido laborista. Los conservadores estaban encantados de que nuestro primer contacto con los dirigentes de la oposición hubiese producido un resultado tan desastroso.

En tono de broma dije a Eden que estábamos meditando a cuál partido afiliarnos. Se rio y contestó:

—Les aconsejaría con toda firmeza que eligieran el conservador.

—Lo pensaremos. Quizás hagamos lo que nos dice.

En el curso de nuestras negociaciones en Londres invitamos a Eden, para corresponder a la hospitalidad que se nos había dispensado, a que visitara la Unión Soviética. Invitación que agradeció y aceptó. Sin embargo, nunca pudo realizar ese viaje. Después de nuestro regreso de Londres tuvieron lugar los sucesos de Polonia, los acontecimientos de Hungría y —lo que es más importante— el ataque de Gran Bretaña, Francia e Israel contra Egipto. Nosotros estuvimos del lado de este último y dimos los pasos diplomáticos necesarios para presionar con firmeza sobre los agresores y detener la guerra, que terminó sólo veinticuatro horas después de nuestra intervención. Pero las polémicas de prensa habían alcanzado un grado tal de excitación que la visita de Eden a la Unión Soviética resultó de todo punto imposible.

15

El restablecimiento del orden en Hungría

El relato que hace Kruschef del levantamiento húngaro de 1956 constituye un alegato en su propia defensa que se aparta de los hechos admitidos por todos. Haría falta un pequeño libro para responder punto por punto a su versión. Aun sin llegar a eso, debemos señalar, no obstante, algunos de los puntos esenciales de divergencia. Imre Nagy no fue responsable del levantamiento. Fue arrastrado a ejercer provisionalmente el poder por una revuelta popular que él no pudo controlar en ningún momento. El secretario del Partido, el estalinista Matias Rakosi, fue depuesto en julio de 1956 en una reunión del Comité Central húngaro presidida por Mikoyan (que había llegado en avión desde Moscú porque el embajador soviético en Budapets había informado que se produciría una revolución a menos que Rakosi fuera depuesto). Rakosi fue reemplazado como primer secretario por Gero, que continuó poniendo en práctica medidas opresivas. En aquellas fechas, Nagy estaba detenido. Pronto comenzaron a unirse a los estudiantes e intelectuales los comunistas, en demanda de una mayor libertad. La explosión se produjo el 23 de octubre, cuando más de doscientos mil manifestantes marcharon por las calles de Budapest reclamando libertad para ellos y para Imre Nagy. Hubo derramamiento de sangre. Cuando Gero requirió la presencia del ejército y la policía, sus componentes pasaron armas a los estudiantes y a veces se unieron a éstos. Imre Nagy no se lanzó a la palestra por sí mismo. Fue empujado por Mikoyan y Suslov, como respuesta tardía a las peticiones populares, con la esperanza de que pudiera reagrupar al Partido y controlar la revuelta. Incluso entonces, Nagy fue retenido en el cuartel general del Partido por los estalinistas, quienes apelaron al ejército soviético. El resultado fue que la mayor parte del ejército húngaro se volvió contra los rusos. El Partido comunista húngaro cesó virtualmente de existir. Todo el mundo estaba con Nagy, quien pidió

a los rusos que retirasen sus tropas. Así lo hicieron tras muchas indecisiones, pero volviendo luego, para emplear la fuerza. Sólo después de que toda resistencia quedó aplastada, Janos Kadar, que había buscado asilo con los rusos, se echó adelante para establecer, con la protección soviética, el régimen que continúa imperante hasta hoy.

EN 1956 estalló en Budapest una contienda sangrienta. Imre Nagy usó del engaño y la intimidación para llevar al pueblo a la sublevación y a la guerra fratricida. Empujó hasta los micrófonos a ciudadanos prominentes, forzándoles a que apoyaran su lucha por el poder y a que denunciaran el régimen de Rakosi. Algunos se sometieron a las exigencias de Nagy por miedo, otros por incomprensión de lo que estaba ocurriendo. Por las calles se estaba dando caza a miembros activos del Partido, en especial a los chequistas. Comités del Partido y organizaciones chequistas eran aplastados. Se asesinaba a la gente ahorcándola en los postes de alumbrado colgada de los pies: se estaba produciendo toda clase de ultrajes. Al principio, la contrarrevolución fue llevada a cabo en su mayor parte por muchachos. Estaban bien armados porque habían saqueado depósitos militares y almacenes de municiones. Luego se formaron destacamentos armados y comenzaron las refriegas en las calles de Budapest. Algunos de ellos llegaron a capturar incluso artillería, cañones antiaéreos en su mayor parte, que volvieron contra la ciudad. Comenzaron a regresar a Budapest emigrados húngaros, la mayoría desde Viena: elementos reaccionarios que habían sido obligados a huir después del aplastamiento de Hitler y la instauración de un gobierno socialista. Los países de la O. T. A. N. estaban ya insinuando su posible intervención en el asunto. Echaban leña al fuego de la guerra civil con la esperanza de que fuera derribado el gobierno revolucionario, de que se liquidaran los triunfos de la revolución y el capitalismo fuese restaurado en Hungría.

Imre Nagy lanzó la petición de que sacásemos todas las tropas soviéticas de Hungría. De acuerdo con nuestras obligaciones derivadas del pacto de Varsovia, sólo podíamos retirar nuestras tropas si así se nos pedía por un gobierno legalmente constituido. Ciertamente, no teníamos intención de hacer lo que el líder del golpe de mano nos pedía. Desde nuestro punto de vista, se trataba de una pequeña camarilla que, aprovechándose de los errores cometidos por el régimen de Rakosi, había derrocado al gobierno legítimo de Hungría. Desde un punto de vista estrictamente jurídico, las peticiones de Nagy no tenían el respaldo parlamentario y, por consiguiente, carecían de valor legal.

Aunque se trataba de un comunista, Nagy ya no habló por más tiempo en nombre del Partido comunista húngaro. Lo hizo por sí y para sí, en un pequeño

círculo de emigrados que habían regresado para ayudar a la contrarrevolución.

Rápidamente dejamos sentado que ni el alzamiento ni el gobierno de Nagy ostentaban la representación de los obreros, campesinos e «intelligentsia» del país, considerado en su conjunto. La clase trabajadora rehusó su apoyo a la contrarrevolución, y los campesinos, pese a los llamamientos de Nagy para que se le unieran, permanecieron al margen y no se dejaron embaucar por éste. Muchas granjas colectivas continuaron sus labores e ignoraron las consignas anticolectivas que se radiaban desde Budapest [1].

Con absoluta independencia de las exigencias de Nagy, nos decidimos a retirar nuestras tropas de Budapest y a estacionarlas en el aeródromo próximo a la ciudad. A pesar de lo cual nos manteníamos muy al corriente de la situación por medio del personal de nuestra embajada, que permanecía en la ciudad.

En el Presidium del Comité Central se discutió el hecho de la rebelión y llegamos a la conclusión de que no se nos perdonaría el que permaneciéramos neutrales y no ayudásemos a la clase obrera de Hungría en su lucha frente a la contrarrevolución. En este sentido se aprobó una resolución por unanimidad. Anastas Ivanovich Mikoyan y Suslov no estuvieron presentes en esta reunión, pues se encontraban en Budapest. Iban a la ciudad durante el día y regresaban por la noche al aeródromo en el que nuestras tropas estaban estacionadas.

Este fue un momento histórico. Nos enfrentábamos con una alternativa crucial: ¿Debíamos volver a llevar nuestras tropas a la ciudad y aplastar el levantamiento o esperar hasta ver si las fuerzas interiores del país se liberaban y desbarataban la contrarrevolución? Si nos decidíamos por la segunda posibilidad, existiría siempre el riesgo de que la contrarrevolución pudiera prevalecer aunque fuese temporalmente, lo que implicaría el derramamiento de mucha sangre proletaria. Además, si la contrarrevolución triunfaba y con ello se establecía la O. T. A. N. en el centro mismo de los países socialistas, se plantearía una grave amenaza para Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumanía, por no mencionar a la misma Unión Soviética.

Cualquiera que fuese la salida que eligiésemos, lo que estaba claro es que no perseguíamos objetivos nacionalistas, sino fines internacionalistas de fraternal solidaridad proletaria. Para asegurarnos de que todos los países entendieran acertadamente este extremo, decidimos celebrar consultas con los demás países socialistas, en primero y principal lugar con nuestro hermano el Partido comunista de China.

Pedimos a Mao Tse-tung que enviase un representante para examinar con nosotros los acontecimientos de Hungría. Los chinos respondieron rápida-

1. Lo único que hay de verdad en esta afirmación es que, efectivamente, los campesinos se mantuvieron al margen del combate. Continuaron trabajando en los campos, dejando que la batalla la librasen los obreros y los estudiantes... y parte del ejército húngaro.

mente. Llegó por vía aérea una delegación encabezada por Liu Shao-chi. Liu Shao-chi era un hombre de gran prestigio y experiencia al que teníamos gran respeto.

El Secretariado del Comité Central del Partido delegó en mí para ostentar nuestra representación. El camarada Ponomarev formaba parte también de nuestra delegación.

Nuestras conversaciones con los chinos tuvieron lugar en Lipki, que había sido anteriormente una de las dachas de Stalin y actualmente es casa de reposo. Estuvimos en sesión toda la noche, sopesando los pros y los contras del posible empleo de la fuerza armada en Hungría. Al principio Liu afirmó que no lo creía necesario; dijo que deberíamos salir del país y dejar que la clase obrera se agrupara sola y se las entendiera con la contrarrevoluciós por sí misma. Llegamos a un acuerdo en tal sentido.

Pero después de haberlo acordado así, la discusión comenzó de nuevo y alguien advirtió del peligro de que la clase trabajadora misma pudiera encaprichar se, por así decirlo, con la contrarrevolución. La juventud húngara resultaba especialmente capaz de conseguirlo.

No sé cuántas veces cambiamos de opinión en uno y otro sentido. Cada vez que creíamos que había quedado decidido lo que íbamos a hacer, Liu Shao-chi se ponía al habla con Mao Tse-tung. No era problema para Liu el hacerlo por teléfono porque Mao es como una lechuza, trabaja durante toda la noche. Mao aprobaba siempre lo que Liu recomendaba. Finalmente, cerramos esta sesión, que había durado toda la noche, con la decisión de no emplear la fuerza militar en Hungría. Una vez que lo hubimos acordado así, me fui a casa. Liu y su delegación se quedaron en la dacha.

Cuando me acosté aquella mañana me encontraba aún demasiado preocupado con el problema para poder descansar. Era como si tuviera incrustado en la cabeza un clavo que me impedía dormir.

Esa misma mañana, pasadas unas horas, se reunió el Presidium del Comité Central para oír mi informe sobre el desarrollo de nuestras consultas con la delegación china. Relaté la forma en que habíamos cambiado repetidamente de actitud y cómo finalmente habíamos llegado a la decisión de no utilizar la fuerza militar en Hungría. Sin embargo, a continuación expuse al Presidium las consecuencias que podrían producirse si no echábamos una mano a la clase trabajadora húngara antes de que los elementos contrarrevolucionarios cerrasen sus filas.

Tras una larga deliberación, el Presidium resolvió que resultaría sencillamente imperdonable el que permaneciésemos con los brazos cruzados sin ayudar a nuestros camaradas húngaros. Preguntamos al mariscal Konev, comandante en jefe de las tropas del pacto de Varsovia:

—¿Cuánto tiempo te llevaría, si te diésemos la orden oportuna, el restablecimiento del orden en Hungría y el aplastamiento de las fuerzas contrarrevolucionarias?

Quedó pensativo un momento y luego replicó:

—No más de tres días.

—Entonces, prepárate. Ya te diremos cuándo es el momento de empezar.

De esta manera quedó decidido. Sin embargo, como estaba previsto que Liu Shao-chi emprendiera el vuelo camino de Pekín aquella misma tarde, y él tenía aún la idea de que habíamos quedado de acuerdo en no emplear la fuerza militar en Hungría, creímos que debíamos informarle de que habíamos reconsiderado nuestra postura. En consecuencia, concertamos una entrevista con él en el aeropuerto de Vnukovo. Le pedimos que se levantara antes de lo previsto de forma que pudiéramos reunirnos con él en el aeropuerto; de esta manera podría despegar el avión sin ningún retraso.

El Presidium en pleno se dirigió al aeropuerto. Llegaron Liu y sus camaradas y celebramos la entrevista. No hubo controversia alguna. La conversación se desarrolló en una atmósfera fraternal y la representación china puso de manifiesto que compartía enteramente las preocupaciones del pueblo soviético. Todos estábamos pensando en el bienestar de la clase obrera húngara y en el futuro del pueblo de Hungría. Liu manifestó que estaba de acuerdo con nuestra última decisión de seguir adelante y enviar las tropas.

—En este momento no puedo obtener la aprobación del camarada Mao Tse-tung —nos dijo—, pero creo que os apoyará. Tan pronto como llegue a Pekín informaré al Politburó del Partido comunista chino y os transmitiremos la decisión que se adopte. Pero podéis estar seguros de que os respaldaremos.

Arregladas así las cosas, despedimos a la delegación china [2].

El siguiente paso que teníamos que dar era celebrar consultas con Polonia. Las dificultades que allí nos habían surgido fueron mucho menores que las que ahora se presentaban en Hungría. En Polonia no se había producido un levantamiento armado, aparte de que ya se había constituido allí una dirección política aceptable integrada por Gomulka, Cirankiewicz y otros camaradas en los que confiábamos. Teníamos razones para creer que la situación en Polonia estaba en vías de estabilización [3]. De aquí que tuviésemos los más fundados

2. Anteriormente, los chinos se habían mostrado contrarios a la acción militar en Polonia. Después de muchas vacilaciones, abogaron por ella en Hungría.

3. Kruschef parece no tener nada que decir acerca de la intervención soviética en Polonia. El ejército estaba dispuesto a asestar el golpe, pero el mariscal Rokossovski, a la sazón ministro polaco de Defensa a pesar de ser un jefe del ejército soviético, advirtió a los dirigentes del Kremlin que el ejército polaco se mostraba hostil y se hubiera colocado tras Gomulka para luchar como un solo hombre. J. Cirankiewicz era primer ministro de Polonia en las fechas del levantamiento de 1956.

motivos para consultar con Polonia, en vista de la preocupación del pueblo polaco acerca de la suerte que podría correr su propio país; había muchas cosas en juego pendientes del rumbo que tomaran los acontecimientos de Hungría. No sólo queríamos conocer la opinión de nuestros camaradas polacos antes de dar un paso tan decisivo como era el de enviar tropas a Budapest, sino que deseábamos también que la respuesta fuese afirmativa. Queríamos su apoyo. Así que arreglamos las cosas para que Gomulka, con Cirankiewicz y los demás camaradas, se reunieran con nosotros en un punto de la frontera polaco-soviética, pero en territorio de nuestro país. El Presidium designó una troika compuesta por Kruschef, Molotov y Malenkov para representarnos.

Después de nuestra consulta a los polacos, Malenkov y yo volamos a Bucarest. Además de los camaradas rumanos, encontramos allí representaciones del partido checoslovaco, enviada por Novotni, y búlgaro, enviada por Zhivkov. Todo lo que teníamos que hacer era explicar el estado de la situación. No tuvimos que convencer a nadie de la necesidad de emprender una acción decisiva, porque aquellos camaradas habían sido ya informados detenidamente por sus respectivos embajadores en Budapest sobre los acontecimientos que se estaban desarrollando. Además, algunas de las regiones húngaras fronterizas comenzaban ya a buscar armas, solicitándolas a Checoslovaquia y Rumanía, para defenderse del gobierno contrarrevolucionario de Imre Nagy. Los dirigentes de los países socialistas hermanos se mostraron unánimemente de acuerdo: teníamos que actuar, y deprisa.

Rumanos y búlgaros dijeron que deseaban unirse a nosotros en la ayuda militar que había de prestarse a los trabajadores revolucionarios húngaros en su lucha frente a la contrarrevolución. Replicamos que no había ninguna necesidad de implicar en esta operación a otras fuerzas que no fuesen las soviéticas que ya estaban estacionadas en Hungría conforme a los acuerdos de Potsdam. Bromeamos con los camaradas rumanos sobre el hecho de que estuviesen ahora tan ansiosos por lanzarse a la lucha frente a la contrarrevolución cuando en 1919 Rumanía había estado de parte de la reacción que aplastó la revolución húngara de Bela Kun. Los camaradas rumanos se echaron a reír con este comentario. Luego nos desearon toda suerte de éxitos y nos dijeron que nos apresurásemos.

Esa misma noche, Malenkov y yo despegamos con dirección a Yugoslavia, para celebrar consultas con el camarada Tito. El tiempo no pudo ser peor. Tuvimos que volar de noche sobre las montañas en medio de una terrible tormenta. A nuestro alrededor todo eran rayos y truenos. No pude pegar un ojo. Yo ya había volado mucho, sobre todo durante la guerra, pero nunca en tan pésimas condiciones. Llevábamos como piloto al experto general Tsibin. En medio de la tempestad perdimos contacto con nuestro avión de reconoci-

miento y escolta que volaba delante de nosotros. Nos dirigíamos hacia la isla de Brioni, en la costa yugoslava. El aeródromo local estaba pobremente equipado. Era uno de esos campos de aterrizaje primitivos, construidos durante la guerra. Pero, gracias a la pericia del camarada Tsibin, lo conseguimos. En cuanto tomamos tierra pregunté si nuestro aparato de escolta había llegado. Los yugoslavos nos dijeron que nada sabían de él. Nos quedamos angustiados por la suerte que podría haber corrido la tripulación.

Estaba esperándonos un coche que nos llevó hasta un atracadero. Embarcamos en una lancha motora y nos dirigimos a la residencia del camarada Tito en la isla de Brioni. Malenkov estaba pálido como un muerto. ¡El, que se marea incluso en coche por una buena carretera! Acabábamos de aterrizar después del viaje más duro que se puede imaginar, y ahora navegábamos a bordo de una pequeña lancha con mar picado. Malenkov estaba echado y con los ojos cerrados. Me preocupaba el aspecto que presentaría cuando desembarcásemos, pero la cosa no tenía remedio. Como dice un viejo proverbio ruso: no por tumbarse en la playa va a venir el buen tiempo.

Cuando llegamos a la isla, Tito nos estaba esperando. Nos dio la bienvenida cordialmente. Nos abrazamos y besamos, aunque hasta bien recientemente nuestras relaciones habían sido tensas y ahora comenzaban a serlo de nuevo conforme se iban desarrollando los acontecimientos de Hungría. Teníamos nuestras diferencias en cuanto a la manera más aconsejable de actuar.

Informamos a Tito de la razón de nuestra visita y le expusimos la decisión que habíamos adoptado de enviar tropas a Budapest. Le pedimos su parecer. Yo esperaba enérgicas objeciones de su parte, más fuertes incluso que las que habíamos encontrado en nuestras discusiones con los camaradas polacos. Pero me vi agradablemente sorprendido. Tito afirmó que teníamos toda la razón y que debíamos enviar a nuestros soldados lo más rápidamente posible. Añadió que teníamos la obligación de ayudar a Hungría a aplastar la contrarrevolución. Nos aseguró que comprendía perfectamente la necesidad de adoptar estas medidas. De manera que nosotros, que habíamos previsto su resistencia, nos encontrábamos con un asentimiento de todo corazón. Yo diría incluso que Tito iba más lejos que nosotros, apremiándonos a resolver el problema urgente y expeditivamente.

Una vez que hubimos llegado a un acuerdo, dijimos:

—Bien, lo mejor que podríamos hacer es echarnos a descansar un poco, pues tenemos que volver a Moscú mañana temprano.

—No —dijo Tito—, dejadlo. ¿Por qué no os quedáis aquí unos cuantos días más?

Agradecimos el ofrecimiento, pero explicamos que no disponíamos de tiempo ya que teníamos que regresar a Moscú inmediatamente.

—Decidme —nos preguntó—, ¿para cuándo tenéis prevista la operación de restablecimiento del orden en Budapest?

Le dije que nada habíamos decidido todavía en cuanto a la fecha exacta, pero que tendría que ser pronto. Tito debió darse cuenta de que esto no era enteramente cierto y de que ya teníamos fijado el momento en que debía asestarse el golpe, mas yo no quería comentar con nadie la fecha en que nuestras tropas iban a entrar en Budapest. Los yugoslavos no tomaban parte directa en este asunto, y por tanto no necesitaban saberlo. Cuantas menores personas tuviesen noticia de ello, incluidos nuestros amigos, tanto mejor. Nos hubiera costado caro con sólo una palabra que se hubiera filtrado acerca del momento en que íbamos a iniciar la operación.

—Creo que intentaremos descabezar un sueñecito —insistí.

—¡Vaya! —replicó nuestro interlocutor—, ¿por qué os vais a acostar ahora? ¿Qué prisa tenéis? ¿Por qué no pasamos la noche charlando? Todavía faltan unas horas para que amanezca y me gustaría pasarlas con vosotros, ya que disponemos de poco tiempo para estar juntos.

—Bien, de acuerdo —respondí—. Nos echaremos una siestecita en el avión durante el viaje de regreso a Moscú.

Nos las arreglamos para mantenernos en pie hasta el amanecer. Por la mañana, Tito nos dijo que iría a despedirnos. El mismo condujo el automóvil que nos llevó hasta el muelle. Nos dijimos adiós como buenos amigos, besándonos en ambas mejillas. Nos deseó buen viaje y éxito en lo que teníamos que hacer [4].

Llegamos a Moscú hacia el anochecer. Los miembros del Presidium vinieron al aeropuerto a recibirnos y nos fuimos directamente al Kremlin.

Ordenamos a Konev que entrase en acción con sus tropas, y casi inmediatamente el orden quedó restablecido en toda Hungría, salvo en Budapest, donde se tropezó con una fuerte resistencia. Algunos oficiales del ejército húngaro se habían unido a la revuelta, por lo que nuestras fuerzas se tuvieron que enfrentar con una defensa bien organizada. Incluso habían subido cañones a los pisos altos de algunos edificios y los usaban para cubrir las calles. A pesar de todo, como el mariscal Konev había previsto, la resistencia en Budapest duró menos de tres días. La rebelión pudo haber sido sofocada con mayor rapidez, pero eso nos hubiera obligado a emplear medidas más destructivas y hubiera requerido mayores sacrificios. Cosa que no nos convenía en absoluto.

Imre Nagy se refugió en la embajada de Yugoslavia con otros muchos dirigentes de su movimiento. Esta circunstancia significó una concreta tensión en nuestras relaciones con aquel país. Los camaradas húngaros pedían que Nagy

4. La actitud de Tito respecto del asunto húngaro era insegura. Había hecho ver a los rusos la necesdad de librarse de Rakosi, pero parece que le alarmó la violencia del levantamiento, aunque sus simpatías estaban con Nagy.

y sus hombres les fueran entregados para ser llevados ante los tribunales de justicia a que respondiesen de sus crímenes. Y los yugoslavos se resistían con terquedad. El gobierno provisional revolucionario de Hungría, dirigido por Kadar y Munnich, esperó sencillamente a que los camaradas yugoslavos no pudieran materialmente conservar por más tiempo en su poder a Nagy y sus hombres [5]. Cuando los yugoslavos soltaron a Nagy insistieron en que se les diera seguridades en cuanto a la persona de éste. Los camaradas húngaros se negaron a semejante pretensión, y tan pronto como Nagy fue trasladado a su residencia, le detuvieron, ¡pues no faltaba más! [6]. El camarada Kadar propuso entonces que se mandase a Nagy en avión a Bucarest hasta que se restableciese totalmente el orden y el nuevo gobierno tuviera oportunidad de normalizar la situación en Hungría.

El gobierno provisional revolucionario de Hungría, que había entrado en el país desde Uzhgorod [en la Ucrania soviética] después de restablecido el orden, cambió su designación por la de Partido de los trabajadores socialistas. Los nuevos dirigentes comenzaron a reunir sus fuerzas y la situación empezó a estabilizarse satisfactoriamente.

5. El llamado gobierno provisional revolucionario de Hungría fue constituido por los rusos en territorio soviético cuando pareció que el gobierno de Nagy en Budapest se iba a afianzar. Era una organización títere compuesta con los restos del viejo Partido comunista húngaro, que se había desintegrado completamente. Janos Kadar, el actual gobernante de Hungría, se había unido en realidad al gobierno de Nagy y se presentó en público para apoyarle, en unión de Ferenc Munnich, quien por unos días fue ministro del Interior de Nagy. Pero estos dos hombres desaparecieron sin previo aviso, súbitamente, el 2 de noviembre, abandonando a Nagy en el momento de la crisis, y reaparecieron en el campo soviético en Uzhgorod. Dos días después, Kadar lanzó su famoso mensaje radiado, que se pretendió partía de la Hungría oriental, proclamando que había formado un nuevo gobierno y solicitando de los rusos el envío de tropas para sofocar la revuelta. Volvió con Munnich a Budapest detrás de las tropas soviéticas y respaldado por los tanques rusos, e instauró el nuevo régimen, que desde entonces ha venido encabezando. Munnich, como ministro de Defensa y del Interior, fue el responsable de las rigurosas medidas represivas que volvieron a meter en cintura al país. Fue primer ministro en 1958, mientras que Kadar seguía siendo secretario del Partido. Desde la muerte (natural) de Munnich, Kadar se las ha ingeniado, tras muchos pasos en falso, para introducir en Hungría un cierto aire de reforma, y así hacer olvidar en parte su pasado. El juicio que Kruschef hace de Munnich sirve para poner en claro su propio carácter y su actitud —la de un líder soviético que no es tonto— para con los satélites.

6. Esto no es cierto. Los húngaros realmente prometieron a Tito que ningún daño se haría a Nagy si abandonaba el asilo de la embajada yugoslava en Budapest. Tito se puso furioso cuando le arrestaron. Kruschef no menciona el pequeño detalle de que, más tarde, Nagy fue encarcelado y fusilado. Como tampoco hace referencia a la detención y fusilamiento del general Pal Maleter cuando éste acudió a reunirse con los rusos para negociar, provisto de salvoconducto.

Una vez que todo quedó arreglado, los camaradas rumanos devolvieron a Imre Nagy a Hungría. Se había creado alguna tensión entre la Unión Soviética y Yugoslavia a causa de la postura que ésta había adoptado durante los sucesos de Hungría, así que el camarada Tito propuso que nos reuniésemos para celebrar conversaciones encaminadas a restablecer nuestras buenas relaciones. Al principio sugirió que la reunión tuviese lugar secretamente a bordo de un buque en el Danubio, en la frontera entre Rumanía y Yugoslavia. Luego, cuando yo ya estaba a punto de salir, cambió de idea y propuso que nos reuniéramos públicamente en Bucarest. Habíamos liquidado ya un conflicto con Yugoslavia después de la muerte de Stalin y no teníamos motivo alguno para desear que se iniciase otro. Hablamos de la manera de mejorar nuestras relaciones comerciales. Afirmé que, en cuanto se refería a Yugoslavia, no teníamos ninguna pretensión de hegemonía, y reiteré nuestro compromiso de respetar el principio de no interferencia en los asuntos internos de Yugoslavia.

Pasó algún tiempo y vimos que las cosas no iban bien en Hungría. Discutimos la situación en el Presidium y decidimos que no podíamos dejar que todo siguiese así por más tiempo. Se me encargó que fuese a Budapest a sostener conversaciones con los dirigentes húngaros.

Mis esperanzas las tenía depositadas en Munnich. Yo pensaba que me podría entender mejor con él que con Kadar. Munnich era un lobo astuto y baqueteado que había intervenido ya en la revolución húngara de Bela Kun. Había vivido en la Unión Soviética durante mucho tiempo y yo estimaba que estaba mejor preparado que ningún otro para hacerse cargo de los problemas con los que todavía nos enfrentábamos en Hungría.

Me recibieron en el aeropuerto y me llevaron a la ciudad. Yo había estado en Budapest en 1946 y la encontré tan bonita como la recordaba, aunque se podían apreciar algunos rastros de la lucha callejera sostenida, tales como desconchones de bala en las paredes y algunos edificios en ruinas.

Organizaron un banquete en mi honor, por cierto que en un salón oscuro. No sé por qué la luz era tan mala. Yo había asistido ya en Occidente a comidas a la luz de hachones y cosas así, pero siempre se celebraban en ocasiones triunfales. En Budapest la ocasión no era precisamente de este género, y si el salón estaba mal iluminado se debía sencillamente a que la luz era insuficiente. Toda la plana mayor dirigente estaba allí. Los húngaros sirvieron su delicioso gulash y vinos excelentes.

La conversación derivó pronto hacia el terreno político. En respuesta a mis comentarios críticos, Munnich alegó:

—Como tú sabes; durante el período de Rakosi yo fui embajador de mi país en Moscú; así que no se me puede considerar responsable de lo que ocurriera entonces.

Le interrogué acerca de la prensa húngara, que se encontraba todavía evidentemente fuera de la línea natural, y me dijo:

—Mira, camarada Kruschef, yo no soy el encargado de la supervisión de los periódicos. Eso es misión de otros camaradas.

En resumen: que continuaban los problemas. Siempre ocurre lo mismo cuando un país y un Partido tinen que sufrir un levantamiento tan grave. Una consecuencia perjudicial de la sublevación había sido la desmoralización del ejército húngaro. En conjunto, no había participado en la contrarrevolución, pero algunos oficiales, a título particular, sí que habían intervenido activamente [7]. Después de aplastada la contrarrevolución y derribada la pandilla de Nagy, subsistieron ciertas vacilaciones entre los oficiales del ejército. Por ello, el nuevo gobierno de los camaradas Kadar y Munnich exigió que todos los oficiales definiesen su actitud política respecto de la situación mediante un juramento escrito por el que se comprometían a servir con honor al pueblo húngaro y a cumplir las órdenes de su gobierno. Algunos se mostraron reacios a firmarlo. Estas vacilaciones condujeron a la purga de aquellos elementos que se habían negado a aceptar las condiciones necesarias para la restauración del socialismo en Hungría. Y como resultado de todo esto, el ejército había mejorado en calidad si bien había disminuido en cantidad.

La vida en el país estaba ya empezando a volver a la normalidad, a pesar de los graznidos acusatorios de la prensa burguesa y de la escurridiza propaganda que desde el extranjero pretendía que la Unión Soviética había sofocado una revolución popular en Hungría.

El camarada Kadar y el Comité Central del Partido comunista húngaro acudieron al Comité Central del Partido comunista de la Unión Soviética solicitando que se les enviase personal asesor para la reorganización de la industria carbonífera, que se estaba tambaleando. A requerimiento del gobierno y del Comité Central húngaros, realicé varios viajes a Hungría en 1957.

En cierta ocasión en que me encontraba allí en verano, Kadar me dijo que se iba a celebrar una concentración de masas en la plaza que hay delante de la embajada de los Estados Unidos. La manifestación iba a resultar particularmente interesante porque desde los balcones de la embajada americana era seguro que la iban a estar observando [el cardenal] Mindszenty y el propio personal diplomático. Mindszenty era la cabeza visible de la Iglesia católica en Hungría. Representaba al ala más reaccionaria de las fuerzas contrarrevolucionarias que habían chocado contra el gobierno húngaro y contra la restauración del socialismo en 1956. Cuando la contrarrevolución quedó aplastada, se refugió en la embajada americana, donde permaneció después muchos años.

7. De hecho, se unió a la revuelta la mayor parte del ejército húngaro.

Aunque Mindszenty y los americanos no pudiesen oír los discursos que se pronunciarían en la plaza, era seguro que tendrían agentes circulando por entre la multitud, tomando nota de todo lo que pasara.

Teníamos una razón más para estar tan interesados en aquella manifestación. Cuando se hizo público que yo había llegado a Hungría, los periodistas americanos comenzaron a decir a bombo y platillo que Kruschef no se atrevería a mostrarse en público y que se vería en dificultades si seguía su costumbre de andar por las calles a pie; los húngaros nunca le perdonarían el haber empleado la fuerza militar para aplastar la contrarrevolución. ¡Ya se sabe lo que se puede esperar de la prensa americana!

Kadar inició el acto. Los camaradas húngaros me invitaron a hablar, y lo hicieron con tal insistencia que no pude negarme. En mi discurso reproché a los trabajadores y a la «intelligentsia» de Hungría que hubiesen permitido que una revuelta contrarrevolucionaria hubiera podido desarrollarse en su país.

Durante la reunión, Kadar me indicó:

—Mira hacia allá, a la izquierda, y verás al embajador americano con sus hombres. También se puede ver a Mindszenty.

Cuando el acto hubo concluido, propuse a Kadar:

—Camarada Kadar, bajemos de la tribuna para dar un paseo entre toda esta gente.

Sonrió y me dijo:

—Hay mucha gente por aquí, ya sabes...

—Tanto mejor. De esta manera demostraremos a los periodistas americanos, a su embajador y a Mindszenty, que Kruschef no tiene miedo de sacar el cuello por ahí y todavía se mezcla con el pueblo. Les haremos un buen lavado de cerebro, como dirían los periodistas americanos... ¡esos malévolos enemigos de la Unión Soviética y de Hungría!

Tuve ocasión de pronunciar un discurso similar en la más grande de las factorías de máquinas-herramienta de Hungría. Desde allí, el camarada Kadar y yo fuimos a la región carbonífera, zona en la que él había sido líder del Partido durante la guerra, en la clandestinidad. Puesto que yo mismo había sido antes minero, me parecía que podía adoptar un estilo duro con los mineros del carbón. Dije que me sentía avergonzado de mis hermanos los mineros que no habían levantado ni sus voces ni sus puños frente a la contrarrevolución. Ciertamente que no habían tomado parte activa en la sublevación, pero tampoco habían opuesto ninguna resistencia contra ella. Se habían dejado desmoralizar y habían caído en la apatía. Cuando terminé de hablar, los mineros me expresaron su sentimiento. Se arrepentían de haber cometido un error político tan grave y prometían que harían todo lo que fuera posible por no permitir que tal cosa sucediese de nuevo.

A continuación tuvimos una concentración masiva en una acerería de la región del Danubio, montada gracias a un crédito concedido por nosotros. Se encontraba emplazada en una localidad que se había llamado Stalinovarash, pero cuyo nombre ya había cambiado. En un determinado momento el camarada Kadar me preguntó:

—¿Te parecería bien que nos entrevistásemos con algunos representantes de nuestra «intelligentsia»? Convocaríamos una junta de trabajadores de la Academia de Ciencias y de otras instituciones de formación intelectual.

Accedí y me alegré luego de comprobar en la asamblea que también la «intelligentsia» comprendía la necesidad de las medidas que se habían tomado.

En todas estas reuniones yo pronunciaba discursos exponiendo los esquemos, a escala mundial, de la contrarrevolución y del imperialismo en sus esfuerzos por restablecer el capitalismo en Hungría. Por su parte, los camaradas húngaros demostraban a la prensa burguesa que, lejos de albergar ninguna mala voluntad hacia la Unión Soviética, el pueblo húngaro estaba agradecido a nosotros y a nuestro ejército por haber cumplido el deber internacionalista de ayudarle a liquidar la sublevación contrarrevolucionaria. Y no se trataba de que en estos actos hablase sólo la gente que estaba de nuestra parte. Todo el que tomaba la palabra expresaba sus verdaderos sentimientos y todos los presentes eran perfectamente libres de decir todo aquello que se les ocurriese. La atmósfera de tales reuniones estaba siempre cargada de júbilo y entusiasmo. El pueblo húngaro puso el sello de su aprobación a las medidas que se estaban tomando por los nuevos dirigentes del Partido y el gobierno.

Estábamos de acuerdo con los nuevos dirigentes en estimar que la rebelión había sido provocada por el abuso de poder que Stalin había ejercido, siendo el consejero de Stalin, Rakosi, quien había sembrado en Hungría las semillas del descontento. En otras palabras, la contrarrevolución fue otra consecuencia del carácter enfermizo de Stalin, contra el que Lenin, en su testamento, nos había prevenido [8].

Me acuerdo que, cuando propuse un plan para reducir el número de tropas soviéticas acuarteladas en los países de la Europa oriental, pedí a los húngaros su opinión:

—Camarada Kadar, ¿qué opinas del proyecto de retirada de nuestras fuerzas militares de Hungría? ¿Resulta aconsejable hacerlo? Dependemos de tu juicio. Haremos lo que tú decidas.

—Camarada Kruschef, creo que lo mejor es que decidas tú mismo. Yo sólo puedo decirte dos cosas. La primera es que en nuestro país no hay ninguna especie de resentimiento contra la presencia de las tropas soviéticas en nues-

8. Después de haber afirmado que todo el asunto se debió a Nagy, Kruschef da media vuelta y sostiene que fue debido a Stalin y Rakosi.

tro territorio. Lo digo con toda franqueza. La segunda es que al pueblo húngaro, tanto a los trabajadores como a los campesinos y a la «intelligentsia» sólo les interesa que Rakosi no vuelva a Hungría.

A la sazón Rakosi vivía en la Unión Soviética. Parece ser que aún existían ciertas fuerzas en Hungría que simpatizaban con él y lamentaban su caída del poder, al igual que en la Unión Soviética había facciones que hubieran dado su voto a Stalin incluso después de haber quedado probada su culpabilidad a los ojos del Partido.

Bueno, me doy cuenta de que hay personas que podrían alegar que el gobierno Kadar era pro Moscú, que se había impuesto gracias a nuestro patrocinio e influencia. Pues bien: podemos devolverles la pelota preguntándoles sencillamente: ¿Quién patrocinó la constitución del gobierno de Imre Nagy? ¿De quién eran los aviones en los que vinieron a Hungría oleadas de agentes burgueses y emigrados contrarrevolucionarios? Y la respuesta es: bajo el patrocinio y en los aviones de las fuerzas imperialistas del mundo, especialmente de los Estados Unidos [9]. Además, los miembros del gobierno Kadar fueron elegidos en un Congreso del Partido húngaro presidido nada menos que por el mismo Rakosi.

Refuto así el razonamiento de esa gente que pretende que Kadar y su gobierno no eran más que nuestros cómplices y títeres, por decirlo de una manera cruda.

Quiero que quede muy claro este punto: nosotros, es decir, la Unión Soviética, apoyamos a las fuerzas revolucionarias del mundo. Y lo hacemos así cumpliendo nuestras obligaciones derivadas del internacionalismo comunista. De todo corazón nos unimos a la lucha entablada por las clases trabajadoras bajo la bandera roja blasonada con el lema: «¡Proletarios del mundo, uníos!». Nos oponemos a la exportación de la revolución, pero también estamos en contra de la exportación de la contrarrevolución. Por consiguiente, hubiera sido inconcebible e imperdonable que hubiésemos rehusado ayudar a la clase obrera de un país en lucha contra las fuerzas del capitalismo.

Nuestro objetivo en Hungría fue apoyar al progresismo y contribuir a la transición del pueblo del capitalismo al socialismo. Los enemigos del socialismo se proponían lo contrario: dondequiera que el estilo de vida socialista se ha logrado, allí quieren liquidarlo, suprimir a la clase trabajadora y restaurar el capitalismo.

9. Resulta imposible decir si Kruschef cree realmente que Occidente jugó un papel efectivo en la sublevación húngara. Es cierto que hubo emigrados húngaros que consiguieron regresar a su país en los primeros momentos del alzamiento. Pero las potencias occidentales, con el asunto de Suez entre manos, se mantuvieron apartadas y se desentendieron de los acontecimientos.

Ayudando al pueblo húngaro a aplastar la contrarrevolución, evitamos que el enemigo menoscabara la unidad de todo el mundo socialista, puesta a prueba de manera rigurosa durante los acontecimientos de Hungría. Eramos conscientes de que ayudando a Hungría a dominar la revuelta y a eliminar sus secuelas de una forma rápida, estábamos ayudando también a todos los demás países del campo socialista. La ayuda que dimos al pueblo húngaro para machacar la contrarrevolución fue objeto de aprobación unánime por la clase trabajadora de los países socialistas y por todos los progresistas del mundo entero.

Por eso, yo digo ¡sí!, nosotros ayudamos a Hungría en 1956. Como dije una vez en una concentración de masas del Partido: no hicimos más que pagar una deuda que teníamos pendiente con Hungría desde 1848. En ese año se produjo una revolución triunfante en Budapest, pero Nicolás I lanzó a sus legiones contra ella y la aplastó, ayudando a restaurar el dominio de la monarquía austríaca en Hungría. Fue una verdadera desgracia. Por supuesto que el baldón recae sobre quienes cometieron la tropelía, Nicolás I y quienes le rodeaban, sin que semejante mancha roce a los obreros y campesinos del antiguo Imperio ruso. Pero nuestro país tenía aún una deuda histórica con el pueblo húngaro. En 1956, finalmente, la saldamos. Y ahora estamos en paz [10].

10. Los húngaros lo vieron de manera bien diferente. En 1848, su revolución nacional contra Austria fue aplastada por los rusos; en 1956, volvieron los rusos una vez más.

16

Nasser, Suez y la presa de Asuán

Kruschef, en su relato sobre las relaciones del Kremlin con el presidente Nasser, se expresa de manera más completa, más detallada, más sicera y menos contenida que cuando se ocupa de la Europa Oriental. La penetración soviética en Oriente Medio, facilitada por la retirada americana del proyecto de la presa de Asúan y por la subsiguiente crisis de Suez, ha constituido, sin duda alguna, un gran éxito; y aunque Kruschef distorsiona algunos hechos para presentar la participación soviética como más decisiva y estimable de lo que en realidad fue, lo cierto es que poco tiene que ocultar de las acciones y los motivos del Kremlin. La consideración general más importante que se desprende del relato es la ignorancia en que se encontraban los soviéticos respecto a la verdadera situación egipcia antes de la nacionalización del canal de Suez en 1956; como más tarde les sucedió en Irak.

No negaré que cuando los elementos antisoviéticos suscitaron una situación crítica en Polonia y Hungría se nos creó un problema no exento de dificultades. Mientras estábamos intentando resolverlas, unos diplomáticos ingleses y franceses de segunda fila establecieron contacto con el personal de nuestras Embajadas en Londres y París, en torno a unas tazas de café o unas copas de vino, para decirnos: «Parece que han tropezado ustedes con algunas dificultades en Polonia y Hungría. Comprendemos lo que son esas cosas. Por nuestra parte, tenemos ciertos problemas en Egipto. Podíamos llegar a un acuerdo tácito entre nosotros: ustedes liquidan sus dificultades por los medios que estimen más adecuados, y se comprometen a no interferir en nuestro terreno mientras nosotros resolvemos las nuestras.» En otras palabras: los imperialistas pretendían aprovecharse de la situación difícil que teníamos planteada en Polo-

nia y Hungría, para poder enviar sus tropas a Egipto a restablecer allí el dominio colonial [1].

Bien; resolvimos rápidamente las dificultades surgidas en Polonia, y tan pronto como hubimos liquidado la rebelión húngara, nos enfrentamos directamente con la cuestión de poner fin a la guerra iniciada por los colonialistas contra el presidente Nasser de Egipto [2]. El empleo de nuestra influencia internacional para detener a Inglaterra, Francia e Israel en su agresión contra Egipto en 1956 constituyó un acontecimiento histórico decisivo. Hasta esta fecha, la Unión Soviética —como antes la Rusia imperial— había venido considerando los asuntos del Oriente Medio como cosa propia de Inglaterra y Francia. En cierta ocasión el rey Faruk había pedido a Stalin que se le entregasen armas para poder obligar a Gran Bretaña a evacuar sus tropas de Egipto, mas Stalin había denegado tal petición. Stalin afirmó en mi presencia que el Oriente Medio formaba parte de la esfera de influencia británica y que, por tal razón, no podíamos andar metiendo la nariz en los asuntos de Egipto. Y no es que no le gustase la idea de introducirse en el Oriente Medio —le hubiese gustado hacerlo, y mucho—, sino que, con sentido realista, reconocía que el equilibrio de poder en aquella zona no nos era favorable e Inglaterra no hubiese tolerado nuestra posible interferencia.

Las cosas cambiaron en los años siguientes. Nuestra economía, nuestras fuerzas armadas y el peso de nuestra influencia en las cuestiones internacionales, eran factores que habían crecido poderosamente, de forma que, para 1956, fuimos ya capaces de intervenir en ayuda del presidente Nasser y los pueblos árabes. No se trataba de que quisiésemos reemplazar a Inglaterra como explotadores de Egipto y otros países árabes. No nos movían intereses egoístas ni comerciales. Bien al contrario, deseábamos tan sólo ayudar a esos pueblos a sacudirse el yugo de su dependencia servil respecto a sus amos colonialistas. Nuestra intervención en Oriente Medio ha sido de lo más noble. Hemos incorporado a nuestra diplomacia los principios mismos de la política exterior de Lenin y hemos empezado ya a recoger los frutos de nuestra inversión en el futuro de las naciones árabes.

Cuando por primera vez comenzamos a interesarnos activamente por los asuntos egipcios, nuestra actitud fue muy precavida y nos reservamos todo optimismo.

1. Las observaciones de Kruschef acerca de los diplomáticos occidentales ofreciendo a los rusos manos libres en Polonia y Hungría están en directa contradicción con su anterior insistencia en que el levantamiento húngaro, al menos, fue apoyado y sostenido por las potencias «imperialistas».

2. Es revelador el empleo del término «rebelión». El levantamiento húngaro fue finalmente aplastado el 9 de noviembre; la guerra de Suez se inició el 29 de octubre.

Cuando Nasser, tras la revolución, llegó al poder en Egipto [3], no estábamos convencidos de que con su línea política fuese capaz de reformar la estructura socio-política de su país. Durante algún tiempo después del golpe del coronel Nasser y su elevación a la jefatura del Estado, no podíamos estar seguros de la dirección que, tanto en política exterior como interior, iba a adoptar este nuevo gobierno integrado por oficiales del ejército. Los nuevos dirigentes egipcios procedían en su mayor parte de los mandos superiores del ejército; en otras palabras, de la burguesía y no de la clase trabajadora. En conjunto, eran hombres procedentes de estratos sociales privilegiados y de buena situación económica, si bien el nuevo régimen distaba mucho de ser socialmente homogéneo.

Nos inclinábamos a pensar que el golpe de Nasser no pasaba de ser uno más de esos levantamientos militares a que tan habituados nos tiene Sudamérica. No esperábamos que trajese consigo nada nuevo. No obstante, no teníamos otra alternativa que esperar para ver lo que sucedía.

Y nos gustó lo que vimos. Los egipcios comenzaron a poner en práctica una política que tenía considerable mérito. Iniciaron una serie de presiones sobre los ingleses para la total retirada de sus tropas. Al no dejarles otras alternativa, cedieron a la solicitud egipcia.

Respetábamos ya a Nasser y nos dábamos cuenta de que su gobierno no era uno más en la serie de los que toman el poder para luego continuar con la vieja política. No, el nuevo gobierno egipcio llevaba en su corazón el interés nacional de su pueblo y merecía por ello nuestro respeto y apoyo. Deseábamos ayudar a Nasser a proseguir su lucha contra los colonialistas.

Resultaba todavía muy difícil definir los objetivos socio-políticos del nuevo gobierno egipcio. Existía todavía en el país mucho capital extranjero y el gobierno había dejado en paz a los bancos privados. El gobierno de Nasser era evidentemente nacionalista, pero parecía como si fuese a resultar de tipo burgués. A pesar de todo, nos interesaba apoyar al gobierno burgués de Nasser por cuanto prometía debilitar la influencia del colonialismo británico en el Oriente Medio: asunto de mucho interés para la Unión Soviética [4].

Las relaciones de Nasser con el camarada Tito eran incluso mejores que las que sostenía con nosotros. Cuando Tito hizo su viaje a la India pasó en barco por el canal de Suez. La prensa yugoslava se volcó en panegíricos hacia el gobierno egipcio. En aquellas fechas aún no habíamos mejorado nuestras relacio-

3. En estos párrafos los acontecimientos aparecen entremezclados en cierta manera. El coronel Naguib lanzó el movimiento egipcio nacionalista y republicano; luego fue derrocado por Nasser.

4. Kruschef parece incapaz de decidirse sobre si Rusia ayudó a Egipto «en interés de la Unión Soviética», como parte de su campaña contra el imperialismo occidental, o por motivos puramente altruistas de la más noble especie.

nes con Yugoslavia; pero poco después, cuando el camarada Tito y yo nos reunimos para intercambiar puntos de vista en cuestiones internacionales, me habló en términos muy halagadores de Nasser y su política.

Teníamos buenas impresiones, mas no se nos escapaba lo difícil que resultaba deducir de los discursos de Nasser si pretendía o no crear en Egipto un régimen progresista. Aún no había movido un solo dedo contra la burguesía y las instituciones bancarias.

El camarada Tito replicó que Nasser era un hombre joven sin demasiada experiencia política; que tenía buenas intenciones pero aún no había encontrado el punto de apoyo justo en la palanca del poder. Señaló Tito que si concedíamos a Nasser el beneficio de la duda, más tarde podríamos ejercer sobre él una influencia beneficiosa, tanto para el movimiento comunista como en favor del pueblo egipcio. En Egipto los intereses del pueblo y los del socialismo estaban entrelazados. Después de todo, el socialismo puede producir sus frutos en todos los pueblos del mundo. Por ello, nuestro deseo de influir en el desenvolvimiento del gobierno egipcio no suponía una conspiración de un país contra otro; era consecuencia natural de nuestro interés en que otra nación participase de nuestra experiencia [5].

Poco después del golpe de Estado, cuando los egipcios decidieron intentar la expulsión de los ingleses, acudieron a nosotros unos delegados de Nasser para solicitar ayuda militar. Expresaron que necesitaban disponer de un ejército propio para hacer presión sobre los ingleses. Accedimos. Les entregamos armamento que iba desde fusiles hasta artillería regular; pero, hasta donde puedo recordar, creo que no les dimos aviones al principio. Les cedimos, sin embargo, carros de combate y equipo naval. Nasser había dicho que necesitaba en especial lanchas torpederas. Creo que les proporcionamos la ayuda militar sobre bases comerciales, si bien a precio reducido.

Después de comprarnos las armas, Nasser —cuyas relaciones con Tito eran ya muy estrechas— comenzó a hablar de la construcción del socialismo en su país. Sin embargo, hablaba del socialismo de una manera que nos hacía no estar seguros de si realmente entendía lo que estaba diciendo. También era posible que tuviera algún motivo no confesado para abrazar la causa del socialismo. En nuestros tiempos, el término socialismo se ha puesto muy de moda y se ha usado también de manera muy imprecisa. Incluso Hitler tenía por costumbre parlotear del socialismo y había metido la palabra en el nombre mismo de su partido nazi [nacional-socialista]. Todo el mundo sabe la especie de socialismo que Hitler propugnaba. Por esta razón, fuimos siempre precavidos

5. Vemos aquí a la Unión Soviética haciéndose cargo de lo que ha solido llamarse la carga del hombre blanco. Compárense sus anteriores observaciones acerca de la actitud de Stalin respecto de la penetración soviética en el Oriente Medio.

con quienes adoptan la palabra socialismo pero parecen estar más interesados en conseguir de nosotros ayuda militar.

El sueño más querido del pueblo egipcio era la explotación económica del caudaloso Nilo. Desde al antigüedad los egipcios habían aprovechado sus aguas para la irrigación de los terrenos de labor a lo largo de sus riberas. Además de ser vitales para su agricultura, las aguas del Nilo constituían también una fuente, virgen aún, de energía hidroeléctrica. Cuando Nasser accedió al poder comenzó a promover vigorosamente la idea de construir una presa que hiciera posible la utilización del Nilo para estos fines. Entró en negociaciones sobre este asunto con los Estados Unidos, llegando finalmente a un acuerdo con cierto banco americano, uno de esos que se suelen llamar «internacional», que prometió conceder a Egipto los créditos necesarios para la construcción de la presa. Los egipcios se dejaron engañar en la creencia de que el sueño que habían acariciado durante siglos estaba a punto de hacerse realidad.

Mas sus falsas ilusiones no duraron mucho tiempo. Egipto se negaba a seguir los caminos que le trazaban los Etados Unidos, Inglaterra y Francia, y, en consecuencia, los imperialistas se sentían irritados. Inesperadamente se anunció que los créditos para la construcción de la presa habían quedado cancelados.

El presidente Nasser estalló de indignación y proclamó que Egipto iba a nacionalizar el canal de Suez. Tal acción hizo subir ligeramente la temperatura de la situación política internacional.

Cuando los imperialistas atacaron Egipto, celebré consulta con Molotov. Aun cuando ya no ejercía activamente en la política, había sido ministro de Asuntos Exteriores durante mucho tiempo y era el hombre más experimentado en este campo con el que contábamos. Le llamé por teléfono para saber qué juicio le merecía una idea que tenía yo:

—Viacheslav Mijailovich, me parece que deberíamos dirigirnos al presidente de los Estados Unidos y proponerle que iniciásemos una acción conjunta contra los agresores que han atacado Egipto.

Molotov, muy acertadamente, señaló:

—Eisenhower no estará nunca de acuerdo en unir sus fuerzas con nosotros contra Inglaterra, Francia e Israel.

—Desde luego que no, pero poniéndole en el compromiso de tener que negarse, dejaremos en evidencia la hipocresía de su declaración pública de condena al ataque contra Egipto. Le obligaremos a que respalde con actos lo que afirma con palabras. Si realmente fuese contrario a la agresión, aceptaría la propuesta de la Unión Soviética de salvaguardar conjuntamente la independencia de Egipto.

Dije a Molotov que someteríamos la cuestión al Presidium inmediatamente. Y convoqué a los miembros del Presidium a una reunión urgente en el Krem-

lin. Discutimos mi sugerencia y redactamos una propuesta que Chepilov, nuestro nuevo ministro de Asuntos Exteriores, se encargó de transmitir al presidente Eisenhower. Nuestra nota hacía hincapié en que deberíamos unir nuestras fuerzas bajo la bandera de las Naciones Unidas. Remitimos también sendas notas a los primeros ministros de Gran Bretaña, Francia e Israel, pidiendo el cese inmediato de la agresión contra Egipto.

Poco después de enviar nuestro mensaje a Eisenhower, lo hicimos publicar en la prensa. Se nos informó que cuando el presidente recibió nuestra nota, dirigiéndose a los periodistas, dijo:

—¡Esto es increíble! ¿Lo dirán en serio? ¡Pensar que nos uniríamos a ellos contra Gran Bretaña, Francia e Israel! ¡Es inconcebible!

De manera que nuestra nota surtió exactamente el fecto que habíamos previsto; había desmentido la pretensión americana de que se les considerase campeones de la paz, la justicia y la no agresión. Podían haberlo sido de palabra, mas no de hecho, y ahora les habíamos desenmascarado [6].

En la primavera de 1956, cuando estuvimos en Londres y sostuvimos conversaciones con los señores Eden, Lloyd, MacMillan, Butler y otros estadistas británicos, les manifestamos con franqueza que disponíamos de proyectiles-cohete de diferentes alcances. Más tarde, cuando Israel, Gran Bretaña y Francia atacaron a Egipto, el gobierno soviético, en un mensaje dirigido al primer ministro británico, expuso: ¿cuál sería la actitud de la misma Gran Bretaña si se viera atacada por países más fuertes que ella que dispusieran de destructoras armas modernas de todas clases? Y conste —añadía la nota— que tales países podrían actuar sin necesidad siquiera de enviar una escuadra naval ni aérea a las costas británicas, sino que usarían de otros medios, por ejemplo, cohetes balísticos. La declaración del gobierno soviético, evidentemente, produjo su efecto sobre ellos. Parece ser que al principio habían creído que se trataba de una mera balandronada cuando habíamos afirmado poseer poderosos proyectiles-cohete. Pero luego vieron que era la pura realidad. Y esto surtió su efecto.

Fue aproximadamente por estas fechas cuando hice mi viaje en avión a la isla de Brioni, en la costa de Yugoslavia, para celebrar consultas con Tito sobre los acontecimientos de Hungría. Tito se encontraba en la isla porque estaba enfermo y los médicos le habían prescrito baños de mar. Recuerdo que le pregunté:

—¿No consideras peligroso estar aquí, con la guerra entablada en Egipto? Cualquier avión podría arrojar una bomba en esta isla y no quedaría ni rastro de ti ni de tu *dacha*. Nadie podría probar que no había sido un accidente. Re-

6. Kruschef parece ignorar el hecho de que la operación Suez se interrumpió a causa de la extremada presión americana. Es imposible decir si realmente creía y cree que la operación se lanzó sin referencia a Washington y frente a la radical desaprobación americana.

cuerda que ingleses y franceses conocen perfectamente tus relaciones con Nasser, y puede suceder cualquier cosa.

Rankovic (el ministro yugoslavo del Interior) manifestó:

—Sí, también yo vengo insistiendo al camarada Tito para que regrese a Belgrado mientras dure el conflicto en Oriente Medio, pero no quiere hacerlo. Dice que los baños de mar son necesarios para su salud.

Pude comprobar que el camarada Tito, aunque no admitía que se encontraba personalmente en peligro, estaba muy alarmado respecto de la situación planteada en Oriente Medio. Estaba preocupado por Yugoslavia tanto como por Egipto y Nasser.

En nuestras notas a los tres gobiernos que habían provocado la agresión, dijimos: «Han atacado a Egipto a sabiendas de que es considerablemente más débil que ustedes, de que no tiene un verdadero ejército y de que prácticamente carece de armamento. Pero existen otros países perfectamente capacitados para acudir en defensa de Egipto.» Insinuábamos con claridad que uno de esos países era la Unión Soviética, que estaba dispuesta a intervenir si fuera necesario. Hacíamos la advertencia de que no podíamos permanecer neutrales por cuanto, si el conflicto se extendía, se podrían ver amenazados nuestros intereses nacionales. Los gobiernos de Inglaterra y Francia sabían perfectamente bien que la declaración de Eisenhower condenando su agresión era sólo un gesto para guardar las apariencias públicamente. Mas cuando les enviamos nuestra seria advertencia, los tres agresores sabían que nosotros no actuábamos haciendo el juego a la opinión pública. Nos tomaron muy en serio. Me contaron que cuando Guy Mollet recibió nuestra nota, se lanzó al teléfono, en pijama, para llamar a Eden. No sé si esta historia será cierta, pero sea o no verdad que llevara puestos los pantalones, el hecho es que veinticuatro horas después del envío de nuestra nota la agresión había cesado. Solamente tuvimos que hacer nuestra advertencia una vez —a diferencia de los espectáculos teatrales chinos, que han de repetir una cosa más de mil veces para que produzca efecto [7].

Creo que puedo explicar por qué Israel se retiró del territorio que había ocupado con la ayuda de Francia e Inglaterra. Además de conseguir que las Naciones Unidas censurasen la agresión, anunciamos en la prensa que estábamos reclutando voluntarios para que prestasen servicio en el ejército egipcio como tanquistas, pilotos, artilleros, especialistas, etc. En otras palabras, decidimos ofrecer a Egipto ayuda concreta en forma de hombres capaces de manejar el armamento más avanzado. Expusimos nuestras condiciones a Israel en términos rotundamente claros: o los israelíes retiraban sus tropas y obedecían la

7. Véase la nota 6 anterior. Las advertencias soviéticas no se hicieron hasta después de haber pasado el peligro, aunque la mayor parte de la gente, en aquellas fechas, no se percató de ello.

resolución de las Naciones Unidas, o de lo contrario se tendrían que enfrentar con las fuerzas armadas egipcias, con lo cual podrían encontrarse frente a frente con nuestros voluntarios.

El pueblo egipcio y el presidente Nasser celebraron encarecidamente nuestra política. El terminar con la crisis fue una gran victoria para nosotros. También lo fue para las fuerzas progresistas del mundo. Elevó el prestigio de la Unión Soviética no sólo ante el pueblo egipcio, sino también ante todos los pueblos que acababan de liberarse de la esclavitud colonial o que aún tenían empeñada su lucha por la independencia.

Tras nuestra intervención en favor de Egipto en 1956, Nasser hizo declaraciones laudatorias, no por ello menos exactas, de nuestra política. Ningún engaño había habido en nuestra defensa de Egipto. Nuestra acción se había basado en preocupaciones puramente humanitarias, no mercenarias. Los intereses comerciales nada tuvieron que ver con ella. Realmente, nada necesitábamos que hubiéramos podido obtener de Egipto. Tenemos de casi todo lo que allí se produce y muchas cosas que los egipcios no producen. Tenemos arroz y petróleo propios. Somos un país mucho más rico y podemos confiar en nuestra propia riqueza natural. Y si algo hay que efectivamente necesitamos, procuramos siempre adquirirlo de otros países mediante justos acuerdos comerciales. A diferencia de los colonialistas, no necesitamos recurrir a la guerra u otras maquinaciones políticas para conseguir lo que queremos.

Incluso después de haber eliminado la amenaza de agresión colonialista, los egipcios se encontraban en grave dificultad. Antes de julio de 1956, el personal de servicio encargado de las instalaciones del canal de Suez y los prácticos y pilotos que conducían los barcos que por él navegaban eran en su mayoría franceses. Cuando Nasser nacionalizó el canal, todo ese personal fue retirado y repatriado, con lo que no quedó nadie para dirigir el tráfico. Occidente creía —y esperaba— que Egipto sería incapaz de explotar el canal por sí mismo, con lo que se vería en dificultades financieras y políticas, y el régimen de Nasser se desacreditaría. El gobierno egipcio acudió a nosotros solicitando asistencia técnica e inmediatamente les enviamos pilotos e ingenieros. El resultado fue que Egipto se las arregló fácilmente para hacerse cargo de la dirección del canal, y pronto se abrió al tráfico bajo su administración.

Esta situación había originado fricciones agudas entre las grandes potencias en Oriente Medio. La crisis era otra consecuencia de la política de presiones y mano dura de Dulles. Pero éste, en un análisis final, había marrado el tiro y había hecho posible nuestro más estrecho acercamiento a Egipto. En cierto modo, Dulles prestó un gran servicio a Egipto al mostrar a Nasser quiénes eran sus verdaderos amigos y sus reales enemigos. Nasser supo apreciar este hecho y (en 1958) nos preguntó si podría visitar la Unión Soviética. Tras discutir su

solicitud en el seno de nuestro Gobierno, respondimos que estábamos dispuestos a recibirle en cualquier momento. Cambiamos impresiones acerca de los asuntos que a Egipto le interesaría tratar. Nos aseguramos de estar todos de acuerdo y entonces se me dieron instrucciones para que me reuniera con Nasser a solas. Aquel iba a ser mi primer contacto con él.

Nasser vino a vernos después de pasar unas vacaciones en Yugoslavia. Me impresionó desde que le conocí. Era aún un hombre joven, reservado e inteligente, siempre con una sonrisa a flor de labios. Si se desea conocer mi impresión personal, me gustó extraordinariamente. Nuestra reunión se celebró en las afueras de la ciudad de Novoie Ogarevo. A Nasser le acompañaba su embajador Ghaleb, hombre brillante e interesante, merecedor de nuestro respeto, que hablaba bien el ruso y nos sirvió de intérprete.

Inopinadamente nos llegaron noticias de que se había producido un golpe militar en Bagdad. Naturalmente, recibimos la noticia con alegría, porque significaba el fin, tan largamente esperado, de uno de los regímenes más reaccionarios y terroríficos del mundo. El dictador, antiguo y astuto agente del imperialismo inglés, había sido asesinado [8]. El golpe podía ser considerado como un derrocamiento revolucionario y pudimos comprobar que el nuevo dirigente, Kassem, representaba a las fuerzas progresistas del Irak. Ya teníamos alguna información sobre él: había tenido contactos esporádicos con comunistas e incluso él se hacía llamar comunista. Por la reacción de Nasser cuando se le informó del golpe pudimos ver que la noticia constituía una absoluta sorpresa para él. Era evidente que se encontraba excitado cuando afirmó que tenía que regresar inmediatamente al Oriente Medio. Poco antes, Egipto y Siria acababan de constituir la República Arabe Unida y Nasser tenía la esperanza de que el nuevo gobierno iraquí pudiera encajar en la línea política egipcia; deseo que era perfectamente comprensible. Pero, según resultó luego, ni las esperanzas de Nasser se cumplieron ni nuestras informaciones sobre Kassem se corroboraron. Este resultó ser políticamente muy inestable.

Pero me estoy anticipando a los acontecimientos. Cuando nos llegó la primera noticia del golpe de Estado en Irak, Nasser decidió volver a Yugoslavia y desde allí marchar en barco con su familia hasta Alejandría.

Medité un momento el asunto y sometí a su consideración la conclusión que se me ocurría.

—Señor presidente —le dije—, no le aconsejaría regresar en barco atravesando el Mediterráeno. El golpe del Irak ha creado en toda esa zona una situación muy delicada. Estados Unidos, Inglaterra y otros países maniobran sus

8. Se hace referencia aquí al asesinato de Nuri Pachá. Parece que los rusos habían estado completamente ignorantes de la situación en Irak. Sabían tan poco de Kassem como cualquier otro.

fuerzas militares tomando posiciones y se preparan a la acción. La tensión va en aumento. Usted no goza precisamente de las simpatías de los países occidentales. Les resultaría fácil echar a pique su buque en alta mar y sería imposible probar lo que había ocurrido. Usted, el presidente de la República Arabe Unida, estaría allí a bordo de un yate desarmado como una especie de blanco flotante a merced de cualquier avión o submarino que anduvieran escudriñando la zona. Le recomendaría con todo interés que fuese en avión desde Bakú (en el Azerbajdyán soviético) hasta Irán y de allí a Siria. No le será difícil regresar a El Cairo desde Damasco.

Nasser lo pensó y accedió. En aquella época nuestras relaciones con Irán no eran malas, aunque tampoco eran demasiado buenas. De aquí que nunca usásemos el espacio aéreo iraní sin solicitar antes un permiso especial. Yo estaba seguro, sin embargo, de que el Shah no denegaría el permiso, porque durante su visita a la Unión Soviética habíamos podido apreciar un considerable interés por su parte en el mejoramiento de nuestras relaciones. Cuando solicitamos el permiso para sobrevolar Irán, no dijimos, naturalmente, que el pasajero iba a ser el presidente de la República Arabe Unida. Inventamos otra historia y casi inmediatamente recibimos la autorización.

Al poco tiempo de la partida de Nasser se nos informó de que había llegado sano y salvo a Siria.

La delegación militar egipcia que nos visitaba regularmente solía estar presidida por Amer, el comandante en jefe del ejército egipcio [9]. He de señalar que este personaje tuvo más tarde un trágico fin. Se suicidó como consecuencia de la desastrosa derrota sufrida por el ejército egipcio. Asumió la responsabilidad de tal derrota. Quizá se le pudiera culpar en parte; para mí es muy difícil juzgar el hecho. Sin embargo, cuando le conocí me pareció siempre un hombre honrado, razonable y enteramente dedicado a la causa del pueblo egipcio.

Después de unos contactos preliminares con el personal de nuestra embajada en El Cairo, Amer vino a Moscú con una propuesta concreta al objeto de que les construyésemos la presa de Asuán. Al principio nos negamos.

Me pareció entonces que había sido Tito quien les había inspirado semejante idea, incitándoles a que nos presionaran amistosamente para persuadirnos a que construyésemos la presa. La razón para creerlo así —y lo sigo creyendo— era que cada vez que Tito y yo nos reuníamos, siempre defendía vigorosamente a Nasser poniéndole por las nubes. Siempre nos decía que debíamos ayudar a Egipto, y tenía toda la razón. La vida lo ha corroborado [una expresión favorita de Kruschef]. Y a la larga hemos seguido el consejo de Tito. Por supuesto que a veces hemos tenido nuestras diferencias. Nuestra prensa ha hecho a ve-

9. Comandante supremo adjunto de las fuerzas egipcias, arrestado tras la guerra de los seis días en agosto de 1967; se suicidó en septiembre de 1967.

ces ciertas críticas sobre Egipto, mas los egipcios han podido contar siempre con nosotros, que hemos estado a su lado en los momentos cruciales.

Los egipcios no hubieran aceptado un no como respuesta al asunto de la presa de Asuán. Amer sabía ser insistente sin llegar a ser pesado. Siempre que venía a Moscú pedía una audiencia personal conmigo. Seguía intentando convencerme de que la petición egipcia se basaba en consideraciones de mutuo interés, ya que la construcción de la presa sería beneficiosa para nosotros tanto como para Egipto. Hacía hincapié en que permitiría a los egipcios incrementar la superficie cultivable en un tercio más del total, lo que significaría una gran riqueza para el país y para quien desease hacer inversiones en el futuro.

Aduje que estábamos de acuerdo pero que no podíamos hacer frente a las enormes inversiones de capital que requería la construcción de la presa. Después de una de estas reuniones con Amer, se trató del asunto de la petición egipcia en el seno de nuestro gobierno, y decidimos encargar a los economistas de la Comisión de Planificación del Estado un estudio detallado. Así se hizo, y cierto tiempo después nos entregaron un estudio sobre la posible rentabilidad, tanto económica como política, de nuestras inversiones en la presa. Teníamos interés en determinar si supondría un negocio rentable. Naturalmente que nos hubiera alegrado poder auxiliar a la economía de nuestros amigos para fortalecer así nuestras relaciones con ellos. Mas era ésta una consideración exclusivamente política y por encima de ella teníamos que asegurarnos de que no íbamos sencillamente a despilfarrar el dinero. Teníamos que estar seguros de que los egipcios podrían reembolsarnos los créditos mediante entregas regulares de su mejor algodón de fibra larga, arroz y otros productos [10].

No quiero, sin embargo, dar la impresión de que íbamos a yudarles por motivos mercenarios. En absoluto. Estábamos más interesados en los móviles políticos que en los económicos. Al construirles la presa ganaríamos el premio inapreciable de la confianza y gratitud del pueblo egipcio. Y no sólo de éste, sino también la de todos los pueblos árabes y la de todos los demás pueblos subdesarrollados, especialmente los africanos. Nuestra ayuda a los egipcios demostraría que se podía contar con la Unión Soviética en apoyo de los pueblos necesitados del mundo que se estaban liberando de la dominación colonial. Además, sabíamos que el fortalecimiento de los países árabes significaría la debilitación del campo de influencia de nuestros enemigos.

Así que firmamos un acuerdo con los egipcios para la construcción de la gran presa de Asuán.

Durante las negociaciones previas, los egipcios había sugerido que debíamos constituirnos en contratistas para la ejecución del proyecto. Anteriormente ya

10. Compárese con la anterior observación de Kruschef: «realmente, nada necesitábamos que hubiéramos podido obtener en Egipto».

habíamos rechazado acuerdos de este tipo con otros países, cosa que hicimos también en el caso de Egipto. Nos negamos a asumir el papel de contratistas de la obra porque ello hubiera significado la necesidad de arrendar mano de obra egipcia, circunstancia que nos hubiera obligado a establecer unas relaciones de patrono a obrero entre nosotros y el pueblo egipcio, que podía así comenzar a mirarnos como explotadores. Para evitar todo conflicto con las poblaciones locales teníamos el firme propósito político de no actuar nunca como contratistas en los países a los que concedíamos créditos.

Por lo cual propusimos a los egipcios: «Les facilitaremos todo el equipo, planos, instalaciones de entretenimiento y supervisión técnica que sean necesarios; pero nuestros especialistas se dirigirán a ustedes para la aprobación de toda clase de cuestiones y a ustedes queda encomendada la contratación del personal y equipos de trabajo.»

La firma del acuerdo sobre la presa de Asuán fue otro momento histórico en nuestras relaciones con Egipto. Les ofreció una visión exacta y prometedora de nuestras intenciones para con los pueblos que estaban surgiendo tras liberarse del yugo del colonialismo.

Nuestros ingenieros y técnicos comenzaron por estudiar los proyectos que habían sido redactados y presentados por los ingenieros occidentales. Nuestro personal estimó que se podía encontrar un método más avanzado, ingenioso y eficaz para la explotación de los recursos energéticos del río con vistas a una central hidroeléctrica. Estimo que es una afirmación realista de los hechos y no mera jactancia si digo que nuestros especialistas son los más expertos del mundo cuando se trata de la construcción de centrales hidroeléctricas.

Cuando los trabajos estuvieron a punto de comenzar, los dirigentes egipcios propusieron que se trasladara a Asuán una delegación soviética para presenciar sobre el terreno el funcionamiento de la cooperación soviético-egipcia. Los egipcios me invitaron para encabezar la delegación soviética, y comprendí por qué lo hacían: querían sostener con nosotros las mejores relaciones y pensaban que lo mejor era dirigirse directamente a la cúspide y hablar personalmente conmigo.

No niego que tenía grandes deseos de visitar Egipto y contemplar esa tierra de fábulas y su antigua civilización con mis propios ojos. Me hubiera gustado mucho asistir a la ceremonia de colocación de la primera piedra en el proyecto de la presa de Asuán, pero me fue imposible aceptar la invitación.

Transcurrió algún tiempo. El trabajo de construcción de la presa y de ejecución de los demás proyectos relacionados con ella avanzaban a pasos agigantados. Construimos, o, mejor, financiamos, una planta de laminados de acero, una fábrica de productos farmaceúticos y otras instalaciones industriales. La construcción de la presa de Asuán nos unió tanto con el pueblo como con el

gobierno egipcios. Nuestros especialistas trabajaron en las mismas máquinas, hombro con hombro, con sus ingenieros y campesinos, constituyéndose entonces una gran reserva de confianza y respeto mutuos.

Cuando la construcción de la central de Asuán llegó a su última fase —el cierre del canal del río y el montaje de las turbinas—, los egipcios insistieron en que yo estuviera presente en la triunfal ocasión en que las ansias del pueblo egipcio iban, por fin, a verse satisfechas. Nasser me pidió que no fuese sólo para la ceremonia, sino para permanecer en el país una temporada, tomándome unas vacaciones en Egipto. Manifestó que así se nos ofrecería una oportunidad de sostener conversaciones en un ambiente tranquilo que sería muy útil para ambos. Como incentivo adicional de mi viaje, los egipcios nos recordaron que todavía quedaban en la cárcel algunos comunistas y que el primer ministro prometía que serían puestos en libertad en gracia a mi visita.

Aceptamos la invitación. El viaje se efectuó en mayo de 1964. Fui acompañado por nuestro ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Andreievich Gromiko, y por el viceministro de Defensa, Grechko. A éste le incluimos en la delegación porque queríamos que entablase ngociaciones con los camaradas militares de la República Arabe Unida. En cuanto a Gromiko, nos resultaban indispensables sus amplios conocimientos de los asuntos extranjeros.

Desde el momento mismo de nuestra llegada a Asuán experimentamos la sensación de haber entrado en un horno. Ya se me había prevenido que en Egipto el calor era abrasador y que llovía sólo una vez cada varios años. Para ciertas enfermedades no cabe duda de que tal clima puede ser de lo más saludable, mas para nosotros era casi irresistible. No había manera de eludir el tórrido sol. Afortunadamente, nuestra residencia tenía aire acondicionado, aunque no había manera de tomar una ducha fría. El agua «fría» lo era sólo en el sentido de que no había sido caldeada artificialmente.

Se nos tributó una recepción en consonancia con mi alta jerarquía y con las relaciones que sosteníamos con Egipto. Cuando llegó la hora triunfal del corte del río, el presidente Nasser se volvió hacia mí en plena ceremonia y me dijo:

—Esta es nuestra presa, pero en realidad la han construido ustedes, la han financiado ustedes, su personal la ha proyectado y sin su ayuda jamás hubiéramos podido ni iniciarla. Por ello, le ruego que se una a mí al apretar el interruptor que desviará las aguas del Nilo de su antiguo cauce.

Era, por supuesto, un gran honor que se me hacía y no hubiera tenido sentido el negarse, de manera que, dándole las gracias, accedí con mucho gusto a su petición.

El presidente y yo accionamos juntos los mandos. Una explosión quebró el aire y las aguas se lanzaron tumultuosamente hacia su nuevo cauce. Había una gran multitud contemplando la ceremonia y casi me resulta imposible expresar

lo maravilloso que fue ver todos los rostros iluminarse con el brillo del triunfo en los ojos, mientras las poderosas aguas del Nilo comenzaban a mover las turbinas que iban a dar a Egipto una nueva forma de vida. Más tarde se me informó de que dos personas habían quedado aprisionadas en los túneles y habían sido arrastradas por las aguas. Accidente debido, sin duda, a algún descuido o negligencia.

Aquella tarde se celebró una recepción en mi honor en un club que pertenecía a nuestros propios especialistas. Me invitaron a presentarme ante ellos y pronunciar un discurso. Acepté complacido. Todos estaban del mejor humor. Les di buenas noticias de la marcha de las cosas en nuestra patria.

Aquella misma tarde, hacia la puesta del sol, estaba previsto un acto público en el que el presidente Nasser iba a pronunciar un discurso, y fuimos invitados a asistir. Se iba a celebrar de noche porque hubiera resultado imposible que la gente se sentase al aire libre oyendo discursos durante las horas del día.

Creo que fue en las palabras que pronunció esa noche cuando, por vez primera, Nasser dijo que Egipto iba a implantar el socialismo. Realmente, lo que dijo fue que los egipcios iban a construir su sociedad sobre la base del «socialismo científico», que nosotros tomamos en el sentido de marxismo. No citó a Marx ni a Lenin por sus nombres por numerosas razones. En primer lugar, porque todavía tenía dificultades, en el desenvolvimiento de sus propias ideas, para avenirse enteramente con el marxismo. En segundo lugar, porque había de contar con la actitud de algunos de sus enemigos. Y lo que es más importante, que algunos de sus aliados no habían llegado aún a entender lo que el marxismo tenía que ofrecerles. Por ello, la selección del término «socialismo científico» había sido una concesión a todos esos elementos y consideraciones, mas al mismo tiempo representaba también un gran paso adelante. En suma, que me agradó el discurso.

Yo había preparado una breve intervención y mis palabras fueron bien recibidas por el auditorio. Le correspondía hablar a continuación a Ben Bella [de Argelia]. Era uno de los personajes que conocí en Egipto que más impresión me produjeron. Me impresionó por su cultura, su educación y su comprensión de las cuestiones implicadas en la construcción del socialismo. Pronunció un discurso excelente.

Luego habló Aref [de Irak]. Sus manifestaciones estuvieron llenas de comentarios sobre el pueblo árabe por aquí, el pueblo árabe por allá, los intereses de los pueblos árabes, etc. Mientras hablaba Aref, Ben Bella no dejaba de mirarme. Sonreía. Sabía que yo compartía con él el desagrado que nos producía el discurso de Aref. Cuando éste terminó, Ben Bella se me acercó intentando persuadirme de que debería replicar a lo que aquél había dicho. Repuse que yo ya había hablado una vez y que no tenía más discursos preparados. Y además

que sería inconveniente por mi parte, como huésped que era, transformar la reunión en una polémica. Que creía que resultaría muy desagradable para Nasser el que comenzase una disputa. Mas en este punto mismo, Nasser intervino para decirme:

—Me gustaría que se decidiese a contestar a Aref. No tiene por qué iniciar polémica alguna. Ni siquiera tendrá que citarle por su nombre. Adelante, y exprese su propio punto de vista sobre el tema. Será provechoso oírle, tanto para Aref como para los demás que estamos aquí.

De manera que accedí. Tomé la palabra y he aquí lo que dije:

Que Aref parecía haber sugerido que todos los árabes tienen los mismos intereses, que los pueblos árabes no están divididos en clases y que los líderes árabes tienen un compromiso contraído con el pueblo árabe considerado como un todo. Pues bien, yo había sostenido hacía unos años una controversia con Nasser sobre el mismo tema, mas ahora éste había superado ya este estadio de su propia ideología. Aref, en cambio, parecía que aún no había sabido superar su error de enfoque muy común acerca de la naturaleza de la sociedad árabe. Dije que ciertamente era una gran equivocación considerar al pueblo árabe como entidad singular y unificada. El grupo social árabe —expliqué— tiene una estructura compleja como la de cualquier otro grupo social. No constituye una estructura monolítica. Hay árabes esclavos y árabes capitalistas; campesinos y terratenientes; hay una clase obrera árabe y una burguesía árabe. Añadí que me parecía razonable preguntar a cualquier dirigente árabe que hablase del «pueblo árabe» y los «intereses árabes», y a quiénes se estaba refiriendo exactamente. Un labrador árabe lo que quiere es trabajar su propia tierra, mientras que un terrateniente árabe lo que desea es no tener que desprenderse de ella; su interés es explotar al campesino. Los trabajadores árabes desean menos horas de trabajo y salarios más altos, mientras que los capitalistas árabes, patronos, quieren que se trabaje más horas por jornales más bajos. «Así que, ¿a qué árabes se habla?», pregunté, «¿a los árabes obreros o a los capitalistas?»

Estaba perfectamente claro para todos que mis palabras se dirigían contra Aref, pero a nadie pareció importarle. Cuando terminé estaba satisfecho de lo dicho. Sentí que había sembrado la semilla de un correcto entendimiento de la estructura clasista de la sociedad.

Yo simpatizaba, no obstante, con las razones del énfasis de Aref sobre el «socialismo árabe». Durante años el pueblo árabe se había visto sometido al yugo de los colonialistas ingleses y había tenido que mantener una guerra contra los israelitas que le habían arrebatado sus tierras. Para ellos, «socialismo árabe» quería decir unidad de los árabes contra el común enemigo exterior. Sabía que cuando Aref exponía las tesis del «socialismo árabe» frente a las del «socialismo científico», no lo hacía porque se opusiese a Nasser. En absoluto.

A los ojos de Aref, Nasser representaba la autoridad absoluta. Lo que ocurría era sencillamente que aquél no había avanzado lo suficiente en la evolución de su propio pensamiento. El fruto de la conciencia de clase no había madurado aún en él, que todavía no había tenido que habérselas con la cuestión de la lucha de clases.

Ben Bella y Nasser quedaron muy contentos de mi discurso. El primero de ellos estaba evidentemente encantado de haber sido el primero en alentarme a pronunciarlo. Se me acercó después y —llamándome esta vez camarada— me dijo:

—Camarada Kruschef, estoy seguro de que comprenderás que, aunque tienes mucha razón en tu crítica de la postura de Aref, nosotros tenemos que seguir contando con él. Más que eso, que le apoyaremos hasta el fin. Aref está con nosotros desde siempre y nunca abandonará nuestra causa. Por el momento defiende la unidad árabe tal y como la entiende, pero llegará el día en que comprenderá lo que tú acabas de decir.

Más tarde, nuestro personal que entendía el árabe me participó que mi discurso había sido excepcionalmente bien recibido por los árabes del auditorio. Uno de nuestros especialistas me dijo que su chófer árabe le había manifestado que mis palabras le habían abierto los ojos a una nueva concepción de la unidad árabe.

—Hasta ahora no me había percatado de tal cosa —afirmó—; ¡mas está bien claro que entre nosotros los árabes existen diferentes intereses de clase!

Para nosotros, semejante apreciación es el *a b c* más elemental, pero para los árabes era algo nuevo. Nadie les había dicho antes cosa semejante. En parte, porque el Partido comunista tenía que permanecer en la clandestinidad en el mundo árabe, con lo que su mensaje no llegaba jamás al pueblo llano.

Mi estancia en Egipto me resultó muy agradable. Visitamos el delta del Nilo, viajamos en tren a lo largo del canal de Suez y pasamos dos o tres días a bordo de un buque en el mar Rojo. Algunos de nuestros camaradas se dedicaron a la natación, pero yo renuncié a ella. Hice, no obstante, algo de pesca. Era allí excelente. El paisaje costero del mar Rojo me recordaba mucho el de las riberas de nuestro mar Caspio. Durante este viaje marítimo sostuvimos muchas conversaciones privadas muy provechosas. Por lo pronto, se respiraba allí mucho mejor que en el desierto que rodea Asuán.

Vititamos Luxor, la antigua capital del imperio egipcio, con sus monumentos históricos que tendríamos que salvar de la inundación de terrenos provocada por la presa de Asuán [11].

11. El salvamento de los monumentos arquitectónicos y escultóricos del antiguo Egipto ante el peligro de ser sumergidos para siempre por las aguas de la presa, fue por supuesto una operación internacional a gran escala.

Visitamos también diversas fábricas, algunas ya en funcionamiento, de las que se habían construido con nuestro apoyo y cooperación. Recuerdo que me mostraron una de productos farmacéuticos que habíamos financiado nosotros. En los viejos tiempos, los egipcios, pueblo pobre, habían estado pagando ingentes sumas de dinero a los ingleses por el suministro de medicamentos, y ahora serían capaces de producirlos por sí mismos y mucho más baratos.

Sabía la suficiente geografía para darme cuenta de que la tierra a ambos lados del valle del Nilo era desértica, mas quedé sobrecogido cuando volé sobre esos territorios y pude ver desde el aire la confluencia de la franja de verdor, que era la vida, y la inmensa extensión árida del desierto, que era la muerte. No pretendo competir con las personas dotadas con el maravilloso don de la descripción, mas a pesar de todo no me resisto a ofrecer mi propia impresión de Egipto. No obstante el clima, tan duro que jamás podremos acostumbrarnos a él, con su atmósfera abrasadora y enervante, el país es rico y hermoso. Cuando siendo niño estudiaba yo las Escrituras en la escuela parroquial, el cura solía enseñarnos ilustraciones mientras nos contaba historias acerca del paraíso. El valle del Nilo me recordaba mucho el cuadro que del cielo me había forjado en mi niñez. Es una campiña muy rica en toda clase de fabulosas bellezas naturales, con el verde jugoso de su vegetación y sus pájaros exóticos.

Un detalle interesante de mis anfitriones egipcios era que se abstenían de beber toda clase de licores. Ya sabía, naturalmente, que los musulmanes tienen prohibida la bebida por su religión, mas no todos los mahometanos cumplen el precepto de su profeta. No obstante, me encontré con que en los banquetes solamente se servían zumos de frutas. Deliciosos y estupendos para apagar la sed. Estaban hechos de las más diferentes frutas. Sin duda constituían el mejor alivio del terrible calor; me gustaría expresar aquí mi gratitud al profeta por su sabiduría al establecer la prohibición de beber sustancias alcohólicas.

Mucho me impresionó el tremendo prestigio de Nasser como líder entre el pueblo egipcio. A donde quiera que fuésemos se le aclamaba entusiásticamente con gritos de «¡Nasser! ¡Nasser! ¡Nasser!» Aunque me quedé un poco preocupado por su salud. Durante una de las excursiones con él —creo que fue por las afueras de Alejandría—, súbitamente sintió que se desmayaba. Hizo detener el automóvil. Con los ojos en blanco yacía echado en el asiento posterior. Se excusó y regresó a Alejandría, pero insistió en que nosotros continuásemos el recorrido. Amer estaba casi siempre con nosotros. Nasser y él eran los más íntimos amigos. Tenían sus residencias muy próximas y sus respectivas familias vivían juntas como una sola. Sus hijos jugaban entre sí. Me agradaba ver a aquellos dos excelentes amigos, ambos personas inteligentes y de buen juicio, trabajando unidos por elevar a Egipto desde su primitiva pobreza al estadio de sociedad progresiva y economía próspera.

Cuando Nasser y Amer me llevaron a recorrer el territorio, pude ver que los campesinos intentaban, lo mejor que podían, poner en explotación sus parcelas de tierra y que el gobierno estaba intentando crear condiciones más humanas para la población de las localidades rurales. Mas mi impresión general entonces fue la de que las reformas agrarias en curso no se basaban en ningún principio avanzado de organización revolucionaria. Naturalmente me cuidé mucho de exteriorizar mis observaciones. Como huésped que era, debía ver y oír, no ofrecer consejos que no se me pidieran. A pesar de todo, no podía evitar el hacer comparaciones entre las dificultades egipcias y los notables éxitos que nosotros estábamos obteniendo en nuestras campañas agrícolas en ciertas partes de las Repúblicas del Asia central tales como Uzbekistán, Turkmenistán y Tadjikistán. Pensando en la ventaja de la apertura y roturación de nuevas tierras, sentía una verdadera necesidad de contarle a Nasser lo que pensaba.

Pocos días después, Nasser y yo nos reunimos a comer en su casa de campo de Aleanjdría. Suscité el tema con muchas precauciones. He olvidado si le llamé camarada Nasser o señor presidente, pero me acuerdo muy bien del meollo de lo que le dije:

—Tengo unas cuantas ideas que me gustaría compartir con usted, si bien me produce cierta vacilación el hacer comentarios de asuntos que son enteramente de ustedes.

—Adelante, dígame lo que tenga que decir.

—He estado pensando sobre las tierras que van a poner en cultivo cuando empiece a funcionar la presa para irrigación.

—Bien, ¿y qué pasa con ellas? Vamos a desarrollar un plan de parcelación y distribución entre el pueblo. Hasta ahora existe una terrible carencia de terrenos para nuestros campesinos.

Esto no era nada nuevo para mí. Decidí lanzarme un poco más.

—Desde luego que tienen ustedes entre manos un gigantesco proyecto que les va a reportar grandes ventajas. Pero permítame que le haga algunas observaciones. Le ruego anticipadamente que no se ofenda. Me doy cuenta de que no resulta muy propio de mí, como huésped, abusar de su indulgencia de esta manera. Son meras ideas mías que en absoluto pueden forzarle. Le ruego sencillamente que me escuche y luego será cosa suya aceptar o no mis consejos.

—Continúe, por favor —repuso—. Le escucho.

—Si yo estuviera en su lugar, no parcelaría las tierras distribuyéndolas entre campesinos individuales. En lugar de eso, constituiría explotaciones agrícolas estatales —lo que nosotros llamamos empresas agrícolas del Estado soviético. Nuestra experiencia con este sistema ha sido muy amplia en las Repúblicas del Asia central, donde el clima y las condiciones del suelo son perfectamente comparables a las de aquí. Estamos llevando adelante enormes proyectos de desarro-

llo agrícola en estepas estériles. Hemos decidido no constituir explotaciones colectivas, sino más bien fundar allí comunidades de tipo urbano con todos los servicios necesarios para cubrir las necesidades diarias de los campesinos, desde escuelas hasta barberías. Esto requiere, naturalmente, enormes desembolsos e inversiones de capital, mas nuestra experiencia ha demostrado que tres o cuatro buenas cosechas son suficientes para recuperar la inversión efectuada en cada granja estatal. Le garantizo que el sistema de granjas estatales les produciría un extraordinario rendimiento económico. Y espero que no se ofenda si le digo algo más. Cuando iba a la escuela en los viejos días prerrevolucionarios, solíamos ver grabados que representaban el sistema de irrigación utilizado en Egipto en tiempos de Ramsés primero. Por lo que he visto ahora, yo diría que Egipto sigue empleando hoy exactamente el mismo sistema, bajo Nasser primero, después de millares de años. ¿Por qué? Pues porque un hombre, trabajando una parcela pequeña de tierra, posiblemente no pueda hacer frente a los gastos de instalación de una bomba en su pozo, como tampoco adquirir una máquina sembradora o una embaladora de algodón. La gran envergadura de estos equipos modernos haría que ni tan siquiera tuviesen espacio suficiente para moverse en una parcela minúscula de tierra. Me doy cuenta de que si distribuye la tierra, los campesinos lo aceptarán e incluso le deificarán por su progresismo y generosidad. Mas usted se verá incapacitado para introducir la tecnología en sus reformas agrícolas porque el empleo de la moderna maquinaria no es necesario ni siquiera factible en fincas de poca extensión. Créame, si distribuye la tierra en pequeñas extensiones a los campesinos individuales, el labrador egipcio seguirá siendo tan esclavo de su tierra como lo ha sido durante siglos.

Nasser me escuchó con atención y luego dijo:

—Me temo que lo que usted está sugiriendo sea para nosotros sencillamente imposible. No tenemos los especialistas necesarios ni los planificadores que requeriría la implantación de un sistema de granjas estatales. Y está además el problema de la corrupción administrativa. No podríamos, sencillamente, establecer suficientes controles para evitar desfalcos o manejos de mercado negro, y, como consecuencia, el sistema nos llevaría a una tremenda pérdida.

—Bien —repuse—, a ustedes les toca decidir. Yo le acabo de exponer mi parecer. Usted conoce a su gente mejor que yo, y mejor que yo sabe del potencial y de los problemas de su economía. Pero en cuanto al control de la posible corrupción, puedo decirle que también nosotros nos hemos tenido que enfrentar con bastantes casos de ratería, pero que nos las hemos arreglado en definitiva para mantener el sistema sometido al necesario control. Y en cuanto a los especialistas, puede sencillamente tomarlos de entre los oficiales de su ejército. Envíenolos a la Unión Soviética. Les dejaremos trabajar durante un año en nuestras propias granjas estatales para que puedan aprender allí el sistema

mientras aquí se termina la presa de Asuán. De esa manera quedarán ustedes en condiciones de iniciar el máximo desarrollo de sus tierras sin pérdida de tiempo para cuando la presa se termine y se abran las nuevas extensiones al cultivo.

Sobre el tema de la irrigación le conté lo que había visto en cierta ocasión en que visité, por invitación de De Gaulle, una finca francesa cerca de la frontera con España. Me había quedado asombrado de lo fértil que era. Me extasié contemplando el funcionamiento de su sistema de riego. El agua discurría canalizada por unas acequias revestidas de cemento para que no hubiese filtraciones. Las pendientes del trazado estaban cuidadosamente calculadas para poder controlar el nivel del agua, y todo el sistema estaba mecanizado. Me impresionó tanto, que ulteriormente envié a Francia a nuestros propios ingenieros para estudiar aquel sistema [12]. Dije a Nasser que el método de riego francés podría ser muy eficaz en Egipto y fácil de introducir. Pude observar que me prestaba más atención cada vez y que comenzaba a hacerme preguntas.

Pocos días después íbamos en auto desde el palacio en que yo estaba alojado a la casa de campo de Nasser. Se dirigió a mí, sonriente, y me dijo:

—¿Sabe, camarada Kruschef, que he estado pensando en la conversación que tuvimos el otro día? He comentado el asunto con Amer. La oferta que nos hizo resulta muy tentadora y ahora veo que nos sería muy beneficioso tomarle la palabra. También sería ventajoso para ustedes.

—Si creen ustedes que lo que sugerí pudiera constituir una vía progresista que pudieran seguir, mi viaje aquí me resultaría compensado con creces.

—Le manifesté que, para consumar la revolución, los dirigentes egipcios deberían tomar a todos los campesinos que pretendían cultivar su propia parcela minúscula con aperos primitivos y técnicas anticuadas, e integrarlos en amplias unidades administrativas: colectivizarlos, en otras palabras. Añadí que sabía muy bien lo difícil que era semejante tarea. Nosotros habíamos tenido nuestras propias dificultades cuando la agricultura en la Unión Soviética se colectivizó —y cuando digo «dificultades», la expresión es un eufemismo—. Mas una vez que Egipto pusiese todas las tierras bajo el control estatal, podrían organizar a los campesinos en cooperativas y constituir explotaciones estatales. Desde ese momento en adelante se desenvolverían con facilidad y beneficiosamente. Más adelante averigüé por los periódicos que Nasser había puesto en práctica la idea de la que él y yo habíamos hablado. Una delegación egipcia vino, en efecto, a la Unión Soviética para estudiar el sistema de explotaciones estatales. Me alegró mucho leer que mi consejo había sido seguido siendo válido incluso des-

12. En esta genuina admiración y entusiasmo por el sistema de riego francés de los Pirineos, muestra Kruschef su lado más vivaz y simpático, que no aparece en esta narración tan a menudo como debiera.

pués de mi retirada del cargo que había ostentado durante mi visita a Egipto. Lo que probaba que Nasser, al manifestar interés en mi oferta, no es que hubiere cedido ante el puesto que yo desempeñaba; debió quedar realmente convencido de la sabiduría de mi consejo.

En resumen: creo que nuestra política con Egipto fue incuestionablemente justa y que ha rendido ya toda una serie de frutos apreciables. Sigo convencido de que mis propios juicios fueron acertados, a pesar de las quejas de esos granujas, esos canallas de miras estrechas, que tanta polvareda levantaron intentando envenenar las tranquilas aguas de nuestras relaciones con Egipto [13].

Egipto se encuentra hoy en graves apuros. Recuerdo mi última conversación con el presidente Nasser durante la visita de 1964. Me explicó que tenía entre manos una penosa situación dentro del país y dentro del mundo árabe. Me dijo que las heridas infligidas al pueblo árabe con la creación del Estado de Israel jamás cicatrizarían porque los árabes habían sido arrojados de sus territorios y se encontraban en graves dificultades tanto económicas como políticas. Antes de mi retirada tuve ocasión para pronunciar de vez en cuando discursos y alocuciones contra la política agresora de Israel. Todas mis simpatías estaban de parte de Nasser.

Yo no tengo la menor duda de que fue Israel quien inició la guerra contra Egipto [en 1967] y estimo que sólo se trata de una argucia propagandística cuando los israelitas dicen estar dispuestos a entrar en negociaciones directas con Egipto para elaborar un acuerdo negociado del conflicto. En realidad, desde la guerra, Israel ha adoptado una postura cada vez más agresiva y busca la oportunidad de emplear sus medios militares para destruir las fuerzas armadas egipcias y obligar a Egipto a firmar un tratado de paz en los términos impuestos por Israel.

Hay, sin embargo, un par de cosas, ocurridas antes del ataque de Israel a Egipto, que no acabo de entender. No me resulta nada claro por qué Egipto solicitó que U Thant retirase las tropas de las Naciones Unidas de la frontera entre Israel y Egipto. Tales fuerzas constituían un factor de disuasión para los agresores israelíes. Colaboraban en la neutralización de la amenaza de un choque a lo largo de la frontera. Recuerdo que nosotros votamos en favor del envío de una fuerza pacificadora de las Naciones Unidas al Medio Oriente para impedir que estallase la guerra entre ambos Estados hostiles, Egipto e Israel. Me resulta sencillamente incomprensible que Egipto solicitase la retirada de esas fuerzas.

Tampoco puedo entender qué objetivo creía Egipto perseguir cuando cerró el canal de Suez, que era la principal vía marítima utilizada por Israel para pasar del Mediterráneo al mar Rojo.

13. Este repentino y sorprendente estallido de amargura se refiere evidentemente a algún conflicto interno en el Kremlin del que nada sabemos.

Israel supo aprovecharse de estas acciones de Egipto. Los agresores israelitas se apoderaron de territorios egipcios y siguen explotándolos hoy, con lo que hacen las cosas muy difíciles a Egipto.

Y otra cosa: si Egipto estaba preparado para una guerra contra Israel, ¿por qué fue capaz Israel de aplastar al ejército egipcio en seis días?

Todas estas preguntas me confunden, y no tengo idea de cuáles pueden ser las respuestas porque yo ya estaba retirado cuando se produjeron los acontecimientos en cuestión. Todo lo que sé es que, durante el período en que nos ocupamos activamente del Oriente Medio, pusimos en práctica una política que fue leninista en espíritu. Nuestra política ya ha rendido sus frutos en favor del pueblo soviético y de los pueblos de todos los países del mundo que creen en la coexistencia pacífica y en la autodeterminación.

17

Las crisis de Berlín

Se nos ofrece aquí una panorámica, vista desde Moscú, de un asunto bien conocido de todos: el conflicto de Alemania contemplado a través de los ojos de Kruschef. De particular interés resulta el relato del enfrentamiento armado entre las fuerzas soviéticas y americanas que tuvo lugar en la época en que se levantó el muro de Berlín, al que Kruschef se refiere cuando habla de «establecimiento de control fronterizo». Kruschef engarza la cronología de las dos crisis de Berlín: la primera se produjo en noviembre de 1958, cuando Moscú dio a las potencias occidentales seis meses para evacuar Berlín; la segunda tuvo lugar en 1961, después de la reunión que habían celebrado en Viena Kruschef y el presidente Kennedy, de la que aquél sacó la equivocada impresión de que podría intimidar al nuevo presidente americano.

DESPUÉS del aplastamiento de Hitler, la Alemania del Este y la del Oeste eligieron sistemas políticos diferentes. La Alemania oriental se decidió en favor de la construcción del socialismo y la occidental siguió la ruta del capitalismo [1].

Cuando comenzamos a enfrentarnos con el problema del Berlín occidental, al morir Stalin, nos dimos cuenta de que el acuerdo que había liquidado el bloqueo del Berlín Oeste [1948-49] era injusto [2]. El mundo occidental se las había arreglado para explotar la tensión originada por el bloqueo y para imponer condiciones a la Alemania oriental que resultaban mucho más restric-

1. La Alemania oriental no tuvo posibilidad de elección. Quedó cerrada y precintada para Occidente por las tropas soviéticas, siendo gobernada por comunistas preparados en Moscú (Otto Grotewohl, Wilhelm Pick y Walter Ulbricht). Tres meses después de la muerte de Stalin, un levantamiento popular fue sofocado expeditivamente por los tanques soviéticos.

2. El bloqueo, salvado por el puente aéreo aliado, fue impuesto por los rusos para estrangular al Berlín occidental impidiendo el paso hacia él. Lo que quiere decir que las tensiones a que se hace referencia aquí fueron creadas por Stalin.

tivas y unilaterales incluso que las establecidas en el convenio de Potsdam. La situación internacional en toda Europa era muy inestable y por ello resultaba imposible la estabilización interior de la República Democrática Alemana [Alemania Oriental]. Alemania constituía una especie de barómetro. La más leve fluctuación de presión de la atmósfera política del mundo se reflejaba inmediatamente en ese punto donde las fuerzas de ambos bandos estaban en guardia, mutuamente enfrentadas.

Teníamos mucho interés en aliviar la tensión que se cernía peligrosamente sobre Berlín occidental y sabíamos que el único camino para hacerlo era concertar un tratado de paz con el Oeste. Lo cual planteaba un problema: ¿sobre qué base sería posible conseguir un acuerdo con las potencias occidentales? Era ya demasiado tarde para hablar de un tratado que reunificara Alemania, porque ni la del Este ni la del Oeste querían aceptar el sistema político-social de la otra parte. Entendíamos muy bien esto y lo aceptábamos. Pero, no obstante, deseábamos sinceramente encontrar los términos útiles y mutuamente beneficiosos para un tratado que estabilizara la situación, que asegurara luego la causa de la paz, respetando los derechos de todos los interesados. Estaba claro que la situación existente era peligrosa y también que ambas partes querían evitar una confrontación militar.

Por ello, llegamos a la conclusión de que teníamos que esforzarnos por conseguir un tratado de paz que consolidara la situación de Alemania tal y como había sido fijada en el acuerdo de Potsdam. Este implicaba una solución temporal que quedaba pendiente de la conclusión por parte de los aliados de un tratado de paz. Nuestra propuesta hubiera convertido en permanente, legitimándola, esa situación provisional de hecho. Pedíamos sencillamente que la otra parte reconociera que existían en Alemania dos estructuras político-sociales irreconciliables, el socialismo del Este y el capitalismo del Oeste. Solamente pedíamos el reconocimiento formal de dos Repúblicas alemanas, las cuales habrían de firmar el tratado separadamente. De acuerdo con nuestra propuesta, Berlín occidental gozaría de un estatuto especial como ciudad libre [3].

Estaba claro que algunas de las cláusulas del acuerdo de Potsdam resultaban ya anticuadas. En último extremo, lo que sí se hacía imprescindible era retocar el acuerdo en lo referente a la utilización del territorio de la Alemania del Este para el acceso al Berlín occidental. Aunque no fuese más que por respeto al Derecho internacional, Occidente debería haberse avenido a nuestra tesis a este respecto. Tal y como estaba la situación, las potencias occidentales sostenían su propia y enteramente unilateral interpretación del derecho

3. Esto se refiere a la crisis de 1958. Los rusos pedían mucho más que un reconocimiento formal de la división de Alemania. Pretendían la evacuación de las fuerzas aliadas de Berlín occidental.

de la República Democrática Alemana a controlar sus propias fronteras. El problema no había sido previsto por el acuerdo de Potsdam —omisión que Occidente estaba utilizando en beneficio de sus propios fines [4]—. Era ésta otra de las razones que exigía la firma de un tratado permanente de paz. Los justos derechos de la República Democrática Alemana estaban en juego. Aún hoy perdura la cuestión.

Las potencias occidentales rechazaron nuestra propuesta en favor del reconocimiento de dos Repúblicas alemanas. Como respuesta, hicimos la advertencia de que no tendríamos más remedio que iniciar unilateralmente los preparativos del tratado de paz y propusimos una fecha para la celebración de una reunión de los países que quisieran firmarlo. Advertimos también que si algunos países se negaban a suscribirlo, el resto seguiría adelante hasta concertar el tratado con la República Democrática Alemana. Y en tal caso nos veríamos obligados a actuar de acuerdo con los términos del nuevo tratado en las cuestiones que de él se derivaran, entre ellas el asunto del acceso al Berlín occidental.

Mientras tanto, Walter Ulbricht y los demás camaradas de la República Democrática se estaban enfrentando con serias dificultades derivadas directamente del ambiguo estatuto de Berlín Oeste. Esta era una ciudad abierta, que planteaba dos problemas: en primer lugar estaba la cuestión de la gente que cruzaba del Berlín Este al Oeste. La República Democrática tenía que habérselas con un enemigo muy poderoso económicamente y, por ello, muy atrayente para los propios ciudadanos del Este. Aparte de que la Alemania occidental resultaba más tentadora por la facilidad que suponía el idioma común. Un alemán oriental con la debida preparación profesional no tenía ninguna dificultad para encontrar colocación si se trasladaba al Oeste. La sangría de mano de obra que resultaba de tal situación estaba creando un estado de cosas en la República Democrática sencillamente desastroso, el país estaba ya aquejado de falta de brazos en general, y no digamos de mano de obra especializada. Si las cosas hubieran continuado así por mucho tiempo, no sé lo que hubiera ocurrido. Yo empleaba mucho tiempo procurando encontrar una salida. ¿Cómo podríamos introducir unos incentivos en la República Democrática que contrarrestasen la fuerza que motivaba el éxodo de los jóvenes orientales hacia Alemania occidental? Esta cuestión de los incentivos era importantísima. ¿De qué manera podríamos crear en la República Democrática las condiciones que hicieran factible al Estado reglamentar ese continuo desgaste de su fuerza laboral? [5]

4. El acuerdo de Potsdam no había previsto la forzada y permanente división de Alemania.

5. Kruschef pasa ahora a la gestación de la crisis de 1961. En julio, la corriente de refugiados que pasaban de la Alemania del Este a la del Oeste había llegado a alcanzar pro-

El segundo problema era el del fácil acceso de los berlineses occidentales al Berlín Este. Los occidentales podían cruzar libremente al Berlín Este, donde se aprovechaban de toda clase de servicios comunales, como las barberías y otros. Puesto que los precios eran mucho más bajos en el Berlín Este, los occidentales compraban toda clase de productos, tales como carne, grasas animales y otros comestibles, de los que había gran demanda, a consecuencia de ello la República Democrática estaba perdiendo millones de marcos.

Desde luego que estos problemas no se hubieran resuelto aunque tuviésemos un tratado de paz, pues en éste se hubiera estipulado también un estatuto especial para Berlín como ciudad abierta, con lo que sus puertas hubiesen seguido de par en par.

Tuve ocasión de discutir estos problemas con el camarada Ulbricht y los demás dirigentes de otros países del pacto de Varsovia. Puse de manifiesto que Ulbricht llevaba sobre sus hombros una carga especialmente pesada. Todos los demás países tenían sus propias leyes, sus propios derechos fronterizos, y eran libres de decidir por sí mismos su política interior y exterior en interés de sus pueblos respectivos. Pero la República Democrática de Alemania no gozaba de aquellos derechos ni de esta libertad.

Los problemas económicos de la República Democrática se aliviaron considerablemente con el establecimiento del control de fronteras entre el Este y el Oeste de Berlín [6]. El mismo camarada Ulbricht me dijo que la economía de su país comenzó a mejorar inmediatamente después del establecimiento del control fronterizo. La demanda de productos alimenticios en el Berlín oriental descendió desde el momento en que los berlineses occidentales ya no pudieron hacer compras allí. Esto significaba que las disponibilidades de productos de consumo eran ya asequibles sólo para los ciudadanos orientales.

Además, el establecimiento del control de fronteras en Berlín tuvo un efecto muy positivo sobre la conciencia del pueblo. Les dio ánimo y les recordó que la tarea de construcción del socialismo constituía un reto de una importancia tan grande y duradera que empequeñecía el fenómeno temporal de la propaganda de la Alemania del Oeste que se había empleado en tentar a los alemanes orientales a pasarse al lado del capitalismo. El control de frontera restableció el orden y la disciplina en las vidas de los alemanes orientales (y los alemanes siempre han apreciado la disciplina). Viendo que su gobierno había asegurado el control sobre sus propias fronteras, los alemanes orientales se veían animados con la solidez y la fortaleza de su Estado.

---

porciones monstruosas (diez mil por semana) y la economía alemana oriental, en consecuencia, estaba siendo sometida a un esfuerzo imposible de soportar.

6. La frase «establecimiento del control de fronteras» se refiere al muro de Berlín, iniciado el 13 de agosto de 1961.

Hubo, desde luego, algunas dificultades. Los berlineses orientales que tenían empleo en Berlín Oeste se vieron sin trabajo de la noche a la mañana. No obstante, nunca llegó a plantearse ningún problema de desempleo. Por el contrario, la mayor parte de los afectados eran obreros de la construcción, de los que existía verdadera necesidad en Alemania oriental. A todos se les dieron las colocaciones apropiadas a sus aptitudes.

Se produjeron algunas tentativas ilícitas de cruzar la frontera hacia el Oeste, produciéndose ciertos incidentes a lo largo de ella, algunos con consecuencias desagradables. Consecuencias que eran de esperar. Los guardias fronterizos estaban obligados a usar los medios que se habían puesto a su disposición para evitar precisamente la violación de la frontera [7]. Tales incidentes fueron explotados por Occidente, desquiciando por completo sus proporciones.

Sé que hay críticos, especialmente en las sociedades burguesas, que afirman que ignoramos la voluntad de la población de la Alemania del Este cuando reforzamos su soberanía mediante el cierre de fronteras. Sé también que hay personas que proclaman que los alemanes orientales están presos en el paraíso socialista, cuyas puertas guardan tropas armadas. Soy consciente de que existen algunos defectos, pero en todo caso son necesarios y de orden solamente temporal. Siempre hemos deseado crear en la República Democrática las condiciones a que aspiran sus ciudadanos. Si el país hubiera alcanzado plenamente el potencial moral y material de que algún día será dotado por la dictadura del proletariado, existiría sin restricciones la posibilidad de entrada y salida entre el Berlín Este y Oeste. Desgraciadamente, la República Democrática Alemana —y no sólo ella— no ha alcanzado todavía el nivel de desarrollo moral y material en el que es posible competir con Occidente. Y la razón es sencillamente la de que Alemania occidental posee un mayor potencial económico y por ello más bienes materiales que la República Democrática. Desde luego que alguno de nuestros comunistas más inteligentes protestará diciendo: «¡No, usted está infravalorando nuestros logros!», y cosas por el estilo. Bien, pero contemplemos las cosas serenamente. Si tuviéramos a nuestra disposición mayor potencialidad material y por ende una mayor y mejor posibilidad de subvenir a nuestras necesidades, no hay duda de que nuestro pueblo estaría contento con lo que pudiera tener y ya no cruzaría la frontera hacia el Oeste en número tan elevado que supusiera una sangría que llegara a amenazar a un Estado como la República Democrática Alemana [8].

7. Los guardias fronterizos, en la mayor parte de los países, tienen la misión específica de impedir que entren los extranjeros indeseables, y no la de mantener dentro a sus conciudadanos.

8. Dice mucho en favor de Kruschef la franqueza que emplea al admitir esas consideraciones. Denota un nuevo estilo en las manifestaciones de los políticos soviéticos.

Yo soñaba con crear en Alemania unas condiciones que hicieran posible que la República Democrática se convirtiera en un verdadero escaparate de realizaciones morales, políticas y materiales, todas desplegadas para que las viera y las admirara el mundo occidental. Mi esfuerzo por inducir a nuestros antiguos aliados a firmar un tratado de paz y normalizar con ello las relaciones entre nuestros Estados, se basaba parcialmente en el objetivo de hacer posible el comercio, el intercambio cultural y el turismo.

Incluso aunque fuésemos capaces de crear en la República Democrática las condiciones que sus ciudadanos desean, aún tendríamos que proteger sus fronteras. Introduciríamos tanta libertad como permitieran las circunstancias materiales, pero naturalmente bajo la dictadura del proletariado no puede existir una libertad absoluta. En cuanto a otros países que se jactan de sus libertades, si analizamos cuidadosamente esas sociedades, nos encontraremos que tampoco ellos tienen algo parecido a la libertad absoluta. Para sentir la limitación, la opresión o la esclavitud moral, el hombre tiene que tener un concepto muy desarrollado y refinado de lo que la libertad humana es en realidad. La mayor parte de la gente mide todavía su libertad o falta de libertad en términos de la cantidad de carne o patatas, o de la clase de calzado, que puede obtener por un rublo [9].

Cuando establecimos el control de fronteras en la República Democrática, en buena medida lo hicimos confiando en nuestras fuerzas armadas estacionadas en Alemania desde la terminación de la guerra. Pero incluso cuando adoptamos las medidas convenientes para proteger los intereses de nuestros camaradas alemanes, no por ello retiramos nuestra propuesta de legitimación de las fronteras existentes y de garantía de la neutralidad y autodeterminación del Berlín Oeste como ciudad libre. Pero Occidente rechazó de nuevo nuestra oferta, pidiendo ellos ahora que desapareciera la frontera que nosotros habíamos establecido. Las potencias occidentales amenazaron con recurrir a la fuerza. Afirmaron que usarían tractores con pala para derribar las barreras que habíamos levantado. Diciendo que si era necesario respaldarían estas medidas con la fuerza militar, añadiendo que iban a tomar a su cargo como cosa propia el establecimiento de las condiciones que permitieran el libre paso en ambos sentidos entre el Berlín Este y Oeste.

Efectivamente, habíamos levantado a lo largo de la frontera unas estructuras que creíamos sólidas, pero a pesar de ello algunos camiones, lanzados contra ellas, consiguieron pasar al Berlín occidental. Para que tales hechos no se volviesen a repetir, se reforzaron las construcciones oportunas en los puntos correspondientes.

9. Estas observaciones filosóficas sorprenden también por su tono, que no es el habitual.

Si las potencias occidentales querían, podían seguir adelante y montar una provocación. Una acción de este tipo por su parte hubiera traído desde luego consecuencias muy graves. Afortunadamente, en la prensa americana iban a aparecer artículos, escritos con un poco de sentido común al menos, sobre los riesgos que implicaba intentar resolver la situación a que se había llegado por medios militares.

Dimos por supuesto que Occidente no querría iniciar una guerra, y nuestra suposición resultó ser acertada. Hubiera sido una verdadera estupidez iniciar una guerra sobre el asunto de Berlín. No había razones para hacerlo. El establecimiento por nuestra parte de un control de fronteras en la República Democrática no daba a Occidente ni derecho ni pretexto para resolver la disputa planteada por medio de la guerra.

En esta época estaba en la Casa Blanca el presidente Kennedy. Yo me había entrevistado con él en Viena no mucho antes de que los acontecimientos de Berlín llegasen a su punto culminante. Me dio la impresión de ser un estadista de más talla que Eisenhower. A diferencia de lo que ocurría con éste, Kennedy tenía de todos los asuntos una opinión precisa. Bromeé con él diciéndole que en su elección para la presidencia habíamos sido nosotros los que le habíamos dado el voto decisivo con el que acababa de triunfar sobre ese hijo de perra, Richard Nixon. Cuando me preguntó qué quería decir con esto, le expliqué que al esperar nosotros para liberar al piloto del U-2, Garry Powers, a que hubieran pasado las elecciones americanas, evitamos que Nixon pudiera proclamar que sabía cómo tratar con los rusos; nuestra dilación supuso al menos medio millón de votos, que habían sido los que dieron a Kennedy el margen que necesitaba.

En realidad, yo ya me había encontrado con Kennedy dos años antes, con ocasión de mi visita a América, cuando Lyndon Johnson me presentó al joven senador en una recepción que dio en mi honor el Comité de relaciones exteriores del Senado. Kennedy me llegó a impresionar. Recuerdo que me agradó su rostro, que a veces estaba serio pero que a menudo se distendía con una sonrisa muy natural. En cuanto a Nixon, le conocía demasiado bien de épocas pasadas. Había sido un títere de [Joseph] McCarthy hasta que la estrella de éste empezó a declinar, momento en el que Nixon le volvió la espalda. De manera que era un muñeco sin principios, o sea, de la clase más peligrosa. Yo estaba muy contento de que Kennedy hubiese ganado las elecciones y, en general, me agradó nuestro encuentro de Viena. Aunque no llegamos a ningún acuerdo concreto, yo diría que él tenía interés en encontrar una solución pacífica a los problemas del mundo y en evitar un conflicto con la Unión Soviética. Era una persona razonable y creo que sabía que nada sería justificación suficiente para iniciar una guerra por Berlín.

Sin embargo, Kennedy decidió hacer una demostración de su fuerza. Reforzó la guarnición americana y designó a un general llamado Clay para tomar el mando de las fuerzas occidentales en Berlín. Parecía que Kennedy retrasaba el reloj a la época inmediatamente siguiente a la segunda Guerra Mundial [10].

La prensa burguesa comenzó a lanzar su propaganda contra nosotros. En esas fechas nosotros estábamos para iniciar el XXII Congreso del Partido. Decidimos aceptar el desafío que Kennedy había lanzado. Por nuestro servicio de información sabíamos los pasos que los occidentales estaban dando para intensificar su concentración de tropas en Berlín y, consiguientemente, aprestamos a nuestra propia guarnición. Designamos al mariscal Konev comandante en jefe de nuestras tropas en Berlín. Habíamos recogido el guante y estábamos listos para el duelo.

Debería dejar en claro que nuestra designación del mariscal Konev fue en realidad más «administrativa» que propiamente efectiva y tenía por objeto demostrar a los occidentales que nosotros examinábamos la situación con tanta seriedad como ellos [11]. El comandante en jefe que teníamos en Berlín, de menor graduación que Konev, siguió en su puesto mientras que aquél nos informaba en Moscú. El hecho de que Konev pasara la mayor parte del tiempo en Moscú prueba que no esperábamos en realidad que la confrontación llegase al punto de un conflicto militar a gran escala.

Konev nos comunicó que había sabido por el servicio secreto el día y la hora en que las potencias occidentales iban a iniciar su acción contra nosotros. Estaban preparando tractores de pala para derribar nuestras instalaciones y barreras. Aquellos serían seguidos por carros de combate y varias oleadas de «jeeps» con personal de infantería. La acción estaba prevista para que coincidiera con la apertura del XXII Congreso del Partido.

Llevamos a cabo las oportunas consultas y preparamos anticipadamente lo que habría de ser nuestra respuesta. Concentramos nuestras unidades de infantería en calles secundarias cerca de los puntos de control, a lo largo de la línea de demarcación. Durante la noche trajimos también nuestros tanques y los estacionamos en los alrededores. Hecho esto, no quedaba sino esperar y ver cuál sería el siguiente paso de los occidentales.

Konev nos informó entonces de que los tractores, tanques y «jeeps» americanos se habían movido y apuntaban en dirección a nuestros puntos de control.

10. El general Lucius Clay, que había sido comandante en jefe del sector americano durante el bloqueo de Berlín. Es cierto que se había hecho retroceder a las manecillas del reloj. Pero, ¿por quién?

11. El mariscal I. S. Konev ha abandonado recientemente el mando de las fuerzas del pacto de Varsovia. Su destino falso, o «administrativo», constituyó un ejemplo interesante de baladronada soviética.

Nuestros hombres esperaban con calma y no hicieron ningún movimiento, ni siquiera cuando los tractores, con sus grandes palas, se acercaron hasta la misma línea. Justamente entonces, y todos a la vez, nuestros tanques salieron de las calles laterales y avanzaron en dirección a los carros americanos.

Los tractores y carros de combate americanos se detuvieron. Los «jeeps» continuaron avanzando, se adelantaron a aquéllos y cruzaron la frontera adentrándose en el Berlín Este. No intentamos detenerlos porque, de acuerdo con determinadas cláusulas del tratado de Potsdam, los vehículos militares aliados estaban autorizados para cruzar de una zona a otra de Berlín. Por esta razón, levantamos las barreras y dejamos pasar a los «jeeps» americanos. Cuando ya habían sobrepasado ligeramente los puestos de control, los americanos vieron a nuestras tropas estacionadas en las calles laterales y a nuestros tanques avanzando hacia ellos. Dieron media vuelta en sus «jeeps» y se apresuraron a regresar al Berlín Oeste.

Los tanques y tropas de ambos bandos pasaron la noche alineados frente a frente, separados por la línea de demarcación. Eran los últimos días de octubre y hacía frío. Pasar toda la noche sentados en fríos bancos de metal, debió ser una fortificante experiencia para las dotaciones de nuestros tanques. A la mañana siguiente, el mariscal Konev nos informó que tanto los tripulaciones de nuestros carros como las de los americanos habían descendido de ellos para calentarse, pero que las bocas de sus cañones habían seguido apuntándose mutuamente por encima de la raya de separación.

Después de recibir el informe de Konev, propuse que nuestros tanques dieran media vuelta, se retiraran de la frontera y volvieran a tomar sus posiciones en las calles laterales. Luego esperaríamos para ver qué sucedía. Aseguré a mis camaradas que tan pronto como retiráramos nuestros tanques, los americanos retirarían los suyos. Ellos habían tomado la iniciativa al avanzar hasta la línea fronteriza en primer lugar, y por ello, por así decirlo, se encontrarían abocados a una difícil posición moral si les forzábamos a volver la espalda bajo la amenaza de nuestros cañones. Así es que decidimos tomar nosotros la iniciativa en este momento y conceder a los americanos una oportunidad de retirarse en cuanto la amenaza de nuestros tanques hubiese desaparecido. Mis camaradas estuvieron de acuerdo conmigo. Les dije que creía que los americanos retirarían sus carros veinte minutos después de que hubiésemos hecho desaparecer los nuestros. Ese sería el tiempo que necesitaría el comandante de las unidades para informar de nuestro movimiento y recibir órdenes de la superioridad sobre lo que debería hacer.

Konev ordenó a nuestros carros de combate retirarse de la frontera. Nos hizo saber que, como habíamos esperado, los americanos sólo tardaron veinte minutos en responder.

De esta manera los occidentales habían tenido ocasión de comprobar nuestro nervio, tocándonos con las bocas de sus cañones, y nos habían encontrado listos para aceptar su desafío. Se convencieron de que no podrían asustarnos. Creo que fue una gran victoria para nosotros y que la ganamos sin disparar un solo tiro [12]. Rehusando retroceder ante la intimidación de Occidente, garantizamos entonces el derecho de la República Democrática de Alemania a controlar su propio territorio y sus fronteras. Teníamos buenos motivos para celebrar esta victoria moral y material, pues habíamos obligado a los occidentales a reconocer los derechos no escritos de la República Democrática.

12. De todos modos, los aliados occidentales se abrieron paso a través del muro. Aunque sus tropas permanecieran en Berlín occidental.

18

Mao Tse-tung y el cisma

En este relato, tan personal y anecdótico, de las relaciones de Kruschef y Stalin con Mao Tse-tung, no hay nada que contradiga la reconstrucción admitida en Occidente de la génesis y desarrollo de la ruptura chino-soviética, y sí mucho que la confirme. Kruschef no añade gran cosa que digamos a la trama de la historia (por supuesto que se deja en el tintero mucho de lo que sabemos). Se centra en los aspectos personales del gran cisma —ya se considere primordialmente como conflicto ideológico, ya como pugna de intereses entre dos grandes potencias—y en sus efectos de verdadero cataclismo para el movimiento comunista mundial. Nos da, sin embargo, nuevos y valiosos atisbos de la amargura del conflicto y, sobre todo, su propia visión emocional de todo el asunto. Está claro que a Kruschef, como le ocurre a la mayoría de los rusos, el carácter chino le pareció y le sigue pareciendo incomprensible y desagradable en extremo. Es patente el esfuerzo que le cuesta contenerse y cómo tiene que vencerse a sí mismo para distinguir entre Mao y sus seguidores, de una parte, y el pueblo chino, de otra, del que con chocante falta de convicción declara que «son seres humanos como nosotros». Llega hasta nosotros el eco del viejo y tonante Kruschef, en el que un sentimiento oculto de temor hace estridente su desprecio por los métodos chinos.

La política es un juego y Mao Tse-tung lo ha jugado con astucia asiática, ateniéndose a sus propias reglas de halago, traición, venganza salvaje y engaño. Durante una serie de años, hasta que pudimos descubrir sus artimañas, nos estuvo engañando. Talleyrand dijo en cierta ocasión que la lengua le ha sido dada al diplomático para ocultar sus pensamientos. Lo mismo se podría decir del político, y Mao Tse-tung ha sido siempre un verdadero maestro en el arte de ocultar sus pensamientos e intenciones. Recuerdo perfectamente las palabras

que pronunció al finalizar el XX Congreso del Partido: «El camarada Kruschef nos ha abierto los ojos y nos ha ofrecido la luz para que pudiéramos ver. Al fin, nos ha contado la verdad. Nos reformaremos.» A pesar de lo cual, yo siempre estuve en guardia contra él. Hubiera podido decir cuándo sólo trataba de lisonjearnos.

Algunos años después de mi retirada empezó a circular la historia de que había sido yo el iniciador de la disputa entre la Unión Soviética y China. Ni siquiera me voy a molestar en refutar semejante calumnia. La historia ha demostrado ya lo absurdo de tal afirmación.

Desde la primera vez que me encontré con Mao, supe —y a sí lo manifesté a mis camaradas— que era un hombre incapaz de avenirse en buenos términos con cualquier otro Partido comunista de nuestro movimiento mundial que fuese de alguna manera superior al suyo propio. Jamás podría tolerarlo. Si Stalin hubiese vivido un poco más tiempo, nuestro conflicto con China hubiese salido a la luz del día antes y probablemente hubiese adoptado la forma de una absoluta ruptura de relaciones [1].

Stalin contempló siempre a Mao Tse-tung con ojos críticos. Empleaba un sobrenombre para Mao que, desde un punto de vista puramente marxista, le describe exactamente. Stalin solía decir que Mao era un «marxista de margarina», de pega *[pieschani marksist]*.

Cuando el ejército revolucionario de Mao se acercaba victorioso a Shanghai, su propio caudillo lo detuvo en su marcha y se negó a tomar la ciudad. Stalin preguntó a Mao:

—¿Por qué no la ocupas?

—Tiene una población de seis millones de habitantes —respondió Mao—. Si capturamos Shanghai, tendremos que alimentar a toda esa gente. ¿De dónde vamos a sacar esos alimentos?

Y ahora pregunto yo: ¿Es marxista esa forma de expresarse?

Mao Tse-tung se ha apoyado siempre en los campesinos y no en la clase obrera. Por eso no tomó Shanghai. No quiso asumir la responsabilidad del bienestar de los trabajadores. Con razón Stalin le criticaba por su desviacionismo del verdadero marxismo. Aunque lo cierto es que Mao consiguió la victoria apoyándose en el campesinado e ignorando a la clase obrera. Y no es que esa victoria

1. Esta es una tesis dudosa. Por supuesto que no había quedado resto alguno de afecto entre Stalin y Mao. Stalin había apoyado a Chang Kai-chek, lo que constituyó un insulto para Mao. Había dicho también a Mao, poco después de que éste alcanzase su victoria de 1948, que cualquier idea de revolución en China era prematura. Sin embargo, Mao le respetaba como nunca hubiese soñado hacerlo con Kruschef. Y Stalin nunca se hubiese dejado llevar por un sentimiento emocional de indignación como hizo Kruschef. Si Stalin hubiera vivido más tiempo, tarde o temprano Mao hubiese chocado con él, pero más bien después que antes.

constituyese ninguna especie de milagro, sino que ciertamente significó una quiebra de la filosofía marxista desde el momento en que fue obtenida sin contar con el proletariado. En suma, que Mao Tse-tung es un pequeño burgués cuyos intereses son y han sido siempre fundamentalmente ajenos a los de la clase trabajadora.

Después de la subida de Mao al poder, sus relaciones con Stalin pronto se hicieron tensas, tanto en el plano de la cooperación comercial e industrial como en el terreno ideológico. En cierta ocasión, Stalin concertó un convenio con China para la explotación conjunta de recursos mineros en Sinkiang. Fue un error por parte de Stalin. Incluso diría yo que constituyó un insulto para el pueblo chino. Franceses, ingleses y americanos habían estado explotando a China durante siglos, y ahora entraba en el juego la Unión Soviética. Tal explotación era mala cosa, pero no carecía de precedentes: Stalin había establecido ya otras compañías «conjuntas» en Polonia, Alemania, Bulgaria, Checoslovaquia y Rumania. Nosotros las liquidamos todas posteriormente.

Hubo otro incidente por el estilo. Stalin nos llamó a todos un día y nos preguntó si alguno sabía dónde se encontraban situadas las minas chinas de oro y diamantes. Por supuesto que ninguno de nosotros tenía la menor idea. Ni medio de llegar a saberlo. Y nos habituamos a bromear a hurtadillas sobre ese asunto, entre nosotros. Beria decía: «¿Sabes quién lo sabe?: Kozlovski [2]. Anda siempre cantando eso de "no puedes contar los diamantes"...» [de la ópera de Bizet *Los pescadores de perlas*]. A Beria le encantaba azuzar a Stalin diciéndole insistentemente que en China había enormes riquezas que Mao Tse-tung nos ocultaba y que si le concedíamos algún préstamo debiera darnos algo de ellas a cambio.

Cierto día estábamos reunidos en torno a Stalin intentando encontrar un medio para satisfacer las demandas de nuestra industria del caucho sin tener que comprarlo en bruto a los países capitalistas. Propuse la idea de conseguir que Mao nos permitiera establecer en China una plantación de caucho como compensación de nuestros créditos y asistencia técnica. Enviamos un telegrama a Mao exponiéndole este plan. Los chinos contestaron que, si les concedíamos un crédito, nos permitirían usar la isla de Hainan para nuestra plantación. Preparamos entre nosotros el texto del acuerdo, pero resultó que la zona de terreno que se nos iba a asignar era tan pequeña para el fin propuesto que desechamos la idea.

Por aquel entonces, Stalin se aficionó de repente a la piña americana en lata. Dictó inmediatamente un mensaje a Malenkov, que fue siempre una especie de criado para todo:

2. I. S. Kozlovski, el gran tenor ruso de la ópera del Bolshoi; aunque desconocido en Occidente, fue en su plenitud el más grande, quizá, de los tenores desde Caruso.

—Comunícales a los chinos que me gustaría que nos cediesen unos terrenos para construir una planta envasadora de piña americana.

Intervine para decir:

—Camarada Stalin, los comunistas acaban de acceder al poder en China. Ya hay allí demasiadas factorías extranjeras, ¡y ahora la Unión Soviética, un país socialista hermano, va a montar una nueva por su cuenta! Seguro que la propuesta ofenderá a Mao Tse-tung.

Stalin me cortó en seco, indignado, y opté por callarme. Se envió el telegrama. Un día o dos después recibimos la respuesta china. Mao decía:

—Aceptamos tu proposición. Si os interesan las piñas en lata, concedednos un crédito y nosotros mismos construiremos la factoría. Os devolveremos el préstamo con los beneficios de la planta envasadora.

Me quedé en silencio, mientras Stalin maldecía, encolerizado. Tal y como yo había supuesto, Stalin había ofendido a Mao.

En mis tiempos, ya no se volvieron a remitir tales mensajes proponiendo la explotación de China, ni con mi firma ni con la del gobierno. Tuvimos muy buen cuidado de no ofender nunca a los chinos, hasta que ellos empezaron realmente a mortificarnos. Y cuando se lanzaron a ello... bueno, yo no soy como Cristo y no tenía por qué poner la otra mejilla.

Cuando empezó a circular el malicioso rumor de que yo era el responsable de la disputa entre la Unión Soviética y China, me quedé asombrado y afligido, y me indignó que Yudin se contase entre los que andaban difundiendo semejante historia diciendo que yo había pinchado a Mao hasta convertirle en la clase de persona que es hoy. Claro que si Yudin estuviera aquí y me dijera eso en persona, podría enseñarle las pruebas documentales de que realmente fue él quien, antes que nadie, llevó a su punto crítico nuestro conflicto con Mao Tse-tung. Al iniciarse las disputas, era él nuestro embajador en China. Y si Yudin me forzara a embarcarme con él en un desagradable intercambio de acusaciones, tendría yo que hacer la observación, que en este caso resultaría justificada, de que siempre estuvimos seguros de que surgiría la discordia con cualquier país al que se enviase a Yudin como embajador. Se le acreditó como embajador en Yugoslavia, y tuvimos un tropezón con Tito. Se le envió a China, y tuvimos el encontronazo con Mao Tse-tung. Y no vaya a pensarse que fue mera coincidencia.

En un punto sí que doy la razón a Yudin. Y es, en primer lugar: ¿por qué se le envió a China? La cosa sucedió así: Mao Tse-tung escribió una carta a Stalin pidiéndole que le recomendase a un filósofo marxista soviético que pudiera ir a China a encargarse de la edición de las obras de Mao. Deseaba que fuese un hombre bien preparado que le ayudase a dar forma a sus trabajos y capaz de determinar cualquier posible error respecto a la filosofía marxista que

pudiera deslizarse en sus escritos, antes de que éstos fueran publicados. Se eligió a Yudin y se le mandó a Pekín [3].

Durante algún tiempo, Yudin y Mao trabajaron unidos como uña y carne. Mao iba a verle más a menudo que a cualquier otra persona de su entorno. Stalin se mostraba incluso un poco preocupado y con la sospecha de que Yudin no estuviese tratando a Mao con el respeto debido, puesto que permitía que Mao fuese a verle en lugar de acudir él a ver a Mao. Pero aparentemente todo marchaba sobre ruedas.

Entonces, como caído del cielo, recibimos un largo despacho cifrado de Yudin en el que nos describía la serie de cosas, verdaderamente increíbles, que decía haber oído de boca de Mao Tse-tung acerca de la Unión Soviética, de nuestro partido comunista y del mismo Yudin. Ya no hubo necesidad de preocuparse de si Mao estaba a no adulando a Yudin. Ahora quedaba en claro que no le tenía ni el más mínimo respeto. Decidimos que lo mejor que se podía hacer era sacar a Yudin de China. Como embajador, había sido flojo administrador y peor diplomático, aunque útil mientras duraron sus relaciones personales con Mao en el terreno amistoso. ¡Al diablo su trabajo como embajador en sentido estricto! Siempre podríamos dejarlo en manos de los funcionarios de nuestra embajada en Pekín. Ya que había chocado con Mao en el terreno filosófico, no nos resultaba útil ni como embajador ni como enlace personal. Así que le hicimos regresar.

Y ahora este filósofo intenta endosar la culpa a otros.

Por lo que se refiere a mis relaciones personales con Mao, al revés que él, siempre me esforcé por ser franco y amistoso. A diferencia de lo que hacía Stalin, nunca pretendí aprovecharme de Mao. De hecho, ocurrió justamente lo contrario: los chinos intentaron aprovecharse de nosotros. Por ejemplo, una vez que nos encontrábamos en Pekín en 1954, cuando nuestro país se veía aún azotado por el hambre y la pobreza que la guerra había dejado tras de sí, Chu En-lai nos preguntó:

—¿Podríais regalarnos una universidad?

3. P. F. Yudin fue en una época editor del periódico de la Kominform que llevaba el incitante título de *¡Por una paz duradera, por la democracia del pueblo!*, que se publicó en Belgrado hasta la ruptura entre Stalin y Tito. Era muy notoria su mezcla de servilismo hacia los que tenía encima y de arrogancia ostentosa para quienes estaban por debajo de él. Y parece ser que, a su juicio, entre estos últimos se incluían los extranjeros, criterio que no le fue demasiado bien ni con los yugoslavos ni con los chinos con los que tuvo que trabajar. En Moscú se le conocía como el mejor filósofo de la Cheka y el mejor chekista entre los filósofos. Su filosofía consistía en disfrazar todos los giros y retorcimientos de la línea del Kremlin con una jerga cuasi-marxista. Razón tenía Kruschef para despreciarle; pero en buena medida fue culpa suya el que se mantuviera a Yudin como embajador en China desde 1953 hasta la gran disputa.

—Ya sabes que también nosotros somos pobres —le respondí—. Puede que menos que vosotros, pero la guerra acaba de terminar y aún no nos hemos recuperado.

A pesar de nuestros problemas, les habíamos entregado Port Arthur y Dalni sin compensación alguna, además de invertir en China grandes cantidades de capital [4].

También les habíamos construido la carretera de Ulan Bator a Pekín. Cuando en 1957 Mao hizo mención a esta obra, comentó:

—La carretera de Ulan Bator no nos resulta muy útil. Lo que realmente necesitamos es una que vaya de Pekín al Kazajstán a través de las montañas.

A lo que repliqué:

—Conoces tu propio territorio mejor que yo. Creíamos que la carretera de Ulan Bator sería una ruta más directa para vosotros, pero de todas formas, también nosotros estamos deseando abrir una vía de comunicación hacia China a través del Kazajstán. ¿Por qué no construís vosotros esa carretera en el tramo correspondiente al territorio chino mientras nosotros hacemos el nuestro, de manera que unamos la carretera en la frontera?

Más adelante, Chu En-lai volvió a sacar a relucir el tema de esa carretera:

—¿Y no podríais construir vosotros también el tramo que atraviesa nuestro territorio?

Miramos el mapa y comprobamos que tal cosa significaba atravesar una cadena de montañas, con sus correspondientes obras de perforación y construcción de puentes. Y respondimos:

—No, es preferible que cada uno construya su respectivo trazado, tal y como convinimos en principio.

Nosotros iniciamos nuestra parte de la gran obra. Durante el curso de la misma, otra vez vinieron los chinos con la pretensión de que construyésemos también el tramo que les correspondía a ellos; y cuando, finalmente, alcanzamos la frontera, no hubo manera de ver a los chinos por parte alguna.

Recuerdo que cuando regresé de mi viaje a China en 1954 dije a mis camaradas:

—El conflicto con China es inevitable.

Había llegado a esta conclusión sobre la base de varias observaciones que Mao me había hecho. Durante mi visita a Pekín, el ambiente que me rodeó fue típicamente oriental. Encontré a todo el mundo increíblemente cortés y condescendiente, pero pude ver su hipocresía. A mi llegada, Mao y yo nos abra-

4. Se hace referencia a la entrega a los chinos de Port Arthur y Dalni (Dairén) en mayo de 1955, tras una larga e incierta serie de acontecimientos que afectaron a China, Japón y Rusia. Los créditos soviéticos, en realidad, no eran más que unas gotas en el océano de las necesidades chinas.

zamos efusivamente y nos besamos en ambas mejillas. Acostumbrábamos a tumbarnos al borde de una piscina para charlar como los mejores amigos del mundo sobre todo lo divino y lo humano. Pero todo me resultaba repugnantemente almibarado. La atmósfera era nauseabunda. Para colmo, algunas de las cosas que Mao decía me pusieron en guardia. Nunca estaba completamente seguro de entender lo que quería decir exactamente. En aquella época creía yo que aquel fenómeno quizá se debiera a los rasgos especiales del carácter chino y de la manera china de pensar. Unos comentarios de Mao me chocaban por demasiado simplistas y otros por excesivamente complejos.

Recuerdo, por ejemplo, que Mao me preguntó una vez:

—Camarada Kruschef, ¿qué opinas de nuestro slogan «dejad que crezcan cien flores»? [5].

—Camarada Mao Tse-tung —contesté—, simplemente no acabamos de comprender lo que ese slogan vuestro quiere decir. Existen flores de todas clases: hermosas, nauseabundas y hasta letales.

Mao estuvo de acuerdo en que quizá no sería un lema apropiado para los rusos. Nosotros nos habíamos propuesto no publicar en nuestra prensa nada acerca de las «cien flores». Mao no era tonto y se daba cuenta de que nuestro silencio significaba que no estábamos de acuerdo con la frasecita. Naturalmente, yo tenía conciencia perfecta de lo que significaba el «dejad que crezcan cien flores». Que se permita el desarrollo de las diferentes tendencias artísticas y culturales. Pero actualmente ya está claro para todos que el slogan en cuestión tenía una finalidad provocadora. Se había difundido para animar a la gente a expresarse más abiertamente y así poder cortar mejor, pisoteándolas y echándolas a la basura, aquellas flores cuyo olor o aroma se estimase equivocado.

Estaba luego aquel otro slogan famoso de Mao: «el imperialismo es un tigre de papel». Encontraba auténticamente increíble que Mao pudiera descartar al imperialismo americano considerándolo un tigre de papel, siendo así que en realidad es un terrible depredador. El slogan del «tigre de papel» comenzó a difundirse cuando todavía eran buenas nuestras relaciones con China y la verdad es que nos produjo un cierto embarazo, viniendo como venía de nuestro amigo Mao Tse-tung, el líder del pueblo chino. Parece que ahora los chinos se han moderado un tanto en el uso del «tigre de papel». Ya no se pasan el día con esa cantinela, como solían hacer.

Recuerdo que una vez en Pekín estábamos Mao y yo echados junto a la piscina, en traje de baño, y discutíamos los problemas de la guerra y la paz. Me decía Mao:

5. «Dejad que crezcan cien flores, dejad que cien escuelas contiendan»: Mao introdujo esta línea política de aparente tolerancia a principios de 1957, pero duró poco. A Kruschef, entonces y después, la frasecita le irritaba obsesivamente.

—Camarada Kruschef, ¿tú qué opinas? Si comparamos el poderío militar del mundo capitalista con el del socialista, verás que es evidente que tenemos ventaja sobre nuestros enemigos. Piensa en el número de divisiones que podríamos poner en pie de guerra entre China, la Unión Soviética y los demás países socialistas.

—Camarada Mao Tse-tung, en nuestros días semejante idea está enteramente anticuada. Hoy ya no se puede calcular el poderío de las fuerzas alineadas sobre la base de quién tiene el mayor número de hombres. Tiempo atrás, cuando los conflictos se arreglaban con los puños o las bayonetas, podía ser fundamental el saber quién tenía de su parte más hombres y bayonetas. Luego, cuando apareció la ametralladora, no era necesariamente el lado que tenía más hombres el que llevaba la ventaja. Y ahora, con la bomba atómica, el número de tropas de cada posible beligerante no supone prácticamente la más mínima diferencia en cuanto al poderío real y al resultado de la guerra. Cuantas más tropas existen de una parte, más pasto para las bombas.

¡Y Mao me replicó intentando convencerme de que la misma bomba atómica no era más que un tigre de papel!

—Escucha, camarada Kruschef. Todo lo que tienes que hacer es provocar a los americanos incitándoles a una acción militar; yo pondré a tu disposición tantas divisiones como necesites para aplastarles: cien, doscientas, mil divisiones.

Intenté explicarle que uno o dos proyectiles-cohete podrían pulverizar a todas las divisiones chinas. Mas ni siquiera escuchaba mis argumentaciones y era obvio que me estaba tomando por un cobarde [6]. Ciertamente, Mao cambió de tono en 1957, cuando vino a Moscú con ocasión de la Conferencia de los Partidos comunistas y obreros; durante una amable e ingenua conversación, me decía:

—Camarada Kruschef, he visto en el periódico que vuestro ministro de Defensa, Zhukov, afirma que si cualquier país socialista se ve atacado por una potencia imperialista, vosotros replicaríais contundente y rápidamente. Y eso sería una equivocación.

—Camarada Mao Tse-tung, Zhukov no ha expresado una opinión exclusivamente suya. Hablaba en nombre del Comité Central, expresando una decisión colectiva nuestra. Yo mismo me he manifestado en idéntico sentido.

Y no es que estuviéramos discutiendo; sosteníamos sencillamente una conversación amistosa. Mao replicó:

6. En esta llamativa instantánea de los dos dirigentes del mundo comunista descansando en la parte menos profunda de la piscina de Pekín mientras discuten en términos infantiles sobre la guerra, la paz y la bomba atómica, vemos el principio de la exasperación personal de Kruschef con el hombre que más tarde habría de decir que incluso tras una guerra atómica todavía quedarían en pie trescientos millones de chinos.

En China, 1954. Arriba, Kruschef y Bulganin en el aeropuerto de Canton.

Kruschef, Bulganin (de uniforme) y el jefe de seguridad Serov (en el centro).

Mao Tse-tung, Kruschef y Mikoyan.

—Pienso que si los imperialistas decidieran atacar a China vosotros no deberíais intervenir. Lucharíamos nosotros solos. Vosotros bastante tendríais con preocuparos de sobrevivir. Que cada uno se ocupe de lo suyo. Y lo que es más, si fuerais atacados vosotros mismos, no creo que debierais replicar al ataque.

—¿Qué deberíamos hacer entonces?

—Retiraros.

—¿A dónde?

—Ya antes habéis tenido ocasión de hacerlo. Durante la segunda Guerra Mundial estuvisteis todo el tiempo en retirada, hasta Stalingrado, y si ahora fueseis atacados de nuevo podríais perfectamente replegaros hasta los Urales para manteneros firmes allí durante dos o tres años. Tendríais a China cubriéndoos la espalda.

—Camarada Mao Tse-tung, si ahora empezase una guerra, ¿cuánto tiempo crees que duraría? Ya no sería como en la pasada guerra. Esa fue una guerra de fuerzas aéreas y carros de combate. Se trata ahora de proyectiles-cohete y bombas atómicas. ¿Qué te hace pensar que dispondríamos de tres años para retirarnos a los Urales? Probablemente, no tendríamos más que unos pocos días, pasados los cuales no quedaría de nosotros más que unos restos hechos jirones, desperdigados por ahí. Si le dijéramos al enemigo que no tomaríamos represalias ante un posible ataque suyo, estaríamos precisamente invitándole a atacar. Por ello debemos hacerle saber que responderemos, para que nuestro aviso pueda disuadirle.

A ojos vistas, existía un franco desacuerdo entre él y yo. Pero nuestra ruptura con China fue mucho más profunda. Los chinos sabían que, después del XX Congreso del Partido, se encontraban en peligrosa situación ante el movimiento mundial comunista. Comprendían lo que significaba para ellos la repudiación que el Congreso había hecho del culto a la personalidad, de la regla de la autocrítica y demás formas de vida y acción antidemocráticas y anti-Partido. Stalin había sido enjuiciado y condenado en el Congreso por haber hecho fusilar a cientos de miles de personas y por haber abusado del poder. Y Mao Tse-tung estaba siguiendo las huellas de Stalin.

El propio culto a la personalidad de Mao es un fenómeno complicado. Cualquier culto personalista es un poco como una religión. Durante siglos, la gente ha estado musitando: «¡Señor, ten piedad de nosotros! ¡Señor, ayúdanos y protégenos!» ¿Han servido estas plegarias de algo? Por supuesto que no. Pero la gente sigue apegada a sus esquemas y continúa creyendo en Dios, a pesar de que toda la evidencia está en contra.

Hasta nuestro propio país han llegado los ecos del culto maoísta a la personalidad. Hacia el año 1962 descubrí que nuestros militares habían impreso

los trabajos de Mao Tse-tung sobre la guerra. Mandé llamar inmediatamente al ministro de Defensa y le dije:

—Camarada Malinovski, tengo entendido que tu departamento está publicando las obras de Mao. ¡Es absurdo! El ejército soviético aplastó las fuerzas de choque del ejército alemán, mientras que los hombres de Mao Tse-tung han estado durante veinte o veinticinco años pinchándose unos a otros los traseros con cuchillos y bayonetas. ¡Y ahora vais a publicar las obras de Mao sobre el arte de la guerra! ¿Para qué? ¿Para aprender cómo hacer la guerra en el futuro? ¿En qué estabas pensando cuando tomaste tal decisión?

Malinovski y los demás camaradas militares eran personas inteligentes, pero la publicación de los trabajos de Mao sobre la conducción de la guerra era una pérdida de tiempo estúpida. No sé lo que pudo ocurrir con los ejemplares que ya habían impreso. Probablemente yacen en el rincón de cualquier almacén, o quizá los hayan quemado.

Recuerdo bien cómo Mao Tse-tung rechazó nuestros esfuerzos de cooperación en asuntos militares en 1958. De acuerdo con un tratado vigente por entonces, estaba previsto que nuestros aviones podrían hacer uso de los campos de aterrizaje chinos para efectos de escalas y abastecimientos. Cuando entraron en servicio nuestros submarinos de largo radio de acción, tuvimos necesidad de establecer una estación de radio en China para mantener el contacto con nuestra flota. Los chinos, por cierto, ya me habían pedido que les facilitásemos los planos de los submarinos y que les enseñásemos a construirlos. De manera que entendimos que estaba perfectamente justificado el que les pidiésemos ahora el permiso de construcción de la estación de radio en su territorio. La respuesta fue un rotundo no.

Esta negativa se produjo no mucho después de que hubiéramos recibido el despacho cifrado de Yudin explicándonos las actitudes antisoviéticas de los dirigentes chinos. Dije a mis camaradas:

—Conforme al protocolo, correspondería a Mao el hacernos una visita de Estado antes de que yo volviese a ir a China. Pero dada la situación planteada, quizá fuese mejor que sea yo quien vaya a hablarle. Convendrá que sea una reunión de carácter privado, de manera que podamos ver en qué punto nos encontramos en nuestras relaciones con los camaradas chinos.

Este de 1959 fue nuestro último viaje a China [7]. Nuestras conversaciones

7. Esta reunión tuvo lugar inmediatamente después de la primera visita de Kruschef a América, cuando éste aparecía imbuido de lo que se llamó «el espíritu de Camp Davis». El dirigente soviético irritó profundamente a Mao con sus encomios a las cualidades de estadista del presidente Eisenhower. La inquina surgida con este desafortunado encuentro se tradujo en la retirada precipitada de los técnicos soviéticos encargados de supervisar la construcción de numerosas fábricas: se llevaron consigo los proyectos mismos, dejando las obras sin terminar.

fueron amistosas, mas sin resultado concreto alguno. Entre los temas que discutimos estaba el asunto de la emisora de radio. Se lo expuse:

—Camarada Mao Tse-tung, os daremos el dinero para construir esa estación. No nos importa a quién pueda pertenecer con tal de que podamos utilizarla para mantener contacto por radio con nuestros submarinos. Incluso estaríamos dispuestos a entregaros las instalaciones, pero lo que sí nos gustaría es hacerla construir lo más pronto posible. Nuestra flota opera ahora en el Océano Pacífico y nuestra base principal está en Vladivostok. Camarada Mao Tse-tung, ¿no podríamos llegar a cualquier tipo de acuerdo para que nuestros submarinos pudieran disponer de una base en vuestro territorio para repostar, hacer reparaciones, dar permisos a las tripulaciones y demás?

—Por última vez, *¡no!*, y no quiero que se hable más de ello.

—Camarada Mao Tse-tung, los países del pacto del Atlántico no tienen problemas de cooperación y apoyo mutuo, ¡y aquí estamos nosotros, incapaces de conseguir un acuerdo sobre un asunto tan sencillo como es éste!

—¡No!

No podía entender por qué se enfadaba tanto. Hice un último intento por mostrarme razonable:

—Si quieres, podríais usar nuestro puerto de Murmansk como base para vuestros submarinos.

—¡No! No queremos nada con Murmansk, y tampoco os queremos aquí a vosotros. Ya hemos tenido durante muchos años en nuestro territorio a los ingleses y a otros extranjeros y no vamos a permitir de ahora en adelante que nadie use nuestra tierra para sus propios fines.

Efectivamente, jamás conseguimos su permiso para la base de submarinos [8].

Cuando Mao comenzó a promover la idea de que China podría igualarse con América en cinco años, tomó la ofensiva contra nosotros, y lo hizo a la luz pública. Fue en la misma época aproximadamente en que empezó a organizar sus comunas y a construir sus altos hornos tipo «cafetera» [9]. Por instigación de Mao, los chinos empezaron a proclamar que la creencia soviética de que la distribución de los bienes materiales debe ser hecha de acuerdo con la cantidad y calidad del trabajo rendido era una concepción burguesa. Comenzaron a aparecer en China escritos que afirmaban que nosotros, la Unión Soviética, estába-

8. Los chinos, por su parte, solicitaron instrucción científica en materia atómica, cosa que los rusos les negaron.

9. Se hace referencia al celebrado «gran salto adelante» de 1958, que suponía un intento de convertir a los campesinos en proletarios mediante la construcción de altos hornos «de patio trasero» y «acererías rurales» y la organización de los trabajadores campesinos en comunas uniformes. Toda esta concepción fue anatematizada por los rusos.

mos sencillamente colgados de los faldones de la levita de la burguesía. De esta manera se llegaba a la discusión de cuestiones básicas y de principio acerca de la dirección futura de nuestro movimiento en un momento en que surgía ya una divergencia entre nuestros respectivos caminos.

Mao Tse-tung declaró también que la coexistencia pacífica era una noción burguesa pacifista. Y desde entonces, China ha venido calumniando temerariamente al Partido comunista de la Unión Soviética por su política de coexistencia pacífica. Pero, como digo, resulta siempre difícil saber lo que los chinos piensan realmente. Es difícil determinar si China está realmente en contra o a favor de la coexistencia pacífica. Recuerdo haber oído por la radio, después de mi retirada, que Mao había concedido una entrevista a no sé qué escritor americano, que le planteó la cuestión directamente:

—¿Quiere usted realmente desatar una guerra sobre el mundo?

Mao respondió:

—No, los chinos no quieren la guerra. Sólo iremos a ella si se produce un ataque directo contra nuestro territorio.

Respondiendo a preguntas de periodistas burgueses, Mao ha repetido muchas veces que China se muestra favorable a la coexistencia pacífica. Tengo la impresión general de que la llamada Declaración de Mao Tse-tung se debió en realidad a la pluma de Chu En-lai. Nunca he sabido con seguridad cuál es la posición del mismo Mao. Es imposible pescar con certeza el pensamiento de los chinos.

Hay una cosa, sin embargo, de la que sí estoy seguro acerca de Mao. Es un nacionalista y, al menos cuando le conocí, estallaba de impaciencia en su deseo de dominar el mundo. Su plan era dominar primero China, luego Asia, después... ¿qué más? Hay en China setecientos millones de personas, y en otros países, como Malasia, la mitad, aproximadamente, de la población es china. Resulta interesante, por la luz que sin duda arroja sobre la propia idea de Mao respecto del nacionalismo chino, la siguiente conversación, inocente, que sostuve con él en cierta ocasión mientras tomábamos el té. Me preguntó:

—¿Cuántos conquistadores han invadido China? —y él mismo respondió a su pregunta—. China ha sido conquistada muchas veces, pero los chinos han asimilado siempre a sus conquistadores —tenía puesto su pensamiento en el futuro—. Piénsalo. Vosotros sois doscientos millones de personas y nosotros setecientos.

Luego empezó su disquisición sobre las características diferenciales de China. Como ejemplo, expuso que en la lengua china no hay palabras extranjeras.

—El resto del mundo emplea la palabra «electricidad» —se jactó—. La han tomado del inglés. ¡Pero los chinos tenemos nuestra palabra propia para tal concepto!

Su chauvinismo y su arrogancia me produjeron un escalofrío que me recorrió la columna vertebral.

Más tarde, la prensa china, siguiendo las directrices de Mao, empezó a clamar que Vladivostok estaba en territorio chino. Afirmaban que Rusia se lo había arrebatado a China. Y es verdad, pues en cierto momento histórico los chinos habían dominado en aquella parte de Siberia antes de que los zares iniciasen nuestra expansión hacia aquella zona.

Nosotros accedimos a negociar con los chinos sobre los litigios fronterizos pendientes. Nos representaron su versión de cómo debería quedar el mapa. Y nos bastó echarle una ojeada para que sin más consideraciones lo arrojásemos con disgusto al cesto de los papeles, tan afrentosas resultaban sus reivindicaciones [10].

Mao puede ser nacionalista, pero desde luego no es tonto. Cuando China inició sus reformas supuestamente igualitarias, toda suerte de literatura sobre el tema comenzó a cruzar las fronteras y a circular a lo ancho y a lo largo de la Siberia soviética. Cuando descubrimos lo que estaba ocurriendo, propuse a mis camaradas:

—Esto tiene que terminar inmediatamente. Los slogans utilizados para las reformas chinas son muy tentadores. Se equivoca quien crea que no han de fructificar en nuestro suelo las semillas de esas ideas.

Tuvimos que responder sustancialmente a las presunciones y proposiciones de Mao. No estábamos de acuerdo con su postura, por decirlo de manera suave. En realidad, ya me había hecho perder la paciencia. Si se lee mi informe al XXII Congreso del Partido se verá que dediqué en él muchas de mis observaciones a los problemas de China, aunque no la mencionase por su nombre. Pero fue allí, en el XXII Congreso del Partido, donde rechazamos los principales dogmas que caracterizaban la posición de Mao [11].

No obstante, hay una de las reformas «igualitarias» de Mao que sí suscribo. Le doy la razón cuando quitó las charreteras de los uniformes militares chinos. Entiendo que fue ésta una medida sensata; es más, creo que fue un error por nuestra parte el haber hecho reaparecer en nuestros propios uniformes charreteras y galones. ¿Quién diablo los necesita? Ganamos la guerra civil y yo no

10. Se refiere al conflicto de fronteras que ha persistido hasta el día de hoy, en forma larvada unas veces y abierta otras. En el siglo XIX, una China débil se había visto obligada a ceder considerables extensiones de su territorio, cesiones entre las cuales están incluidas Vladivostok y lo que ahora es la provincia marítima soviética, entregadas a la Rusia imperial. En el período álgido de la disputa chino-soviética, Mao iba a insistir en que los «tratados injustos» que habían formalizado aquellas cesiones ya no podían ser considerados válidos: la cuestión fronteriza había estallado abiertamente.

11. En el XXII Congreso del Partido, en octubre de 1961, Kruschef aireó por primera vez abiertamente la disputa, al atacar ásperamente a Albania (el inverosímil aliado de China), aunque sin mencionar a los chinos por su nombre.

llevaba galones ni entorchados a pesar de ostentar el cargo de comisario. Los soldados no necesitaban ver los elegantes galones para saber quién era su comisario y su jefe. En aquellos tiempos éramos capaces de aplastar a nuestros enemigos sin necesidad de entorchados. Hoy en día nuestros militares van todos engalanados como canarios.

Durante la Conferencia de los Partidos comunistas y obreros habida en el Kremlin en 1960, la delegación china, encabezada por Liu Chao-chi, se opuso a nosotros bajo cuerda, y la delegación de Albania se expresó en su favor y contra nosotros [12]. Particularmente vergonzosa fue la conducta observada por ese agente de Mao que es Enver Hoxha. Nos enseñó los colmillos más amenazadoramente que los mismos chinos. Después del discurso que pronunció, la camarada Dolores Ibarruri, vieja revolucionaria y ferviente activista del movimiento comunista, se levantó indignada para afirmar, con gran acierto, que Hoxha era como el perro que muerde la mano que le da de comer.

Deseábamos hacer todo lo posible por evitar un cisma con los albaneses, mas todos nuestros esfuerzos resultaron infructuosos. El conflicto se fue desenvolviendo escalonadamente, conforme nos fuimos dando cuenta gradualmente de que los albaneses estaban conspirando, en unión con los chinos, contra nosotros. Tuvimos noticia de su traición cuando una delegación albanesa pasó por Moscú en su viaje de regreso de China. Uno de sus miembros, una mujer de conciencia recta, vino a nosotros y nos contó lo que estaba sucediendo. Creo que al poco tiempo esta pobre mujer fue estrangulada. Y no fue la Gestapo la que lo hizo. No, fueron sus propios «hermanos». Lo digo así porque ella era comunista y ellos también. La estrangularon porque ella, una comunista, había acudido al Comité Central del Partido comunista de la Unión Soviética para relatarnos las reuniones secretas de los albaneses con los chinos.

¡Qué ingenuos éramos! En las mismas fechas, Mehmet Sheku se encontraba

12. La primera arremetida importante de Kruschef contra China se produjo en el III Congreso del Partido comunista rumano en Bucarest, en junio de 1960, inmediatamente después de la fracasada reunión cumbre de París (que se fue a pique a causa del asunto del U-2). Conmovió a todos los dirigentes de los Partidos extranjeros presentes en el Congreso, pero fue guardada en el mayor de los secretos. El segundo acto de su ataque se montó en la Conferencia moscovita de los Partidos comunistas del mundo, en noviembre de ese mismo año. En ambas ocasiones, Kruschef atacó a Mao de manera áspera, por no decir grosera, en términos pasionales que se reflejan, siquiera sea difusamente, en este Capítulo. Los chinos salieron del paso lo mejor que pudieron. El dirigente albanés Enver Hoxha pronunció el discurso más rencoroso de todos, acusando a Kruschef hasta de intentar el chantaje contra Albania, amenazándola con hacerla perecer de hambre para someterla, e imputándole el haber traicionado a Stalin. Sin embargo, la disputa quedó aún oculta al mundo exterior. Véase, para el relato de estas apasionadas reuniones y para el desarrollo en general de la ruptura, la obra de Edward Cranshaw *The New Cold War: Moscow Versus Peking.*

en un hospital de la Unión Soviética sometido a tratamiento médico. Cuando le enfrentamos con el hecho de que sabíamos la existencia de las conversaciones que se estaban desarrollando entre su país y China, se apresuró a abandonar el lecho del hospital y a tomar en seguida el avión camino de Albania.

Enver Hoxha, Mehmet Sheku y Ballutu han llegado al poder en Albania montando una conspiración y derrocando al primitivo primer secretario del Partido albanés, un buen camarada del que siempre habló bien Tito y al que los yugoslavos han apoyado siempre. Hombre de firmes antecedentes obreros, había sido el fundador del Partido comunista en Albania. Tito me contó que Mehmet Sheku le estranguló con sus propias manos. Estos tres personajes —Hoxha, Sheku y Ballutu— tenían por costumbre someter a juicio a sus enemigos, sentenciándoles ellos mismos sin que se practicase ninguna diligencia escrita; luego buscaban la oportunidad de hacer que su víctima fuese asesinada secretamente. Todo muy parecido al sistema utilizado por Stalin y Beria [13].

La disensión surgida entre la Unión Soviética y Albania tenía sus raíces principalmente en el miedo que sentían los albaneses a la democratización. Aunque hubo un tiempo en que incluso confié en que no todo estuviese perdido, ahora estimo que la división fue inevitable. La ruptura final con los albaneses se produjo en el Congreso del Partido comunista rumano en Bucarest, en julio de 1960, donde nos reunimos para intercambiar puntos de vista sobre cuestiones internacionales y sobre asuntos referentes a las relaciones existentes entre los Partidos comunistas hermanos, de una parte, y el Partido comunista chino, de otra. Ahora que nuestra ruptura con los albaneses es completa, sostengo con más firmeza aún los principios de dirección democrática que ellos no podrán jamás aceptar.

La democracia es ciertamente deseable, mas en una democracia resulta difícil para el líder permanecer en el poder si no procura siempre consultar a sus seguidores. Un dirigente democrático debe tener la mente clara y ser capaz de admitir el consejo de los demás. Debe darse cuenta de que su posición directiva depende de la voluntad del pueblo de tenerle como líder, no de la suya propia

13. Enver Hoxha, primer secretario del Partido comunista albanés, se encaramó al poder siendo miembro de la resistencia albanesa durante la guerra mediante las armas que le fueron suministradas por los aliados y los yugoslavos para luchar contra sus rivales nacionalistas y contra los alemanes. Kruschef se está refiriendo evidentemente a la liquidación por Hoxha de Koci Xoxce, viceprimer ministro y ministro del Interior en 1949, cosa que ocurrió después de la excomunión de Tito por Stalin. Xoxce había sido amigo de Yugoslavia. Kruschef ha olvidado (o puede que nunca lo haya sabido) que fue Stalin quien incitó a Hoxha a que se librara de Xoxce. Mehmet Sheku, el más despiadado de los comunistas albaneses, sucedió a Xoxce como ministro del Interior y organizó crueles purgas; llegó después a primer ministro. Bequir Ballutu, ministro albanés de Defensa y miembro del Politburó, asistió a un curso en la Academia militar de Moscú en 1952-53. El relato de Kruschef sobre el *modus operandi* de este triunvirato se ajusta bastante a la verdad.

de dirigir al pueblo. Y el pueblo sólo aceptará a un dirigente si demuestra estar hecho de la misma carne y sangre que el Partido. El dirigente debe actuar motivado por el interés del pueblo y no por la codicia o la vanidad. Debe poseer un conocimiento experimentado, humildad y habilidad para actuar como parte de un ente colectivo. Lo repito: mantiene su posición directiva por voluntad del Partido. En otras palabras: no está por encima del Partido, sino que es un servidor de éste, y sólo puede conservar su puesto en tanto que disfrute de la estimación y del apoyo del Partido [14].

En sus respectivas carreras dentro de sus partidos, Enver Hoxha, Mehmet Sheku y Ballutu no han vivido en la observancia de esos principios. Como tampoco Mao Tse-tung.

Sin embargo, aunque es posible que Mao Tse-tung haya abusado de su poder y engañado al Partido, él no es —como algunos pretenden— un loco. La gente está empezando a decir que Mao es un lunático, que ha perdido la cordura. Pero eso no es cierto. Es muy inteligente y muy astuto. Recuerdo cómo hace sólo unos años la gente andaba vaticinando que Mao jamás vencería en la lucha por el poder que se estaba desarrollando en China. Ya en aquella época dije: «¡Tonterías, por supuesto que ganará Mao!» Y tenía razón. Mao tiene ahora con seguridad vara alta en China. Pero, ¿por qué medios lo ha conseguido? Los chinos no reconocen más ley que el poder y la fuerza. Si no se obedece, le cortan a uno la cabeza. Y lo hacen con gran arte: le estrangulan a uno en el centro de una plaza ante miles de personas. ¿Qué clase de «política» es ésta? Ni siquiera se la puede llamar barbarie. Es algo más que eso, ¡después de todo, vivimos en el siglo veinte!

Aunque Mao esté triunfando en China, Liu Chao-chi no ha sido vencido. Está contra la política de Mao y está sosteniendo su lucha contra ella. Es un hombre muy inteligente y tiene a muchos de su parte, aunque no tenga poder efectivo alguno. La razón de que todavía esté vivo es su popularidad. Mao podría haber hecho estrangular a Liu sin demasiadas dificultades. Pero su muerte hubiera provocado la cólera de las masas. Mao Tse-tung lo sabe y no lucha contra la persona de Liu Chao-chi, sino contra su figura de abanderado de un sistema político particular. En otras palabras, Mao quiere derrotar a Liu aislándole políticamente [15].

Claro es que una cosa es hablar de Mao Tse-tung y otra muy distinta hablar

14. A la luz de estas observaciones, sería interesante ver qué hubiera ocurrido si Kruschef hubiera podido iniciar de nuevo su vida.

15. Liu Chao-chi, un moderado, fue por mucho tiempo el presunto heredero de Mao. Encabezó la delegación china en la Conferencia de Moscú en 1960, pero quedó en un segundo plano con respecto al violento representante de la línea dura Peng Chen. En su reciente conflicto con Mao, Liu ha tenido la suerte de escapar con vida.

de China en su conjunto. Si empezáramos a denigrar al pueblo chino, estaríamos saltando la raya que separa el análisis objetivo de los prejuicios nacionalistas. Nos comportamos como nacionalistas cuando nos dejamos convencer de que alguna nación tiene derechos especiales o superiores respecto de las demás. Así empezaron los nazis.

Por ello, debemos darnos cuenta de que los chinos son nuestros hermanos. Son seres humanos como nosotros. Y si los jóvenes chinos atacan nuestra embajada en Pekín, ello no significa que debamos odiar al pueblo chino en su conjunto. La juventud de un país no constituye toda su nación. Además, hay muchas clases de juventud. No todos los jóvenes chinos estuvieron en aquella plaza apedreando nuestra Embajada, ni todos los que allí estuvieron profirieron gritos en apoyo de la política de Mao Tse-tung. Piénsese en la cantidad de chinos que estará lamentando lo que ha ocurrido en su país. China tiene planteada una gran contienda y la gente se está matando entre sí.

Estoy convencido de que todos nuestros esfuerzos deben consagrarse a resolver el conflicto que ahora existe entre el Partido comunista de la Unión Soviética y los demás Partidos comunistas, de una parte, y el Partido comunista de China, de otra. Deberíamos hacer cuanto pudiéramos por ver una vez más el movimiento comunista unido y monolítico. ¡Hay que alcanzar esta meta! En interés de los pueblos de la Unión Soviética. En interés del pueblo chino y de todos los pueblos amantes de la paz. ¡Viva la lucha por la paz y la coexistencia pacífica!

19

Ho Chi Minh y la guerra del Vietnam

Kruschef, el más anciano de los estadistas, reflexiona sobre la tragedia del Vietnam sin insistir en la crueldad de la guerra. Al hacerlo así, nos ofrece una visión del conflicto «desde el otro lado». Su punto de vista, al menos parcialmente, es compartido por muchas personas en «este lado».

CUANDO los agresores americanos se vieron forzados a detener sus ataques de bombardeo sobre el territorio del Vietnam del Norte, sufrieron una derrota importante. Según las informaciones de prensa, resulta ahora evidente que los Estados Unidos no están cumpliendo el compromiso que adquirieron cuando cesaron los bombardeos, pero el mismo hecho de que éstos se interrumpieran es buena prueba de la valerosa resistencia del pueblo vietnamita. Su resistencia se organizó bajo la dirección de su anterior presidente, ese hombre tan insigne que fue el camarada Ho Chi Minh. Me he encontrado con muchas personas en el curso de mi carera política, pero Ho Chi Minh me impresionó de manera muy especial. Las personas religiosas acostumbran a hablar de los santos Apóstoles. Pues bien, por el modo en que vivía y por la manera en que impresionaba a los demás, Ho Chi Minh era como uno de esos «santos apóstoles». Fue un apóstol de la revolución.

Nunca olvidaré el aspecto de sus ojos, la manera como su mirada brillaba con un tono especial de sinceridad y pureza. Era la sinceridad de un comunista incorruptible y la pureza de un hombre entregado en idea y en obras a la causa. Podía ganarse a cualquiera con su honradez y su convicción de que la causa comunista era la justa para su pueblo y para todos los pueblos. Cada una de sus palabras parecía subrayar su creencia en que todos los comunistas son hermanos de clase y, por consiguiente, que todos los comunistas deben ser sinceros y honrados en su trato recíproco. Ho Chi Minh fue realmente uno de los «santos» del comunismo.

Me encontré con él por vez primera cuando aún vivía Stalin. Ho Chi Minh había llegado a Moscú directamente desde las junglas de Vietnam. Nos contó cómo había hecho el viaje, atravesando las junglas a pie durante días hasta llegar a la frontera china, y cómo desde allí se había trasladado en avión a la Unión Soviética.

Durante nuestra conversación, Ho Chi Minh no dejó un momento de observar a Stalin con toda la intensidad de sus extraordinarios ojos. Yo diría que había en su mirada una ingenuidad casi infantil. Recuerdo una vez que buscó su cartera para sacar de ella un ejemplar de una revista soviética —creo que era *La U. R. S. en construcción*— y pidió a Stalin que se la autografiara. En Francia todo el mundo anda a la caza de autógrafos y por lo visto se le había pegado la chifladura. Le gustaba la idea de poder enseñar a la gente, a su regreso al Vietnam, el autógrafo de Stalin. Este estampó su firma en la revista, pero poco después hizo que se la sustrajeran, porque le preocupaba el uso que Ho pudiera hacer de su autógrafo.

Ho Chi Minh nos relató la contienda que su pueblo estaba sosteniendo contra las fuerzas francesas de ocupación y nos pidió apoyo material, especialmente armas y municiones. Cuando abandonó Moscú nos pidió por escrito que le enviásemos quinina porque su pueblo sufría un paludismo epidémico. Nuestra industria farmacéutica producía quinina en gran escala, así que Stalin, excediéndose en generosidad, ordenó: «Enviadle media tonelada».

Ulteriormente tuve ocasión de encontrarme con Ho Chi Minh muchas veces. Recuerdo nuestra colaboración durante la Conferencia de Ginebra [1954] [1]. En aquellas fechas estábamos todavía en muy buenas relaciones con el Partido comunista de China. Antes de la Conferencia de Ginebra tuvimos una reunión preparatoria en Moscú. China estuvo representada por Chu En-lai y el Vietnam por su presidente Ho Chi Minh y su primer ministro Phan Van Dong. Estudiamos detenidamente la postura que habríamos de adoptar en Ginebra, basándola en la situación del Vietnam, que era muy grave. El movimiento de resistencia vietnamita estaba al borde del colapso. Los guerrilleros contaban con que la Conferencia de Ginebra diera lugar a un acuerdo de alto el fuego que les

1. Esta fue la histórica Conferencia que en la primavera y principios del verano de 1954 puso fin a la lucha entre los franceses y los comunistas vietnamitas y que el 20 de julio dividió el Vietnam a lo largo del paralelo 17. Dien Bien Phu cayó el 7 de mayo, mientras se desarrollaba la Conferencia, y pareció que ya nada podría evitar que todo el Vietnam fuese invadido por los comunistas. Los americanos consideraron la intervención sobre la base de fuerzas aerotrasportadas, pero Eisenhower resolvió en contra de tal medida. El mismo Kruschef no se encontraba en Ginebra en esta ocasión. Los principales negociadores fueron Anthony Eden (más tarde Lord Avon) por Gran Bretaña, Mendès-France por Francia, Chu En-lai por China y el propio Ho Chi Minh.

permitiera conservar las posiciones ganadas en la lucha del pueblo vietnamita contra la ocupación francesa. Hanoi estaba firmemente sujeta entre las manos de los franceses. Hubiera bastado con echar un vistazo al mapa en que estaban indicadas nuestras propias peticiones para ver que todo el Vietnam del Norte estaba salpicado de indicaciones de los enclaves que los franceses habían capturado y ocupado.

Después de una de estas sesiones, celebrada en el salón de Catalina del Kremlin, Chu En-lai me retuvo conversando y me llevó a un rincón. Me dijo:

—El camarada Ho Chi Minh me ha estado contando que la situación en el Vietnam es desesperada y que, si no conseguimos un alto el fuego pronto, los vietnamitas no podrán mantener su lucha contra los franceses. Por ello, han decidido retirarse hasta la frontera china, si fuera necesario, y quieren que China esté dispuesta para llevar tropas al Vietnam como hicimos en Corea del Norte. En otras palabras, los vietnamitas quieren que les ayudemos a expulsar a los franceses. Y nosotros, sencillamente, no podemos atender la petición del camarada Ho Chi Minh. Ya hemos perdido demasiados hombres en Corea; esa guerra nos costó mucho. No estamos en condiciones de vernos envueltos ahora en otra guerra [2].

Por mi parte, hice un ruego al camarada Chu En-lai.

—Se ha entablado una contienda importante —le dije—, y los vietnamitas se están enfrentando a ella con encarnizamiento. Los franceses tienen muchas bajas. No hay ninguna razón para que le digáis a Ho Chi Minh que rehusaréis ayudarle si sus tropas se tienen que retirar hasta la frontera china bajo los golpes de los franceses. ¿Por qué no decirle sólo una mentira piadosa? Dejad que los vietnamitas crean que les ayudaréis si es necesario y esto será ya una manera de alentar a los guerrilleros a resistir a los franceses.

Chu En-lai accedió a no decir a Ho Chi Minh que China no entraría en la guerra contra los franceses en territorio vietnamita.

Y entonces se produjo el milagro. Cuando las delegaciones llegaron a Ginebra para la Conferencia, los guerrilleros vietnamitas acababan de obtener una gran victoria, la captura de la fortaleza de Dien Bien Phu. En la primera sesión de la Conferencia, el jefe del gobierno francés, Mendès-France, propuso restringir el límite norte de la zona de ocupación francesa al paralelo 17. Tengo que confesar que, cuando nos llegaron estas noticias de Ginebra, respiramos sorprendidos y contentos. No habíamos esperado nada parecido. El paralelo 17 era el máximo absoluto de lo que nosotros mismos hubiéramos reclamado. Dimos instrucciones a nuestros representantes en Ginebra para que pidieran que la línea de demarcación se hiciese descender más al sur hasta el paralelo 15,

2. Nadie sabía entonces en Occidente que la situación de los vietnamitas fuese tan desesperada.

pero sólo para dar la impresión de que se pretendía conseguir una mayor ventaja. Después de incordiar en este sentido un corto tiempo, aceptamos la oferta de Mendès-France y se firmó el tratado. Habíamos triunfado en la consolidación de las conquistas de los comunistas vietnamitas [3].

Quisiera aprovechar esta oportunidad para dar a Mendès-France lo que le corresponde. Había valorado serena y cabalmente la situación con que se enfrentaba. Por supuesto que los guerrilleros tenían dificultades en Vietnam, pero no más de las que estaba padeciendo el ejército francés. Al poner fin a la guerra que los franceses estaban sosteniendo en Vietnam, Mendès-France dio el único paso sensato posible. Francia se retiró de la guerra y evacuó sus tropas.

Todo hubiera ido bien si todo el mundo hubiera cumplido los compromisos suscritos en Ginebra. Después de dos años se hubieran organizado unas elecciones generales y no nos ofrecía duda que Ho Chi Minh —esto es, los comunistas y las fuerzas progresivas del Vietnam— hubiera salido victorioso en ellas. Pero Dulles, ese siniestro personaje, y los Estados Unidos se inmiscuyeron en el asunto e impusieron al pueblo vietnamita una guerra larga y sangrienta, una guerra que aún no ha terminado.

No entraré en la guerra misma porque ha sido enteramente expuesta en la prensa. Sin embargo, me gustaría decir algo acerca de las dificultades con que se enfrentan los vietnamitas a consecuencia del conflicto planteado entre la Unión Soviética y China.

En la fase final de la Conferencia de Partidos comunistas y obreros de 1960 [4] todo el mundo estuvo de acuerdo en firmar una declaración, excepto los chinos, que obstinadamente se negaban a aceptar un determinado punto del documento. Era un punto importante y su inclusión en la declaración era para nosotros una cuestión de principio. Por esta razón no pudimos aceptar la solución de compromiso que proponían los chinos.

Ho Chi Minh se acercó y me dijo:

—Camarada Kruschef, tendréis que ceder ante los chinos en este punto.

—¿En qué podemos ceder? —repliqué—. Es una cuestión de principio.

—Camarada Kruschef, China es un país muy grande con un Partido muy grande. No podéis permitir que se produzca un cisma en el movimiento. Debéis

3. Los ingleses y los franceses quedaron muy contentos con el acuerdo sobre el paralelo 17. Es agradable saber que también lo estaban Ho Chi Minh y Kruschef. Con Dulles ocurrió lo contrario.

4. Esta fue la Conferencia de los partidos comunistas y obreros (estuvieron representados ochenta y uno de ellos) a la que se hizo referencia en el capítulo anterior. El hecho de que China firmase finalmente una resolución de compromiso para salvar las apariencias indujo al mundo a creer, durante algún tiempo todavía, en el carácter monolítico del movimiento mundial comunista.

conseguir que los chinos firmen esta declaración con todos los demás. Este documento sólo puede tener importancia internacional grande si se suscribe unánimemente.

—Camarada Ho Chi Minh, nuestra delegación está dedicando todos sus esfuerzos a mantener la unidad del movimiento comunista. No creas que menospreciamos la talla y el poder del Partido comunista chino. Estamos haciendo todo lo que podemos por mantener a China dentro del abrazo fraternal de los Partidos comunistas. Pero estoy seguro de que comprendes que no podemos comprometer nuestros principios. Y eso es lo que haríamos si cediésemos ante los chinos en este punto. Su posición contradice nuestra perspectiva global del mundo comunista. Dices que China es un país grande y que el Partido chino es un gran partido. Supongo que estarás de acuerdo en que nosotros no somos un país pequeño ni un Partido pequeño. Pero esto es salirse de la cuestión. Todos los Partidos comunistas son iguales y deben gozar de los mismos derechos y oportunidades. Y puesto que esto es así, todas nuestras aspiraciones deben subordinarse a una sola meta, que no es otra que la victoria del movimiento comunista.

Ho Chi Minh se mostró de acuerdo conmigo, pero añadió:

—Para nosotros es doblemente difícil. No olvidéis que China es nuestro vecino más inmediato.

Después de hablar conmigo parece que se fue a hacerlo con los chinos. Por fin, después de muchos esfuerzos por parte de nuestros representantes para negociar con los chinos, encontramos una fórmula mutuamente aceptable y China accedió a firmar la declaración.

Me entristecí mucho después, cuando China rompió de hecho sus relaciones políticas con nosotros. Cuando se puso al descubierto la ruptura entre los partidos comunistas de la Unión Soviética y de China, ésta comenzó a dirigir el partido obrero vietnamita, poniéndole un dogal al cuello. Un amplio sector de la población del Vietnam, y por tanto del Partido, es chino. China empezó a utilizar su considerable influencia para iniciar disputas entre Vietnam y la Unión Soviética y para volver al Partido vietnamita contra nosotros. Algunas de las posiciones claves en la dirección del partido vietnamita están ahora en manos de camaradas pro-chinos. En una época en que estábamos haciendo todo lo posible por ayudar al Vietnam, los elementos pro-chinos allí han estado haciendo todo lo posible por agradar a China. En otras palabras, no sólo han estado trabajando contra nosotros, sino también contra los mejores intereses del propio Vietnam. Es una lástima.

Hemos sido sinceros y generosos en nuestros esfuerzos por ayudar al Vietnam y la hositilidad que nos han mostrado los elementos pro-chinos allí nos ha resultado un píldora difícil de tragar. ¿Por qué traigo esto a colación ahora?

Pues porque se relaciona con el tema de lo que podemos esperar de ellos ahora que Ho Chi Minh ha muerto.

Conforme a lo que leo en la prensa, parece que todo marcha suavemente en las relaciones soviético-vietnamitas. Delegaciones vietnamitas visitan la Unión Soviética y nuestros reporteros van a Vietnam para informar de la lucha del pueblo vietnamita. Sus noticias aparecen con regularidad en la prensa así como en la televisión y los noticiarios.

Pero ciertas informaciones que me han llegado me indican que, de hecho, no todo marcha tan bien como los artículos de periódico y documentales de televisión proclaman. Por lo que yo sé, los vietnamitas están mostrando un cierto recelo injustificado hacia el gobierno y el Partido soviéticos. Esto quiere decir que todavía existen algunas fuerzas pro-chinas en el gobierno vietnamita y en la dirección del Partido obrero. Visto desde fuera parecería que entre Vietnam y la Unión Soviética se desarrollan relaciones amistosas y de mutuo entendimiento. Pero es posible que esta apariencia sea solamente una fachada levantada por los líderes vietnamitas —quizás incluso con las bendiciones chinas— para no perder la ayuda de la Unión Soviética y de otros Partidos comunistas hermanos. Confío desde luego en que no sea este el caso, aunque tengo que admitir la posibilidad de que sí lo sea. Me gustaría creer que el Vietnam desea realmente sostener buenas relaciones con la Unión Soviética, pero supongo que China no soltará a Vietnam de sus garras y que las fuerzas pro-chinas seguirán siendo poderosas en este país. Harán todo lo que puedan para que Vietnam vaya de la mano de China.

Ahora, con la muerte del camarada Ho Chi Minh, el crecimiento contagioso de la influencia pro-china podrá extenderse con más virulencia que nunca. Será una pena que esto suceda y constituiría un pobre monumento conmemorativo al camarada Ho Chi Minh, que tanto talento y energía empeñó en el fortalecimiento de la amistad de su país con la Unión Soviética.

Desde el fallecimiento del camarada Ho Chi Minh ha habido muchos discursos y artículos, de gentes de muy diversas tendencias políticas, intentando todos responder a las preguntas que nos inquietan: ¿Cómo evolucionarán las relaciones entre Vietnam y la Unión Soviética? ¿Y con los países capitalistas? ¿Y con los Partidos comunistas cuyos puntos de vista difieren de los de Mao Tse-tung? ¿Cómo se desarrollarán las relaciones de Vietnam con los dirigentes del Partido chino? ¿Qué cambios habrá en la política de Vietnam? Me gustaría compartir con otros mis impresiones sobre las cosas que he leído y oído e intentar expresar algunas de mis propias ideas acerca de las perspectivas del desarrollo de las relaciones soviético-vietnamitas.

Nadie puede predecir lo que ocurrirá, por supuesto. Hay algunos signos de lo que se puede esperar próximamente, pero tendremos que ser precavidos al hacer

vaticinios porque nada es permanente. Todo se encuentra en estado fundente. Las cosas pueden cambiar en cualquier momento. Por ejemplo, hubo un tiempo en que fueron excelentes las relaciones entre la Unión Soviética y la República popular de China. Eran buenas las relaciones incluso entre los dirigentes soviéticos y Mao Tse-tung. Mas todo esto ha cambiado ahora. Lo mismo podría ocurrir con Vietnam. Nuestras relaciones fueron originariamente muy buenas; y si empeoraron posteriormente no fue por culpa precisamente del Partido comunista de la Unión Soviética. Creo más bien que se debió enteramente al mismo Mao Tse-tung y a su influencia sobre el Vietnam.

Los documentos que me sirven de base para predecir, o intentar adivinar al menos, el curso futuro del Vietnam son el llamado «Testamento» de Ho Chi Minh y el famoso discurso de Le Duan [5]. He leído ambos documentos dos veces, procurando hacerlo con toda atención para interpretarlos correctamente.

En el testamento de Ho Chi Minh nada se dice sobre la enorme y desinteresada ayuda que la Unión Soviética está prestando al Vietnam. Nuestro apoyo ha sido decisivo, porque sin él hubiera sino imposible para Vietnam sobrevivir bajo las condiciones impuestas por los modernos medios de guerra y resistir a un agresor tan rico y poderoso como los Estados Unidos. Pera recibir las armas y equipos apropiados, Vietnam no ha tenido más alternativa que confiar en la Unión Soviética. Para conseguir la victoria ha de contar con las armas apropiadas y éstas solamente las puede obtener de la Unión Soviética. China no puede hoy dar al Vietnam lo que éste necesita. La prensa mundial, incluyendo la de los enemigos del comunismo, reconoce que Vietnam hubiera sido incapaz de llevar adelante su política de resistencia militar contra la agresión americana si no hubiera sido por la ayuda económica y en material facilitada por la Unión Soviética. Tómese, por ejemplo, la noticia de que el ejército norvietnamita de liberación ha lanzado un ataque con cohetes sobre una base aérea de los Estados Unidos. Naturalmente que esos cohetes no habían sido fabricados en las junglas del Vietnam. Vinieron de factorías de la Unión Soviética. Esta, que no está corrompida por motivos venales, se dedica a ayudar a aquellas fuerzas y pueblos que luchan por su independencia, por su libertad económica y política, a aquellos que luchan contra la agresión imperialista.

Más recientemente, hasta los elementos pro-chinos en Vietnam han comenzado a comprender lo necesaria que es la amistad con la Unión Soviética, y la tradición de Ho Chi Minh se ha restaurado en parte. Los vietnamitas actuaron sabiamente cuando volvieron a orientar la línea de su política. Y digo «orientar» porque nunca cambiaron su política fundamentalmente, se limitaron a orientarla en otro sentido: teniendo en cuenta la necesidad de continuar la guerra en el

5. Se refiere a Le Duan, el más anciano de los dirigentes norvietnamitas después de la muerte de Ho.

futuro y dándose cuenta de que solamente la Unión Soviética, y no China, puede prestarles la ayuda que necesitan.

Hoy la brutal contienda continúa encarnizadamente y la victoria está todavía lejos. Pero ya puede entreverse, alboreando en la lejanía, la luz de la victoria del Vietnam sobre el imperialismo americano. Nuestros esfuerzos, por lo tanto, no deben flaquear. Se debe movilizar todo para llevar la lucha del pueblo vietnamita a un final victorioso. En esta guerra está en juego algo más que el pueblo vietnamita. Este está derramando su sangre y entregando sus vidas por el movimiento mundial comunista. ¿Demostrarán los sucesores de Ho Chi Minh la inteligencia suficiente para que la batalla se gane? Sólo el tiempo lo dirá.

20

Fidel Castro y la crisis del Caribe

El relato que nos hace Kruschef de la crisis cubana puede que sea el pasaje más abierto, coherente y circunstanciado de toda la obra. La omisión de ciertos detalles en historia tan conocida apenas importa. Para los observadores sensatos de los acontecimientos, desde muy pronto resultaron muy claros los motivos de Kruschef, que fueron más o menos los que ahora nos describe precisamente. En Occidente se dio demasiada importancia (aunque no lo hizo así el presidente Kennedy) a su humillación al verse forzado a retirar los proyectiles-cohete. Los chinos explotaron este incidente al máximo, igual que los adversarios de Kruschef en el interior de su país. Lo cierto es que consiguió lo que se había propuesto, aunque lo lograse de manera no enteramente idéntica a la prevista: garantizó la seguridad de la Cuba de Castro frente a una auténtica amenaza de invasión. Y logró un entendimiento con el presidente Kennedy, cuyo asesinato fue para él una verdadera desgracia personal.

EXPLICARÉ todo lo concerniente a la crisis del Caribe en octubre de 1962, una crisis que llegó a su punto decisivo de esta manera:

En la época en que Fidel Castro condujo su revolución a la victoria y entró en La Habana con sus tropas, nosotros no teníamos idea de la orientación política que su régimen podía seguir. Sabíamos que había algunos comunistas en el movimiento que Castro dirigía, pero el Partido comunista cubano no tenía contacto con él. El secretario del Comité Central del Partido cubano se había incluso retirado del Partido para poder unirse a Castro en la sierra. Cuando los hombres de Castro tomaron La Habana tuvimos que fiarnos exclusivamente de los informes de prensa y radio, de la misma Cuba y de otros países, para saber lo que estaba sucediendo. La situación, en conjunto, resultaba poco clara. Jamás había-

mos oído hablar de la persona a la que Castro designó como presidente. Más aún, Cuba no había reconocido a nuestro gobierno, de modo que durante mucho tiempo no tuvimos relaciones con el nuevo régimen.

Sin embargo, el personal encargado de asuntos latinoamericanos que había viajado por aquellas tierras sí sabía algo sobre los líderes cubanos. Especialmente de Raúl Castro. Uno de nuestros camaradas, al parecer por simple coincidencia, había hecho con él un viaje a Méjico en el mismo barco. Me contó que había conocido a Raúl y conversado con él, y cómo después Raúl había sido detenido en Méjico ante sus propios ojos. Basándonos en informaciones recogidas por diversos conductos, supimos que Raúl Castro era un buen comunista, aunque al parecer ocultaba las verdaderas convicciones de su hermano Fidel. El Ché Guevara era también comunista, como algunos otros de los dirigentes, o al menos así lo creíamos nosotros. No teníamos ningún contacto oficial con los nuevos líderes cubanos, y, por lo tanto, nada concreto en que basarnos aparte los rumores.

Los acontecimientos comenzaron a desarrollarse con rapidez.

Decidimos enviar a América a Anastas Ivanovich Mikoyan en calidad de huésped de nuestro embajador allí, Anatoli Dobrinin. La misión de Mikoyan era establecer contactos extraoficiales con los directivos del mundo americano de los negocios. Queríamos saber cuáles eran las perspectivas posibles de desarrollo del comercio con América. Y Anastas Ivanovich era la persona lógicamente más indicada para encabezar una misión de este tipo. Ya había estado en Estados Unidos antes de la guerra y todavía conservaba algunos de sus antiguos contactos allí. Esperábamos que, en cuanto hiciese su aparición en Washington, se le acercarían gentes del mundo de los negocios en busca de oportunidades de comerciar con nosotros. En todo caso, Anastas Ivanovich podría captar la dirección en que soplasen los vientos.

Estando Mikoyan en los Estados Unidos, Fidel le invitó a visitar Cuba. Aceptó. Viajó por la isla, observándolo todo y tuvo ocasión de conversar con sus gentes. Seguíamos sin mantener relaciones diplomáticas con Cuba, y Castro sostenía con respecto a nosotros una política muy cautelosa.

Hay una historieta que refleja muy bien la situación cubana y el papel jugado por Fidel Castro en aquellas fechas: los dirigentes de la revolución cubana suben al cielo; San Pedro sale a su encuentro, como representante oficial de Dios, y les ordena alinearse. Y entonces dice: «¡Los comunistas, tres pasos al frente!» Guevara se adelanta y da sus tres pasos; lo mismo hace Raúl; e igualmente algunos otros. Pero el resto, incluyendo a Fidel, permanecen en la fila. Pedro mira a Fidel y grita: «¡Oye, tú, el alto de la barba! ¿Qué pasa? ¿No has oído lo que he dicho? ¡Los comunistas, tres pasos al frente!» La gracia de la historieta está en que mientras todo el mundo, incluido San Pedro, consideraba a Fidel

20

Fidel Castro y la crisis del Caribe

El relato que nos hace Kruschef de la crisis cubana puede que sea el pasaje más abierto, coherente y circunstanciado de toda la obra. La omisión de ciertos detalles en historia tan conocida apenas importa. Para los observadores sensatos de los acontecimientos, desde muy pronto resultaron muy claros los motivos de Kruschef, que fueron más o menos los que ahora nos describe precisamente. En Occidente se dio demasiada importancia (aunque no lo hizo así el presidente Kennedy) a su humillación al verse forzado a retirar los proyectiles-cohete. Los chinos explotaron este incidente al máximo, igual que los adversarios de Kruschef en el interior de su país. Lo cierto es que consiguió lo que se había propuesto, aunque lo lograse de manera no enteramente idéntica a la prevista: garantizó la seguridad de la Cuba de Castro frente a una auténtica amenaza de invasión. Y logró un entendimiento con el presidente Kennedy, cuyo asesinato fue para él una verdadera desgracia personal.

EXPLICARÉ todo lo concerniente a la crisis del Caribe en octubre de 1962, una crisis que llegó a su punto decisivo de esta manera:

En la época en que Fidel Castro condujo su revolución a la victoria y entró en La Habana con sus tropas, nosotros no teníamos idea de la orientación política que su régimen podía seguir. Sabíamos que había algunos comunistas en el movimiento que Castro dirigía, pero el Partido comunista cubano no tenía contacto con él. El secretario del Comité Central del Partido cubano se había incluso retirado del Partido para poder unirse a Castro en la sierra. Cuando los hombres de Castro tomaron La Habana tuvimos que fiarnos exclusivamente de los informes de prensa y radio, de la misma Cuba y de otros países, para saber lo que estaba sucediendo. La situación, en conjunto, resultaba poco clara. Jamás había-

mos oído hablar de la persona a la que Castro designó como presidente. Más aún, Cuba no había reconocido a nuestro gobierno, de modo que durante mucho tiempo no tuvimos relaciones con el nuevo régimen.

Sin embargo, el personal encargado de asuntos latinoamericanos que había viajado por aquellas tierras sí sabía algo sobre los líderes cubanos. Especialmente de Raúl Castro. Uno de nuestros camaradas, al parecer por simple coincidencia, había hecho con él un viaje a Méjico en el mismo barco. Me contó que había conocido a Raúl y conversado con él, y cómo después Raúl había sido detenido en Méjico ante sus propios ojos. Basándonos en informaciones recogidas por diversos conductos, supimos que Raúl Castro era un buen comunista, aunque al parecer ocultaba las verdaderas convicciones de su hermano Fidel. El Ché Guevara era también comunista, como algunos otros de los dirigentes, o al menos así lo creíamos nosotros. No teníamos ningún contacto oficial con los nuevos líderes cubanos, y, por lo tanto, nada concreto en que basarnos aparte los rumores.

Los acontecimientos comenzaron a desarrollarse con rapidez.

Decidimos enviar a América a Anastas Ivanovich Mikoyan en calidad de huésped de nuestro embajador allí, Anatoli Dobrinin. La misión de Mikoyan era establecer contactos extraoficiales con los directivos del mundo americano de los negocios. Queríamos saber cuáles eran las perspectivas posibles de desarrollo del comercio con América. Y Anastas Ivanovich era la persona lógicamente más indicada para encabezar una misión de este tipo. Ya había estado en Estados Unidos antes de la guerra y todavía conservaba algunos de sus antiguos contactos allí. Esperábamos que, en cuanto hiciese su aparición en Washington, se le acercarían gentes del mundo de los negocios en busca de oportunidades de comerciar con nosotros. En todo caso, Anastas Ivanovich podría captar la dirección en que soplasen los vientos.

Estando Mikoyan en los Estados Unidos, Fidel le invitó a visitar Cuba. Aceptó. Viajó por la isla, observándolo todo y tuvo ocasión de conversar con sus gentes. Seguíamos sin mantener relaciones diplomáticas con Cuba, y Castro sostenía con respecto a nosotros una política muy cautelosa.

Hay una historieta que refleja muy bien la situación cubana y el papel jugado por Fidel Castro en aquellas fechas: los dirigentes de la revolución cubana suben al cielo; San Pedro sale a su encuentro, como representante oficial de Dios, y les ordena alinearse. Y entonces dice: «¡Los comunistas, tres pasos al frente!» Guevara se adelanta y da sus tres pasos; lo mismo hace Raúl; e igualmente algunos otros. Pero el resto, incluyendo a Fidel, permanecen en la fila. Pedro mira a Fidel y grita: «¡Oye, tú, el alto de la barba! ¿Qué pasa? ¿No has oído lo que he dicho? ¡Los comunistas, tres pasos al frente!» La gracia de la historieta está en que mientras todo el mundo, incluido San Pedro, consideraba a Fidel

comunista, él no opinaba así. Estimaba que la orden de Pedro no le afectaba.

Poco después de la visita de Mikoyan, establecimos relaciones diplomáticas con Cuba y enviamos la correspondiente delegación. Los americanos habían cortado a los cubanos el suministro de petróleo, su principal fuente de energía, y éstos se vieron forzados a acudir a nosotros en busca de ayuda. La vida en la isla estaba en trance de paralización. Urgía que organizásemos envíos de petróleo a Cuba a escala masiva. Pero esto era más fácil de decir que de poner en práctica. No teníamos suficientes buques transoceánicos en nuestra flota de tanques. Nuestros esfuerzos para suministrar a Cuba los productos petrolíferos que necesitaba recargaron extraordinariamente nuestro propio sistema de fletes y nos obligó a contratar con Italia más petroleros. Cuando este país accedió a poner a nuestra disposición los buques necesarios, se produjo un agudo conflicto entre Italia y América. Los americanos acusaron a los italianos de violar el espíritu de solidaridad con sus camaradas capitalistas. La lección que se desprendía de este incidente era que, si un país capitalista ve la oportunidad de obtener unos beneficios extra del comercio con un país comunista, se preocupa bien poco de la solidaridad económica.

Una vez establecidas nuestras relaciones diplomáticas con Cuba, enviamos como embajador a un veterano diplomático. También teníamos en La Habana a Alekseiev, un periodista que era amigo de Fidel y más aún de Raúl. Cuando los dirigentes cubanos necesitaban algo de nosotros, se solían dirigir con más frecuencia a Alekseiev que a nuestro embajador. Cuando esto ocurría, Alekseiev se ponía inmediatamente en contacto con Moscú y nos comunicaba la petición cubana. Fue una suerte tener allí a ese periodista, porque resultó que nuestro embajador no era el hombre apropiado para desempeñar su misión en un país que acababa de salir de una revolución. Uno de sus problemas fue que se quedó empantanado en medio de una excesiva burocracia. Otro que cuando la situación se caldeó y empezaron los tiros, pidió a los cubanos que le proporcionasen una guardia especial. Los líderes cubanos, guerrilleros curtidos que acababan de bajar de las sierras, quedaron asombrados e irritados ante semejante petición. De manera que allí estaban ellos, ofreciendo a los enemigos de la revolución los blancos más tentadores, yendo de un lado para otro sin ninguna guardia personal, ¡y ahora, aquel comunista aristócrata les venía con su exigencia de protección especial contra toda suerte de posibles molestias! Pudimos comprobar que nuestro embajador estaba haciendo mucho más daño que beneficio a nuestras relaciones con Cuba, así que lo retiramos y en su lugar nombramos embajador a Alekseiev. Los cubanos ya le conocían y confiaban en él; resultó ser una designación muy acertada, pues era la clase de diplomático que necesitaban.

Mientras tanto, el ambiente de conspiración se hacía cada vez más denso. Castro ya no se limitaba a quedarse en los umbrales; empezaba a comportarse

como curtido comunista, si bien todavía no se declaraba como tal. Estaba incorporando comunistas a su gobierno.

Con su política, sin embargo, se estaba ganando muchos enemigos. El presidente que había designado a su llegada al poder, había huido a América, y muchos de los hombres que habían peleado a su lado en su lucha por la independencia, se estaban alejando de él. La razón de todo esto era que muchos de ellos no deseaban las reformas socialistas. Se habían hartado del régimen de Batista y habían luchado de buen grado por derribar el antiguo régimen corrompido, pero ahora estaban en contra de la política de Castro: nacionalización de todos los negocios, medidas restrictivas contra los terratenientes y confiscaciones de bienes pertenecientes a ricos americanos.

Durante todo este tiempo, los americanos habían estado observando a Castro muy de cerca. Creyeron al principio que los puntales capitalistas de la economía cubana permanecerían intactos. De manera que, cuando Castro anunció que iba a llevar a Cuba por el camino del socialismo, los americanos ya habían perdido toda posibilidad de hacer nada mediante el simple ejercicio de su influencia: ya no les quedaba en Cuba fuerzas que pudieran organizar la lucha en beneficio propio. Sólo les quedaba una alternativa: ¡la invasión!

Los cubanos nos pidieron armas. Les suministramos tanques y artillería y les enviamos instructores. Les entregamos, además, cañones antiaéreos y algunos aviones de combate. Como resultado de nuestra ayuda, Cuba quedó fuertemente armada. El ejército cubano carecía, principalmente, de experiencia. Nunca habían usado antes los carros de combate; habían combatido siempre con armas ligeras, fusiles automáticos, granadas de mano y pistolas. Con la asistencia de nuestros instructores aprendieron rápidamente el uso de las armas modernas de que les habíamos provisto.

Por la radio nos enteramos de que se había lanzado una invasión contrarrevolucionaria a Cuba [1]. Ni siquiera sabíamos quiénes eran los invasores. ¿Eran conspiradores cubanos o americanos? Sabíamos, sin embargo, que cualquiera que fuese la bandera bajo la que la invasión se hubiese efectuado, tendría que haber sido respaldada por los americanos.

Las fuerzas de Fidel se pusieron en acción y en breve plazo dieron buena cuenta de los invasores. Los americanos habían depositado demasiada confianza en los conspiradores. Habían presumido que, contando como contaba la invasión con el apoyo americano, los cubanos se unirían a los conspiradores y derribarían a Castro por sí mismos.

Tras la aplastante victoria de Castro sobre los contrarrevolucionarios, intensificamos nuestra ayuda militar a Cuba. Les entregábamos tantas armas como podía absorber el ejército cubano. Aunque el problema seguía siendo el mis-

1. Fue éste el fracaso de Bahía Cochinos, en abril de 1961.

mo: no la cantidad o la calidad del armamento, sino la capacitación del personal que supiese manejar el moderno equipo.

Después de haber deshecho completamente a las fuerzas invasoras, Castro declaró abiertamente que Cuba proseguiría en su camino hacia el socialismo. No nos fue fácil entender la oportunidad de esta afirmación, que tuvo el efecto inmediato de ensanchar la brecha ya existente entre él y la gente que era contraria al socialismo, reduciendo así considerablemente el círculo de aquellos con quienes contaba incondicionalmente contra toda invasión. Por lo que respecta al valor personal de Castro, su posición fue correcta y digna de admiración. Pero, desde un punto de vista táctico, la verdad es que no tuvo mucho sentido [2].

No obstante, en cualquiera de los casos, el hecho era que Castro había obtenido la victoria. Había derrotado a los contrarrevolucionarios, haciéndoles muchos prisioneros. Acogimos con alegría la victoria de Castro, es claro, mas al mismo tiempo estábamos seguros de que la invasión [de Bahía Cochinos] era sólo el comienzo, y de que los americanos no iban a dejar tranquila a Cuba. Los Estados Unidos ya habían depositado una vez su confianza de los emigrados cubanos, y volverían a hacerlo. Los conspiradores emigrados también habían aprendido su lección con la derrota y no dejarían de aprovechar una nueva oportunidad de repetir su agresión.

La posición geográfica de Cuba la ha hecho siempre muy vulnerable a sus enemigos. Sus costas están sólo a unas cuantas millas de las americanas, frente a las que se extienden en forma de salchicha, configuración que favorece extraordinariamente a los atacantes y hace increíblemente difícil la defensa por parte de los isleños. Las posibilidades de invasión son infinitas, sobre todo si el invasor dispone de artillería naval y apoyo aéreo.

Estábamos seguros de que los americanos jamás se conformarían con la existencia de la Cuba de Castro. Temían, tanto como nosotros lo deseábamos, que una Cuba socialista pudiera convertirse en imán que atrajera al socialismo a otros países latinoamericanos. Dada la continua amenaza que suponía la interferencia americana en el Caribe, ¿cuál debería ser nuestra política? Esta pregunta no se apartaba de mi pensamiento y la discutía frecuentemente con los demás miembros del Presidium. Todos estábamos de acuerdo en que América no dejaría en paz a Cuba a menos que nosotros tomáramos posiciones. Teníamos la obligación de hacer todo lo que estuviese en nuestras manos para proteger la existencia de Cuba como país socialista y como ejemplo vivo para los demás países de Latinoamérica. A mi juicio, resultaba claro que muy bien podríamos perder Cuba si no dábamos algún paso decisivo en su defensa.

2. La abierta declaración de Castro de que se apoyaba en principios socialistas, hecha en esta fase de partida, se da de bruces con las enseñanzas de Lenin sobre las tácticas revolucionarias, que atribuyen un alto valor al engaño.

La suerte de Cuba y la conservación del prestigio soviético en aquella parte del mundo eran cosas que me preocupaban constantemente, incluso cuando me hallaba ocupado con otros asuntos de Estado en Moscú o viajando por otros países hermanos. Mientras hacía una visita oficial a Bulgaria, por ejemplo, no podía desechar una idea que me martilleaba el cerebro: ¿qué ocurrirá si perdemos Cuba? Sabía que supondría un golpe terrible para el marxismo-leninismo. Que nuestra talla ante el mundo se vería seriamente disminuida, y muy especialmente en Latinoamérica. Si Cuba caía, los demás países latinoamericanos nos rechazarían, alegando que, pese a toda nuestra fuerza, la Unión Soviética no había sido capaz de hacer nada por Cuba, salvo hueras protestas en las Naciones Unidas. No teníamos más remedio que arbitrar alguna manera de enfrentarnos con América con algo más que palabras. Teníamos que establecer, de manera tangible y eficaz, algún obstáculo disuasorio a la interferencia americana en el Caribe. ¿Pero cuál, exactamente? Y la respuesta lógica era ésta: proyectiles-cohete. Los Estados Unidos habían rodeado ya a la Unión Soviética con sus bases de bombarderos y cohetes. Sabíamos que los cohetes americanos nos estaban apuntando desde Turquía e Italia, por no decir nada de la Alemania Occidental. Nuestros centros industriales vitales estaban amenazados por aviones armados con bombas atómicas y cohetes teledirigidos provistos de cabeza nuclear. Como presidente del Consejo de ministros, me encontraba en la difícil postura de tener que decidir la línea de acción que pudiera servir de respuesta a la amenaza americana pero que, al propio tiempo, evitara también la posibilidad de una guerra. Cualquier mentecato puede iniciar una guerra, mas una vez desencadenada, hasta el más sabio de los hombres es impotente para detenerla, máxime si se trata de una guerra atómica.

Fue durante mi visita a Bulgaria cuando se me ocurrió la idea de instalar en Cuba rampas de cohetes con cabeza nuclear procurando que los Estados Unidos no se enterasen de que estaban allí hasta que fuese demasiado tarde para reaccionar. Daba por supuesto que habría que hablar con Castro primero y explicarle nuestra estrategia, para obtener el consentimiento del gobierno cubano. Mi razonamiento era de este tenor: si instalábamos los cohetes secretamente y procurábamos que los Estados Unidos no descubriesen su existencia hasta después de su asentamiento y cuando ya estuviesen listos para su empleo, los americanos lo pensarían dos veces antes de intentar destruir nuestras instalaciones por medios militares. Sabía que los Estados Unidos podrían aniquilar algunas de nuestras instalaciones, pero no todas. Si sobrevivía una cuarta parte, o incluso una décima parte, de nuestros cohetes —con sólo que quedase en pie uno o dos de los más grandes—, podríamos todavía alcanzar Nueva York y en tal caso no iba a quedar mucho de la ciudad. No pretendo dar a entender que hubiese muerto hasta el último neoyorquino, pero desde luego

sí una terrible cantidad de personas. No sé cuantas: esta es una cuestión que correspondería determinar a nuestros científicos y a nuestro personal militar. Están especializados en guerra nuclear y saben cómo calcular las consecuencias de un impacto de cohete contra una ciudad de las proporciones de Nueva York. Pero esto es salirse de la cuestión. Lo más importante era que el asentamiento de nuestros cohetes en Cuba impediría, así lo estimaba yo, toda acción militar precipitada por parte de los Estados Unidos contra el gobierno de Castro. Así, además de proteger a Cuba, nuestros proyectiles-cohete compensarían lo que Occidente ha dado en llamar «el equilibrio de poder». Los americanos, que habían circundado nuestro territorio de bases militares y nos amenazaban con armas nucleares, aprenderían ahora precisamente lo que se siente cuando se tiene a los cohetes enemigos apuntando hacia uno; no ibamos a hacer más que darles un poco de su propia medicina. Ya era hora de que América aprendiese lo que se siente cuando se ven amenazados el propio territorio y el pueblo propio. Los rusos hemos sufrido tres guerras en el último medio siglo: la primera Guerra Mundial, la guerra civil y la segunda Guerra Mundial. América no ha tenido nunca que luchar en su propio suelo, por lo menos en los últimos cincuenta años. Ha enviado sus tropas a combatir en el extranjero en dos guerras mundiales, y esto le ha supuesto ingentes beneficios. América ha derramado algunas gotas de su sangre mientras conseguía millones y millones desangrando al resto del mundo.

Todos estos pensamientos se agitaban en mi cabeza durante todo el tiempo que permanecí en Bulgaria. Paseaba sin cesar arriba y abajo, mientras cavilaba lo que se podría hacer. No comuniqué a nadie lo que pensaba. Guardé para mí esta agonía mental. Pero poco a poco, la idea de instalar cohetes en Cuba fue madurando en mi interior. Cuando regresé de Bulgaria a Moscú seguía pensando en esta posibilidad. Finalmente, convoqué una reunión diciendo que tenía algunas ideas que exponer sobre el tema de Cuba. Allí expuse ampliamente todas las consideraciones que acabo de bosquejar. Presenté mi idea en el contexto de la invasión contrarrevolucionaria que Castro había rechazado recientemente. Afirmé que sería estúpido confiar en que la segunda e inevitable invasión fuera a estar tan mal planeada y tan mal ejecutada como la primera. Hice la advertencia de que Fidel sería aplastado si se lanzaba contra Cuba una nueva invasión y dije que tan sólo nosotros podríamos impedir que ocurriera semejante desastre.

Tras las oportunas discusiones en el seno del gobierno, resolvimos instalar en Cuba equipos de lanzamiento de proyectiles-cohete de alcance medio y bombarderos I1-28. Aunque estos últimos estaban ya anticuados, serían útiles de todas formas contra una fuerza de desembarco enemiga. El I1-28 era demasiado lento para volar sobre territorio enemigo porque podría ser derribado con cierta

facilidad, pero resultaba muy apto para la defensa costera. Había sido en su día nuestro primer bombadero a reacción. Entonces había dado excelentes resultados en vuelo, pero en la época en que ayudábamos a Cuba, el I1-28 había dejado ya de fabricarse.

Poco después de iniciar nuestros embarques de cohetes a Cuba, los americanos empezaron a sospechar algo. Su servicio secreto denunció que el número de barcos nuestros navegando a Cuba se había incrementado repentina y sustancialmente y que era nuestro propio personal el que descargaba estos barcos cuando arribaban a los puertos cubanos, porque no permitíamos a los cubanos intervenir en las operaciones de descarga ni en la instalación de los cohetes. Aunque los americanos no tenían noticia directa de lo que estábamos enviando, sabían que, fuese lo que fuese, el hecho era que lo estábamos haciendo con nuestras propias manos. No debieron tardar mucho en llegar a la conclusión, apoyándose en fotografías aéreas de reconocimiento, de que estábamos instalando rampas de lanzamiento de cohetes. Tuvieron también conocimiento del estacionamiento en Cuba de los bombarderos I1-28.

Los americanos se alarmaron y suspendimos los embarques. En la época en que la crisis alcanzó su punto álgido, ya habíamos enviado cosi todo lo previsto.

Hay quien argumenta a posteriori que, antes de instalar los proyectiles-cohete balísticos, se deberían haber instalado cohetes antiaéreos, con objeto de cerrar previamente el espacio aéreo cubano, cosa que no tiene sentido. ¿Cuántos cohetes tierra-aire se podrían haber asentado en una minúscula isla en forma de salchicha? Hay un límite para el número de instalaciones de lanzamiento que se pueden situar en una isla tan pequeña como Cuba. De manera que, una vez lanzados todos los cohetes tácticos de que se dispusiera, hubiera quedado totalmente desguarnecida. Además de que los cohetes antiaéreos tienen un alcance pequeño. Las baterías antiaéreas pueden ser batidas fácilmente desde el aire y el mar.

Quiero dejar una cosa completamente en claro: cuando llevamos nuestros cohetes balísticos a Cuba, nuestra intención no era ni mucho menos provocar una guerra. Bien al contrario, nuestra única meta era disuadir a los americanos de que comenzasen una guerra. Teníamos plena conciencia de que la iniciación de un conflicto armado sobre Cuba se habría de transformar rápidamente en una guerra mundial. Cualquier idiota podría haber iniciado una guerra entre América y Cuba. Esta se encuentra a once mil kilómetros de distancia de la Unión Soviética. Sería estúpido creer que queríamos invadir el continente americano desde Cuba. Nuestro objetivo, precisamente, era todo lo contrario: deseábamos impedir que los americanos invadiesen Cuba. Situando frente a ellos nuestros cohetes, queríamos decirles que habrían de meditarlo bien antes de

decidirse. Y esta meta la conseguimos, aunque no sin superar antes un período de peligrosa tensión.

Cuando los americanos descubrieron lo que proyectábamos en Cuba, montaron contra nosotros una gigantesca campaña de prensa, alegando que estábamos amenazando la seguridad de los Estados Unidos, etc. En suma, la hostilidad comenzó a crecer, al mismo tiempo que la prensa americana atizaba el fuego. Luego, cierto día de octubre, el presidente Kennedy salió con una declaración advirtiendo que los Estados Unidos adoptarían cualquier medida que fuese necesaria para eliminar lo que él llamó la «amenaza» de los cohetes rusos en Cuba. Los americanos empezaron a desplegar una beligerante exhibición de su poder. Concentraron sus fuerzas contra Cuba, rodeando completamente la isla con su escuadra. Las cosas empezaban a desorbitarse. Estimábamos que los americanos estaban intentando asustarnos, pero que ellos no estaban menos aterrorizados que nosotros ante la posibilidad de una guerra atómica. No habíamos tenido tiempo de efectuar todos nuestros embarques a Cuba, pero habíamos instalado ya cohetes suficientes para destruir Nueva York, Chicago y las demás grandes ciudades industriales, no digamos la pequeña localidad de Washington. No creo que América se haya enfrentado jamás con una amenaza de destrucción tan real como en aquellos días.

Entretanto, seguíamos ocupándonos de nuestros asuntos. No nos dejamos intimidar. Nuestros buques, con los restos de nuestros envíos a Cuba, atravesaban con decisión toda una flota de la armada americana, sin que los buques americanos intentasen detener, ni siquiera registrar, a los nuestros. Seguíamos creyendo que, mientras los americanos se limitasen a simples amenazas y no nos tocasen de hecho, nos sería posible fingir que ignorábamos sus provocaciones. Después de todo, los Estados Unidos no tenían planteada ninguna discusión moral o legal con nosotros. No habíamos entregado a los cubanos nada más que lo que los americanos habían dado o estaban dando a sus aliados. Teníamos los mismos derechos y oportunidades que ellos. Nuestro comportamiento en la palestra internacional se debía regir por las mismas reglas y límites válidos para los americanos.

Ya habíamos terminado casi nuestros envíos cuando la crisis llegó a su punto de ebullición. La prensa occidental comenzó a revolverse airada y alarmada. Nosotros replicamos en consecuencia, aunque no de manera tan histérica. Nuestro pueblo estaba plenamente informado de la situación tan peligrosa a la que se había llegado, aunque tuvimos buen cuidado, por la forma en que presentamos los acontecimientos, de no causar el pánico.

Recuerdo un período de seis o siete días en que el peligro se agudizó de manera muy especial. Para que descendiera de algún modo la temperatura a que había llegado la situación, propuse a los otros miembros del gobierno:

—Camaradas, vámonos al teatro Bolshoi esta noche. Nuestro pueblo y los observadores extranjeros se darán cuenta y quizá esto les tranquilice un poco. Pensarán que si Kruschef y los demás dirigentes son capaces de irse a la ópera en un momento como éste, será porque al menos esta noche se podrá dormir tranquilamente. Intentábamos disimular nuestra propia ansiedad, que era por cierto muy intensa [3].

Comenzó entonces el intercambio de notas. Yo dictaba nuestros comunicados y dirigía personalmente las negociaciones. Una de las noches más peligrosas la pasé en el despacho del Consejo de ministros en el Kremlin. Allí dormí en un sofá, con la ropa puesta. No quería que me sucediese como al ministro occidental al que los acontecimientos de Suez de 1956 habían sorprendido literalmente en calzoncillos, con los que tuvo que correr de un lado a otro hasta que se resolvió la situación de emergencia. Yo estaba listo para el momento en que pudiesen llegar las noticias alarmantes y quería estar dispuesto a reaccionar inmediatamente.

El persidente Kennedy lanzó un ultimátum exigiendo que retirásemos de Cuba nuestros cohetes y bombarderos. Me acuerdo perfectamente de aquellos días. Recuerdo especialmente bien el intercambio de mensajes con el presidente Kennedy, pues lo había iniciado yo y estuve en el centro mismo del asunto hasta el final de nuestra correspondencia. Asumo toda la responsabilidad ante el hecho de que el presidente y yo estuviésemos en contacto directo en el momento más crucial y peligroso de la crisis.

A los cinco o seis días se produjo la culminación de los acontecimientos, cuando nuestro embajador en Washington, Anatoli Bobrinin, nos comunicó que el hermano del presidente, Robert Kennedy, había ido a verle en visita extraoficial. El informe de Dobrinin era más o menos de este tenor:

«Robert Kennedy parecía agotado. Se podía suponer por el aspecto de sus ojos que llevaba varios días sin dormir. El mismo dijo que hacía seis días y seis noches que no había aparecido por su casa. Dijo que el presidente estaba en una grave situación y añadió que no sabía cómo salir de ella. Que estaban sometidos a una tensión muy fuerte y que de hecho sus consejeros militares estaban presionándoles para que se hiciera uso de la fuerza contra Cuba. Manifestó que, probablemente, en ese preciso momento el presidente estaría redactando un mensaje para el presidente Kruschef. Me pedían que transmitiese dicho mensaje directamente por conducto extraoficial. En él se pide al presidente Kruschef que acepte su ofrecimiento y tenga en cuenta las peculiaridades del

3. Cuando los dirigentes del Kremlin aparecen sonrientes y en corporación en el teatro Bolshoi, frecuentemente (aunque no infaliblemente) quiere decir que se está fraguando alguna crisis. Entre las situaciones de este tipo se puede recordar muy bien la de la velada que precedió a la detención de Beria. Por supuesto que el mismo Beria acudió a la reunión.

sistema americano, en el que, aunque el mismo presidente es contrario a que se desencadene una guerra a propósito de Cuba, puede producirse un encadenamiento irreversible en los acontecimientos contrario a su voluntad. Por eso se solicita directamente la colaboración del presidente Kruschef en la liquidación de este conflicto. Añadió que, si esta situación se prolonga mucho más, el presidente no está seguro de que los militares no le derriben tomando el poder. El ejército americano puede escapar a su control.»

Yo no había descartado esa posibilidad. Sabíamos que Kennedy era un presidente joven y que la seguridad de los Estados Unidos estaba ciertamente amenazada. Durante algún tiempo habíamos vislumbrado el peligro de que el presidente pudiese perder el control de sus militares, cosa que ahora admitía él mismo. El mensaje de Kennedy repetía con carácter urgente su petición de que retirásemos los cohetes y bombarderos de Cuba. Por el tono del comunicado pudimos verificar que la tensión en los Estados Unidos estaba alcanzando realmente un punto crítico.

Redacté una respuesta a Kennedy en la que manifestaba que habíamos instalado los cohetes con el exclusivo objeto de defender Cuba, y que, aparte de eso, no perseguíamos otros fines: sólo impedir una invasión de la isla y garantizar a Castro que podría seguir el camino trazado por su propio pueblo frente al que le pudiera ser dictado por un tercer país.

Aunque el intercambio de notas siguió el cauce de los canales diplomáticos, las cartas más confidenciales llegaron hasta nosotros a través del hermano del presidente. Este había dado a Dobrinin su número telefónico pidiéndole que le llamase a cualquier hora. Una de las veces en que Robert Kennedy habló con Dobrinin lo hizo casi llorando: «Hace días que no veo a mis hijos, y el presidente tampoco ha visto a los suyos. Pasamos día y noche en la Casa Blanca; no sé cuánto tiempo más podremos contener a nuestros generales.»

Nos convencimos de que tendríamos que reorientar rápidamente nuestra posición.

—Camaradas —les dije—, tenemos que buscar un camino digno para salir de este conflicto. Por supuesto que al mismo tiempo debemos asegurarnos de que no comprometemos a Cuba.

Remitimos una nota a los americanos participándoles que estábamos de acuerdo en retirar nuestros cohetes y bombarderos con la condición de que el presidente nos diese seguridades de que no se repetiría una invasión de Cuba por parte de las fuerzas de los Estados Unidos o de otro país cualquiera. Kennedy, finalmente, se dio por vencido y accedió a hacer una declaración expresa dentro de la línea propugnada por nosotros.

Quisiera dejar constancia de que la política seguida, desde la iniciación misma del asunto, había sido elaborada colectivamente, por lo que a nosotros

respecta. Sólo al cabo de dos o tres largas sesiones habíamos decidido que merecía la pena aceptar el riesgo de la instalación de los cohetes en Cuba. Mi idea era que tanto esta decisión inicial como las subsiguientes las adoptáramos todos con entera libertad. Me aseguré de que todos nosotros disponíamos del tiempo suficiente para que el problema cristalizase en la mente de cada uno. Quise que en todo momento mis camaradas aceptasen y apoyasen cada decisión con clara conciencia y perfecta comprensión de cuáles podían ser las consecuencias de todo el asunto de los cohetes en Cuba, concretamente: la guerra con los Estados Unidos. Cada paso que dimos fue considerado cuidadosamente por la colectividad de dirigentes.

Tan pronto como anunciamos públicamente que estábamos dispuestos a retirar nuestros cohetes de Cuba, los americanos se pusieron en plan arrogante e insistieron en enviar a la isla un equipo de inspección. Respondimos que para hacer semejante cosa tendrían que conseguir primero el permiso del gobierno cubano. A la sazón, la prensa china y la americana pregonaban a los cuatro vientos cómo Kruschef se había vuelto un cobarde y daba la espalda. No negaré que nos vimos obligados a hacer algunas importantes concesiones en interés de la paz. Consentimos incluso en que se inspeccionaran nuestros buques, aunque sólo desde el aire. Jamás dejamos a los americanos poner el pie en la cubierta de nuestros barcos, pero procuramos que se convencieran de que estábamos retirando efectivamente nuestros cohetes.

Una vez que comenzamos la evacuación de nuestro material, nos quedó la duda de si los americanos replegarían las fuerzas navales que rodeaban la isla. Nos preocupaba la posibilidad de que tan pronto como nos retirásemos nosotros pudieran los americanos pasar a la ofensiva. Pero no, prevaleció el buen sentido. Sus buques comenzaron a abandonar las aguas territoriales cubanas, aunque sus aviones seguían describiendo círculos alrededor de la isla. Castro dio orden de abrir el fuego en caso necesario, y los cubanos llegaron a derribar un U-2 americano de reconocimiento. Así pues, al igual que en el caso de Gary Powers, otro espía americano había sido abatido a causa de nuestros cohetes [4]. El incidente originó un verdadero alboroto. Al principio nos inquietó la posibilidad de que el presidente Kennedy no fuese capaz de encajar la humillación. Afortunadamente, sin embargo, nada ocurrió, salvo que los americanos se mostraron más descarados que nunca en su propaganda. Hacían todo lo posible para herir nuestro orgullo y para dejar a Kennedy en buen lugar. Mas esto no importaba siempre que retirasen sus tropas y replegasen sus fuerzas aéreas.

La situación se iba estabilizando. Casi inmediatamente después de que el presidente y yo hubiésemos intercambiado las correspondientes notas en el

4. El piloto del U-2, mayor Rudolf Anderson, hijo, fue muerto en efecto al ser derribado su aparato el 27 de octubre de 1962.

momento más crítico, nuestras relaciones con los Estados Unidos empezaron a volver a la normalidad. Nuestras relaciones con Cuba, por el contrario, empeoraron súbitamente. El mismo Castro dejó de recibir a nuestro embajador. Parecía que ante los ojos de los cubanos, al retirar nuestros cohetes, habíamos sufrido una derrota moral. Nuestras acciones en Cuba, en lugar de subir, bajaron.

Resolvimos enviar a Mikoyan a Cuba.

—No hay mejor diplomático que Mikoyan para una misión como esta —propuse—. Discutirá la situación con los cubanos con toda calma.

Aunque no todo el mundo suele entender lo que dice cuando habla, el hecho es que Mikoyan es persona muy razonable. A lo largo de los años había jugado un papel importante en la evolución de nuestro comercio exterior y se había acreditado como habilidoso negociador.

Fue entonces cuando Castro propuso sus cuatro o cinco condiciones para la normalización de sus relaciones con los Estados Unidos. Con todo corazón le apoyamos en su petición de que los americanos abandonasen la base naval establecida en la bahía de Guantánamo. Apoyo con el que ha contado hasta el día de hoy, aunque los americanos sigan allí y nadie sepa cuándo piensan marcharse.

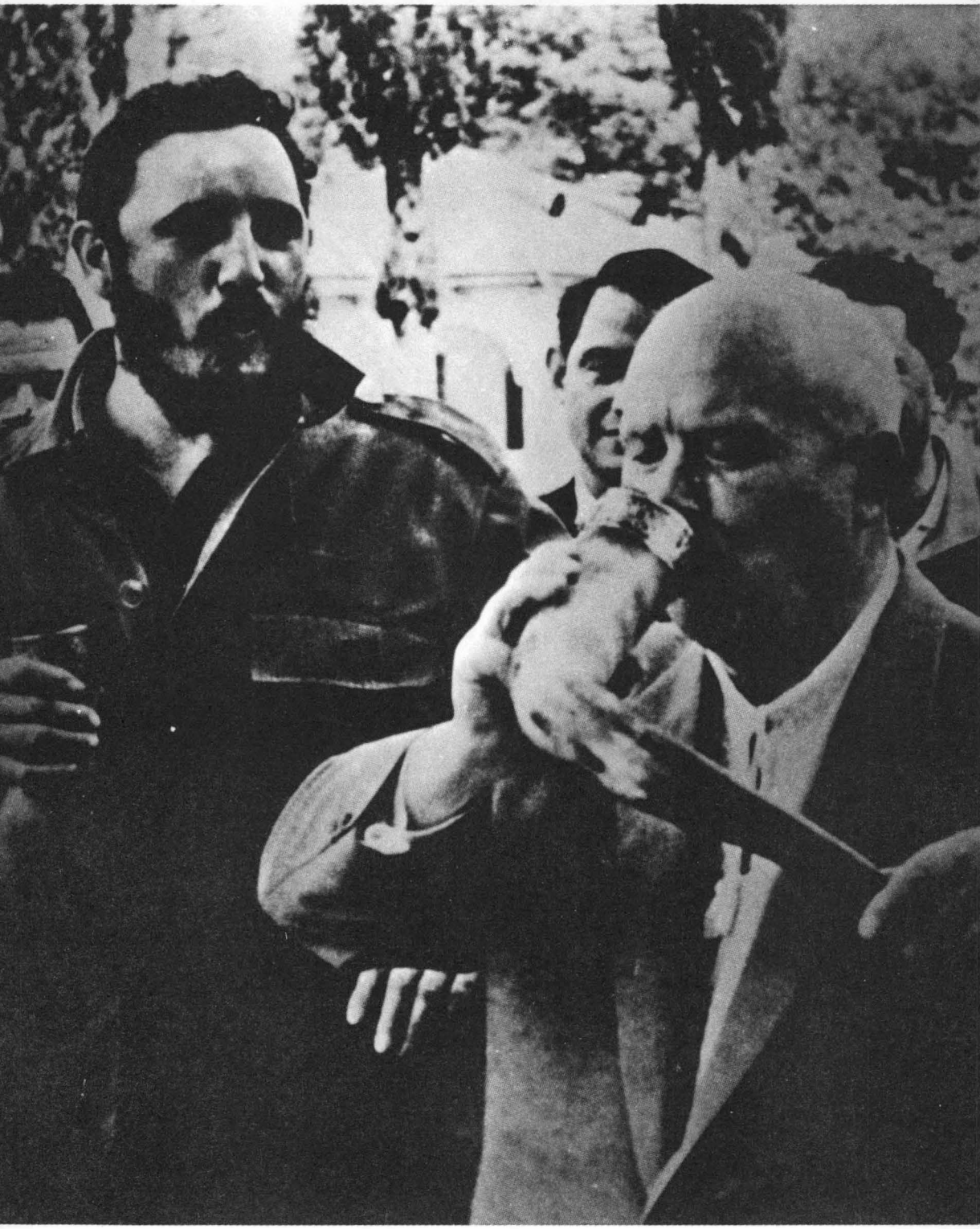
En nuestras negociaciones con los americanos durante la crisis, considerada en su conjunto, aquéllos se habían mostrado más bien abiertos y un tanto cándidos con respecto a nosotros, especialmente Robert Kennedy. Sabían que si se derramaba sangre rusa en Cuba, era cierto que correría la sangre americana en Alemania. Posibilidad que el gobierno americano trató de evitar a toda costa. Había sido, por no decir otra cosa, una interesante situación de desafío. Las dos naciones más poderosas del mundo se habían puesto frente a frente, con el dedo apoyado en el botón. Hubiera podido creerse que la guerra era inevitable. Pero ambas partes demostraron que si el deseo de evitar la guerra es suficientemente fuerte, incluso la más encarnizada disputa puede resolverse mediante la negociación. El episodio terminó con el triunfo del sentido común. Recuerdo siempre con profundo respeto al entonces presidente porque, a fin de cuentas, supo mostrarse serenamente determinado a evitar la guerra. No se dejó asustar ni actuó precipitadamente. No valoró excesivamente el poderío americano y supo encontrar un camino de salida a la crisis. Dio muestras de una verdadera sensatez y calidad de hombre de Estado cuando supo dar la espalda a las fuerzas de extrema derecha de los Estados Unidos que intentaron incitarle a la acción militar contra Cuba. A pesar de lo cual, fue una gran victoria para nosotros el haber podido obtener de Kennedy la promesa de que ni América ni ninguno de sus aliados invadirían Cuba jamás.

Pero Castro no veía así las cosas. Le había molestado que hubiésemos retirado los cohetes. Entretanto, los chinos andaban no sólo escandalizando pública-

1962. Con Castro junto al lago Ritsa, en el Cáucaso,
después de la crisis de los missiles en Cuba.

Castro y el nieto de Kruschef, Nikita.

Castro fotografía a la familia Kruschef.



Bebiendo vino en los tradicionales cuernos georgianos; mayo de 1962.

mente sino también susurrando a los oídos de Castro: «¡Recuerda que no se puede confiar en que los imperialistas mantengan las promesas que hacen!» En otras palabras: los chinos estaban explotando el episodio para desacreditarnos a los ojos de los cubanos.

Tras consultar con Mikoyan a su regreso de La Habana, me decidí a escribir una carta a Castro expresándole con toda sinceridad mis impresiones de todo lo que había ocurrido. «Lo más importante de la crisis del Caribe —le decía— es que se ha garantizado la existencia de una Cuba socialista. Si Cuba no hubiese padecido esta prueba, es muy probable que los americanos hubiesen organizado otra invasión para liquidar su forma socialista de vida. Ahora que la tensión ha pasado y que hemos pactado unos compromisos con el gobierno americano, será muy difícil toda intervención de éstos. Si los Estados Unidos pusieran en marcha una invasión, la Unión Soviética tendría pleno derecho para atacar. Así pues, hemos asegurado la existencia de la Cuba socialista al menos por otros dos años, mientras Kennedy esté en la Casa Blanca. Y tenemos razones para creer que será reelegido para otro mandato. Consecuentemente, puede que siga en su cargo por otros seis años en total. El poder contar con seis años en los tiempos en que vivimos no es poca cosa. Aparte de que en seis años a contar desde ahora se modificará probablemente el actual equilibrio de poder existente en el mundo, ¡y variará en favor nuestro, en favor del socialismo!»

Mi carta a Castro puso fin a un episodio de la historia mundial en el que, poniendo al mundo al borde mismo de la guerra atómica, ganamos a Cuba para el socialismo. Personalmente, me resulta muy consolador saber que por nuestra parte se actuó correctamente y que realizamos una gran hazaña revolucionaria al no permitir que el imperialismo americano nos intimidara. La crisis del Caribe fue un triunfo de la política exterior soviética y un éxito personal en mi propia carrera, como estadista y como miembro de una dirección política colegiada. ¡Diría que conseguimos un éxito espectacular sin necesidad de disparar un solo tiro!

Han transcurrido ya algunos años y nos complace comprobar que el gobierno revolucionario de Fidel Castro sigue en pie y en auge. Hasta el momento, los americanos han respetado su compromiso de no intervenir en Cuba ni permitir que otros lo hagan.

Recuerdo la última conversación que sostuve con el camarada Fidel Castro Estábamos en Pitsunda [estación balnearia del Cáucaso en la que se halla instalada una dacha del gobierno] y discutíamos acerca de la cosecha de azúcar de Cuba. Los ojos de Castro ardían en deseos de iniciar lo más pronto posible la tarea de revolucionar la agricultura cubana. Sabía que el único camino realista para elevar la economía cubana consistía en el incremento de la producción

azucarera, para lo cual necesitaba tractores, máquinas cosechadoras y refinerías modernas. Durante nuestra charla afirmó Castro que su objetivo era dominar el mercado internacional del azúcar. Le señalé que los precios mundiales del azúcar, que habían experimentado una inflación a partir del bloqueo de este producto cubano, volverían a la normalidad en cuanto otros países aumentasen su producción para satisfacer la demanda mundial. Y resultó que tenía razón: la inflación de los precios del azúcar, que tan lucrativa hubiese resultado para Cuba si la transitoria situación del mercado que la provocaba se hubiese prolongado por más tiempo, se normalizó muy pronto.

Lo importante es que Cuba se está desenvolviendo muy bien. Hemos leído en los periódicos que Cuba se ha propuesto llegar a los diez millones de toneladas de azúcar para el año 1970, año memorable para toda la humanidad progresista, como centenario que es del nacimiento del gran Lenin. Me alegro mucho por el pueblo cubano de que hayan llegado tan lejos en su progreso.

Hoy día Cuba existe como país socialista independiente, justo frente a las fauces abiertas del voraz imperialismo americano. Su misma existencia es una buena propaganda para los otros países latinoamericanos, alentándoles a seguir su ejemplo y a elegir el camino del socialismo. Los demás pueblos latinoamericanos se están dando cuenta ya de los pasos que tienen que dar para liberarse de los imperialistas y monopolistas americanos. Es de esperar que el ejemplo de Cuba continúe brillando como una luminaria.

En cuanto a Kennedy, su muerte fue una gran pérdida. Estaba dotado de una gran habilidad para resolver los conflictos internacionales mediante la negociación, como todo el mundo tuvo ocasión de comprobar durante la llamada crisis cubana. Pese a su juventud, fue un verdadero estadista. Creo que si hubiera vivido, las relaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos hubieran sido mucho mejores de lo que son. ¿Por qué digo esto? Pues porque Kennedy jamás hubiera permitido que su país se encenagase en el Vietnam.

Tras la muerte del presidente Kennedy, su sucesor, Lyndon Johnson, nos aseguró que mantendría su promesa de no invadir Cuba. Hasta ahora los americanos no han quebrantado su palabra. Si alguna vez lo hicieran, todavía disponemos de los medios necesarios para cumplir nuestro compromiso con Castro y defender Cuba.

21

En defensa del paraíso socialista

El presente capítulo ofrece un retrato de admirable claridad de las limitaciones y no menos extraordinarias virtudes de Kruschef como hombre político. Comienza con una visión del escenario político que, además de por la obtusa perspectiva individual del autor, se halla ofuscada por una serie de prejuicios comunistas; sin embargo, termina revelando una amplitud de comprensión y una honda perspicacia casi desconocidas entre los políticos en general. A pesar de todos los defectos, que le acompañaron hasta el final de su carrera, Kruschef es un sujeto extraordinario, en cuanto que toda su vida fue un constante progreso y desarrollo. El campesino de Kalinovka, rudo, dominador, violento, a veces vengativo, jactancioso, preñado de artimañas villanas, carente de educación, en su acepción convencional, y con una inteligencia que nunca fue totalmente adiestrada, albergaba dentro de sí unas dotes de carácter, de imaginación, tal vez incluso de humildad, que le apartaban del resto de sus colegas y le colocaban en un plano superior. Nunca pudo escapar enteramente de la prisión de su pasado ni de los defectos de su modo de ser, pero en estas páginas se revela, como lo hizo con energía creciente en sus últimos años de actividad, el estadista decidido con destellos de profunda sabiduría que, en otras circunstancias, podría haberse convertido en descollante figura mundial, merecedora del respeto general.

HEMOS tenido la suerte de vivir en una época en la que la Unión Soviética está considerada, desde el punto de vista de su capacidad económica, como la segunda gran potencia mundial. En cierta ocasión MacMillan me confesó:

—¿Qué es hoy Inglaterra? Ya no es el imperio de otros tiempos, cuando dominaba los mares y hacía oír su voz en la política universal; hoy por hoy, las decisiones las toman los Estados Unidos y la Unión Soviética.

El presidente De Gaulle me hizo la misma confesión, con palabras casi idénticas, con el tono desapasionado que le caracterizaba:

—Señor Kruschef, las dos grandes potencias son ahora los Estados Unidos y la Unión Soviética; Francia ha dejado de gozar del prestigio y de la influencia que un día poseyó.

Los dos estadistas, como se ve, reconocieron la importancia de nuestro país en la escena mundial.

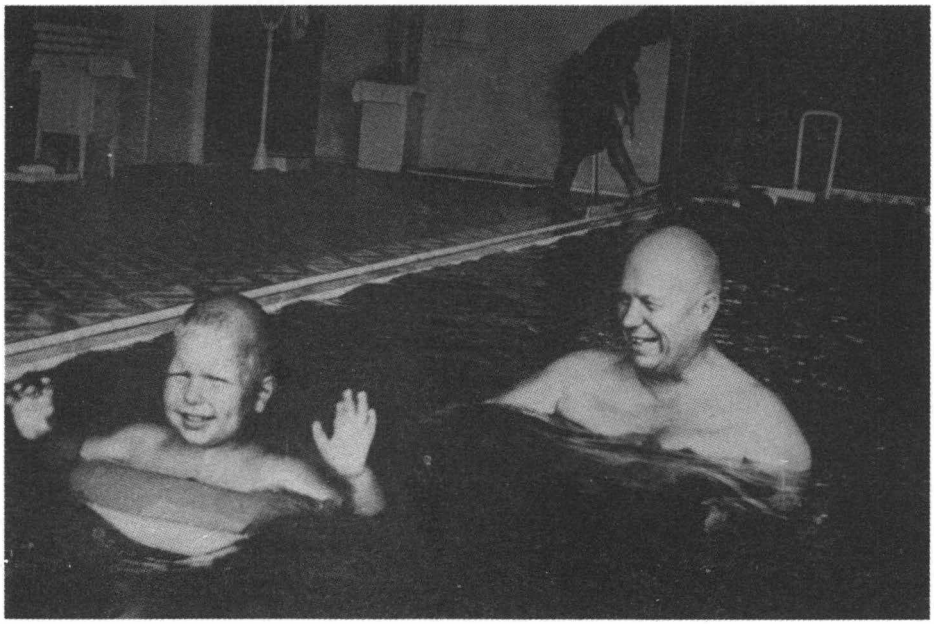
A lo largo de estos años, la Unión Soviética ha incrementado su prestigio ante los ojos de todos los que luchan por la paz, por el progreso y por la liberación del colonialismo. Los objetivos de nuestra política exterior nunca persiguieron el enriquecimiento de nuestra nación a costa de los demás Estados, pues nunca hemos creído en la explotación del hombre por el hombre, ni en la de un Estado por otro, sino que, por el contrario, nuestros planes políticos y nuestros propios hechos han estimulado a los distintos países a percibir los frutos obtenidos de su trabajo. Les hemos ayudado no sólo con el asesoramiento y el ejemplo, sino también con entregas gratuitas de mercancías o con la venta, a bajo precio, de productos y bienes de equipo. Nuestra política internacional está imbuida de la arraigada convicción de que las directrices marcadas por Lenin apuntan a la única solución futura de la Unión Soviética, así como de todos los demás países y gentes del universo.

Podemos poner como ejemplo nuestra política con Afganistán. Estuve allí en 1955, junto con Bulganin, que presidía la delegación, a la vuelta de un viaje a la India. El rey de Afganistán nos había invitado a visitar Kabul, y tras nuestras entrevistas con el monarca y sus ministros nos pudimos dar clara cuenta del atraso económico que el país padecía; era obvio que los afganos trataban de hallar solución a sus problemas.

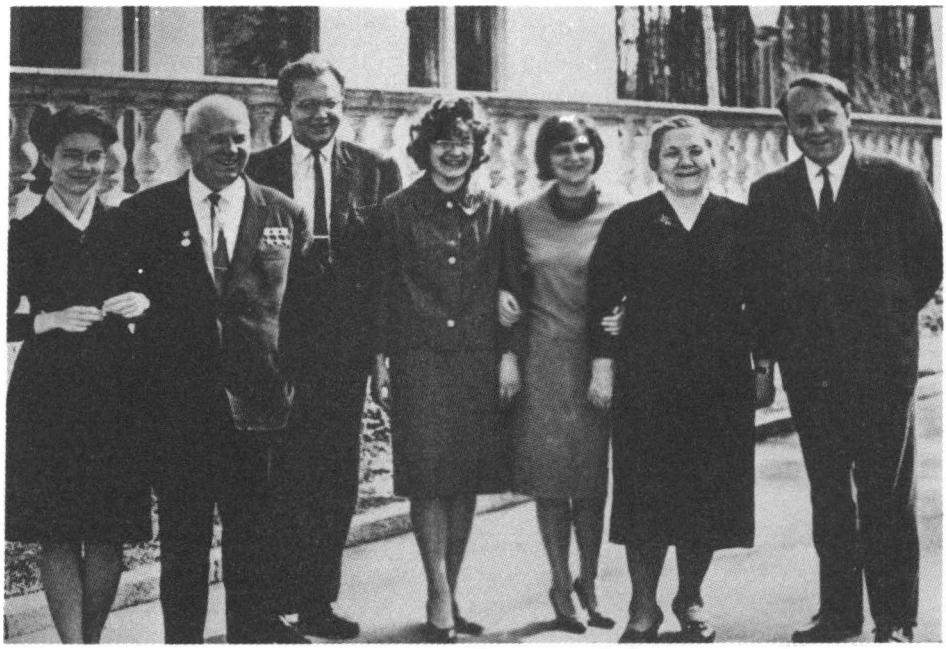
Era también patente que los americanos estaban cortejando a su gobierno; llevados por el deseo de cercarnos con sus bases militares, se mostrarían pródigos con un país como Afganistán y darían la sensación de volcarse en su ayuda económica, cuando en realidad su primordial interés se reduciría a la obtención de favores políticos. Los americanos habían emprendido y financiado todo tipo de empresas, entre otras la construcción de carreteras y la generosa concesión de créditos, pero su asistencia no reflejaba las intenciones sinceras y caritativas del rico por ayudar al pobre. Ciertamente, el denominado programa de ayuda exterior de los Estados Unidos no es más que parte de una campaña de aprovechamiento de las graves dificultades económicas de naciones en la situación de Afganistán; ni siquiera se preocupan excesivamente por ocultar sus verdaderos objetivos, como tampoco se colocan, al menos, una hoja de parra que tape sus motivos egoístas y militaristas. Ya hemos descubierto lo que ocurre cuando los capitalistas, imperialistas, monopolistas y militaristas americanos, en

Agosto de 1961. Recibimiento al cosmonauta Titov en el aeropuerto de Vnukovo. En segundo plano, de izquierda a derecha, Kozlov, Suslov, Brezhnev y Gagarin. Detrás de Titov, un grupo de esposas de cosmonautas.

1962. Crucero por el río Dnieper, en Ucrania.



Kruschef con su nieto Nikita en 1963.



Kruschef y su mujer en una casa de Usovo, Ucrania, con sus hijos Helen, Serguei, Julia y Rada, y su yerno A. I. Adzhubei, marido de Rada.

De vacaciones en el antiguo palacio del zar Alejandro III en Crimea, en 1961. Al fondo, a la izquierda, Ulbricht de Alemania oriental y Gomulka de Polonia; a la derecha, Suslov y Brezhnev.

En Zavidova, cerca de Moscú, en 1963.

amigable pandilla, meten sus narices en los asuntos de los demás países asiáticos; insisten con sus generosos ofrecimientos de ayuda económica y consiguen otra firma en el pacto de la SEATO. Pakistán se adhirió a él, y lo mismo pretendieron hacer con la India, pero, gracias al gobierno de Nehru, el país se negó y se reafirmó como una nación independiente de todo bloque militar.

Durante nuestra visita al Afganistán, pudimos apreciar la penetración americana y la intención de instalar allí una base militar.

Nosotros, por nuestra parte, hemos construido una industria panificadora, una línea de ferrocarril y una serie de establecimientos de enseñanza, al tiempo que nos hemos comprometido a terminar varios centenares de kilómetros de carreteras, muy importantes política y económicamente porque se extienden a lo largo de la frontera afgano-iraní.

Estoy profundamente convencido de que el capital que hemos invertido en el país no ha sido gastado en vano, ya que nos hemos granjeado la confianza y amistad de los afganos y hemos impedido su caída en la trampa americana y que picaran el anzuelo cebado con una carnada de dólares.

No cabe duda de que, en el supuesto de que los afganos no hubieran hecho amistad con nosotros, la habrían trabado con los americanos gracias a lo que éstos entienden como «ayuda humanitaria». El importe total de los fondos que hemos dedicado a nuestra ayuda gratuita a Afganistán es como una gota de agua frente al océano del precio que hubiéramos tenido que pagar de habérsenos amenazado con una base americana situada en territorio afgano. Tendríamos que intentar adivinar los recursos que habríamos necesitado para destacar nuestras fuerzas militares —cuyos gastos tendrían que ser pagados por nuestro propio pueblo— a lo largo de esta otra frontera, sin obtener otros frutos provechosos.

Creo que nuestra política internacional debe inspirarse, en parte, en una vieja costumbre popular que conocí en mi niñez. Cuando una madre de familia visitaba a los amigos o parientes del pueblo cercano, nunca lo hacía sin llevarles un paquete de pasteles o, como era usual en la provincia de Kursk, una docena de huevos a modo de regalo familiar para los visitados. Esta tradición debe ser adoptada en las relaciones interestatales, pero siempre practicada con lógica y moderación; es demasiado fácil ganarse la reputación del tío cariñoso que malgasta su dinero en dádivas para las demás familias mientras la suya propia se queda sin comer. Estos extremos han de ser evitados por todos los medios; la política «de regalos» a los otros países ha de estar atemperada por la inteligencia y la moderación, a fin de que la generosidad se vea compensada económica y políticamente [1].

1. La explicación de Kruschef no revela una diferencia notable entre los motivos soviéticos y los que atribuye a los Estados Unidos en la ayuda a los países subdesarrollados.

No debemos olvidar nunca que nuestros enemigos están siempre conspirando, a la espera de aprovecharse de algún error nuestro. En el mundo se está librando una batalla que decidirá el triunfo de la clase obrera o de la burguesía; aquélla está convencida de que la clase burguesa se ha agotado ya, mientras ésta cree que puede eternizar su predominio. Toda persona en su sano juicio podrá comprender claramente que los temas ideológicos fundamentales tan sólo podrán solventarse por medio de la lucha y de la victoria de una doctrina sobre la otra.

Nosotros, comunistas y marxistas-leninistas, creemos que el progreso está de nuestro lado y que, sin ningún género de dudas, la victoria terminará sonriéndonos; sin embargo, los capitalistas no ceden un ápice y juran insistentemente que continuará la lucha hasta un amargo final. ¿Cómo podremos, así, hablar de coexistencia pacífica con la ideología capitalista? Esa coexistencia es posible entre sistemas distintos de gobierno, pero no entre ideologías contrapuestas; la convicción de la posibilidad de la coexistencia pacífica entre la ideología marxista-leninista y la burguesa constituiría una traición a los elementales principios de nuestro Partido.

Esto es algo que siempre hemos afirmado; cuantas veces mencioné este tema en las conferencias de prensa, en aquellos días en que la dirección de nuestra política dependía de mí en gran parte, sostuve la imposibilidad de la coexistencia pacífica en el campo ideológico. Siempre insistí en que lucharíamos hasta el final y en que dicho final sería, inevitablemente, favorable a nosotros.

Por ello mismo me permití, en cierta ocasión, la frase: «enterraremos a los enemigos de la Revolución», refiriéndome, lógicamente, a los Estados Unidos. La propaganda enemiga cogió mis palabras al vuelo y las deformó profundamente: «Kruschef afirma que el pueblo soviético pretende enterrar al americano.» No fue esto lo que dije, pero nuestros enemigos preferían tergiversar y explotar una frase que me habían oído pronunciar. En conferencias de prensa posteriores pude elaborar y aclarar el auténtico sentido: nosotros, en la Unión Soviética, no albergábamos la intención de enterrar a nadie; sería la clase trabajadora de los Estados Unidos la que terminaría por enterrar a la burguesía de su propio país. Mi dicho hacía relación a un problema interno que cada nación debe resolver por sí sola; en otras palabras, determinar las vías y métodos por los que logrará la clase obrera de cada país su victoria sobre la burguesía.

Cuando visité Nueva York, a la que Gorki había denominado Ciudad del Diablo Amarillo, el aspecto más importante que noté en el Occidente capitalista fue su estimación del dólar, en lugar de la apreciación del ser humano. Todos sueñan en hacer dinero, en ganar más dólares; la atención no se centra en las personas, sino en las ganancias y en la búsqueda del capital.

Los círculos rectores de los Estados Unidos consideran la que llamamos forma de vida americana como un modelo que debe imitar el «mundo libre». Pero,

¿qué clase de libertad implica? Es la libertad para la explotación, la licencia para robar, para morir de inanición aunque sobren excedentes de la producción, la libertad para el desempleo cuando la capacidad de la economía se mantiene a un ritmo reducido; la libertad en los Estados Unidos la goza el capital monopolizador para la opresión de la clase trabajadora, para embaucar al pueblo con un sistema bipartidista, para imponer su criterio a sus asociados en los diversos bloques militares. Este tipo de sociedad sienta los cimientos de las guerras entre los países, ya que la tendencia interna a la reacción y la externa a la expansión y la agresión son características peculiares del monopolio capitalista e imperialista.

La liquidación del sistema capitalista es un presupuesto fundamental del desarrollo de la sociedad; una vez que la clase obrera, el campesinado y los intelectuales trabajadores se hayan alzado con la victoria, habrán eliminado las causas sociales, nacionales o de cualquier otro tipo, que pudieran provocar la guerra en el concierto de las naciones. Esto sólo podrá lograrse con el absoluto predomino del sistema social-comunista en el mundo, cuando la humanidad se vea unida en una auténtica comunidad de países con derechos iguales. La idea es vieja y los fundadores del marxismo-leninismo consiguieron demostrar su veracidad científica.

La pugna crucial, por tanto, es la que se desarrolla dentro de cada país entre la burguesía y el proletariado; este hecho guarda alguna relación con el problema del mayor o menor poderío militar que la Unión Soviética deba mantener en su territorio y en el de los Estados socialistas hermanos. Mis ideas sobre este tema han sufrido una notable evolución a lo largo de los años.

Poco tiempo después de la muerte de Stalin hice un viaje a Rumania y me entrevisté con su ministro de Guerra, el camarada Bodnaras [2]. Era muy amigo de la Unión Soviética y un viejo bolchevique que había conocido las cárceles rumanas y era merecedor de nuestro máximo respeto y confianza. De forma inesperada me formuló su pregunta:

—¿Qué opinas sobre la retirada de las tropas rusas de nuestro país?

Debo confesar que mi primitiva reacción a sus sugerencias no fue excesivamente sensata; casi puedo decir que me puse de mal genio.

—¿Qué dices? ¿Cómo te atreves a hacer esta pregunta?

2. E. Bodnaras empezó como alférez de artillería del ejército rumano; se convirtió al comunismo y en 1932 desertó a la Unión Soviética. Después de otras peripecias adquirió la nacionalidad soviética y fue entrenado en la escuela de policía secreta de Moscú. Terminada la guerra, volvió a Rumania, donde, ayudado por las bayonetas rusas, se encargó de liquidar a todos los partidos no comunistas. En diciembre de 1947 formó parte del gobierno Groza como ministro de Defensa Nacional, con lo que puso al ejército bajo el dominio del Partido, al constituirse el Estado en república popular. Su poder fue en constante aumento desde entonces.

—Pues mira —me explicó—. Rumania solamente tiene fronteras con otros países socialistas, y al otro lado del mar Negro no hay más que turcos.

—Y... ¿qué me dices de los turcos? —le pregunté.

—Creo que es suficiente con tener frontera con vosotros; en caso necesario, siempre podréis ayudarnos de forma inmediata.

—Es que yo no estoy pensando en los turcos tan sólo, sino en que dominan el Bósforo y los Dardanelos; el enemigo puede invadir Rumania por ese camino, en cuanto destaque fuerzas de desembarco en el mar Negro.

Los rumanos se miraron entre sí y dieron a entender que ya habían discutido el tema.

—Muy bien —me dijeron—; entonces, si así es como tú lo ves, retiramos la pregunta; pero no queríamos darte la impresión de que seguimos firmes en nuestra postura socialista a causa de las tropas que tenéis estacionadas entre nosotros, sino que lo hacemos porque creemos en la construcción del socialismo y en la política marxista-leninista, y porque nuestro pueblo sigue a sus jefes y nos apoya incondicionalmente.

Me quedé más que satisfecho al conocer los motivos de su propuesta de retirar las tropas rusas y me convencí de la sinceridad de los camaradas rumanos al afirmar su adhesión inquebrantable a los principios del socialismo.

Años más tarde iniciamos la reducción de los efectivos del ejército soviético a la mitad casi de lo que habían supuesto bajo el mando de Stalin. Discutimos el tema en el seno del Comité Central y llegamos a la conclusión de que podíamos retirar tropas de Polonia, Hungría y Rumania; en Checoslovaquia y en Bulgaria no quedaba ya ningún destacamento [3] y solamente respetaríamos las fuerzas que estaban en Alemania. Era obvio que, mientras nuestros antiguos aliados, organizadores de la OTAN, no formalizaran el tratado de paz, nuestras tropas tendrían que continuar en la Alemania Oriental.

Teníamos muchos motivos para decidir la retirada de nuestros efectivos de los países hermanos. Uno de ellos era de carácter político: no queríamos dar la impresión de que desconfiábamos de los pueblos polaco, húngaro y rumano; eran aliados nuestros y estaban dedicados a la construcción del socialismo porque esto era lo que les interesaba, y no porque las tropas soviéticas estuvieran estacionadas en sus territorios. El espíritu internacional del marxismo-leninismo ha sido la gran fuerza cohesiva y unificadora de todos los pueblos socialistas; lo que no se puede hacer es empujar a la gente con amenazas a que entren en el paraíso y luego colocar centinelas en la cancela. La gente debe elegir voluntariamente su mejor modo de vida, y si se les proporciona la oportunidad, inelu-

3. Es cierto que el ejército soviético sufrió una drástica reducción bajo Kruschef. Stalin no creyó necesario el estacionamiento de tropas en Checoslovaquia, pero su omisión fue corregida por Brezhnev. Hungría, Polonia y Rumania siguen todavía con guarniciones rusas.

diblemente la elegirán. Por todo ello, había que desmentir un tema fundamental de la propaganda enemiga y demostrar la falsedad de sus insinuasiones, en el sentido de que las poblaciones húngara, polaca y rumana estaban encadenadas al proceso socialista gracias a las bayonetas del ejército soviético.

Era lógico que existiera también un motivo económico, además del político, que justificara la retirada de nuestras tropas de los países hermanos. El mantenimiento en el extranjero de una división, aunque sea en el territorio de otro país socialista, cuesta el doble aproximadamente que si se la destaca en territorio propio. Nos veíamos obligados a economizar en los gastos militares, dentro y fuera de casa, por lo que hubo reducciones drásticas, en especial en el departamento de personal. Después de renunciar a los cargos de primer secretario del Partido y de presidente del Consejo de Ministros, llegaron a mis oídos las protestas de muchos que me atribuyeron personalmente la decisión de reducir los gastos del ejército soviético. No niego que los sueldos de los militares fueran disminuidos bajo mi mando, pero debo afirmar que, en realidad, fue idea del mariscal Zhukov; la apoyé porque era patente la necesidad de cercenar muchos excesos que se estaban cometiendo. Las normas fueron elaboradas bajo la dirección de Zhukov, como ministro de Defensa, y la de su sucesor Malinovski; en todo caso, debo hacer honor a Zhukov, pues fue él quien advirtió la necesidad de reducir los gastos militares y tomó la iniciativa de la eliminación del personal superfluo y de los cortes salariales que se impusieron a determinadas categorías de oficiales.

Sé positivamente que muchos individuos, en especial de la clase militar, son de la opinión de que la reducción efectuada en las fuerzas armadas de la Unión Soviética constituyó una grave equivocación; afirman que el campo imperialista sigue soñando con la oportunidad de aniquilarnos, y que el único medio para detener la agresión se halla en nuestro poderío militar. Sin embargo, la gente que así se expresa comete un error; hubo un tiempo en que se concedía primordial importancia al número de soldados, rifles y bayonetas de un país, pero ahora vivimos en una edad distinta. Ya no es decisivo el número de tropas, rifles y bayonetas, sino la calidad y cantidad del arsenal de proyectiles nucleares. La defensa de nuestro país y nuestras posibilidades de detener la agresión imperialista dependen de nuestra potencia combativa en el campo nuclear y termonuclear [4].

La gente de buena fe que quiere evitar el uso de las armas atómicas y de hidrógeno deberá tener en cuenta la gran cantidad de dichas armas de que disponemos para el caso de una guerra total. Hemos llegado a esta posición gracias

4. Kruschef fue muy criticado cuando sacrificó al ejército convencional por el poder disuasivo de las armas nucleares; fue uno de los factores que contribuyeron a su caída en octubre de 1964.

a unas decisiones realistas en cuanto a las prioridades que debían polarizar las inversiones de nuestros fondos.

Cuando yo era jefe del Partido y del Gobierno, tuve que decidirme por una drástica economía en la construcción de viviendas, de servicios comunitarios y en el desarrollo de la agricultura, con el fin de poder atender a nuestro sistema de defensa. Tuve, incluso, que suspender la construcción de la red subterránea de transportes de Kiev, Bakú y Tblisi, por haber tenido que canalizar los fondos hacia la consolidación de nuestras instalaciones defensivas y ofensivas; se construyó un número menor de campos de deporte, piscinas y establecimientos culturales. Creo que estaba en lo cierto al concentrar los primeros esfuerzos en el presupuesto militar, aun a costa del sacrificio de otras inversiones esenciales en distintas áreas; no habríamos sobrevivido si no me hubiera preocupado de las prioritarias necesidades militares. Dediqué todas mis energías a la consolidación del rearme soviético, ya que aquellos años eran los más delicados y peligrosos de nuestra existencia. En el momento actual, cuando paso mi vida con aquellos recuerdos y con muy poco más, me emociona rememorar un período en el que impulsamos con crecientes energías el rearme de nuestro ejército, y me enorgullezco de haber tenido el honor, como presidente del Consejo de Ministros y primer secretario del Comité Central, de dirigir la transición a un armamento más moderno.

Nuestro enemigo potencial, nuestro principal, más poderoso y peligroso rival, estaba situado a tal distancia que nos habría sido imposible llegar a él con la aviación de que disponíamos; solamente le podríamos disuadir de la guerra mediante la formación de una fuerza de proyectiles dirigidos con cabeza nuclear. La historia ha podido confirmar que, de haber dado facilidades al Oeste, se nos habría declarado la guerra en vida de Dulles. Sin embargo, fuimos los primeros en lanzar cohetes al espacio y en hacer explotar los artefactos nucleares más potentes, gestas que realizamos antes que los Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Nuestros logros y nuestro manifiesto poderío han producido un efecto moderador en las intenciones agresivas de los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y, naturalmente, dentro del mismo gobierno de Bonn. Saben de sobra que han perdido la oportunidad de asestar el golpe impunemente.

Si lo que ahora cuenta no es el tamaño del ejército, sino la capacidad de nuestro arsenal de proyectiles nucleares, creo que ha llegado el momento de reducir las fuerzas militares a su mínima expresión; no me cabe duda de que hemos llegado a una etapa en la que dicha reducción se ha hecho perfectamente posible. Cuando estuve al frente del gobierno, con facultades decisorias para presupuestar nuestras necesidades militares, nuestros teóricos pudieron calcular que poseíamos el suficiente poder ofensivo nuclear como para dejar a todos nuestros enemigos convertidos en polvo; desde aquellos días, nuestra capacidad

nuclear se ha visto notablemente multiplicada. Bajo mi gobierno personal hemos podido acumular armas suficientes para destruir las ciudades más importantes de América, sin olvidar a nuestros potenciales enemigos de Europa.

Recuerdo que el presidente Kennedy declaró en un discurso, o en una conferencia de prensa, que los Estados Unidos poseían un arsenal de proyectiles dirigidos con cabeza nuclear capaz de arrasar dos veces a la Unión Soviética, mientras que ésta sólo se hallaba en condiciones de destruir a su rival una vez. Cuando los periodistas me pidieron que respondiera a la declaración de Kennedy, no pude sino afirmar jocosamente:

—Ya sé lo que Kennedy sostiene, y le doy toda la razón. No me quejo, sin embargo, siempre que el presidente entienda que, aunque ellos nos puedan destruir dos veces, somos al menos capaces de exterminar a los Estados Unidos, siquiera sea una vez nada más; es algo que debo agradecer al presidente, pues ha reconocido nuestro poder. No somos una raza sedienta de sangre, y nos daríamos por satisfechos con destruir una sola vez a los Estados Unidos; una sola vez sería suficiente, porque, ¿de qué nos serviría aniquilarlos dos veces?

Mis comentarios provocaron algunas sonrisas.

A este respecto debo hacer honor a Adenauer, enemigo ya desaparecido, por su espíritu imparcial; siempre que los periodistas le atacaban y acusaban a su país de ser un agresor en potencia, dispuesto a desencadenar otra guerra mundial, Adenauer se revelaba como un pequeño Cristo.

—No entiendo nada de lo que decís —contestaba—; si la tercera guerra mundial se produjera, Alemania Occidental sería el primer país en ser destruido.

Esta respuesta me satisfacía, porque Adenauer estaba totalmente en lo cierto; declaraciones públicas de este tenor representaban un reconocimiento valioso de nuestro papel. No sólo lográbamos mantener al enemigo número uno en su sitio, sino que, al mismo tiempo, Adenauer nos ayudaba a tener alineados a los demás enemigos.

Siempre me he opuesto a la guerra, pero, al mismo tiempo, sé que los temores que el dirigente de un país sienta ante la guerra nuclear pueden muy bien paralizar el sistema defensivo nacional, y si éste se detiene, el conflicto se haría a todas luces inevitable, ya que el enemigo caería en la cuenta de que existe miedo e intentaría aprovecharse de él. Siempre actué de modo que quedasen patentes mis ideas antibélicas, pero nunca como dominadas por el miedo. En ciertas ocasiones, la retirada puede resultar solución necesaria, pero también puede significar el principio del final de la resistencia. Cuando el enemigo sigue vigilando todos nuestros movimientos, hasta la misma muerte se convierte en algo que hay que plantearse con valentía; y si este enemigo emprende la guerra, nuestro deber se reducirá a hacer todo lo posible para sobrevivir en la contienda y alcanzar la victoria final.

Ni pensamos bajar la guardia ni permitiremos que nuestra fuerza de proyectiles nucleares quede por debajo del nivel necesario; poseemos además otras armas, tales como las químicas y bacteriológicas, que es preciso mantener dispuestas. Por suerte, la segunda Guerra Mundial transcurrió sin que se hiciera uso de ellas, pero nadie olvidará su utilización en la primera. Nuestro ejército se encontraría en una situación muy desventajosa si nos viéramos desprovistos de ellas y el enemigo llegara a emplearlas. Mientras siga el antagonismo de los dos sistemas, nos veremos en la obligación de almacenar todos los medios posibles de armamento. Insisto en estas ideas porque deseo que se comprenda debidamente mi convencimiento de lo importante que es la vigilancia y de la persuasión eficaz frente a la agresión imperialista.

Sin embargo, también debemos recordar los rasgos verdaderos de todos los imperialistas, capitalistas, monopolistas y militaristas, solamente interesados en las ganancias dinerarias que puedan derivar de la tensión política que crean entre las naciones. Hemos de asegurarnos de que no nos vemos envueltos en una insensata competencia con el Occidente en el capítulo de los gastos militares; si intentáramos competir con América en uno cualquiera de los sectores que no se relacionen esencialmente con el estado de preparación militar, cometeríamos dos perniciosos errores. Por el primero, enriqueceríamos aún más a los adinerados y agresivos círculos capitalistas de los Estados Unidos, que utilizarían nuestro rearme como un pretexto para aumentar el presupuesto militar de su país; por el segundo, agotaríamos nuestros recursos materiales sin poder elevar el nivel de vida de nuestro pueblo. Debemos recordar que mientras más reducido sea nuestro ejército, mayores disponibilidades humanas podremos encauzar hacia actividades de carácter más directamente productivo. Este hecho debiera constituir un punto de partida de los elementos progresivos de todo el mundo en su lucha por la coexistencia pacífica. Si uno de los bandos llegara a efectuar una reducción de sus efectivos militares, el otro pondría su mejor voluntad en hacer lo mismo. Hemos de estar preparados para poder devolver el golpe agresivo, pero al mismo tiempo nos preguntamos por la finalidad que puede tener esta competencia creciente.

Mi propia experiencia me ha hecho ver que los jefes de las fuerzas armadas reclaman con enorme insistencia una distribución de los recursos del presupuesto que les favorezca a ellos; todos exponen argumentos muy convincentes para conseguir sumas superiores a las de los demás. Desgraciadamente, los que están al frente del ejército muestran una tendencia innata a la ambición y a la prioridad de sus pretensiones, y en cualquier ocasión están dispuestos a soltar la frase: «Si intentas hacer economías hoy en la defensa del país, mañana lo pagarás con sangre, en cuanto se inicie la guerra.» No niego que estos hombres tienen sobre sus hombros unas responsabilidades tremendas, ni pretendo poner

en duda sus cualidades morales; pero, en todo caso, hay que reconocer que el nivel de vida de la población sufrirá las consecuencias adversas siempre que el presupuesto nacional sea sobrecargado con capítulos improductivos, y hoy, como siempre, los gastos más improductivos son los destinados al ejército. Por eso mismo creo que hay que recordar constantemente a los jefes militares que es el gobierno el que ha de distribuir los fondos y el que debe decidir la cuantía de los destinados a la defensa.

Según parece, el control de los gastos militares es un problema universal. Recuerdo una conversación que sostuve con el presidente Eisenhower, cuando fui invitado en la villa de Camp David; dimos varios paseos juntos y tuvimos la ocasión de mantener varias conversaciones informales. En una de ellas me hizo la siguiente pregunta:

—Dígame, señor Kruschef, ¿cómo deciden ustedes el problema de los presupuestos militares?

Antes, sin embargo, de darme ocasión para responder añadió:

—Tal vez debiera contarle antes cómo ocurre entre nosotros.

—De acuerdo, ¿cómo se hace aquí?

Ambos nos sonreímos; presentí lo que iba a decirme.

—Sucede de este modo: mis jefes militares vienen a comunicarme que necesitan tales y tales cantidades para tal y tal programa; cuando les contesto que, con todo el dolor de mi corazón, no las van a obtener, me dicen que poseen informaciones fidedignas de que la Unión Soviética ya ha presupuestado sus cifras para un determinado programa militar y que, si no reciben los fondos solicitados, nos quedaremos detrás de Rusia. De esta suerte termino dando el brazo a torcer y consiguen el dinero que piden; luego exigen más, y no tengo otro remedio que dárselo. Dígame ahora, ¿cómo se hace en su país?

—Exactamente igual; viene un individuo de nuestros organismos militares y dice al camarada Kruschef que los americanos están perfeccionando tal o cual sistema, que también está dentro de nuestras posibilidades, pero que costaría tanto o cuanto. Les contesto que no tenemos dinero, ya que todo ha sido distribuido. Añaden entonces que si no obtienen el dinero y la guerra estallara, el enemigo sería muy superior a nosotros. A continuación pasamos a discutir el asunto y tengo que terminar entregándoles el dinero que habían solicitado.

—Es verdad —me dijo—, es justamente lo que me había imaginado. Ciertamente debiéramos llegar a algún tipo de acuerdo, a fin de evitar esta rivalidad ineficaz y agotadora.

—Eso es lo que me gustaría; una de las razones de mi visita es tratar de conseguir con estas reuniones y conversaciones algún acuerdo.

Sin embargo, el acuerdo fue imposible entonces, como lo es hoy. No sé, pero tal vez este acuerdo no pase de ser una mera utopía; mi propia experiencia me

dice que es, cuando menos, muy difícil. Pero, aun en el caso de que el pacto ruso-americano de reducción bilateral de los gastos militares fuera imposible, sigo siendo partidario de decidir unilateralmente la reducción drástica de nuestro presupuesto. Si nuestro adversario quiere seguir adelante con sus crecientes gastos militares, desperdiciando sus recursos con toda clase de descabellados proyectos, se verá obligado a reducir el nivel de vida de su propio pueblo; con esta medida reforzará la postura del comunismo y de las tendencias progresivas que laten en todas las naciones, dándoles motivos aún mayores para enfrentarse con las fuerzas reaccionarias del monopolio capitalista.

Este es, en esencia, mi punto de vista, y creo que debe ser tenido en cuenta. Mi época pertenece ya al pasado, pero puedo al menos hacer partícipe de mi experiencia a todo el que quiera escucharme, en la esperanza de que alguien me llegue a prestar su atención. Es tarde para que yo pueda intervenir activamente, ya que éstas son las observaciones de un hombre que se ha jubilado; pero desde mi situación de pensionista he notado que la tendencia a economizar que implanté parece que ha sido completamente olvidada; el dinero fluye ahora, prodigado en capítulos y empresas innecesarias, y esta nueva regla de los excesivos gastos militares perjudica a ciertos sectores muy importantes de la vida de nuestro país, todavía faltos de financiación.

Cuando yo era jefe del gobierno, el joven pianista Achkenazi se casó con una joven inglesa que había estudiado en uno de nuestros conservatorios; tuvieron un hijo y viajaron a Inglaterra para visitar a los padres de ella. Poco tiempo después, Gromiko me comunicaba que nuestro embajador en Londres había telegrafiado para decir que Achkenazi había ido a la embajada para comunicar que su esposa se negaba a volver a la Unión Soviética. La amaba muchísimo y solicitaba el consejo de la representación diplomática. Debo confesar que he oído tocar a Achkenazi, al que felicité personalmente cuando ganó el primer premio del concurso Tchaikovski; es un excelente pianista y a menudo le escucho por la radio. Consulté a mis camaradas y mi propuesta fue ésta:

—Debemos concederle el permiso para que se quede a vivir en Inglaterra todo el tiempo que quiera; de esta forma, siempre podrá volver a la Unión Soviética. No nos queda otra alternativa; si insistimos en que abandone a su mujer y vuelva a casa, estoy seguro de que se negará. No es antisoviético, pero le convertiremos en enemigo si le obligamos a elegir entre la vida familiar y la obediencia a su gobierno. Caería en manos de los grupos de emigrados y de otros tipos que le meterían toda clase de ideas antisoviéticas en la cabeza. No debemos permitir que tal cosa ocurra; a fin de cuentas, ¿qué hay de malo en que viva en Londres conservando su nacionalidad soviética? Podrá volver a Moscú en cuanto quiera, a dar sus recitales; después de todo, es un músico y está dedicado a una profesión libre.

Todos se mostraron conformes y aceptaron mi sugerencia.

Estos días escucho la radio gran parte del tiempo; es mi compañera constante cuando doy un paseo, tanto por la información que me facilita como por el placer que me causa. Me encantan la música y las canciones folklóricas; también me gusta un sector de la música contemporánea, pero debo confesar que, a mi edad, me siento más inclinado hacia las cosas que formaron parte de mi juventud. Casi todos los programas radiofónicos son excelentes, pero en el aire flota un cierto detritus contaminante. Siempre me causa un sincero placer el oír por la radio que Achkenazi ha vuelto a Moscú a dar un concierto; me alegro de haber conservado su nombre de pianista soviético insigne y de haber salvado, de camino, su vida familiar. Puede que llegue el día en el que Achkenazi y su mujer decidan volver y establecerse en Moscú definitivamente; o tal vez prefieran permanecer en Londres, puesto que tampoco excluyo esta posibilidad. ¿Qué importa? Que vivan donde les venga en gana, porque creo que ha llegado la hora de dejar que sean los mismos ciudadanos soviéticos quienes decidan. Si quieren vivir fuera del país, debemos aceptar su decisión, hemos de darles esa oportunidad. Es increíble que después de cincuenta años de poderío soviético tengamos que seguir cerrando nuestro paraíso a cal y canto [5].

Nosotros los comunistas creemos que el capitalismo es un infierno en el que las clases trabajadoras están condenadas a la esclavitud. Nosotros nos dedicamos a la implantación del socialismo, y hemos tenido éxito en muchos aspectos y tendremos otros mayores en el futuro. Nuestra forma de vida es, sin duda alguna, la más avanzada del mundo, visto el estadio actual del desarrollo de la humanidad; en el lenguaje de la Biblia, nuestra forma de vida significa el paraíso del género humano. No es un paraíso sobre el que se ha derramado pródigamente el cuerno de la abundancia, en el que no se hace otra cosa que abrir la boca para ser alimentado; nuestro paraíso no es de esta clase, por lo menos hasta ahora, ni tampoco puedo asegurar que algún día llegue a serlo. Pero, como suele decirse, todo es relativo, y comparada con la del mundo capitalista, nuestra forma de vida supone un gran avance. Hemos logrado muchas cosas y hemos echado las bases para éxitos futuros mucho mayores.

¿Por qué, entonces, vamos a contradecirnos nosotros mismos? ¿Por qué, después de dar una vida digna al pueblo, vamos a cerrar nuestras fronteras con siete llaves? Algunas veces nuestros propios conciudadanos se mofan de la idea

5. En agosto de 1969 los diplomáticos soviéticos citaban a Achkenazi como ejemplo de artista que podía viajar libremente, pero la declaración fue calificada como falsa por el mismo interesado, que afirmó: «Cuando los portavoces oficiales soviéticos dicen que me puedo mover con libertad entre Rusia y Occidente, me asalta el deseo de que tal cosa se pudiera hacer realidad, ya que hasta ahora no es más que una tergiversación burda e injusta de la verdad.»

Fotografía oficial de 1963.

de que les hacemos entrar en el paraíso bajo la amenaza del palo; la gente se quejó un tanto cuando emprendimos la colectivización obligatoria y otros proyectos. Estimo que ha llegado el momento de demostrar a todo el mundo que nuestro pueblo es libre, que trabaja a gusto, que erige una comunidad socialista siguiendo sus propias convicciones, totalmente libres.

Estoy seguro de que la apertura de nuestras fronteras es, además de en la teoría, también factible en la práctica; si no lo fuera, ¿qué tipo de libertad sería la nuestra? Sé de fijo que algunos sujetos me van a contestar de este modo: «Mira, la estructura clasicista de nuestra sociedad es muy particular, y no podemos permitir que los enemigos del proletariado entren y salgan a su placer.» Si nos ponemos a pensar, tendremos que reconocer que tales circunstancias pertenecen a una etapa pretérita de nuestra historia. Hace ya cincuenta años que hemos liquidado a las clases sociales hostiles, y sería una insensatez pretender hacer surgir en la Unión Soviética el fantasma de los enemigos de nuestra clase.

Me viene al pensamiento otro incidente de los días en que estuve en el gobierno, que ilustra sobre la forma en que nos debemos desprender de esta herencia ignominiosa de unas fronteras siempre cerradas que sentimos como una cadena sobre la conciencia del Estado soviético. Nuestra bailarina número uno, Maia Plisetskaia, la primera no sólo de la Unión Soviética, sino también del mundo entero, solía ser excluida de la compañía del Teatro Bolshoi siempre que hacía una jira al extranjero; me informaron que no era de fiar y que existía la probabilidad de que se quedara fuera como exiliada. Yo no la conocía personalmente; tampoco había hablado con ella ni podía hacerme idea de sus verdaderas intenciones. Indudablemente habría sido muy desagradable para nosotros que una personalidad de la fama de Plisetskaia escapara inesperadamente de la Unión Soviética; su defección habría sido utilizada por el Occidente como un tema de propaganda antisoviética que nos terminaría perjudicando considerablemente.

Cierto día, al tiempo en que la compañía del ballet preparaba un viaje al extranjero, recibí una carta de Maia Plisetskaia, dirigida a mí como secretario del Comité Central; era una carta extensa y sincera que confesaba su patriotismo y los sufrimientos e insultos que padecía por la desconfianza con que era tratada. Hice copias de su carta, las distribuí entre los demás componentes del Presidium y planteé el problema de lo que debíamos hacer con mi propuesta de que se le permitiera viajar con la compañía. Más de uno manifestó sus sospechas, a las que repliqué de este modo:

—Es posible que se escape, pero yo confío en ella aun sin conocerla; no podemos seguir viviendo sin confiar en el pueblo. En el caso de que su carta no sea sincera, de que lo que pretenda sea engañarnos para que la dejemos ir...

¿qué podemos hacer? Sufriríamos una pérdida muy sensible y enojosa, pero eso no nos impedirá seguir adelante.

Maia Plisetskaia hizo el viaje y, muchas veces, me sentí orgulloso de sus brillantes éxitos en el extranjero, pues consagró la gloria del ballet y de la cultura soviéticos; además volvió a su patria, y esta fue para nosotros una recompensa por los esfuerzos realizados en la estructuración de una comunidad socialista a la que Plisetskaia se enorgullecía de pertenecer.

¿Qué habría sucedido si hubiéramos continuado con nuestra política restrictiva de los visados de salida? ¿Cuál habría sido el resultado de haber seguido encerrando a Maia Plisetskaia? Probablemente la habríamos convertido en un ser humano fracasado y contrario al régimen soviético. El espíritu humano es algo demasiado frágil que debe ser tratado con el mayor respeto; una medida impensada puede colocarlo en un desequilibrio fatal. Estoy muy satisfecho de haber permitido los viajes de Plisetskaia, y me alegro de que haya hecho honor a la confianza que depositamos en ella.

¿Es posible que, en el caso de que abriéramos nuestras fronteras, sufriéramos la traición de la confianza y del crédito que ponemos en nuestros súbditos? Es natural que esto ocurra, porque entre 240 millones de personas siempre existirán algunos elementos indeseables, que generalmente terminan flotando en la superficie como sustancias más ligeras y livianas. Dejemos que la basura y las heces de nuestra sociedad suban a la superficie, para que las olas las arrastren lejos de nuestras costas. Estas ideas mías están totalmente de acuerdo con los principios de Lenin, que en los primeros años de la Revolución desterró del territorio soviético a los enemigos del país. Nadie de los que intentaron escapar sufrió impedimento de nuestra parte.

—¿Queréis iros? —les preguntamos—. Bien; haced las maletas y marchaos.

Y se marcharon.

Ahora, a los cincuenta años de vida de nuestro régimen, creo que debemos dejar ya de ver un posible desertor en cada ciudadano; hemos de modificar nuestra política de visados, que no ha hecho más que guardar dentro del país toda la basura y el desperdicio; hemos de pensar en todos los que no se merecen el apelativo de «basura», gentes que pueden en alguna ocasión sufrir el asalto de la duda en sus convicciones, que quieren momentáneamente probar el infierno capitalista, algunos de cuyos aspectos todavía aparecen como atractivos a ciertos sujetos poco sensatos. No podemos seguir poniendo una valla alrededor de estas gentes, sino que hemos de darles la oportunidad para que averigüen por sí mismas las condiciones en que el mundo vive.

Si no modificamos nuestra postura en este particular, temo que pongamos en descrédito los ideales marxistas-leninistas sobre los que descansa nuestra forma de vida soviética.

Apéndices

APENDICE 1

Cuadro cronológico de la carrera de Kruschef

1894	17 de abril. Nace en Kalinovka, provincia de Kursk, cerca de la frontera ucraniana.	*Subida al trono del zar Nicolás II.*
1903		*En el II Congreso, celebrado en Londres, Lenin divide el Partido Obrero Social-democrático de Rusia en dos alas: la bolchevique y la menchevique.*
1904-5		*Guerra ruso-japonesa.*
1905		*Revolución de 1905.*
1906		*Primera* Duma *o Parlamento.*
1909	Se traslada a Yuzovka (después denominada Stalino, y hoy Donetsk), en la región del Donbass, en Ucrania, donde su padre trabaja como minero.	
1909-12	Se forma profesionalmente como mecánico ajustador en la fábrica Bosse de Yuzovka.	
1912-18	Trabaja como ajustador en las plantas generadoras de las minas Ruchenkov y Pastujov, de propiedad francesa.	
1914		*Comienza la primera Guerra Mundial.*
1915	Se hace «lector ávido de *Pravda*».	
1917	Representa a los mineros en las reuniones y manifestaciones políticas. Conoce a Lazar Kaganovich.	*Revolución de Febrero, abdicación del zar y formación del Gobierno Provisional.* *Revolución de Octubre; Lenin derroca al Gobierno Provisional e implanta el régimen soviético.*

1918	Se hace bolchevique.	
1919	Se alista en el Ejército Rojo.	
1919-21	Soldado y militante del Partido en las filas de la 9.ª División de Infantería; posteriormente es trasladado al Primer Ejército de Budionny, que prepara la ofensiva en el Mar Negro.	*Guerra civil e intervención de los aliados.*
1921	Fallece su primera esposa.	*Epoca del Hambre. Se inicia la Nueva Política Económica.*
1922	Vuelve a Yuzovka, procedente del frente. La organización del Partido en Yuzovka le nombra director adjunto de las minas Ruchenkov. Se le ofrece la dirección de las minas Pastujov, pero prefiere solicitar autorización para estudiar en la Facultad Obrera de Yuzovka.	
1923	Estudiante y dirigente político en la Facultad Obrera de Yuzovka.	
1924	Ocupa varios cargos dentro de la organización del Partido en Yuzovka. Se casa con Nina Petrovna.	*Muere Lenin.*
1925	Le nombran secretario del Partido del distrito Petrovsko-Marinsk, de la región de Stalino (antes Yuzovka). Participa en el IX Congreso del Partido de Ucrania, que es presidido por Kaganovich.	
	Delegado asesor (o sea, sin voto) en el XIV Congreso del Partido de toda la Unión Soviética, celebrado en Moscú. Primer encuentro de Kruschef con Stalin.	*Stalin se enfrenta con Zinoviev y con Kamenev.*
1926	Primer discurso público conocido, pronunciado en Jarkov, en la Conferencia del Partido de Ucrania.	
1927	Participa como delegado en el XV Congreso del Partido de la Unión Soviética, que tiene lugar en Moscú. Ascenso jerárquico, del distrito de Stalino a la organización regional del Partido.	*Zinoviev y Kamenev son derrotados.*

1928	Kaganovich le nombra jefe adjunto del Departamento de Organización del Comité Central ucraniano, en Jarkov. Kaganovich le asciende a Jefe del Departamento de Organización del Partido en Kiev.	*Primer Plan Quinquenal y comienzo de las colectivizaciones.*
1929	Cumple treinta y cinco años de edad. Solicita autorización para estudiar metalurgia en la Academia Industrial Stalin de Moscú.	*Kaganovich es trasladado a Moscú.*
1929-30	Estudiante y militante político en la Academia Industrial. Es derrotado en la votación para nombrar delegado por la Academia al XVI Congreso del Partido. Le impiden su candidatura al Buró en la célula del Partido. «Encabeza la lucha en la Academia a favor de la ortodoxia del Partido y frente a los derechistas, parásitos y Vieja Guardia.» Se relaciona con Nadezhda Alliluieva, esposa de Stalin, y con el grupo organizador de la Academia. Es enviado como inspector de la granja colectiva Stalin, en la región de Samara. Primer contacto con los problemas de la colectivización. Mejlis le elige para acaudillar en la Academia el grupo pro-Stalin; preside la reunión que destituyó a los delegados «derechistas» en la conferencia del Partido del distrito de Bauman y la nueva delegación en la misma.	*Trotski es desterrado.*
1931	Es elegido primer secretario del distrito de Bauman; seis meses después, ascendido a la primera secretaría del distrito rojo de Presnia.	
1932	Deja la Academia sin diplomarse; designado segundo secretario, a las órdenes de Kaganovich, del Comité del Partido de la ciudad de Moscú. Se relaciona con Nadezhda Krupskaia, viuda de Lenin, en la tarea de administrar la capital.	*Muerte de Nadezhda Alliluieva, esposa de Stalin.*

1933	Segundo secretario del Comité regional de Moscú. Toma parte en la reconstrucción de la capital y en la construcción del Metro, bajo las órdenes de Lazar Kaganovich.	
1934	Elegido para el Comité Central en el XVII Congreso del Partido («Congreso de los Vencedores»).	*Asesinato de Kirov.*
1935	Sustituye a Kaganovich como primer secretario de los Comités regional y municipal de Moscú.	*Comienzan los años de las purgas sangrientas, del terror y de los procesos espectaculares.*
1936		*Agosto: Zinoviev y Kamenev son juzgados y ejecutados.* *Septiembre: Yezhov reemplaza a Yagoda como jefe de la policía secreta.*
1937		*Febrero: Muere Ordzhonikidze.* *Junio: Ejecución de Tujachevski y de los generales.*
1938	Primer secretario del Comité Central ucraniano.	*Marzo: Procesos contra Bujarin y Rikov.* *Diciembre: Beria sustituye a Yeshov.*
1939	Asiste al pleno de febrero del Comité Central, en el que Kaminski denuncia a Beria. Kaminski desaparece. Marzo: Miembro de pleno derecho del Politburó.	
		Agosto: Pacto Ribbentrop-Molotov.
	Como primer secretario de Ucrania y miembro civil del Consejo militar de Kiev, se traslada a la Ucrania Occidental (territorios polacos ocupados por la U. R. S. S.).	
1940	Se encarga de la sovietización de la Ucrania Occidental.	*Noviembre-marzo: Guerra de invierno con Finlandia.*
1941-43	Por ser miembro del Consejo militar y representante en el Politburó, presta servicios en diversos frentes con el grado de teniente general.	*Junio 1941: Invasión alemana; comienza la operación Barbarroja.* *Septiembre 1941: Caída de Kiev.* *Invierno 1941-42: Batalla de Moscú.* *Mayo 1942: Desastre de Jarkov.* *Julio 1942-invierno 1943: Batalla de Stalingrado.* *Verano 1943: Batalla de Kursk.*
	Emprende la reconstrucción de la economía y del Partido ucranianos.	*Noviembre 1943: Liberación de Kiev.* *Noviembre 1943: Conferencia de Teherán.*

1944	Presidente del Consejo de ministros de Ucrania, al tiempo que continúa ostentando el puesto de primer secretario.	*Primavera: Ofensiva soviética hacia Berlín.* *Junio: Invasión de Francia por los aliados.*
1945	Conoce a Eisenhower en Moscú. Encabeza la comisión de técnicos que colabora con los polacos en la reconstrucción de Varsovia.	*Mayo: Las tropas soviéticas entran en Berlín.* *Junio: Desfile de la Victoria en Moscú.*
1946-47	Cae temporalmente en desgracia y es degradado. Kaganovich le sustituye como primer secretario de Ucrania. Una pulmonía le pone en grave peligro de muerte.	*Hambre en Ucrania.*
1948	Reasume sus poderes en Ucrania.	*Ruptura de Stalin con Tito.*
1949	Diciembre: Stalin le llama para regir la organización del Partido en Moscú.	*El* affaire *de Leningrado.*
1950	Plenas facultades en el campo de la agricultura; concentra las granjas colectivas y pone en práctica el plan campo-ciudad.	*Stalin publica en* Pravda *su carta sobre lingüística.* *Se inicia la guerra de Corea.*
1952	Octubre: Presenta su informe al XIX Congreso, sobre las correcciones de los estatutos del Partido.	*Stalin delega en Malenkov para que en su nombre pronuncie el informe general al XIX Congreso.*
1953	Oficialmente sigue en categoría a Malenkov, Molotov, Beria y Kaganovich. Septiembre: Sustituye a Malenkov como primer secretario.	*Enero-febrero: Complot de los médicos.* *Marzo: Muere Stalin. Malenkov se convierte en primer ministro y en primer secretario.*
1954	Visita Pekín en compañía de Bulganin. Inicia la campaña de las Tierras Vírgenes.	
1955	Visita Yugoslavia y hace las paces con Tito; Ginebra, para la reunión en la cumbre; Afganistán y la India («os enterraremos»).	*Bulganin reemplaza a Malenkov como primer ministro.*
1956	Febrero: Discurso secreto ante el XX Congreso, sobre los crímenes de Stalin. Abril: Visita Londres.	*Junio: Desafío polaco.* *Octubre-noviembre: Crisis de Suez.* *Octubre: Levantamiento húngaro.*

1957	Mayo: Comienza la descentralización de la industria. Julio: Aplasta la oposición del grupo anti-Partido (Malenkov, Molotov, Kaganovich, Chepilov y otros). Octubre: Destituye al mariscal Zhukov del ministerio de Defensa.	*Octubre: Lanzamiento del Sputnik I.* *Noviembre: Reunión en Moscú de todos los Partidos comunistas; asiste Mao Tse-tung.*
1958	Marzo: Ocupa el puesto de primer ministro, desplazando a Bulganin.	*Julio-agosto: Crisis de Oriente Medio.* *Otoño: Primera crisis de Berlín.*
1959	Verano: Niega a China la información sobre las armas nucleares. Septiembre: Primera visita a Estados Unidos; conversaciones con Eisenhower en Camp David.	
1960	Mayo: Anuncia la caída del avión de reconocimiento U-2 y la captura de Gary Powers. Mayo: Hace abortar la reunión en la cumbre de París. Ataca a China en la sesión secreta del congreso del Partido rumano en Bucarest (junio) y en la conferencia de todos los Partidos comunistas celebrada en Moscú (noviembre).	
1961		*Abril: El comandante Y. Gagarin, primer ser humano en el espacio.*
	Se entrevista con Kennedy en Viena. Octubre: Ataca a China, aunque sólo cita a Albania, en el XXII Congreso. Retira del Mausoleo los restos de Stalin.	*Junio: Segunda crisis de Berlín.*
1962	Peligro de guerra a causa de los proyectiles instalados en Cuba; da marcha atrás.	
1963	Ataca a los escritores y artistas.	*Agosto: Tratado de no proliferación nuclear.* *Cosecha catastrófica.*
1964	Prepara su discurso contra China con vistas a la conferencia del Partido convocada para diciembre. Octubre: Dimite de todos sus cargos; le suceden Brezhnev, como primer secretario, y Kosiguin, como primer ministro.	

APENDICE 2

Las instituciones políticas soviéticas y su terminología

La Unión Soviética está políticamente constituida por quince repúblicas, entre ellas la Federación Rusa y Ucrania, que son en teoría estados soberanos con el derecho de secesión constitucionalmente reconocido.

Las instituciones del Partido y del Estado están separadas de derecho y las de toda la Unión se repiten igualmente al nivel de las repúblicas componentes; de hecho, sin embargo, es el Partido el que ejerce el poder.

EL PARTIDO

El Partido, que cuenta aproximadamente con el cinco por ciento de la población total entre sus afiliados, se halla administrado por una jerarquía piramidal de comités. La unidad ínfima de organización se establece en torno a una empresa, bien sea una fábrica, una mina, una granja colectiva, una unidad militar o un establecimiento educativo; la organización primaria está constituida por lo que durante mucho tiempo se viene denominando *célula,* como la de la Academia Industrial. La pirámide está estructurada territorialmente por organismos uno dentro del otro, todos con su respectivo comité de dirección o *buró* y con su departamento ejecutivo o *secretariado.* Por orden de competencia y de funciones, los comités son de *distrito,* de *ciudad, regional,* el *Central de la República* y, en el vértice, el *Central de toda la Unión.*

El desarrollo práctico está regido por una serie de normas o *Estatutos del Partido,* recogidos en forma de código antes de la Revolución y objeto de periódicas reformas.

Según dichos Estatutos, el «órgano supremo» del partido comunista de la Unión Soviética es el *Congreso* o asamblea de delegados de todas las repúblicas,

la cual elige a los miembros del Comité Central de toda la Unión. Los Estatutos establecen que el Congreso debe ser convocado, por lo menos, cada tres años. El grado de autoridad de este Congreso y, en consecuencia, de los mismos Estatutos puede fácilmente calcularse si recordamos que Stalin dejó pasar trece años entre el XVIII y el XIX Congreso del Partido.

La marcha normal a nivel de distrito, ciudad, región y república está gobernada por las reuniones o *Conferencias del Partido.*

El Comité Central de toda la Unión celebra, cada seis meses, una *sesión plenaria;* entre un pleno y otro, la administración queda reservada al *Secretariado del Comité Central,* el cual sigue las indicaciones del círculo más selecto de la jefatura del Partido constituido por el *Politburó* (entre la muerte de Stalin y la caída de Kruschef se le conoció con el apelativo de *Presidium*). Aunque técnicamente tenga un carácter electivo y quede sometido al Comité Central, el Politburó, sin embargo, es en la práctica autónomo y sostiene las verdaderas riendas del poder central de la partidocracia. Al frente del Politburó o Presidium figura el primer secretario del Comité Central, que goza de la posibilidad de equipar con sus seguidores todo el aparato del Partido.

EL ESTADO

Dentro de la organización estatal pueden distinguirse los poderes ejecutivo y legislativo, el primero teóricamente subordinado al segundo, aunque en la práctica ambos quedan sometidos al Partido.

La función ejecutiva, tanto en cada república como en la Unión, está encomendada a los *ministerios,* que hasta poco después de la segunda Guerra Mundial se denominaban *comisariados;* a nivel de distrito, ciudad y región, son competentes los *comités ejecutivos.* Las diversas ramas de la Administración (transportes, electricidad, minería, agricultura, industria, etc.) están dirigidas, tanto en las repúblicas como en la Unión, por un *Consejo de Ministros,* conocido durante muchos años como *Consejo de Comisarios del Pueblo;* al presidente del Consejo de la U. R. S. S. se le llama usualmente primer ministro y es siempre miembro del Politburó.

La estructura del sistema legislativo está íntimamente relacionada con la división territorial de la organización del Partido. La unidad representativa básica es el *soviet* o consejo, bien sea el más inferior, rural o de distrito, bien sea el *Soviet Supremo* de la república o de toda la Unión.

El presidente de un soviet de ciudad es, en otras palabras, su alcalde, igual que el presidente del Presidium del Soviet Supremo merece el título de jefe del Estado.

La constitución staliniana de 1936 declara que el Soviet Supremo es «el más elevado órgano del poder estatal en la U. R. S. S.» y le atribuye facultades legislativas propias de un parlamento democrático. En la vida real no es más que un servicial lacayo del Estado, igual que el Comité Central lo es del Partido; el Politburó los domina a ambos de un modo rígido.

LA POLICIA SECRETA

La Policía soviética ha sufrido una complicada evolución, durante la cual ha tenido diez nombres diferentes, según la época y el ámbito de sus actividades (Estado, Partido o Ejército). Durante la etapa de las purgas, este libro la ha mencionado como la NKVD, o *Comisariado del Pueblo para Asuntos Interiores;* en la segunda Guerra Mundial se convirtió en el *Directorio Político* de las Fuerzas Armadas, y con el final de la misma se subdividió en *Ministerio del Interior* y *Ministerio de Seguridad,* muchas veces citado como «Seguridad del Estado». Las mismas confusiones esporádicas de Kruschef constituyen prueba de las dificultades sufridas con la proliferación de siglas, por lo que es usual referirse a la policía secreta con el nombre de *Cheka* (del título leninista «Comisión Extraordinaria para la Lucha contra la Contrarrevolución, la Explotación y el Sabotaje»), y a los funcionarios del aparato policial con el término *chekista.*

Hasta el fallecimiento de Stalin, la Cheka fue un leviatán de vigilancia y represión que se infiltraba en todos los niveles y órganos del Estado y de la vida del Partido, al tiempo que se esforzaba también por penetrar en la existencia privada del ciudadano individual; poseía una vasta burocracia administrativa, sus propias fuerzas armadas y poderes ilimitados en procedimientos sumarios extralegales, así como facultades para arrestar, interrogar (a menudo con el uso de la tortura), juzgar y ejecutar a sus víctimas. La organización policial llegó a su apogeo, con una existencia para-estatal, bajo el mando de Laurenti Beria, con quien las prisiones y los campos de concentración procuraron al régimen una enorme masa laboral de esclavos.

La misma autocracia de Stalin se sintió a veces amenazada por el creciente desarrollo del poder de la NKVD; cuando pudo comprender que las purgas de Yezhov llegaban a un extremo peligroso, empujó al mismo Yezhov, el «enano sediento de sangre», bajo las ruedas de la máquina del terror a fin de detenerla. Kruschef afirma que, en sus últimos años, Stalin comenzó a temer a Beria, *pero no sabía cómo desprenderse de él.* La premura por quitar a Beria de en medio parece haber sido lo único en que coincidían Kruschef y los demás aspirantes al trono staliniano; poco después de su eliminación, la Seguridad del Estado fue relegada, de su condición de ministerio y de superpotencia, a la de un mero comité (la KGB), estrechamente fiscalizado por el Consejo de Ministros.

APENDICE 3

Los colegas de Kruschef en el Kremlin

LAURENTI P. BERIA. Compatriota leal de Stalin y miembro de su camarilla, fue designado por éste para dirigir la NKVD (verdadero estado dentro del Estado) y posteriormente liquidado por sus sucesores, acusado de maldad y traición. Es cierto que Beria pudo ser considerado con justicia como la sangrienta mano derecha de Stalin, pero su intervención en la historia del terror estalinista fue un tanto paradógica. Bajo su supervisión, y en parte por iniciativa suya, fueron interrumpidas las purgas de Yezhov de los últimos años treinta (véase Apéndice 2); es posible, además, que fuera él mismo, en lugar de instigador, una de las eventuales víctimas de tres purgas famosas de la postguerra; el *affaire* de Crimea (fue el responsable de la organización del Comité Judío Antifascista, al que Stalin acusó de fomentar una conspiración sionista-imperialista), el de Mingrelia y el Complot de los Médicos.

Los orígenes de Beria son bastante oscuros. Provenía, al parecer, de una familia de clase media; lo que sí es cierto es que, hasta que Stalin le llevó a Moscú para sustituir a Yezhov, su carrera se había circunscrito a los confines de Georgia, primeramente al servicio de la Cheka y después en el aparato del Partido. Gracias a sus eficaces intrigas contra otros georgianos, como Ordzhonikidze y Yenukidze, pronto resultó indispensable para Stalin como delator e inquisidor número uno del Kremlin en la Transcaucasia. En 1935 pronunció un discurso de dos días de duración ante el IX Congreso del Partido de Georgia sobre «Los primeros escritos y actividades de Stalin», con lo que quedó consagrado como uno de los biógrafos oficiales del dictador.

Beria fue uno de los últimos en ingresar en el círculo íntimo de Stalin, si le comparamos con sus colegas Malenkov, Vorochilov, Molotov, Kaganovich, Bulganin, Mikoyan y Kruschef. Pero tan pronto como, en aquel julio de 1938, llegó a Moscú, se propuso no perder ocasión para recuperar el tiempo perdido; consiguió congraciarse con Stalin y, simultáneamente, manipular en provecho propio las sospechas que a aquél le asaltaban acerca de los demás. Antes de la guerra fue designado vicepresidente del Consejo de Comisarios del Pueblo y coordinador nacional de las operaciones de Seguridad; probablemente le cupo la mayor parte de la responsabilidad en la matanza de cuatro mil oficiales polacos en el bosque de Katin, cerca de Smolensko. Durante la invasión alemana, Stalin le destinó al Comité de Defensa del Estado, junto con Molotov, Vorochilov y Malenkov, y le puso al frente de la política interior; tuvo una participación importante en la evacuación y reinstalación de la industria ante los avances alemanes, y dos años más tarde, al producirse la retirada del invasor, fue uno de los componentes del Comité de Malenkov para la Reconstrucción de las Zonas Liberadas; ambos cargos le pusieron en contacto frecuente y, según se demuestra, nada coincidente con Kruschef. Un día después de que los americanos dejaran caer la bomba atómica en Hiroshima, Stalin llamó a Beria para que dirigiera la versión soviética del Proyecto Manhattan americano, misión que culminó con la explosión nuclear de julio de 1949 en el desierto de Ust-Urt, entre los mares Caspio y Aral.

Beria se enfrentó a menudo con Kruschef, sobre todo en el plano de la política agrícola. Junto con Malenkov, organizó y encabezó, en 1951, el ataque al plan agro-urbano de Kruschef. Tal vez Beria fuera un maestro en el campo de la intriga, pero hacía arrogante gala de su poder y ambiciones en presencia de sus camaradas, y esto fue lo que le perdió. En sus últimos años de vida, Stalin comenzó a temer y a desconfiar de Beria, pero fueron sus sucesores quienes cerraron filas unánimemente, a pesar de sus diferencias ante otros problemas, y quienes consiguieron acabar con él, pocos meses después del fallecimiento del dictador, en 1953.

NIKOLAI A. BULGANIN. Hijo de un empleado administrativo y un miembro cabal del aparato del Partido, Bulganin pasó la primera parte de su carrera al servicio de la Cheka, combatiendo la «contrarrevolución» en la Federación Rusa y en el Turquestán. En 1931 fue elegido presidente —en otras palabras alcalde— del Soviet de la ciudad de Moscú, cargo que le puso en constante contacto con Kruschef. Se vio beneficiado por las purgas, y en 1937 pasó a ocupar la presidencia del Consejo de Comisarios del Pueblo de la Federación Rusa, ingresando dos años después como miembro del Comité Central de la Unión. Durante la guerra fue designado comisario, igual que Kruschef, de los frentes de Moscú, del Oeste, del Báltico y de Bielorrusia, con el grado de teniente general. Ascendió al generalato en 1944, al tiempo que entraba a formar parte del gabinete de guerra de Stalin. Al final de la contienda suce-

dió al mismo Stalin como ministro de las Fuerzas Armadas, siendo designado mariscal de la Unión Soviética. En 1948 fue nombrado miembro de pleno derecho del Politburó.

Lo más preciado de Bulganin era, al parecer, la relativa tolerancia con que trataba a quienes le rodeaban, habituados como estaban a la mutua discordia. No pasaba de ser un candidato de compromiso aceptable a los ojos de todos y, desde luego, una ayuda indirecta a las ambiciones de Kruschef, por lo que, poco después de la muerte de Stalin, asumió el Ministerio de Defensa y en 1955 sustituyó a Malenkov como primer ministro. Bulganin, con su acento suave y su elegante perilla, fue la persona recta y bien plantada que hizo pareja con un Kruschef vivaz y astuto en los espectaculares y comentados viajes a Pekín, Delhi, Belgrado, Ginebra y Londres.

Una vez que Kruschef se hubo acomodado en un lugar desde el que pudiera asaltar la Presidencia del Consejo, de un simple manotazo destituyó a Bulganin y añadió su nombre, casi a modo de epílogo, a la lista negra del grupo anti-Partido. Obedientemente, Bulganin renunció a la vida activa en el pleno del Comité Central de 1958, en el que confesó sus culpas y denunció abiertamente a sus supuestos compañeros de conspiración, Molotov, Malenkov y Kaganovich. Se le concedió una pensión sustanciosa y se retiró a vivir a una dacha de las afueras de Moscú.

LAZAR M. KAGANOVICH. Figura en estos recuerdos como el malvado número tres, sólo aventajado, en el menosprecio general, por Stalin y Beria. El lector ha debido caer en la cuenta, sin embargo, de que Kruschef debía su carrera a Kaganovich. Desde su primer encuentro con el organizador bolchevique, a quien por entonces se le conocía por «Zhirovich» —encuentro que tuvo lugar durante la Revolución de Febrero de 1917—, Kruschef se convirtió en su protegido y mano derecha. Cogido a los faldones de Kaganovich, le fue posible, en gran parte, escalar en los años veinte los peldaños de la jerarquía del Partido en Ucrania; y, a pesar de la increíble pretensión de Kruschef de que quien le protegía en Moscú era la propia esposa de Stalin, fue precisamente Kaganovich quien le apadrinó en los organismos de la capital, hasta elevarle al Comité Central y al Politburó. Kaganovich era persona de gran

empuje, infatigable y despiadado, y pasaba por ser el mejor administrador de la Unión Soviética. Su época de apogeo coincidió con la reconstrucción de Moscú en los años treinta, y su mayor motivo de orgullo fue la construcción del Metro, dirigida por él y que durante muchos años llevó su nombre. Como jefe de la Comisión de Control del Partido, se convirtió en uno de los secuaces más fieles de Stalin en la ejecución de los planes de colectivización (fue destacado a Ucrania y a Siberia para acelerar «la liquidación de los kulaks como clase social») y en las purgas, en las que gozó de rienda suelta para eliminar a los «elementos oposicionistas» de los sindicatos.

Probablemente la enemistad de Kruschef arranca de 1947, cuando su viejo protector le sustituyó, en un breve período de desgracia, como primer secretario de Ucrania. A la muerte de Stalin, Kaganovich pasó a ocupar la primera vicepresidencia del Consejo de Ministros. Fue uno de los «hombres de Malenkov» en la pugna por la sucesión de éste, por lo que en 1957 se le catalogó en el grupo anti-Partido y se acordó su expulsión del Presidium, a los veintisiete años de su nombramiento para el mismo. Kruschef acusó a Kaganovich, que era un judío ucraniano, de anti-ucraniano y anti-semita, de «haber exagerado su contribución al desarrollo de los transportes y de la construcción» y de haber sido «un perro fiel y adulador» de Stalin. Había base, ciertamente, para estas imputaciones, pero no era Kruschef el que podía arrojar la primera piedra.

Una vez caído en desgracia, Kaganovich fue designado director de una planta de cemento en Sverdlovsk y, últimamente, se le ha visto visitando bibliotecas, asistiendo a alguna función de teatro o sentado en un banco de cualquier parque de Moscú, haciendo comentarios con los estudiantes.

GUEORGUEI M. MALENKOV. En contra de las acusaciones que Kruschef formula, en el sentido de que no fue más que un amanuense sin luces de Stalin y un compinche servil de Beria, «Yegor» Malenkov es, en realidad, un personaje de gran inteligencia, habilidad, tesón y ambición. Por su procedencia y forma de ser era más refinado que Kruschef, a quien probablemente consideraba como un patán estridente y soez. Al fallecer, en 1948, Andrei Zhdanov (a quien Kruschef condena en estos recuerdos a la ignorancia más completa), Malenkov pasó a ocupar el segundo puesto, en importancia y poder, en el directorio soviético.

La opinión general le tuvo como heredero aparente de Stalin, condición que se vio confirmada cuando éste le escogió para que, en su nombre, informara al XIX Congreso en 1952.

Malenkov ocupó los cargos de primer secretario del Partido y primer ministro durante un breve período, inmediatamente después de la muerte de Stalin; en este intervalo, al tiempo que Kruschef consolidaba sus posiciones, Malenkov se encargó de reestructurar la política interior y la exterior, a fin de adaptarse a las realidades de la postguerra. El fue el primero en sugerir en público la posibilidad de que, en la era del armamento termonuclear, hubiera quedado superado el dogma leninista de la inevitabilidad de la guerra total entre el comunismo y el capitalismo, idea que, al principio, fue atacada por Kruschef como herejía revisionista, pero que luego él mismo consagró con su propia doctrina de la «coexistencia pacífica». Fue también Malenkov quien primero reclamó un mejor nivel de vida para el pueblo y la prioridad de la producción de bienes de consumo, mucho antes de que Kruschef despotricara contra los «devoradores de acero» del bloque militar-industrial, que consumían los recursos del país a costa de los intereses materiales del pueblo.

Bajo el mando de Malenkov se desacreditó el Complot de los Médicos, como producto de una invención, y se rehabilitó a los acusados, hecho que, en verdad, debe considerarse como un precedente en la condena de los métodos estalinianos y en la rehabilitación de sus víctimas, fenómeno que se produjo en el XX Congreso del Partido.

La acentuación de la rivalidad entre Malenkov y Kruschef llevó al primero a manipular los ministerios, el aparato estatal y la tecnocracia, en un esfuerzo infructuoso por echar cimientos sólidos desde los cuales poder contener a Kruschef y a su partidocracia. Todo fue en vano y, en 1955, con los flancos desbordados y un número elevado de deserciones entre sus partidarios, Malenkov se vio obligado a abandonar la cartera de primer ministro por «inexperiencia» y a entregársela a Bulganin, el *alter ego* de Kruschef. Después de formar una inestable y ocasional coalición de viejos estalinistas, en un intento abortado por derrocar a Kruschef de la cima del Partido, en 1957 le llegó el eclipse definitivo. Un año más tarde, Kruschef formuló su variada lista de acusaciones, desde la incompetencia en la guerra y la participación en la purga de Leningrado de 1949, hasta el carácter anti-leninista de su política económica y agrícola y su participación en «una conjura anti-Partido». Malenkov fue despachado como director de una fábrica de electricidad a una región apartada del Kazajstán. Durante mucho tiempo permaneció en la más absoluta oscuridad, pero recientemente se le ha visto, en buen estado, por Moscú.

RODION Y. MALINOVSKI. De genio áspero, figura corpulenta y carácter franco y abierto, gozó de la estimación de los soldados y de los comisarios. Estos recuerdos han revelado que Nikita Kruschef se contaba entre sus admiradores más constantes. Nacido en Odesa, en el seno de una familia campesina, a los dieciséis años se alistó en el ejército zarista y sirvió como ametrallador en las fuerzas expedicionarias rusas que lucharon en Francia antes de la Revolución. En la guerra civil estuvo al mando de un batallón del Ejército Rojo que luchó en Siberia contra los blancos del almirante Kolchak, y en 1926 se afilió al Partido. Malinovski fue una brillante figura de la segunda Guerra Mundial, si se prescinde de su pasajera postergación a raíz de la derrota soviética en Rostov. Durante la guerra sostuvo un contacto estrecho y aparentemente cordial con Kruschef y fue el arquitecto de la ingeniosa máquina

rusa de contención de la invasión alemana en Besarabia y en Ucrania, uno de los jefes a las órdenes de Zhukov que contuvo en Stalingrado la marea germana, y quien encabezó la maniobra para expulsar al invasor del Donbass, región que vio nacer a Kruschef, y del sur de Ucrania, incluida Odesa, cuna del propio Malinovski. En 1944 hizo capitular al ejército alemán en Rumania, y a continuación impulsó el avance hasta Budapest, y de Budapest a Viena. El final de la contienda le sorprendió en Manchuria luchando con los japoneses y, al mismo tiempo, causando estragos entre los chinos; siguió destacado en el Extremo Oriente hasta que, en 1956, fue requerido en Moscú como primer viceministro del Ministerio de Defensa. Un año después fue nombrado ministro de Defensa, en sustitución del mariscal Zhukov, su superior desde los días de Stalingrado.

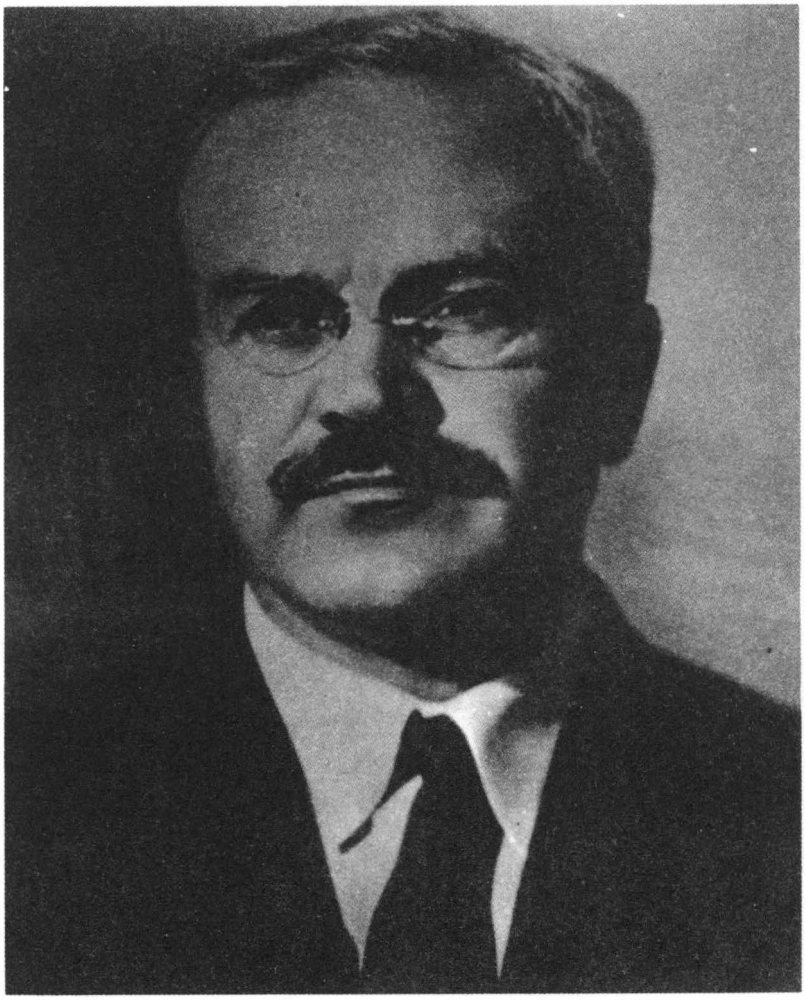
Malinovski se encontraba al lado de Kruschef cuando la fracasada conferencia en la cumbre de 1960 en París; a su vuelta a Moscú hizo unas enérgicas manifestaciones, en las que dio a entender que, a partir de entonces, se tomarían medidas directas contra las bases aéreas desde las que operaran los aparatos que pretendieran violar el espacio de la Unión Soviética. Malinovski fue luego reemplazado por su segundo en el mando, el mariscal Grechko, que durante la guerra había sostenido amistosas relaciones con Kruschef. Falleció en 1967.

ANASTAS I. MIKOYAN. Este armenio sombrío y astuto, conocido en Occidente como el viajante número uno de la Unión Soviética, constituye un prototipo clásico, casi único, de la supervivencia. Cabría afirmar que su biografía y carrera política estaban tan ligadas a las de Stalin que no podía acarrearle nada bueno. Nacido en el Cáucaso y ex-seminarista como Stalin, Mikoyan se unió a los bolcheviques en 1915, el mismo año en que recibía su diploma en teología. Se distinguió en la organización del Partido en Bakú y Tiflis y estuvo a punto de ser fusilado por las fuerzas mencheviques, blancas, alemanas, turcas e inglesas que, poco después de la Revolución, trataron de disputar al Ejército Rojo el dominio del Cáucaso. Fue uno de los primeros aliados de Stalin, en su enfrentamiento con Trostski, y miembro del trío caucasiano del Kremlin con él y con Sergo Ordzhonikidze, que fue menos afortunado y, probablemente,

menos flexible. En 1926 era ya candidato al Politburó, al ser designado comisario del pueblo para el Comercio Interior y, con posterioridad, para el Comercio Exterior. Desde entonces se especializó en este último campo; en 1936 hizo una jira por los Estados Unidos con el fin de estudiar los métodos de producción de los artículos alimenticios, y una segunda en 1959, durante la que insistió constantemente en el comercio entre «las dos grandes potencias». Según Kruschef, Mikoyan cayó en desgracia ante los ojos de Stalin al mismo tiempo que Molotov, en los últimos años del dictador; Stalin los alejó del círculo de los dirigentes y acarició la idea de eliminarlos. Kruschef es de la opinión de que ninguno de los dos amos de la política exterior habría sobrevivido si Stalin hubiera durado un poco más.

Mikoyan desempeñó un papel ambiguo en el escenario de la carrera de Kruschef. Según parece, defendió a Laurenti Beria ante el improvisado tribunal de sus compañeros, y que Kruschef afirma se encargó él de organizar en 1953; en 1956, «Anastas Ivanovich» criticó abiertamente a Stalin en una sesión ordinaria del XX Congreso, a modo de sondeo preparatorio del discurso secreto de Kruschef.

Cuando viajaba solo, Mikoyan se mostraba rebosante de atractivos y de un sentido del humor muy agradable. Mas cuando iba acompañado de Kruschef en sus viajes al extranjero, debía asumir la responsabilidad ingrata de matizar las indiscreciones más insultantes de su jefe y de neutralizar la embarazosa situación creada por los frecuentes estados de embriaguez de Kruschef en contraste con su propia y serena sobriedad. Mikoyan fue el único componente de la Vieja Guardia (Malenkov, Molotov, Kaganovich, etc.) que salió ileso del asalto al grupo anti-Partido; ocupó la presidencia de la Unión Soviética durante un breve período y desapareció de la vida activa un año después del derrocamiento de Kruschef. Anunció su retirada en el XXIII Congreso y, en la actualidad, lleva una existencia tranquila en Moscú, sostenida por una pensión estatal.



VIACHESLAV M. MOLOTOV. Su nombre de familia era Scriabin; su padre era dependiente de un comercio y su tío el compositor del mismo apellido. Molotov fue uno de los pocos bolcheviques de extracción burguesa que se enrolaron desde el primer momento a las órdenes de Stalin. Con poco más de veinte años de edad mantuvo en Petrogrado la unidad del menguado Partido, en un tiempo en que Lenin, Trotski y Zinoviev, entre otros, estaban en el exilio, y Stalin y Kamenev en Siberia. En cierta ocasión, Lenin le conceptuó como «el mejor funcionario archivero de toda Rusia», y Trotski, menos generosamente, le despreció como «la encarnación de la mediocridad». Al producirse el derrocamiento del régimen zarista, con la Revolución de Febrero, tenía veintisiete años y era un joven con un notable tartamudeo, sempiternos quevedos y un modo de ser rígido que perdurarían a lo largo de toda su carrera;

era también el bolchevique de mayor antigüedad de Petrogrado. Cambió entonces su apellido por el de Molotov, que significa «martillo», de forma semejante a Stalin, cuyo nuevo nombre quiere decir «acero»; de hecho, el dictador utilizó a Molotov para triturar la oposición y para dar forma, a fuerza de golpes, a los cimientos de su propio poder. En nombre de Stalin llevó a efecto la liquidación de los mencheviques y posteriormente, en unión de Vorochilov, el año 1926, acudió a Leningrado a deshacer la oposición de Zinoviev. Precedió a Kaganovich y a Kruschef en la jefatura de la máquina del Partido de Moscú, y en 1931 fue designado para suceder al depuesto Rikov, acusado de «derechista», en el cargo más honorífico que real de primer ministro, o presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo. En 1939 entregó el puesto a Stalin y pasó a ocupar el ministerio de Asuntos Exteriores, al ser sustituida la política de seguridad colectiva de Maxim Litvinov por la del acuerdo con Hitler, que ya estaba preparando Stalin. El primer acto notable de Molotov en la cartera del Exterior fue la firma del pacto de amistad y no agresión con su colega nazi Joachim von Ribbentrop. Según Kruschef, Molotov cayó en los últimos años de Stalin en una peligrosa desgracia, cuando al paranoico dictador y anciano decrépito le dio por pensar que su lugarteniente, tal vez el más leal de todos, estaba al servicio del gobierno americano; a pesar de ello, siguió siendo un estalinista inconmovible y un genio impasible de la diplomacia sorda, hasta adquirir una auténtica reputación internacional como el principal promotor de la política dura que caracterizó los primeros días tristes de la guerra fría.

A partir de la desaparición de Stalin, Molotov se enfrentó a Kruschef en todos los problemas de importancia; se opuso a la desestalinización, a la reconciliación con Tito y a la moderación en la respuesta al desafío polaco de 1956. En 1957, Kruschef le catalogó como enemigo del Partido, en unión de Malenkov y Kaganovich, siendo además acusado de «teórico principal» de la oposición. Se le eliminó nombrándole embajador en Ulan Bator, el puesto más insignificante y oscuro de todo el servicio diplomático. Chepilov ocupó su vacante, pero pronto se unió a las víctimas de la venganza de Kruschef contra el grupo anti-Partido, siendo sustituido por su viceministro Andrei Gromiko, en funciones hasta la fecha. En 1960, Molotov resucitó del limbo de la Mongolia Exterior para figurar como representante soviético en la Agencia Internacional de Energía Atómica de Viena, pero cualquier esperanza en la recuperación de su prestigio resultó fallida en el XXII Congreso del Partido, en 1961, en el que se le acusó de complicidad con los crímenes de Stalin y, de modo especial, de la paternidad de las listas de muerte confeccionadas en los años de las purgas. La última vez que un extranjero vio a Molotov fue en Moscú, en 1970, en el funeral de su esposa Zhemchuzhina.

KLIMENT E. VOROCHILOV. Fue más un «general político» que un soldado profesional, y se distinguió por su larga carrera hecha de vanidad, de extravagancia y de una auténtica buena suerte. Tras romper el asedio que el Ejército Blanco había puesto a Tsaritsin (después Stalingrado) durante la guerra civil, y reprimir en 1921 la insurrección de Kronstadt, Vorochilov inició su carrera ascendente hasta el Comisariado del Pueblo para la Defensa, el grado de mariscal de la Unión Soviética y la categoría de «tirador supremo» de Stalin. Le fascinaba la publicidad y se pasaba, como afirma Kruschef, casi todo el tiempo en la ópera y en cualquier acto oficial en el que pudiera exhibir todas sus condecoraciones. Mientras Hitler proseguía sus preparativos bélicos, el Ejército Rojo, a las órdenes de Vorochilov, continuaba en un estado realmente lastimoso.

Stalin tenía razón, hasta cierto punto, cuando culpó a su mariscal de la humillación que la Unión Soviética sufrió a manos de los finlandeses en la guerra de invierno de 1939-40; Vorochilov fue destituido y, según Kruschef, «mantenido en Moscú como persona a quien echar las culpas». A pesar de su rápida ascensión a la cumbre y de su repentina degradación, pudo, sin embargo, asegurarse un puesto en el gabinete de guerra de Stalin como antiguo y venerable, aunque vilipendiado, leal a la causa. Según parece, el dictador no se sentía inclinado a dejar al viejo caballo de guerra en los pastizales o a arremeter contra él, junto con unos cuantos de sus antiguos subordinados, los cuales fueron acusados de «traición» en el primer año de la guerra, cuando las fuerzas de choque de Hitler rebasaron sin dificultad las posiciones defensivas rusas. Entre el final de la contienda y la muerte de Stalin, Vorochilov logró evadir tanto las graves sospechas de aquél como la enemistad de sus herederos. Kruschef afirma que, en su decrepitud, Stalin acostumbraba a hacer comentarios sobre la posibilidad de que su mariscal se hubiera convertido en un espía al servicio de Inglaterra, pero ello no impedía a Vorochilov pasar sus vacaciones en Sochi, al lado del dictador.

Al morir Stalin, en 1953, Vorochilov fue elegido presidente del Presidium del Soviet Supremo de la Unión Soviética, y siguió en el puesto hasta 1960, cuando renunció por razones de salud. Año y medio después, en el XXII Congreso, fue inesperadamente denunciado por su supuesta participación en las actividades del grupo anti-Partido a mediados de la década anterior. Vorochilov confesó sus pecados y Kruschef intercedió pidiendo clemencia. Vorochilov, ante la sorpresa de todos, fue reelegido para el Presidium del Soviet Supremo en abril de 1962. Murió en 1969, a la edad de ochenta y nueve años.

GUEORGUEI K. ZHUKOV. El mariscal Zhukov fue el Militar más sobresaliente de la laboriosa victoria rusa sobre Alemania y el más importante de los aliados de Kruschef en su apurado triunfo sobre el grupo anti-Partido. Comenzó su carrera militar en la primera Guerra Mundial, como suboficial en una unidad de caballería cosaca del ejército zarista; en 1918 se unió al Ejército Rojo y un año después se afilió al Partido. En 1936, Zhukov fue el observador ruso más importante de la guerra civil española, y uno de los pocos que pudieron evitar la suerte de otros muchos de los «españoles» liquidados en la purga que Stalin hizo dentro del alto mando del ejército. Tres años más tarde dirigió la brillante contraofensiva contra los japoneses, en la Mongolia Exterior, cerca del río Halkin-Gol, campaña que la propaganda soviética ha recordado constantemente al mundo, en especial a China, como demostración

histórica de que la Unión Soviética está preparada y capacitada para defender sus fronteras del Extremo Oriente. En la segunda Guerra Mundial, Zhukov acaudilló los primeros éxitos soviéticos dignos de mención en la defensa de Moscú; cambió el signo de la guerra en la batalla de Stalingrado, rompió el cerco de Leningrado y dirigió el avance ruso desde Varsovia hasta Berlín. Su inmenso prestigio profesional y su bien merecida popularidad provocaron el resentimiento de Stalin, y, a partir del final de la contienda, fue relegado a una serie de mandos de segunda categoría.

Fue Kruschef quien sacó al general del olvido a que el dictador le había sentenciado. Nombrado en 1953 viceministro de Defensa, dos años después sustituyó a Bulganin en el Ministerio, la primera vez en la historia soviética que un soldado profesional, y no un comisario o «general político», se colocaba al frente de las fuerzas armadas. Su estrella siguió en alza y fue designado miembro de pleno derecho del Presidium, en pago a sus esfuerzos por obtener, en junio de 1957, el apoyo del Comité Central a la actuación de Kruschef contra el grupo anti-Partido. Cuatro meses más tarde, Zhukov fue enviado en visita oficial a Belgrado y, al volver, se vio despojado de su cartera de Defensa, de su estrado en el Comité Central y en el Presidium, y criticado por su «espíritu aventurero» y por su «bonapartismo». Su complicidad en las negligencias de Stalin, a principios de la segunda Guerra Mundial, fue la acusación más cínica que Kruschef pudo haberle formulado. Zhukov se retiró y ecribió unas memorias bélicas que han sido publicadas en Occidente. Como ejemplo de jefe militar soviético, armado de un poder político espectacular, Zhukov ha sido, no ya un precedente, sino una auténtica excepción: ninguno de sus sucesores en el ministerio de Defensa, Malinovski y Grechko, ha merecido la distinción de pertenecer al Presidium o Politburó.

APENDICE 4

El Discurso Secreto de Kruschef

(Según el texto facilitado por el Departamento de Estado norteamericano el 4 de junio de 1956.)

Camaradas: En el informe del Comité Central del Partido presentado ante el XX Congreso, en numerosos discursos de los delegados y en las sesiones plenarias del Comité Central del Partido comunista de la Unión Soviética que precedieron a aquellas asambleas, se ha hablado insistentemente del culto a la personalidad y de sus desastrosas consecuencias.

Después de la muerte de Stalin, el Comité Central del Partido comenzó a desarrollar de un modo conciso y coherente la política de que es inadmisible y extraño al espíritu del marxismo-leninismo el enaltecimiento de una persona, la transformación de la misma en un superhombre dotado de características sobrenaturales, semejantes a las de un dios; una persona así, según se sostenía, lo sabía todo, lo veía todo, pensaba por todos, era omnipotente e infalible en su comportamiento.

Durante muchos años hemos cultivado esta creencia acerca de algunos seres humanos y particularmente acerca de Stalin.

El objeto de este informe no pretende ser una valoración exhaustiva de la vida y actividades de Stalin. Sus propios méritos han sido publicados en gran número de libros, folletos y trabajos, editados cuando aún vivía; es de conocimiento universal el papel que Stalin jugó en la preparación y realización de la revolución socialista, en la guerra civil y en la lucha por la implantación del socialismo en nuestro país. Todo el mundo conoce estos hechos demasiado bien. Pero en el momento actual nos vemos enfrentados con un problema de extraordinaria importancia para el Partido; nos hemos de ocupar del culto a la personalidad de Stalin que poco a poco fue aumentando, de un culto que se ha convertido, en un determinado momento, en la fuente de todo un cúmulo de co-

rrupciones muy graves y perjudiciales para los principios del Partido, de la democracia del Partido y de la legalidad revolucionaria.

Debido a que no todos se han percatado aún de las consecuencias prácticas del culto a la personalidad, de los graves daños provocados por la violación del principio de la dirección colectiva y de la acumulación de un poder inmenso e ilimitado en las manos de una sola persona, el Comité Central del Partido estima como absolutamente necesario facilitar al XX Congreso del Partido comunista de la Unión Soviética toda la información precisa sobre este tema.

Ante todo, debéis permitirme que os recuerde la severidad con que los clásicos del marxismo-leninismo denunciaron cualquier manifestación del culto a la personalidad. En una carta al político alemán Wilhelm Bloss, Marx decía: «A causa de mi aversión al culto a la personalidad, durante toda la existencia de la Internacional nunca di a conocer los escritos recibidos de varios países en que se reconocen mis méritos, pero que me desagradan profundamente. Ni siquiera los he contestado, excepto cuando he tenido que refutar a sus autores. Engels y yo nos habíamos unido a la sociedad secreta de los comunistas a condición de que sus estatutos desterraran todo lo que supusiera la adoración supersticiosa de los dirigentes. Lasalle, a partir de entonces, siguió una dirección opuesta.»

Poco tiempo después, Engels escribía: «Tanto Marx como yo nos hemos mostrado siempre contrarios a cualquier manifestación pública referida a un individuo concreto, a menos que hubiera una finalidad meritoria, y en todo caso nos oponemos vivamente a cualquier manifestación que, en vida nuestra, se refiera personalmente a nosotros.»

Todos conocemos la gran modestia del genio de la revolución, Vladimir Ilich Lenin. Lenin había insistido siempre en la intervención del pueblo como creador de la historia, en la misión rectora y organizadora del Partido, como un organismo vivo y creador, y en el papel del Comité Central.

El marxismo no niega el papel de los dirigentes de la clase obrera en el gobierno del movimiento de liberación revolucionario.

Aunque atribuía una importancia notable a la misión de los jefes y organizadores de las masas, Lenin condenaba sin paliativos toda manifestación del culto a la personalidad, combatía infatigablemente los conceptos de «héroe» y «muchedumbre» como extraños al marxismo y rechazaba todos los esfuerzos que se hicieran para oponer el héroe a las masas y al pueblo.

Lenin enseñó que la fortaleza del Partido depende de su unidad indisoluble con las masas, del hecho de que el pueblo (los obreros, los campesinos y los intelectuales) sigue al Partido. Y afirmaba: «Solamente ganará y conservará el poder quien crea en el pueblo, quien se sumerja en la fuente del espíritu creador y vivo del pueblo.»

Lenin aludió con orgullo al Partido comunista bolchevique, como guía y maestro del pueblo; quiso que los problemas más importantes fueran expuestos a los trabajadores más entendidos, a la opinión del Partido; había escrito «creemos en él, en él vemos la sabiduría, el honor y la conciencia de nuestra época».

Abiertamente se colocó frente a cualquier intento que apuntara hacia el menosprecio o debilitamiento de la misión rectora del Partido dentro de la estructura del Estado soviético. Formuló los principios bolcheviques de la dirección y de las normas del Partido, insistiendo en que la norma primaria del gobierno del Partido residía en su colegialidad. Desde los años anteriores a la revolución, Lenin consideraba al Comité Central como la asamblea de los jefes, guardianes e intérpretes de los principios del Partido. Señaló a este propósito que «en el intervalo que se extiende entre un Congreso y otro, el Comité Central guarda e interpreta los principios del Partido».

Para subrayar el papel de este Comité y su autoridad, había decretado en otro lugar que «nuestro Comité Central se constituye como un grupo de autoridad suprema y profundamente centralizada...».

En la vida de Lenin, el Comité Central era expresión auténtica del gobierno colectivo del Partido y del país. Lenin, que nunca dio su brazo a torcer en la línea de los principios, era al mismo tiempo un marxista revolucionario militante y nunca impuso sus opiniones violentamente a sus compañeros de trabajo. Quiso siempre convencerles y explicó sus propias opiniones con suma paciencia; siempre se ocupó con diligencia de que las normas del Partido fueran reales, de que se aplicara su estatuto, de que los Congresos del Partido y las sesiones plenarias del Comité Central se celebraran a su debido tiempo.

Además de la notable contribución de Lenin a la victoria de la clase obrera y de los campesinos, a la victoria de nuestro Partido y a la puesta en práctica de las ideas del comunismo científico, su mente aguda también acertó plenamente en este otro aspecto que nos ocupa, en cuanto descubrió a tiempo las características negativas de Stalin, que, con el tiempo, habrían de provocar tan graves consecuencias. Temeroso de la suerte futura del Partido y de la nación soviética, Lenin hizo una completa y correcta caracterización de Stalin cuando señaló la necesidad de removerle del puesto de secretario general debido a su carácter excesivamente rudo, a las actitudes impropias que adoptaba con sus camaradas y a su inclinación al abuso del poder.

En diciembre de 1922, en una carta que Vladimir Ilich dirigió al Congreso del Partido, dijo: «Después de ocupar el cargo de secretario general, el camarada Stalin acumuló en sus manos un poder inconmensurable y no estoy seguro de si será capaz de utilizarlo con el cuidado preciso.»

Esta carta, que constituía un documento político de importancia transcendental, conocido en la historia del Partido como el «Testamento» de Lenin, ha

sido distribuida entre los delegados del XX Congreso del Partido. Vosotros la habéis leído y estoy seguro de que la volveréis a leer más de una vez; podéis meditar las palabras claras de Lenin, en las que manifiesta su profunda preocupación por el Partido, por el pueblo, por el Estado y por la dirección futura de la política comunista.

Vladimir Ilich decía: «Stalin es demasiado rudo, y esta falta, perfectamente soportable entre nosotros y en nuestros contactos con otros comunistas, resulta intolerable en una persona con el cargo de secretario general. Por lo tanto, propongo que se busque el medio de sacarle de ese puesto y sustituirle por otra persona que le supere en todos los sentidos —a saber, alguien que sea más tolerante, más leal, más educado y considerado con los camaradas, menos caprichoso, etc.»

Este documento de Lenin fue dado a conocer a los delegados del XIII Congreso del Partido, en el que se discutió el problema de la destitución de Stalin de su puesto de secretario general. Los delegados se declararon a favor de que continuara en el puesto, en la esperanza de que se hubiera dado por enterado de las críticas de Vladimir Ilich y de que pudiera dominar los defectos que provocaban la grave preocupación de Lenin.

Camaradas, el Congreso del Partido debe ser informado de otros dos documentos nuevos que confirman el carácter de Stalin, ya perfilado en el Testamento de Lenin. Tales documentos son: una carta de Nadezhda Konstantinovna Krupskaia a Kamenev, quien presidía en aquella época el Buró político, y una carta personal del mismo Lenin a Stalin.

Voy a detenerme en la lectura de estos documentos:

Lev Borisovich:

A causa de una breve nota dictada por Vladimir Ilich, y que yo he escrito con el permiso de los médicos, Stalin tuvo conmigo en el día de ayer una sorprendente y grosera explosión de mal genio. No es este el primer día de mi pertenencia al Partido; durante los treinta años que han transcurrido, nunca he tenido que oír de labios de mis camaradas una sola palabra grosera. Los asuntos del Partido y los de Ilich son para mí, por lo menos, tan queridos como para Stalin; en el momento actual siento la necesidad del más cuidadoso dominio de mí misma. Sé mejor que ningún médico lo que se puede y lo que no se debe discutir con Ilich, ya que me he dado cuenta de aquello que le pone nervioso y de lo que no le afecta; de todos modos, estas cosas las conozco mucho mejor que Stalin. Me dirijo a ti y a Grigori como camaradas íntimos de V. I., y os ruego que me protejáis frente a las interferencias groseras en mi vida privada y frente a los insultos y amenazas soeces. No me cabe la menor duda sobre lo que vaya a ser la decisión unánime de la Comisión de Seguridad,

con la que Stalin pretende aterrarme; sin embargo, no me siento con fuerzas ni con el tiempo libre como para malgastarlos en esta disputa insensata. Soy una persona que aún vive y mis nervios están tensos al máximo.

N. KRUPSKAIA.

Nadezhda Konstantinovna escribió esta carta el 23 de diciembre de 1922. Dos meses y medio más tarde, en marzo de 1923, Vladimir Ilich Lenin envió a Stalin la siguiente carta:

Al camarada Stalin.

Copias para Kamenev y Zinoviev.

Estimado camarada Stalin:

Te has permitido llamar por teléfono a mi esposa para reprenderla ásperamente. A pesar de que ella te haya comunicado su conformidad en que el incidente sea totalmente olvidado, Zinoviev y Kamenev han sido informados por ella de todo el asunto. No estoy dispuesto a olvidar tan fácilmente lo que se haga contra mí, y no necesito señalar que lo que se haga contra mi esposa va también dirigido contra mí. Por lo tanto, te ruego que medites cuidadosamente si deseas retractarte de tus palabras y pedir disculpas o si, por el contrario, prefieres que demos por terminada toda relación entre nosotros.

(Revuelo en la sala.)

Atentamente,

LENIN.

5 de marzo de 1923.

Camaradas, no voy a hacer comentarios sobre estos documentos, ya que por sí mismos son lo suficientemente elocuentes. Si Stalin se comportó de este modo en vida de Lenin, si actuó de esta manera frente a Nadezhda Konstantinovna Krupskaia, a quien el Partido ha conocido y estima como compañera fiel de Lenin y como combatiente activo por la causa del Partido desde su misma creación, nos podremos fácilmente imaginar cómo Stalin trató a las demás personas. Las características negativas de que hacía gala se fueron desarrollando gradualmente y en sus últimos años adquirieron un carácter totalmente insoportable.

Como los hechos posteriores han demostrado, la preocupación de Lenin estaba totalmente justificada; en el período inmediatamente posterior a su muerte, Stalin siguió obedeciendo las directrices de Lenin, pero con el tiempo prefirió darlas de lado y olvidarlas.

Debemos convencernos de que los temores de Lenin eran justificados, si analizamos la conducta de Stalin en el campo del gobierno del Partido y del país y si nos detenemos un instante a considerar todo lo que llevó a cabo. Las características negativas de la personalidad de Stalin, que en vida de Lenin se encontraban en una fase incipiente de desarrollo, se transformaron con el transcurso de los años en un abuso desmedido del poder que produjo daños incontables a nuestro Partido.

Estos problemas deben ser meditados con toda seriedad y analizados correctamente, a fin de que podamos impedir la posibilidad de la repetición, sea de la forma que sea, de lo que sucedió en vida de Stalin, quien no quiso nunca tolerar la colegialidad en el Gobierno y en el trabajo y practicó la violencia brutal, no sólo con todo lo que se le oponía, sino también con todo lo que aparecía ante su carácter caprichoso y despótico como contrario a sus ideas.

Stalin actuó no ya por medio de la persuasión, de las explicaciones y de la cooperación tolerante con la gente, sino mediante la imposición de sus ideas y la exigencia de una sumisión incondicionada a sus opiniones. Quienquiera que se enfrentara con estos conceptos o intentara manifestar su propio punto de vista y la rectitud de su postura, estaba condenado a la remoción del gobierno colectivo y al consiguiente aniquilamiento moral y físico. Todo esto es especialmente cierto en el período que siguió al XVII Congreso del Partido, en el que muchos dirigentes y militantes, honestos y entregados a la causa del comunismo, cayeron víctimas del despotismo estaliniano.

Hemos de reconocer que el Partido había librado una gran batalla contra los trotskistas, los derechistas y los nacionalistas burgueses, y que había desarmado ideológicamente a todos los enemigos del leninismo; esta guerra ideológica fue rematada con éxito y, en consecuencia, el Partido salió más reforzado y templado. En este aspecto, el papel de Stalin fue claramente positivo.

El Partido había soportado una profunda contienda ideológico-política con todos los que, dentro de sus propias filas, se habían inclinado por las tesis antileninistas, los cuales representaban una línea política hostil al Partido y a la causa del socialismo. Esta lucha fue tenaz y difícil, pero al mismo tiempo necesaria, porque la línea política del bloque de Trotski y Zinoviev y del de Bujarin habrían llevado en su momento a la restauración del capitalismo y a la capitulación ante el mundo burgués. Podemos detenernos un momento y pensar en lo que hubiera sucedido si en los años 1928-29 la línea política del desviacionismo derechista hubiera prevalecido, igual que si hubiera predominado la tendencia a la «industrialización de los vestidos de algodón», la preeminencia del *kulak,* etc. No poseeríamos ahora la potente industria pesada que tenemos, no tendríamos los *koljozes* y nos encontraríamos en el momento actual desarmados y empobrecidos ante el cerco capitalista.

Precisamente por esta razón el Partido siguió su inexorable lucha ideológica e hizo ver a todos sus afiliados, así como a las masas de fuera de sus filas, el peligro y los daños de las intenciones anti-leninistas de la oposición trotskista y de los oportunistas de derechas. Esta vasta empresa de explicar las directrices del Partido ha dado sus frutos; tanto los trotskistas como los oportunistas del ala derecha se han visto políticamente aislados, la inmensa mayoría del Partido ha apoyado la concepción leninista y se ha podido así despertar y organizar las masas trabajadoras para llevar a la práctica la línea de acción del leninismo y construir un mundo socialista.

Merece la pena hacer constar el hecho de que en el curso de la violenta lucha ideológica sostenida contra los seguidores de Trotski, Zinoviev y Bujarin, nunca hubo que utilizar medidas extremas de represión; la lucha se basaba en un terreno ideológico. Sin embargo, varios años más tarde, cuando el socialismo se había ya estructurado en nuestro país en sus líneas esenciales, cuando se había dado por terminada la explotación de las clases sociales, cuando la estructura social había sido cambiada radicalmente, cuando se habían reducido drásticamente las bases sociales de los movimientos y grupos políticos hostiles al Partido, cuando los oponentes ideológicos del mismo habían sido derrotados políticamente, es entonces cuando se inicia la represión violenta.

Surge precisamente en este período (1935-1937-1938) la práctica de la represión en masa por parte del aparato gubernamental, primero contra los enemigos del leninismo (seguidores de Trotski, Zinoviev, Bujarin, todos ellos políticamente vencidos por el Partido) y después contra muchos comunistas leales, contra los cuadros del Partido que habían soportado el peso de la guerra civil y los años primeros y más difíciles de la industrialización y de la colectivización, quienes habían luchado activamente frente a los trotskistas y contra los miembros del ala derecha de la línea leninista.

Stalin acuñó el concepto de «enemigo del pueblo». La expresión hizo innecesaria la necesidad de demostrar dialécticamente los errores de un sujeto o grupo de sujetos; hizo posible la utilización de la represión más cruel, la violación de todas las normas de la legalidad revolucionaria, y fue dirigida contra todos los que, de un modo u otro, estuvieran en desacuerdo con Stalin, contra todos aquellos de los que sólo se sospechaba la intención hostil, contra todos los que gozaran de una fama adversa. El concepto de «enemigo del pueblo» eliminó de hecho la posibilidad de la lucha ideológica o de la exposición de los puntos de vista del individuo sobre uno u otro tema, tuvieran o no naturaleza política. Por regla general, la única prueba de culpabilidad aducida, en contradicción con todas las reglas de la ciencia jurídica vigente, fue la «confesión» del propio acusado y, según pudo demostrarse posteriormente, las «confesiones» eran obtenidas gracias a las presiones físicas ejercidas sobre los individuos.

Todo ello llevó a patentes violaciones de la legalidad revolucionaria y a una situación en la que muchos inocentes que habían defendido en el pasado las directrices del Partido cayeron como víctimas.

Hemos de afirmar, por lo que se refiere a todas las personas que en aquella época se habían opuesto a la Línea del Partido, que frecuentemente no existían razones graves suficientes para su aniquilamiento físico; la fórmula «enemigo del pueblo» fue especialmente introducida con el propósito de aniquilar físicamente a tales personas.

Es un hecho cierto que muchos de los que fueron eliminados como enemigos del Partido y del pueblo habían sido compañeros de Lenin en vida de éste; algunos habían cometido errores en su día, pero, a pesar de ello, Lenin se aprovechó de su colaboración, les hizo ver su equivocación e hizo todo lo posible por conservarlos al servicio del Partido; les convenció y los convirtió en seguidores suyos.

En relación con dicho problema, los delegados de este Congreso deben conocer una nota inédita de Lenin dirigida en octubre de 1920 al Buró político del Comité Central. Al insistir en los deberes de la Comisión de Seguridad, Lenin afirmó que ésta debe transformarse en un verdadero «órgano del Partido y de la conciencia proletaria».

Se recomienda como obligación específica de la Comisión de Seguridad una relación íntima e individualizada, a veces a modo de procedimiento terapéutico, con los representantes de la denominada oposición, con todos los que hayan sufrido una crisis psicológica a causa del fracaso de su carrera en el Soviet o en el Partido. Debemos esforzarnos por tranquilizarlos, por explicarles los asuntos de la misma forma que se hace con los compañeros, por encontrarles (evitando el método de dictar órdenes) una tarea para la que estén psicológicamente preparados. Los consejos y normas referentes a este asunto deben ser redactados por el Departamento de Organización del Comité Central.

Todos conocen bien la irreconciliable postura de Lenin con los enemigos ideológicos del marxismo, con todos los que se desviaran del camino correcto; sin embargo, Lenin, como se desprende del documento citado, exigía en el ejercicio del mando el contacto más íntimo del Partido con quien hubiera dado muestras de indecisión o de disconformidad pasajera con su ideología, siempre que fuera factible su reingreso en la ortodoxia. Lenin aconsejó que esta gente fuera educada pacientemente sin acudir a procedimientos extremos.

El tacto de Lenin en sus relaciones con el pueblo queda demostrado en el trabajo que llevaba a cabo con el cuadro de dirigentes.

Stalin se distinguió por un sistema de relaciones con las personas totalmente diferente. Fue completamente extraño a los rasgos leninistas, a su trabajo pa-

ciente con los individuos, a la empresa constante y laboriosa de su educación, a la habilidad de convencer a todos para que le siguieran sin acudir a la violencia, sino más bien por la influencia ideológica que ejercía el sistema colectivo. Stalin relegó al olvido el método leninista de convencer y educar; abandonó el sistema de la lucha ideológica por el de la violencia administrativa, la represión en masa y el terror. Actuó a través de los órganos punitivos cada vez a mayor escala y con mayor tesón, al tiempo que violaba frecuentemente todas las normas existentes de la moralidad y del Derecho soviético.

El comportamiento arbitrario por parte de un individuo fomenta y cultiva la arbitrariedad de los demás. Los arrestos en masa y las deportaciones de muchos millares de personas, la ejecución de las mismas sin un proceso judicial y sin la habitual investigación creaban condiciones de inseguridad, temores e incluso desesperación.

Naturalmente, nada de esto contribuyó a la unidad dentro de las filas del Partido y de la clase obrera, sino que, por el contrario, provocó la aniquilación y la expulsión de muchos trabajadores que se mantenían leales a Stalin, aunque no se ajustaran a todos sus deseos.

Nuestro Partido luchó por llevar a la práctica los planes de Lenin respecto a la implantación de un mundo socialista, lo cual constituía una verdadera lucha ideológica. Si los principios leninistas hubieran sido obedecidos durante el transcurso de esta contienda, si la devoción del Partido a sus principios se hubiera conjugado fielmente con una preocupación profunda y minuciosa por el pueblo, si en lugar de haber sido repudiados y postergados hubieran sido acogidos en nuestro seno, no habríamos sufrido, en verdad, la violación brutal de la legalidad revolucionaria y muchos miles de ciudadanos no habrían perecido, víctimas de los métodos terroristas. Los métodos de carácter extraordinario habrían sido utilizados sólo contra aquellos que realmente hubieran cometido actos criminales contra el régimen soviético.

Debemos traer ahora a la memoria algunos hechos históricos.

En los días que precedieron a la Revolución de Octubre, dos miembros del Comité Central del partido bolchevique [Kamenev y Zinoviev] se opusieron abiertamente a los proyectos de Lenin de un levantamiento armado. El 18 de octubre, además, publicaron en el periódico menchevique *Novaia Zhizn* una declaración en la que se hacía constar que los bolcheviques tramaban un levantamiento que consideraban aventurado. De este modo, Kamenev y Zinoviev revelaron al enemigo la determinación del Comité Central de sublevarse y la información de que el levantamiento estaba proyectado para un futuro muy próximo.

Ello implicaba una traición al Partido y a la revolución. En relación con esto, Lenin escribió: «Kamenev y Zinoviev han revelado a Rodzianko y Kerenski la

decisión del Comité Central del Partido de llevar a efecto un levantamiento...» En consecuencia, planteó a dicho Comité el problema de la expulsión de Kamenev y Zinoviev.

Sin embargo, como todos sabemos, después de la gran Revolución socialista de Octubre, Zinoviev y Kamenev siguieron ocupando cargos influyentes. Lenin los había elegido para que llevaran a la práctica las tareas de mayor responsabilidad del Partido y para que participaran de un modo activo en la empresa de regir el mismo y los órganos del Soviet. Todos sabemos que Zinoviev y Kamenev volvieron a cometer, en vida de Lenin, otros errores graves; en su Testamento, Lenin hizo ver que «el episodio de octubre con Zinoviev y Kamenev no constituyó un simple accidente». Sin embargo, Lenin nunca planteó el tema de su detención ni, ciertamente, el de su fusilamiento.

Podríamos también considerar el caso de los trotskistas. En el momento actual, al final de un período histórico de suficiente duración, podemos hablar de la lucha con los trotskistas con toda tranquilidad y podemos analizar sus implicaciones con absoluta objetividad. Después de todo, la gente que se agrupó alrededor de Trotski no procedía, en modo alguno, de una sociedad burguesa; un sector pertenecía a la «intelligentsia» del Partido y otro había sido reclutado entre las filas obreras. Podemos citar por su nombre a muchos individuos que se unieron en su día a los trotskistas, los cuales participaron de forma activa en el movimiento obrero anterior a la revolución, en la misma Revolución de Octubre y en la consolidación de la victoria de la más insigne de las revoluciones. Muchos de ellos rompieron sus lazos con el trotskismo y se reintegraron a las posiciones leninistas. ¿Fue necesaria la aniquilación de estas personas? Estamos profundamente convencidos de que si Lenin hubiera sobrevivido, estos procedimientos extremistas no habrían sido jamás utilizados contra la inmensa mayoría de aquellos partidarios.

Han sido estos solamente unos cuantos recuerdos históricos. Pero, ¿podríamos afirmar que Lenin no se decidió nunca a emplear los medios más eficaces para derrotar a los enemigos de la revolución cuando se hiciera necesario? Nadie podrá afirmar tal cosa; Vladimir Ilich exigía un trato intransigente con los enemigos de la revolución y de la clase trabajadora, y acudía despiadamente a los métodos radicales siempre que fuera necesario. Todos recordarán la lucha de Lenin con los organizadores socialrevolucionarios del levantamiento antisoviético, con los kulaks contrarrevolucionarios de 1918 y con otros enemigos: en todos estos momentos empleó siempre, sin titubeos, los métodos más violentos. Sin embargo, sólo los utilizó contra los verdaderos enemigos de la clase obrera, y no contra los que cometen el desatino o el error, ni contra los que podían ser enderezados gracias a la influencia ideológica, o podían incluso ser mantenidos en un puesto rector.

Lenin sólo acudió a los métodos violentos en casos estrictamente necesarios, cuando las clases explotadoras aún existían y se oponían enérgicamente a la revolución, cuando la lucha por la supervivencia adquiría claramente unos matices peligrosos, lindantes incluso con una guerra civil.

Stalin, por el contrario, empleó estos métodos violentos y la represión en masa en una época en que la revolución se asentaba victoriosa, en un tiempo en que el Estado soviético era poderoso, en que las clases explotadoras habían sido ya liquidadas, en que los supuestos socialistas se habían enraizado sólidamente en todos los estratos de la economía nacional, en que nuestro Partido se había consolidado políticamente y había progresado en número e ideología. Es obvio que, en toda una serie de hechos, Stalin dio muestras de su intolerancia, brutalidad y abuso de poder; en lugar de demostrar su ortodoxia política y de movilizar a las masas, escogió la senda de la represión y de la aniquilación física, no sólo contra los auténticos enemigos, sino también contra sujetos que no habían cometido delito alguno contra el Partido o el Gobierno soviético. No son estas las pruebas de un criterio recto, sino la demostración de la fuerza brutal que tanto había alarmado a Lenin.

Ultimamente, sobre todo después del desenmascaramiento de la pandilla de Beria, el Comité Central ha investigado una serie de expedientes que aquélla había inventado. Se reveló, de este modo, una pintura muy desagradable de la voluntad brutal que acompañó al comportamiento erróneo de Stalin. Los hechos demuestran que Stalin, en uso de su poder ilimitado, cometió muchos abusos al actuar en nombre del Comité Central sin solicitar la opinión de sus miembros, ni siquiera de aquellos que formaban parte de su Buró político; muy frecuentemente dejó de informarles sobre sus decisiones personales en cuanto a problemas de transcendental importancia para el Partido y el Gobierno.

Al estudiar el tema del culto a la personalidad debemos probar, ante todo, los daños que ha podido causar a los intereses de nuestro Partido.

Vladimir Ilich Lenin había subrayado en todo momento la misión y significado del Partido en la dirección del gobierno socialista de los trabajadores y de los campesinos; no de otro modo concebía las condiciones previas esenciales para la construcción fructífera del socialismo en nuestro país. Al hacer referencia a la tremenda responsabilidad del partido bolchevique, como Partido gobernante del Estado soviético, Lenin exigía la obediencia más escrupulosa a todas las reglas del mismo y solicitó que en el gobierno se llevaran siempre a efecto los principios de colegialidad.

La colegialidad del gobierno deriva de la misma naturaleza de nuestro Partido, erigido sobre los principios del centralismo democrático. Como afirmó Lenin, «esto significa que todos los asuntos del Partido deben ser solucionados por sus afiliados (directamente o a través de representantes), los cuales están

sometidos sin excepción alguna a las mismas normas; además, todos los cargos administrativos, todas las comisiones rectoras, todos los que ocupan un cargo tienen siempre carácter electivo, han de dar cuenta de sus actividades y pueden ser destituidos».

Es sabido que el mismo Lenin fue ejemplo vivo de la observancia más escrupulosa de estos principios; ningún asunto de importancia fue decidido por él solo sin solicitar antes el consejo y la aprobación de la mayoría de los componentes del Comité Central o del Buró político del mismo.

A lo largo de la etapa más difícil por la que ha atravesado nuestro Partido y nuestro país, Lenin creyó en la necesidad de convocar regularmente los congresos, las conferencias y las sesiones plenarias del Comité, en las que se sometían a discusión los temas de mayor importancia y se aprobaban unas resoluciones meticulosamente elaboradas por el grupo de dirigentes.

Podemos recordar, por ejemplo, el año 1918, en el que la nación se veía amenazada por el ataque del intervencionismo imperialista; en estas circunstancias, fue convocado el VII Congreso del Partido con el fin de discutir un tema de importancia vital que no podía ser aplazado, el problema de la paz. En 1919, en plena guerra civil, se reunió el VII Congreso, el cual aprobó un nuevo programa y decidió sobre cuestiones tan importantes como las relaciones con las masas campesinas, la organización del Ejército Rojo, la misión principal del Partido en el funcionamiento de los soviets, las modificaciones en la composición social del Partido y otras varias. El IX Congreso se reunió en 1920 y estableció las directrices de la empresa de participación del Partido en el ámbito de la reconstrucción económica. El X Congreso, en 1921, aprobó la Nueva Política Económica de Lenin y la histórica resolución sobre «la unidad del Partido».

Los Congresos fueron convocados con regularidad en vida de Lenin. Siempre que en el desenvolvimiento del Partido y del país acaeciera algún hecho radical, Lenin era de la opinión de que el Partido debía discutir en toda su extensión los temas fundamentales que afectaran a la política interna e internacional y a las cuestiones de interés para el desarrollo del Partido y del gobierno.

Es muy de destacar el hecho de que los últimos artículos, cartas y comentarios de Lenin estuvieran dirigidos al Congreso del Partido, como órgano supremo. En el intervalo existente entre los Congresos, el Comité Central, como autoridad colectiva suprema, siempre observó escrupulosamente los principios del Partido y se ocupó de hacer realidad su política.

Así ocurrió durante la vida de Lenin. ¿Fueron observados estos sagrados principios leninistas después de su muerte?

En los años que siguen inmediatamente a la muerte de Lenin, los Congresos y las sesiones plenarias del Comité Central fueron convocadas con mayor o me-

nor regularidad, pero más tarde, cuando Stalin inició sus crecientes abusos de poder, esa norma fue bruscamente quebrantada. Todo esto se hizo sobre todo evidente en los últimos quince años de su vida. ¿Fue normal el período transcurrido a lo largo de trece años entre el XVIII y XIX Congreso, años en los que nuestro Partido y nuestro país había vivido acontecimientos de tanta importancia? Tales acontecimientos exigían indubitablemente la aprobación, por parte del Partido, de las decisiones referentes a la defensa del país durante la guerra patriótica y a la reconstrucción pacífica que vendría después de la misma; a pesar de ello, la contienda terminó y el Congreso tuvo que esperar siete años más.

Las sesiones plenarias del Comité Central fueron rara vez convocadas; es suficiente con decir que durante todos los años de la gran guerra patriótica no fueron convocadas ni una vez siquiera. Es cierto que en octubre de 1941 se intentó su convocatoria, cuando sus componentes fueron llamados a Moscú desde todas las regiones del país; esperaron entonces la sesión de apertura durante dos días, pero aquélla nunca se llevó a efecto. Stalin no se sentía inclinado a reunirse o discutir con los miembros del Comité Central, lo que revela la desmoralización que sufría durante los primeros meses de la guerra y el espíritu altivo y despectivo con que se enfrentaba a los elementos del Comité.

En realidad, Stalin no hizo más que ignorar las normas de la existencia del Partido y conculcar el principio leninista de la dirección colectiva.

La obstinación de Stalin frente al Partido y su Comité Central se hizo cada vez más evidente a partir del XVII Congreso, celebrado en 1934.

El actual Comité Central, al tener a su disposición una gran cantidad de datos relativos a las actuaciones brutales que han sufrido los cuadros del Partido, ha creado una comisión bajo la dirección del Presidium del Comité Central, que ha sido encargada de la investigación de los factores que hicieron posible la represión en masa que padeció la mayoría de los miembros del Comité Central y de los candidatos elegidos en el XVII Congreso del Partido comunista de toda la Unión (bolcheviques).

La comisión ha reunido y examinado gran cantidad de materiales procedentes de los archivos de la NKVD y otros diversos documentos, y ha podido comprobar muchos de los hechos relativos a la invención de los expedientes contra los comunistas, a las acusaciones falsas, a los abusos patentes de la legalidad socialista, que dieron por resultado la muerte de personas inocentes. Se ha demostrado con toda evidencia que muchos activistas del Partido, del Soviet y de la economía que habían sido catalogados como «enemigos» en los años 1937-1938, nunca fueron en realidad enemigos, espías, saboteadores, etc., sino auténticos comunistas; fueron tan vituperados y muchas veces tan bárbaramente torturados, que terminaron confensándose autores de todo tipo de crímenes

horrendos e increíbles. Esta Comisión ha trasladado al Presidium del Comité Central una documentación amplia en relación con la represión en masa organizada contra los delegados del XVII Congreso y contra los componentes del Comité Central elegidos en el mismo; dicho material ha sido estudiado detalladamente por el Presidium.

Se pudo entonces determinar que de los 139 miembros y candidatos del Comité Central elegidos en el XVII Congreso, 98 de ellos, o sea, el 70 %, fueron arrestados y fusilados, la mayor parte en el período 1937-1938. *(Indignación en la sala.)*

¿Cuál era la composición del grupo de delegados del XVII Congreso? Se sabe que el 80 % de los asistentes con voto que participaron en él se habían afiliado al Partido durante los años de conspiración que precedieron a la Revolución y durante la guerra civil, esto es, antes de 1921. Por su extracción social, la gran mayoría de los delegados del Congreso pertenecían a la clase obrera (60 % de los miembros con derecho a voto).

Por esta misma razón, era inconcebible que un Congreso así compuesto pudiera elegir un Comité Central cuyos componentes fueran a revelarse en su mayoría como enemigos del Partido. La única razón por la que el 70 % de los miembros y candidatos del Comité Central elegidos en el XVII Congreso pudo ser considerado como enemigo del Partido y del pueblo la encontraremos en la calumnia de que fueron víctimas los comunistas honrados, en las acusaciones que contra ellos se inventaron y en la grave quiebra producida en la legalidad revolucionaria.

No sólo corrieron esta suerte los miembros del Comité Central, sino la mayoría de los delegados del citado Congreso. De los 1.966 delegados con derecho a voto o con simple intervención asesora, 1.108, bastante más de la mitad, fueron arrestados, acusados de crímenes anti-revolucionarios. Este hecho demuestra lo absurdo, descabellado y contrario al sentido común de estas acusaciones formuladas, como vemos, contra la mayoría de los participantes en el XVII Congreso del Partido. *(Indignación en la sala.)*

Debemos recordar que dicho Congreso es conocido como el de los Vencedores; sus delegados tomaron parte activa en la construcción de nuestro Estado socialista; muchos de ellos sufrieron y lucharon por los ideales del Partido durante los años pre-revolucionarios de la conspiración y en los frentes de la guerra civil; se enfrentaron a sus enemigos con valentía y a menudo contemplaron impasibles el rostro de la muerte. ¿Cómo se nos va a convencer de que estos individuos pudieran mostrar una doble cara y pudieran unirse a las filas de los enemigos del socialismo, cuando ya se había producido la liquidación política de los seguidores de Zinoviev, de Trotski y de los del ala derecha, así como los maravillosos logros de la estructuración socialista?

Todo esto fue consecuencia del abuso de poder ejercido por Stalin, que comenzó a utilizar la política de terror contra los mismos dirigentes del Partido.

¿Por qué razón aumentó cada año más, a partir del XVII Congreso, la represión en masa contra los activistas? La explicación la encontramos en que Stalin, por esta época, se había elevado tanto por encima del Partido y de la nación que había olvidado tener en cuenta al Comité Central o al Partido; antes del XVII Congreso todavía escuchó la opinión de los cuerpos colegiados, pero a partir de la total liquidación política de los seguidores de Trotski, de Zinoviev y de Bujarin, momento en que el Partido consiguió su unidad como resultado de las contiendas y victorias socialistas, Stalin estimó cada vez menos a los miembros del Comité Central, e incluso a los del Buró político. Creyó que, a partir de entonces, podría decidir él todo y que lo único que necesitaba eran estadísticos, y trató a todos los demás de un modo tal que solamente pudieron escucharle y alabarle.

Después del vil asesinato de S. M. Kirov, se iniciaron las represiones en masa y los actos brutales de violación de la legalidad socialista. En la tarde del primero de diciembre de 1934, a iniciativa de Stalin y sin contar con la aprobación previa del Buró político, que, de pasada, la concedió dos días más tarde, Yenukidze, secretario del Presidium del Comité Ejecutivo Central, firmó la siguiente consigna:

I. *Las agencias de investigación deben encargarse de acelerar los expedientes de todos los inculpados por la preparación o ejecución de actos de terrorismo.*

II. *Los órganos judiciales no deben suspender la ejecución de las sentencias de muerte dictadas por delitos de esta categoría, en base a las eventuales peticiones de clemencia, porque el Presidium del Comité Ejecutivo Central de la Unión Soviética no debe recibir más solicitudes en este sentido.*

III. *Los órganos del Comisariado del Interior (NKVD) deben ejecutar las sentencias de muerte dictadas contra los criminales por los delitos arriba mencionados, inmediatamente después de dictada la sentencia.*

Esta consigna se convirtió en el punto de partida de las actuaciones masivas y abusivas contra la legalidad socialista. En muchas de estas actuaciones prefabricadas, los inculpados fueron acusados de «la preparación» de actos de terrorismo; esta acusación impedía que posteriormente el sumario pudiera ser sometido a nuevo examen, incluso aunque delante de los jueces hubieran declarado que sus «confesiones» habían sido obtenidas por la violencia, e incluso también aunque hubieran rechazado, de un modo convincente, las acusaciones formuladas.

Debemos afirmar que, hasta el momento actual, las circunstancias que rodearon el asesinato de Kirov ocultan muchos aspectos que siguen siendo inexplicables y misteriosos y que requieren un examen minucioso. Hay motivos para confirmar las sospechas de que el asesino de Kirov, de nombre Nikolaiev, había sido ayudado por uno de los encargados de la protección personal de la víctima; mes y medio después del crimen, Nikolaiev fue detenido a causa de su comportamiento sospechoso, pero pronto fue puesto en libertad sin haber sido sometido a una investigación. Es extrañamente sospechosa la circunstancia de que cuando el chekista encargado de la protección de Kirov era conducido para ser interrogado, el 2 de diciembre de 1934, resultara muerto en un «accidente» de automóvil en el que ninguno de los demás pasajeros sufrió lesión alguna. Tras la muerte de Kirov, los funcionarios principales de la NKVD de Leningrado recibieron unas sentencias muy ligeras, pero fueron fusilados en 1937. Podemos sacar la conclusión de que fueron eliminados para ocultar las huellas de los organizadores del asesinato de Kirov. *(Conmoción en la sala.)*

Las represiones en masa aumentaron a un ritmo alarmante desde finales de 1936, después de un telegrama de Stalin y Zhdanov, fechado en Sochi el 25 de septiembre de dicho año y dirigido a Kaganovich, a Molotov y a otros componentes del Buró político. El texto del telegrama decía así:

Consideramos absolutamente necesario y urgente que el camarada Yezhov sea designado para el cargo de comisario del pueblo para Asuntos Internos. Yagoda se ha demostrado incapaz de desenmascarar al bloque de los seguidores de Trotski y Zinoviev. En este asunto, la OGPU lleva cuatro años de retraso; estos defectos han sido ya descubiertos por todos los militantes del Partido y por la mayoría de los representantes de la NKVD.

Para ser exactos, debemos añadir que Stalin nunca se reunió con los militantes del Partido, y que, consecuentemente, no pudo conocer sus opiniones.

Esta fórmula estaliniana de que «la NKVD lleva cuatro años de retraso» en cuanto a las represiones en masa y de que se siente la necesidad de avanzar en las tareas impuestas, lanzó a los funcionarios de la NKVD por el camino de los arrestos y ejecuciones en masa.

Debemos afirmar que estas consignas fueron también impuestas en la sesión plenaria de febrero-marzo de 1937 del Comité Central del Partido comunista de toda la Unión (bolcheviques). La resolución aprobada lo fue en base al informe de Yezhov: «Lecciones sacadas de las actividades enemigas y del espionaje de los agentes japoneses, alemanes y trotskistas», y establecía:

El pleno del Comité Central del Partido comunista de toda la Unión (bolchevique) estima que los hechos descubiertos durante la investigación realizada

en el caso de una célula trotskista antisoviética y de sus seguidores en las provincias, demuestran que el comisariado del pueblo para Asuntos Internos lleva un retraso de más de cuatro años en sus intentos por desenmascarar a los enemigos más peligrosos del pueblo.

Las represiones masivas de esta época fueron llevadas a cabo bajo la consigna de la lucha contra los trotskistas, pero, ¿constituían en realidad un peligro tan grave para nuestro Partido y para el Estado soviético? Debemos recordar que en 1927, en vísperas del XV Congreso del Partido, la oposición de Trotski y Zinoviev obtuvo una suma de 4.000 votos, mientras que la Línea del Partido consiguió 724.000. En los diez años que han transcurrido entre el XV Congreso y el Pleno del Comité Central de febrero-marzo, el trotskismo ha sido totalmente desarticulado, y muchos de sus antiguos seguidores han cambiado sus viejas ideas y trabajan en la construcción del socialismo. Tras la consolidación de la victoria socialista no había motivos para la política del terror.

El informe de Stalin en el pleno del Comité Central de febrero-marzo de 1937, titulado «Deficiencias en el funcionamiento del Partido y métodos para la liquidación de los trotskistas y de otros traidores», contenía un intento de justificación teórica de la política del terror, con el pretexto de que la guerra de clases tenía que ser agudizada si queríamos continuar nuestra marcha hacia el socialismo; Stalin afirmaba que tanto la historia como Lenin le habían enseñado esta tesis.

En realidad, Lenin había definido la aplicación de la violencia revolucionaria a fin de quebrantar la resistencia de las clases explotadoras; pero su doctrina se refería a una época en la que dichas clases aún existían y eran poderosas; sin embargo, tan pronto como la situación política del país hubo mejorado notablemente, cuando en enero de 1920 el Ejército Rojo ocupó Rostov ganando así una batalla importantísima sobre Denikin, Lenin pasó instrucciones a Dzerzhinski a fin de que detuviera la política de terror en masa y aboliera la pena de muerte. Lenin justificó esta trascendental medida política en su informe del 2 de febrero de 1920 al Comité Ejecutivo Central de toda la Unión, del modo que sigue:

Se nos obligó al uso del terror en respuesta al practicado por la Entente, en un tiempo en que las potencias mundiales lanzaron sus huestes contra nosotros sin ahorrarse ningún tipo de pelea. No habríamos durado más de dos días si a estos intentos de los oficiales y guardias blancos no hubiéramos respondido de forma severa; esto implicaba la utilización del terror, pero nos vimos obligados a ello a causa solamente de los métodos terroristas de la Entente.

Tan pronto como conseguimos una victoria decisiva, incluso antes del final de la guerra, a partir de la ocupación de Rostov, suprimimos el uso de la pena

de muerte, con lo que demostrábamos nuestras intenciones de llevar a la práctica nuestro programa conforme a los métodos que habíamos prometido. Afirmamos que la utilización de la violencia fue producto de la decisión de aplastar a los explotadores, a los terratenientes y a los capitalistas, pero con su desaparición dimos por terminado el empleo de los métodos extraordinarios, lo cual hemos confirmado en la práctica posterior.

Stalin se desvió de estas consignas claras y escuetas de Lenin; encauzó al Partido y a la NKVD hacia la utilización del terror en masa en una época en que las clases explotadoras de nuestro país habían sido ya liquidadas y en la que no existían razones graves para la política del terror.

En realidad, este terror se dirigió no contra los restos de las derrotadas clases explotadoras, sino contra los militantes fieles del Partido y del Estado soviético, contra los que se formularon acusaciones calumniosas, falsas y absurdas, de traición, espionaje, sabotaje, preparación de conjuras fantasmas, etc.

En el pleno del Comité Central de febrero-marzo de 1937, muchos de sus componentes dudaron de la justicia de la orientación marcada hacia las represiones en masa bajo el pretexto de la lucha contra los agentes dobles.

El camarada Postichev expresó sus dudas en los siguientes términos:

He podido deducir que los años duros de la guerra han pasado ya a la historia. Hubo miembros del Partido que no demostraron agallas y se dieron por vencidos o se alinearon entre las fuerzas enemigas, pero otros elementos sanos continuaron luchando por el Partido; aquellos fueron los años de la industrialización y de la colectivización. Pero nunca pude imaginarme que, una vez pasado este período amargo, Karpov y otros sujetos como él fueran a parar al campo enemigo (Karpov era un obrero del Comité Central ukraniano al que Postichev conocía muy bien). Según los testigos, ahora se descubre que Karpov había sido reclutado por los trotskistas en 1934; desde mi punto de vista personal, no puedo creerme que un miembro sincero del Partido que había recorrido el largo camino de la lucha contra los enemigos, en defensa de sus ideas, pueda encontrarse ahora entre las filas contrarias. No puedo creérmelo... No puedo imaginarme cómo es posible luchar con el Partido durante sus años difíciles y en 1934 unirse a los trotskistas; es algo muy raro...

(Conmoción en la sala.)

Si acudimos al argumento de Stalin de que cuanto más cerca nos hallamos del socialismo mayor será el número de nuestros enemigos, y si acudimos también a la resolución aprobada en el Pleno del Comité Central de febrero-marzo tomando como base el informe de Yezhov, podríamos afirmar que los provocadores que se habían infiltrado en los órganos de seguridad del Estado,

codo a codo con otros oportunistas sin conciencia, comenzaron a proteger con el nombre del Partido la política de terror dirigida contra los cuadros, contra los funcionarios del Estado soviético y contra los ciudadanos. Podríamos afirmar, para demostrarlo, que el número de arrestos efectuados bajo la acusación de delitos contrarrevolucionarios aumentó diez veces entre los años 1936 y 1937.

Son de todos conocidas las prácticas brutales que tuvieron que sufrir muchos dirigentes y militantes del Partido. Los Estatutos aprobados en el XVII Congreso están basados en los principios leninistas expresados en el X Congreso. Establecían que, antes de aplicar una medida severa, como pueda ser la exclusión del Partido, a un miembro del Comité Central o a un candidato al mismo, o incluso a un miembro de la Comisión de Seguridad, «es necesaria la convocatoria del Pleno del Comité Central y la invitación de todos sus candidatos y de todos los componentes de la Comisión de Seguridad»; el acusado solamente podrá ser expulsado si los dos tercios de los votos de esta asamblea general de dirigentes del Partido están conformes con la medida.

La mayoría de los miembros y candidatos del Comité Central elegidos en el XVII Congreso y arrestados en 1937 y 1938 fueron ilegalmente expulsados del Partido, con infracción patente de los Estatutos, ya que el asunto de su expulsión nunca fue considerado por el Pleno del Comité Central.

Ahora que han sido examinados algunos de estos casos de «espías» y «saboteadores», se ha podido descubrir que todas las acusaciones eran falsas; las confesiones de culpabilidad de muchos de los detenidos e inculpados de actividades hostiles fueron obtenidas por medio de torturas crueles e inhumanas.

Por otro lado, como hemos sido informados por los miembros del Buró político de aquel período, Stalin no les dio a conocer las declaraciones de muchos de estos activistas políticos, en las que se desdecían de sus confesiones delante del tribunal militar y solicitaban un estudio imparcial de sus expedientes. Fueron muchas las declaraciones hechas en este sentido y no nos cabe duda de que Stalin las conocía.

El Comité Central estima absolutamente necesario informar al Congreso de muchos de estos sumarios inventados contra los miembros del Comité Central elegidos en el XVII Congreso.

El caso de uno que fue candidato al Buró político del Comité Central, el camarada Eikhe, uno de los militantes más sobresalientes del Partido y del Gobierno soviético, afiliado a nuestro movimiento desde 1905, constituye un ejemplo de cobarde provocación, de falsificaciones odiosas y de violación criminal de la legalidad revolucionaria. *(Conmoción en la sala.)*

El camarada Eikhe fue detenido el 29 de abril de 1938, acusado de poseer propaganda subversiva, sin que se recibiera la conformidad del Fiscal de la Unión Soviética hasta quince meses después del arresto.

La investigación de su caso se llevó a cabo por un procedimiento que violaba la legalidad soviética y estuvo teñida de perversidad y falsedades.

Eikhe fue obligado, bajo tortura, a firmar anticipadamente un borrador de la confesión preparada por los jueces instructores, en la que eran acusados de actividades antisoviéticas otros eminentes afiliados al Partido.

El 1 de octubre de 1939 Eikhe envió una declaración a Stalin en la que negaba categóricamente su culpabilidad y solicitaba un nuevo estudio de su expediente; en dicha declaración manifestaba:

No existe una desdicha más amarga que la de estar encerrado en las cárceles de un Gobierno por el que he luchado toda mi vida.

Se ha podido conservar una segunda declaración de Eikhe, remitida a Stalin el 27 de octubre de 1939; en ella hacía referencia a hechos muy convincentes y se oponía a las acusaciones calumniosas formuladas, alegando que, por un lado, eran resultado de la conspiración de unos auténticos trotskistas que habían sido detenidos cuando ocupaba el cargo de primer secretario del Comité del Partido de la Siberia Occidental y que se habían confabulado para vengarse de él, y, por otro lado, consecuencia de la mezquina falsificación de documentos llevada a cabo por los jueces instructores.

Eikhe decía en esta declaración:

... El 25 de octubre del presente año se me informó que se había dado por terminada la instrucción de mi expediente y me presentaron los documentos del sumario. Si yo fuera realmente culpable de una centésima parte de los delitos que me imputan, no me habría jamás atrevido a enviarte esta declaración antes de la ejecución de la sentencia; sin embargo, no soy culpable de ninguno de los actos de que me acusan y mi espíritu se halla libre de toda sombra de maldad. Nunca te he dicho una mentira y no voy a engañarte ahora, cuando mis pies se apoyan ya en la tumba; todo mi expediente no es más que un ejemplo típico de provocación, calumnia y violación de los cimientos fundamentales de la legalidad revolucionaria...

... Las confesiones que aparecen en el sumario no sólo son absurdas, sino que contienen además acusaciones calumniosas contra el Comité Central del Partido comunista de toda la Unión (bolcheviques) y contra el Consejo de los Comisarios del pueblo, porque varias de las resoluciones por ellos adoptadas, que no fueron tomadas a iniciativa mía y ni siquiera con mi participación, se presentan como actos hostiles que unas organizaciones contrarrevolucionarias han cometido por instigación mía...

Me voy a referir ahora al período más desgraciado de mi vida y al delito verdaderamente grave que he cometido contra ti y contra el Partido; no otra

cosa es mi confesión de actividades contrarrevolucionarias... Mi historia es simplemente la que sigue: a causa de las insoportables torturas a que he sido sometido por parte de Uchakov y Nikolaiev, sobre todo por el primero, el cual se aprovechó de la fractura de mis costillas, que no habían curado debidamente y que me producían tremendos dolores, me he visto obligado a acusarme a mí mismo y a otros.

La mayor parte de mi confesión ha sido sugerida o dictada por Uchakov, y el resto es una reconstrucción de documentos de la NKVD procedentes de la Siberia Occidental, de los que me hago totalmente responsable. Cuando una parte de la historia fabricada por Uchakov y firmada por mí no concordaba con el resto del argumento, se me exigía la firma de otra confesión alterada. Lo mismo le sucedió a Rujimovich, que había sido originariamente nombrado miembro de la Red de Reserva y cuyo nombre fue con posterioridad borrado de la misma sin mi conocimiento; la misma suerte cupo al jefe de la Red de Reserva, creada, según se afirma, por Bujarin en 1935. En un principio di mi nombre para dicha Reserva, y poco después, se me aconsejó que añadiera el de Mezhlauk. Incidentes como éste se repitieron en otras ocasiones.

... Te pido y te ruego que de nuevo hagas examinar mi caso, no ya con la idea de salvarme, sino con la de desenmascarar la ruin provocación que se ha enroscado como una serpiente alrededor de muchos individuos, debido en parte a mi bajeza y acusación criminal. Nunca te he traicionado, ni tampoco he traicionado al Partido; sé positivamente que muero víctima de la maniobra cobarde y bastarda de los enemigos del Partido y del Pueblo, quienes han fabricado estas instigaciones contra mi persona.

Una declaración de tal importancia debería haber sido objeto de estudio por parte del Comité Central; sin embargo, no se hizo así y la declaración fue pasada directamente a Beria, al mismo tiempo que proseguían los malos tratos al camarada Eikhe.

El 2 de febrero de 1940, Eikhe compareció ante el Tribunal, y en lugar de confesar sus culpas afirmó lo que sigue:

En todas mis supuestas confesiones no hay una sola letra escrita por mi propia mano, a excepción de las firmas que me han obligado a estampar; he confesado bajo el efecto de las presiones del juez instructor, que me ha torturado desde el momento de mi detención. A partir de ésta no he hecho más que firmar tonterías... Lo más importante que yo puedo hacer en estos momentos es comunicar al Tribunal, al Partido y a Stalin que no soy culpable; no me siento en absoluto culpable de ninguna conspiración y moriré firme en la creencia de la verdad de la política de nuestro Partido, conforme lo he creído durante toda mi vida.

El 4 de febrero Eikhe fue fusilado. *(Indignación en la sala.)* Se ha podido demostrar, sin ningún género de duda, que el caso Eikhe constituía una invención, por lo que ha sido rehabilitado a título póstumo.

Otro acusado que desmintió delante del Tribunal las confesiones que le habían sido exigidas fue el camarada Rudzutak, candidato del Buró político, miembro del Partido desde 1905, el cual había pasado diez años en un rígido campo de trabajo zarista. El protocolo de la sesión del Tribunal Supremo de Justicia Militar contiene la siguiente declaración de Rudzutak:

... La única petición que formuló ante el Tribunal fue la de que se informara al Comité Central del Partido comunista de toda la Unión (bolcheviques) de que dentro de la NKVD existía un núcleo aún sin liquidar que se dedicaba a la elaboración de expedientes que obligaban a firmar a los inocentes; no cabe la posibilidad de demostrar la no participación en ciertos delitos, cuando varios individuos la han admitido en sus testimonios. Los métodos de investigación utilizados son de tal calibre que obligan a la gente a confesar la mentira y a calumniar a otras personas totalmente inocentes, además de las que ya han sido acusadas. Pide al Tribunal que se le permita informar por escrito al Comité Central del Partido comunista de toda la Unión (bolcheviques); asegura al Tribunal que personalmente nunca ha albergado intenciones hostiles para con la política de nuestro Partido, ya que siempre estuvo de acuerdo con ella en todas las esferas de su actividad económica y cultural.

La declaración de Rudzutak fue ignorada, a pesar del hecho de que el inculpado ocupaba el cargo de jefe de la Comisión Central de Seguridad, instituida de acuerdo con las ideas de Lenin a fin de conservar la unidad del Partido... De esta manera, víctima de intenciones malévolas, cayó el jefe de un órgano que goza de tanta autoridad dentro del Partido; ni siquiera se le citó para comparecer ante el Buró político del Comité Central, debido a que Stalin no quería hablar con él. La sentencia tardó solamente veinte minutos en ser dictada y poco después fue fusilado. *(Indignación en la sala.)*

En 1955, después de un minucioso estudio del expediente, se pudo demostrar la falsedad de las acusaciones contra Rudzutak, así como el carácter difamante de la documentación. Rudzutak ha sido rehabilitado.

Por la confesión del camarada Rozenblum, miembro del Partido desde 1906, arrestado en 1937 por la NKVD de Leningrado, podemos conocer la forma cómo los antiguos funcionarios de la policía elaboraron estos ficticios «centros antisoviéticos» y «bloques», con la ayuda de métodos violentos.

Durante el estudio que en 1955 se llevó a cabo del caso Komarov, Rozenblum reveló los siguientes hechos: cuando él fue arrestado en 1937, fue objeto de terribles torturas durante las cuales se le exigió la confesión de una infor-

mación falsa relativa a sí mismo y a otras personas determinadas. Le llevaron a continuación a las oficinas de Zakovski, el cual le prometió la libertad a condición de que confesara delante del tribunal una historia fabricada en 1937 por la NKVD, referente al «sabotaje», espionaje y actos subversivos cometidos en un centro terrorista de Leningrado». *(Movimiento en la sala.)* Con un cinismo increíble, Zakovski le explicó los cobardes «mecanismos» empleados para la habilidosa creación de estos ficticios «complots antisoviéticos». Rozenblum declaró:

Para ponerme en antecedentes, Zakovski me explicó las variantes posibles de la organización del Centro y de sus filiales. Después de detallarme la organización, me comunicó que la NKVD prepararía el sumario contra este Centro, insistiendo en que el juicio se celebraría en público.

Ante el Tribunal comparecerían cuatro o cinco miembros de este supuesto Centro: Chudov, Ugarov, Smorodin, Pozern, Chapochnikova (esposa de Chudov) y otros varios, junto a dos o tres más, procedentes de los centros filiales...

...El caso del Centro de Leningrado debía elaborarse con toda veracidad, para lo cual se hacían precisos algunos testigos. La procedencia social y la situación de los testigos dentro del Partido deberían jugar un papel primordial.

Zakovski me dijo a continuación:

—Tú no tendrás que inventar nada, ya que la NKVD te preparará una inforfación general de cada actividad del Centro; lo que tienes que hacer es estudiarla cuidadosamente y recordar a la perfección todas las preguntas y respuestas que vayan a formularse ante el Tribunal. Este proceso estará listo dentro de unos cuatro o cinco meses, tal vez medio año; durante el intervalo tendrás que prepararte concienzudamente para que no coloques a la acusación en mal lugar, pues sufrirías las consecuencias. Tu futuro depende de la marcha del proceso y de sus resultados. Si cometieras algún error o falso testimonio, échate la culpa a ti mismo; si llevas todo esto a cabo, salvarás tu vida y serás alimentado y vestido por el Gobierno el resto de tu vida.

Tal es el tipo de bastardías que se practicaban entonces. *(Movimiento en la sala.)*

En las provincias fue más frecuente todavía la falsificación de los procesos. La sede central de la NKVD del *oblast* de Sverdlov «descubrió» el denominado «cuadro de mando del levantamiento de los Urales», un órgano del bloque de dirigentes derechistas, trotskistas, revolucionarios socialistas y eclesiásticos, cuya cabeza, según se presumía, era el secretario del Comité del Partido de Sverdlov y miembro del Comité Central del Partido comunista de toda la Unión (bolcheviques), llamado Kabakov, que había sido miembro del

Partido desde 1914. Las investigaciones realizadas en aquella época demostraban siempre que en casi todos los *krais, oblast* y repúblicas existían «unas organizaciones y centros derechistas y trotskistas, dedicados al espionaje, al terror, al sabotaje y a la subversión», y que los jefes de tales organizaciones, por una regla general cuyos fundamentos no conocemos aún, eran los primeros secretarios del Comité del Partido comunista del *oblast* o de la república, o incluso de los Comités Centrales. *(Movimiento en la sala.)*

Muchos millares de comunistas honrados e inocentes han muerto a consecuencia de esta monstruosa falsificación de procesos, como resultado de la aceptación de todo tipo de «confesiones» calumniosas y de la práctica de la forzada acusación contra uno mismo y contra los demás. De este modo fue posible la elaboración de los procesos contra notables militantes del Partido y del Estado, como Kossior, Chubar, Postichev, Kosarev y otros.

Las represiones en masa llevadas a cabo en aquellos años se basaban en hechos intangibles y provocaron graves pérdidas entre los dirigentes del Partido.

Se permitió la corruptela de que la NKVD preparara la lista de los individuos cuyos expedientes se encontraban bajo la jurisdicción de los tribunales militares y cuyas sentencias habían sido ya redactadas de antemano; Yezhov enviaría estas listas a Stalin para que aprobara los castigos recomendados. En el período 1937-1938, fueron enviadas al dictador 383 listas que contenían los nombres de muchos millares de militantes del Partido, del Soviet, del Komsomol, del ejército y de los departamentos económicos; dichas listas recibieron siempre su aprobación.

Gran parte de estos casos están siendo revisados, y en su mayoría anulados, en la actualidad a causa de su falsedad e inconsistencia; podremos afirmar, como muestra, que desde 1954 hasta hoy el Tribunal Supremo de Justicia Militar ha rehabilitado a 7.679 personas, muchas de ellas a título póstumo.

Los arrestos en masa de miembros del Partido, del Soviet, y de funcionarios económicos y militares causaron gravísimos daños a nuestro país y a la causa del progreso socialista.

Estas represiones repercutieron negativamente en las posiciones ético-políticas del Partido, crearon un estado de incertidumbre, contribuyeron a la generalización de perniciosas sospechas y sembraron la desconfianza entre los mismos comunistas; los calumniadores y arribistas se encontraban en su elemento.

Las resoluciones adoptadas en enero de 1938 por el pleno del Comité Central del Partido comunista de toda la Unión (bolcheviques), significaron en cierto modo un progreso en la organización del Partido; sin embargo, la represión general existía todavía en 1938.

Si no fuera por la tremenda fortaleza ético-política que nuestro Partido posee en su patrimonio, no habría podido sobrevivir a los difíciles sucesos

de 1937-1938 ni educar a sus nuevos cuadros dirigentes. No cabe duda, en todo caso, de que nuestra marcha hacia el socialismo y hacia la preparación del sistema defensivo del país habría sido más rápida y eficaz de no haber sido frenada por las elevadas pérdidas de dirigentes ocasionadas por las inicuas y falsas represiones en masa de 1937-1938.

El caso es que estamos acusando a Yezhov por los bestiales procedimientos de 1937, pero hemos de hacernos, además, otras preguntas: ¿Habría podido Yezhov arrestar, por ejemplo, a Kossior sin el conocimiento de Stalin? ¿Existió en algún momento un intercambio de opiniones o una decisión del Buró político referente a estos problemas? Las respuestas han de ser negativas, como lo son también en los otros procesos del mismo estilo. ¿Podría Yezhov haber decidido por sí solo problemas de tal importancia como la suerte de figuras tan eminentes del Partido? Demostraríamos un exceso de ingenuidad al estimar que todo era obra exclusiva de Yezhov. Es obvio que estos asuntos eran decididos por Stalin, y sin sus órdenes y aprobación Yezhov no podría haber llevado a cabo su empresa.

Hemos estudiado estos casos y hemos terminado rehabilitando a Kossior, a Rudzutak, a Postichev, a Kosarev y a otros. ¿Cuáles fueron las razones que motivaron su arresto y sentencia? La revisión de las pruebas demuestra que no había razón alguna que justificara las actuaciones; ellos, como otros muchos, fueron arrestados sin conocimiento del fiscal. Tampoco era preciso, ya que su autorización no tendría valor alguno cuando era el mismo Stalin quien lo decidía todo; él era el principal acusador en estos procesos, y no sólo consintió los arrestos, sino que fueron muchas veces ordenados por iniciativa suya. Afirmamos estas cosas con el fin de que los delegados en el Congreso puedan darse cuenta y valorar estos hechos, para luego sacar las conclusiones apropiadas.

La realidad demuestra que muchos de los abusos cometidos bajo las órdenes de Stalin no habían merecido la aprobación de las normas del Partido ni de la legalidad soviética; Stalin era una persona muy desconfiada, obsesionadamente sospechosa, como bien sabemos todos los que tuvimos que trabajar con él. Acostumbraba a mirar a un hombre a la cara y preguntarle: ¿Por qué bailan tanto tus ojos hoy?», o bien: «¿Por qué mueves tanto la cabeza y tratas de evitar el mirarme a los ojos?» Estas sospechas enfermizas creaban en él una desconfianza general incluso hacia distinguidos militantes del Partido a los que conocía desde muchos años antes; por todas partes y en todas las cosas no vería más que «enemigos», «espías» y «agentes traidores».

Gracias a sus poderes ilimitados, se sentía protegido por su gran confianza y era capaz de estrangular a una persona moral y físicamente. De esta manera se había creado una situación en la que nadie podía expresar libremente sus propias opiniones.

Cada vez que Stalin afirmaba que una u otra persona debería ser arrestada, era necesario aceptar como artículo de fe que dicho individuo era un «enemigo del pueblo». En el intervalo, la pandilla de Beria, que regía los órganos de la Seguridad del Estado, se encargaba eficazmente de demostrar la culpabilidad del detenido y la veracidad de los documentos que habían sido oportunamente falsificados. ¿Qué tipo de pruebas ofrecían? Simplemente las confesiones de los detenidos y la aceptación por los jueces instructores de esas «confesiones». ¿Cómo es posible que una persona pueda confesarse autora de delitos que nunca había cometido? Existe una sola explicación: la utilización de métodos físicos de represión, de torturas, de reducción a un estado de inconsciencia, de privación del juicio, de destrucción de su dignidad humana; tales eran los métodos con que se obtenían las «confesiones».

Cuando la ola de arrestos en masa empezó a remitir en 1939, y los dirigentes de las organizaciones territoriales del Partido formularon sus acusaciones contra los funcionarios de la NKVD por la utilización de métodos de presión física sobre los detenidos, Stalin envió un telegrama en clave, el 20 de enero de 1939, a los secretarios del Comité de los *oblast* y *krais,* a los Comités Centrales de los Partidos comunistas de las Repúblicas, al comisario del pueblo para los Asuntos Internos, y a los jefes de las organizaciones de la NKVD. El telegrama decía:

El Comité Central del Partido comunista de toda la Unión (bolcheviques) puntualiza que la utilización por la NKVD de los métodos de tortura física ha sido autorizada desde 1937, según acuerdo del mismo Comité... Todos sabemos que los servicios de inteligencia burgueses utilizan métodos de presión física contra los representantes del proletariado socialista, y que los emplean de un modo altamente escandaloso. El problema que nos planteamos es el de por qué los servicios de inteligencia socialistas han de ser más humanitarios con los insensatos agentes de la burguesía, con los enemigos de las clases obreras y de los trabajadores de los koljoses. *El Comité Central del Partido comunista de toda la Unión (bolcheviques) estima que la tortura física debe seguir siendo usada obligatoriamente, como un método excepcional a aplicar con los enemigos más notables y obstinados del pueblo, como un procedimiento que es, al mismo tiempo, justificado y adecuado.*

De este modo Stalin sancionaba, en nombre del Comité Central del Partido comunista de toda la Unión (bolcheviques), la violación más brutal de la legalidad socialista, la tortura y la opresión, que terminaron en la calumnia y autoacusación de gentes inocentes.

No hace mucho, tan sólo varios días antes del presente Congreso, convocamos una sesión del Presidium del Comité Central y se interrogó al juez ins-

tructor Rodos, el cual había investigado en su día e interrogado a Kossior, a Chubar y a Kosarev. La personalidad de Rodos es rastrera, posee la cabeza de un chorlito y, desde el punto de vista moral, es un degenerado total; éste era el sujeto a cuyas manos se confiaba la suerte de los más destacados militantes del Partido y de su discreción dependían juicios referidos también al campo político, porque, una vez demostrado el «delito», facilitaba el material y la documentación de los cuales se habían de sacar importantes consecuencias políticas.

Nos enfrentamos con el problema de si un sujeto con tales dotes hubiera podido por sí solo a llevar a cabo la investigación que demostrara la culpabilidad de individuos como Kossior y otros; ciertamente, no lo podría haber hecho sin haber sido dirigido desde arriba. En la sesión del Presidium del Comité Central manifestó lo siguiente: «Se me informó de que Kossior y Chubar eran enemigos del pueblo, razón por la cual yo, como juez instructor, estaba obligado a hacerles confesar sus delitos.» *(Indignación en la sala.)*

Todo ello lo consiguió gracias a prolongadas torturas, que aplicó siguiendo instrucciones detalladas de Beria. Debemos añadir que ante la citada sesión llegó a afirmar cínicamente: «Creí que obedecía las órdenes del Partido.» Este fue el momento en que se cumplían las órdenes de Stalin en cuanto a los tormentos físicos aplicados a los detenidos.

Estos hechos, al igual que otros muchos, revelan que todas las normas de solución correcta de los problemas del Partido habían sido echadas en olvido y que todo dependía de la voluntad obstinada de un solo individuo.

El poder que se acumuló en manos de Stalin produjo graves consecuencias durante la gran guerra patriótica.

Si echamos una mirada a muchas de nuestras novelas, películas y «estudios histórico-científicos», el papel de Stalin en esta guerra se nos presenta altamente idealizado. Stalin, según aquellos testimonios, lo había previsto todo; el ejército soviético, en virtud de un plan estratégico preparado mucho tiempo antes por el mismo Stalin, acudió a la táctica de la denominada «defensa activa», o sea, una táctica que, como pudimos apreciar, dejó que los alemanes llegaran a las puertas de Moscú y de Stalingrado. Gracias a esta táctica, según se afirma, gracias solamente al genio del dictador, nuestro ejército montó luego su ofensiva y derrotó al enemigo; la victoria heroica que había sido lograda por el poderío armado de nuestro país, por nuestro pueblo, se atribuye en semejantes novelas, películas y estudios científicos exclusivamente al genio estratégico de Stalin.

Debemos estudiar este problema escrupulosamente, porque encierra circunstancias muy significativas, no sólo desde el punto de vista histórico, sino sobre todo desde el plano político, educativo y práctico.

Hagamos un breve estudio de los hechos. Antes de iniciarse el conflicto, nuestra prensa y todo nuestro trabajo político-educativo estaban caracterizados por su tono presuntuoso; si el enemigo se hubiera atrevido a violar el sacrosanto territorio soviético, a cada golpe hostil habríamos contestado con otros tres y lucharíamos con los agresores en su propio suelo, sin causar graves daños a nuestra propia nación. Estas declaraciones propagandísticas no resultaban confirmadas, en todos los casos, por una realidad concreta que hubiera garantizado la inmunidad de nuestras fronteras.

Durante y después de la guerra, Stalin defendió su tesis de que la tragedia sufrida por nuestro país en los primeros años del conflicto fue resultado del ataque «inesperado» de los alemanes contra la Unión Soviética. Camaradas, nada de esto es cierto; tan pronto como Hitler ocupó el poder se dedicó inmediatamente a la tarea de liquidar al comunismo. Los fascistas sostenían estas doctrinas abiertamente, sin ocultarlas; con la idea de hacer realidad sus intenciones, instituyeron toda clase de pactos y bloques, como el famoso eje Berlín-Roma-Tokio. Muchos hechos del período anterior a la guerra revelaban con toda nitidez que Hitler seguía adelante con sus preparativos bélicos contra el Estado soviético y que había concentrado muchas unidades de su ejército, junto a otras acorazadas, cerca de las fronteras soviéticas.

Los documentos publicados recientemente dan a conocer que el 3 de abril de 1941 Churchill, a través de su embajador en Moscú, Cripps, avisó personalmente a Stalin de que los alemanes estaban reagrupando sus fuerzas con la idea de atacar a Rusia; es evidente que Churchill no hacía esto meramente a causa de sus sentimientos de amistad hacia la nación soviética, sino que albergaba sus propias intenciones imperialistas; en otras palabras, ansiaba que se desencadenase un sangriento conflicto entre Alemania y la Unión Soviética para así poder reforzar la posición del Imperio británico. Eso no obstante, Churchill afirma en sus escritos que lo que pretendía era «advertir a Stalin y hacerle ver el peligro que le amenazaba». Volvió a repetir sus advertencias en los despachos del 18 de abril y de los días posteriores, pero Stalin no escuchó su consejo; peor aún, dio órdenes para que no se prestara atención a este tipo de comunicados, con el fin de no provocar el comienzo de las hostilidades.

Debemos hacer constar que también llegaban informaciones en el mismo sentido, relativas a la amenaza de la invasión alemana, procedentes de otras fuentes militares y diplomáticas; sin embargo, la causa de que el dictador hubiera mostrado sus prejuicios contra este tipo de noticias, explica que los datos recibidos fueran recogidos con temores y admitidos con todo tipo de reservas.

Así, por ejemplo, la información que el agregado militar soviético, capitán Vorontsov, envió desde Berlín el 6 de mayo de 1941 decía: «El súbdito soviético Bozer... ha comunicado al agregado naval que, según una manifestación

recogida de un oficial alemán perteneciente al Estado Mayor de Hitler, Alemania está preparando la invasión de Rusia para el día 14 de mayo, a través de Finlandia y los países bálticos. Simultáneamente, se producirán fuertes bombardeos sobre Moscú y Leningrado y los paracaidistas descenderán sobre las ciudades próximas a la frontera...»

En su informe del día 22 de mayo de 1941, el segundo agregado militar en Berlín, Khlopov, comunicaba que «el ataque del ejército alemán ha sido fijado, al parecer, para el 15 de junio, aunque es posible que se produzca en los primeros días del mes...».

Un telegrama de nuestra embajada en Londres, fechado el 18 de junio de 1941, rezaba: «Cripps está absolutamente convencido del inevitable conflicto armado entre Alemania y la Unión Soviética, cuyo comienzo se producirá no más tarde de mediados de junio. Según Cripps, los alemanes han concentrado hasta ahora ciento cuarenta y siete divisiones, incluidas las unidades aéreas y de abastecimientos, a lo largo de las fronteras soviéticas...»

A pesar de estas clarísimas advertencias, dejaron de tomarse las medidas precisas para preparar al país a la defensa y para evitar el ser cogidos por sorpresa.

¿Tuvimos realmente tiempo y posibilidades para llevar a cabo estos preparativos? Por supuesto que tuvimos tiempo y posibilidades; nuestra industria se hallaba en aquel tiempo tan desarrollada que era capaz de suministrar al ejército soviético todo el equipo que fuera necesario. Lo demuestra el hecho de que, aun cuando perdiéramos durante la guerra casi la mitad de nuestra industria y de las áreas más importantes de producción fabril y alimenticia, como resultado de la ocupación enemiga de Ucrania, de la parte norte del Cáucaso y de otros sectores occidentales del país, la nación soviética pudo organizar la fabricación de los pertrechos militares en los territorios orientales del país, instalar allí el utillaje que pudo ser desmantelado de las áreas industriales del Oeste y suministrar a nuestras fuerzas armadas todos los elementos precisos para derrotar al enemigo.

Si nuestra industria hubiera sido movilizada adecuada y oportunamente, a fin de facilitar al ejército el material necesario, nuestras pérdidas de los días de guerra habrían sido notablemente menores. Esta movilización, sin embargo, no fue planteada a su debido tiempo y ya desde el principio de la guerra habrían sido notablemente menores. Esta movilización, sin embargo, no fue planteada a su debido tiempo y ya desde el principio de la guerra fue evidente el hecho de que nuestro ejército estaba mal equipado, así como la insuficiencia de la artillería, de las unidades acorazadas y de la aviación.

La ciencia y la técnica soviética produjeron antes de la guerra excelentes modelos de carros de combate y de piezas de artillería, pero no se había planificado su producción en serie, y la modernización de nuestro equipo militar no comen-

zó hasta días antes de iniciarse el conflicto. Como consecuencia de ello, al producirse la invasión del territorio soviético no disponíamos ya en cantidad suficiente ni del armamento viejo, porque ya no era fabricado, ni del nuevo que habíamos proyectado fabricar. Especialmente penosa era la situación de la artillería antiaérea; tampoco habíamos organizado la fabricación de municiones para la defensa contra las unidades acorazadas; muchas regiones que habían sido fortificadas resultaron totalmente indefendibles al primer ataque, debido a que las armas viejas habían sido ya retiradas sin haber habilitado aún las nuevas.

Estos males no eran exclusivos de los carros de combate, de la artillería o de la aviación; al iniciarse el conflicto no poseíamos siquiera el número suficiente de rifles para armar al total de movilizados. Recuerdo que en aquellos días llamé desde Kiev al camarada Malenkov y le dije: —La población se ha ofrecido como voluntaria para el nuevo ejército y exigen armas; tienes que enviarme armas.

Malenkov me contestó: —No podemos enviarte armamento, ya que todos nuestros fusiles están siendo enviados a Leningrado. Tendréis que armaros por vuestra cuenta. *(Movimientos en la sala.)*

Este era el estado de nuestra preparación militar. En relación con estos problemas no podemos olvidar, por ejemplo, el siguiente hecho: poco antes de la invasión de la Unión Soviética por parte del ejército hitleriano, Kirponos, que era jefe del distrito militar especial de Kiev (murió poco después en el frente), escribió a Stalin para decirle que los ejércitos alemanes se encontraban junto al río Bug, preparándose para el ataque, que probablemente se produciría en un futuro muy próximo; Kirponos sugería la organización de una sólida defensa, la evacuación de 300.000 personas de las regiones fronterizas y el reforzamiento de varios puntos estratégicos mediante la construcción de zanjas anticarros, trincheras para la infantería, etc.

Moscú respondió a estas propuestas con la afirmación de que constituirían una provocación, que los trabajos preparatorios de la defensa no serían de ningún modo llevados a la práctica en la zona fronteriza y que los alemanes no tenían ningún pretexto para iniciar su acción militar. De este modo, nuestras fronteras estaban insuficientemente preparadas para rechazar al invasor.

Cuando los ejércitos fascistas invadieron el territorio soviético y las operaciones militares dieron comienzo, Moscú ordenó que no se contestara al fuego enemigo. ¿Por qué? Porque Stalin, a pesar de los hechos evidentes, imaginó que la guerra no había realmente comenzado, que todo ello no era más que un acto de provocación por parte de algunos sectores indisciplinados del ejército alemán y que nuestra reacción podría servirles de pretexto para emprender la guerra verdadera.

También es público otro hecho interesante: la víspera de la invasión del territorio ruso, un ciudadano alemán cruzó nuestra frontera y manifestó que los

ejércitos alemanes habían recibido la orden de lanzarse a la ofensiva en la noche del 22 de junio, a las tres de la madrugada. Stalin fue informado sin pérdida de tiempo, pero también prestó oídos sordos a esta advertencia.

Como se ve, todos los hechos fueron ignorados: ya se tratara de las advertencias de determinados jefes del ejército, de las declaraciones de los desertores enemigos o, incluso, de la hostilidad abierta del adversario. ¿Podremos considerar esto como un ejemplo de la vigilancia del jefe del Partido y del Estado en un momento histórico de particular significación?

¿Cuáles fueron los resultados de esta actitud despreocupada, de este desconocimiento de hechos indiscutibles? Sencillamente la destrucción por parte del enemigo, dentro de las primeras horas y días, de la mayor parte de nuestra aviación, artillería y demás equipo militar en las regiones fronterizas, la aniquilación de un extenso número de los cuadros de oficiales y la desorganización del Alto Estado Mayor; en consecuencia, no pudimos evitar que el enemigo penetrara profundamente en el territorio nacional.

La eliminación por parte de Stalin, durante los años 1937-1941, de muchos jefes militares y militantes políticos a causa de sus sospechas y de acusaciones calumniosas, fue origen de consecuencias muy desastrosas, sobre todo al principio de la guerra. Durante esos años se llevaron a cabo las represiones contra determinados sectores de los cuadros de mando militares, desde el nivel de jefes de compañía y batallón hasta las esferas más elevadas del mando militar; en este período se consiguió liquidar casi completamente la promoción de oficiales que había logrado una valiosa experiencia de campaña en España y en el Extremo Oriente.

Por otro lado, la intensa política de represión dirigida contra los oficiales provocó el resquebrajamiento de la disciplina militar, porque durante varios años los oficiales de cualquier rango e incluso los soldados pertenecientes a las células del Partido y del Komsomol, fueron adiestrados en la práctica del «desenmascaramiento» de sus superiores como enemigos encubiertos. *(Movimientos en la sala.)* Era muy lógico que todo ello fuera acompañado de una influencia de signo negativo en el estado de la disciplina militar durante la primera fase de la guerra.

Como todos saben, antes de la guerra poseíamos unos magníficos cuadros de oficiales, incondicionalmente leales al Partido y a la Patria. Sería más que suficiente si recordásemos que todos aquellos que consiguieron sobrevivir a los tremendos tormentos que tuvieron que soportar en las prisiones, desde los primeros días del conflicto demostraron ser verdaderos patriotas y lucharon heroicamente por el triunfo de la Patria; me vienen a la memoria los nombres de camaradas como Rokossovski, quien había sufrido encarcelamiento, de Gorbatov, de Meretskov, que es uno de los delegados de este Congreso, de Podlas,

que fue uno de los muchos jefes eminentes que perecieron en la batalla, y de muchísimos otros. Sin embargo, un número elevado pereció en los campos de trabajo y en las cárceles, y el ejército no volvió a oír hablar de ellos.

De este modo se provocó la situación que dominaba al principio de la contienda, que constituyó la amenaza más grave que haya sufrido nuestra Patria.

No debemos olvidar que, poco después de los primeros desastres y derrotas importantes, Stalin tuvo la convicción de que el final se aproximaba; en uno de sus discursos de aquellos días llegó a decir: «Hemos perdido para siempre todo lo que Lenin había creado.»

A partir de este momento, se abre un período bastante largo en el que Stalin dejó de dirigir las operaciones militares y abandonó los asuntos generales. Volvió a la vida activa cuando varios miembros del Buró político le visitaron para decirle que era necesario tomar medidas inmediatas para mejorar la situación en el frente.

Podemos afirmar, por tanto, que el grave peligro que amenazó a nuestra Patria en la primera fase del conflicto se debió, en gran parte, a los métodos equivocados del gobierno de la nación y del Partido por obra del mismo Stalin.

De todos modos, no nos referimos solamente a los días iniciales de la guerra, en los que la profunda desorganización de nuestro ejército produjo cuantiosas pérdidas; también es verdad que, tras la fase inicial, el nerviosismo y la histeria de que Stalin daba muestras, con su interferencia respecto a las operaciones militares, produjeron graves perjuicios a nuestro ejército.

Stalin nunca pudo comprender la verdadera situación que se había planteado en el frente. Era totalmente lógico, porque durante toda la guerra patriótica evitó la visita personal a cualquier punto del frente de batalla o a cualquiera de las ciudades liberadas, a excepción de una jira rápida por la carretera Mozhaisk, en un momento de estabilidad en el frente; este gesto ha sido motivo de inspiración para muchas obras literarias llenas de fantasía y muchos cuadros pictóricos. Al mismo tiempo, Stalin interfería constantemente en las operaciones y dictaba órdenes que no tenían en cuenta la situación real de un determinado sector del frente, lo cual contribuía a aumentar las pérdidas de efectivos.

A propósito de esto, me voy a permitir sacar a la luz un hecho característico que explica la forma en que Stalin dirigía las operaciones militares. Entre los miembros de este Congreso se encuentra el mariscal Bagramian, que fue un tiempo jefe de operaciones en el Estado Mayor del frente del Sudoeste, el cual podrá confirmar mis palabras.

Cuando, en 1942, nuestro ejército se enfrentó en la región de Jarkov con una situación excepcionalmente grave, decidimos acertadamente echar en olvido una operación proyectada, encaminada a rodear la ciudad, ya que, de seguir con nuestros planes, la situación habría empeorado y amenazado a nuestras fuerzas

con fatales consecuencias. Comunicamos estos hechos a Stalin, haciéndole ver con toda claridad que la situación exigía algunos cambios en los planes, con el fin de que el enemigo no tuviera ocasión de liquidar un grueso importante de nuestro ejército.

Contra todo sentido común, Stalin rechazó nuestra sugerencia y dictó órdenes para que se prosiguiera la operación con la idea de cercar a Jarkov, a pesar de que, en aquellos momentos, muchos efectivos de nuestros dispositivos se hallaban a su vez amenazados con el cerco y con la liquidación.

Telefoneé a Vasilevski y le rogué: —Alexander Mijailovich (Vasilevski está aquí presente entre nosotros), coje un mapa y muéstrale al camarada Stalin la situación en que nos encontramos. Debemos hacer notar que Stalin planeaba las operaciones sobre un globo terráqueo. *(Risas en la sala.)* Es verdad, camaradas, utilizaba un globo y sobre él trazaba la línea de combate. Por ello le dije al camarada Vasilevski: —Coje un mapa y muéstrale la situación; no podemos continuar la operación que había sido proyectada y las decisiones anteriores han de ser modificadas por el bien de nuestra causa.

Vasilevski me respondió diciéndome que Stalin ya había estudiado el problema y que él, Vasilevski, no iba a entrevistarse con Stalin otra vez sobre este mismo asunto porque se oponía a escuchar cualquier tipo de argumento que se refiriera a esta operación.

Después de mi conversación con Vasilevski, llamé por teléfono a Stalin a su dacha, pero no contestó al teléfono, sino que lo hizo Malenkov. Le dije al camarada Malenkov que llamaba desde el frente y que necesitaba hablar directamente con Stalin, pero éste, a través de Malenkov, dio a entender que no pensaba ponerse al aparato; insistí de nuevo en mis deseos de informar personalmente a Stalin acerca de la grave situación en que nos hallábamos en el frente, pero Stalin no creyó conveniente hablar conmigo y repitió que lo que tuviera que decir se lo dijera a través de Malenkov, a pesar de que se encontraba tan sólo a unos pasos del teléfono.

Después de «escuchar» de este modo nuestras peticiones, Stalin afirmó: —Que todo siga tal como está.

¿Cuáles fueron las consecuencias? Las peores que pudiéramos haber esperado; los alemanes cercaron nuestras fuerzas y, consecuentemente, perdimos cientos de miles de soldados. Este fue el «genio militar de Stalin» y este fue el precio que pagamos. *(Movimientos en la sala.)*

Después de la guerra, en una ocasión en que Stalin se hallaba reunido con los miembros del Buró político, Anastas Ivanovich Mikoyan se refirió a las razones que asistían a Kruschef cuando hizo su llamada telefónica a propósito de la operación de Jarkov, haciendo constar las desgraciadas consecuencias provocadas por la desestimación de sus sugerencias.

Todos pudimos ver la furia que se apoderó de Stalin. ¿Cómo era posible que alguien admitiera que Stalin se había equivocado? Era ante todo un «genio», y el genio siempre tiene razón; todos los demás pueden errar, pero Stalin estaba convencido de que nunca se equivocaba, de que siempre estaba asistido por la razón. Nunca reconoció haberse equivocado, ni siquiera en asuntos de poca monta, a pesar de sus frecuentes errores en el campo de la teoría y en su vida práctica. Una vez que este Congreso haya terminado, debiéramos dedicarnos a la evaluación de muchas operaciones militares de la guerra y a su publicación desde una perspectiva auténticamente histórica.

La táctica en la que Stalin insistió sin conocer la esencia del desarrollo de las operaciones bélicas nos costó demasiada sangre, hasta que aprendimos a detener al enemigo y pasar a la ofensiva.

Los militares saben que, hacia finales de 1941, Stalin exigió, en lugar de amplias maniobras que pudieran flanquear al adversario y penetrar en su retaguardia, ataques frontales constantes y la captura de ciudades; a causa de ello, tuvimos que sufrir pérdidas graves hasta que nuestros generales, sobre los cuales descansaba todo el peso de la guerra, lograron cambiar la situación y dedicarse a un tipo de operaciones flexibles que inmediatamente provocaron unos cambios importantes de signo favorable.

Altamente denigrante fue el hecho de que, después de nuestra costosa y brillante victoria sobre el enemigo, Stalin se dedicara a degradar a muchos de los altos jefes que tanto contribuyeron al triunfo, simplemente porque quería eliminar toda posibilidad de atribuir las gestas de la guerra a cualquier persona que no fuera la del dictador mismo.

Stalin se interesó excesivamente por conocer la opinión que los demás tuvieran del camarada Zhukov como jefe militar. Muchas veces me preguntó la opinión que a mí pudiera merecerme, a lo que siempre le contestaba: «He conocido a Zhukov durante mucho tiempo; sé que es un buen general y un excelente jefe militar.»

Una vez terminada la guerra, Stalin comenzó a hacer todo tipo de comentarios sobre Zhukov, como el que sigue: —Tú has alabado a Zhukov, pero no se lo merece; me cuentan que, antes de cada operación en el frente, Zhukov se comportaba de un modo raro, cogía un puñado de tierra, la olía y entonces se decidía por la iniciación del ataque, o al contrario, por la cancelación de la operación planeada. Yo contestaba de este modo: —Camarada Stalin, no puedo adivinar quién haya inventado esta historia, pero puedo decirte que no es cierta.

Es incluso posible que el mismo Stalin fuera el inventor de estas anécdotas con la finalidad de minimizar la intervención y el genio militar del mariscal Zhukov.

En esta línea, Stalin hizo todo lo posible por consagrarse como el gran jefe popular; por todos los medios intentó siempre inculcar en el pueblo la idea de que todas las victorias ganadas por la nación soviética durante la guerra patriótica se debieron al valor, a la audacia y al genio de Stalin, y a nadie más. Era igual que Kuzma Kriuchkov [un famoso cosaco que llevó a cabo grandes heroísmos frente a los alemanes], pues podía vestir con el mismo traje a siete personas diferentes, y al mismo tiempo. *(Risas en la sala.)*

También podemos hacer mención, por ejemplo, de nuestras películas históricas y guerreras y de algunas producciones literarias; todas ellas nos producen náuseas. Su única finalidad es la propagación de una constante alabanza de Stalin como genio militar. Recordemos la película «La caída de Berlín»; aquí el único artista es Stalin, él es quien dicta todas las órdenes desde un salón en el que pueden verse muchos sillones vacíos y un solo individuo que se le acerca y le comunica alguna cosa; este individuo es Poskrebichev, su leal escudero. *(Risas en la sala.)*

¿Dónde está el alto mando militar? ¿Dónde está el Buró político? ¿Dónde se encuentra el Gobierno? ¿Qué es lo que estaba haciendo y de qué asuntos se ocupaba? Ninguna de estas preguntas tiene respuesta en la película; Stalin actúa en nombre de todos, no reconoce a nadie más, a nadie pide consejo. Todas estas cosas han sido mostradas a la nación desde un punto de vista falso. ¿Por qué? Solamente para colocar una aureola alrededor del dictador, totalmente opuesta a los hechos y contraria a la verdad histórica.

Podemos hacernos otra pregunta: ¿Dónde estaban los jefes militares sobre los que pesaba la responsabilidad de la lucha? No aparecen en la película; con la entrada de Stalin ya no quedaba sitio para ellos.

Pero los que aseguraron la victoria en la guerra patriótica fueron, en lugar de Stalin, el Partido como un todo, el Gobierno soviético, nuestro ejército heroico, sus jefes inspirados y sus valientes soldados, la nación soviética entera. *(Calurosos y prolongados aplausos.)*

Los componentes del Comité Central, los ministros, nuestros dirigentes de la política económica, los genios de la cultura soviética, los jefes de las organizaciones territoriales del Partido y del Soviet, los ingenieros y los técnicos, todos y cada uno de ellos desde su puesto de trabajo dedicaron generosamente sus energías y su saber a la consecución de la victoria.

Todos nuestros hombres ocupados en las faenas duras dieron muestras de un heroísmo excepcional. Debemos reconocer los nobles méritos de toda la clase obrera, de nuestros campesinos, de la «intelligentsia» soviética, de todos los que bajo las organizaciones del Partido vencieron dificultades incontables y, tras aceptar los sacrificios impuestos por la guerra, dedicaron todas sus fuerzas a la causa de la Patria.

Nuestras mujeres, que llevaron sobre sus hombros el peso mayor del trabajo en las fábricas, en los *koljoses* y en otros sectores económicos y culturales, también llevaron a cabo grandes hazañas de bravura; muchas de ellas participaron directamente en las batallas. Igualmente, nuestra juventud valiente cooperó de forma inestimable, en el frente y en la retaguardia, a la defensa de la Patria y a la destrucción del enemigo.

Tienen un carácter inmortal los servicios prestados por nuestros soldados, por los oficiales y militantes políticos de todas las categorías; después de haber perdido una parte considerable del ejército durante los primeros meses de lucha, no por ello perdieron la cabeza y fueron capaces de reorganizarse durante el transcurso de la guerra; lograron crear y consolidar un ejército poderoso y heroico que no sólo pudo contener la presión de un enemigo potente y experimentado, sino también destruirlo totalmente.

Las hazañas magníficas y heroicas de unos cientos de millones de personas del Este y del Oeste, durante la lucha contra la amenaza del yugo fascista que se cernía sobre nuestras cabezas, perdurarán durante siglos y milenios en la memoria de una humanidad agradecida. *(Estruendosos aplausos.)*

El papel principal y la mayor parte del mérito por el final victorioso de la guerra deben atribuirse a nuestro Partido comunista, a nuestras fuerzas armadas y a las varias decenas de millones de ciudadanos soviéticos que el Partido pudo llamar a filas. *(Estruendosos y prolongados aplausos.)*

Camaradas, dediquemos nuestra atención a otros hechos. La Unión Soviética está considerada, con toda justicia, como el modelo del estado multinacional, porque en nuestra vida práctica hemos garantizado la igualdad y la fraternidad de todas las naciones que viven dentro de la Patria.

Hay otro tipo de actos de Stalin que son más monstruosos aún, porque constituyen violaciones patentes de los principios leninistas básicos de la política de las nacionalidades dentro del Estado Soviético; nos referimos a las deportaciones en masa de naciones enteras, junto con todos los partidarios del comunismo y del komsomol; acciones de esta clase no fueron dictadas por consideraciones de carácter militar.

De este modo, cuando a finales de 1943 se produjo en el curso de la guerra un radical cambio de signo favorable a la Unión Soviética, se tomó y llevó a cabo una medida encaminada a deportar a todos los karachais de las tierras en que habían vivido. Por aquellas mismas fechas, a finales de diciembre de 1943, idéntica suerte cupo a la población de la república autónoma de Kalmik. En marzo de 1944 fueron deportados todos los pueblos de Chechen y de Inguch, y su república autónoma fue liquidada. En abril del mismo año sufrieron la misma condena los pueblos del Balkar, que fueron trasladados a lugares muy alejados del territorio de la república autónoma de Kabardino-Balkar. Los ucra-

nianos consiguieron escapar a estas deportaciones porque su número era muy elevado y no se habría encontrado un lugar adecuado para su instalación; de lo contrario, también hubieran sido deportados. *(Risas en la sala.)*

Ningún marxista-leninista, ninguna persona con sentido común, podría concebir la posibilidad de responsabilizar a una nación entera por las actividades subversivas de unos pocos, haciendo sufrir a sus mujeres, sus hijos, sus ancianos, sus comunistas; la represión en masa y la condena a la miseria y a los sufrimientos no podrán ser justificados apoyándose en las acciones hostiles de unas personas individuales o de unos grupos determinados.

Una vez terminada la guerra, la nación soviética dio a conocer con orgullo las magníficas victorias conseguidas después de tan grandes sacrificios y esfuerzos; el país experimentó un período de entusiasmo político, el Partido salió de la guerra más unido que antes y sus dirigentes templaron y reforzaron sus espíritus en el fuego del combate. En estas condiciones, a nadie se le podría haber ocurrido la eventual existencia de una conjura dentro del Partido.

Fue precisamente en esta época cuando surgió el denominado «*affaire* de Leningrado». Ahora hemos podido demostrar la falsedad de aquellas maquinaciones, pero entre los que perdieron sus vidas podemos mencionar a los camaradas Voznesenski, Kusnetsov, Rodionov, Popkov y otros.

Todos sabemos que los dos primeros fueron unos dirigentes muy bien dotados y distinguidos; en cierta época estuvieron íntimamente relacionados con Stalin. Será suficiente mencionar el hecho de que Stalin nombró a Voznesenski vicepresidente del Consejo de Ministros, y a Kusnetsov secretario del Comité Central. La confianza de que este último gozaba queda demostrada por la circunstancia de que Stalin le hubiera encargado de la vigilancia de los órganos de seguridad del Etado.

¿Qué pudo suceder para que estas personas fueran calificadas como enemigos del pueblo y liquidadas? La historia revela que todo este asunto fue también resultado de la opresión que Stalin empleaba sobre los dirigentes del Partido.

Si en el Comité Central y en su Buró político se hubiera dado entonces una situación normal, problemas de esta naturaleza habrían sido estudiados por dichos organismos de acuerdo con las reglas del Partido, y los hechos habrían sido examinados; consecuentemente, estos problemas, igual que otros muchos, habrían sido favorablemente resueltos.

Debemos aclarar que después de la guerra la situación se complicó aún más. Stalin se hacía cada vez más caprichoso, irritable y brutal; muy especialmente, fue alimentando sospechas cada vez más graves. Su manía persecutoria alcanzó dimensiones increíbles y muchos obreros se convertían a sus ojos en enemigos. Con el final de la contienda, Stalin se había separado del sistema colectivo

del gobierno y todo lo decidía por sí solo sin guardar consideración alguna hacia personas o situaciones.

Sus sospechas fueron claramente aprovechadas por Beria, el enemigo vil y provocador mezquino que había asesinado a millares de comunistas y de leales ciudadanos. El ascenso de Voznesenski y de Kusnetsov había alarmado a Beria. Ya hemos demostrado cómo Beria fue quien sugirió a Stalin la invención del material en forma de declaraciones, cartas anónimas y recogida de rumores y conversaciones.

El Comité Central ha examinado el denominado Caso de Leningrado; los individuos que, aun siendo inocentes, padecieron sus consecuencias, han sido ya rehabilitados y se ha podido devolver a la organización del Partido en Leningrado la honra que se le había robado. Abakumov y otros varios responsables de la fabricación de esta trama fueron juzgados en Leningrado y recibieron su merecido.

Hemos de formularnos la siguiente pregunta: ¿Por qué podemos ver hoy la verdad de este asunto y no pudimos verla antes, en vida de Stalin, con lo que hubiéramos podido evitar la pérdida de vidas inocentes? Simplemente porque fue Stalin personalmente quien dirigió todo este asunto, y la mayoría de los miembros del Buró político no conocieron en su día todas las circunstancias, y, por tanto, no pudieron intervenir.

Cuando Stalin recibió de manos de Beria y de Abakumov la documentación pertinente, sin detenerse a examinar su eventual carácter calumnioso ordenó inmediatamente una investigación en torno a Voznesenski y de Kusnetsov, con lo que su suerte estaba ya echada. Una enseñanza parecida podemos deducir del caso de la organización nacionalista mingreliana que se dijo existía en Georgia; ya conocemos las resoluciones del Comité Central referentes a este tema, durante los meses de noviembre de 1951 y de marzo de 1952, resoluciones que fueron tomadas sin haber sido discutidas con el Buró político, ya que Stalin había sido quien personalmente las había dictado. Constituyeron unas acusaciones gravísimas contra muchos comunistas leales, y sobre la base de unos documentos falsificados se llegó a probar que existía allí una supuesta organización nacionalista cuyo objeto era la liquidación del poder soviético en dicha república, con la intervención de las potencias imperialistas.

Un elevado número de militantes responsables del Partido y del Soviet sufrió el encarcelamiento, y hasta mucho más tarde no se pudo demostrar el carácter difamante de las acusaciones formuladas contra la organización del Partido georgiano.

Todos sabemos que, en una u otra ocasión, siempre ha habido alguna manifestación del nacionalismo burgués local en Georgia y en otras repúblicas; pero hemos de preguntarnos si, en el período en que estas medidas fueron adoptadas,

esas tendencias nacionalistas eran tan graves como para provocar la secesión de Georgia de la Unión Soviética y su incorporación a Turquía. *(Risas.)*

Nada más desatinado; es imposible imaginarse cómo ideas de este tipo podrían haber entrado en la cabeza de nadie. Es de todos conocido el desarrollo económico y cultural de Georgia bajo el Gobierno soviético.

La producción industrial de esta república se ha multiplicado veintisiete veces desde la Revolución; han surgido muchas industrias nuevas que antes eran totalmente desconocidas: altos hornos, industria del petróleo, fabricación de maquinaria, etc. El analfabetismo ha sido totalmente eliminado, una plaga que durante los años anteriores a la Revolución afectaba al 78 % de la población.

¿Podrían los georgianos aspirar a unirse a Turquía una vez que hubieran comparado la situación de su república con las privaciones padecidas por las masas trabajadoras turcas? En 1955 Georgia produjo *per cápita* dieciocho veces más acero que Turquía; nueve veces la cantidad de energía eléctrica; de acuerdo con el censo de 1950, el 65 % de la población total del país vecino es aún analfabeto, alcanzando entre las mujeres la cifra del 80 %, mientras Georgia dispone de diecinueve establecimientos de enseñanza superior con un número aproximado de 39.000 estudiantes, que por mil habitantes supone una razón ocho veces superior. Bajo el Gobierno soviético se ha incrementado considerablemente la prosperidad de la clase obrera de Georgia.

Es obvio que la fuente de donde el nacionalismo burgués obtiene sus energías se irá gradualmente agotando con el desarrollo de la economía, de la cultura y de la conciencia socialista de las masas obreras. Así fue en realidad, ya que en Georgia no existía ninguna organización nacionalista. Sin embargo, la gente inocente fue víctima por millares de la opresión y de la ilegalidad; todo ello sucedió bajo el mando «genial» de Stalin, «el hijo predilecto de la nación georgiana», como sus conciudadanos conocían al dictador. *(Risas en la sala.)*

El absolutismo de Stalin, además de en las decisiones relativas al gobierno interno del país, también se reveló en las relaciones internacionales. El pleno de julio del Comité Central estudió minuciosamente los motivos que determinaron el conflicto con Yugoslavia. La intervención de Stalin en este asunto fue realmente vergonzosa; los problemas planteados podrían haber sido amigablemente solucionados mediante conversaciones entre los respectivos Partidos. No había base consistente para llegar al empeoramiento de la situación y tuvimos en las manos la posibilidad de haber evitado la ruptura de relaciones con dicho país. No queremos decir con esto que los dirigentes yugoslavos no cometieran ningún error o negligencia, pero fueron de tal modo exagerados por Stalin que condujeron a la ruptura de las relaciones con un país amigo.

Recuerdo los primeros días en que este conflicto entre la Unión Soviética y Yugoslavia comenzó a ser artificialmente engordado. En cierta ocasión, al llegar

a Moscú procedente de Kiev, fui invitado a entrevistarme con Stalin, quien, enseñándome la copia de una carta recientemente enviada a Tito, me preguntó: «¿Has leído esto?» Ni siquiera esperó mi respuesta, sino que añadió: «Con un simple movimiento de mi dedo meñique haré que Tito desaparezca del mapa; debe caer sin contemplaciones.»

Hemos sufrido las consecuencias graves de estos «movimientos de su dedo meñique». Una declaración de este tipo es un espejo fiel de la manía de grandeza de Stalin, que era la razón de muchos de sus actos. Con el movimiento de su dedo meñique hizo desaparecer a Kossior, a Postichev, a Chubar, a Voznesenski, a Kusnetsov y a muchos otros que se marcharon sin dejar rastro.

Tito, sin embargo, no siguió su misma suerte; Tito no fue destronado, ni con el dedo meñique ni con todos los movimientos que Stalin pudiera realizar. ¿Por qué? La razón, en este caso, del desacuerdo con los camaradas yugoslavos es que Tito tenía detrás a un Estado y a todo un pueblo que habían aprendido en una escuela dura de luchas el valor de la libertad y la independencia de su nación, y que apoyaban totalmente a sus dirigentes.

Puede verse con toda claridad a dónde condujo la manía estaliniana de grandeza. Perdió completamente la conciencia de la realidad e hizo gala de sus sospechas y altivez, no solamente en sus relaciones con los ciudadanos rusos, sino también en las que sostuvo con otros grupos y naciones.

Hemos investigado minuciosamente el caso de Yugoslavia y hemos podido llegar a una solución adecuada conforme con la voluntad de los pueblos ruso y yugoslavo, e igualmente aprobada por las masas obreras de todas las democracias populares y por la humanidad entera partidaria del progreso. La normalización de las relaciones con Yugoslavia ha sido de provecho para todo el campo del socialismo, y al mismo tiempo ha contribuido a la paz de todo el mundo.

Podemos recordar también el asunto del Complot de los médicos. *(Sonrisas en la sala.)* En realidad, este asunto se redujo a una declaración de la doctora Timachuk, probablemente aconsejada u obligada por alguien (ella no era más que una colaboradora oficiosa de los órganos de seguridad del Estado) a escribir una carta a Stalin en la que declaró que los médicos estaban empleando unos métodos inadecuados en el tratamiento de los pacientes.

La carta fue motivo suficiente para que Stalin sacara la conclusión inmediata de que en la Unión Soviética había una conjura de la clase médica. Dio órdenes de arrestar a un grupo de eminentes especialistas médicos y personalmente dio las instrucciones sobre la forma de llevar a cabo la investigación y los interrogatorios de los detenidos. Decidió que el académico Vinogradov fuera encarcelado, que otro fuera azotado. A este Congreso asistió como delegado el que fue ministro de Seguridad del Estado, el camarada Ignatiev, a quien Stalin comu-

nicó escuetamente: —Si no logras obtener las confesiones de los doctores, haré que te corten la cabeza. *(Tumulto en la sala.)*

Stalin en persona llamó al juez instructor, al que dio sus consejos y opiniones sobre el método a seguir en la investigación; dicho método era bastante simple: golpes y más golpes.

Poco tiempo después de la detención de los médicos, los miembros del Buró político recibimos la documentación en la que figuraban las confesiones; después de distribuir los ejemplares Stalin afirmó: —Estáis todos ciegos como pollitos recién nacidos. ¿Qué os sucederá cuando yo haya desaparecido? El país perecerá porque ninguno de vosotros puede averiguar dónde se encuentran los enemigos.

Los expedientes habían sido elaborados de tal modo que era imposible hacer una verificación de los hechos sobre los que la investigación se había basado; no cabía posibilidad alguna de descubrir la verdad mediante la comunicación directa con las personas que habían firmado las confesiones de culpabilidad. Sin embargo, tuvimos la impresión de que el Caso de los médicos era bastante discutible. Conocíamos personalmente a algunos de los acusados porque nos habían atendido en más de una ocasión; por esto mismo, cuando pudimos examinar la documentación después de la muerte de Stalin, descubrimos su completa falsedad.

Este proceso ignominioso fue también una invención de Stalin; pero no tuvo tiempo para llevarlo hasta su final, hasta ese final que la mente de Stalin imaginaba; por esa razón los médicos están aún vivos. Todos ellos han sido rehabilitados, trabajan en los mismos puestos que ocupaban antes de su detención, cuentan entre sus clientes a grandes personalidades, con inclusión de algunos miembros del Gobierno, son dignos de nuestra más completa confianza y llevan a cabo su misión de la misma forma honesta de que dieron muestras antes.

Beria, que había monopolizado la confianza de Stalin, jugó un papel rastrero en la organización de varios de estos procesos desgraciados y vergonzosos. ¿Cómo es posible que este enemigo declarado de nuestro Partido y agente del servicio de espionaje extranjero pudiera llegar a escalar una posición en el Partido y en el Estado, hasta llegar a ser vicepresidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética y miembro del Buró político del Comité Central? Ya hemos podido demostrar que este villano solamente pudo subir los peldaños de la jerarquía del Gobierno pasando por encima de un número infinito de cadáveres.

¿Tuvimos en su día algunos indicios de que Beria era enemigo del Partido? Ciertamente que sí; en 1937, en un Pleno del Comité Central, Kaminski, que había sido comisario del pueblo para la Protección de la Salud, afirmó que Beria estaba al servicio del espionaje mussavat, pero apenas se había clausu-

rado el Pleno cuando Kaminski ya había sido detenido y, poco después, fusilado. ¿Había examinado Stalin la declaración de Kaminski? No lo hizo, porque creía ciegamente en Beria, y cuando Stalin creía en alguien o en algo nadie podría contradecir sus opiniones, ya que quien lo hiciera sufriría el mismo final que padeció Kaminski.

Había otras pruebas; es muy interesante la declaración que el camarada Snegov hizo ante el Comité Central. De paso debemos añadir que Snegov ha sido rehabilitado hace muy poco tiempo, después de diecisiete años de prisión; su declaración dice:

En relación con la proyectada rehabilitación del exmiembro del Comité Central Kartvelichvili-Laurentiev, he facilitado al representante del Comité de Seguridad del Estado una declaración detallada referente a la intervención de Beria en el expediente incoado a Kartvelichvili y explicativa de los motivos criminales que impulsaron a Beria.

Es esencial que recordemos un hecho de importancia relacionado con este asunto y que lo comuniquemos al Comité Central, ya que originariamente creí que no era conveniente su inclusión en los documentos del sumario.

El 30 de octubre de 1931, en la sesión del departamento de organización del Comité Central del Partido comunista de toda la Unión (bolcheviques), Kartvelichvili, secretario del Comité del krai de la Transcaucasia, leyó un informe. Se encontraban presentes todos los miembros ejecutivos del Comité del krai, de los que yo soy el único superviviente. Al final de su discurso, Stalin hizo una propuesta relacionada con la organización del secretariado del Comité del krai transcaucasiano, con el fin de estructurarlo del modo siguiente: primer secretario, Kartvelichvili; segundo secretario, Beria (era la primera vez en la historia del Partido que el nombre de Beria aparecía como candidato a un cargo). Kartvelichvili contestó que conocía a Beria bastante bien, por lo que se negaba categóricamente a trabajar a su lado; Stalin propuso que este asunto quedara sin resolver hasta ver cómo se desarrollaba la marcha del trabajo común. Dos días más tarde se tomó una decisión por la que Beria recibía el cargo en el Partido y Kartvelichvili era expulsado de la Transcaucasia.

Este hecho puede ser confirmado por los camaradas Mikoyan y Kaganovich, que se encuentran presentes.

De todos eran conocidas las relaciones hostiles que mantenían Kartvelichvili y Beria; se remontaban al tiempo en que el camarada Sergo (Ordzhonikidze) ejercía sus actividades en la Transcaucasia. Kartvelichvili era el ayudante incondicional de Sergo. Estas relaciones tirantes impulsaron a Beria a fabricar un «proceso» contra Kartvelichvili. Es digno de recordar que la acusación formulada fue el haber cometido un acto de terrorismo contra Beria.

La acusación que en su día se formuló contra Beria encierra una explicación detallada de sus crímenes. Hemos de traer a la memoria algunos datos, que no todos los delegados al Congreso han tenido acceso a la lectura del documento. Deseo recordar la postura bestial en que Beria se colocó en los casos de Kedrov, de Golubiev y de la madre adoptiva de éste, Baturina, todos los cuales habían intentado informar al Comité Central de la actitud tracionera de Beria. Todos ellos fueron fusilados sin juicio alguno y la sentencia no fue dictada hasta después de la ejecución.

Voy a citar lo que el camarada Kedrov escribió al Comité Central a través del camarada Andreiev, que era entonces secretario del mismo:

Te escribo desde una celda sombría de la cárcel de Lefortoski en demanda de ayuda. Deja que mis gritos de espanto lleguen a tus oídos, no te hagas el sordo y protégeme, por favor; ayúdame a quitarme de encima las pesadillas de los interrogatorios y demuestra que todo esto no es más que una equivocación.

Estoy sometido a torturas pero soy inocente. Por favor, créeme; el tiempo será testigo de mi verdad. No soy un agente provocador de la Ojrana zarista; ni un miembro de una organización antisoviética a la que se acusa de pertenecer partiendo de unas denuncias anónimas. No soy culpable de ningún crimen contra el Partido o contra el Gobierno, sino que soy un viejo bolchevique libre de mancha. Durante casi cuarenta años he luchado honradamente dentro de las filas del Partido por el bienestar y la prosperidad de nuestro país...

... Hoy, a los sesenta y dos años de edad, estoy siendo amenazado por los jueces instructores con unos métodos de tortura física cada vez más severos, crueles y degradantes. Ellos (los jueces) ya no son capaces de reconocer su error y la ilegalidad de mi proceso; intentan justificar sus actos presentándome como un enemigo declarado y despiadado y cada día me someten a unos tormentos mayores. Debes demostrar mi inocencia al Partido y reconocer que nada en el mundo podrá convertir en enemigo a un afiliado leal del Partido, ni siquiera bajo la más grave amenaza de muerte.

Pero no encuentro ninguna salida; no puedo protegerme de los renovados y potentes golpes que se me avecinan a marchas forzadas.

Todas las cosas, sin embargo, tienen sus límites; las torturas llegan a un extremo insoportable, mi salud está destrozada, mis fuerzas y mis energías debilitadas, el final se aproxima. Lo peor que puede suceder a un ciudadano honrado es morir en una prisión soviética, catalogado como un cobarde traidor a la Patria; todo esto es demasiado monstruoso. Una amargura y un dolor insoportable atenaza mi corazón. ¡No!, ¡no!, esto no sucederá, no puede suceder... estoy llorando. Ni el Partido, ni el Gobierno soviético, ni el comisario del pueblo, Beria, permitirán que se cometa conmigo esta cruel e irreparable injusti-

cia; estoy seguro de que si me sometieran a una investigación imparcial y objetiva, sin delirios, sin arrebatos de cólera y sin estas temibles torturas, me sería muy fácil demostrar la falsedad de las acusaciones. Creo profundamente que la verdad y la justicia terminarán triunfando. Lo creo. Lo creo.

El viejo bolchevique Kedrov fue declarado inocente por el tribunal militar, pero a pesar de ello, fue fusilado por orden de Beria. *(Indignación en la sala.)*

Beria se portó asimismo muy cruelmente con la familia del camarada Ordzhonikidze. ¿Por qué? Porque Ordzhonikidze había intentado impedir que Beria llevara a la práctica sus proyectos inconfesables. Beria había limpiado el camino de todas las personas que pudieran interferir; Ordzhonikidze siempre se mostró adversario de Beria, algo que ya le había comunicado a Stalin. El dictador, en lugar de examinar el problema y tomar las medidas adecuadas, permitió la liquidación del hermano de Ordzhonikidze y provocó un estado de ánimo en éste que le obligó a suicidarse. *(Indignación en la sala.)* Esta era la personalidad de Beria.

Beria fue desenmascarado por el Comité Central del Partido poco después del fallecimiento de Stalin. Como consecuencia de un procedimiento legal muy minucioso se pudo mostrar que había cometido una serie de crímenes mostruosos, por lo que fue fusilado.

Podemos formularnos la pregunta de por qué Beria, que había podido liquidar docenas de miles de militantes del Partido y del Soviet, no pudo ser descubierto en vida de Stalin; no lo fue porque se había aprovechado muy sagazmente de las debilidades del dictador, lo había nutrido con sospechas ridículas, le ayudó en todo y apareció como su servidor más leal.

Camaradas, el culto a la personalidad adquirió estas dimensiones monstruosas principalmente porque Stalin, utilizando todo tipo de métodos, promovió la glorificación de su propia persona. Muchos hechos confirman lo que hemos dicho; uno de los ejemplos más característicos de la auto-glorificación de Stalin y de la falta de la más elemental modestia es la edición de su *Biografía Breve,* publicada en 1948.

Este libro es expresión de la adulación más descarada, ejemplo de la conversión de un ser humano en divino, de su transformación en un sabio infalible, en el dirigente más excelso, «en el estratega más famoso de todos los tiempos y de todos los pueblos». No cabían otras palabras más expresivas para elevar a Stalin hasta los cielos.

No es preciso traer a colación los ejemplos de la adulación más servil que tanto abundan en el libro. Solamente podemos añadir que toda la obra había sido aprobada y editada personalmente por Stalin, y algunas de sus expresiones interpoladas de su propio puño y letra en el borrador del manuscrito.

¿Cuáles fueron las frases que Stalin consideró debían añadirse al libro? ¿Quiso acaso enfriar el ardor de sus aduladores cuando redactaban esta *Biografía?* De ningún modo; hizo señales en los pasajes en los que creyó que el reconocimiento de sus servicios no era suficiente. Veamos algunos de estos ejemplos, que caracterizan la personalidad de Stalin, redactados por la propia mano del dictador:

Después de la muerte de Lenin, el cuadro de mando del Partido cerró filas en su lucha contra los escépticos y derrotistas, los trotskistas, los seguidores de Zinoviev, de Bujarin y de Kamenev... sostuvo el glorioso estandarte de Lenin, agrupó al Partido detrás de sus principios y condujo al pueblo soviético por el camino de la industrialización del país y de la colectivización de la economía rural. El jefe de este grupo de dirigentes y la fuerza rectora del Partido y del Estado no fue otro que el camarada Stalin.

Estas son las palabras escritas por el mismo Stalin; a continuación añade:

Aunque gobernara al Partido y al pueblo con una maestría admirable y aunque gozara de la adhesión inquebrantable de la población, Stalin nunca permitió que su empresa quedara ofuscada por la menor huella de vanidad, presunción o autoadulación.

¿Cómo es posible que el mismo jefe se pudiera ensalzar de este modo? ¿Es ésta la conducta digna de un gobernante de la escuela marxista-leninista? Hemos de contestar de forma negativa; Marx y Engels adoptaron precisamente actitudes completamente opuestas, y en un sentido similar se produjo la condenación rotunda de Vladimir Ilich Lenin.

En el borrador de su libro puede leerse la siguiente frase: «Stalin es el Lenin de nuestros días.» Estas palabras le parecieron a Stalin demasiado suaves; con su propia pluma las cambió así: «Stalin es el digno continuador de la obra de Lenin, o, como se afirma dentro del Partido, Stalin es el Lenin de nuestros días.» Se puede ver perfectamente cómo es el mismo Stalin el que lo afirma todo sin intervención de ninguno de sus conciudadanos.

Pueden leerse muchísimas más auto-alabanzas escritas en el borrador por la propia mano de Stalin; especialmente generosas son las que se atribuyen a su genio militar, a su talento estratégico. Voy a citar una sola de las correcciones hechas por Stalin en relación con este punto; escribe:

La avanzada ciencia soviética de la guerra recibió un impulso decisivo de manos del camarada Stalin, el cual elaboró la teoría de los factores de actuación permanente que deciden el resultado del conflicto, la de la defensa activa y la de las leyes de la ofensiva y de la contraofensiva, así como la cooperación de

todos los servicios y armas en la guerra moderna, el papel de las grandes unidades acorazadas y de las fuerzas aéreas, y el de la artillería como el arma más eficaz de los efectivos militares. En diversos períodos de la guerra, el genio de Stalin adivinó las soluciones correctas que no descuidaban ninguna de las circunstancias de la situación.

(Movimientos en la sala.) Un poco más adelante, vuelve a decir:

La destreza militar de Stalin pudo ser apreciada tanto en la defensa como en el ataque; su genio nos permitió adivinar los proyectos del enemigo y desbaratar sus planes. Las batallas en las que el camarada Stalin encabezó a los ejércitos soviéticos son ejemplos brillantes de estrategia militar.

Así se ensalzó la estrategia de Stalin. ¿Quién lo hizo? El mismo Stalin, no en su papel de estratega, sino en su papel de autor-escritor, como uno de los más insignes creadores de su propia biografía servil.

Estos son los hechos, camaradas; mejor sería decir que estos son los hechos vergonzosos. Podemos añadir otro dato sobre la citada biografía. Todos saben que fue una comisión del Comité Central la que escribió el libro *Breve curso de historia del Partido comunista de toda la Unión (bolcheviques).* Este libro estaba inundado por el culto a la personalidad y su redacción estuvo a cargo de un grupo de escritores. Así se deduce del pie de imprenta de la *Biografía Breve* de Stalin, en la que se lee:

Una comisión del Comité Central del Partido comunista de toda la Unión (bolcheviques), bajo la dirección del camarada Stalin, y con su activa colaboración personal, ha preparado un «Breve Curso de la historia del Partido comunista de toda la Unión (bolcheviques)».

Esta frase, sin embargo, no satisfizo completamente a Stalin; por eso, en la versión final de su biografía, aparece modificada en este sentido: «En 1938 se publicó el libro *Historia del Partido comunista de toda la Unión (bolcheviques), Breve Curso,* escrito por el camarada Stalin y aprobado por una comisión del Comité Central.» ¿Cabe añadir algo más? *(Sonrisas en la sala.)*

Podemos adivinar la sorprendente metamorfosis que ha transformado la obra de un grupo en un libro escrito por Stalin; no es preciso explicar cómo ni por qué se produjo dicha metamorfosis.

Nos viene a la mente una pregunta muy oportuna: si fue Stalin el autor de este libro, ¿por qué se hizo necesaria la alabanza de su persona hasta el extremo de convertir todo el período histórico que sigue a la Revolución de Octubre en un resultado «del genio de Stalin»?

¿Refleja este libro debidamente los esfuerzos del Partido por la transformación socialista del país, por la estructuración de una sociedad socialista, por la

industrialización y colectivización de la nación, así como los pasos que el Partido dio por el camino que había señalado Lenin? La obra habla ante todo de Stalin, de sus discursos, de sus informes; todo lo relaciona en su nombre, sin hacer la más mínima excepción.

Es sorprendente que Stalin se atreviera a sostener que él era el autor del *Breve Curso;* ¿puede un marxista-leninista decir tales cosas sobre su propia persona y ensalzarse de este modo hasta las nubes? También podemos referirnos a los Premios Stalin. *(Movimiento en la sala.)* Ni siquiera los zares llegaron a crear un premio que llevara sus propios nombres.

La letra del himno nacional de la Unión Soviética escogida por Stalin no contiene ni una palabra sobre el Partido comunista; sí contiene, sin embargo, la siguiente frase en alabanza de Stalin:

Stalin nos crió en la lealtad al pueblo,
Nos inspiró empresas y hechos grandiosos.

Estas líneas del himno atribuyen a la persona de Stalin la actividad formativa y todo el poder de dirección y de atracción del gran Partido leninista. Naturalmente, esto constituye un patente desviacionismo del marxismo-leninismo, una clara degradación y menosprecio del papel del Partido. Debemos añadir, para información de todos, que el Presidium del Comité Central ha aprobado una resolución relativa al texto modificado del himno, que recogerá la intervención del pueblo y del Partido. *(Clamorosos y prolongados aplausos.)*

¿Pudo Stalin ignorar que la mayor parte de las empresas de importancia y muchas ciudades fueron bautizadas con su nombre? ¿Desconoció por casualidad el número elevado de monumentos que se erigían a su persona en todo el país, «recordatorios de una persona aún en vida»? Se ha demostrado que fue el mismo Stalin quien, el 2 de julio de 1951, firmó una resolución del Consejo de Ministros de la Unión Soviética, aprobando la erección de un impresionante monumento al dictador junto al canal Volga-Don; el 4 de septiembre del mismo año ordenó el suministro de 33 toneladas de cobre destinadas a la construcción de dicho monumento. Todo el que haya visitado la zona de Stalingrado debe haberse dado cuenta de la monumental estatua que está aún en construcción, en un lugar visitado por muy poca gente; se habían gastado elevadas cantidades en la construcción de la estatua, mientras que muchos de los habitantes de la ciudad vivían en chabolas desde la destrucción causada por la guerra. Podemos preguntarnos si Stalin seguía llevando la razón cuando afirmaba en su biografía que no albergó ni un átomo de presunción, soberbia o auto-adoración.

Al mismo tiempo, Stalin dio muestras de falta de respeto a la memoria de Lenin. No es una mera coincidencia el que, a pesar de la decisión tomada hace más de treinta años de edificar un Palacio de los Soviets en honor de

Vladimir Ilich, su construcción no haya sido ni siquiera comenzada, la iniciación de las obras muchas veces aplazada y el proyecto relegado al olvido.

Tampoco podemos olvidar el acuerdo del gobierno soviético, del 14 de agosto de 1925, referente a la institución de unos premios Lenin para fomentar los trabajos educacionales; la decisión fue publicada por la prensa, pero hasta hoy no ha habido ningún premio Lenin. Esta omisión debe ser también corregida *(Prolongados y tumultuosos aplausos.)*

En vida de Stalin, sobre todo gracias a los métodos utilizados y a los que ya nos hemos referido, en especial al mencionar hechos concretos, como por ejemplo los de la *Biografía Breve,* todos los sucesos históricos fueron explicados de un modo que Lenin aparecía colocado en segunda posición, incluso durante la Revolución Socialista de Octubre. Muchas películas y obras literarias han presentado un retrato de Lenin relegado a una segunda categoría inadmisible.

Stalin mostró una gran predilección por la película «El inolvidable año 1919», en que aparecía montado en el estribo de un tren militar, prácticamente derrotando al enemigo con su propio sable. Debemos dejar a nuestro querido amigo Kliment Yefremovich que escriba con todo el valor posible la verdad acerca de Stalin; después de todo, él sabe cómo peleaba Stalin. El camarada Vorochilov aceptará sus conclusiones con ciertas reservas, pero terminará aceptándolas; todos las aprobarán, tanto el pueblo como el Partido, y hasta sus nietos se lo agradecerán eternamente. *(Prolongados aplausos.)*

Al referirse a la Revolución de Octubre y a la guerra civil, siempre se quiere dar la impresión de que Stalin ocupaba un puesto prioritario, dando a entender que era el mismo Stalin el que aconsejaba y sugería a Lenin lo que tuviera que hacer; de este modo estamos calumniando la memoria de Lenin. *(Prolongados aplausos.)*

Creo estar en lo cierto si afirmo que, aproximadamente el 99 por 100 de los delegados aquí presentes, no habían oído ni conocido nada de Stalin antes del año 1924, mientras que Lenin era familiar a todos; su nombre era familiar a todo el Partido, a todo el país, desde los niños hasta los ancianos. *(Tumultuosos y prolongados aplausos.)*

Debemos revisar todos estos aspectos, con el fin de que la historia, la literatura y las bellas artes reflejen adecuadamente el papel de Lenin y las grandes hazañas del Partido comunista y del pueblo soviético. *(Aplausos.)*

Camaradas, el culto a la personalidad ha motivado que la organización del Partido y las actividades económicas hayan sido regidas por unos principios erróneos; provocó una burda violación de la democracia interna del Partido y del Soviet, una administración estéril, unas desviaciones doctrinales absurdas, la ocultación de muchos defectos y la tergiversación de la verdad. Nuestra nación dio a luz muchos aduladores y falsos especialistas del optimismo y del engaño.

Tampoco debemos olvidar que, a causa de las numerosas detenciones de los dirigentes del Partido, del Soviet y de la economía, muchos de nuestros seguidores se vieron obligados a trabajar en la incertidumbre, adoptaron un exceso de precauciones, desconfiaron de todo lo que aparecía como nuevo, se asustaron de su propia sombra y empezaron a demostrar una iniciativa cada vez menor en su propia empresa o cargo.

Recordemos, por ejemplo, las resoluciones dictadas por el Partido y por el Soviet; se preparaban de una forma rutinaria, muy frecuentemente sin estudiar la situación real. Se llegó al extremo de que todos, incluso en las reuniones más insignificantes, llevaran sus discursos por escrito; de este modo se corría el peligro de formalizar en exceso el trabajo del Partido y del Soviet y de una burocratización de todo el aparato.

La aversión de Stalin por las realidades de la vida y el hecho de que no estuviera al corriente de la marcha de los asuntos de las provincias, pueden ser claramente demostrados por su política agrícola.

Todos los que se interesaron un poco por la situación nacional se dieron cuenta del estado crítico de la agricultura, pero Stalin nunca se enteró de ello. ¿Le comunicamos nuestras preocupaciones a Stalin? Sí se lo dijimos, pero no nos quiso escuchar. ¿Por qué? Porque Stalin nunca viajaba, nunca hablaba con los obreros de la ciudad o del campo, nunca llegó a conocer la verdadera situación por la que atravesaban las provincias.

Solamente conoció el campo y la agricultura gracias al cine, por medio de películas que habían disfrazado y embellecido una desagradable realidad.

Muchas películas presentaban la vida en los *koljoses* con mesas repletas de pavos y gansos, y es evidente que Stalin creía en la verdad de estas ficciones.

Vladimir Ilich Lenin miró la realidad de un modo diferente; siempre estuvo muy cerca del pueblo, concedía entrevistas a las delegaciones de campesinos, hablaba frecuentemente en las reuniones de los centros fabriles, acostumbraba a visitar aldeas y a charlar con los agricultores.

Stalin se separó totalmente del pueblo y nunca viajó para conocerlo. La última vez que estuvo en una población campesina fue en enero de 1928, cuando se trasladó a Siberia para inspeccionar las entregas de grano. ¿Cómo podía así conocer la situación de las provincias?

Un día, durante una discusión, pudimos señalarle que la situación del campo, de la ganadería y de la producción de carne, eran bastante difíciles, y se constituyó una comisión a la que se encargó la preparación de un informe titulado «Medios para el desarrollo de la ganadería en los *koljoses* y *sovjoses*». Nosotros mismos estuvimos trabajando en este proyecto.

Naturalmente, nuestras propuestas de aquel tiempo no tuvieron en cuenta todas las soluciones, pero al menos pudimos adivinar ciertos métodos mediante

los cuales se llegara a promocionar la ganadería en los *koljoses* y *sovjoses*. Propusimos entonces la elevación del precio de determinados productos, con el fin de crear un incentivo material para el agricultor; nuestro proyecto, sin embargo, no fue aceptado y en febrero de 1953 fue totalmente desestimado.

Más aún, al tener ocasión de estudiar este proyecto, Stalin formuló la propuesta de elevar los impuestos que gravaban a los *koljoses* y a sus trabajadores en una suma total de 40.000 millones de rublos; según él, los campesinos se hallaban en muy buena situación económica y solamente tendrían que vender un pollo más de su producción para pagar sus impuestos.

Podemos imaginarnos el significado de estas medidas. Cuarenta mil millones de rublos es una suma que los campesinos de los *koljoses* no cobraban por todos los productos que vendían al Gobierno; en 1952, por ejemplo, los *koljoses* y sus trabajadores recibieron 26.280 millones de rublos por todos los productos entregados y vendidos al Gobierno. ¿Había algún fundamento lógico o estadístico que explicara la postura de Stalin? Naturalmente que no.

En estos supuestos, los hechos y las cifras no las consideraba interesantes; si Stalin afirmaba algo, significaba que la realidad debía acomodarse a sus palabras; después de todo, él era un «genio» y un genio no precisa de números, sino que de una simple ojeada puede deducir y dar a conocer la solución. Si expresamos sus opiniones, todos los que le escuchen han de repetirlas y admirar su sabiduría.

¿Había mucha sabiduría en estas propuestas de elevar los impuestos de la agricultura en 40.000 millones de rublos? Ciertamente no la había, porque la medida se basaba no en una estimación de la situación real, sino en las ideas fantasiosas de una persona divorciada de la vida. Actualmente estamos elaborando con toda minuciosidad un plan que resuelva nuestras dificultades en el campo de la agricultura. A todos nos han agradado los discursos pronunciados por los delegados en el XX Congreso; estamos satisfechos de algunos que se han referido a las condiciones precisas para la realización del sexto plan quinquenal de la ganadería, haciendo constar que, en lugar de cinco años, lo debemos conseguir en dos o tres; estamos seguros de que las promesas del nuevo plan se harán realidad con toda clase de éxitos. *(Prolongados aplausos.)* Camaradas, podemos criticar hoy el culto a la personalidad que fue tan común en vida de Stalin y podemos hablar de los muchos fenómenos negativos generados por este culto tan opuesto al espíritu del marxismo-leninismo, pero más de una persona nos preguntará por las razones que puedan explicar aquella situación, cuando Stalin estuvo al frente del Partido y del país durante treinta años y que en este tiempo se ganaran tantas victorias. ¿Podremos negarlo? En mi opinión, la pregunta puede ser formulada de esta forma solamente por aquellos que no ven o que sufren el hipnotismo del culto al individuo, aquellos que no com-

prenden la esencia de la revolución y del Estado soviético, aquellos que no conciben bajo una mente leninista el papel del Partido y de la nación en el desarrollo de la sociedad soviética.

La revolución socialista fue un logro de la clase obrera y de los campesinos pobres, parcialmente ayudados por los de clase media; fue conseguida por el pueblo bajo la dirección del Partido bolchevique. Uno de los grandes triunfos de Lenin fue la creación de un Partido militante de la clase obrera, armado con los conceptos marxistas de las leyes del desarrollo social y con la ciencia de la victoria proletaria en su lucha contra el capitalismo; finalmente, fortaleció al Partido en el crisol de la lucha revolucionaria de las masas. En esta lucha, el Partido defendió siempre los intereses del pueblo, se convirtió en su jefe y llevó a las masas trabajadoras al poder, a la creación del primer Estado socialista.

Todos deberán recordar las acertadas palabras de Lenin en el sentido de que el Estado Soviético es fuerte a causa de la conciencia que las masas tienen de que la historia es elaborada por los millones y por las decenas de millones que componen el pueblo.

Nuestras victorias históricas fueron conseguidas gracias al trabajo de organización del Partido, a sus estructuras provinciales y a los sacrificios de nuestro país. Estas victorias son el resultado de las directrices y de la actividad de la nación y del Partido en su conjunto; no son fruto del gobierno de Stalin, como se ha querido hacer creer durante el período del culto a la personalidad.

Si estudiamos el problema con una mente marxista y leninista llegaremos a la conclusión inevitable de que el tipo de gobierno que se practicó durante los últimos años de la vida de Stalin constituía un grave obstáculo en el camino del desarrollo de la sociedad soviética.

A menudo Stalin retrasó varios meses el estudio de algún problema determinado de excepcional importancia para la vida del Partido y del Estado y cuya solución no admitía demoras; durante el gobierno de Stalin, nuestras pacíficas relaciones con otros países sufrieron crisis frecuentes, porque las decisiones que dependen de una sola persona pueden ocasionar, y muchas veces ocasionan, graves complicaciones.

Hemos logrado en los últimos años liberarnos de la perniciosa práctica del culto a la personalidad, y hemos tomado las medidas precisas en la política interna y externa, de suerte que todos puedan ahora apreciar directamente cómo se resuelven los asuntos delante de sus propios ojos, cómo se desarrolla la actividad creadora de las clases trabajadoras y los beneficios que esta actitud ha operado en el desarrollo de la economía y de la cultura. *(Aplausos.)*

Algunos camaradas nos preguntan: ¿Dónde estaban los miembros del Buró político del Comité Central? ¿Por qué no se definieron valientemente contra el culto a la personalidad? ¿Por qué hemos tenido que esperar hasta hoy?

Ante todo, hemos de tener en cuenta el hecho de que los miembros del Buró político ven hoy estos asuntos de un modo distinto a como los vieron en otras épocas; en un principio, muchos de ellos apoyaron fielmente a Stalin porque era uno de los marxistas más destacados, y su lógica, su fuerza y su voluntad influyeron considerablemente en los cuadros dirigentes y en el funcionamiento del Partido.

Todos saben que Stalin, después de la muerte de Lenin, en especial durante los primeros años, luchó activamente en favor del leninismo contra todos los enemigos de su doctrina y contra todos los que mostraban alguna tendencia desviacionista. Gracias a sus ideas, el Partido, con su Comité Central a la cabeza, se lanzó decididamente a la empresa de la industrialización socialista del país, de la colectivización agrícola y de la revolución cultural. En aquel tiempo Stalin se hizo merecedor de una gran popularidad, simpatía y adhesión. El Partido tuvo que enfrentarse con todos los que intentaron apartar a la nación de la línea leninista correcta; luchó contra los seguidores de Trotski, de Zinoviev, contra los derechistas y contra los nacionalistas burgueses; este enfrentamiento fue totalmente necesario. Sin embargo, Stalin empezó después a abusar de su poder cada vez más, a enfrentarse con los dirigentes del Partido y del Gobierno, y a utilizar métodos de terror contra los ciudadanos honrados de la Unión Soviética. Como hemos expuesto, éstos fueron los métodos con los que Stalin trató a eminentes jefes del Partido y del Gobierno, como Kossior, Rudzutak, Eikhe, Postichev y muchos otros.

Todos los que trataron de oponerse a las sospechas y a las acusaciones infundadas terminaron cayendo también, víctimas de la represión; eso fue lo que sucedió con el camarada Postichev.

Stalin manifestó en uno de sus discursos su descontento con Postichev, a quien le preguntó: «¿Qué eres tú?» Postichev contestó decididamente: «Soy un bolchevique, camarada Stalin, un bolchevique.»

Esta respuesta fue considerada al principio como una falta de respeto para con Stalin; después se estimó que constituía un acto subversivo, que acarreó la aniquilación de Postichev y su catalogación como «enemigo del pueblo».

Aquel estado de cosas lo discutí muy frecuentemente con Nikolai Alexandrovich Bulganin; en cierta ocasión, cuando los dos viajábamos en el mismo coche, me dijo: «A veces se me ha ocurrido pensar en la situación peculiar en que se encuentra la persona que es invitada a visitar a Stalin como amigo; llega a verle, se sienta frente a él, y desde aquel momento no sabe cuál va a ser su paso siguiente, si su propia casa o la cárcel.»

Lo cierto es que estas condiciones colocaron a los miembros del Buró políticc en situaciones muy difíciles. Si también hacemos constar que las sesiones plenarias del Comité Central no se celebraron en los últimos años, y que las reunio-

nes del Buró político solamente tenían lugar muy de cuando en cuando, comprenderemos las dificultades con que tropezaban los miembros del Buró para adoptar una postura decidida contra un procedimiento injusto o inadecuado, contra una serie de errores o contra los defectos del gobierno.

Como hemos dicho, muchas decisiones las tomaba una sola persona o, a lo sumo, se hacía consulta posterior, sin llevar a cabo un debate colectivo. Todos conocen el final desgraciado del camarada Voznesenski, miembro del Buró político y víctima de la represión estaliniana; lo peculiar de la decisión por la que se le expulsaba del Buró político es que no fue discutida por nadie, sino que fue madurada por un procedimiento tortuoso. El mismo camino siguieron las órdenes de destitución de Kurnetsov y Rodionov.

Fue socavada la importancia del Buró político del Comité Central y su trabajo quedó desarticulado mediante la creación dentro del Buró de varias comisiones, las denominadas «quintetos», «sextetos», «septetos» y «novenarios». Leamos, por ejemplo, una resolución del Buró político del 3 de octubre de 1946:

Propuesta de Stalin:

1. La Comisión del Buró político para los Asuntos Exteriores («sexteto») estudiará en el futuro, además de la política internacional, los temas referentes a la política interior y a las construcciones.

2. El «sexteto» incluirá desde ahora al presidente de la Comisión estatal para la Planificación Económica de la Unión Soviética, el camarada Voznesenski, y en adelante se le conocerá como el «septeto».

Firmado, el secretario del Comité Central, J. STALIN.

Parece una jerga de músicos o de jugadores de cartas. *(Risas en la sala.)* Es obvio que la creación de estas comisiones dentro del Buró político se oponían al principio del gobierno colectivo; como consecuencia de estas medidas, algunos de los miembros del Buró se veían separados e impedidos de participar en la discusión de los asuntos más importantes.

Uno de los más antiguos afiliados a nuestro Partido, Kliment Yefremovich Vorochilov, se encontró en una situación prácticamente imposible; durante varios años le había sido prohibida la participación en las sesiones del Buró político. Stalin le impedía asistir a las sesiones y recibir sus documentos. Siempre que el Buró político se reunía y el camarada Vorochilov lograba enterarse, telefoneaba para preguntar si se le permitía acudir; algunas veces Stalin le autorizó a que asistiera, pero en todas las ocasiones le hacía patente su desagrado. Las sospechas que embargaban la mente de Stalin le llevaron a la conclusión absurda y ridícula de que Vorochilov era un espía inglés. *(Risas en la sala.)* En su propia

casa le habían instalado los instrumentos precisos para escuchar todas las conversaciones. *(Indignación en la sala.)*

Otro miembro del Buró político que fue expulsado por decisión unilateral de Stalin fue Andrei Andreievich Andreiev, en un insensato e increíble acto de despotismo.

Recordemos ahora el primer pleno del Comité Central, después del XIX Congreso, cuando Stalin atacó en su discurso a Viacheslav Mijailovich Molotov y a Anastas Ivanovich Mikoyan, dando a entender que estos viejos militantes del Partido eran culpables de graves delitos. Debemos advertir que si Stalin hubiera seguido al frente del Gobierno varios meses más, probablemente Molotov y Mikoyan no habrían podido pronunciar ningún discurso en este Congreso.

Es evidente que Stalin albergaba el proyecto de liquidar a todos los viejos componentes del Buró político; muchas veces declaró que sus miembros debían ser sustituidos por otros nuevos.

Su propuesta al XIX Congreso referente a la selección de veinticinco personalidades para formar el Presidium del Comité Central tenía la finalidad de quitar sus puestos a todos los viejos miembros del Buró político y de nombrar a unos sujetos nuevos e inexpertos que pudieran adularle en todos los aspectos. Podríamos afirmar que estas medidas también tendían a la futura aniquilación de los miembros antiguos, para así poder disfrazar mejor todos sus actos ilegales, muchos de los cuales han sido expuestos en este discurso.

Camaradas, con el fin de no repetir de nuevo los errores del pasado, el Comité Central ha sido unánime en su condenación del culto a la personalidad. Somos de la opinión de que Stalin fue objeto de una adulación excesiva, pero no podremos negar, sin embargo, que Stalin prestó notables servicios al Partido, a la clase trabajadora y al movimiento internacional obrero.

El problema se complica si recordamos que todos los hechos condenables que hemos expuesto se hicieron realidad bajo el gobierno y la colaboración de Stalin, y que Stalin se sintió convencido de que su conducta era necesaria para la defensa de los intereses de las clases trabajadoras, frente a las conjuras enemigas y a los ataques del campo imperialista. El se justificó en su postura pensando solamente en el interés de la clase, en el interés de los trabajadores, en aras de la victoria del socialismo y del comunismo. No podemos afirmar que sus actos sean los de un déspota veleidoso; siempre creyó que debía actuar de este modo en defensa del Partido, de las masas trabajadoras y de los logros de la Revolución. Esto es verdaderamente trágico.

Camaradas, Lenin ha insistido repetidamente en que la modestia es parte integrante del auténtico bolchevismo; el mismo Lenin era la personificación viviente de la modestia más sublime. No podemos decir que hayamos seguido el ejemplo leninista con todas sus consecuencias; será suficiente si mencionamos

las muchas ciudades, fábricas, empresas industriales, *koljoses* y *sovjoses,* instituciones soviéticas y culturales, que han sido bautizadas con el nombre, como si fuera un título de propiedad privada, de este o de aquel dirigente del Gobierno o del Partido, siempre que tal dirigente se encontrase todavía en el mando activo y en buen estado de salud. Muchos de nosotros hemos participado en esa costumbre de dar nuestros nombres a las ciudades, comarcas, empresas y *koljoses.* Debemos modificar esta línea de conducta. *(Aplausos.)*

Sin embargo, debemos proceder con lentitud y con calma; el Comité Central se encargará de discutir estos asuntos y de estudiarlos minuciosamente con el fin de evitar errores y excesos. Recuerdo, a manera de anécdota, la forma en que la población de Ucrania se enteró de la detención de Kossior; la radio de Kiev acostumbraba a comenzar sus programas con estas palabras: «Esta es la Radio Kossior.» El día en que los programas se iniciaron sin mencionar su nombre, todos cayeron en la cuenta de que algo le había sucedido a Kossior, probablemente que habría sido detenido.

Por eso, si ahora empezamos a quitar signos y a cambiar nombres a diestro y a siniestro, la gente va a creer que los camaradas que dieron su nombre a la empresa, al *koljós* o a la ciudad han caído en desgracia y han sido arrestados. *(Sonrisas en la sala.)*

¿Cómo tenemos que enjuiciar la autoridad y dignidad de un jefe? ¿Tomando como módulo el número de pueblos, empresas, fábricas, *koljoses* y *sovjoses* que llevan su nombre? ¿No ha llegado la hora de eliminar esta «propiedad privada» y dejar paso a la «nacionalización»? *(Risas, aplausos y gritos de aprobación.)* Así podremos promover nuestra causa, porque esto no es más que una de las manifestaciones del culto a la personalidad.

Deberíamos todos meditar sobre lo que este culto ha supuesto, pero nada de esto debe traspasar los confines del Partido, ni mucho menos ser publicado por la Prensa. Estas son las razones por las que hemos discutido el problema en una sesión secreta del Congreso. Hemos de confesar nuestras propias limitaciones y evitar el regalar municiones al enemigo; no debemos lavar nuestra ropa sucia en su presencia. Creo que los delegados de este Congreso comprenderán y apreciarán estas propuestas en su medida exacta. *(Calurosos aplausos.)*

Camaradas, debemos abolir para siempre el culto a la personalidad, y sacar unas conclusiones adecuadas para nuestros trabajos ideológico-teóricos y prácticos. Todo ello por varias razones, que nos imponen estos tres imperativos:

En primer lugar, la condena y la extirpación, con mentalidad bolchevique, del culto al individuo como algo extraño al marxismo-leninismo, discordante con los principios de la dirección del Partido y con las normas de su actuación práctica, y la lucha incansable contra todos los intentos dirigidos a su restauración, sea de la forma que sea.

La vuelta, en todas nuestras tareas ideológicas, a la práctica sincera de las tesis más importantes de la doctrina marxista-leninista sobre el pueblo como creador de la Historia y de todos los bienes materiales y espirituales de la humanidad, sobre el papel decisivo del Partido marxista en la lucha revolucionaria por la transformación de la sociedad y sobre la victoria del comunismo.

En relación con todo esto, nos vamos a ver obligados a realizar una inmensa labor de examen crítico desde un punto de vista marxista-leninista y de corrección de todas las muy extendidas opiniones erróneas ligadas al culto a la personalidad en el plano de la historia, de la filosofía, de la economía y de las demás ciencias, aparte de la literatura y las bellas artes. Se hace enteramente imprescindible la preparación, en un futuro inmediato, de un buen libro de texto sobre la historia de nuestro Partido, que pueda ser editado totalmente de acuerdo con el objetivismo científico marxista, así como de otros sobre la historia de la sociedad soviética y sobre los acontecimientos tanto de la guerra civil como de la guerra patriótica.

En segundo lugar, continuar sistemáticamente y constantemente el trabajo desarrollado por el Comité Central del Partido durante los últimos años, un trabajo caracterizado por el cumplimiento escrupuloso, en todas las organizaciones del Partido, desde las más altas a las más bajas, de los principios leninistas de gobierno, cuyas características son la observancia de las normas de vida reflejadas en los Estatutos, la práctica constante de la crítica y de la autocrítica y, muy especialmente, el principio rector de la gestión colectiva.

En tercer lugar, restaurar completamente los principios leninistas de la democracia socialista soviética, expresados en la Constitución de la Unión, y luchar contra la obstinación de quienes pretendan abusar del poder. Los males producidos por actos de violación de la legalidad socialista revolucionaria, acumulados con los años como consecuencia de las influencias negativas del culto a la personalidad, han de ser corregidos radicalmente. Camaradas, el XX Congreso del Partido comunista de la Unión Soviética ha confirmado con nuevas energías la unidad indisoluble del Partido, su cohesión en torno al Comité Central, su voluntad firme de hacer realidad la grandiosa empresa de construir el comunismo. *(Clamorosos aplausos.)* Una prueba más de la enorme fuerza moral y política del Partido es que hemos expuesto, con todas sus circunstancias, los problemas planteados, a fin de vencer ese culto al individuo, contrario al marxismo-leninismo, y liquidar sus perniciosas consecuencias. *(Prolongado aplauso.)*

Estamos seguros de que nuestro Partido, reforzado por las históricas resoluciones del XX Congreso, llevará al pueblo soviético, por el camino leninista, a nuevos éxitos y victorias. *(Clamoroso y prolongado aplauso.)*

¡Viva el victorioso estandarte de nuestro Partido! ¡Viva el leninismo! *(Todos se ponen en pie. Clamorosos y prolongados aplausos y gran ovación final.)*

Indice

PÁGS.

Nota del editor 5
Introducción, por Edward Crankshaw 7
Nota del traductor en lengua inglesa 19

Prólogo 25

PRIMERA PARTE: DE LAS MINAS DE CARBÓN AL KREMLIN

1. Los comienzos de su carrera 33

Los años duros 33
Los primeros peldaños en la escala del Partido 41

2. Labor de Partido en Moscú 57

De la Academia Industrial al Politburó 57
Padrecito de la ciudad 75

3. El terror 91

Colectivización 91
Los años de purgas 94
La subida de Beria al poder 108

4. Regreso a Ucrania 123

La reorganización del Partido 123
El académico Paton 133
Deficiencias en la industria de neumáticos 136

5. Preludios de la guerra 143

Relaciones germano-soviéticas 143
El avance sobre Polonia 152
Sovietización de la Ucrania occidental 159
La Guerra de Invierno en Finlandia 165
El Ejército Rojo en las vísperas de «Barbarroja» 171

6. La gran guerra patriótica 179

Los peores momentos 179
El desastre de Jarkov 195
Stalingrado 202
El general Malinovski 212
Una visita del camarada Ulbricht 217
Kursk 220
Victoria 223
Stalin y los aliados 231

PAGS.

7. Hambre en Ucrania 239

8. Los últimos años de Stalin 257

El Caso de Leningrado 257
El antisemitismo de Stalin 269
Los escritos teóricos de Stalin 279
El XIX Congreso del Partido 285
El complot de los médicos 290
Svetlanka 295
Los banquetes y vacaciones con Stalin 303
Miedo e intrigas en el círculo íntimo 313
La muerte de Stalin 321

9. La sucesión 327

La caída del intrigante Beria 327
El XX Congreso del Partido 346

SEGUNDA PARTE: EL MUNDO EXTERIOR

10. Los países hermanos 361
11. La guerra de Corea 371
12. Hacemos las paces con Tito 377
13. Ginebra, conferencia en la cumbre 397
14. La visita a Londres 407
15. El restablecimiento del orden en Hungría 421
16. Nasser, Suez y la presa de Asuán 437
17. La crisis de Berlín 459
18. Mao Tse-tung y el cisma 469
19. Ho Chi Minh y la guerra del Vietnam 489
20. Fidel Castro y la crisis del Caribe 497
21. En defensa del paraíso socialista 515

APÉNDICES

1. Cuadro cronológico de la carrera de Kruschef 537
2. Las instituciones políticas soviéticas y su terminología 543
3. Los colegas de Kruschef en el Kremlin 547
4. El Discurso Secreto de Kruschef 567

IMPRESO SOBRE PAPEL OFFSET EDITORIAL DE
TORRAS HOSTENCH, S. A.
ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA
24 DE DICIEMBRE DE 1970.